

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

FLACSO - Biblioteca

320
Fazio

Diseño de tapa: Estudio R

320 Fazio, Horacio
 FAZ La política en discusión / Horacio Fazio y Carlos
 Alvarez.- 1ª. ed. - Buenos Aires : Manantial, 2002
 352 p. ; 23x16 cm.
 ISBN 987-500-072-8
 I. Alvarez, Carlos II. Título - 1. Política

REG. 15998
 CINT. 15998
 BIBLIOTECA - FLACSO

BIBLIOTECA - FLACSO - EC
 Fecha: 18 agosto 2006
 Cantidad: \$ 13.51
 Proveedor: Servicios Libros
 Canje:
 Donación:

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
 Impreso en la Argentina

© 2002, FLACSO / Proyecto Cambio Político

ISBN: 987-500-072-8

Derechos reservados
 Prohibida su reproducción total o parcial

Avda. de Mayo 1365, 6º piso,
 (1085) Buenos Aires, Argentina
 Telefax: (54 11) 4383-7350/4383-6059
 E-mail: info@emanantial.com.ar
 www.emanantial.com.ar

HORACIO FAZIO
(Coordinador)

FLACSO - Biblioteca

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

GERARDO ADROGUÉ
CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
ALCIRA ARGUMEDO
ATILIO BORÓN
ISIDORO CHERESKY
MARIO DAMILL
JUAN CARLOS DEL BELLO
PEDRO DEL PIEDRO
TORCUATO DI TELLA
MARCELO ESCOLAR
JOSÉ PABLO FEINMANN

ROSENDO FRAGA
RUBÉN LO VUOLO
LUIS MORENO OCAMPO
JUAN CARLOS PORTANTIERO
LUIS ALBERTO QUEVEDO
JESÚS RODRÍGUEZ
CARLOS STRASSER
FEDERICO STURZENEGGER
ABEL VIGLIONE
ENRIQUE ZUJETA PUCEIRO

FLACSO

MANANTIAL

ÍNDICE

Publicación de la Fundación de Estudios Económicos y Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, en el marco del programa de cooperación técnica con el Banco Interamericano de Desarrollo.

Expositores	9
Prólogo de Horacio Fazio	13
I. La Alianza: entre la vieja y la nueva política <i>Carlos “Chacho” Álvarez</i>	19
II. Gobierno de la Alianza: una oportunidad perdida <i>Carlos “Chacho” Álvarez</i>	35
III. El marco democrático y sus posibilidades <i>Carlos Strasser</i>	45
IV. Ciudadanía y política <i>Isidoro Cheresky</i>	57
V. La crisis política argentina en el marco de la globalización <i>Juan Carlos Portantiero</i>	79
VI. La reforma política en la Argentina: antecedentes y perspectivas <i>Marcelo Escolar</i>	99
VII. Política y sociedad frente al nuevo escenario mundial <i>Alcira Argumedo</i>	115

VIII. Perspectivas futuras del sistema partidario argentino <i>Torcuato Di Tella</i>	143
IX. En torno al rol del Estado <i>Atilio Borón</i>	167
X. Mesa redonda de economía. Alcances estructurales y límites políticos del modelo económico <i>Mario Damill, Rubén Lo Vuolo, Federico Sturzenegger y Abel Viglione</i>	191
XI. Mesa redonda de opinión pública. La opinión pública entre la ética y la economía <i>Gerardo Adrogué, Rosendo Fraga, Luis Alberto Quevedo y Enrique Zuleta Puceiro</i>	225
XII. Mesa redonda de política. ¿Vieja y nueva política? <i>Juan Carlos Del Bello, Pedro Del Piero y Jesús Rodríguez</i>	257
XIII. ¿Cambio político desde la política? <i>Luis Moreno Ocampo</i>	283
XIV. La desesperanza como creación política <i>José Pablo Feinmann</i>	297
XV. Política y economía en un país decepcionado <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	323
XVI. Hacia un acuerdo programático desde un espacio transversal <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	339

EXPOSITORES

COORDINADOR

HORACIO FAZIO

Licenciado en Economía (UBA); docente e investigador principal de FLACSO, Argentina, donde coordina cursos y seminarios de posgrado y dirige el Proyecto “Ambiente, Economía y Sociedad”; profesor de “Historia del Pensamiento Económico II” en la Facultad de Ciencias Económicas (UBA).

DOCENTES INVITADOS

GERARDO ADROGUÉ

Licenciado en Sociología (UBA); Magister Análisis de Opinión Pública (Universidad de Connecticut, Estados Unidos); director académico en la Maestría de Opinión Pública IDAES, Universidad Nacional de San Martín; profesor de la Universidad de San Andrés y de FLACSO, Argentina; consultor en MORI, Argentina.

CARLOS “CHACHO” ÁLVAREZ

Licenciado en Historia (UBA); Profesor en la Universidad Nacional de Quilmes; fundador y director de la Revista *Unidos* (1982-1988); ex vicepresidente de la Nación Argentina (1999/2000); ex diputado nacional (PJ, Frente Grande, Frepaso); convencional nacional constituyente por el Frente Grande en 1994.

ALCIRA ARGUMEDO

Licenciada en Sociología (UBA); profesora de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA); investigadora del CONICET. Su último libro es *Los silencios y las voces en América Latina* (notas sobre el pensamiento popular), Colihue, Buenos Aires, 5ta. edición, 2001.

ATILIO ALBERTO BORÓN

Licenciado en Sociología (UCA); Magister en Ciencias Políticas (FLACSO, Chile); Doctor en Filosofía (Universidad de Harvard, Estados Unidos); profesor en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA); secretario ejecutivo de CLACSO; autor de *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*, Buenos Aires, EUDEBA, 1997.

ISIDORO CHERESKY

Licenciado en Sociología (UBA); profesor de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA); investigador del CONICET; director del doctorado en Ciencia Política de la Universidad de Belgrano; profesor e investigador visitante de las Universidades de Sorbonne Nouvelle, Amsterdam, New School (Nueva York), Notre Dame y otras.

MARIO DAMILL

Licenciado en Economía (UBA); investigador del CEDES y del CONICET; profesor de diversas maestrías y programas de grado y posgrado; consultor de diversas entidades como: BID, UNCTAD, CEPAL, Auditoría General de la Nación, BCRA, PNUD, OIT, etc.; actualmente es director del CEDES.

JUAN CARLOS DEL BELLO

Licenciado en Desarrollo y Programación Económica (Universidad Nacional del Comahue); profesor de la Universidad Nacional de Quilmes; miembro de la CONEAU; ex secretario de Políticas Universitarias y de Ciencia y Tecnología; ex candidato a vicegobernador de Río Negro (1999); congresal nacional del Partido Justicialista.

PEDRO DEL PIEDRO

Abogado y escribano (Universidad del Salvador); asesor de los bloques justicialistas de senadores y diputados nacionales (1984/89); miembro fundador del Partido PAÍS y del Frepaso; senador nacional por la ciudad de Buenos Aires (1997-2001); director del Portal Educ.ar; preside la Fundación Metropolitana.

TORCUATO S. DI TELLA

Ingeniero (UBA); sociólogo (Universidad de Columbia y Londres); pro-

esor del Ciclo Básico Común UBA y del Instituto del Servicio Exterior de la Nación, donde es Director del Centro de Estudios Latinoamericanos; ha sido Profesor de las Universidades de California, Columbia, Oxford, Londres y Kobe.

MARCELO ESCOLAR

Licenciado en Geografía y doctor en Filosofía y Letras (UBA); profesor e investigador de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA); investigador asociado de la Universidad Torcuato Di Tella; coordinador general del Programa de Reforma Política de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

JOSÉ PABLO FEINMANN

Licenciado en Filosofía (UBA); profesor de Filosofía política de la Argentina en la Fundación Centro Psicoanalítico y en TEA; ha sido profesor de la UBA; columnista de la revista *Humor* (1982/89) y columnista de *Página 12* desde 1991; ha publicado doce libros de ensayos y siete novelas.

ROSENDO FRAGA

Abogado (UBA); analista político; miembro de Número de la Academia Argentina de la Historia y del Instituto de Historia Militar Argentino; miembro consejero del CARI; director del Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría; publicó treinta y seis libros sobre temas políticos, históricos y militares

RUBÉN M. LO VUOLO

Contador Público (Universidad Nacional del Litoral); posgrado en Economía (Universidad de Pittsburgh); investigador del Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas (CIEPP); profesor de posgrado en varias universidades; su último libro es *Alternativas: la economía como cuestión social*, Buenos Aires, Altamira, 2001.

LUIS MORENO OCAMPO

Abogado (UBA); profesor de la Facultad de Derecho UBA, donde fue subdirector del Centro de Investigaciones; fue profesor de las Universidades de Yale, Harvard y Columbia; ex Fiscal Federal; co-fundador de Poder Ciudadano; presidente de Transparencia Internacional para Latinoamérica y el Caribe.

JUAN CARLOS PORTANTIERO

Licenciado en Sociología (UBA); profesor Titular Consulto de la Facultad de Ciencias Sociales UBA, donde fue decano durante dos períodos (1990-1998); coordinador del Proyecto sobre la Democracia en la Argen-

tina del PNUD; autor de numerosos libros y de artículos publicados en revistas especializadas.

LUIS ALBERTO QUEVEDO

Licenciado en Sociología (Universidad del Salvador); D.E.A. (Maestría) en Sociología en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París; profesor de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, donde fue director de la Carrera de Ciencias de la Comunicación; secretario académico de FLACSO, Argentina.

JESÚS RODRÍGUEZ

Licenciado en Economía (UBA); ex ministro de Economía de la Nación (1989); fue diputado nacional por la UCR; actual diputado nacional por la Alianza/UCR; vicepresidente del Bloque de Diputados de la Alianza de la Cámara de Diputados de la Nación.

CARLOS STRASSER

Abogado (UBA); doctor en Ciencia Política (Universidad de California, Berkeley); investigador del CONICET; fundador y director de posgrado de FLACSO, Argentina; fue profesor de la UBA, donde fundó la carrera de Ciencia Política; su último libro es *Democracia y Desigualdad. Sobre la democracia real*, 2001.

FEDERICO STURZENEGGER

Licenciado en Economía (Universidad Nacional de La Plata); Ph.D. del Massachusetts Institute of Technology (MIT); fue profesor de la Universidad de California/Los Angeles; profesor de la Universidad Torcuato Di Tella; secretario de Política Económica del Ministerio de Economía de la Nación en 2001.

ABEL RAMÓN VIGLIONE

Licenciado en Economía (Universidad Nacional de La Plata); Programa de Postgrado en Economía, CEMA; economista senior de FIEL desde mayo de 1990, a cargo del área industrial; consultor del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo; director de empresas calificadoras de riesgo.

ENRIQUE ZULETA PUCEIRO

Abogado (Universidad de Mendoza); profesor de la Facultad de Derecho, UBA, donde es miembro del Consejo Académico; ha sido profesor visitante de la Universidad Complutense de Madrid y de la Universidad de Harvard; presidente de la consultora en investigaciones sociales aplicadas Ibope OPSM.

PRÓLOGO

Presentamos aquí el contenido del Seminario “Perspectivas y expectativas de cambio político en la Argentina” desarrollado en FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Académica Argentina) de abril a agosto de 2001. Tanto las exposiciones como las discusiones a partir de las preguntas y comentarios de los participantes, se transcriben editadas con las modificaciones propias del pasaje del discurso oral al escrito, aunque respetando los códigos de la lengua hablada.

La metodología del seminario fue la siguiente:

- Las 16 reuniones tuvieron una duración de tres horas, divididas en dos partes por mitades; la primera, estuvo dedicada a la exposición del correspondiente tema, mientras que en la segunda se desarrolló la discusión en torno a preguntas y comentarios de los participantes.
- Las dos primeras exposiciones, a modo de introducción general y disparador de la discusión de la temática del seminario, estuvieron a cargo de Carlos Álvarez, quien reseñó y evaluó el proceso de surgimiento de la Alianza, acceso al Gobierno y posterior desempeño de éste durante los primeros veintiún meses de un total de veinticinco meses de gestión aliancista.
- Todos los expositores invitados a las clases 3 a 14 contaron con la versión desgrabada de esas primeras dos clases, pudiendo optar por comentarlas y exponer luego su propio tema o dedicar toda la exposición a su propio tema. La mayoría de los expositores eligieron la primera opción.
- En las dos últimas exposiciones se presenta la réplica de Carlos Álvarez

y su propia visión de las perspectivas políticas del país, para lo cual contó con la versión desgrabada de todos los expositores precedentes.

Como podrá comprobarse, las ideas expuestas tuvieron un carácter anticipatorio de los cambios que se vienen sucediendo en la sociedad argentina desde fines de 2001, cuya primera expresión pública fue el masivo voto bronca de las elecciones nacionales de octubre de ese año. En este sentido, este libro debe considerarse como un aporte a la impostergable discusión política que debe darse en los diferentes ámbitos sociales. Esta discusión recién comienza.

También constituye un testimonio histórico que sustentará diversas interpretaciones con el correr de los años. Por primera vez se presenta a la crítica y la opinión públicas la versión de los hechos por parte de algunos de los protagonistas de la escena política argentina de los últimos años. Ejemplo significativo de ello son las exposiciones del ex-vicepresidente Carlos Álvarez, revisadas y corregidas por él mismo.

Dos cuestiones tuvieron un lugar preeminente en la temática del seminario: si el problema central de la Argentina es de carácter esencialmente político o económico, por un lado, y si las causas de los problemas económicos tienen raíces preponderantemente internas o externas, por el otro. Las posiciones fueron variadas, como no podía ser de otra manera en un ámbito de discusión pluralista. Convengamos que mientras no tengamos una clara respuesta –socialmente consensuada y asumida– a dichos interrogantes, será imposible definir objetivos deseables como comunidad. Así, seguiremos transitando esta senda en donde la política y el ejercicio del gobierno se reducen a una mera improvisación, en que la chatura y la mediocridad de la dirigencia son funcionales a los intereses sectoriales que logran imponerse circunstancialmente.

Mientras tanto, seguirá en juego la viabilidad de la sociedad argentina, cuya fragmentación social hoy se expresa en tres dramáticas mitades: 50% de la población en situación de pobreza relativa, 50% de la población económicamente activa desocupada o subocupada y, finalmente, 50% de la población adulta –sobre todo los estratos jóvenes– predispuesta a irse del país en busca de nuevos horizontes.

Tal como podrá comprobarse, la principal línea de discusión de este trabajo podría denominarse –aunque no agotarse– “Gobierno de la Alianza: crónica de una frustración”. Si además intentáramos acotar temporalmente dicha frustración –más allá de los antecedentes y las raíces históricas más lejanos que, como se verá, también se plantearon en el transcurso del seminario– se registra un inicio imprevisto: la renuncia de Carlos Álvarez a la vicepresidencia de la Nación.

En efecto, más allá de todo juicio de valor –que abundan en el texto que se presenta, como enriquecedor de la discusión–, a partir de la renun-

cia de Álvarez, el gobierno aliancista no encontró un rumbo superador de la crisis, ni en el terreno de la política ni en el de la economía, obviamente entrelazadas. Lo dicho no significa que, desde que asumiera en diciembre de 1999, el oficialismo acertara en el rumbo elegido. Más bien que no.

La caída del gobierno en diciembre de 2001, aparte de estar prefigurada de alguna manera en el resultado de las elecciones de octubre de ese año –mensaje social desatendido desde el poder–, incorpora un nuevo y relevante ingrediente: la espontánea movilización de amplios sectores sociales o de cómo la gente canalizó su bronca ocupando la calle y las plazas. Y, lo que es más importante, con el tácito apoyo de una sociedad observante. Las consecuencias de la represión indiscriminada de esos días, pesará para siempre sobre las espaldas de sus responsables políticos.

Digamos al pasar que en cuanto a los episodios de asalto a comercios que se produjeron por entonces, su grado de espontaneidad admite razonable duda. Pero en todo caso fueron hechos puntuales, si bien muchas veces teñidos de vandalismo oportunista. Fue el hartazgo social expresado en forma espontánea en la calle el que volteó al Gobierno y, con él, a un estilo de hacer política. Esto no habla mal, sino bien, de la sociedad argentina. Y así fue reconocido por algunos analistas de otros países, que supieron diferenciar en las imágenes que recorrieron el mundo lo anecdótico de lo importante.

El gobierno transitorio surgido en frágil acuerdo parlamentario y con mandato hasta las elecciones de 2003, nació con la única cualidad de ser, supuestamente, la menos mala de las alternativas posibles. Este improvisado aunque inevitable recambio gubernamental, se produjo en un contexto de mezquindad política y ausencia de capacidad y creatividad de las clases dirigentes, acorde –nos guste o no– con el grado de madurez política de la sociedad argentina. Sociedad que ya comienza a tomar conciencia de su propia responsabilidad no delegable y entrevé la necesidad de un mayor grado de participación y protagonismo sociales.

El fracaso de la Alianza golpeó a toda la sociedad argentina; a los que la votaron y a los que no. Desconocer este hecho es un mal comienzo de un cambio político superador. Cuando se defrauda en materia de valores –morales, no monetarios– no hay ingeniería financiera que pueda levantar la afrenta recibida por una mayoría –en especial, el voto joven– expresada en las urnas y que estaba esperanzada en una convertibilidad, esta vez moral. Este asalto a la esperanza de un cambio posible, antecedió en el tiempo pero superó en gravedad el engendro confiscatorio del corralito.

Pero la frustración y la desesperanza son sólo admisibles durante un tiempo a modo de “duelo social”. La profundidad de la crisis argentina es tal que no nos autoriza a asumir un rol pasivo de víctimas frente al fracaso de la clase política. Aunque destacable, no es suficiente que desde octubre

de 2001 buena parte de la sociedad argentina ya no dé más un cheque en blanco.

El principal déficit del país no es el de las cuentas presupuestarias. Ojalá así lo fuera; a problemas operativos, soluciones operativas que podrán ser más o menos complejas, más o menos equitativas o con mayor o menor costo social. El principal déficit argentino es de confianza. Pero no de confianza económica, de la que también se carece y que tardará un buen tiempo su reconstrucción. Ni tampoco de confianza política en liderazgos, por otra parte hoy inexistentes. En ambos casos, se plantea una confianza pasiva en terceros, sean instituciones o dirigentes, según su desempeño. De lo que se carece es de confianza social activa, mucho más abarcadora que la confianza en un partido, un dirigente o un tipo de cambio. Confianza en nosotros mismos como comunidad, empeñada en alcanzar determinados objetivos comunes. Esta confianza apela a un sentido de proximidad, de interacción, de compromiso activo de las partes, en suma, de respeto y consideración de los diferentes roles sociales que se asuman a partir de dos requisitos básicos, ineludibles y no negociables: idoneidad y honestidad. Respecto a esta última, todos sabemos de lo que estamos hablando, aunque vale la pena recordar que no sólo es corrupto el dirigente que roba –en todas sus formas– para sí mismo y/o para su ente de pertenencia, sea partido, empresa, gremio, club o centro de estudiantes. No es menos corrupto el que no roba, pero sabe que otros sí lo hacen, y convive o acuerda con ellos.

En cuanto a la idoneidad, si bien es todo un tema por su grado de opinabilidad e imprevisibilidad, puede vislumbrarse una posición mayoritaria de sentido común: se trata de poseer la capacidad de ejercer determinada función, desde la presidencia de la Nación a la presidencia de la cooperativa escolar, y desde integrar instituciones legislativas o judiciales a colaborar en el consorcio de copropietarios. Las capacidades son inherentes a cada uno; algunos son capaces de ejecutar y administrar, mientras que otros lo son para legislar o controlar. Las frases a modo de apotegma del tipo “me preparé toda la vida para este cargo”, o “todo político que se precie quiere llegar a ser presidente”, las más de las veces, simulan mera ambición de poder y no auténtica vocación de servicio acompañada de la necesaria y comprobable capacidad. Las idoneidades se construyen y se verifican en la práctica.

Queda claro que seguimos transitando el sendero de la vieja política, siendo anecdótico el nombre de quienes hoy gobiernan. Con atenuantes, que no viene al caso discutir aquí, la responsabilidad de este vacío político, y sobre todo de su superación, es del conjunto de la sociedad argentina, de la que tendrá que surgir la necesaria confianza en un proyecto en común; por lo menos, en sus lineamientos básicos.

Es cierto que no puede existir más que desconfianza generalizada en una sociedad donde sus dirigentes y hasta algunos de sus jueces, aparecen

como sospechados y, en nada despreciable medida, como ostentosamente corruptos. O cuando el Estado no cumple con sus funciones básicas de servicios a la comunidad. O cuando existe, independientemente del ciclo económico, un grado de evasión y elusión impositiva y previsional como al que hemos llegado, haciendo trizas el contrato básico de cualquier sistema económico. Pero eso sí, justificándose en el “no pago porque roban”, cuando ayer tampoco pagaban aunque sostenían “roban pero hacen”; hoy se sienten más disculpados porque “no hacen”. O, finalmente, cuando por incapacidad política de sucesivos gobiernos que a la imprevisión le suman la improvisación, se derrumba el sistema financiero con discrecional apropiación de patrimonios.

Los cambios necesarios para conformar una sociedad razonablemente deseable van mucho más allá de un horizonte de meses o de pocos años. Estamos hablando de décadas, es decir, de generaciones. La tragedia argentina no consiste en la lejanía de este horizonte temporal, sino en la demora en dar el primer paso en la dirección correcta. Aprendiendo de los errores. Sin atajos.

Por supuesto que otros países tienen problemas que aquí no existen. Y es cierto también que el resto del mundo no está inmune a algunos de los problemas argentinos; por caso, la corrupción o el desprestigio de los políticos. Pero admitamos que en nuestro país hemos llegado a límites intolerables, en éstas y en otras cuestiones básicas que hacen a la convivencia social. A esta sociedad, así inviable, sólo se la transforma con mayor compromiso y mayor participación sociales en las diferentes esferas de actuación, sean asambleas barriales, partidos políticos, clubes, centros comunitarios, sindicatos, entidades empresarias, centros de estudiantes u organizaciones no gubernamentales en general. En suma, con más, y no menos, política.

Precisamente, con matices, éstas son algunas de las conclusiones tentativas que fueron surgiendo a lo largo de las exposiciones y discusiones del seminario y que ponemos a consideración del lector.

HORACIO FAZIO
Mayo de 2002

I

LA ALIANZA: ENTRE LA VIEJA Y LA NUEVA POLÍTICA

CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
5 de abril del 2001

Es muy interesante hoy, cuando existen pocos lugares de debate sobre los temas estratégicos de la Argentina, esta iniciativa de FLACSO de tratar de sacar la política y la economía de la coyuntura e intentar una mirada un poco más amplia sobre la base de la experiencia, los errores y las cuestiones que en la mayoría de los casos permanecen pendientes.

Hace mucho que los partidos políticos no cuentan con centros unificados de debates y de propuestas para momentos no electorales, lo que hace que sólo se discuta superficialmente los programas cuando aprieta el calendario electoral. Poco se habla de la "nueva" relación entre la política y la economía, de cómo impacta el fenómeno de la globalización tanto en los márgenes de maniobra de los Estados nacionales como en la propia acción política, es decir, una nueva reelaboración de la vieja noción de poder al calor de las circunstancias, que desde hace tiempo vienen siendo muy distintas a las que conocimos.

El lugar mío hoy es muy difícil, tanto en la Universidad Nacional de Quilmes, donde estoy dando clases, como en este seminario. Por eso pensé mucho cuando Horacio (Fazio) me invitó a participar en este seminario, en tanto uno debe desdoblarse entre quien hasta hace poco tenía una activa militancia partidaria y quien ocupa el rol de profesor o de analista. Esta doble situación, si bien puede aportar mayor riqueza, también presenta algunas contradicciones que es necesario señalar.

Algunos puntos de vista que uno puede desarrollar en términos conceptuales, descifrados o traducidos hacia el interés de las luchas cotidianas o encerrados simplemente en la coyuntura, no sólo pierden perspectiva sino también significado. Por eso, ante la presencia de periodistas amigos que

vienen a cursar este seminario, quisiera acordar que esto no es un reportaje ni un *off*; tampoco una conferencia abierta al público. Los que me conocen saben que, equivocado o no, siempre he dicho lo que pensaba. Pero el problema no es éste, sino que lo dicho aquí se reproduzca fragmentariamente, o como notas periodísticas insertas en las coyunturas partidarias, lo que desnaturalizaría el sentido más integral que le quiero dar a las exposiciones. Al mismo tiempo, como mi participación incluye por cierto un grado importante de autocrítica, al haber protagonizado el fracaso de un proyecto político y de un gobierno que todavía continúa en el poder, resulta entonces que estas observaciones anteriores creo que son pertinentes. Para poner un ejemplo, hoy salió en un diario que venía aquí para hacer públicamente la primera explicación sobre mi renuncia, distorsionando el sentido de este seminario.

Aclarado este punto, quiero que tratemos de revisar en qué contexto nace el proyecto Alianza. A nadie se le escapa que la Alianza traduce una enorme demanda de cambio. Esta demanda de cambio merece un análisis más desagregado. ¿Cuánto había de ruptura con la experiencia de diez años de gobierno menemista? ¿Qué significaba el otro modelo? Aunque la palabra "modelo" como luego vamos a ver, nunca fue desde mi visión una caracterización que ayudase a precisar con más rigor los cambios. Pero en términos generales, el cambio estaba asociado a salir del desempleo, de la ausencia de equidad, de la falta de crecimiento de los últimos años y del enorme déficit institucional que abarcó toda la gestión de Menem, y cuya manifestación más ostentosa fue la corrupción y la impunidad, ambas todavía intactas.

Cualquier observador o cualquier damnificado por el desempeño de este gobierno, puede preguntarse si era necesario o conveniente que el Frepaso hiciera la Alianza. Otros, más cercanos al Frente, también podrían indagar desde lo contra-fáctico, si no hubiese sido mejor continuar solos, cumpliendo con el objetivo inicial de una fuerza alternativa al "bipartidismo imperfecto" reinante durante muchos años en nuestro país.

En primer lugar, quiero transmitirles qué es lo que me llevó a mí, quizás apresuradamente, o secundarizando problemas serios, a optar por la Alianza. Pensando en un mejor funcionamiento democrático, consideramos que era necesario encaminar el país a un régimen de alternancia política, es decir, romper con el hegemonismo que le permitía al justicialismo gobernar, subestimando cuestiones esenciales que hacen al funcionamiento de una república madura. Abuso de poder, corrupción, transgresiones a la ley, arbitrariedad y subordinación de la justicia y de las instituciones a los fines personales o partidarios, significaban un claro retroceso respecto a cómo debía funcionar una mejor democracia en la Argentina. Teníamos diez años de gobierno del Partido Justicialista y había dos fuerzas en la oposición; si no había una alianza, era imposible quebrar el proyecto he-

gemónico. Esto, desde la perspectiva del funcionamiento del sistema democrático.

Luego, no solo existía en la mayoría de la sociedad una demanda de alternancia, sino también de alternativa; es decir, que la fuerza que se ofrecía como relevo del justicialismo expresara claramente otra cosa. No era solamente turnarse en el poder, sino que esto tenía sentido si el proyecto expresaba claras diferencias con lo anterior. Esto es diferente de lo que ocurre en la mayoría de los países centrales, donde los partidos tienden a parecerse y a encontrarse en el centro con propuestas casi indiferenciadas y donde lo distinto radica en las historias, o sólo se visualiza en el plano cultural, pero cada vez menos en el económico o en lo social. Eso es lo que pasa hoy en general en Europa entre la socialdemocracia y la democracia cristiana o los conservadores. De lo que se trata en los países centrales en general, es quién convence al centro de que va a gestionar mejor la cosa pública, indiferenciándose respecto de los proyectos. Lo importante es la credibilidad de los candidatos, la eficacia de la gestión que antecede a la elección o la lucha por apropiarse de la voluntad de un 10 o un 15% de independientes de centro que definen la elección. Son sociedades que discuten puntos parciales, o una agenda muy particular, pero dentro de una cosmovisión o proyecto que no está en debate.

En nuestro caso, se trataba no sólo de alternarse en el poder sino de reinventar un proyecto para la Nación ya que el liberalismo sólo había articulado seis o siete iniciativas económicas que juntas no nos daba un perfil de país para los nuevos tiempos. La ruptura con el menemismo debía tener una base político-cultural y económico-social. La primera, porque el gran déficit histórico de las sociedades latinoamericanas ha sido el institucional, es decir, la dificultad para construir instituciones sólidas tanto en el plano jurídico-político como en el económico. Venimos de una historia de hombres fuertes y leyes débiles, de muy bajo apego a las instituciones y donde incluso los desempeños más exitosos de la mayoría de los actores económicos encontraron un suelo en general de cuasi-legalidad o de abierta ilegalidad. Sería para otro seminario debatir las condiciones sobre las que se desarrolló el poder económico en la Argentina. Pero los que supuestamente defendían la República o la legalidad en general, venían de la mano de proyectos autoritarios o conservadores; es por eso que casi no existió liberalismo en el verdadero sentido de la palabra.

Desde siempre, mi punto de vista fue que la Alianza debía instalar un nuevo contrato social que partiese de un piso institucional distinto y desde el cual se relanzara otro programa económico. Para decirlo de otra forma, si el menemismo había llevado adelante una modernización conservadora, elitista y concentradora del poder, la Alianza debía democratizar la democracia en todos los niveles. Ello implicaba un cambio en la naturaleza del poder político como base de otro modelo de Estado, de mercado y de so-

ciudad. Yo descreo que el sistema político actual sea capaz de liderar un proyecto económico alternativo. Y es en este sentido donde no era difícil percibir que la demanda era de una fuerte ruptura con el sistema de poder heredado; en tanto la continuidad política tendería a reproducir los mismos beneficiarios y perjudicados, y también los mismos efectos de inequidad y desigualdad.

Es posible, y esto dicho de modo autocrítico, que hayamos subestimado algunas cuestiones sustantivas. Primero, que la hegemonía cultural que el Frepaso había logrado desde la oposición, no podía ser correspondida en el plano de la estructura, respecto del radicalismo. Es decir, una gran asimetría de "poder relativo" disimulada en la oposición, pero que se iba a sentir a la hora de gobernar; cosa que pasó. Segundo, la escasa experiencia de gestión del Frente con relación al radicalismo era también notoria. Y por último, y quizá lo determinante, que en un régimen presidencialista, ajeno a la experiencia de gobiernos de coalición, las características de quien fuera el presidente iban a ser decisivas, precisamente por las características dominantes de nuestro régimen político. Aun cuando se pudiesen expresar desacuerdos entre los partidos de la coalición, más que enriquecedor, era un seguro de crisis o de percepción de no gobierno o de gobierno deliberativo. La mayoría de la población reclama y necesita ver en un gobierno unidad de mando, cierto piso de homogeneidad en la dirección y eficacia en la ejecución; sobre todo cuando el país atraviesa una situación recesiva y de crisis.

La demanda de alianza expresada por el grueso de la población era tan fuerte y notoria como el agotamiento, la saturación y el desamparo que sentían después de tantos años de gobierno menemista. El sólo pensar en otra victoria del justicialismo liderada por los mismos hombres que habían protagonizado la etapa Menem, hubiese disparado desde la mayoría de la sociedad la acusación de sectarismo, ambiciones personales o mezquindad por no haber formado la coalición.

Debo reconocer que en nuestra fuerza no promoví un debate más a fondo sobre el desafío y los riesgos de participar de una experiencia de gobierno nacional, y tampoco el radicalismo nunca alentó una revisión crítica sobre su fracaso anterior o una renovación de los modos de producción de la política. Existía una suerte de dinámica inercial alentada en 1997 por el triunfo electoral que conducía casi linealmente al gobierno. A esto debe sumarse que, como sigue sucediendo hoy, ninguno de los partidos había sistematizado un plan de gobierno con la debida anticipación y con el rigor que exigían circunstancias altamente conflictivas. Esta falta de pensamiento y de trabajo sistemático en equipo sobre las cuestiones más importantes que debía asociar la formulación teórica de los problemas con la preparación efectiva para la gestión, es uno de los déficit más elocuentes del conjunto de los partidos políticos hoy en la Argentina. Esta falta de

trabajo previo al programa, que siempre es un catálogo de generalidades y de buenas intenciones, lo evidencia hoy el justicialismo que se siente el próximo destinatario del poder.

La paradoja es que el reclamo de cambio económico y el acuerdo sobre el agotamiento de lo que imprecisamente se denomina modelo, requería y requiere una articulación muy rigurosa acerca de lo que hay que hacer en el país, y un delicado equilibrio o difícil armonía que hay que conciliar entre las demandas del mercado y la legitimidad social. Traducido, entre el poder hegemónico que asocia sectores internos y externos y las necesidades, por largo tiempo insatisfechas, del conjunto social.

Cuando hablamos que en el reclamo de cambio económico se incluía la demanda de otro modelo, entramos aún hoy en un terreno entre impreciso y hasta a veces contradictorio. Primero, porque el modelo para muchos era y es sinónimo de la convertibilidad, que en parte es correcto, en tanto instrumento que define los precios de la economía y su mayor o menor competitividad, entre otras cosas. Pero al mismo tiempo, colocaba y coloca hasta hoy un límite político-económico indisimulable. Ningún dirigente o economista, a no ser que no tenga la mínima posibilidad de conducir hoy la economía, o ningún dirigente político que no juegue nada en cuanto a su representatividad, puede decir públicamente que hay que salir de la convertibilidad para devaluar. Si los "antimodelo" eran o son devaluacionistas, lo deben ocultar, disfrazar o morigerar. Los "antimodelo" con convertibilidad casi no existen porque aparecería como un contrasentido que un nuevo modelo parta de un sistema de cambio fijo, desaconsejado hoy en la mayoría de los países del mundo.

Yo tiendo a pensar que lo que se definía como modelo era un recetario que estaba en línea con lo que fue el Consenso de Washington, que conjugaba en cinco o seis decisiones de reformas pro-mercado, que aplicadas coherentemente iban a permitir casi automáticamente un crecimiento sostenido de la economía. Desregulaciones, apertura, reforma del Estado, privatizaciones y mercados libres garantizaban, según la óptica predominante de los años ochenta y noventa en América latina y en los llamados mercados emergentes, el éxito económico. Este catálogo reduccionista comienza a tener sus propios críticos entre los mismos tecnócratas que los proponían como solución en aquellos años, como por ejemplo el ex vicepresidente del Banco Mundial, Joseph Stiglitz.

Desde mi punto de vista, y evitando empantanarnos en la noción de modelo, lo que necesita la Argentina es tener una estrategia de desarrollo productivo, que significa el desarrollo del mercado interno y una inserción más competitiva en la economía internacional. La noción de modelo remite más al conjunto de la sociedad; no sólo a su economía, sino también a sus instituciones y la mayor o menor cohesión social. Por eso, para mí es más pertinente hablar de modelo de sociedad o de nación que de modelo

económico. Desde una visión puramente economicista, jamás se podrían explicar los grandes procesos de cambio que protagonizaron el radicalismo y el peronismo en distintas etapas de nuestra historia, e incluso los límites políticos del proyecto de la generación del ochenta.

Lo dramático de nuestro país es que no se llevan adelante cuestiones que están fuera del debate, sobre las que existe un amplio consenso en la ciudadanía, como por ejemplo: regular con eficacia y transparencia; desmonopolizar un capitalismo casi sin reglas ni riesgos; obligar a cumplir con la ley y los contratos; limitar las ganancias extraordinarias, ajustar una política tributaria a la nueva estructura económica del país y construir un poder capaz de ponerle fin a los privilegios; hacer pareja y cumplible la ley y gestionar eficazmente organismos vitales a través de los cuales se despilfarran recursos o se los utiliza de manera clientelista. Cuando hablé anteriormente de crisis de las instituciones, incluí las económicas, porque no es casualidad que el deterioro del sistema político y su degradación conviva con la dificultad para combatir la evasión, el contrabando, las superganancias o los monopolios. En un sistema institucional perforado por los intereses particulares es lógico que la falta de autoridad y eficiencia se proyecten en el centro de decisión de las principales instituciones.

Por cierto que cuando hablamos de la vulnerabilidad de la economía argentina, hablamos del peso excesivo de su deuda, de los condicionamientos externos, su alta dependencia del ingreso de capitales y también, y principalmente, de su extranjerización, que hizo que no tuviéramos hoy un conjunto de conglomerados nacionales competitivos, que asociados con las pequeñas y medianas empresas pudiesen ser la locomotora de un proceso de expansión y crecimiento.

Visto desde el sentido común, la mayoría de la sociedad intuía que un ciclo había terminado en los ochenta y que era inexorable un proceso de readecuación y de modernización, pero, a diferencia de la modernización conservadora de Menem de los años noventa, ahora la mayoría reclamaba una modernización asociada con el crecimiento, el empleo, un Estado eficaz y una mejor distribución del ingreso. No era volver hacia atrás, sino cargar a la economía de producción y de trabajo, y de mayor equidad, frenando la exclusión social y la cada vez mayor desigualdad.

Lo que resulta hoy, visto en el tiempo, es que ese cambio que pedía la sociedad era difícilmente compatible con un dirigente tradicional atado a los peores compromisos corporativos y con una concepción conservadora que, en lo económico, lo llevaba a aliarse automáticamente con los sectores dominantes del país, y en lo político, legalizar la continuidad de los peores vicios. Es decir, la Alianza tenía un candidato que no coincidía con un sistema de transformaciones profundas que había que liderar en el plano político, institucional y cultural, y con los cambios de política que había que comenzar a instrumentar desde lo económico.

Quiero hacer otra digresión política sobre la construcción partidaria, vista desde el Frepaso. La dificultad de una tercera fuerza en el país, que eventualmente puede ser segunda, con un proyecto de transformación, es que a mayor grado de concentración económica y hegemonía de los sectores financieros, se necesitan mayores niveles de consenso, de acumulación de fuerzas y de recursos institucionales para compensar o equilibrar esas visiones, que no solo están regidas por una lógica interna del interés, sino por su entrelazamiento en la globalización con los sectores financieros internacionales.

Ganar una elección está muy lejos de ser sinónimo de tener poder, en tanto las asimetrías entre los mercados y la sociedad son las que deben equilibrarse desde un Estado activo y eficiente; y esto requiere una política altamente creíble, que es lo que falta hoy. Los límites del tercer camino son precisamente la distancia que va entre el discurso y los recursos políticos para instrumentarlo, más allá del tiempo que insuma una alternativa estratégica al bipartidismo.

Cuando se llega a una situación de relativo poder como en el caso nuestro, allí se visualiza en concreto, y más allá de los discursos de campaña o arengas desde la oposición, la voluntad o no de cambio, la predisposición, aún en una situación difícil y con un contexto complicado, de intentar modificaciones o una actitud adaptativa a la situación heredada. La moderación funcionó no como una virtud diferente a la transgresión perversa, sino como opción para salir siempre por el mismo lugar, el de la conservación de los intereses ya dados.

La referenciación económica y el propio equipo de la Alianza no ayudaban a resolver esa debilidad. Porque si bien el ex ministro de economía José Luis Machinea había sido una suerte de nekeynesiano en la oposición y mientras asesoraba a la Unión Industrial Argentina, su propio balance respecto a la gestión durante la presidencia de Alfonsín era negativo, lo que de movida generaba un flanco complicado.

Por otro lado, el espacio intelectual en la Argentina respecto al pensamiento económico está dominado por los operadores o los intelectuales orgánicos de los mercados. Desde hace tiempo no existe, como ya dije, un ámbito de estudio y trabajo sistemático que se corresponda con el pensamiento promedio de un sistema político de tradición no liberal. No había ni en la UCR ni en nuestra fuerza un *think tank* con iniciativas, propuestas o estrategias con fundamentos sólidos diferenciadas claramente de los que expresan la Fundación Mediterránea, FIEL o el CEMA. Esto implica contar con un equipo de varios años de trabajo que hubieran sistematizado una verdadera estrategia de crecimiento productivo para el país, que por un lado tuviese reconocimiento en la parte más informada de la sociedad y, por el otro, prestigio y reputación en los propios mercados. Éstas son dos condiciones que deben ir de la mano, sobre todo si la autoridad

presidencial es dubitativa o está inclinada naturalmente hacia los intereses conservadores.

Esto no era un problema al comienzo de la democracia, antes de la hiperinflación y en la antesala de la acentuación del proceso de globalización. A pocos les importaba quién iba a ser en Ministro de Economía de Luder, Alfonsín o Cafiero en 1983. Pero ya desde la disparada del proceso inflacionario, la traumática crisis económica de 1989 y la mayor vulnerabilidad y dependencia externa del país, la reputación del equipo económico y de quién lo referencia es un dato político relevante. Y si bien los mejores hombres del radicalismo en economía no provenían del pensamiento ortodoxo, su participación durante el gobierno de Alfonsín había quedado estigmatizada como un fracaso, tanto para los que aspiraban a otra economía como para quienes simplemente esperaban la continuidad del esquema anterior. Es decir, hacia adentro de la Alianza y hacia fuera, se partía de una cierta debilidad como consecuencia de no haber constituido con suficiente anticipación un equipo, que más allá de los nombres, pudiera mostrar una propuesta si no acabada, por lo menos lo más cercana a ello.

Ustedes podrán acotar que sólo tienen reputabilidad en los mercados, los que están alineados o los que traducen simplemente sus demandas, mientras que cualquier economista crítico o con otro perfil será siempre sospechado. En parte esto es así, pero no nos desresponsabiliza, ni antes ni ahora, de nuestras insuficiencias para convocar y organizar equipos propios, no sólo en los momentos electorales, sino que intervengan con autoridad en los debates públicos en tanto individualidades o académicos, pero también como parte de un proyecto político que debe sobre todo manifestarse en el terreno económico. No es sólo una persona, un iluminado, sino un conjunto de técnicos que subordinados a la estrategia política puedan mostrarse idóneos y eficaces en cada una de las áreas en donde hay que gestionar.

Si existen este tipo de debilidades, luego hay que sobreactuar para obtener la confianza de los mercados, que a diferencia del pueblo, votan todos los días. Esto explica en parte cómo los partidos que asumen por el centro-izquierda terminan gobernando casi excluyentemente por la derecha. La improvisación, la ausencia de equipos, la "tercerización" de los saberes y el clientelismo partidario se terminan pagando muy caro. Esto, en parte, ya lo había experimentado el gobierno de Alfonsín, incluso con economistas que provenían de una escuela de pensamiento distinta de la ortodoxa o liberal y que eran respetados por sus conocimientos técnicos.

Además, ciertos sectores vinculados al entorno del Presidente, con gran influencia sobre sus decisiones, aparecían netamente encuadrados en el pensamiento continuador de la gestión de Roque Fernández y Carlos Rodríguez, cuyo pensamiento político a nadie se le escapa es similar al de la UCD. Desde esta perspectiva no solo pujaban por incidir en las decisiones

económicas, sino que consideraban a la Alianza como un transbordador que había servido para depositar a De La Rúa en la presidencia, pero que no era el instrumento adecuado para gobernar. Combinaban lo peor de la política, las peores prácticas, con la visión más ortodoxa de la economía. Es decir, planteaban un proyecto de continuidad con la política menemista, en tanto también como ésta, conciben a la política como un negocio. Son quienes de movida plantean la conquista del *investment grade* y un alineamiento automático con los sectores financieros. De la sociedad con esos sectores dependía entonces que la Argentina volviera a crecer. Una suerte de manual elemental, encuadrado con la chatura y la mediocridad de quienes lo recitaban. Siempre estas propuestas están "acompañadas" de grandes contactos en Wall Street, de viejas y nuevas amistades con los banqueros más influyentes y con una información *on line* que permite opinar aparentemente sin márgenes de error.

Es natural que a este pensamiento económico le correspondiese otra alianza política, que es lo que se buscó desde el comienzo a pesar de la ambigüedad y del zigzaguo del propio Presidente. Unos, por concepción querían otra Alianza parecida a la menemista, y los otros, desde la cultura propagandística, confundían *marketing* con gestión y querían transformar al Presidente en De Gaulle. Es decir, diluir la Alianza en la autoridad suprema y única del Presidente.

No olvidemos que quienes participan del CEMA, en general son todos adherentes a la UCD y, precisamente, la coalición menemista era una alianza social entre los votantes históricos del peronismo y quienes adherían a los principios más conservadores.

Al mismo tiempo que dominaba esta concepción, lo que uno notaba era que los economistas, casi mayoría en el primer gabinete, no tenían una idea medianamente parecida a lo que debía ser una estrategia de desarrollo, más allá de las dificultades y de los vaivenes de la coyuntura. La única coincidencia era achicar la brecha fiscal, pero desde una concepción que a todas luces parecía superficial y hasta simplista. Desde el lado político del gabinete, pensábamos en una batería de medidas más heterodoxas que pusieran más el énfasis en la recuperación del crecimiento, porque lo que empezaba a notarse con crudeza era la continuidad de una prolongada y profunda recesión.

Desde la perspectiva política, la presencia de un conservador como presidente, es decir, complicado y activo participante de las peores formas de concebir y hacer política en el país, más cinco economistas y un amigo que le planteaban la resolución unidimensional del déficit fiscal como salida a todos los problemas, y un equipo económico que arrastraba el "karma" del fracaso, constituyeron un clima, donde el cambio cedía a la continuidad. En ese contexto, el compromiso y los incentivos para salir de lo anterior y parir lo distinto empezaban a ser difícil de reconocer.

Yo siempre fui consciente de que la salida económica no era simple. Nunca hicimos demagogia y quizá por ello hemos pagado muchos costos; entre otros, haber apostado en el comienzo a transmitir un sentido de unidad y acompañamiento que fortaleciera al gobierno, aunque muchas cosas pudieran no compartirse. Plantear las diferencias y que éstas se hicieran públicas podía ser simpático en determinados círculos, pero la imagen del gobierno hubiera comenzado a ser la de desorden y enfrentamientos en el propio seno del oficialismo. Visto el problema desde hoy y después de lo que pasó, se impone una autocrítica respecto a la necesidad de haber sido más firme en la defensa de ciertas posturas, respecto a la salida de la crisis económica.

La crisis del Senado abría una gran oportunidad para marcar un cambio de ciento ochenta grados desde el punto de vista institucional. Una frontera entre la degradación y el comienzo de otra etapa. Expresar con contundencia que en el país iban a regir reglas que terminaran con la corrupción, que es uno de los grandes temas de la crisis argentina y una de las explicaciones, no la única por cierto, de nuestra decadencia como Nación.

Lamentablemente, al estar el gobierno involucrado, cosa que demuestra la complicidad con el viejo y aún vigente entramado de poder en el país, se perdió una enorme oportunidad para convocar a la sociedad a protagonizar otro camino.

Se optó por el sistema de poder que dominó la Argentina desde la vuelta de la democracia. Una lógica que pivotaba sobre las transacciones por debajo de la mesa; los acuerdos constituidos por operadores de dudoso origen, y los negocios políticos bipartidistas que dominaban la vida político-institucional. Estos acuerdos explican el funcionamiento ilegal de la política, la manera de acumulación de espacios de poder por parte de los partidos, la pérdida de autonomía de la política respecto a los sectores económicos más concentrados, y como conclusión, el creciente proceso de deslegitimación social de la práctica política.

El tema de la recuperación de la autoridad social de la política, su relocalización en el centro de la decisión y su capacidad de arbitraje entre sectores cada vez más asimétricos respecto de su poder, era decisivo. Todos sabemos que hoy el principal problema del país es el crecimiento, la distribución del ingreso y el empleo, pero la calidad de la política y de sus instituciones para mejorar esos problemas no es neutral. No es lo mismo una gestión que combata a fondo el clientelismo en el aparato estatal, controle los recursos, tenga políticas públicas transparentes y supervisables, a que los partidos sigan pensando al Estado y las instituciones como medios para el financiamiento y la acumulación de poder partidario. Algunos nombramientos en los lugares clave o estratégicos del Estado marcan con una gran nitidez el espíritu clientelista o partidocrático que termina socavando la propia esfera pública. Cuesta entender cómo partidos que se di-

cen defensores respecto de lo público frente al mercado, hacen un uso tan anacrónico y discrecional de los espacios públicos. Véase como ejemplo los manejos partidarios de la Universidad de Buenos Aires, para contar sólo con una muestra que es suficientemente explícita.

La transformación de la política es fundamental para regular lo que hay que regular, controlar donde no hay prácticamente controles, desmonopolizar donde hay conductas anticompetitivas y refundar un Estado eficaz y menos costoso; cuanto menos recursos hay, más estrictos hay que ser. Sin embargo, nada se hizo para mejorar los controles sobre las empresas de servicios, para traducir las demandas de los usuarios y para mostrar que se abría un momento distinto en la construcción de un capitalismo moderno, con reglas y controles eficientes y profesionales.

Es cierto que no existe un único camino, una única alternativa. Lo que yo comprobé es que los compromisos y las complicidades de un sistema político anacrónico, cierran las opciones, en tanto lo que se puede cambiar no se quiere hacer porque termina tocando intereses en las fronteras entre el poder económico y el poder político. La mayoría de la sociedad no se equivoca cuando percibe que la política se apropia de una porción de la renta nacional cuando canjea decisiones estratégicas a cambio de recibir contribuciones para las campañas o para mejorar la propia situación individual.

La denuncia que hizo la senadora Sapag sobre sobornos para votar la ley de hidrocarburos es clarificadora. No consiste solamente en la paga, sino que la ley va a perjudicar a las provincias petroleras, y esto puede significar una merma importante de recursos para los gobiernos y las poblaciones de esas provincias. No es lo mismo una ley que promedia el interés de las empresas por invertir y ganar con el de la Nación y las provincias, que una ley votada mediante procedimientos espúreos que termina privilegiando exclusivamente a una o dos empresas extranjeras privadas.

Acordémonos de la Ley de Correos, votada casi por unanimidad en el Senado, y saquemos conclusiones de cómo afecta el funcionamiento del sistema político decisiones económicas importantes y con fuerte impacto sobre la sociedad.

La crisis de representación y la debilidad de un régimen político perforado por diversos intereses, es parte significativa de la defraudación de expectativas. Yo estoy convencido de que es una de las claves de los fracasos, aun cuando todos sabemos que un país puede crecer al 5 o 6% anual, conviviendo con un altísimo grado de corrupción. Ésta es lamentablemente la apuesta de la mayoría del régimen político hoy. Lo que seguro no se puede mejorar con el actual grado de deslegitimación es la regresiva distribución del ingreso. Para ello se necesita otra calidad de la política y otro funcionamiento del conjunto del sistema institucional.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Sobre la situación económica al inicio del gobierno de la Alianza.

Respuesta: Las dificultades que atraviesa la Argentina son de diversos tipos. La ausencia de un proyecto estratégico e integral, creo que es lo más importante. Luego su vulnerabilidad externa, que tiene que ver con su precaria e insuficiente inserción en el mercado mundial; el propio régimen de paridad fija y la sospecha que comienza a percibirse sobre las posibilidades del país de poder afrontar sus compromisos externos. Otros países tienen una deuda con relación al producto mayor que la Argentina, pero cuentan con ingresos asociados a sus exportaciones, al crecimiento y a la recaudación impositiva que no permiten dudar sobre su solvencia, como puede ser el caso italiano por ejemplo. Descreo que esto pueda arreglarse solamente tocando algunos aranceles, como plantea Cavallo, sin alterar los precios relativos, y entre ellos, el costo del dinero y los servicios. El esquema de salida debería contemplar un ataque en todos los frentes: reprogramación de la deuda, reformas del Estado, baja de tarifas, nueva ley de coparticipación y un esquema tributario distinto.

Respecto a la convertibilidad, como alguien dijo, es un tema similar al de las drogas; es fácil entrar pero difícil salir, más aún cuando la mayoría de la sociedad la percibe como una regla no sólo económica sino también como una institución que genera cierta certidumbre en un país incierto; al margen del miedo que genera una devaluación en los sectores endeudados. Por eso, si desde el punto de vista estrictamente técnico o académico, es sencillo diagnosticar su agotamiento, la salida presupone un alto nivel de incertidumbre y de posibilidades de caos. La memoria hiperinflacionaria y los efectos negativos de las devaluaciones desde el punto de vista social, también juegan en contra de las posiciones que no dudan sobre la necesidad de salir de la convertibilidad.

Pregunta: Sobre la participación social y las restricciones de la globalización.

Respuesta: El tema de la representación social ya lo planteé cuando describí cómo se construyó el sistema de representación en la Argentina. La historia marca que el país tuvo instituciones muy débiles, liderazgos de carácter plebiscitario y una cultura "estatalista" que dificultó la construcción de una sociedad civil más fuerte. La actual crisis de la política debería abrir un espacio en la discusión sobre nuevas formas de participación y una mayor capacidad de autogestión desde la propia sociedad. Si la crisis

refuerza los mecanismos clientelísticos del sistema político y los regímenes electorales van perdiendo legitimidad social, debería comenzar a darse, por un lado, corrientes renovadoras fuertes al interior de los partidos, y al mismo tiempo, apertura e impulso a otras maneras de involucramiento y compromiso con lo social y lo público. Ninguna de estas dos cosas se observa hoy. Lo que funciona es el discurso banalizado y superficial de la antipolítica por parte de todos los que quieren caer simpáticos en la opinión pública, pero sin un diagnóstico más profundo y estrategias adecuadas para re-legitimar la función de la política. Por un lado, los "ajustadores", o los que miran sólo el lado del gasto, y por el otro, quienes con el pretexto de defenderse de ellos, justifican casi todo; aparte porque el poder de las oligarquías partidarias depende en gran medida en que mucho de lo peor no cambie. Es claro que los partidos no canalizan ninguna forma de participación ni mediación; las ONG y demás asociaciones son débiles e insuficientes. Una de las tareas es pensar y proyectar iniciativas que, aún en la crisis, disparen una capacidad de invención hoy inexistentes.

La globalización es, dicho en forma elemental, un proceso que acentúa los niveles de interdependencia y acorta los espacios y los tiempos; por lo tanto, nadie puede quedar al margen de un escenario cuyas condiciones de desenvolvimiento afectan a todos, en mayor o menor medida. En este marco, los espacios de maniobra de los Estados se angostan y las crisis externas, que antes afectaban sólo a los vecinos, hoy pegan más fuerte sobre toda la periferia mundial, y específicamente a los países más vulnerables como la Argentina. Estar, por otro lado, atados a la moneda más fuerte del mundo, restringe aún más. Por lo tanto, hay decisiones y efectos que desempeñan un papel preponderante en el país pero son de carácter extra-nacional. Yo pienso, por ejemplo, que es imposible recuperar estructuralmente el equilibrio fiscal y el crecimiento, si no se reprograman los pagos de la deuda. Esto tiene que ver con debatir aspectos de la globalización como la economía "casino", donde la primacía de la especulación y lo financiero sobre lo productivo, termina ahogando en parte, las posibilidades de desarrollo del país. Para ello, hay que unificar fuertemente el frente interno y avanzar en la integración regional para reequilibrar parcialmente las asimetrías de un proceso de globalización que conlleva para nosotros más amenazas que oportunidades. Los países de la región deberían avanzar en alinear los tipos de cambio y el nivel de apertura de las economías y luego asociarse en emprendimientos conjuntos para ganar más espacios en los mercados internacionales. Cuando se habla entonces de unidad nacional, lo primero es encontrar los denominadores comunes de un proyecto estratégico, y luego la competencia debería centrarse en cuál fuerza política tiene más capacidad, más credibilidad y más consenso para gestionar esas ideas fuerza. Acá es lo contrario, la disputa por el poder parece vacía de contenido, y luego ese contenido lo pone la crisis o alguien que la gente no votó.

Pregunta: Sobre el régimen político.

Respuesta: La crisis de autoridad presidencial, casi promediando el período constitucional, abre un interrogante: ¿tiene el país recursos institucionales para resolver la crisis de un gobierno que fracasa, entre otros motivos, por la ineptitud presidencial? Pocos serán seguramente quienes vayan a pretender adelantar los plazos de renovación presidencial en un país donde luego de recuperarse la democracia, el primer presidente tuvo que irse antes, el segundo está bajo arresto domiciliario —no sabemos por cuánto tiempo— y el tercero tendría que ser relevado por ineficaz antes de los cuatro años. Esto describiría un país “anormal”; por eso, hoy la mayoría quiere que De la Rúa termine su mandato, pero al mismo tiempo se interrogan si esto será posible. En una mirada de mediano plazo, podría comenzar a debatirse si no es mejor tener un sistema semi-presidencialista o semi-parlamentario. Pero estamos a años luz de esto por el desprestigio y el grado de deterioro que tienen en el país los cuerpos legislativos en general. El Senado es un ejemplo grandilocuente de los manejos más turbios y las transacciones más espurias que recorren nuestro sistema político. Es imposible debatir un cambio de régimen en el contexto degradante de la política actual. En otro marco, y una vez concretadas una renovación de las estructuras partidarias, cambios en los sistemas electorales, leyes eficaces sobre el financiamiento de los partidos y un plan de saneamiento integral de las prácticas políticas, es lógico que pudiera discutirse si ayudase o no a la democracia modificar ciertos aspectos del régimen político.

Pregunta: Sobre las plataformas políticas y propuestas alternativas.

Respuesta: Mi experiencia política y mis conocimientos sobre otras realidades me hacen ser escéptico respecto al valor de las plataformas y que los cambios cualitativos de la política pasen por este punto. Primero, porque quienes leen en verdad las plataformas son una ínfima minoría de la población, y luego, porque como fue siempre, y más ahora, en la etapa de la personalización de la confianza y la credibilidad, la figura de los candidatos, su desempeño mediático y el peso de los partidos son los que definen las orientaciones de la opinión pública a la hora de elegir. Sí creo que los sucesivos fracasos gubernamentales van ir haciendo más desconfiables las propuestas genéricas o los buenos deseos y la venta de paraísos que, llegado el momento, se conviertan en purgatorios, cuando no en infiernos. Un mayor sinceramiento y una mayor correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace son vitales para mejorar la relación entre la política y la sociedad. También la crisis de opciones es percibida por la mayoría, más allá de que todo dirigente diga que no es tolerable el pensamiento único y que tiene su propia receta salvadora, tiende a restarle valor y productivi-

dad a la política. ¿Cómo va a creer fácilmente la gente en alternativas si cada uno tiene su propia solución? Casi nadie tiene equipos que la refuercen, y mucho menos poder para llevarla adelante. Las opciones aparecen como elucubraciones individuales, que pueden sonar más o menos coherentes, pero que carecen del conjunto de atributos que debe poseer un modelo más integral de país. ¿Las pueden tener quienes acompañaron a Menem durante diez años casi sin discutir nada? ¿Las pueden tener quienes cuando tuvieron su oportunidad fracasaron? ¿O se puede creer que las tenga algún legislador suelto, minoría en su partido, o algún representante de una fuerza política que puesta a competir pasa apenas el piso de la representación? ¿Pueden tener un proyecto en serio partidos que tienen tantas fundaciones o centros de estudio como corrientes internas, o partidos que nunca aparecen debatiendo nacionalmente los temas de envergadura? Es cierto que hay que salir del pensamiento único. Pero también es cierto que es una tarea de una gran envergadura política, conceptual, técnica y de un conjunto de saberes, de experiencia y de eficacia que no es sustituible por un discurso cuyo formato obedece simplemente a las demandas coyunturales. Yo lo que he comprobado es que en nuestro país existe un margen muy grande para transformar y que no se avanza por intereses y compromisos, y, en cambio, se apela a lo discursivo y a lo genérico que encuentra hoy poco eco en la sociedad; o si no, a la enunciación de alguna que otra medida que puede sonar transgresora o progresista, pero que está muy lejos de ser parte constitutiva de una estrategia integral. Por eso, soy de la opinión de ir trabajando transversalmente un sistema de ideas más riguroso, sin la compulsión de la agenda electoral y al mismo tiempo generando confianza y acuerdos hacia adelante. No rehuyendo la coyuntura pero tomando conciencia de que el cortoplacismo es el aliado más fuerte que tiene el pensamiento único y el actual sistema de poder. El Frepaso fracasó en su intento de contribuir a hacer política y pensar la Argentina desde una lógica diferente a la de los actores tradicionales; en gran parte, fuimos absorbidos por lo viejo, y en algunos casos, por lo peor. Sin embargo, en la base de la sociedad sigue intacta, o es aún mayor, la demanda por lo diferente. Ojalá podamos colaborar con quienes puedan retomar esas ideas, o dicho más claramente, ojalá que existan otros protagonistas que puedan expresar el vacío de representación y de expectativas que deja esta experiencia.

II

GOBIERNO DE LA ALIANZA: UNA OPORTUNIDAD PERDIDA

CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
19 de abril del 2001

En la anterior exposición planteé las limitaciones de la Alianza y la ausencia de voluntad para protagonizar las transformaciones políticas, institucionales y culturales que necesita la Argentina, y que debían representar una fuerte ruptura con el país menemista. Estos cambios no sólo debían revertir los efectos más nocivos de la gestión anterior, sino también dar una batalla en todos los terrenos contra una desigualdad cada vez más irritante ¿Cuál es la síntesis de esta desigualdad? Un país donde la ley no es pareja y se genera una suerte de capitalismo de amigos que, en el plano de la justicia, se expresó en la figura de la "asociación ilícita".

En realidad, esto no comenzó con Menem sino que viene desde la dictadura militar, que abrió el camino de la desigualdad, asociado a la ausencia de institucionalidad. Siguió luego, en los gobiernos democráticos, con una institucionalidad muy débil que, no por casualidad, en todos los casos siempre termina beneficiando a los más fuertes. Insisto en que es muy difícil crecer y mejorar la distribución del ingreso sin generar simultáneamente otra concepción del poder democrático que pasa por, en el lenguaje de los años ochenta, democratizar la democracia, y que por supuesto incluye lo económico. Significa la necesidad de un poder capaz de instalar nuevas reglas parejas para todos. Y esto no depende de ningún sistema de restricciones externas o condicionamientos foráneos, sino básicamente de exhibir una voluntad política diferente. Una de las críticas que hay que manifestar es esa resignación que se mostró en casi todos los campos, desde la justicia hasta los organismos de seguridad.

Sin la existencia de un poder presidencial que conduzca y oriente la dirección de los cambios, mi experiencia personal es que siempre se termina

ganando por el centro-izquierda y gobernando desde la derecha, aún con lo relativo que puedan sonar en nuestro país esas categorías de análisis. Pasó con la economía. Un equipo que desde la oposición aparecía claramente como heterodoxo, que había cuestionado las sucesivas administraciones económicas menemistas por ser de la familia del “puro mercado” o del “puro fiscalismo”, pero que a la hora de la gestión, va gradualmente adaptándose al rumbo heredado.

Existieron muy pocas acciones que marcaron un camino distinto y en lugar de utilizar el poder político obtenido en las urnas para sostener otra tendencia, se cayó en el consabido “círculo virtuoso” de la economía, que comenzaba en el equilibrio fiscal y terminaba casi automáticamente en el crecimiento y la generación de empleo: recuperar confianza, bajar el riesgo país, disminuir las tasas de interés, obtener el apoyo de los mercados, de ahí la reactivación, y de nuevo el crecimiento.

Yo planteé después del blindaje varios puntos o decisiones que pensaba sustantivos y apegados a lo que había sido el discurso de la campaña. Uno de estos puntos era salir de la idea unidimensional de que la economía es primariamente ocuparse de las finanzas. Había, a mi entender, que darle una gran importancia a la economía real y contar también con una estrategia de desarrollo productivo que el país no tiene desde hace muchísimos años. Desde el modelo de sustitución de importaciones hasta la versión desarrollista de un crecimiento a partir de ciertas industrias, la Argentina viene careciendo de una visión económica integral que combine la salud de las cuentas con una mejor inserción en el mundo y con una diversificación y actualización de su base y patrón productivo.

El derrumbe de los modelos de planificación con centralidad estatal se confundió con no tener ningún tipo de planeamiento estratégico, cuestión que es vital hoy para cualquier empresa mediana o grande que necesite competir tanto en el mercado interno como en el internacional. Entonces, si el planeamiento es vital para una empresa, cómo no lo va a ser para un país, en el marco de la globalización y en la fase de las integraciones regionales.

Desde hace años, el ministro de economía de la Argentina es lo más parecido en verdad a un secretario de hacienda y finanzas, ya que en su agenda de prioridades lo que sobresale son los temas vinculados a la cotización de los bonos, la tasa de interés, el riesgo país y la relación con los sectores financieros externos e internos. Los temas y problemas microeconómicos, de inversiones, de precios relativos, de desarrollos locales, de generación de nuevas empresas, de actualización del patrón de especialización y de las ventajas comparativas y competitivas de las economías regionales, son ajenos, si no al conocimiento, sí a la intervención y compromiso cotidiano.

Es verdad, y esto también debe registrarse en el plano de la autocrítica, que quienes pregonamos una mirada distinta a la ortodoxa, no teníamos

una alternativa integral y de gestión, no sólo de crítica ideológica sino que me refiero a una opción concreta en términos de iniciativas y decisiones. Esto sucede casi con todos los que propician genéricamente un cambio de modelo. Pueden sugerir una, dos o tres medidas diferentes, pero una estrategia de desarrollo distinta, de carácter integral, con actores concretos para llevarla adelante y figuras que sinteticen un nivel aceptable de confianza, reconocimiento, prestigio e idoneidad, están todavía pendientes.

Cuando se iba conformando el equipo económico de la Alianza, nosotros como Frepaso descansamos en él como si fuese propio; es decir, más que del radicalismo, lo considerábamos parte de las dos fuerzas políticas. Pero es evidente, como quedó nuevamente demostrado, que en situaciones difíciles los ministros de economía de los partidos tradicionales siempre terminan apelando en general a recetas ortodoxas, careciendo de audacia y de sentido de la innovación. Quizás haya que llegar a cierto límite para que se planteen decisiones más en consonancia con la política. Esto puede suceder por ejemplo con el tema de la reprogramación de la deuda. Es aquí donde se percibió entonces una doble defraudación de expectativas. Por un lado, la economía tratada con las herramientas tradicionales no despegó y, por el otro, en lo referido a la situación política o institucional poco o nada se quiso modificar. Lo del Senado evidencia la voluntad de continuar con los peores vicios de un sistema político que yo definí en su momento atravesando una crisis cercana a lo terminal.

Pero para romper con el modo dominante de hacer política y de acumulación de poder formal, es decir, partidario o personal, se requería de un presidente que no hubiese usufructuado las "ventajas" de ese estilo tan característico de componendas, canjes y transacciones por debajo de la mesa, que dominó la relación bipartidista desde el retorno de la democracia hasta nuestros días. O, de otra forma, se requería que cierta parte del riñón de ese sistema político hubiese entendido las señales de cambio y de ruptura que manifiestan cada día con mayor claridad una gran mayoría de los argentinos. No poder dar cuenta de esta situación es renunciar a la centralidad de la política sobre el sistema de decisiones y dejar la suerte del país librada a la capacidad del decisionismo técnico o al excluyente saber económico.

Aquí quiero tocar otro punto en el catálogo autocrítico; haber pensado que De La Rúa y el Partido Radical estaban predispuestos y preparados a inaugurar después de los diez años de la degradación menemista, un nuevo momento político en nuestro país. No con pretensiones refundadoras o a través de gestos o actos grandilocuentes, sino por el convencimiento de la imperiosa necesidad de un sistema de cambios de fondo, que en parte explicaban por qué la Alianza, como un fenómeno novedoso en la política argentina, había generado tantas expectativas. En lo que respecta al Frepaso no teníamos la fortaleza suficiente para obligar a ese cambio, y en mu-

chos casos, como se demuestra casi patéticamente hoy, muchos compañeros fueron ganados por una situación adaptativa o, peor aún, prebendaria, que fue licuando una gran parte del propio capital político. Y lo lamentable es que comenzaban a diluirse las marcas de lo distinto que el Frente había conquistado en muchos años de trabajo y esfuerzo.

De aquí que, junto al compromiso con el desarrollo productivo del país, también le señaláramos al Presidente en esos puntos anteriormente mencionados, la urgencia de liderar un proceso de transformaciones en la esfera política. Una visión diferenciada de la de aquellos que sólo buscan el recorte de la política asociado a la baja de costos, o de quienes parece convenirles una política desprestigiada, aspirando a la antipolítica o a la despolitización de la vida social. Una agenda precisa y fuerte sobre el gasto político, los sistemas electorales, la renovación de las instituciones, el financiamiento y la duración de las campañas, hubiesen sido en su momento un importante eje de movilización y convocatoria ciudadana. Era importante demostrar, no demagógicamente o de manera oportunista y superficial, el compromiso del gobierno para sintonizar con los reclamos de reexamen de la política que vienen expresando vastos sectores de nuestra comunidad.

Otro punto de nuestra propuesta era la garantía de un ingreso de inclusión social. En este sentido, no sólo le planteamos el desdoblamiento del Ministerio de Economía, en uno de Hacienda y en otro de la Producción, Inversión e Infraestructura, sino también la creación de una Agencia Social que concentrara los dispersos y fragmentados planes sociales, para referirlos a uno central basado en el ingreso, la formación y la capacitación, en la misma línea de la propuesta que hace hoy la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). Siempre pensé que era imprescindible recolocar la cuestión social como una prioridad al mismo nivel que lo económico. De ahí que insistiera desde los primeros días de Gobierno en que funcionara el Gabinete Social (Acción Social, Salud, Trabajo y Educación), que por supuesto el Presidente nunca convocó ni nunca le preocupó.

Es muy fácil darse cuenta de que la elección de algunos ministros y secretarios obedecían más a la amistad del Presidente o a la interna partidaria, que a la eficacia y a la transparencia de las gestiones, sobre todo la de aquellos que manejaban importantes fondos públicos y planes dispersos por todos los ministerios. Esta actitud permisiva o complaciente con el uso clientelar o partidista del aparato estatal, marca una de las cuestiones clave donde se asocia ineptitud con corrupción, bajo la mirada y el silencio cómplice de casi todos.

Es notoria la gran indiferencia presidencial sobre la necesaria reforma del Estado y el combate contra los nichos de improductividad y corrupción. El Presidente parecía flotar en la administración general de la cosa pública y en ningún tema, de los que yo por lo menos considero esenciales, tenía convicciones profundas ni compromisos con una transformación a

fondo, ya que necesariamente tenía que confrontar con intereses y feudos que iban consolidándose progresivamente. Veía un Presidente obsesivo en las pequeñeces pero nunca obsesivo por las cuestiones estratégicas, que son las que terminan definiendo la productividad, la eficacia y los objetivos de una gestión. Al contrario, predominaba un sistema de lealtades cuya lógica era incompatible con los requerimientos de un gobierno que necesitaba tener la impronta de una dinámica de cambios muy profundos.

La falta de voluntad política por concretar cambios posibles, quedó patentizada en la ausencia de acciones que apuntaran a profesionalizar el control de los organismos relacionados con las empresas de servicios donde predominan, en la mayoría de los casos, el amiguismo, la distribución partidaria de cargos y un dejar hacer que conspira abiertamente con el objetivo de mejorar la competitividad y defender los intereses y derechos de usuarios y consumidores. Dedicarse a perfeccionar los organismos de control era una tarea básica en un país que había privatizado casi todo de manera, para decirlo elegantemente, "desprolija". Es decir, donde no se respetaban los contratos; donde nadie controla si los proyectos de inversión que están acordados se ejecutan, y donde la mayoría de los "reguladores" están cooptados por las empresas.

Se vuelve a poner de manifiesto, como en otros planos, el desprecio por lo público y la escasa vocación por construir una nueva relación entre el mercado y el Estado. En esta falta de vocación y de voluntad política influye mucho el relativismo moral y la corrupción que atraviesa al conjunto del sistema político argentino. En general, y salvando pocas excepciones, los partidos y dirigentes que se dicen "antiliberales" y defienden el rol del Estado en una economía de mercado, en sus prácticas mayoritariamente utilizan el Estado para fines personales y partidarios, reconociendo que el cargo es aleatorio o circunstancial y que lo permanente es la situación de poder partidario. De aquí que no deba extrañarnos cómo se utilizaban y se utilizan recursos estatales para posicionarse en una interna o en una futura elección, usando esos recursos con total discrecionalidad.

La idea de acercarse al Gobierno esta serie de iniciativas, era contribuir, a pesar de mi pesimismo después de lo del Senado y de lo que hemos estado analizando, a que el Gobierno enderezara su rumbo y tratase de rectificar su accionar, si no ya desde los postulados originales de la Alianza, al menos desde un centro de decisión política y de un programa que fuese capaz de torcer la impronta de lo que se avizoraba ya como un fracaso. Incorporo en este punto otra autocrítica; después de mi renuncia a la vicepresidencia, quedamos a mitad de camino. Yo, afuera del Gobierno y una gran parte de la fuerza, adentro, y esto, como es obvio, no era ni chicha ni limonada.

Muchos compañeros me han señalado que al momento de mi renuncia todo el Frepaso tendría que haber salido del Gobierno y pasado a la oposición. La objeción es que habían transcurrido solo diez meses de un Go-

bierno que debía durar cuatro años; el pasaje a la oposición de todo el partido iba a ser entendido como una apuesta a la debilidad total del Gobierno, y por lo tanto a culpabilizarnos íntegramente de su posterior fracaso. Entonces, el gesto de mi renuncia quedó huérfano de continuidad e incapaz de generar otro horizonte de posibilidades. Al quedar a mitad de camino, se diluyó lo que sentí y sigo sintiendo como una decisión que debía ayudar a marcar un antes y un después en la forma de concebir y de hacer política en este país.

Era imposible seguir presidiendo un cuerpo absolutamente contaminado, saboteado desde el Gobierno y desde el conjunto del sistema político, sin senadores propios, y estigmatizado como alguien que quiere patear un tablero que a todos o, por lo menos, a la gran mayoría le conviene preservar. Cuestionar el funcionamiento del Senado era cuestionar una de las bases del funcionamiento del propio sistema de partidos en la Argentina, y esto resultaba altamente disfuncional para oficialistas y opositores, que siempre vieron en la transa y el pactismo secreto su supervivencia como partidos hegemónicos en la Argentina. Yo no podía claudicar ni pactar con esa situación, no había marcha atrás ni tampoco se podía saldar el tema de los sobornos con el sistema tradicional de negociaciones. Pero al mismo tiempo, como señalé anteriormente, la renuncia, al no ser premeditada, ni parte de una estrategia, carecía de un horizonte de continuidad. Sigo convencido de que la deserción hubiese sido ser cómplice de lo que pasaba, adaptándome a una situación institucional con la que era imposible e indigno acordar. Más aún, cuando era claro que desde el Gobierno ya se habían puesto en marcha todos los mecanismos para debilitarme, aún utilizando los peores métodos de los gobiernos autoritarios.

Desde mi punto de vista, que el gobierno optase por el sistema que había presidido la gestión menemista en el Senado, era letal para una formación política que explícitamente se había comprometido con la ciudadanía a modificar la relación entre el Estado, el sistema institucional y el sistema económico. Es verdad que pecamos de ingenuidad o quizá de superficialidad por haber creído que un dirigente como De La Rúa podía romper con parte de lo viejo por ilegítimo y ponerse a la cabeza de un saneamiento ético de la sociedad argentina y de la reconstrucción de otro sistema institucional. Quisimos "olvidarnos" que De La Rúa había sido parte sustantiva de lo peor del sistema político, flotando durante años sin plantear las mínimas objeciones a la manera de su funcionamiento. Y este "olvido", por más que hayamos ido en su momento a una elección interna, lo tenemos que incorporar también a nuestro balance autocrítico. De la misma manera que el principal partido oficialista jamás revisó absolutamente nada respecto a sus prácticas y que nuestra fuerza en un número considerable de sus miembros comenzaba a mimetizarse con los peores vicios del sistema tradicional.

Me hago cargo de que esta debilidad podía obedecer al bajo nivel de organicidad del Frepaso y a un crecimiento muy veloz que conspiró contra el refuerzo de los lazos de pertenencia y el desarrollo de una identidad más robusta. Algunos de los que entraron al Gobierno se sentían más funcionarios que miembros de la fuerza, y como en los casos más notorios, empezaron a sumergirse en la cultura del "vale todo" para sostener sus intereses personales y sus propios posicionamientos. Ciertos comportamientos fueron y son patéticos, respecto a cómo pueden cambiar a las personas, poseer los atributos formales del poder. El planteo de la "lucha desde adentro" opera en la mayoría de los casos como una gran coartada para defender lo indefendible o querer sobrevivir personalmente a cualquier costo. Ya sabemos que ésta es una época de ideales desteñidos, de anémicos compromisos sociales y de búsquedas desesperadas de la salvación individual. Pero si una fuerza que quiere pulsar contra la cultura de una época no mantiene ciertos principios muy firmes, aun cuando puedan cometerse errores, esa fuerza no tiene futuro. Porque para lo "realmente existente" o el pragmatismo sin límites, ya hay otro partido que ocupa bien ese lugar.

Los partidos tradicionales están llenos de progresistas que son cómplices de las peores prácticas, que acompañan silenciosamente el deterioro de la política en manos de quienes la viven confundiendo con un negocio. Cuanto más cacarean por "izquierda", más huevos ponen junto con los personajes más siniestros por "derecha". O peor aún, en los partidos se convive como si nada con personajes que desde hace años mezclan la política con lo peor. En algunos casos se los acepta como personajes muy astutos o como eficaces operadores, cuando en realidad son peores que delincuentes comunes. Hoy se especula que al no haber fuerzas "antisistema" a la vista y al estar los militares con nula capacidad de maniobra política se puede seguir tirando de la cuerda, es decir, seguir con esta política. Entre tanto, quizá mucha gente en la próxima elección usará el voto castigo, en blanco o anulado, para hacer oír su voz de protesta contra el actual estado de cosas; es decir, la combinación entre el fracaso de las expectativas económicas, la crisis del sistema político y la profundización de la desigualdad social. Una combinación que puede ser explosiva.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Sobre la figura de De la Rúa.

Respuesta: No era una cuestión de cree o no creer en De la Rúa, no lo pongamos en el lugar de las creencias. Era el candidato del partido con el cual planteamos hacer la Alianza. Yo creo que lo que puede debatirse es si

hicimos bien en su momento de hacer la Alianza con la UCR, porque, en definitiva, muchos de los defectos o debilidades atribuidos a De la Rúa tienen que ver con su personalidad y sus características, pero también con el partido que representa. Por supuesto que examinado a fondo hoy el desempeño de De la Rúa, no era ni es el hombre que podía introducir al país en una nueva etapa histórica. Digo esto porque su figura flotó durante años, y eso en su momento no lo pusimos en la balanza en 1997 cuando hicimos la Alianza y todavía estaba distante el momento de postular al candidato a la presidencia. De todos modos, lo que es cierto es que De la Rúa le agregó, con su personalidad, su conservadurismo y sus indecisiones, más contraindicaciones al esquema aliancista, y tal como surge hoy, al hacer un balance de la crisis.

Pregunta: Sobre las próximas elecciones legislativas de octubre de 2001

Respuesta: La Alianza va a jugar su suerte en las próximas elecciones según sea su performance centralmente en el terreno económico, es decir, si logra o no sacar al país de la recesión actual. No va a pasar mucho tiempo para que tengamos un panorama más claro acerca de si se profundiza el sentimiento de defraudación y bronca de la mayoría de la ciudadanía, o si el Gobierno logra remontar la crisis. Así y todo pienso que la degradación del sistema político se va a sentir en las urnas, independientemente de cómo funcione la economía. Quiero decir que reconozco que la economía y la recesión dominan las angustias y por supuesto las prioridades de nuestros compatriotas, pero al mismo tiempo existe un malestar que va más allá y debe leerse como una impugnación muy notoria sobre cómo funciona hoy el sistema político argentino. Por eso no llamaría la atención que creciera el voto en blanco o nulo, que sería una forma de castigar tanto el fracaso económico como el de expresar ese malestar que se observa en muchos ciudadanos. Los emergentes políticos y sociales que originan la crisis no creo que alcancen a configurar una renovación de expectativas. Desde lo político, habría que ver el desempeño de la diputada Carrió ya que ha generado un importante consenso sobre la investigación que encabeza y sobre su figura, y desde lo social, los piqueteros seguramente generan una corriente de solidaridad y hasta de simpatía en algunos, pero no constituyen, según mi criterio, nuevos actores sociales que puedan contribuir a compensar el malhumor y la crisis de representatividad tanto sindical como social.

Pregunta: Sobre el rol del Frepaso.

Respuesta: Es evidente que la nuestra fue una fuerza que quedó a mitad de camino después de mi renuncia. Yo no podía forzar ni aconsejar el

retiro del partido del Gobierno porque, como ya dije, hubiésemos sido acusados como los culpables del debilitamiento total en ese momento; por otra parte, quedarse sin mística y conviviendo con políticos con los que cada vez se coincide menos, lleva a la pérdida de identidad. Todos queremos y necesitamos que al Gobierno le vaya bien, pero también muchos sentimos que De la Rúa hace todo lo posible para que le vaya mal, que su falta de liderazgo es patética y sus irresoluciones, exasperantes. Y creo que cuando decidió, y dejó de lado el caso que me concierne, decidió mal. Miren lo que hicieron con el blindaje los genios de la comunicación, luego, lo que hizo con López Murphy, la ausencia de una política social unificada, la falta de convicciones para liderar reformas imprescindibles, la tibieza o el oportunismo con que se discuten los gastos políticos a nivel nacional. En fin, no creo que nadie lo pueda hacer peor, y por otro lado, debo confesar que nunca entendí a fondo cómo funciona De la Rúa, porque su desconfianza y su temor a enfrentar los conflictos son tan pronunciados que hacen indescifrables o increíbles sus métodos y su sistema de conducción. Por otra parte, es casi enfermizo el ascendiente sobre él del grupo más cercano y el de su hijo Antonio, que si bien le reconozco viveza e inteligencia en su participación en las campañas publicitarias, actúa con una gran irresponsabilidad. No hablemos de las presencias más negativas y de su importante grado de influencia; desde un pragmatismo absolutamente amoral de quien ya todos conocemos, a la mediocridad y superficialidad de un arribista, producto de la peor Argentina, la de la ganancia fácil y sin reglas.

Creo que más allá de la continuidad o no de la Alianza como instrumento electoral, como proyecto ya ha fracasado, es decir, nadie espera nada de la Alianza como articulación política. En esta situación, el que más pierde por ser una fuerza nueva y haber despertado más expectativas es el Frepaso. El radicalismo tardará muchos años a partir de ahora para volver a gobernar, pero el Frepaso corre peligro de extinción de seguir el camino de las terceras fuerzas, Hoy, si le va mejor al Gobierno va a ser obra de Cavallo, y si le va mal, va a ser culpa de todos. Es decir, la mirada de la mayoría está puesta en la capacidad de acertar o no del Ministro de Economía, no en que cambie De la Rúa o se "vuelva" al proyecto original de la Alianza, lo cual es casi imposible después de todo lo que sucedió. Cavallo está ensayando iniciativas algo más heterodoxas con el fin de movilizar positivamente las expectativas de quienes pueden invertir y consumir. Y a la vez, si esas medidas heterodoxas, que no repiten el único camino del ajuste fiscal, resultan viables, él se ve a sí mismo como el próximo presidente. Acá también se van a poner a prueba los márgenes existentes para determinadas estrategias. O si la fuerza y la presión de los mercados vuelven a obligar a continuar con más de lo mismo. Algunos empresarios "anti modelo" confían en que Cavallo, que nos metió en la convertibilidad, es

el único con legitimidad para sacarnos de ella. Sin embargo, yo creo que el desafío para él va a ser volver a crecer y a mejorar el empleo sin tener que devaluar o dolarizar, dos escenarios que me parecen de una lenta y difícil agonía económica y de una convivencia tan larga con la crisis, que terminará licuando los últimos vestigios de poder.

III

EL MARCO DEMOCRÁTICO Y SUS POSIBILIDADES

CARLOS STRASSER
2 de abril de 2001

Hemos tenido el privilegio de escuchar a uno de los actores políticos más destacados de la política argentina del presente; pionero en el enfrentamiento con el menemismo en su misma hora de gloria; creador y líder de esa fuerza política tan nueva como importante que es el Frepaso; sucesivamente, uno de los *alma mater* de la formación y el desarrollo de la Alianza; y luego, y por último, vicepresidente de la República, en rigor, miembro del *tandem* de gobierno que tuvo el país desde diciembre de 1999 a octubre del 2000.

El privilegio de oír a una figura de esta importancia hablándonos con la sinceridad y la confianza posibles, con esa nula afectación y simpatía que le son tan propias, y casi, casi como de “entrecasa”. En fin, este privilegio no es nada frecuente y así lo apreciamos. Para mejor, es obvio que Carlos “Chacho” Álvarez está entre los escasos protagonistas capaces, entre nosotros, de realizar los análisis más articulados y agudos que generalmente nos son dados escuchar o leer de parte de nuestra clase política.

Y bien. Se nos ha pedido a los expositores que seguimos en la lista que dividamos lo nuestro en dos partes. Una, de comentarios a lo expuesto por Carlos Álvarez. La otra, de alguna excursión sobre esa base pero ya por cuenta nuestra. Es lo que voy a hacer, lo más hilvanadamente que pueda. Respecto de la “cosecha propia”, pensé en contribuir con algo bastante básico y que tiene en cuenta los títulos o temas de que al parecer van a ocuparse los expositores siguientes.

I

1. Yendo ahora y, por tanto, al repaso, análisis y crítica o autocrítica que hizo *Chacho* Álvarez del proceso de constitución, crecimiento y gobierno de la Alianza, lo destacable, en mi criterio, leyendo sus líneas no menos que algunas entrelíneas, es el encuadre suficientemente preciso que realizó en términos de

- a) Lo que demandaba la sociedad argentina al cabo de una década de **menemismo** en el gobierno y la situación del país hacia fines de 1999, que todos conocemos, pero a cuyo respecto enfatizó lo que me parece un proyecto más sentidamente suyo o quizá del Frepaso que de la Alianza entera, a saber, la creación —en sus palabras— de una “nueva legalidad política”.
- b) La caracterización que hizo de la misma sociedad argentina como, en su vasta mayoría, política e ideológicamente más bien centrista y “nacional y popular” un poco a la antigua, pero, paralelamente, tanto proclive a la moderación y el gradualismo cuanto muy poco en condiciones y poco dispuesta a apostar a ningún programa cuyos resultados se vieran más bien en un plazo largo.
- c) La alta correspondencia o “afinidad electiva” existente, hacia octubre de 1999, fecha de las elecciones, entre esas demandas y esas inclinaciones de la sociedad argentina con los rasgos personales y la imagen del candidato presidencial de la Alianza, De la Rúa.
- d) El margen tan estrecho de acción para el gobierno de la Alianza que delimitaban el estado recesivo de nuestra economía y las finanzas fuertemente deficitarias del estado a fines de 1999, acentuado ese margen estrecho por el bajo peso político y frente a los mercados del ministro Machinea. Machinea se vio por tanto forzado a sobreactuar —en términos más personales que de alguna representación colectiva— el respeto por la ortodoxia que han reclamado todos estos años las fuerzas y los agentes del mercado, descuidando ocuparse de la economía real todo lo que hacía falta.
- e) La precariedad en cuadros técnicos y la disponibilidad o formulación de propuestas y proyectos de gestión efectiva por parte de la Alianza, tanto más sujeta, por ello, cuando no a la improvisación o a las dudas y la indecisión, a una suerte de inercialidad y continuismo gubernamentales, por lo pronto en materias social y económica. (Si introdujéramos aquí una nota al pie, ella diría: Dicho sea de paso, estos dos incisos son los que en gran parte explican el posterior y postrer recurso a Cavallo). Pero sigo.
- f) La falta de voluntad política de cambio que sobre la marcha evidenció el gobierno, y la confusión en que incurrió, si no *quid pro quo* que hi-

zo y quiso hacer, entre *marketing* comunicacional o publicitario y toma efectiva de decisiones –de decisiones, por lo menos y sobre todo en una dirección de cambios–. Dicho sea de paso, yo me inclino por creer que el núcleo del gobierno optó conscientemente por lo primero en lugar de lo segundo.

Ahora, de toda la exposición yo extraería y subrayaría dos expresiones. La primera: “Cuando uno está en la oposición las relaciones de fuerza no importan; sucede todo lo contrario cuando se está en el gobierno”. La segunda, “Si la Alianza no satisface un cambio de legalidad política, no tiene sentido”. Me parece que marcan la tensión esencial del caso. Ella quedó enfatizada cuando, sobre el final, “Chacho” ponderó –dentro de la clásica distinción weberiana y aun agudizándola– la necesidad no sólo de una ética de la convicción sino de “la política con un grado de ilusión”. En ese mismo tramo, Álvarez apuntaba que hace falta establecer “un vínculo más fuerte entre dirigencia y sociedad”, o, lo que es lo mismo, “reconstruir una dirigencia con autoridad”. Y, también, “recuperar la importancia de la política” o, lo dijo antes, “recrear la capacidad de la política”.

Volveré sobre eso último más adelante. Entre tanto, señalaría en suma que el cuadro presentado por Álvarez no difiere demasiado del que haríamos muchos de nosotros ni del que han hecho ya distintos analistas políticos en los medios y aun en sede académica; pero lo suyo es singularmente significativo, porque viene dicho tanto por un protagonista especialmente destacado en el gobierno de la Alianza cuanto por un conocedor inmediato de la “cocina” íntima de ese gobierno. Su “valor agregado” no es en consecuencia nada pequeño. Más que reconstrucción e interpretación de los observadores, éstas son las memorias y reflexiones públicas de un actor. En todo caso, las publicables. Así hay que entenderlas y pensarlas.

2. Compartiendo no poco de su examen y balance, y del enfoque mismo, diría, con todo, que en conjunto mostró algunas omisiones y/o carencias a mi juicio importantes. En todo caso, subrayar adecuadamente ciertos aspectos.

- *Primero*. Le faltó el examen no ya de una carencia de “cultura de coalición” en la Alianza y en la Argentina, como lo expuso, sino de la naturaleza de los partidos que hicieron la coalición y las posibilidades *consiguientes* de ésta una vez en el gobierno.
- *Segundo*. Le faltó la consideración de la relevancia decisiva del rol presidencial en nuestro sistema político institucional y, entonces, *a fortiori*, de lo clave que han sido y son los rasgos personales, políticos e ideológicos del presidente De la Rúa.
- *Tercero*. Le faltó el análisis de lo que significó su propia renuncia co-

mo vicepresidente para la acción del gobierno, la suerte de la Alianza y la del mismo Frepaso. Y para el propio papel de Álvarez desde entonces.

- *Cuarto*. En un orden de cosas ya más amplio y profundo, y a propósito de la creación de “una nueva legalidad política” como objetivo de la Alianza y del gobierno, le faltó una ponderación más calibrada de lo que significa no sólo la cultura política establecida y existente en el país (lo que Álvarez llamó “la legalidad política”) sino la “hegemonía” dentro de un sistema social, en este caso la hegemonía de la derecha y los poderes y *establishments* nacionales e internacionales.
- *Quinto*. Le faltó el registro más acentuado del hecho de que el mundo, empezando por Occidente, está atravesando una etapa o un ciclo hoy todavía en curso –y no agotado– de reflujo desde el punto de vista de cambios en favor de las naciones subdesarrolladas o medio desarrolladas y los sectores populares; una etapa o ciclo que no da aún señales acerca de cuál será su salida de él, los rasgos centrales del próximo estadio histórico.

Todo, en suma, lo anticipo, da como síntesis que la expectativa de crear una “nueva legalidad política”, ésa sin cuya realización “la Alianza no tiene sentido”, era o resultó tanto como la expectativa de producir una hazaña cuasi ciclópea con medios demasiado modestos y en circunstancias francamente adversas. Ahora retomo y voy por partes.

Primero. La Alianza UCR-Frepaso es, o fue, una coalición no sólo sin “cultura de coalición”, como ya se apuntó aquí, y “más electoral que de gobierno”, según han señalado tantos en el último semestre. Es, o fue, la coalición entre dos partidos con ciertas características suficientemente definidas como para no haberlas tenido ni tener en cuenta relativamente la creación de “una nueva legalidad política”. Sobre todo porque hacían parte de la realidad y la “legalidad” política existentes, es decir, de la cultura política e institucional, que es algo –digamos nada de paso– que sólo cambia muy lenta y acumulativamente como asimismo inintencionalmente. Entre otras cosas, porque, como escribió alguna vez Sartre: “No es que el hombre no haga la historia, sino que la hacen los otros también”.

En la materia, no quiero ni es preciso practicar una radiografía completa y ni siquiera justa o balanceada de la UCR. Para lo que estoy señalando, basta con apuntar tres o cuatro características de ella que son tan salientes como elocuentes:

- Una, que, en lo ideológico, es un partido en promedio ciertamente moderado; lo es hoy mismo a pesar del alfonsinismo y aun, a veces, a través del alfonsinismo, siempre preocupado ante todo por la uni-

dad del partido. También la obediencia al partido y disciplina de partido han ido *in crescendo* en los últimos lustros en la UCR; la “Coordinadora” de los años ochenta no ha tenido poco que ver con ello. Hasta podría decirse que hoy, como desde antes para los peronistas, “Para un radical, no hay nada mejor que otro radical”. Yo encuentro al partido, actualmente, como más faccioso que en épocas previas.

- Dos, que en la historia de los últimos setenta años, contando lo que más cuenta, el partido Radical no ha ostentado demasiada *virtud cívica republicana* ni ha sido más institucionalista que pragmático, y hasta crudamente oportunista, por ejemplo, bajo los regímenes militares. Y, desde luego, no únicamente bajo ellos.
- Tres, que así como ha tenido líderes o primeras figuras de la mayor honestidad (tipo Lebensohn, el mismo Frondizi, Illia, Alfonsín), en sus segundas, terceras y cuartas filas está plagado de quienes viven no sólo “para” la política sino y sobre todo “de” la política; y de gente que no se sabe qué haría si no pudiese vivir “de” la política; sin hablar de infinidad de corruptos medianos y pequeños, pero corruptos al fin; aunque esto quizá sea un rasgo espantosamente generalizado en la sociedad argentina actual. En todo caso, el internismo infinito y la ocupación a cualquier precio de espacios que más que “de poder” (como suelen presentarlos los radicales) en rigor son “de ingresos”, lo sugieren así suficientemente.
- Cuatro, que, si bien ha contado con el apoyo de contingentes enteros de profesionales y hasta de técnicos e intelectuales, el radicalismo nunca tuvo muchas ganas de darle la debida importancia a la atracción o formación de cuadros capaces de llevar el día a día del Estado al modo de una burocracia weberiana o a la francesa; las pocas veces que intentó la formación, el estilo de comité siguió penetrando a la escuela, y tengo alguna experiencia en la materia.

Resumiendo, son éstos, en fin, rasgos demasiado importantes y muy poco propicios para la creación de “una nueva legalidad política”.

En cuanto al Frepaso, distaba y dista hoy más aún de ser un partido importante como tal, salvo –hasta algún punto, el que haya sido o sea– electoralmente: no contaba más que con una única figura de gran relieve, el propio Álvarez (Fernández Meijide ya venía desdibujándose desde antes de las elecciones y es ahora un inexistente), y apenas si tenía algún aparato, pero sin alcance nacional. Sus segundas y siguientes filas proceden con pocas excepciones de fuerzas políticas tan menores como, de algún modo, también enraizadas en la “legalidad política” previa. Su carácter de fuerza significativa, pero al fin de cuentas más bien *asociada* a la UCR quedó en evidencia desde la elección primaria que decidió la can-

didatura de De la Rúa. Así las cosas, no podía esperarse del Frepaso que pesase demasiado en la orientación que reclama Álvarez.

Segundo. El papel impar, decisivo, de la presidencia y del Presidente. Por lo dicho recién, tanto mayor, relativamente al Frepaso, ya después y fuera de campaña y elecciones. Sería ocioso subrayar ahora que, en sistemas de hecho y de derecho tan presidencialistas como el nuestro, la oficina y el papel de la presidencia no tienen paralelos, excepto por afuera del sistema político. Y en cuanto a los rasgos y disposiciones personales, y la ideología de De la Rúa (que recorre el arco que va de moderado a conservador), me parece que a la fecha no hace falta expresar lo que a todos les consta o debiera constarles de sobra. Destacarí, tan sólo, que de ningún modo es un hombre representativo del espíritu de 1999, el espíritu de la Alianza, y tampoco una persona inclinada a ser *eso* más simplemente: una persona representativa. Entiende demasiado "constitucionalmente" su papel ("A mí me eligieron presidente", un papel que actúa pues casi como "cuentapropista") y, de remate, cierta mezcla por partes iguales de desconfiada cautela, y miopía y vanidad lo llevan a confundir qué está a su alcance y de qué trata el "liderazgo" que la sociedad no acaba de reclamarle. Claramente, no es el presidente que pueda encabezar ni tampoco encuadrar ni las visiones ni las expectativas enunciados por el "Chacho".

Tercero. La renuncia de Álvarez a la vicepresidencia. Una respuesta ética personal comprensible y moralmente digna de aplauso, pero una decisión política muy costosa. Creo que hoy todos sabemos que fue un error. Fue Álvarez, nada menos que Álvarez, quien quedó en consecuencia fuera del gobierno; fueron la Alianza como tal y el Frepaso los que resultaron más perdidosos; y De la Rúa y el entorno delarruista, lo menos aliancista del gobierno, los que quedaron con más poder y campo de maniobras. Quizá la alternativa —que yo sepa, no considerada— de haber pedido una licencia habría causado un impacto no menos considerable que la renuncia y tenido un efecto político más positivo; a este respecto, basta con recordar cómo el Presidente terminó en pocos días o semanas por desprenderse de sus dos mayores amigos de entonces, el más viejo y el más nuevo. De la Rúa, como se sabe, no es nunca un hombre muy decidido ni tampoco muy inmune a la influencia de quienes lo rodean.

Con Álvarez mismo fuera del gobierno, con el gobierno aliancista como tal fracturado, con el Frepaso metido en el desconcierto, todos casi en la oposición pero no queriendo dar por terminada ni perdida la Alianza misma —que también y por casi iguales razones le interesaba y le interesa a Alfonsín resguardar—, Álvarez está desde entonces encerrado en un brete de impotencia. No puede romper la Alianza, no puede estar en el gobier-

no, no puede apoyarlo. Lo perciben todos. Y no es casual que su popularidad haya caído como ha caído.

Cuarto. Faltó el registro fuerte de lo que significan una cultura política y, como vertebrándola, una hegemonía, en el sentido de Gramsci. Modificar la situación al respecto, cualquier situación al respecto, importa siempre e invariablemente mucho tiempo, largos años y toda una perseverante “guerra de posiciones” en un extenso número y variedad de frentes. Las instituciones mismas, digo las formales o formalizadas, empezando por las instituciones políticas, son de por sí canales conservadores: funcionan no sólo como moderadoras y agentes prudenciales sino asimismo como rutinas. Como se ha visto muy claramente en el caso del Senado, quebrarlas es más difícil que pensar en quebrarlas y querer quebrarlas. En todo caso, al efecto son necesarias una fuerza, una voluntad, una unidad, una coherencia, que no tuvieron ni tienen ni la Alianza ni el gobierno ni, menos, la presidencia. Y es todavía menos posible en el contexto mundial actual. Cosa que ya tiene que ver con el punto siguiente.

Quinto. Como ya desde hace unos treinta años Occidente entero, por lo pronto, ha ingresado en un ciclo histórico muy definido; política y socialmente de reflujo. Lo sabemos todos. Ahora, sean de flujo o de reflujo, los ciclos históricos –si son tales, como es el caso– no concluyen sino cuando se agotan; nunca, antes. Y durante su transcurso, en el ínterin, enfrentarlos es tanto como nadar en contra de una corriente oceánica. Reconocer lo cual no entraña escepticismo ni implica pasividad. Mide, únicamente, la cantidad de esfuerzo preciso para semejante empresa y las ya en principio bajas posibilidades de éxito que ella tiene. Esto le consta ahora incluso a Cavallo, ese hijo pródigo de los mercados y los poderes, lo que viene como ejemplo. Pero, en tren de ejemplos más épicos, las mismas grandes revoluciones históricas, la inglesa, la norteamericana, la francesa, la rusa, fueron un precipitado histórico más que detonadas por ninguna dirigencia. Lo mismo el fracaso o, alguna vez, el éxito de las contrarrevoluciones.

En fin, en este contexto las chances son de suyo escasas y el esfuerzo es durísimo, más que enorme. Lo que *cabe* entonces es, en general, desde ya, resistir y aguantar, y, en particular, proponerse objetivos acotados y concentrar en unos pocos de ellos toda la capacidad de fuego de que se dispone. Desde luego, si las armas y las municiones no son demasiadas, lo conveniente es ahorrarse paralelamente algunos enemigos o bien saber esperar a que el tiempo despeje y el sol caliente mientras se atiende a un trabajo fundamental, sin duda factible y a futuro sumamente provechoso: el de las ideas técnicas, científicas, doctrinarias, ideológicas. Y a este propósito hay que decir que el trabajo en la materia ha sido y está muy poco cuidado. Apenas si existen formación, producción y debate, espacios para la pro-

ducción y el debate (los espacios académicos no terminan de bajar a la tierra), órganos de producción y debate.

3. Yendo aun más a fondo, o quizá por detrás de lo que recién enfocábamos, ahora en un plano o cobertura más académicos y teóricos, como son pertinentes en esta sede, a todos dichos respectos conviene revisar un poco qué es y cómo funciona este régimen democrático del que damos por sentado, en exceso, que protege y alienta o ayuda a pensar e implementar cambios en un sentido renovador y más popular. Paso aquí a mi aporte teórico previsto. Y vuelvo a decir que he tomado en cuenta que es el primero de la serie que sigue y, también, los temas anunciados por los expositores siguientes. Lo mío va a ser en consecuencia de orden básico.

II

Antes de continuar debo hacer dos advertencias. La primera es que en este punto sigo haciendo pie en lo expuesto por Álvarez, y tratando de comentar lo que nos ha presentado, pero me aparto ya del giro de sus palabras, esto es, de lo inmediato que nos ha dicho, para sin embargo arrastrar la temática base del seminario, la temática traída por Álvarez, hasta un punto donde queda iluminada por otra luz; o, tal vez, más en la zona de penumbra que tiene el mismo asunto. La segunda advertencia es que el enfoque crítico que voy a hacer de la democracia existente, bajo la cual vivimos, la "democracia real", no implica en modo alguno negar ni renegar de sus bondades, que sin duda las posee muy grandes y deben considerarse no negociables: no hace falta sino contrastarla con el autoritarismo, del que tenemos y espero sigamos teniendo siempre la más negra de las memorias. Como quiera que sea, quiero decir que para mí está clarísimo y fuera de cuestión que la democracia es el mejor y el más "civil" de los regímenes políticos comparados.

Dicho eso, no obstante, me parece imprescindible volver a la cuestión ya mencionada de la hegemonía. Porque es a causa de ella, de su "sentido común", que descontamos por demás e incluso idealizamos el valor que tiene y las posibilidades que abre la democracia, digo la democracia real, la existente. Y, en rigor, es ella misma la que, como causa concurrente y como colaboradora en el proceso, ha hecho del hasta aquí fracaso de la Alianza un fracaso anunciado. Por lo menos, permitía anunciar como altamente probable el grado de su fracaso.

No estoy volviendo a un discurso ideológico ya viejo y pasado de moda. Al revés, *contra* lo que es un diletantismo *fashion* de estos años, recuerdo lo que a estas alturas de la ciencia política bien puede darse por suficientemente en claro y establecido, lecciones de la historia e ideologismos

aparte. ¿De qué se trata? En breve, de que el régimen democrático es en definitiva la clave de bóveda de un sistema que es capitalista y de una sociedad que es de clases. Aun coincidiendo en una definición procedimentalista de ella, como hace Bobbio, el caso es que se trata de un régimen de gobierno del Estado. Del Estado, ésta es la clave. Del Estado capitalista. En fin, no puedo aquí extenderme sobre esto, pero lo dejo bien anotado. A quienes se interesen en indagar más a fondo el aspecto, los remito a mis escritos.

Es cierto, la democracia convive con el capitalismo mejor que con ningún otro orden general; pero tampoco queda ninguna duda de que la democracia está atravesada, teñida y circunscripta por el capitalismo. Y el capitalismo no *implica* la democracia sino que, a la recíproca, sólo convive con ella, con el agregado de que —como el capitalismo es por sí mismo desigualitario, mientras que el principio de la democracia es el igualitario— la desfigura o bien la domina en un grado que está disimulado pero no puede ocultarse a una mirada atenta.

Hablo políticamente. Porque no es sólo que, desde el punto de vista social o sociológico, una parte tan considerable como unos estratos muy definidos de la población *no* tienen acceso a la ciudadanía sino los días de elecciones y *no* conocen demasiado, ni de hecho pueden ejercer suficientemente, sus derechos civiles, políticos o sociales, que por supuesto vienen siempre entrelazados, de modo que si falta uno terminan faltando los otros, con el resultado final de que tenemos una gran masa de ciudadanos legales pero sin información, sin educación, sin recursos, sin autonomía. Desde el punto de vista sociológico, lo que existe en consecuencia es, desde ya, una democracia socialmente *limitada*.

Pero digo que hablo políticamente y que no se trata sólo de eso. Políticamente hablando, pues, la democracia de hoy es la que en ese cuadro de unas sociedades de clases, y también de un orden internacional con predominios, se fue formando a lo largo de los últimos dos siglos con ciertas características específicas.

Una democracia que al principio democrático esencial de la soberanía popular le adjuntó el principio liberal de los derechos, las libertades y las garantías individuales. En buena hora. Pero al costo no ya de la tensión natural entre los dos principios sino de la posibilidad de que, cada vez que las dos vertientes se chocaran, la democracia à la liberal se “tragara” muy a menudo a la democracia à la popular, como generalmente ha sido y es en efecto el caso (sobre todo en la política y la gestión cotidianas).

Una democracia que, por imperio de la extensión en territorios y poblaciones de las unidades políticas, no puede ser sino excepcionalmente directa y por lo regular es entonces indirecta, lo que la lleva de suyo a “representativa”. Esto es, a fiduciaria y a quedar en manos de los representantes, pues al *populus* se le aclara desde la Constitución que “no delibera

ni gobierna sino por medio de sus representantes". En fin, esto lleva al capítulo de los problemas de la representación y de la crisis de la representación o de representatividad, y hasta de la crisis actual de lo representable, nada de lo cual podemos, tampoco, abordar acá, pero que dejo indicado.

Una democracia, para abreviar, que en suma es más liberal que popular; más indirecta que directa; más representada que representativa, y más de tipo defensivo (defensa de las "libertades negativas") que de tipo participativo (actuación de las "libertades positivas").

Una democracia cuyo sujeto ya no es ni el *demos* ni el *populus* ni la nación ni el ciudadano, sino cada vez más el individuo desagregado, el habitante, el consumidor, el usuario. Y cuyo objeto ya no es el poder al pueblo sino el poder al Estado, cuando no, incluso a través de éste, al mercado. Sin hablar, por fin, del descrédito a todo esto paralelo, o más bien convergente, de la política, los políticos y las instituciones políticas en esta temporada de la vuelta del siglo XX al XXI, ni de la apatía, la fragmentación y la desintegración de los sectores medios y populares, y de las identidades colectivas anteriormente establecidas, que la hacen todavía más precaria.

Y no es todo. Porque, como el mismo régimen político que se dice en vigencia, la democracia no es ni siquiera tan sólo una *poliarquía*, según se la rebautizó en la ciencia política en algún momento —con gran aceptación— para dar cuenta de tantos cambios en la práctica respecto del modelo democrático básico. En realidad no es apenas, lo que de todas maneras ya no es precisamente poco, una competencia entre los grupos sociales y los liderazgos salientes o predominantes, es un verdadero compuesto de regímenes políticos varios, o un régimen mixto, y hablo en el sentido estricto del término "régimen". A este compuesto, y aquí volvemos al tema de la hegemonía, la democracia le presta, sí, su legitimidad, hoy sin rivales, la que justamente sirve entonces para disfrazarlo de aquello que no es sino en una parte y medida, únicamente una parte y medida, tal vez ni siquiera la prevaleciente —eso depende de los momentos o los países o los ciclos, y hay que verlo en cada caso o período.

Dicho régimen mixto, que es en verdad esto que llamamos cotidianamente democracia, está integrado por la propia democracia, o digamos bien ahora la *poliarquía*, pero también por la *oligarquía* (tanto en el antiguo y clásico sentido aristotélico como en el michelsiano más contemporáneo de "cúpulas que se apropian de las organizaciones"), la burocracia (en el sentido de Max Weber, digamos ese poder y maquinaria paralelos al ejecutivo y el legislativo), la tecnocracia (de los expertos, que, como son "los que saben", ya por definición es perfectamente antidemocrática, y que por lo pronto en materia económica tiene hoy los sesgos que tiene), la partidocracia (como, paradigmáticamente, en Italia hasta principios de los noventa, o en Venezuela hasta Chávez, o en Colombia hasta ahora) y el corporativismo, viejo o neo, que en rigor es el más viejo aunque *aggiornado*.

Siendo pues la mezcla que es, y voy cerrando la presentación, no sorprende entonces que, valiéndose para su proyecto más que nada, y tal vez sólo, de apoyo popular electoral, tanto más la Alianza haya encontrado todos los obstáculos que ha encontrado en el camino, un camino que recorrió casi exclusivamente por la vía del régimen democrático-poliárquico. Y que la “legalidad política” de la que habló Álvarez tuviera ya para empezar, como tiene por naturaleza misma, una complejidad y una consistencia tan extraordinariamente difíciles de quiebre o superación.

Al respecto, en este punto me pasan por la cabeza, además, los distintos modelos de democracia-poliárquica que pueden existir y coexistir dentro del régimen mixto; digo, para citar a clásicos de un mismo tiempo y lugar, “padres” de la primera gran república democrática moderna, los Estados Unidos; el modelo à la Jefferson, o à la Madison, o à la Hamilton; y las posibilidades de cada uno en la actualidad. Pero no tengo más tiempo, queda para otra vez.¹

1. Lamentablemente, se produjeron errores insalvables en el proceso de grabación de esta exposición, por lo que no se transcriben las preguntas y comentarios.

IV

CIUDADANÍA Y POLÍTICA

ISIDORO CHERESKY
3 de mayo de 2001

Se había originalmente anunciado que formularía mi propia reflexión sobre el tema de la ciudadanía, pero he dejado de lado ese propósito para concentrarme en las reflexiones que me suscitó la lectura de las dos primeras exposiciones que hizo “Chacho” Álvarez. No por una razón de cortesía sino de productividad y de coherencia. Voy a presentarles entonces algunas ideas que reaccionan al argumento presentado por “Chacho”. Quisiera tomar como punto de partida un tema que me parece que es crucial en la acción de “Chacho” Álvarez y de la fuerza política que él encarna, que es el tema del lugar mismo de la política. Yo creo que en sus presentaciones, él se ha referido reiteradamente a la dificultad de la acción política, a la dificultad de la voluntad política, digamos, para los tiempos que corren. Y creo que esa reflexión recoge las dificultades de su propia fuerza política y algo que él expresó en su segunda intervención, que es el giro más reciente de la política nacional, el fracaso de las aspiraciones reformistas, diagnóstico hecho por uno de los principales protagonistas de esa empresa.

Entonces, abordemos el problema de la política, de la voluntad política. Si bien voy a hacer muchas críticas, parto de estar de acuerdo con cierto concepto que es el que a tantos nos ha interesado en su acción, en la acción del Frepaso, y que incluso a muchos nos ha ilusionado, que es la idea de cierta reivindicación de la política como voluntad política. Como la posibilidad de una acción sobre la sociedad, de una representación de la sociedad sobre sí misma que comporta la posibilidad de transformar; no tomar al mundo como un curso de acontecimientos que se administra, sino de pensar la relación con lo social como una relación activa, como una relación de transformación. Lo que queda de la idea reformista después del venda-

val del siglo XX, de la idea del reformismo político, es lo siguiente: que una sociedad en automovimiento, un modo de representarse el mundo que está muy en boga, justifica los poderes de hecho y las desigualdades de todo tipo, pero que en verdad hay una posibilidad de incidir sobre el modo en que el orden social está configurado, que son posibles transformaciones y que ese modo de ver el mundo como resultado al menos parcial de una acción humana inspirada por principios, eso es precisamente la política. La dificultad de la política tal como Chacho la presentó en su momento, yo creo que alude a dos cosas que han estado pasando. Una es una suerte de consenso, digamos consenso blando, consenso amplio, en el mundo de la política, y que incluso se extiende al mundo social, que no es el consenso normal de una sociedad democrática que se refiere a las normas, a las reglas de juego, a la Constitución, si ustedes quieren, y a las leyes, sino que es un consenso que va más allá. Se refiere a un modo de funcionamiento de la sociedad en un sentido más sustantivo; en particular, a la idea de que hay un solo curso posible en la economía y en las relaciones sociales, esto es, la expresión del "pensamiento único". Pero cuando hablamos de ese consenso, yo en particular, aludo al hecho de que no hay, pareciera, posibilidad y capacidad de diferenciación política. Hay una convergencia, o consenso, precisamente ése es el término, respecto a cierta regularidad que funciona dentro de la economía y ciertas consecuencias que uno puede considerar deseables o indeseables, pero que afectan a la condición social de la gente. Ahora, ese consenso tiene una referencia que no es simplemente la subjetividad de la gente, sino cierto ordenamiento del mundo, que a veces está aludido en términos de globalización y en particular, el lugar de la Argentina en ese orden. Consenso que no puede ser simplemente explicado como una resignación, sino que es, en todo caso, una resignación argumentada en la idea, que es materia periodística y yo no me voy a extender sobre la materia periodística, de que la Argentina tiene asignado determinado tipo de inserción en el mundo. Esta inserción está condicionada por un proceso de poderío y dominio del capital financiero sobre las economías y las sociedades. En sociedades como la argentina se da de modo devastador porque la Argentina es un país deudor, es decir, tiene que estar permanentemente tomando préstamos en el mercado de capitales, para poder pagar las deudas que tiene. Se endeuda para pagar deudas. Esa situación, que es una situación a la cual Chacho se refirió en términos de vulnerabilidad, hace que lo que es la legitimidad política habitual, que es la promesa política que establecen los diferentes gobernantes con los ciudadanos que los eligen, esté completamente acotada por lo que sería común a cualquier Gobierno, que es la necesidad de satisfacer a los mercados. Dicho en otros términos, el argumento en el cual se apoya esta resignación es el argumento de que la soberanía está completamente acotada, y en particular en un país como la Argentina, por la deuda.

Bueno, yo creo que ése es un gran tema. Percibí, en las exposiciones de Chacho, que había como un mayor filo crítico sobre su propia actuación y la actuación de la Alianza. Lo desarrolló ampliamente. Mostrar cómo la aparición de Cavallo con su heterodoxia, independientemente del juicio que a cada cual le merezca Cavallo, lo que ponía en evidencia es que esa relación adaptativa al sistema internacional no era ineluctable. Eso, independientemente de cómo le vaya a Cavallo. Quiero decir que efectivamente hay una complejidad, como lo evidencia la discordancia en los diagnósticos de los propios economistas y, por otro lado, eso que nosotros designamos como sistema mundial, aún en el plano de la economía, quizá tiene una variedad, fragmentaciones y articulaciones que hacen que siempre es posible pensar en algún orden de iniciativa de las políticas nacionales mucho mayor de la que la gestión de la Alianza y, en particular, su gestión económica, había planteado. Claro, el planteo de Chacho fue más vasto porque el consenso no es un consenso solamente económico sino que es un consenso economicista. Es un consenso que ha llevado no sólo a una actitud resignada frente a lo que aparece como imposiciones del capital financiero, sino a que el tema de la economía —que es comprensible que sea central en la Argentina después de treinta meses de recesión— en tanto economicismo, consiste en la incapacidad de activar otras áreas de la vida pública que son, digamos, de la vida de todo el mundo, a las cuales Chacho Álvarez también se refirió; en particular, la reforma política, la reforma de las instituciones, la vida cultural. El consenso economicista supone también la idea de subordinarse a la lógica económica, entre otras cosas, tratando de no hacer ruido, de no crear frentes de conflictividad suplementaria.

A partir de esto, yo quisiera avanzar en ciertos temas que aparecieron planteados en las exposiciones. Uno de los que a mí me parece que empieza a especificar el problema de la voluntad política y de eso que apareció como inevitable, digamos, es el encuentro con “la realidad del poder”. Chacho desarrolló el argumento de que acceder al poder es un descubrimiento, el descubrimiento de las relaciones de fuerza; se está según él ante otra escena. Entonces ahí ya no se trata de promesas sino de factibilidad. Él aludió a dos órdenes de restricciones vinculadas a estas relaciones de fuerza, que hacen que de pronto gobernar aparezca como encontrarse con las manos atadas, como si hubiera un solo programa de gobierno posible, y ejecutores que finalmente están condenados a poner en práctica una sola política. Entre las carencias que dificultaban la posibilidad de desatar esas manos, que esas relaciones de fuerza no fueran tan desfavorables, él mencionó, a mi manera de ver, dos sobre las cuales llamó la atención. Una, la ausencia de técnicos, de expertos, que Mao Tse Tung hubiera llamado rojos, pero que nosotros más modestamente, llamamos heterodoxos. Es más, Chacho ilustró sus propósitos, yo creo, más allá. Porque, por un lado, está la carencia de un dispositivo, según él, de técnicos, como es el CEMA o

como fue en su momento la Fundación Mediterránea para otros proyectos políticos. Pero el argumento va más allá porque en definitiva el equipo de Machinea era de técnicos reconocidos, pero en realidad tenía que aplicar, siendo sus miembros pretendidamente heterodoxos o neokeynesianos, una política básicamente de adaptación. Éste es uno de los temas que aludió como carencia.

El segundo es el de la necesidad de una sociedad movilizada, un consenso social, una idea que muchas veces apareció en las expresiones de Chacho Álvarez. Si hubiese una sociedad movilizada y con un consenso diferente del consenso adaptativo, entonces eso haría posible tener mayores márgenes, haría posible gobernar sin adaptarse a esos poderes por lo menos de modo tan inmediato, tan al pie de la letra.

Ahora, yo creo que ese diagnóstico que hizo Chacho Álvarez, que es interesante, me parece acertado, tiene problemas y debería ir acompañado de una profundización de la visión crítica de lo que ha sido la historia de su propia fuerza política y de la Alianza. La primera observación que yo haría, es que, sobre todo su fuerza política, el Frepaso, y su antecedente el Frente Grande, tuvieron una gran incapacidad para transformarse en una fuerza política organizada. El único modo en que puede entenderse consistentemente que uno quiere tener intelectuales y técnicos organizados en torno a un proyecto, o una sociedad movilizada, es efectivamente teniendo el dispositivo político para que eso suceda, es decir, una organización política. Esa organización política creo que alcanzó hasta ahora una existencia paradójica y sumamente complicada, a la cual me quiero referir brevemente.

Creo que el Frepaso surgió como una fuerza distinta al radicalismo y al peronismo, que son las fuerzas políticas argentinas tradicionales. El Frepaso no es un fenómeno único en la Argentina; ha habido otros. El partido de Cavallo es otro partido nuevo. El de Béliz en su momento, con distinta importancia y magnitud. Y hay otras expresiones en el mundo de ese tipo de partidos que no corresponden a un movimiento de la sociedad, no son un emergente político de algo que cobra existencia socialmente, como sí fue el caso del radicalismo y del peronismo, y de los partidos históricos en otros contextos. A mí me hubiera gustado referirme más a esto y quizá después pueda retomar esta idea de cómo es el mundo de las instituciones y de la vida política actualmente. Pero simplemente me refiero a esta cuestión para decir que el Frepaso surgió de cierto modo a partir de un liderazgo personalista, que es el de Chacho mismo, que produjo una convocatoria a partir de los medios de comunicación. Chacho Álvarez fue desde los momentos iniciales, una figura de los medios, una figura que podía estar construida en los colectivos como interpelación a los pasajeros. Ustedes recuerdan lo que era la presencia pública de Chacho Álvarez; en realidad, la presencia de Chacho no eran los veinte pasajeros, eran los millones

de espectadores que veían a Chacho hablar con los veinte pasajeros. Cuando fue el pacto de Olivos, ahí se produjo la gran brecha y se dio la posibilidad de la constitución, digamos, de una fuerza de una significación mucho mayor, sobre la base de un discurso público, una convocatoria ciudadana a partir de los medios de comunicación. Esto creo que es lo básico, la constitución de un partido ciudadano, de un partido que no se reconoce en la morfología de los locales partidarios, de las estructuras militantes, etc. Es más, el Frepaso se constituyó como partido con una estructura militante heredada del peronismo disidente, que expresaba el propio Chacho, y de la izquierda tradicional: el Partido Intransigente (PI), el Partido Comunista y algunas otras fuerzas. Había poca relación entre el pensamiento y el sentido común de esa estructura militante y el discurso de Chacho hacia los ciudadanos que él congregaba, y que empezaron a votarlo masivamente desde la elección para la Asamblea Constituyente en 1994. Chacho Álvarez produjo la novedad en la Argentina de un discurso republicano progresista. No existía en las tradiciones de izquierda tal tipo de articulación; su estructura militante acompañó con dificultades mayores o menores ese tipo de enunciados. En consecuencia, lo que apareció fue una fuerza política completamente basada en decisiones de tipo personal. En el mundo de la política existen los partidos como fuerzas organizadas separadas de la sociedad. Yo creo que el Frepaso era una caricatura; ya no los militantes, sino los propios dirigentes del Frepaso se enteraban de las decisiones partidarias por los medios de comunicación, por la televisión en particular. Es algo que les sucede también a peronistas y radicales, aunque en menor medida. Pero el correlato de esto era que el partido, que tradicionalmente es una organización dotada de un proyecto que está dirigido a incidir en la sociedad, tenía dificultades en constituir una identidad. El Frepaso ha sido un partido sin debate y sin periódicos. Hay algunos periódicos fragmentarios acá y allá que han existido, pero ni siquiera la mayoría de las elaboraciones de Chacho Álvarez han tomado la forma de textos gráficos, que puedan ser leídos y pensados. Su figura está completamente asociada al *flash*, digamos, a la innovación política, a veces decisiva, pero producida sobre la base de la reacción en el momento. El texto público más largo que yo conozco es el texto de su renuncia a la vicepresidencia, que tiene una página y media y que es un acto más que un texto ya que no tiene grandes argumentos. De modo que el Frepaso creo que nunca superó –aunque aparecieron circunstancialmente otros liderazgos en su seno– esta situación de ser una fuerza política personalista que tuvo merced a esta característica una extraordinaria capacidad de convocatoria. Yo les recuerdo a ustedes que salió segundo en las elecciones de 1995 y que tuvo un rol de liderazgo en las elecciones legislativas de 1997. El triunfo en la provincia de Buenos Aires de Fernández Meijide fue la expresión del giro que prenunciaba el triunfo de la Alianza. De modo

que fue una fuerza política de extraordinaria convocatoria, expresando, sobre todo, una innovación. Yo no voy a hacer acá frepasología, por eso no voy a detenerme en las características de esta fuerza política, pero en su momento expresó una gran innovación. La innovación consistió en la gravedad con que una fuerza progresista tomaba y daba entidad a los problemas políticos en sí mismos, y en particular a las instituciones. La izquierda se asimilaba a una tradición de lo social; aminoraba la significación de las instituciones; era sospechada de que en realidad no le importaban las instituciones, y esa sospecha de muchas veces estaba muy bien fundada. Eso le dio crédito al Frepaso en una serie de sectores progresistas, pero no es que sólo le dio crédito —después voy a volver sobre ese tema— sino que el Frepaso constituyó el embrión de un nuevo modo de percibir las cosas. Que estaba latente, que había tenido como antecedente quizá más fuerte una nueva relación con la política, que estuvo asociada, a mi manera de ver, al movimiento por los derechos humanos, a una ciudadanía independiente que comenzó a existir en la Argentina desde el inicio de los años ochenta. El Frepaso continuó y amplificó esa tradición.

El problema de la situación en que se encuentra la Alianza y el balance que estamos haciendo ahora no debe ignorar que no era inevitable que el Frepaso tuviera esta historia. Ésta historia es el resultado de fallas y dificultades y de concepciones que, en la medida que no sean analizadas, van a seguir. El problema es complejo porque, efectivamente, la política está cambiando. Entonces, construir un partido ahora no es construir el partido típico europeo de hace cuarenta años. Eso no quiere decir que estemos condenados a una especie de eterno movimientismo. El movimientismo tiene la fugacidad del movimientismo. Al Frepaso, se acercaron muchos intelectuales; tenía al pie, a mitad de los años noventa, a los intelectuales; no a todos, pero a una buena proporción de los que existen en la Argentina. No pudo hacer nada con ellos, porque no tenía ningún lugar para dar, ninguna cabida, ni le importaban mayormente.

Yo creo que el otro aspecto mencionado por Chacho, referido a la voluntad y a la capacidad política, es el que tiene que ver con la dificultad de generar un movimiento de sociedad. El Frepaso pudo dar sentido al descontento del pacto de Olivos y ahí fue su momento fuerte. Pero lo que no pudo es conectarse con otro tipo de movimientos y procesos que existieron posteriormente y generar un movimiento de sociedad, de opinión a la altura de la ambición de renovación política que el Frepaso encarnaba y prometía. En la Argentina hubo situaciones de participación ciudadana variables, que tuvieron una gran significación en los años noventa. Uno de ellos fue la movilización en torno al asesinato de José Luis Cabezas, que derumbó la estructura de poder del grupo Yabrán. Fue un movimiento muy importante que tuvo gran impacto en la clase política, en la provincia de Buenos Aires, en el PJ y en otros sectores de la sociedad. El Frepaso estuvo

muy a distancia, muy poco conectado con las potencialidades que tuvo ese movimiento que duró mucho tiempo.

Otro movimiento característico que indica que hay una ciudadanía, pero que actúa de un modo diferente al que conocimos, es el tema de la lucha contra la reelección. Nosotros quizá, como vivimos en una vorágine política en este momento, hemos olvidado que los dos últimos años del gobierno de Menem estuvieron signados por su vocación de hacerse reelegir, y que contaba con un dispositivo estatal e institucional poderoso para eso; la Corte Suprema pudo haber admitido la reelección. El poder institucional, los gobernadores y buena parte del Partido Justicialista que, recordemos, hizo un congreso donde se sacó la máscara y dijo bueno, sí, ése (la reelección) es nuestro propósito. Yo creo que si esa gran operación del poder fracasó no fue por la ineficiente oposición que lideró la Alianza en ese momento. Entonces eso incluye la escasa capacidad del Frepaso para liderar una reacción republicana en un tema que debería haberle sido propio. Hubo sí una fuerte incidencia ciudadana, pero sin una movilización efectiva. No puedo hacer acá la historia porque no viene al caso, pero la primera oportunidad en que Menem se retiró fue cuando Duhalde dijo: llamo a un plebiscito. Y efectivamente, en la Argentina de los años noventa, el recurso ciudadano es el recurso último, es inapelable. Si se votaba, el proyecto reelección se venía definitivamente abajo. La Alianza era incapaz de poner tres personas en la calle o de emplear algún otro recurso que canalizara esa reacción republicana. Pero estaba ahí. Estaban las encuestas y estaba la certeza de que la reelección tenía recursos de poder pero estaba condenada en la opinión pública. En una segunda oportunidad en que Menem volvió con el tema de la reelección, a fines de 1998, principios de 1999, alentado por el apoyo de De la Sota, flamante gobernador de Córdoba electo en una provincia tradicionalmente radical, su proyecto se desvanecería al perder las elecciones en las que estaba comprometido personalmente. Perdía en Catamarca, en donde él había apostado a Saadi, y perdía en las internas en la provincia de Buenos Aires, en las que él promovió a Cafiero, no sé si ustedes recuerdan, como candidato en las internas del PJ contra la lista de Duhalde, y ahí perdió y se terminó el proyecto de una segunda reelección. La ciudadanía adquiere así una centralidad en la vida política que no tenía antes. El asunto no se dirimió como otras veces por el peso de una coalición de corporaciones, por el apoyo sindical o por el apoyo de los gobernadores, o por una estructura de poder, ni siquiera por la Corte Suprema.

Hay que tener en cuenta con relación a lo que ha dicho Chacho Álvarez: primero, que aunque la relación con la política es mucho más fría que en otra época, mucho más distante y mucho menos esperanzada, con mucha menos expectativa, existe una posibilidad de actuar. No es que la gente no tiene opinión, tiene opiniones muy firmes aún a contracorriente del

poder institucional. Hay una posibilidad de interpelar a la gente, de escucharla. El tema es, efectivamente, si se la escuchó algo, si esa disponibilidad que existe fue tomada en cuenta.

Yo creo que, dicho al pasar, ahora voy a volver sobre este tema, en el planteo de Chacho Álvarez hay un problema metodológico, o conceptual, para ser más exactos, que es cierta referencia persistente a "lo que la gente quiere". Por otro lado, es un cliché de la política argentina, no sólo es una cuestión de Chacho Álvarez refugiarse en este argumento de qué es "lo que la gente quiere". Por ejemplo, explicar el nacimiento de la Alianza y el modo en que la Alianza se hizo, como demanda de la gente. Yo diría como al pasar, después en la discusión podemos retomarlo, que no es así el vínculo político. Ahí hay un recurso que exime a los políticos de su responsabilidad. La gente, los ciudadanos, para emplear una expresión más política, tienen disponibilidades, pero eso opera como potencialidad. Los ciudadanos o la gente se inclinan como resultado de una batalla política, a creer que hay ciertos líderes políticos que proponen una cosa y otros que proponen otra. El nacimiento del Frepaso al cual aludí anteriormente, fue un nacimiento exitoso porque había condiciones; digamos, había una parte de la ciudadanía que con el asunto del pacto de Olivos quedaba con la boca abierta, y entonces ahí intervino un argumento que les dio representación. Creo que el nacimiento de la Alianza no era una demanda; pero efectivamente existía un humor antimenemista, un hartazgo del modo de gobernar que daba lugar a que fuera representado. Pero representar puede traducirse en proyectos de lo más variados. No era que la gente quería que sucediera lo que sucedió. La clase política no puede eludir su responsabilidad como si la representación fuera tomar la opinión de las encuestas, tema que por otro lado Chacho critica. Cualquier crítica respecto a la evolución de la Alianza no puede ignorar la responsabilidad específica de los enunciadores políticos, de aquellos que piensan la política y elaboran propuestas políticas.

Entonces, aplicando esto que estoy diciendo, yo creo que el problema de la Alianza, que nosotros podemos percibir más claramente ahora, es que no pasó de ser una coalición electoral. Cuando digo coalición electoral, quiero decir lo siguiente: el modo en que la Alianza a partir de 1997 en que ganó las elecciones por trece puntos, fue capturada por la dinámica de servir de receptáculo al rechazo al poder; dicho en otros términos, correspondió a un modelo de lógica política electoral que consiste en el voto negativo, en el voto rechazo. El voto rechazo es inevitable en elecciones presidenciales, puesto que siempre está en juego la gestión saliente. El problema es que la Alianza cifró todo en ser un receptáculo extremadamente neutro de antimenemismo. Cuando digo extremadamente neutro, me refiero a que las fuerzas que confluyeron en el voto a la Alianza tanto en 1997 como en 1999, eran extremadamente heterogéneas. Hay gente que votó a

la Alianza, votando por las instituciones políticas, por la modalidad pública y porque estaban hartos de un gobierno de corrupción. Y hay gente que votó a la Alianza contra el modelo, es decir, contra sus consecuencias, la desocupación, la marginalidad de ciertos sectores. Algunos articulaban estos rechazos, pero yo creo que son distinguibles como corrientes que convergieron en el voto antimenemista. La dinámica de la Alianza fue tal que no hubo ninguna capacidad de generar una cultura *aggiornada* que, de algún modo, procesara estas divergencias, que creara una suerte de patrimonio común de la nueva identidad. Eso es lo que quiero decir cuando sostengo que se produjo solamente una articulación electoral, una convergencia electoral. Creo que la gran dificultad para que la Argentina tuviera una sociedad movilizadora es que no hubo un reformismo *aggiornado* en la Argentina.

Un reformismo *aggiornado* —y ahora voy a entrar quizás en un plano más irritativo y provocativo en mi argumento— supone cierto tratamiento de la cuestión social que tenga audacia, y que al mismo tiempo requiere rupturas respecto a las tradiciones de izquierda. Chacho dijo en su exposición que al momento del blindaje plantearon un ingreso mínimo garantizado. Ése es un problema crucial en la Argentina que es inexplicable que no haya sido planteado antes. El Estado no puede ser ahora protector y distributivo como el viejo Estado Benefactor, pero tiene que hacerse cargo de la cuestión social, máxime teniendo en cuenta la tasa de desocupación a que se ha llegado. Existen referencias alusivas y sobre todo elusivas sobre el tema en la Carta a los Argentinos. Pero la cuestión social fue característicamente ignorada, ¿por qué? Porque encarar globalmente el tema supone al mismo tiempo hacer promesas y tomar distancia respecto a los reclamos corporativos y sindicales tradicionales. El Frepaso no podía romper con la CETERA, ni siquiera ponerse a discutir, ni podía romper ni ponerse a discutir con el sindicalismo de la CTA u otros grupos sindicales. Se hicieron planteos que, efectivamente, no corresponden a la fórmula que yo mencioné de reformismo *aggiornado*. El tema es complicado, pero en lo que quiero hacer hincapié, más que en mis ideas sobre el mismo, es en el hecho de que ni el Frepaso ni la Alianza fueron capaces de instalar la discusión sobre la cuestión social, y no porque no haya recursos intelectuales y prácticos. Éstos son temas discutidos por las fuerzas progresistas en los principales lugares donde existen en el mundo, sin embargo, es una discusión que acá es ignorada. La hegemonía de los economistas a la que se refería Chacho, tiene como uno de sus componentes nuestra incapacidad, al menos, de traer datos y experiencias de otras latitudes, si es que somos tan incapaces de generar nuestras propias ideas, aunque creo que tampoco es el caso. Efectivamente, muchos de los problemas vinculados a la globalización, al debilitamiento del Estado, a la transformación de la cuestión social, no son exclusivamente argentinos, y creo que hay problemas en otros lugares

del mundo para saber qué es una política reformista. El tratamiento de los problemas que tenemos nosotros, desde mi punto de vista, es de una gran precariedad conceptual, también explicable por desinterés.

Creo que el otro gran tema es el de la moralidad política, que también debía ser parte del proyecto de generar una fuerza *aggiornada*. Pero la moralidad política ha sido, con altos y bajos, un tema frecuente de denuncia y acción frente al gobierno de Menem, quizá no del todo consistente. Cuando vemos, por ejemplo, que en realidad no han sido ni los diputados ni los dirigentes del Frepaso los que denunciaron el tema de las armas, de lo que se supone que fue no solo una gran distorsión en cuanto al destino de las armas, sino que ha sido una gran oportunidad de coimas, de apropiación de fondos públicos. Eso revela todas las ambigüedades de las fuerzas que se ponen a gobernar y no saben hasta donde van a querer ir. Como se ha visto, una vez que las cosas entran en el ámbito judicial, toman afortunadamente un curso propio. No es que esas cosas sean simplemente desatención, sino un cierto pragmatismo, si ustedes quieren, una inconsistencia entre la denuncia de la inmoralidad pública y la corrupción, y la capacidad de ser coherentes con eso. Consistencia que tenía además la dificultad de ver lo que pasaba en la ciudad de Buenos Aires, donde la Alianza comenzó a gobernar mucho antes, por lo menos el radicalismo, en donde hubo problemas que hubieran requerido una elucidación pública. Muchos de los temas que Chacho planteó cuando renunció a la vicepresidencia, con motivo del escándalo del Senado, y que desarrolló en las dos exposiciones de este ciclo, son temas que, quizás en otras proporciones y en otra medida, se plantearon ya en la gestión de la propia Alianza en la ciudad de Buenos Aires. Y es más, en alguna oportunidad Chacho habló de la existencia de una estructura de corrupción en Capital. Eso fue motivo de escándalo pero después no prosperó. Chacho toma el planteo en los términos siguientes: o bien, satisfacíamos la demanda de la gente y constituíamos la Alianza, que era lo que la gente quería, y entonces se accedía al poder, o bien, nos quedábamos en una fuerza testimonial y desaparecíamos, como los grupos de retórica que sirven para denunciar, pero que son incapaces de producir transformaciones.

El problema quizá no se plantea en esos términos, sino que podríamos interrogarnos sobre si la Alianza pudiese haberse hecho con otro formato. La Alianza chilena tiene otra modalidad, para no hablar de la mayoría plural en Francia o de la coalición del Olivo en Italia. La idea de una Alianza asociada a un pacto de silencio, como ha sido el caso en la Argentina, es un invento nuestro, que pretende ser justificado con el hecho de que tenemos un régimen presidencialista que requiere una autoridad cuestionada como epicentro. El caso de Chile indica que el presidencialismo no requiere inevitablemente de indiferenciación política; los cuestionamientos pueden ir mucho más allá. Preservar la autoridad presidencial o el

eventual candidato a presidente llevó a dos momentos, a dos procesos en la Argentina, signados por un silencio: decir poco para servir de receptáculo antimemista. En la interna para la elección del candidato a la presidencia, entre De la Rúa y Fernández Meijide hubo un pacto explícito de no discutir sobre los temas del programa que se iba a dar la Alianza, y que después se conoció como Carta a los Argentinos. Como el propio Chacho dijo, no es sólo la letra del programa lo que da la tónica de una fuerza política; la da sobre todo la acción pública con los recursos de los medios de comunicación. Y esa inexistencia de confrontación política contribuyó a la indiferenciación política, a anular la diferenciación entre los componentes de la Alianza, o aun en el seno de los propios partidos que componían la Alianza.

La campaña presidencial tuvo las mismas características; fue una campaña mediática, casi exclusivamente mediática diría. Dentro de esa campaña, el único que hizo parcialmente excepción a esta tónica fue Duhalde; hacía caravanas y tocaba a la gente. Y producía cada tanto alguna transgresión; hablaba de no pagar la deuda externa o de una concertación social. Con esto no quiero tipificar a Duhalde como progresista; solamente quiero decir que si en ese contexto donde se concluye que efectivamente –y estoy de acuerdo con Chacho Álvarez– la sociedad estaba y está desmovilizada, hay que hacerse cargo de que es la sociedad que nosotros fabricamos. No es el resultado ineluctable de algo que sucede en el mundo. Es más, insisto, habría que observar qué es lo que pasa con fuerzas progresistas en otros lugares, por ejemplo, en Alemania, en Francia o en Italia, para ver que no es así. Es cierto que son sociedades incomparables desde el punto de vista del modo en que influyen las restricciones externas o las restricciones económicas. Pero creo que ésa es una explicación completamente simplificadora. Es posible o sería posible una fuerza reformista *aggiornada* que aceptara la dureza de las restricciones que impone la pertenencia al mundo como país deudor, pero pensando que eso algún día puede terminar, y no tomándolo simplemente como un estado para siempre.

No me voy a referir extensamente al tema de la candidatura de De la Rúa, pero algo voy a decir. Lo primero es que De la Rúa era el candidato que encajaba con esta idea de un antimemismo mínimo que no corriera los riesgos de ponerse a discutir cómo se iba a gobernar. Que no corriera los riesgos de crear roces con ese electorado heterogéneo o con algunas de las estructuras corporativas que apoyaban ese proceso. Era el candidato apropiado porque era el candidato indicado por las encuestas. Creo que lo que reflejaban las encuestas era que De la Rúa era como el anti-Menem. Frente a la transgresión y la voracidad por el patrimonio público, aparecía una figura presumida como tranquila. Yo creo que Chacho exagera cuando dice “cambio tranquilo”. Ésa fue la consigna de Mitterrand en las elecciones de 1981, en Francia, pero no corresponde para nada a De la Rúa;

creo que fue una campaña sin promesas. El problema de la responsabilidad política que pienso que en los tiempos que corren hay que plantearse, es que, efectivamente, la política está extremadamente personalizada. Uno puede pensar en un proyecto político más sustentado institucionalmente, pero el personalismo creo que no se puede ignorar ni puede superarse en el contexto actual de visibilidad de las personas y de imagen. La Alianza debía haber pensado cuál era la personalidad de su candidato. A la vista de la experiencia, uno lo que menos puede decir es que ese factor fue completamente ignorado y subestimado por gente que, por rodearlo, sabía de quién se trataba.

Yo voy a dejar de lado otros argumentos, porque quizás en la discusión puedan retomarse, para mantenerme dentro del tiempo planeado. Uno de los temas sobre los cuales Chacho habló reiteradamente es la pérdida de la legitimidad de la política. Yo no subestimo para nada los temas de la reforma política. El hecho es que aparece como socialmente inaguantable que los representantes políticos sean gente que accede a la función pública con la vocación de hacerse unos mangos, no unos mangos, unos cuantos mangos. Yo no subestimo ese aspecto y todo lo que va con eso: cómo nombran sus asesores, cómo usan los fondos. Pero creo que el mayor problema vinculado a la política no está ahí, creo que la pérdida de significación de la política tiene que ver con el grado en que la política durante un siglo, un siglo y medio en Occidente, en la Argentina particularmente, suponía algo central en la constitución de las identidades de la gente. Constituía algo central porque se pensaba que, efectivamente, era una acción de la cual dependía la suerte, el futuro, el destino de los individuos y de las sociedades. La política, en la época de la política intensa, el tema de la voluntad política no se discutía porque, por supuesto, era obvio. Eso es lo que ha caído y sigue la interrogación sobre cuál es el lugar de la política. Ahora, el problema es que la Alianza ha hecho mucho en dirección de la antipolítica, de la idea administrativa, digamos. Las imposibilidades del propio Chacho, las imposibilidades e incapacidades de la Alianza que el propio Chacho mencionó, de actuar aun en aquellos ámbitos que no afectan directamente los intereses del capital, son una ilustración de cómo se instaló la idea de la política como administración; una idea que no puede sino acentuar el descontento y la desconfianza hacia la política ya que la gente espera cada vez menos.

El último tema al cual quiero referirme es el de los pronósticos, el futuro, al cual Chacho hizo algunas alusiones. Creo que su pronóstico fue gris pero realista. La afirmación que yo recojo es esta idea de que ahora el futuro de la Alianza se juega en los resultados económicos, los resultados del crecimiento económico. Esto, asociado a una larga reflexión muy interesante que hizo Chacho, y que aludía a la Argentina y más allá. Yo creo que eso mismo ilustra la pérdida de esperanza respecto a que la Alianza

tenga algún sentido político, porque justamente el núcleo de la idea anti-política es esta idea economicista de que el crecimiento económico es portador de soluciones para la gente. Por supuesto, yo no ignoro la importancia de la producción de bienes y no quiero hacer aparecer acá un nihilismo anticrecimiento; no participo de esa idea, yo creo que el crecimiento es necesario y bueno. Pero el crecimiento encierra dilemas de justicia; el crecimiento o el estancamiento y la política de ajuste encierran siempre opciones de justicia social, temas de la política. Esta cuestión queda ilustrada en la Argentina donde hubo crecimiento importante sobre todo en el primer quinquenio de los noventa, pero sobre un registro completamente ignorante de las cuestiones sociales, lo que generó mayores desigualdades. Y eso mismo sucede en otros lugares del mundo. Las políticas de ajuste, por ejemplo de la Alianza, partían de cortar el hilo por lo más delgado, es decir, de acentuar la lógica de las desigualdades. No podemos cobrar impuestos, entonces recortamos sueldos. La Alianza no pudo ordenar este capitalismo argentino. Y aquí no estoy diciendo sino algo que podría ser de interés común, de todos, incluso de los capitalistas. Pero sí entonces se puede reducir un 10% a los sueldos superiores a \$1.000. Lo que quiero decir es que esta idea de Chacho de que en el futuro la Alianza va a jugar su destino a si tiene éxito en la economía o no, indica ya que lo que tiene de gris el pronóstico es el tema de la justicia, la incapacidad de revisar esto que acabo de formular.

En cuanto al Frepaso, yo creo que la posición de Chacho traduce un encierro, porque es bastante enigmático. Es decir, estamos en la Alianza porque lo que puede venir si fracasa la Alianza es peor. Aclaro que yo estoy de acuerdo con él, pero me parece que no es un programa de acción política. No dice nada sobre lo que la Alianza puede ser; entonces, estar en la Alianza es un poco una resignación. Las nuevas oposiciones que se están generando son desgajamientos del Frepaso; son más verosímiles porque han estado protestando desde hace mucho más tiempo, como es el caso de Lilita Carrió. Son argumentos que lo que dejan pendiente es si hay alguna posibilidad, no sólo para el Frepaso, sino para algunos sectores que están descontentos en el radicalismo, de encontrar algún lugar y algún proyecto o enunciado de diferenciación política que les permita seguir existiendo políticamente; no como simplemente residuos o restos de una historia que ya fue y en la cual se produce un reacomodamiento. En pocas palabras, a mí me parece que las reflexiones que aquí expuso Chacho Álvarez –yo estoy admirado por su lucidez política– son sumamente interesantes, pero me gustaría que esa línea de reflexión se profundizara y me gustaría que ciertos puntos que me parecen incongruentes con la profundización, fueran revisados.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Acerca de la frustración y del surgimiento de nuevos líderes en el centro izquierda.

Respuesta: Chacho empleó una expresión, creo que “conciencia desdichada”, cuando empezó a hablar de la futurología. A mí me parece que la expresión y el tono con que él se refiere al futuro refleja un poco algo que él probablemente sienta y que los analistas políticos perciben o percibimos, que es que hay una gran frustración y que esa gran frustración no puede ser explicada por los problemas estructurales de la Argentina. La frustración resulta del modo en que se han enfrentado los problemas, no sólo de los problemas en cuanto tales. Esa distinción es muy importante hacerla porque creo que es una clarificación en la interpretación de los hechos, y además yo creo que la gente percibe que su frustración no es solamente porque a la Argentina le va mal y el futuro de nuestro país es de pronóstico incierto. Yo no me refería a los temas de la crisis; la crisis es efectivamente muy grave pero no fue provocada o al menos iniciada por la Alianza. Creo que la frustración sin embargo, es con el modo en que se han afrontado esos acontecimientos. Sobre eso habría mucho que decir, creo que uno de los aspectos a los cuales yo no me referí es algo que se podría sintetizar en términos de ausencia de rumbo. El país estuvo postrado desde que se instaló la Alianza en una crisis recesiva, esperando el crecimiento económico, y creo que ya me referí anteriormente sobre lo infundado que es considerar el crecimiento económico como si estuviese dotado de un sentido político por sí mismo. Creo que esa espera indicaba una mala relación con la propia economía, pero también una incapacidad de hacer frente a la crisis. Si uno mira retrospectivamente, aparte de los ajustes célebres frente a las dificultades en el equilibrio fiscal, el gran momento de ilusión fue el blindaje. Se supuso desde el Gobierno que todo iba a funcionar acertadamente a partir del blindaje —aunque recordemos que ya en ese momento ello aparecía ante muchos analistas como inverosímil—, ignorando que una sociedad no funciona como si fuera una ilustración de las leyes de la economía. No ha sido el tema, ni es el momento de hablar del funcionamiento del capital financiero, pero llegado el caso de hacerlo, hablar del capital financiero formaría parte de un análisis del funcionamiento del capital contemporáneo que es completamente novedoso. En términos generales, podemos decir que no hay un sujeto de las decisiones; eso que se atribuye a los mercados como un modo enigmático, alude a una diversidad de factores: no son lo mismo los fondos de inversión por ejemplo, que el Fondo Monetario Internacional o que los bancos. Los bancos corresponden al paradigma más clásico de un capital concentrado, mientras que los fondos de inversión responden ante muchos ahorristas. Todos estos actores actúan o intervienen

no en función de pronósticos estrictamente ligados a la evolución de las economías reales, sino a estados de la opinión financiera que se constituyen del mismo modo que los estados de opinión en política. Evidentemente, la relación que ha tenido la Alianza con la economía ha sido sorprendente e ignorante de todos estos hechos básicos que tienen que ver con el entrelazamiento político-económico del funcionamiento de la realidad.

El Frepaso planteaba un sentido frente al pragmatismo del Pacto de Olivos; aparecía como diciendo: no es posible ceder frente a una voluntad hegemónica, no es que si se hace un pacto, se crea un consejo de la magistratura, o se crea el jefe de gabinete va a borrarse el hecho de la reelección. Creo que el eco que tuvo en ciertos sectores de la población tuvo que ver con eso, no fueron los más afectados por la crisis los que se identificaron más con el Frepaso.

Evidentemente, la gestión de la Alianza poco tuvo que ver con lo que significó esa idea más política; más política quiere decir que podemos discutir qué sociedad queremos y que es factible hacer algo que se le parezca a lo que se decide políticamente en esas sociedades. Por eso también hubo un momento de reacción entusiasta cuando el Chacho Álvarez renunció a la vicepresidencia; fue un momento de reavivamiento de ese espíritu porque era un acto que aparecía como hilvanado con un sentido que era el del antipragmatismo político, es decir, aparecía como un acto que no atendía a las conveniencias. Procuraba colocar la política en otro lado, las instituciones pueden funcionar de otro modo. Si decididamente el Senado está involucrado masivamente en actos de corrupción, yo no lo presido. Porque algún día habrá otro Senado, y ahí se especuló con lo que Chacho recordaba en su presentación: que se presionara para la renuncia colectiva del Senado. Era cambiar el modo de funcionamiento de las instituciones. Eso fracasó, pero ese fue un momento de revitalización de ese sentido que procuró tener el Frepaso. En ese punto estoy bien de acuerdo con la interpretación que hace Chacho Álvarez.

Evidentemente en la situación actual creo que hay una gran desilusión. En primer lugar, del sector que probablemente esté más identificado con Elisa Carrió, que es el que mantiene una tónica que trata de articular una posición institucional democrática –quiere ser campeona de las denuncias de corrupción de los años noventa– y que está imbuida de una gran sensibilidad social. Creo que hay otras frustraciones que son las que provienen de los sectores más desamparados, para emplear una expresión, que en parte tenían esperanzas en la Alianza, en parte la tenían en el peronismo, pero que igual siguen estando en una situación de desesperación. Y esa desesperación abarca un arco que creo que tiene un foco en las carencias económicas, la desocupación y los bajos salarios, y tiene otro foco en la inseguridad; tema al cual también se refirió Chacho Álvarez y que no retomé, pero que es central. Nosotros no podemos seguir haciendo diagnósti-

cos economicistas de la sociedad contemporánea porque hay temas que se cruzan de otro modo; el de la seguridad es uno de esos temas centrales que tienen que ver con las capacidades de gobierno, de un orden público confiable, etc. Hay otros sectores como el que responde al Padre Farinello que creo que expresan ese descontento. Soy escéptico sobre las posibilidades de que ese descontento tenga una traducción estratégica, como sí lo ha tenido en otras sociedades; en Brasil existe el PT.

Pregunta: Sobre el centro izquierda y sobre un reformismo *aggiornado*.

Respuesta: Yo no sé lo que hoy día sea el centro izquierda. Hay un problema de identidad con el centro izquierda que se expresaba, a mi manera de ver, en el modo dubitativo en el que el propio Álvarez decía: actualmente estamos en la Alianza porque no podemos ser oposición. Parecía ser más un posicionamiento por descarte que parte de un proyecto cuyo futuro pudiese ser descifrado. Quiero ser más preciso: yo comparto la afirmación de que la llegada de Cavallo expresa un fracaso de la Alianza, su incapacidad, un vacío que debió ser ocupado. Eso quiere decir que hay un descrédito del centro izquierda ante lo que ha sido su electorado, sus partidarios. Entonces, hay un gran signo de interrogación de saber cómo puede reposicionarse el centro izquierda. Reposicionarse supondría pensar cómo puede construir un nuevo lazo de representación. Es decir, hay un descontento efectivamente, para ser más exactos, hay una variedad de descontentos; el problema es la posibilidad de construir un lazo de representación con esos descontentos, y para que ese lazo se construya hay que decir algo verosímil. Cuando uno está desacreditado por la historia inmediata, no le es fácil adquirir verosimilitud.

Respecto al reformismo *aggiornado* al que yo me refiero en la nota periodística publicada en *Clarín* —es una expresión que creo que empleé hoy también— no me voy a poner a hablar de mis ensoñaciones y utopías personales. Simplemente quiero dar la indicación siguiente: el reformismo que yo creo factible, que tendría un lugar para actuar, tendría que creer realmente en la posibilidad de diferenciación política. Es decir, tendría que creer en la posibilidad de tener un proyecto político que no consista simplemente en admitir como una fatalidad una posición de la Argentina en el sistema internacional y los condicionamientos que de allí se creen deducir; tendría que tener una capacidad de pensar que efectivamente habrá que hacer una política que está muy condicionada; pero de acá a cinco o diez años vamos a estar en otra situación, vamos a lograr una cierta autonomía. La autonomía posible en un mundo globalizado, la que tienen otras sociedades, no una inventada. Eso es lo que creo que no ha sido posible ni siquiera decir, porque se optó por la idea del crecimiento económico a secas que es una idea tonta, de pocas luces.

Hay otros componentes que tendría que tener este reformismo posible; por ejemplo, aun en las situaciones más graves las sociedades no eluden los problemas de justicia. Cuando uno va a hacer un ajuste tiene que poder dar cuenta de por qué ajusta acá y no allá, tiene que tener un rumbo, un sentido de justicia, y hay ámbitos de la acción pública en que se habían hecho promesas por parte del progresismo y que no se encararon de un modo enérgico. La Argentina es un país que tiene grandes problemas con la educación y la salud. O bien nosotros creemos que es posible reconstruir un Estado que se haga cargo de la provisión de ciertos bienes básicos, o no; ése es un tema crucial. Yo creo que sí, que es posible, pero eso supone decirlo y hacer algo en esa dirección; puede ser que sea poco, pero no puede ser nada. Creo que el reformismo *aggiornado* tiene ese lado, que es un lado de la diferencia política; que la palabra “reformismo” tenga un sentido y que no sea simplemente recuerdo de algo que nos pasó hace muchos años. Lo de *aggiornado* tiene que ver con las rupturas respecto a las ideas tradicionales de lo que es el reformismo. Yo creo que hay una especie de oscilación entre la impotencia y determinadas ideas arcaicas; por ejemplo, efectivamente creo que no es posible romper con el mundo. Éste es un mundo globalizado y la única chance es tener una relación, que puede ser activa y conflictiva, pero que no puede ser de ruptura. No podemos ignorar el mundo en que vivimos, y vivimos en un mundo en donde la acción progresista no se puede guiar por el principio de que un programa es la adición o sumatoria de los reclamos de las corporaciones populares. Aquí debo decir que, en realidad, el tema sobre el cual pensaba hablar hoy era un texto que yo escribí con el título “Del pueblo a la ciudadanía”, que trata sobre la crisis de la representación tradicional de lo que sería el actor popular, el referente tradicional del pensamiento progresista. Lo que quería decir es que en este momento hay ideas que deben ser parte del programa progresista *aggiornado*, entre ellas, por ejemplo: el ingreso mínimo garantizado, las políticas públicas de seguridad. Pero la idea de conquistas sociales tradicionales inmutables no es viable. Creo que una política, por caso, de educación –voy a tocar temas irritativos ex profeso– siempre supone restablecer la escuela pública, supone fondos, pero supone también otras políticas hacia los docentes. Los docentes no pueden reclamar un estatuto de privilegio sino que deberían avenirse a participar de la condición común. Ni pueden pretender un sistema de calificación de sus méritos simplemente por antigüedad. No podemos tampoco funcionar en una sociedad que no tenga políticas de reciclaje, las que a veces suponen que todos nos pongamos de nuevo a estudiar, por ejemplo computación, inglés. Todos estos temas que forman parte de un paquete de reformas de la educación es la traducción de lo que Chacho dijo que no se hizo con la Justicia. Efectivamente, él tiene razón de decir que la Alianza hubiese sido coherente si hubiera hecho algo con la Justicia Federal en diciembre de 1999. Esto

quiere decir: vamos a investigar las cuentas, crear una comisión especial que investigue las cuentas de los jueces federales, el movimiento de fondos; lo que hubiera hecho que todos los que se están yendo ahora, se hubieran ido en su momento. Ahora, esta política de iniciativa pública creo que también toca dominios que son de los que se llamó en una época "campo popular". Lo de *aggiornado* se refiere a eso; a que no puede pensarse una política progresista que ignore que el progreso general incluye un cuestionamiento de todos, aun de aquellos que por otro lado sufren de bajos salarios, o de injusticias diversas.

Pregunta: Sobre una problemática común a otros países.

Respuesta: Hay problemas que son nacionales; todos estos temas de la globalización y del capital financiero requieren iniciativas incluso globales, es decir, hace falta un ordenamiento que permita controlar el funcionamiento del capital financiero e imponerlos, hace falta que los grandes grupos económicos no tengan sedes jurídicas en los paraísos fiscales y evadan impuestos *urbi et orbi*, es decir, por todos lados. Hay iniciativas en el contexto internacional que acá no se mencionan, pero que son iniciativas de los Estados, no son iniciativas de algún grupo ignoto. Otra cosa que es muy importante es la constitución de bloques regionales que no son simplemente económicos. Por ejemplo, la Unión Europea es un espacio social, jurídico y económico; eso quiere decir que no es simplemente una unión aduanera o un mercado libre, sino que es un ámbito donde hay cierta legislación social que obliga a los países miembro, y hay cierta juridicidad común que los transforma en proyectos de un tipo de civilización. Es más, la Unión Europea tiene proyectos para fortalecer modos de desarrollo alternativos al capitalismo norteamericano —por lo menos ciertos sectores de la Unión Europea, los socialdemócratas— sobre la base de una acción de orden regional. Es difícil decir si eso podrá prosperar o no, de todos modos esa diferenciación existe y es nítida; o sea, el tipo de Estado que corresponde al modelo europeo es muy distinto al que funciona en Estados Unidos. Hay entonces, una serie de cosas que se preservarían y otras que se promueven. En Holanda hay lógicas de reparto del trabajo, en Francia se implantó la jornada de treinta y cinco horas. Son políticas que acá serían de un carácter "revolucionario" —es inimaginable hoy que alguien pudiera sostener algo parecido en la Argentina— pero que existen en otros contextos. De todas maneras, uno podría pensar que a nivel regional, el Mercosur por ejemplo, podría ser un ámbito económico, social y jurídico, con posibilidad de que estos cambios en el interior fortalezcan una posición en el ámbito internacional, pero de hecho no lo es. Por el momento no podemos avanzar en ese tema porque la situación de los países en la región es tal que la sobrevivencia de cada uno de ellos hace que los acuerdos

no vayan mucho más allá. Y sobre todo, además, nunca los acuerdos han pasado al plano político y social, y eso les da una limitación muy grande.

Pregunta: Sobre la bronca de la gente.

Respuesta: El descontento con la representación política, el discurso de la impotencia, es el sentimiento que se está generalizando, en el sentido de que independientemente de los partidos a los que se vote, de los candidatos que se establezcan, en definitiva el mandato político no tiene peso, porque vivimos una especie de situación permanente de emergencia. Hay mucha bronca con la Alianza, pero no es que se piense que otros hubieran hecho algo distinto; entre otras cosas, porque muchos de ellos dicen lo mismo. Yo creo que esa oscuridad, ese hecho de que se presenta un mundo frente al cual nos sentimos impotentes, puede favorecer crisis de representación que lleven a la gente al desaliento o a liderazgos más o menos extrainstitucionales. Para la ciencia política, el sistema de partidos venezolanos era un paradigma clásico muy aconsejado por el grado de institucionalidad que revelaba. Y ese sistema se derrumbó en muy poco tiempo frente a la corrupción de la clase política venezolana y al descontento que provocó, en un país que de verdad vivía bastante de sus rentas petroleras. A partir de cierto momento aparecen líderes completamente exteriores; vienen de otro lado ajeno a la lógica institucional, y por otra parte establecen con la gente un tipo de relación muy problemática, de liderazgo con mucho arbitrio. Es el caso de Chávez, pero también de su competidor en las elecciones presidenciales, que era una especie de disidente de Chávez, pero compartía su misma lógica; hay que tener esto en cuenta. Chacho planteó el tema de que en nuestras sociedades la institucionalidad política es débil. Es débil, entre otras cosas, porque hay una herencia en el pensamiento popular según la cual lo que cuenta es la "sustancia" de ciertos proyectos, y los recursos para alcanzar esa "sustancia" son variados. Entonces, uno puede llegar a pensar que el reclamo de justicia social puede recurrir al camino de una lucha armada, de un proyecto revolucionario, pero también puede pensar que puede recurrir al camino de alianza con los militares. Y estos no son ejemplos arbitrarios en la historia que nosotros hemos vivido. Diría que cualquier cambio que se emprenda hay que encaminarlo en el marco de un sistema acordado por todos. Reivindicar las instituciones me parece muy importante porque yo creo que, efectivamente, aprendimos su valor a un costo muy alto. De todos modos, cualquier cambio que uno pueda realizar, cualquier proyecto de una mayor justicia no puede tener otro sustento que la ciudadanía. Es decir, en las condiciones contemporáneas, muy claramente ganar las elecciones. Es falso que haya una lógica de la dominación que inhibe la democracia política. De hecho, la democracia política, con muchas limitaciones, la vivimos; pero hay un problema de institucionalidad. Porque es una democracia polí-

tica con políticos sospechados en el desempeño de sus funciones y que no se sabe cómo se puede controlar con una Justicia en buena medida desacreditada. Si no está completamente desacreditada es porque en un proceso un tanto sorprendente, la propia Justicia cada tanto genera personajes con la vitalidad del fiscal Stornelli o la inusitada agilidad de Urso. Creo que efectivamente las especulaciones conspirativas no valen y el sistema democrático tiene también esos componentes, pero para que haya una profundización de la calidad de la democracia hace falta que las instituciones mejoren, funcionen. Entonces ese déficit institucional existe, pero creo también que se corre el riesgo de una posición hiperinstitucionalista que nos llevaría a la situación de Venezuela, donde había instituciones aparentemente fantásticas, pero no había diferenciación política; los ciudadanos pensaban que todos eran lo mismo, y lo pensaban con bastante razón. Por lo tanto el gran problema es que las instituciones se van a perfeccionar en la medida que la vida política sea concebida como lucha política. Quienes participan en algún grado en la vida pública tienen la esperanza de que haya alternativas, no que se acceda al poder para hacer un programa único que es completamente desalentador, que se viva en un mundo en donde los reclamos pueden ser escuchados.

Pregunta: Sobre la posibilidad de una refundación de la política.

Respuesta: En los tiempos que vivimos, y no sólo en la Argentina, las posibilidades de la política están muy puestas en duda y la relación de la gente con la política —aunque yo he reivindicado cierta autonomía ciudadana muy nueva, cuando mostré por ejemplo la reacción frente a la reelección— es de lejanía. Ya no vivimos en una época en donde los individuos sientan o esperen que la acción política produzca cambios decisivos en el ordenamiento de sus vidas. De todos modos, hay algo que se conecta con un planteo que hizo Chacho Álvarez y del cual tenemos que tomar cuenta; y es que, sin embargo, en las sociedades como la argentina, en donde está en duda en qué punto se van a estabilizar las cosas, efectivamente, una idea más fuerte de voluntad política pareciera ser requerida. Sobre lo que se puede hacer con eso —no quisiera ser calificado de politólogo, no soy político tampoco en el sentido de la acción política— yo no podría hacerme cargo de cómo se puede resolver. Creo que hay que tener en cuenta que, a veces, a la acción política, a la vida política, se le piden cosas paradójicas. La política supone la posibilidad de una acción reformadora de la sociedad, pero esa acción no es nunca el resultado de un consenso. O sea, no se puede decir únanse y hagan esto o lo otro, porque el objeto de la política es un objeto de querrela; y si no lo es, es porque hay un consenso asfixiante, como en buena medida yo traté de describir. De modo que yo creo que acá hay una gran responsabilidad en la clase política en regenerar la lucha

política, en regenerar un sentido para la política, pero no creo que ninguno pueda decir yo soy el que refunda la política, o pongámonos de acuerdo para refundar la política. Por ejemplo, me refería al Frepaso que en su momento fue una ilusión de activación política por la gente que creyó en él. Pero también fue una activación política para aquellos que tenían que competir con el Frepaso, como es el caso del radicalismo, que volvió a florecer, y de aquellos que tenían que defenderse de la Alianza, que también, de algún modo, eran desafiados por la emergencia de una novedad política. Yo veo más bien la política en esos términos, de lucha, de competencia, y es ahí donde efectivamente pueden pasar cosas interesantes. Hasta ahora no ha ocurrido, pero no hay que perder la esperanza.

Pregunta: Sobre otras formas no tradicionales de participación política.

Respuesta: Hubo una época en que el referente de legitimidad política, el pueblo, era designado como democracia participativa y se suponía que ése era un sujeto de la historia. Pueblo evoca la manifestación, la multitud; nosotros conocimos sobre todo el pueblo populista, que es una forma de estructuración del pueblo que gira en torno de una relación de masa-líder. Ese modo de funcionamiento de la política es muy activo, muy movilizado, muy politizado en el sentido de una gran expectativa respecto a lo que la movilización política puede producir. Y también el paradigma populista es un paradigma “democratista”, en el sentido que califica un enemigo que es el orden conservador o la oligarquía, y propugna al pueblo como alternativa. Pero encierra la paradoja de que es un lazo de desigualdad política y de ahogo a la libertad política, porque en la relación masa-líder, la masa es “dicha” de algún modo por el líder; es una relación donde la deliberación política está completamente descalificada en particular bajo la forma de la censura al disidente. Está ese pasado que merecería ser examinado porque es un pasado que pesa todavía sobre nosotros. Ahora, el tránsito a la ciudadanía encierra toda una serie de paradojas porque ha habido un cambio de vocabulario, y que está en la base de mi reflexión; cuando uno designa la fuente de legitimidad, ¿de qué habla? Antes se hablaba de pueblo, ahora se habla de ciudadanía. La ciudadanía no es un sujeto, en la versión más corriente está constituida por los titulares de ciertos derechos, y sobre todo derechos políticos. Así la ciudadanía no es una identidad en sí misma; sino un lugar de constitución de identidades. Y por otro lado, de identidades que no tienen la sustancialidad histórica que se suponía que tenía el pueblo, que iba en cierta dirección. La ciudadanía es un lugar de constitución de identidades contingentes, en donde incluso el pueblo puede ser nombrado como proyecto; pero lo nombran varios; es entonces un espacio de pluralidad, de lucha política. La ciudadanía está más bien concebida en esos términos, pero el espacio ciudadano es un espacio que

emerge en las nuevas democracias en circunstancias históricas en donde prevalece la desmovilización política y el alejamiento de los asuntos públicos. Existe una concepción republicana de la ciudadanía —lo aclaro al pasar— que es de vieja data y que concibe a la ciudadanía ya no como los que tienen ciertos derechos, sino como aquellos que están presentes en el espacio público, que se asocian e intervienen. Pero el término, en su pertinencia contemporánea, alude más bien a este momento que nos referíamos; es una ciudadanía que de pronto está en contra de la reelección, pero nadie pone un pie en la calle. Es más hermética, es mínima en su comportamiento público, da resultados de encuesta arrasadores, pero que no tiene sino una existencia potencial, o una existencia virtual; es opinión pública como sujeto construido, nos hace falta un encuestador para que nos diga que esa opinión pública tiene un correlato con la ciudadanía.

Creo que hay formas de acción y de movilización posibles pero son paradójicas. Aparecen como formas de acción pública, por ejemplo, las Abuelas de Plaza de Mayo, que tienen una relación de representación también virtual; esa representación virtual quiere decir que el 70% de los ciudadanos se manifiesta de acuerdo con su acción, y eso hace que las Abuelas de Plaza de Mayo, que son un puñado, sean ineludibles en los programas de televisión, en los espacios públicos o ahí donde pongan los pies. Son otro tipo de actores contemporáneos que expresan otra lógica de ciudadanía. Yo lo que veo aparecer es ese tipo de lógica. Podría mencionar fenómenos de otra naturaleza completamente distinta como la Carpa Blanca de los docentes, que creo que tuvo una relación de representatividad virtual parecida, en un campo completamente distinto; en vez de la huelga y la acción directa, se pasó a una relación de seducción de la ciudadanía. Veo más bien la expansión de esas formas de acción ciudadana que las de la ciudadanía participativa, la cual no descarto. A mí me gustaría que hubiera una ciudadanía más a la antigua, pero no veo que sea un fenómeno que tenga actualidad. Creo que hay grupos activos, que hay nuevas formas de asociatividad que pueden existir, pero que no tienen la connotación del viejo ideal de los sesenta, que designaba con el término “ciudadanía participativa” a la gente que se interesa en los asuntos públicos y tiene en ellos un rol activo. Creo que incluso los partidos de masa, la identidad que esos partidos daban y que generaban la movilización, pertenecen a una página que se ha dado vuelta junto con el fin del siglo XX. Yo tengo una opinión bastante firme sobre ese punto; eso no quiere decir que otras formas de participación ciudadana no puedan ser concebidas. Realmente hay que pensar el problema porque a veces con las palabras tenemos un deslizamiento conceptual hacia cosas que creo que existen poco. Tal vez esta respuesta sea insatisfactoria porque es un tema sobre el cual estoy trabajando, pero tengo que conformarme con argumentos forzosamente acotados.

V

LA CRISIS POLÍTICA ARGENTINA EN EL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN*

JUAN CARLOS PORTANTIERO

8 de mayo de 2001

Yo leí con mucha atención la desgrabación de las exposiciones de Álvarez en este seminario y me pude hacer un cuadro de situación. En verdad, estas exposiciones y las ideas que están contenidas en ellas, de repente tienen como una resignificación dramática a partir del último fin de semana, en donde si bien no podríamos decir que el desenlace de la situación tal cual la presentó Álvarez nos haya tomado de sorpresa, de todas maneras genera como un hecho nuevo [en referencia al momento en que Carlos “Chacho” Álvarez decide abandonar por el momento la actividad política partidaria]. Un hecho nuevo que, en mi caso, se remite a una pregunta fundamental, ¿qué es lo que yo voy a discutir ahora?; ¿la opinión de un analista político de otro analista político?; ¿la opinión de un comentarista sobre la política?, ¿o la opinión de un político que sigue manteniendo su voluntad de intervenir sobre los hechos? La verdad que no lo sé; en rigor, si este seminario de interacción entre académicos y políticos tiene algún sentido y mantiene su vigencia, debería diferenciarse de una conversación entre observadores desinteresados o no, pero externos a la situación. Entonces, yo espero que esté refutando o confrontando o analizando las ideas de un político, es decir, que “Chacho” Álvarez siga haciendo política; que esto que aparece como un portazo, una salida medio sin explicaciones muy fundadas del escenario de la política, se transforme pronto en una propuesta de qué política hay que hacer. De otra manera, su actitud le da respuesta a una de las preguntas implícitas que hay en sus intervencio-

*. Versión no revisada por el autor.

nes, y da respuesta por la negativa. Una de las preguntas implícitas que hay en sus intervenciones es si es posible hacer política progresista, llamémosla así, en la Argentina; ésa es una pregunta que está muy presente. Pero al irse él, nos está diciendo: no, no es posible. Uno no tiene más remedio que tomar eso como una respuesta a la primera pregunta implícita que él se plantea. Por eso yo creo que si el irse no implica un volver de alguna manera, sería lamentable; espero que eso no sea así. Porque uno podía entender como gesto político, incluso aunque quedara sin desarrollos posteriores, su renuncia a la vicepresidencia de la Nación, ya que uno diría: está bien, este hombre ve que ahí no puede hacer mucho, que es un lugar donde incomoda más que ayuda, generaría una discusión permanente en la cúpula del poder, es muy difícil en un país presidencialista una pelea entre presidente y vicepresidente. Tiene una cantidad de argumentos que uno puede considerar; en la renuncia hay todo un gesto que se evalúa en sí mismo. Pero ésta no es una renuncia a un cargo público como la vicepresidencia; es una renuncia, o licencia por tiempo indeterminado o como quiera llamarse, al partido que él fundó.

Es muy difícil hacer política sin una herramienta política; si él deja la herramienta política en la que estaba, tendrá que explicar con qué otra herramienta va a hacer política, o si va a hacer política o no. Pero esto es algo que no puede demorar mucho en la respuesta, entre otras cosas, porque la expectativa pública es muy recelosa, es decir, así como genera liderazgos, los destruye rápidamente. Fíjense, por ejemplo, la evolución que tuvieron las repercusiones sobre el tema de la renuncia a la vicepresidencia —no porque uno tenga que creer que todo lo que hace la opinión pública está bien, yo no soy de los que cree eso, pero de todas maneras para quien hace política es importante saber lo que piensa la opinión pública— y van a ver que en un principio hubo una alta estima o apoyo a la idea y al gesto, y que esto fue decreciendo hasta que sus niveles de reconocimiento público actuales estén bastante bajos. Es decir, que hay ciertos temas que hacen al interés público, que es el interés del público, que no pueden ser resueltos consultando con la almohada; hay ciertos temas que de repente nos comprometen más allá de nuestra propia voluntad. Hay ciertos momentos cuando uno afronta una carrera política —que es el caso más especial de compromiso público que hay— que uno no puede decir: “Me cansé y me voy”; puede decirlo, pero es muy difícil que a partir de ese decir pueda reconstruirse luego un nuevo horizonte en la política. Ojalá yo me equivoque, pero la verdad que lo que les quiero transmitir es mi preocupación. Porque siendo como soy, alguien que considera tan importante las aportaciones que Chacho Álvarez y el Frepaso hicieron a la política argentina; habiendo sido yo también alguien que en la medida de sus posibilidades trabajó tanto para la construcción de la Alianza como forma de gobierno, estando yo también muy perplejo por lo que está pasando —como debe es-

tar la mayoría de los que votamos a la Alianza—, que de repente alguien diga me voy, me crea inquietud, me crea bastante perplejidad y quiero por esto transmitírselos. Obviamente, si no hubiera ocurrido esto, hubiera entrado directamente a comentar las ideas de Chacho, pero me parece que es de elemental sinceridad con ustedes que les planteo primero esta pregunta. ¿Con quién estoy hablando? ¿Con quién estoy discutiendo? Me interesaría muchísimo poder saberlo.

Las dos exposiciones de Chacho en realidad bordean lo que aparece como el tema de la exposición de hoy, esto es, “La crisis política argentina en el marco de la globalización”. Allí, lo que aparece permanentemente son intentos de responder a las preguntas que recién se formulaban acerca de qué posibilidades hay en la sociedad argentina de constituir desde el Estado una política de tipo progresista, dadas todas las cuestiones que sabemos que existen. Ésta es una pregunta que todavía no sabemos contestar, porque la verdad es que si nos quedamos en los acontecimientos del día a día, nos quedaremos también con una respuesta frustrante. Yo creo que podríamos explorar maneras en que esto no fuera necesariamente así. Y es lo que Chacho trata de desarrollar en sus exposiciones en donde marca, sin mucha fuerza, más las restricciones que las potencialidades, lo cual no está mal porque es un reconocimiento fuerte de los límites que la situación plantea. En ese sentido, la misma constitución de la Alianza intentó ser una respuesta política a un fenómeno como el menemismo en el poder durante una década, que había producido transformaciones estructurales en nuestra economía, en nuestra sociedad, en nuestra cultura. Transformaciones —una modernización conservadora, como Chacho llama por ahí, es una buena calificación de lo que sucedió— que efectivamente dio lugar al punto final de un ciclo largo de la vida argentina y al punto de partida de otro. En ese sentido, la presencia de Menem significa un corte con el tipo de sociedad que había comenzado a construirse alrededor de los años treinta, que se ha conservado en los años cuarenta, cincuenta, y sesenta, y que empieza una larga decadencia desde los setenta, pero que nunca había terminado de quebrar. Una sociedad caracterizada por una economía autocrática, protegida, basada en una industrialización sustitutiva de importaciones con fuerte apoyo del Estado. Que a partir de eso había construido también algunos mecanismos de redistribución de los ingresos, construyendo así una suerte de Estado Social que desde los años setenta empieza a entrar en crisis, pero que nunca se había desmantelado en su totalidad. Si alguien sostiene que el golpe de Estado de 1976 fue un simple instrumento para implantar en la Argentina un modelo diferente al anterior, dice la verdad, pero sólo una parte de la verdad. Martínez de Hoz no aplica en profundidad el modelo económico alternativo a ese modelo anterior; de hecho, se siguen nacionalizando empresas, hay un proceso de desindustrialización y nada más; no se privatiza nada. En realidad, el gran

cambio del modelo económico se produce en el gobierno de Menem, en donde efectivamente la Argentina se coloca de esa manera como parte de un proceso general de globalización, que también en esos años tiene su instalación en el mundo.

Ese modelo menemista —que no es solamente un modelo económico, sino que también es un modelo social, cultural e institucional— se agota en un momento determinado; se agota en su capacidad de generar consensos desde arriba, desde el Estado. Se abre la posibilidad de un cambio que va a dar lugar a la oportunidad de aparición de la Alianza. La Alianza quiere aparecer como una forma de alternativa al modelo anterior, no sólo de una pieza que pueda justificar la alternancia en el poder de distintas fórmulas políticas, sino que esa alternancia significa algo así como una alternativa. Ustedes saben que es muy difícil pensar en grandes alternativas históricas, sin pensar en poderes sociales o en bases sociales que las constituyan; por ejemplo, la alternativa que significó el menemismo, no podía haber sido construida sin esa suerte de base social que el menemismo se dio a sí mismo; una especie de alianza que pudo capturar electoralmente a los sectores más pobres de la población con los sectores más ricos, que pudo articular a los sindicatos con el poder trasnacional.

Si nosotros planteamos una alternativa a dicha alianza, de hecho —y esto es un ítem que dejo un poco al margen para ver más adelante— tendríamos que plantear qué base social distinta le íbamos a proponer como estructura de poder a la sociedad, y eso ya nos planteaba un problema. Nos planteaba un problema que derivaba de las dos fuerzas fundamentales que iban a confluir en la Alianza. Una es la UCR, que es un partido centenario, invulnerable a las crisis, de alguna manera; ha pasado por innumerables crisis y siempre ha salido de alguna forma; con enorme extensión territorial, pero con un diálogo nulo con los factores reales de poder en la Argentina; no sólo con los factores de poder real, sino de poder virtual; es decir, no tiene relación con las grandes empresas, no tiene relación con el gran capital trasnacional, no tiene relación con las fuerzas sindicales. Es un partido de ciudadanos que votan, pero no de fuerzas sociales que hacen política todos los días.

El Frepaso no era otra cosa que una especie de desprendimiento celular, nunca logró fragmentar al peronismo, que eso hubiera sido una gran tarea histórica. El Grupo de los 8 aparece con la idea de que en nombre de los valores originarios del peronismo, se proponía confrontar a quienes adulteraban esos valores originarios a favor de un programa conservador-liberal y reconstruir un nuevo peronismo; esa era la idea. Eso no sucedió, y el Frepaso se convirtió en una especie de competidor por el electorado del radicalismo; es decir, dos fuerzas bastante parecidas, sin bases sociales muy firmes ninguno de los dos, que competían por un mismo electorado. Esta situación ya se advirtió en las elecciones de 1995; si uno sumaba los votos

de Bordón con los votos del radicalismo, la elección estaba más o menos empatada. Es decir, mostraba que había una oposición fragmentada en donde una vez parecía que el Frepaso tuviera más, y otras veces podría ser que el radicalismo tuviera más; con el temor para el radicalismo de que la peor parte la iba a llevar él. Era una posición fragmentada que iba a transformar la política argentina en una recurrente historia de triunfos del Partido Justicialista; un poco a la mexicana, por lo menos a la mexicana hasta la última elección. Es decir, un sistema de partido predominante, en donde hay otros partidos, hay juego electoral, hay juego democrático, pero donde siempre gana uno, ya se sabe, porque la oposición está dividida.

Entonces, ese cuadro de situación yo creo que se advirtió, que si se quería ser un partido de alternancia, la división que existía entre el radicalismo y el Frepaso iba a imposibilitarlo por muchísimo tiempo, y que para poder construir un sistema político de alternancia en la Argentina había que aliarse. Ahora, esto nos da como resultado una coalición electoral que en los cálculos que se puedan hacer permite predecir si se van a ganar o a perder las elecciones. Como les decía, ya desde los cálculos de 1995 uno podía suponer que esa coalición electoral no iba a tener demasiados problemas para ganar las elecciones, porque era de calcular un desgaste del régimen de Menem, y luego toda la propia dinámica de esa cosa obscena casi de la reelección, lo iba a cubrir otra vez de oprobio al régimen. Eso iba a generar divisiones en el propio peronismo, como sucedió. Que se iba a minar y erosionar las bases de la hegemonía del poder menemista y que por lo tanto electoralmente no era difícil, para nada difícil, sino que era altamente probable que una coalición de esas fuerzas triunfara, y se demostró en las elecciones de 1997 donde efectivamente esa coalición triunfó. Así se llega a las elecciones presidenciales y hay un triunfo de la Alianza, pero ahora viene el otro problema: cómo, además de una alternancia, consigue una alternativa. Ésa es la pregunta que está implícita en las intervenciones de Chacho y que no tiene respuesta de parte de él, ni esperen ustedes que la tengan de parte mía, porque la verdad que es bastante débil.

Como coalición electoral, más allá de que pudiera o no transformarse en alternativa de poder, eso ya tenía un problema. Problemas referidos a que en la Argentina no existe memoria de coaliciones; el sistema de las coaliciones, en realidad, es un sistema mucho más apto para los regímenes parlamentarios o semipresidencialistas que para los regímenes presidencialistas. Por eso, ustedes verán que en Europa es muy común la formación de coaliciones y que en países de América latina es más difícil; ¿por qué?: porque aquí hay una figura, que es la figura presidencial, que ocupa un lugar demasiado importante en el imaginario de la sociedad y en la ejecución en concreto de las políticas. Teníamos sin embargo una coalición cercana que podía haber servido de ejemplo, pero que lamentablemente no lo fue: es el caso chileno. El caso chileno es el de una coalición bastante parecida

en ciertos elementos ideológicos a lo que puede ser la Alianza en la Argentina. La concertación chilena está formada como ustedes saben por el Partido Socialista y la Democracia Cristiana; es decir, un partido de centro y un partido de centro izquierda. Porque ni el Socialista ni el Frepaso son partidos de izquierda dentro de los términos tradicionales, sino más bien de centro izquierda; de centro, que mira hacia la izquierda. Y el radicalismo es un centro que mira hacia la derecha. Y funciona esa coalición en Chile; funciona porque desde un principio hubo reglas muy claras: se constituye un gobierno, que no es un gobierno de tipo parlamentario, que es un gobierno de tipo presidencialista como el de acá, pero en donde la interacción de los partidos está pautada. Quiero decirles, por ejemplo, que a ningún observador de la vida política chilena contemporánea se le ocurriría pensar que el presidente Lagos o Frei o el actual podría producir, sin consultar con los partidos, una crisis de gabinete como la que finalmente llevó a la renuncia de Álvarez. Esto es impensado en un régimen de coalición al estilo chileno en donde efectivamente, teniendo el presidente el poder que tiene y que le otorga la Constitución, sin embargo se supone que hay una estructura de coalición entre los partidos. Acá, eso no funcionó nunca. Es verdad que los pesos relativos de los partidos en función del gobierno tienen también su influencia sobre esto; ¿qué les quiero decir?: que en términos de cuadros para ocupar los aparatos del Estado es muy probable que socialistas y demócratas cristianos en Chile tengan más o menos la misma proporción, y que esa relación no es la misma entre el Frepaso y el radicalismo. Concretamente, cuando hay que juntar 2.000, 4.000, 5.000 cargos públicos en un país, es muy probable que la proporción de radicales que vaya sea mucho mayor que la de los miembros del Frepaso. Fuera de esto, me parece que hubo una falta de voluntad política para que esta coalición funcionara, es decir, que una vez transformada de coalición electoral en coalición de gobierno ya tenía problemas, mucho más los va a tener cuando quieran devenir siendo coalición de gobierno en una coalición alternativa al gobierno anterior. Ahí, Chacho da una muy realista explicación de todo esto y coincide mucho con los que pensamos que hemos vivido también este fenómeno.

La Alianza había planteado dos objetivos, o se había presentado ante la sociedad con dos propuestas: una era una propuesta más bien vaga de cambios económicos; digo más bien vaga porque se insistía en la discusión del modelo, pero nunca estuvo demasiado claro qué es lo que había que dejar, qué es lo que había que sacar. Algunos elementos de lo que llamábamos el modelo quedaron muy firmes, como por ejemplo el tema de la convertibilidad. Pero se suponía que siendo módica la propuesta económica, sin embargo implicaría alguna preocupación mayor por los problemas o emergencias sociales. La otra propuesta, que podríamos llamar una propuesta republicana o institucional, era para tratar de terminar con lo que

había caracterizado al régimen menemista, tanto como su política económica, que eran los enormes niveles de corrupción institucional que se habían acumulado en ese gobierno. Frente a estas dos promesas, la Alianza, ya gobierno, nunca tuvo políticas firmes.

En lo económico, vaciló permanentemente, constreñida por un pecado de origen, que también enmarca muy bien, el problema de quién puede ser Ministro de Economía en las condiciones actuales de la economía mundial en un país como la Argentina, y que de alguna manera nos lleva a este final con Cavallo.

La Argentina es un país extremadamente vulnerable, y esto tiene que ver con las consecuencias de la globalización en la política argentina. El fenómeno de la globalización es un fenómeno que irrumpe en el mundo, que inunda el mundo en la década del noventa. Tiene una cantidad de condicionantes de tipo económico, de tipo tecnológico, científico-tecnológico, pero también de tipo político. Empieza en la década del noventa porque 1989 es el fin del Imperio Soviético. Es la estructura de un mundo políticamente unipolar. Económicamente unipolar ya casi lo era, porque la propia economía de la Unión Soviética daba tumbos; ésa es una de las razones por la cual entra en colapso. Esto se va a acentuar a partir de dos fenómenos: uno, de tipo económico, que es el pasaje de la hegemonía de una fracción del capital mundial a otra; el pasaje de la hegemonía del capital industrial al capital financiero por un lado. Por el otro lado, la revolución, la transformación científico-tecnológica que permite esta revolución de las comunicaciones, qué más que ser el fin de la historia es el fin de la geografía; es decir, donde ya no parece haber fronteras en los movimientos económico-financieros que se dan entre países con la velocidad del tiempo real. En ese sentido, el mundo atraviesa hoy una etapa de globalización, sobre todo de sus finanzas, como nunca existió. Es verdad que procesos parecidos a los de la globalización han existido en otros momentos; de hecho, el capitalismo como sistema tiende a la globalización, y hubo momentos en donde alcanzó grados de universalización muy altos, como por ejemplo hacia finales del siglo XIX y hasta el fin de la guerra de 1914. Efectivamente, si uno analiza ciertos indicadores como el flujo de mercancías y de producción, va a encontrar indicadores de movimientos de capitales, de personas, etc. Nosotros somos un producto de eso como sociedad. Desde la década del treinta hasta los años setenta, el péndulo giró para otro lado, y entonces aparecen las economías autocentradas; otra vez el refugiarse en políticas interiores proteccionistas, etc. De ese movimiento del péndulo es que va a surgir la Argentina actual, la Argentina moderna. Nosotros vivimos sin embargo fuertemente la primera etapa de la globalización, esa etapa de la globalización del siglo XIX hasta los años veinte del siglo pasado. A nosotros en esa etapa de la globalización nos fue relativamente bien; esa etapa que se inicia con la generación del ochenta y todo

lo que vino después, que es la construcción de la Argentina moderna. Nos ubicamos en los nuevos equilibrios del mundo moderno bastante bien, nosotros, con Canadá, con Australia, con Nueva Zelanda, con Uruguay, con países —a escala cada uno— que se ubicaron en el mercado mundial ofreciendo bienes que eran interesantes para el mercado mundial. En momentos en que en los países centrales se acometía un proceso de industrialización muy acelerado, era necesario bajar los bienes salarios; para bajar los bienes salarios era necesario importar alimentos de países que los produjeran a costos más baratos. La Argentina aprovecha esa situación y se estructura una alianza entre capital extranjero y productores locales. En realidad, la burguesía nacional argentina era la oligarquía terrateniente; ésta es la verdad. Se hace una alianza entre esos sectores locales y el capital extranjero, que invierte en comunicaciones, en puertos, en todo lo que era necesario como infraestructura para esto. Incluso se produce con el tiempo un derrame hacia otros sectores de la población, y la Argentina tiene un momento de crecimiento; era el país de América latina con mayor clase media. Hay una expansión de los sectores medios que tiene que ver con lo que resulta de esta adecuación exitosa a aquel modelo de globalización.

Este actual modelo de globalización, por el contrario, a la Argentina no le deja lugar, o tiene que ingeniarse demasiado para tener algún lugar. La Argentina, en este modelo de globalización, es un país deudor cada vez más deudor. Los bienes que ofrece al mundo no tienen ningún interés. Compiten con los de Estados Unidos que no sólo no necesitan de nuestros granos, sino que más bien hace *dumping* cuando puede, porque tiene también exceso y porque protege a sus agricultores. Y también con estos bienes primarios hay competencia con Europa, que hizo una revolución agrícola y ya no depende de nosotros; por el contrario, subsidia de una manera tremenda a sus propios productores. En relación con esta cuestión de los subsidios agrícolas en Europa, cierta vez mantuve un diálogo con un político socialista progresista de Francia: “Ustedes saben que Francia aplica a la agricultura subsidios monumentales que si nosotros aplicáramos eso a la industria nos matarían”, y este hombre, que es la visión local, lo dijo con toda claridad: “Nosotros hacemos esto porque no queremos tener villas miseria en las orillas de nuestras ciudades”, es decir, la política que ellos hacen es para impedir el éxodo campesino, para mantener equilibrios sociales en su interior. En ese sentido, la Argentina tiene un lugar muy difícil de ubicación dentro del mundo. No aparece como una potencia que pueda transformarse por ejemplo en un enclave exportador al estilo de algunos países del sudeste asiático, cuando en algún momento se pagaban salarios de un dólar por mes. Pese a todo lo que se pueda deprimir el costo de la fuerza de trabajo, hay un nivel histórico que mucho más debajo de eso no se puede ir. Es muy difícil que se transforme en un país competidor desde el punto de vista del costo laboral.

De modo que habrá que imaginar –y esto es una de las tareas– de qué manera uno se puede integrar dentro del mundo actual; qué rubros, qué tipo de productos son los que pueden hacer posible una integración más o menos exitosa de la Argentina. No es una tarea que uno pueda dar por hecha, es algo que efectivamente exige mucha imaginación y mucho estudio. Así defiende esa relación con la globalización, la Argentina hoy es un país deudor. ¿Por qué la Argentina es un país deudor? Porque efectivamente gasta más de lo que recauda; es verdad que hay un problema de fondo que es el déficit fiscal, y de hecho el crecimiento exponencial de la deuda externa en la Argentina ha tenido que ver con el financiamiento del déficit público, la manera de financiar el déficit público, que fue muy grande en la segunda presidencia de Menem.

En esta ecuación se planteó uno de los primeros intentos por resolver la problemática económica por parte de la Alianza, intento que fracasó. Si el problema es éste, si el problema es el déficit fiscal, se planteó primero resolver el tema del agujero fiscal. Esto es verdad, para que la Argentina pueda adquirir cierto nivel de autonomía en el mundo tiene que bajar su nivel de vulnerabilidad externa. No puede ser un país autónomo debiendo tanto; un país que debe lo que debe la Argentina no se puede permitir ciertos gestos arrogantes.

Partiendo de otra idea, que es bueno ponérsela en la cabeza, sería peor que la Argentina no pague la deuda, porque efectivamente, si la Argentina entra en quiebra, entra en default, entra en el no pago de la deuda; las consecuencias pueden ser gravísimas, y no para los sectores más poderosos de la sociedad sino para los sectores más pobres de la sociedad. En esas condiciones se plantea este análisis que dice, bueno, vamos a ver cómo podemos resolver el tema del equilibrio fiscal, y ahí viene toda la llamada política del círculo virtuoso que encara Machinea, que luego de manera más brutal va a encarar López Murphy, y que Cavallo, que empezó diciendo otra cosa, lo está haciendo ahora. La política del círculo virtuoso es: tratemos de acotar en lo posible el déficit fiscal para que a partir de ese orden en nuestras cuentas, nosotros podamos acceder a una consideración que baje el riesgo país. Fijense, a principios del gobierno de De la Rúa se partía de este objetivo; se creía que se iba a conseguir, mediante algunas medidas de ordenamiento fiscal, el llamado “grado de inversión”, que quiere decir que nos prestan unos puntos más que la tasa de Estados Unidos, cosa que creo tiene México y Chile en América latina. ¿Por qué les digo todo esto?: porque, efectivamente, esa política, que enajenó una buena parte del capital simbólico de la Argentina a través del aumento de los impuestos, de la quita de salarios de los estatales, etc., sin embargo, de ninguna manera resolvió el problema. Ahí plantea Chacho Álvarez este tema de hasta qué punto los mercados manejan las políticas locales con esto que llaman la reputación de los economistas. Éste es un tema verdaderamente impor-

tante; cuando la reputación de los economistas está en discusión, todo se hace muy difícil; lo cual no quiere decir la inversa, y ése fue el gran error de Cavallo en esto últimos tiempos: que baste sólo con la reputación de los economistas. Fijense cómo Cavallo manejó esto: como yo tengo alta reputación —y es verdad que la tiene— puedo decir que no me ocupo del déficit fiscal, yo puedo “ningunear” al FMI, yo puedo decir que los “brokers” de Estados Unidos son todos una suerte de imberbes que miran las computadoras, etc., etc., ¿por qué?: porque yo tengo reputación internacional. No le duró mucho esto; tuvo que bajar en buena medida todos estos gestos arrogantes, y finalmente hace un impuestazo que es más alto que el de López Murphy, que hablaba de dos mil millones de dólares, mientras que ahora se plantean cuatro mil millones de dólares. De todas maneras, la capacidad que la Alianza fue generando en el gobierno en términos de todas estas restricciones para ser una política de alternancia, de alternativa, fue cada vez menor. En el término de año y tanto de gobierno de la Alianza, advertimos que no sólo no se tocó ninguna de las características del modelo anterior, sino que muchas de ellas se fueron agravando. No vale la pena que aquí las resuma porque las tenemos delante de nuestros ojos.

Quedaba lo otro, el otro objetivo de ordenamiento institucional y republicano que se había propuesto la Alianza, que era más bien algo más simbólico y menos material. Pero no sólo simbólicamente, porque yo creo que en países como la Argentina las reformas institucionales tienen un valor material muy importante, no sólo de lucha moral contra la impunidad, la corrupción, o lo que fuera, sino también como lucha institucional por instaurar una república que acá ha sido tergiversada por décadas. Estas reformas no hubieran tenido costos económicos tan grandes, era cuestión de decidirse con audacia a romper con una estructura de formación del poder político-institucional en la Argentina que se había aceitado mucho en los años del menemismo, pero que podía romperse; entre otras cosas, porque si había sectores del partido mayoritario de la coalición que estaban cómodos en esa situación de negociación permanente y espuria con el peronismo, había otros sectores que no. Por lo tanto podía establecerse desde el interior de la Alianza una suerte de cruzada política que tuviera una lucha institucional fuerte contra la corrupción, que hubiera atacado el tema de la justicia, que hubiera tomado en serio el tema de la reforma política, que hubiera tomado en serio el tema del Senado, etc. Esto no sucedió, o cuando sucedía algo, inmediatamente se sofocaba de otro lado; aparecían iniciativas que luego no se concretaban en la realidad y este capital inicial también se fue dilapidando.

Llega un momento en que uno también se hace la siguiente pregunta: ¿todo esto sucede porque hay miopía por parte de quienes están encargados de dirigir el proceso político?, puede ser. Evidentemente, para una situación tan difícil como la situación de la Argentina parece que los rasgos

de personalidad del actual Presidente de la República no son los más aconsejables, pero yo creo que el tema no puede agotarse allí. Yo les recordaba recién que tratar de formular una política de alternativa implica tener basamentos sociales fuertes, es decir, una coalición política que quiera ser alternativa, tiene que ser también una gran coalición social, y a mí me da la impresión que por distintas razones en nuestro país, las bases para la construcción de una coalición social, de cambios, de avanzada, progresista, etc., están dificultadas. Pienso, por ejemplo, en el poder social que podrían producir los sindicatos o los trabajadores organizados y lo veo como muy difícil de articular alrededor de una política de cambio en la Argentina. Si yo quiero pensar en algo parecido a una burguesía tipo paulista, no la encuentro en la Argentina. No veo grandes fuerzas sociales que puedan sostener seriamente una coalición ideológica de centro izquierda, o por lo menos no las veo todavía.

Distinto es también ahí el caso chileno, que es una coalición que tiene detrás de sí fuerzas sociales y que tiene por lo menos la capacidad de articular un discurso más o menos coherente, porque tiene una derecha muy clara políticamente enfrentada. Acá, nosotros tenemos una situación —también hace referencia a eso Chacho— de partidos ideológicamente bastante híbridos con un perfil llamado nacional y popular que no quiere decir mucho; se parecen bastante cada uno al otro, pero no tanto para que ese parecido suponga una sinergia que le dé más fuerzas, sino que es un parecido simplemente casi anecdótico. No tenemos un sindicalismo que pueda apuntar a una política de cambios o, por lo menos, no tenemos la facilidad de tener una relación con ese sindicalismo. No tenemos una burguesía; la burguesía argentina ha sido siempre desde sus orígenes una burguesía rentista. Fue en esos momentos de gloria, de fines del siglo XIX, donde la renta diferencial era lo que permitía que la Argentina se integrara de esa manera al mundo; la pampa húmeda tenía una productividad muy alta y por lo tanto se vivía de las rentas de esa riqueza. Siguió siendo rentista en la época del proteccionismo económico de los años treinta, cuarenta, y cincuenta, donde no asumía riesgos, vivía de los subsidios del Estado, vivía de la protección. Y bueno, sigue siendo rentística ya hasta el descaro en esta época del capital financiero. Acá se han producido procesos de extranjerización de nuestras industrias no sólo por venta de los activos estatales, sino por transferencia de los activos privados, es decir, capitalistas nacionales de larga trayectoria en la industria de la alimentación, por ejemplo. Esto fue tremendo, extranjerizaban todos sus bienes para luego comprar caballos de carrera, etc.

Si nosotros nos damos cuenta de que un porcentaje altísimo, no fácilmente cuantificable, de la llamada deuda externa argentina está en manos de argentinos, nos vamos a dar cuenta de cuál es el proceso que se vive en este país. Es decir, ustedes saben que buena parte de la deuda externa ar-

gentina está en manos de argentinos; si este país tuvo un éxodo de capitales que se calcula en alrededor de 150 mil millones de dólares —el monto de la deuda externa argentina más o menos— estamos viendo también de qué hablamos. Hablamos de una burguesía inexistente desde el punto de vista de la posibilidad de transformarse a la manera brasilera en un soporte importante de una política de cambio. Entonces, cuando uno dice ¿por qué se llega a Cavallo?, yo digo, en un cuadro así, la llegada de Cavallo no es lo peor que nos pudo haber pasado; para mí, lo que muestra la idea de Cavallo, y también lo muestra con dificultades, es la imposibilidad o la enorme dificultad de estructurar una coalición de centro izquierda o progresista, o lo que fuera, en la Argentina, sin abrir las puertas para el centro derecha.

Esto, en un régimen de tipo parlamentario, se conserva con más facilidad. Si piensan por ejemplo en Europa, allí se configura una estructura desde el parlamento; en la composición del gabinete ministerial aparecen otras fuerzas. Por ejemplo el caso alemán: el Partido Liberal a veces está con la democracia cristiana y otras con la socialdemocracia; entra y sale de los gobiernos y aparece como un elemento de equilibrio de la vida política en general. En ese sentido, creo que no nos tendríamos que rasgar las vestiduras. Me parece que es como el reconocimiento de que hay ciertas imposibilidades en la política argentina para ciertas políticas en las condiciones actuales. Quiero decir, estamos dando por descontado todo este fenómeno de restricciones que plantea la ubicación de la Argentina en el mundo y su carácter de país vulnerable y deudor. De modo que digo que, en ese sentido, no me plantearía serios problemas. Pero sí me planteo problemas cuando veo que esa recepción que se produce con una figura como la de Cavallo, se da con tan pocos resguardos para la identidad propia de la Alianza, a tal punto que uno puede decir que la Alianza ya no existe, que está absolutamente copada por el fenómeno Cavallo.

Cavallo se permite hoy decir: yo voy a hacer alianza con el Partido Justicialista en la provincia X o alianza con la UCR en la provincia Z, o alianza con el otro partido, etc. Produce una situación completamente desconcertante para la política argentina donde en estos momentos el país parecería tener un régimen semipresidencialista o semiparlamentario —como quisieran verlo— sin serlo en realidad. En donde el presidente de la República es como el presidente de la República italiana, es decir, alguien que va a las conmemoraciones; el primer ministro es el ministro de Economía. Esto está funcionando de hecho y no de derecho. Yo sostengo que esa discusión es constitucional, es una discusión que Alfonsín quiso plantear en 1995 y salió ese híbrido de jefe de Gabinete. Creo que es una discusión que en la Argentina se puede plantear con bastante seriedad en los años que vienen, porque me parece que vamos a una situación política donde no va a haber grandes mayorías, y en donde el mejor lugar de legitimidad para la composición de los

gobiernos puede ser el Parlamento. Y ahí sí los gobiernos de coalición tienen sentido, ahí ya entramos en un camino completamente distinto al de esta hibridez en que hemos entrado: un gobierno de coalición que no es tan gobierno de coalición, una mezcla de régimen presidencialista que no es presidencialista, porque en realidad está gobernado por el ministro de Economía que es un poco el cuadro de la situación actual.

En este contexto, me parece que las actitudes de Álvarez no ayudan, a menos que efectivamente digamos que esto no da para más, mejor que se disuelva y empecemos todo de vuelta con otra cosa. A mí me produce problemas esto de abandonar la partida pero quedándonos a mitad de camino, esto es, si decimos yo me voy, pero el otro se queda, seguimos siendo una coalición, pero éste es un gobierno desastroso. Lo único que generamos es un vacío que el único que puede llenar efectivamente es Cavallo, ¿por qué? Porque tiene más o menos una propuesta económica, porque puede ser que algo mejore la situación —no estoy tan confiado— porque juega fuera de la coalición, juega dentro del Gobierno pero fuera de la coalición política, juega como un líbero y por lo tanto da la sensación de un vaciamiento absoluto que no llega a su fin. Cuando Álvarez dice: “Yo me voy, pero el resto se queda”, la verdad que no entendemos. Entendemos todo lo que él dice, y que yo traté de resumir en sus lineamientos generales como crítica a la Alianza, como críticas a las expectativas que la Alianza generó y que finalmente no cumplió. Pero no lo entendemos cuando él mismo se retira de toda posibilidad de cambio; lo que tácitamente nos está diciendo es que nada de esto es posible, o por lo menos yo no quiero comprometerme en algo que creo que no va a ser posible.

Yo creo, sin embargo, que la Argentina está en vísperas de hechos muy, muy serios. Yo creo que este tema del lavado de dinero y este tema del juicio de las armas ya han adquirido una inercia de funcionamiento tal que puede ser que nosotros estemos en vísperas de un *mani pulite* general. No sé si va a ser posible parar esto que está en marcha, y es muy serio ya que es como colocar en el banquillo una manera de vivir la relación entre política y mercado, entre política y economía en la Argentina de los últimos años, mucha gente puede quedar manchada, es decir que pueden abrirse a partir de esto fenómenos como el del *mani pulite* italiano que pueden terminar en reacomodamientos políticos, transversalidades, en fin, algo que todavía no tenemos demasiado claro. Si lo de Chacho es una forma de tratar de ubicarse dentro de esta posibilidad, bueno, ojalá que esto sea así; implicaría una voluntad de recolocarse dentro de la política. Si no lo es, para mí sería lamentable porque yo creo efectivamente que estamos en vísperas de la posibilidad de que se produzcan cambios, y una figura como la de él sería muy importante que estuviera dentro de esto.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Sobre la persistencia de ciertas prácticas en la cultura política argentina, incluidos la Unión Cívica Radical y el Frepaso.

Respuesta: Si uno toma la cultura política argentina ve que es una cultura bastante mediatizada por el clientelismo, por la idea de que cuando uno entra al Gobierno se tiene que quedar con los cargos públicos; es montar alrededor del aparato del Estado toda una serie de mecanismos de supervivencia de la propia política, y eso es muy fuerte en la UCR, sin ninguna duda. El Frepaso también se nutrió de eso, porque no salió de un pollo, sino que se formó con gente que venía de otros lados; en muchos casos repitió también esas costumbres, por ejemplo, en el manejo de los planes Trabajar. Es decir, que tampoco el Frepaso estuvo libre de esa lacra de constituir a la política en una especie de negocio. Creo que estas prácticas son una lamentable tradición argentina. No obstante, si desde el Estado se postula con fuerza y se promueve una política de cambio, y se coloca eso como un horizonte fundamental, yo creo que se puede cambiar. Me parece que no ha habido voluntad política para cambiarlo; nos hemos acostumbrado a funcionar de una manera y seguimos funcionando de esa manera, sin advertir que acá hay todo un problema, que es el famoso tema del costo de la política. Pienso que al respecto se dicen muchas mentiras y muchos argumentos sobre los cuales hay que tener cuidado. Porque cuando dicen que se gastan 20 mil millones de dólares en la política, entonces dicen: no, no gastamos nada, aquí ponemos a un rey y a un primer ministro y desmantelamos el Estado. No tiene sentido esa discusión, pero es verdad que el financiamiento de la política tiene que ser cambiado, que la relación entre política y economía tiene que ser absolutamente modificada, y que eso no es imposible de hacer. Si se planteara hacer eso, solamente encontraría resistencia en los propios políticos que no quieren el cambio, pero no habría estas enormes restricciones que plantea la economía mundial para cambiar el modelo económico. Si eso no se hace es porque no se quiere, y al no querer hacerlo ocurre lo que está pasando ahora, esa deslegitimación absoluta de la política por parte de la gente, que es además alentada por quienes no quieren que haya política y que encuentran un caldo de cultivo extraordinario en la incapacidad que la corporación política tiene para reformarse, para cambiarse. Todo eso no depende tanto de la tradición de los partidos, sino que depende de que no hay voluntad política. Yo creo que esta es una batalla que Álvarez podría haber seguido dándola desde el Gobierno, porque acá no chocaba con el FMI, acá podía conseguir alianzas con sectores del propio radicalismo, acá podía movilizar a la opinión pública alrededor de este tema. Ésa es una batalla que se dio por pérdida de antemano, y yo creo que ahora sí está perdida; ahora ya nadie

habla sobre el tema, ni de la reforma política de Storani. Hay un proyecto que debe estar en el Senado; imagínense lo que puede pasar ahí. Entonces, otra oportunidad perdida. Sigo creyendo que acá puede haber precipitantes, que esta situación es una situación que no puede durar mucho y que puede haber consecuencias por el lado de estos procesos judiciales. Puede ser que ahí se carguen las pilas y que vean que si no cambian les va a pasar la aplanadora por encima.

Pregunta: Sobre la posibilidad de creación de una nueva coalición política.

Respuesta: Es muy difícil responder sobre esa posibilidad y sobre quiénes serían los protagonistas y en cuánto tiempo. Si vemos este proceso de descomposición que la coalición actual del Gobierno tiene, que la Alianza tiene, vemos también lo que aparece afuera como posibilidad de recambio. Vemos a un peronismo que está absolutamente dividido en dos o tres, con enormes dificultades de recomponer un liderazgo único, que cierta ala del peronismo –la menemista– se ubica a la derecha más derecha como respuesta a los problemas políticos argentinos. Si vemos quiénes aparecen como contestatarios desde la izquierda de la Alianza, ¿qué vemos? Partidos o grupos como los que encarna la diputada Carrió, que creo que cumple un papel importantísimo dentro de este destape general, de este proceso de *mani pulite* que tiene que venir en la Argentina. Respecto a estos grupos, yo los veo hasta ahora –por lo que escucho o lo que dicen– como más apocalípticos que transformadores; no sé qué harían, es decir, que hablan de lo que debe ser destruido pero no de lo que debe ser construido. Si volvemos a pensar en la política como una ecuación que resulta de coaliciones sociales, no sé en qué sectores se apoyarían. Los veo más como un partido de la virtud, como un partido del testimonio, como un partido de la denuncia, pero no como un instrumento que pueda institucionalizar o transformar. Lo mismo pasa con Farinello, con esas formas de expresión que más bien no recogen actores sociales, como yo digo en algún lado, sino a víctimas. Una sociedad cuando no tiene actores y sí tiene víctimas es una sociedad donde es muy difícil pensar en una recomposición. Su pregunta a mí me encuentra con dificultades para responderla. Es muy probable, si yo tengo razón, que se produzcan ciertos acontecimientos que puedan mover muchísimo el tablero y que a partir de allí surjan fórmulas. No veo fórmulas extrainstitucionales. Pero usted me puede decir que puede venir un Chávez; no lo veo, no me parece. Sí puede haber recomposiciones políticas sobre la base de lo que hay actualmente, o puede surgir algo. Pero cuando uno opina desde afuera, no puede predecirlo.

Pregunta: Sobre una más activa participación ciudadana.

Respuesta: El tema es el siguiente, cuando uno se une, se une alrededor de algo: ideas, personas, estructuras u organizaciones. Esta discusión es bastante importante actualmente y tiene que ver con la relación entre la sociedad civil y la política. Acá hay gente que dice por ejemplo: en realidad la política entró en crisis porque no escucha demasiado a la sociedad civil, y yo creo que no es así. Si tuviera que ponerle una frase efectista, diría que casi es al revés: la política está en crisis porque está demasiado a la cola de la sociedad civil. La política, para que tenga sentido, tiene que estar avanzada respecto a la sociedad civil. La política tiene que encarar un proyecto cultural, político e ideológico de avanzada sobre la sociedad civil; tiene que dirigir a la sociedad civil, porque la sociedad civil ¿qué es? Es una masa facciosa corporativa en donde uno piensa una cosa, el otro piensa otra; no es un lugar ideal de reconciliación. Es el lugar de los conflictos, de los intereses, es un lugar fácilmente manipulable, es un lugar donde la opinión pública es lo que los dueños de los medios quieren que sea. Entonces, bienvenido que los políticos tengan un oído sobre lo que piensa la sociedad, que escruten, que escuchen; pero lo importante es que estén un paso adelante. La emergencia de la sociedad civil es lo que en la política italiana de los años cuarenta y cincuenta, se llamaba el "qualunquismo", el *uomo qualunque*; yo soy el hombre del montón, las ideas del hombre del montón son fascistas porque son autoritarias. Desconfiemos del hombre del montón, pensemos más en cómo la sociedad y la política pueden articularse de una manera diferente, pero no creamos en que hay una cosa mesiánica desde la sociedad y una cosa perversa desde la política; sería un error complicado. Creo que la corporación política ha cometido enormes errores y tiene que ser enjuiciada por esos errores, y, sobre todo, por ese error de transformarse en una especie de estamento dentro de la sociedad. Pero la política y los partidos políticos son imprescindibles porque si no se crean otros iguales que repiten los mismo vicios.

Pregunta: Sobre la construcción de una democracia participativa.

Respuesta: Yo creo que uno tiene que plantearse como horizonte el de ampliar los márgenes de participación dentro de la democracia; de eso no cabe duda. Y no sólo dentro de los propios instrumentos de la democracia política, sino en lo que podíamos llamar formas de democracia social, o formas de democracia económica, inclusive. Es decir, propugnar la participación en todo tipo de instituciones, incluso a nivel de empresas, como sucede en algunas sociedades europeas como la sueca; ésa es una forma de ampliación de la democracia que no es para nada contradictoria con la democracia política. Es cierto que en la Argentina parece una gran utopía. Si

nos quedamos en el margen de la democracia política, yo también creo que hay ahí que ampliar los canales de participación, porque si no, lo que tenemos es una democracia puramente electoral; como decía Rousseau, los ingleses se creen que son libres, pero en realidad son libres cada cuatro años nada más, el día que votan, en el intermedio han enajenado absolutamente su libertad a los políticos. Entonces, acá tenemos una situación de democracia en la cual los mercados votan todos los días y los ciudadanos votan cada cuatro años. ¿Cómo podemos hacer para compensar esa distribución asimétrica del poder? Aparecen todo lo que puedan ser formas de la llamada democracia directa: referéndum, iniciativa popular, que están incorporadas en la Constitución. De todas maneras, tenemos que ser realistas frente a esto; la política no forma parte del interés vital de las personas más allá del 10, 15 o 20 %. Esto es un hecho: nadie quiere involucrarse el 100 % en la política ni en la polis, llamémoslo así; tiene problemas en su vida privada, en la cantidad de su ocio, y en una cantidad de cosas que por ahí le da más importancia que a la política. En ese sentido, la idea de la participación total hasta puede ser una idea peligrosa, porque puede resolverse de la manera más simple, la de la política en las plazas, la de la política del plebiscito, la de la política de la aclamación, ahí participan 100.000 personas. Pero ése que está en el balcón tiene más poder que las 100.000 personas que están ahí, es mentira que sea lo mismo. Entonces se produce una política de pseudo participación sobre la base de estos mecanismos de tipo plebiscitario y cesarísticos en ese sentido. De todas maneras, partiendo de una visión relativamente escéptica sobre el interés que la gente tiene por la política, creo que entre ese extremo y el otro de votar y desentenderse, hay caminos intermedios que habría que explorar.

Pregunta: Sobre la representatividad social de la Alianza.

Respuesta: Quiero hacer dos observaciones; una al tema del radicalismo. Es verdad que en él hay sectores empresarios, militares. El radicalismo es un partido que surge antes de la industrialización en la Argentina. El partido que en realidad responde más a las nuevas fuerzas que aparecen en la Argentina después de la gran crisis de 1930 y de la reconstrucción de la sociedad argentina, es el peronismo; de eso no cabe ninguna duda. Porque el peronismo aparece como una coalición entre un sector del Ejército, un sector del Estado, de la burocracia, de la burguesía nacional, y el gran ingrediente del peronismo que es la movilización de masas. Todos elementos que tienen que ver con el desarrollo argentino posterior a la crisis de 1930. En ese sentido, incluso hasta en su mentalidad corporativa y no ciudadana, el peronismo es mucho más apto para el diálogo con los sectores, porque efectivamente concibe la política como una forma de organización de la comunidad a partir de su segmentación corporativa. Eso no lo tiene el radica-

lismo, aunque tenga un gran empresario por ahí, o algún otro por allá; cuando el radicalismo tiene que hablar con la Sociedad Rural, con la Unión Industrial, con las Fuerzas Armadas, o tiene que hablar con los empresarios internacionales, tiene más dificultades que el peronismo, siendo que el peronismo aparece históricamente como un partido retóricamente más popular. Me parece que en ese sentido el radicalismo sigue con esa falencia; se vio clarísimo en la época de Alfonsín y no creo que lo haya superado.

La segunda cuestión tiene que ver con la cuestión organizativa. Efectivamente, no se puede pensar ahora en estructuras organizativas como las que se pensaban en la economía del trabajo, en la economía de la sociedad industrial; ya no existen grandes sindicatos. Esto es precisamente lo que plantea uno de los problemas, la dificultad de la constitución, ya que no existen fuerzas *a priori* que uno pueda imaginar como base social constituida para determinado proceso. Ahora es imposible interpelar a una nueva voluntad colectiva nacional popular, como diría Gramsci; yo no creo que sea imposible, pero lo que sucede es que es más difícil. Si sus socios para una empresa política pasan de ser actores a ser víctimas, es muy difícil construir políticas ahí, es muy difícil construir políticas de largo aliento con los desocupados, los desarraigados, es muy difícil. Los sindicatos preexistentes tuvieron un peso enorme, más allá del 17 de octubre de 1945, ya que los dirigentes y las estructuras sindicales venían de los años treinta; es un buen ejemplo de que se trataba de actores sociales activos.

Pregunta: Sobre la alternativa de fortalecimiento del Frepaso sin Alianza.

Respuesta: Si el Frepaso hubiera seguido trabajando lentamente sin estar presionado por las urgencias de la clase media que quería ganar las elecciones, podría haber hecho un camino de tercera fuerza, que pasara a ser segunda, que pasara a ser primera; es decir, que rompiera el bipartidismo. Bueno, pero ese supuesto es muy entusiasta porque supone que efectivamente iba a pasar eso, porque supone que efectivamente con un trabajo lento, metódico y permanente el Frepaso se iba a transformar en una fuerza de alternativa frente al radicalismo y al peronismo. Eso es una apuesta tan a ciegas como la de que en realidad es mejor constituir esa fuerza aprovechando una coalición en el poder. Uno dice ahora: este camino fracasó —porque se sabe que fracasó—, pero en el momento de tomar ese camino tenía tantas perspectivas de no fracasar como el otro. En realidad, acá los terceros partidos desde hace muchísimo tiempo han sido absolutamente deglutidos y subsumidos; es decir, ni siquiera tenemos experiencia acumulada que diga que esto es algo que pueda tener andamiaje. Entonces me parece que la apuesta que hizo Álvarez y que hizo Alfonsín, que en realidad son los que hicieron la coalición —ésa es la verdad—, era una apuesta correcta, en el sentido de que hay una posibilidad rápida de constituir una

coalición electoral, esto es seguro, y esa coalición puede ser ganadora. Bueno, hagamos la apuesta de ver si podemos hacer de una coalición electoral ganadora, una coalición de gobierno alternativa. No nos fue bien, por lo menos hasta ahora, pero no estoy seguro de que la otra apuesta hubiera sido mejor. Además es muy difícil escribir la historia de las cosas que no fueron, es casi imposible. De todas maneras, nada me dice que eso hubiera tenido un resultado mejor, salvo para las conciencias individuales de quienes formaron la fuerza.

Pregunta: Sobre las limitaciones del Presidente respecto al proyecto de la Alianza.

Respuesta: Nosotros tenemos tanta mala suerte que hacemos una coalición de centro izquierda, cuando el partido más importante de la coalición tiene su jefe de centro derecha, o de derecha. En realidad, esta coalición debería haber sido hecha con Alfonsín. El jefe del radicalismo es Alfonsín, de eso no me cabe ninguna duda. Lo que pasa es que ser presidente de la República en este país otorga muchos poderes, aun cuando esos poderes, como decíamos recién, están tan vaciados ahora que pareciera que fuera un presidente de una república parlamentaria, con un primer ministro que es el ministro de Economía; de todas maneras, eso otorga poderes. ¿Qué va a pasar? Hay varios tests a cumplir: uno es qué pasa con estas investigaciones, pero lo otro es qué es lo que va a pasar con las elecciones de octubre. Uno ya se imagina lo que va a pasar, pero me refiero a cuáles van a ser las consecuencias políticas. Yo creo que sin duda va a tener consecuencias políticas. Perdiendo las elecciones la Alianza, ahí puede haber fraccionamientos, puede haber transversalidades, puede haber una gran cantidad de fenómenos políticos abiertos. Puede haber enormes críticas a De la Rúa, puede haber movimientos internos contra la marcha general del Gobierno. Cuando los políticos pierden una elección es como algo muy importante. Yo creo que eso puede producir movimientos fuertes, incluida la situación de Cavallo; es un cuadro muy complicado el de la Argentina de hoy. Muy complicado porque tenemos todo lo que tenemos en la economía, tenemos todos estos temas de corrupción que están en la puerta de la investigación, tenemos una enorme deslegitimación de la política, tenemos a la vez un cuadro político absolutamente confuso, ya no solo deslegitimado sino confuso. Entonces no sé; yo no creo que venga un golpe militar, porque no hay militares que quieran hacer un golpe.

Pregunta: Sobre las consecuencias internas de la globalización.

Respuesta: Lo que ha traído este fin de siglo es la derrota histórica de un proceso de búsqueda de alternativas a la hegemonía del capitalismo a

escala mundial. Acá hubo durante un siglo o mitad de un siglo una **lucha** entre dos concepciones de la mundialización; una ganó y otra perdió. **Entonces**, se recompuso el mundo de determinada manera; no para la **eternidad** de los tiempos, pero hoy, en esa recomposición de determinada manera, todo lo que llamamos cultura de izquierda se sepultó. Se sepultó con sus valores y se sepultó con sus actores; acá y en el mundo. Lo que **aparece** como más audaz, algo que ya ni se menciona, es la tercera vía. Ya no **existe** ni la tercera vía como ingrediente retórico; hace un año todos **hablábamos** de la tercera vía, ahora nadie habla de la tercera vía. **En fin, ésta es la realidad** del mundo en que nos toca vivir. ¿Cómo pensar en estas condiciones formas de recomposición? Bueno, son complicadas.

VI

LA REFORMA POLÍTICA EN LA ARGENTINA: ANTECEDENTES Y PERSPECTIVAS

MARCELO ESCOLAR

17 de mayo de 2001

El problema de la reforma política es indudablemente un problema político, pero no es un problema técnico ni es un problema teórico. Está vinculado a cuestiones técnicas y a cuestiones teóricas, pero es un problema político. En la medida en que es un problema político que afecta directamente a las reglas del juego político, indudablemente es complicado.

Voy a partir de dos cuestiones. Primero, cómo está instalado en la agenda política y, asimismo, mediáticamente. En la agenda política se ha instalado en la actualidad, y de eso no hay ninguna duda; no solamente desde el oficialismo, sino desde la oposición. Y está instalado con relación a un aspecto indirectamente vinculado a la reforma política. No a la reforma política en sí, no a la reforma de las instituciones políticas, sino que está vinculado a la reforma del financiamiento de la política, que indudablemente involucra a las instituciones políticas. Y cuando hablo de instituciones políticas lo hago en un sentido muy amplio; no hablo solamente de instituciones de gobierno y administración, sino de todos aquellos procesos políticos, que, entre otras cosas, por ejemplo, permiten determinar quiénes son las autoridades políticas, quiénes son los representantes, etc. Ésta es una perspectiva desde la cual casi exclusivamente el tema se encuentra instalado en la agenda política.

La otra perspectiva tiene que ver directamente con las consecuencias que la reforma política, o quizá, menos pretenciosamente, el cambio institucional político, tiene que ver, por ejemplo, con la calidad de las instituciones democráticas y con la calidad de la democracia. Éste no es, necesariamente, el tema al cual se vincula lo que en la agenda política y en los espacios mediáticos circula como reforma política. Y llama la atención,

porque estamos hablando de una reforma, de un conjunto de procesos ligados a la democracia o constitutivos de la democracia, de las instituciones democráticas, sin hablar justamente del impacto que su transformación tendría sobre ellas mismas. Digo esto porque me parece que alguien podría pensar, no quiero que se lea ningún dejo de ironía en lo que estoy planteando, que se está hablando de la reforma política de una manera muy política, con el propósito de apropiarse de la temática que está instalada mediáticamente, no con el propósito de resolver algunos de los problemas que parecerían estar vinculados, por ejemplo, a la reforma política; uno de ellos, el que tiene que ver con una mejor asignación de los recursos públicos vinculados al financiamiento de la política, por poner un caso. Si bien se está hablando de una transformación que permitiría una mejor asignación de los recursos públicos en este rubro, parecería ser que, en realidad, lo que se busca no es eso, sino que parezca que hay una transformación para que en realidad no se transforme nada; esto también es un hecho político. Es complicado hablar sobre esta cuestión porque no sabemos en ningún momento si estamos hablando de hechos políticos, políticamente, o de hechos políticos de manera técnica. Yo no creo que se pueda hablar de hechos políticos de manera exclusivamente técnica. Mucho menos cuando uno tiene responsabilidades de transformación ligadas a las instituciones políticas, que, en general, en la democracia representativa, se ligan al Gobierno. Es difícil que alguien lleve adelante una reforma política por afuera del sistema político. Me parece que éste es otro tema a tener en cuenta. En ese sentido, yo actualmente me desempeño como Coordinador General del Programa de Reforma Política de la Ciudad de Buenos Aires. O sea, que mi posición no es absolutamente neutral; tengo un cargo ejecutivo ligado a este tema. Por lo tanto, las opiniones que yo voy a verter van a estar teñidas por esta situación. Lo que quiero aclarar es que, por otro lado, lo que yo hoy aquí voy a presentar no involucra necesariamente la posición del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. No vengo como político sino que vengo como académico.

Conjuntamente con Franco Castiglioni habíamos trabajado con anterioridad, él como coordinador y yo como subcoordinador, en el Programa de Reforma Política que dependía de la vicepresidencia de la Nación y que se articulaba con un grupo que se ocupaba de desarrollar el mismo tema en el Ministerio del Interior en la época en que estaba Federico Storani. Justamente, de las actividades conjuntas de ambos grupos es que salieron los proyectos de ley que hoy día se están discutiendo en el Senado. Dicho esto, pasaría a plantear qué es lo que, por lo menos desde mi perspectiva en gran medida compartida por Franco, significa la reforma política a la luz de las necesidades de las instituciones políticas argentinas.

Cuando nosotros planteábamos una agenda de reforma política, nos vinculábamos básicamente a la calidad de la representación, a transparen-

tar el financiamiento de la actividad política en general y particularmente de las campañas electorales, en la medida que esto impactaba también en la calidad de la representación. Y, alrededor de estas dos cuestiones, aparecían una serie de aspectos conexos, como ser, por ejemplo, cuestiones procedimentales como el Código Electoral. Por supuesto que esto se daba en un contexto dado; por ejemplo, la mejoría en la calidad de la representación involucra directamente la reforma del sistema electoral. Y esto se vinculaba también a un estado de ánimo, yo diría sobre todo de los medios más que de la opinión pública; me estoy refiriendo al *slogan* o a la metáfora de la lista sábana. En este sentido, la falta de personalización de las candidaturas, algo producido por la lista sábana, una lista plurinomial bloqueada, estaría reduciendo la calidad de los representantes en la medida que, por un lado, haría muy difícil la identificación de los votantes respecto a los candidatos que votaban, ya que en una lista plurinomial muy grande, difícilmente quien votase conocería más allá del primero o del segundo cargo de la lista. Y en el sentido contrario, una vez electos, la posibilidad de controlar o la posibilidad de influenciar sobre los candidatos, también sería muy baja ya que al ser desconocidos originalmente y al no haber sido votados de manera personalizada, difícilmente podría vincularse electorado y candidato electo. Todo esto que parece muy razonable es lo que yo voy a intentar mostrarles a continuación. El problema supone una cantidad de cuestiones. ¿Por qué digo que supone una cantidad de cuestiones? Porque al priorizar un determinado aspecto, indudablemente en la caracterización de ese aspecto hay una cantidad de suposiciones. Por ejemplo, la más elemental de todas y en relación con esto que les acabo de plantear de la lista sábana. Cuando uno habla de sistema electoral nacional, está hablando del sistema electoral de todo el país. Ustedes saben que el sistema electoral nacional para categorías legislativas, en este caso de la Cámara Baja, se organiza de la siguiente manera. Cada uno de los distritos elige un número determinado de diputados que constituye la magnitud total de diputados que hay por distrito provincial, que en realidad son electos por mitades, que es la magnitud efectiva. Esto hace que, en realidad, de las veinticuatro provincias, si consideramos también a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, nueve provincias elijan en una ronda electoral dos diputados y en la otra ronda electoral, tres diputados. Obviamente, dos y tres no es lista sábana, salvo que sea una pequeña funda de un bebé. O sea, que en nueve provincias para la elección de diputados hay claramente personalización de la candidatura. Pero si nosotros sumamos seis provincias más, estamos en provincias de seis, o sea, tres y tres. Para no seguir con la ejemplificación, si uno llegase a aquellas provincias donde hay lista sábana, entre comillas, nos encontraríamos con que básicamente estas provincias son Buenos Aires, donde se eligen treinta y cinco diputados, Córdoba, Santa Fe y quizás, ahí muy cercano, Mendoza, donde se están eli-

giendo diez, once, doce, trece diputados; el resto del país no tiene lista sábana, que termina siendo un problema de la región pampeana. Esto, en referencia al sistema electoral y siempre pensando aquello que podría reformarse desde una reforma política nacional.

Ahora bien, el régimen político argentino es federal. No es lo mismo plantear una reforma política en la República de Chile, o en la República Oriental del Uruguay, que plantear una reforma política en la República Argentina o en la República Federativa de Brasil, justamente porque son federales ¿Y esto qué significa? Significa que en realidad este hecho, el hecho de que la Argentina sea una república federal, es un hecho que está bastante descuidado dentro de la discusión al respecto de la situación de las instituciones políticas democráticas en el país. Y me estoy refiriendo concretamente a la diversidad político institucional que caracteriza al federalismo argentino. Esto que les estoy planteando no estaba en la agenda original. Es en todo caso el resultado de aquello que efectivamente impactaba sobre la situación política argentina y las instituciones, que no podía ser de ninguna manera gestionado a nivel nacional y que apareció en la medida que desarrollábamos el Programa de Reforma Política. ¿Qué quiere decir? La Argentina es el único estado federal del mundo que a nivel del sistema electoral de las unidades constituyentes, en nuestro caso provincias y Ciudad Autónoma de Buenos Aires, cada una de ellas cuenta con regímenes electorales, no solamente sistemas electorales, sino la totalidad del régimen electoral, incluyendo aspectos sistemáticos como la confección del padrón, absolutamente distintos; en la Argentina hay veinticuatro sistemas electorales provinciales. Hay sistemas mayoritarios, hay sistemas proporcionales, hay sistemas mayoritarios, que, a su vez, a través de procedimientos vinculados a la forma de organización de la lista, terminan distribuyendo faccionalmente los votos, como el caso de la Ley de Lemas, etc. A lo que se suma que si nosotros incorporamos el tercer nivel de gobierno federal en la Argentina, aun cuando no sean unidades constitutivas, los municipios, nos encontramos con que además de que contamos con veinticuatro regímenes municipales distintos, puede existir diversidad de regímenes electorales por municipio en el caso de varias provincias.

Todo esto puede parecer una diatriba con relación a cuestiones institucionales o formales, y también lo pongo entre comillas, que poco tiene que ver con el proceso de toma de decisiones políticas o con la selección de los candidatos, o cómo realmente se procesa la política. Porque, además, poco importa cuáles son las condiciones en la periferia, digo, más allá del área pampeana o del centro en la Argentina, porque en última instancia todo se decide en el centro; las elecciones presidenciales se deciden en el centro y lo demás es un problema absolutamente de acompañamiento. Sin entrar en un debate centralista, parecería ser que esto es un diagnóstico bastante errado ¿Por qué estoy hablando de esto en relación con la reforma políti-

ca? Porque parecería ser que en realidad este imaginario, algo que yo podría llamar la ilusión unitaria en la política argentina, dista bastante de la situación real de la política en la Argentina. Miren ustedes este aspecto, que quizás esté directamente vinculado a la necesidad de reforma política.

En la reforma constitucional de 1994, generalmente abordada fuera de los ámbitos legales en el campo constitucionalista, el *issue* central con el cual la identificamos es la reelección; y sin embargo, la reelección constituye el aspecto más pasajero, más coyuntural de la reforma de 1994. Una vez pasada la primera reelección, que era justamente la más cuestionable, difícilmente hoy alguien cuestione la posibilidad de reelección por una vez del presidente de la nación desde el punto de vista institucional. Una cosa era la coyuntura, otra cosa, lo que estructuralmente quedó en el régimen federal. El resto de las reformas dentro de la Constitución, o las principales reformas de la Constitución, se vinculan a reformas de tipo regimental federal. ¿Qué es lo que se cambia? Yo creo que hay algunos aspectos que son muy significativos. Lo primero que se cambia es la elección indirecta del presidente. Al cambiarse la elección indirecta del presidente, lo cual supone una reforma política de magnitud en la Argentina, lo que se está haciendo en realidad es reforzar la elección del presidente en el marco de la ilusión unitaria, que obviamente se concretiza como tal, el presidente se elige en el conurbano bonaerense. Al haber elección directa, el mínimo sesgo preexistente que beneficiaba a la periferia desaparece, se consolida la elección presidencial en el conurbano bonaerense. De ahí que un partido que no obtenga un caudal de votos significativo en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, difícilmente pueda recuperar esa diferencia en la periferia. En cuanto a qué partidos son, eso lo dejo a la conclusión de ustedes. Ése es un punto central.

Sin embargo, se mantiene una diferencia, o sea, una desigualdad en la representación en la Cámara Baja —cuyo origen se encuentra en una norma de un período militar anterior— que beneficia a la periferia, siendo la Cámara Baja en regímenes federales, la cámara de representación ciudadana. Norma que, por otro lado, es inconstitucional, como también es inconstitucional, por ejemplo, la fórmula de aplicación en el sistema electoral nacional. De todas maneras, los elementos paraconstitucionales que se aceptan como tales constituyen un hecho en sí mismo y nadie dudaría hoy en hacer, por ejemplo, un recurso de inconstitucionalidad porque la fórmula es inconstitucional. También lo era la lista incompleta, si vamos al caso, de la Ley Saenz Peña, y sin embargo, debate mediante, se la aplicó en la organización y la selección de los candidatos y la representación política en la Argentina durante bastantes años.

El punto es que, además de esto, de mantener la diferencia, se modifica el número de integrantes de la Cámara Alta, que pasa de dos a tres por provincia, dos por la mayoría y uno por la minoría. Si uno hace el análisis

de las coyunturas que llevaron a la negociación entre los partidos políticos mayoritarios del momento, aparte de hacer el acuerdo que posibilita la reforma, lo que se observa es, que en realidad, el problema no estaba en el régimen nacional, el problema estaba en los regímenes provinciales. ¿Qué quiero decir con esto? Las condiciones que se sucedían en cada una de las legislaturas, en función de cada uno de los sistemas electorales provinciales, producía relaciones de fuerza entre el primer partido y los segundos partidos, a partir de las cuales se negociaba si era un solo senador para la mayoría, o un senador para la mayoría y otro para el tercer partido, o para el segundo partido, o los dos para la mayoría. Pero esto, dependía de las condiciones del sistema político provincial, no del nacional. Uno podría relatar y debería hacerlo, provincia por provincia, cuáles eran las características que fueron llevando a que en 1994 se llegara a este acuerdo. Podría sostenerse que era mejor garantizar la representación de una minoría por todas las provincias y aumentar con un premio de mayoría fija la representación mayoritaria. ¿Qué quiero decir? En un sistema binominal, como era anteriormente, cabía la posibilidad, de acuerdo con el sistema electoral provincial y las normas provinciales, que la minoría obtuviese un premio de representación, habida cuenta de que teniendo menos representación que la mayoría, obtenía la misma cantidad de senadores. En la situación actual, estructuralmente esto no es más así. La mayoría obtiene el doble de representación que la minoría, pero la minoría garantiza la representación. Normalmente, éstas son las verdades de los procesos de reforma política; después tenemos que encontrar la forma de justificarlo técnicamente. Pero el debate no se da técnicamente, el debate se da políticamente.

Lo cierto es que con una cámara alta ampliada, el famoso problema de obtener los dos tercios en la Cámara Alta, para poder dominar la política legislativa argentina, se constituye en una situación relativamente fácil, si existe de hecho en la periferia un partido mejor implantado que otro; aun cuando el sistema sea bipartidista. A lo que se suma que si ese partido implantado en la periferia obtiene gran parte de sus diputados en la periferia, como el sistema electoral nacional para la Cámara de Diputados en la periferia funciona de manera mayoritaria y en el centro funciona de manera proporcional, nuevamente obtiene un premio de mayoría en la periferia también en la Cámara Baja. Ahora, ¿cuál es la contradicción? Que el presidente no se elige en la periferia sino en el centro. Tomé este *issue* porque es un *issue* claramente de diseño constitucional federal y de ingeniería institucional federal, justamente porque no es un ítem menor. El presidente es electo fundamentalmente en el centro y la mayoría de ambas cámaras es electa en la periferia. El centro es lo que antes había caracterizado como región pampeana, las provincias que tienen la mayor cantidad de población. Y como la elección del presidente es directa, por lo tanto, la determinación en la elección del presidente es donde hay mayor cantidad de votos.

Lo cual no se refleja en la elección de diputados, y mucho menos en la elección de senadores. Para la elección de senadores, el 20% de la población argentina elige el 80% de los senadores. Es la Cámara Alta más desigual del mundo; supera a la que le sigue, que es la brasileña, y a la que le sigue a ésta, que es la norteamericana. En la Cámara Baja, esta desigualdad también se mantiene en menor medida. Ese mismo 20% tiene el 49,2% de los escaños en la Cámara Baja. El sistema decisorio entre ambas cámaras en la Argentina privilegia a la cámara de origen, sistema único en la decisión intercameral en cualquier régimen bicameral. Generalmente, es la cámara revisora la que tiene la prioridad decisiva. En el caso argentino, es la cámara de origen. Por lo tanto, quien tiene los dos tercios en el Senado domina el Parlamento, según el sistema del régimen constitucional argentino.

Todo esto se vincula a las instituciones políticas, pero que yo sepa, no está en la agenda de la reforma política. Lo planteo, no por un problema de si están menos o más representados el centro y la periferia, sino por un problema de gobernabilidad. Esto es estructuralmente ingobernable en ciertas condiciones y en otras, no. Probablemente, cuando uno define *issues* en reforma política, debería primeramente tener un diagnóstico al respecto de estas cuestiones. Quiere decir, entonces, que probablemente el tema de la lista sábana –después de haberles planteado este ejemplo, podríamos haber buscado otro– no parece ser el problema más acuciante de la reforma política. No por eso descarto el tema de la falta de representatividad de los candidatos y de los electos. No estoy descartando ese tema como un tema prioritario de la reforma política. Pero la reforma política no solamente se vincula a la transparencia, no solamente se vincula a la calidad de la representación, también se vincula al funcionamiento del sistema democrático, entre otras cosas, a la gobernabilidad del sistema. Y todo esto va junto.

Si también nos refiriésemos al sistema electoral, deberíamos pensar en una reforma del sistema electoral que apuntase, no ya solamente a la personalización de las candidaturas, sino a la homogeneización del sistema electoral a nivel de todo el país. ¿Qué quiero decir? En la Argentina hay sistemas electorales que producen efectos mayoritarios y efectos proporcionales. Por lo tanto, la política en ciertas provincias está vinculada a estas condiciones. Hay provincias donde no hay posibilidad de que exista un tercer partido parlamentario. Pero no es una provincia, no son dos o tres estados, como puede ser en el caso de Estados Unidos, o diez sobre un total de cincuenta, es más de la mitad. El sistema nacional electoral es semimayoritario en la Argentina, no es proporcional, aunque la fórmula sea proporcional. Esto quizás sea excesivamente técnico, pero podría describirlo de la siguiente manera para aquellos que no conocen de sistemas electorales. Los sistemas electorales tienen varios componentes. Uno de los

componentes es qué cantidad de diputados se eligen en una unidad electoral, o sea, para una cantidad de electores, en nuestro caso son las provincias las unidades electorales, qué cantidad de diputados disponibles hay. Obviamente, es mucho más difícil repartir proporcionalmente cuando hay menos lugares que cuando hay más. Yo puedo tener una fórmula de distribución muy proporcional, pero si tengo treinta y ocho opiniones y tres lugares va a ser desproporcional. Ahora, si yo tengo treinta y ocho opiniones y treinta y cinco lugares, aun usando la misma fórmula va a ser más proporcional. Por lo tanto, sólo va a ser proporcional donde haya muchos lugares para repartir. Donde hay pocos lugares para repartir, la proporcionalidad se vuelve un "engaño pichanga". A eso me estoy refiriendo; y en la Argentina, esto es así. Con el aliciente de que además una fórmula proporcional, que permite transformar votos en número de bancas, tiene un efecto aún más mayoritario cuando se aplica en pocas cantidades de lugares que cuando se aplica en grandes cantidades de lugares. Con lo cual, es todavía más mayoritario aún. Quiero decir con todo esto que no es extraño entonces que ciertas fuerzas políticas, las terceras fuerzas políticas, surjan en la Argentina en ciertos lugares, lo cual no se debe solamente a condiciones socioeconómicas en esos lugares, sino también, no digo totalmente, pero por lo menos parcialmente, a las características de la regulación de una de las instituciones democráticas básicas como es el sistema electoral, que determina quiénes son los representantes.

Ahora bien, cambiar el sistema electoral en la Argentina puede significar una reforma constitucional o puede significar una ley nueva electoral. Hay varias cosas que se pueden hacer sin necesidad de hacer una reforma constitucional. Y hay otras cuestiones que, indudablemente, no se pueden hacer sin una reforma constitucional, digo, para hacerlas bien. Lo que no se puede hacer sin una reforma constitucional es lo que plantee primero. No se puede modificar el régimen hiperpresidencialista argentino, con esta desigualdad en el origen de la representación, para un poder y otro poder, sin una reforma constitucional que vaya hacia otro tipo de regimentación, ya sea semipresidencialismo, semiparlamentarismo u otra alternativa. Otra alternativa es reformar el origen de la desigualdad; eso es más fácil, pero tiene un solo problema: que quienes votarían eso son los mismos productos de esta desigualdad. Por lo cual, creo que es poco factible que voten contra sí mismos.

Aquí llegamos, entonces, a las condiciones de realidad de cualquier reforma política. Nosotros estábamos en contra de que esto fuera enviado al Senado, más allá de que el Senado podía bloquear cualquier reforma política. Pero enviarla al Senado, en nuestra idea, era simplemente poner la reforma política a disposición de un conjunto de provincias que no eran las que tenían el problema que se iba a debatir en la reforma política. Para decirlo de la manera más directa posible, aquello que se estaba tratando de

reformar, en muchos aspectos, era un problema porteño, era un problema bonaerense, era un problema cordobés, era un problema santafecino. Sin embargo, iba a ser discutido, en un ochenta por ciento, por personas que no eran ni de Santa Fe, ni de Buenos Aires, ni de la Capital Federal, ni de Córdoba. No hay un problema de discriminación sino un problema real. Y, por supuesto, la situación en el Senado es la que ustedes conocen; no se pudo discutir porque no hubo *quorum*. Y, además, la discusión también tuvo un perfil corporativo bastante alto. ¿Cuál es ese perfil corporativo? Y aquí pasaría a la segunda parte del tema de reforma política, que es el que está en los medios. Que es el que tiene que ver con el financiamiento de la política.

Parece ser que hay dos tipos de estadísticas actualmente en la Argentina. Quienes dicen que la política cuesta 2.000 millones de pesos y quienes dicen que la política cuesta 20.000 millones de pesos. O alguien se equivocó con el lápiz o usamos calculadoras distintas. No se puede discutir entre 20.000 y 2.000, hay algo que no funciona; parece que ciertamente se están midiendo cosas distintas. Por ejemplo, si ajustar los gastos de la política significa bajarle el salario a los diputados y al personal superior, o sea, a los ministros, los subsecretarios, secretarios, etc., en las provincias y en el gobierno nacional, bueno, seguramente nunca vamos a poder ajustar mucho más que esos 2.000 millones. Si a eso le sumamos el conjunto de las instituciones políticas argentinas, o sea, vamos al tercer nivel político argentino, el tercer orden del Estado argentino, que sería el municipal, es imposible hacer un cálculo efectivo. Esto lo digo quizá porque hace muchos años que me dedico a calcular este tipo de cosas. No hay forma de calcular exactamente cuál es el gasto político del Concejo Deliberante municipal o de los cuerpos colegiados semiejecutivos en todo el país, porque no tienen, generalmente, un monto uniforme. Hay desde concejos deliberantes que son *ad honorem*, hasta concejos deliberantes que están cobrando 7.500 pesos. Lo que ustedes quieran, a lo largo de todo el país. Para poder tener un cálculo, habría que saber, municipio por municipio, cuánto es lo que cobran. Por lo tanto, los cálculos hechos para los 20.000 millones están hechos a partir de generalizaciones. No estoy diciendo que no ande por eso, probablemente sea mucho más que 20.000. Porque cuando se está calculando 20.000, básicamente se está pensando en las instituciones legislativas del país. A esto habría que sumarle los gastos del Poder Judicial—sabiendo, por otro lado, que el Poder Judicial de la Argentina no es electo de manera autónoma, sino que depende de decisiones políticas del Ejecutivo y del Legislativo— y el gasto político, que es el fundamental, en el Poder Ejecutivo. Salvo que normalmente las plantas de gabinetes y las plantas de personal contratado no sean gasto político. Con lo cual, el gasto político, y cuando estoy diciendo el gasto político, no lo digo de manera peyorativa, sino que estoy diciendo el gasto que está vinculado directamente a de-

cisiones políticas en cada una de las unidades de gobierno del país, para cada uno de los tres órdenes federados. O sea, el gasto que depende de las decisiones políticas, no el gasto que se vincula a la planta de personal, que, indudablemente, también, históricamente, tiene que ver con decisiones políticas, pero que goza de un conjunto de derechos independientemente de las decisiones políticas de quienes se eligen en un determinado momento. A eso se está haciendo referencia cuando se habla de gasto y puede parecer abrumador. En la situación de crisis argentina, decir que el gasto político son veinte mil millones o decir que son cincuenta mil millones, para cualquier ciudadano puede parecer algo desmesurado. Para cualquier ciudadano que gana doscientos pesos por mes, esto es algo desmesurado. Lo que también resulta desmesurado es no plantear que el gasto político se vincula, entre otras cosas, al funcionamiento de la democracia en la Argentina. Salvo que la democracia pueda ser *ad honorem*, meritocrática y exclusivamente ligada a aquellos que pueden hacer de manera absolutamente desprendida actividad política, sin necesitar un ingreso para poder llevarla adelante. Si nosotros abordamos el problema de la reforma política desde el punto de vista exclusivamente del costo de la política, como si la política, en realidad, fuera una especie de aditamento que hay que soportar para que funcione el sistema democrático, creo que la perspectiva es bastante equivocada. Salvo que una democracia pueda funcionar sin políticos, cosa también poco probable.

Ahora bien, ¿cómo se vincula el financiamiento político con la calidad de la representación y las condiciones del régimen federal argentino, para mezclar las tres cosas que estuve planteando hasta ahora? A mayor opacidad de la representación, a mayor diversificación del régimen y mayor manipulación institucional, mayores posibilidades de que el financiamiento político, de lo que podría yo llamar los gastos corrientes de la política —no los extraordinarios, es decir, los gastos de campaña, los gastos cotidianos, los gastos de aparato, los gastos que permiten mantener un *staff* técnico más allá de los avatares electorales— puedan desarrollarse de manera descontrolada. Si yo tengo más espacios político institucionales, esto es característico de un régimen federal, vinculado a una pulverización de las situaciones de representación, tengo mayores posibilidades de aumentar el gasto político. Esto, visto desde una perspectiva.

Desde otra perspectiva, en un régimen federal, la mayor dispersión de las situaciones de representación, aumenta, justamente, la representación. En un gobierno unitario, uno no tiene distintas arenas de representación política y de participación política como tiene en el régimen federal. Ahora, obviamente, la descentralización política y un aumento de la participación implican, necesariamente, un aumento de costo político; es directamente proporcional. No hay forma de ampliar los espacios de representación, de ampliar la participación política, sin ampliar, hasta un cierto

punto el gasto político. El problema es que hay una relación entre inversión y resultados. ¿Cómo hacer para que este mayor gasto político permita obtener mejores resultados en el ejercicio de la tarea política y por supuesto administrativa? Éste es el punto a encarar en una reforma política, éste es el debate. Si nosotros no vinculamos las tres cosas y las manejamos como compartimentos estancos, y resumimos la reforma política como una rebaja del salario, bueno, terminamos diciendo que están ganando ocho mil pesos, que es una vergüenza, bájenselo a tres mil, no entendemos nada. Si ése fuera el problema, es muy fácil. Si el problema es bajarle el salario al presidente, que es bastante bajo, bajarle el salario a los secretarios, bajarle el salario a los ministros, hacer que los gobernadores ganen lo mismo, con todo eso, no se reduce nada significativo. Simbólicamente es importante y desde el punto de vista ético también. Pero desde el punto de vista de las condiciones de funcionamiento del régimen, de las instituciones políticas democráticas, no tiene trascendencia ya que no es el punto. Los argumentos lineales en relación con las condiciones de desempeño de las instituciones políticas argentinas, pueden ser bastante peligrosos en su generalización. Y básicamente porque la Argentina es una república federal y sus instituciones políticas y, por lo tanto, una reforma política consistente, no debería encararse pensando solamente en el impacto o en las condiciones de desempeño de las instituciones políticas nacionales. Porque éstas están vinculadas necesariamente a las instituciones políticas provinciales y a las instituciones políticas municipales en todas sus diferentes versiones provinciales. Y dentro de una misma provincia, con cuatro o cinco tipos de municipios distintos.

Por último, creo que también es tomar el camino equivocado, plantear el ajuste de la política como una crítica a las condiciones de su financiamiento por gastos de campaña o de funcionamiento de partidos, por afuera de la diversidad de condiciones institucionales donde se producen las situaciones concretas de financiamiento. O, por lo pronto, sería un camino muy cercano a la posibilidad de resumir la reforma política en una no reforma, lavando la cara de lo que en realidad no se transforma. Creo que eso sería lo que yo quería decir.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: ¿Cómo se podría hacer para que tenga vigencia un mínimo análisis de la justicia de determinados actos, si en realidad lo único que hay es economicismo que aprieta y dice: o se hace esto o el caos?

Respuesta: Yo creo que en realidad hay economicismo, pero, por otro lado, algo de economicismo también es justificable. Para decir las dos cues-

tiones. Simplemente cuento una pequenísima anécdota que se vincula a la posreforma política. A mí me tocó participar en el Ministerio del Interior, colaborando con la que en su momento era la Secretaria de Asuntos Políticos, a cargo de Nilda Garré, en un proceso que se hizo en el último momento de la gestión de Storani y que fue este encuentro de legisladores provinciales, que supongo que se acordarán que se produjo unos meses atrás. Primero con los legisladores provinciales de la Alianza, que era un paso previo a un encuentro de legisladores de todas las fuerzas políticas a nivel nacional, legisladores provinciales. Lo concreto es que en un momento de la discusión —ya que estamos contando anécdotas y cosas que no salen a la prensa—, que se daba en un hotel muy importante, había más de cuatrocientas personas. En un momento dado, entre los diputados y senadores provinciales, se había llegado a un acuerdo para discutir el tema de las pensiones graciables y los subsidios otorgados directamente por los diputados. Puede ser que eso sea economicismo, ¿pero saben cuál era el argumento? Se preguntaba: ¿qué hacemos con la gente que necesita esas pensiones y que se las vamos a quitar? La contrapartida era bastante obvia, es que hay mucha gente que las necesita, ¿por qué alguien, desde una situación de poder, toma una decisión para la que no fue electo y ayuda a alguien? Digo desde la positiva, en el caso de que ayude, digamos, preocupado. No quien ayuda a un militante, un hermano, su sobrina, etc. Sacando ese caso, está el que ayuda realmente de buena onda aunque en forma clientelista; pero cuando toma la decisión sobre uno, excluye a otro. Esto es una situación real ya que tiene un efecto político que se expresa en una transformación de tipo económico. Eso no era economicismo. ¿Y saben cuál era el argumento? Es el economicismo, porque de esta forma nos están cuestionando cómo nosotros ayudamos a la gente. Yo creo que el argumento del economicismo como un límite a la autonomía de la política, también habría que tomarlo con pinzas. No nos vayamos al otro extremo ya que lo que está clarísimo es que el gasto político, desde 1983 hasta la actualidad, aumentó más de cuatro veces. Simplemente véase cómo se ha ampliado la planta de personal, cómo se ampliaron los contratos; es una realidad a lo largo y ancho de todas las instancias de poder en el gobierno de la República, ya sea a nivel nacional, municipal y provincial. Por supuesto, pagan justos por pecadores, pero es una situación generalizada. No es lo mismo el costo de la política en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, con un producto bruto per cápita de u\$s 22.000 que puede ser muy alto, que esta misma situación en la ciudad de Catamarca o en la provincia de La Rioja, o en la provincia de Neuquén, donde el producto bruto per cápita no es ése. No es lo mismo hacer política en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, donde el financiamiento del 98% del gasto público proviene de los impuestos de los habitantes de la Ciudad, que hacerlo en Formosa, donde el 92% de los ingresos para el financiamiento del sector público provienen de la coparticipación federal.

Por lo tanto no hay ningún tipo de vinculación entre la capacidad de recaudación y quienes efectivamente gobiernan. Es representación sin tributación, la inversión del principio republicano. ¿Qué tipo de *accountability* hay en Formosa y qué tipo de *accountability* hay en la ciudad de Buenos Aires y somos el mismo estado nacional? Por lo tanto, en la provincia de Formosa si yo voy a proponer a la legislatura que hay que sacarle de esos cincuenta y seis millones, cuarenta millones, para que vuelvan a la coparticipación, va a haber una manifestación popular en contra. ¿Por qué? Porque a través de ese dinero hay un conjunto de familias, de personas, que se financian y no tienen otra posibilidad, otra alternativa. ¿Está bien eso, está mal? Eso es otro problema. Lo real es que si yo cambio el gasto político en Formosa se me cae la demanda agregada y no tengo más provincia. Ésa es la realidad. Que el problema economicista, entre comillas, existe, sin duda que existe; el problema es cómo abordarlo. No podemos negar que hay un problema de inequidad en el financiamiento de la política. Eso no significa que compartamos las soluciones de aquellos que plantean esto para que no haya política. Son dos cosas totalmente distintas. Pero podemos empezar compartiendo el diagnóstico.

Pregunta: El tema de la reforma política forma parte también de la agenda del Banco Mundial, que el año pasado hizo un proceso consultivo sobre los préstamos que otorga y convocó a funcionarios del Estado, al sector económico y a la sociedad civil. En el documento que elaboró incorporaba como una de las recomendaciones, las reformas de segunda generación: todo lo que es la reforma judicial y la reforma de las provincias. Entonces, a mí me queda medio desdibujado el papel del Banco Mundial. Supuestamente puede poner condicionamientos a todo esto. Me pregunto ¿cuál es el lugar que le corresponde a estos organismos internacionales en un proceso tan importante como el proceso de reforma política? ¿Cuál es el lugar y cuál es su interés por llevarlo adelante?

Respuesta: Como vos bien dijiste, éstas son propuestas impulsadas por el Banco Mundial, que tienen un impacto completamente distinto en función de las condiciones institucionales de cada país donde se aplican. Pero hay algo que sí es cierto: están ligadas a las condiciones de financiamiento internacional. Por lo tanto, hay que diferenciar estados nacionales con regímenes federales o unitarios. En el caso nuestro, federal, la única forma es que el condicionamiento nacional esté vinculado a la coparticipación, y en general, a las transferencias que la Nación le da a las provincias, a partir de un régimen de coparticipación de impuestos. Por lo tanto, las provincias tienen que negociar con la Nación esas transferencias, tienen que negociar su propia deuda y, a través de ésta, entran las propuestas del Banco. Así se maneja a través de un país federal. Una provincia más débil

frente al Estado Nacional, va a tener una mayor injerencia de esto y otra provincia, más fuerte va a tener una menor injerencia.

Es necesaria la reforma política para que los políticos hagan la reforma administrativa y la reforma estatal; eso en un sentido. También es necesaria la reforma política para que los políticos, aquellos que están de acuerdo con hacer determinado tipo de reforma, hagan la reforma de segunda generación. ¿Cómo vamos a hacer la reforma de segunda generación si aquellos que van a ganar el poder en el gobierno del Estado no están de acuerdo con hacerla? Una interesante política del Banco es dejar hacer para garantizar que primero ganen los políticos y después hagan la reforma. Porque la reforma, lo dije al principio, no se hace en términos técnicos, sino que se hace en términos políticos. Son los políticos los que hacen la reforma. No son los organismos internacionales ni los politólogos ni los técnicos en general. Por lo tanto, si no hay condiciones políticas para hacer una determinada reforma política, esa reforma política no se va a poder producir. Creo que éste es el mejor ejemplo.

Pregunta: Yo quería preguntar cuál era su opinión sobre el tema de la reforma política, porque a mí me resulta un poco sospechoso que se centre solamente en los cargos electivos y no tanto en los ejecutivos y los del Poder Judicial. Por ejemplo, se comparan los gastos de nuestras legislaturas con las de otros países del mundo. Una de las recetas para disminuir este gasto de la política podría ser sacar las cámaras de senadores que no tendrían ninguna razón de ser en las provincias.

Respuesta: Yo te voy a responder porque soy bastante culpable de este tipo de cosas. Yo he producido mucha información al respecto de la situación comparada de las legislaturas provinciales, de los poderes legislativos y de la organización legislativa provincial, que es generalmente lo que ha salido. Justifico por qué esto. En primer lugar porque los que integran la legislatura provincial son todos electos por el pueblo, son un conjunto de personas que han sido electas por el pueblo. En el caso de los poderes ejecutivos, quien ha sido electo es el titular del Poder Ejecutivo. El resto son designados. Tienen dos densidades políticas distintas; más allá de si el gasto es mayor o es menor. Acordando con que en realidad el problema no está necesariamente en el Poder Legislativo.

En cuanto al bicameralismo y el unicameralismo, la mayor parte de la discusión teórica al respecto de sus virtudes y desventajas está vinculada a los regímenes nacionales, ya sean éstos federales o unitarios, en sus distintas versiones. Existe bibliografía sobre los regímenes subnacionales, en mucha menor cuantía. ¿Por qué? Porque en realidad, en los grandes estados federales, que son los que tienen poderes legislativos subnacionales, en la mayor parte de los casos las condiciones son cuasi uniformes. En el ca-

so norteamericano, todas las legislaturas son bicamerales, salvo el caso de Nebraska. En el caso australiano, todas son bicamerales, salvo el caso de Queensland. En el caso argentino, el cuadro es muchísimo más heterogéneo, de la misma forma en que les describí el sistema electoral de los regímenes municipales. La Argentina tiene una muy alta heterogeneidad política institucional. Estados Unidos supera a la Argentina en heterogeneidad político institucional a nivel municipal, no hay duda, y a nivel submunicipal también. Es el país con mayor diversidad político institucional del mundo, en ese plano. Pero la Argentina es el país con mayor diversidad del mundo en el plano electoral y en el plano de las relaciones entre poderes a nivel subnacional y de las características del Poder Legislativo a nivel subnacional. En la Argentina hay nueve provincias que son bicamerales, de las veinticuatro. Todas las provincias bicamerales son algunas de las catorce provincias originales del pacto federativo argentino. Todas las provincias que son el resultado de la provincialización del territorio nacional, más la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, son unicamerales. Existen casos de provincias que eran unicamerales, como San Luis, que se transformaron en bicamerales. Y otros casos de provincias que eran bicamerales y se transformaron en unicamerales, como el caso de Tucumán. Nosotros, hicimos un trabajo comparado sobre cuatro aspectos institucionales de las legislaturas, que eran: la autonomía del Legislativo *vis à vis* del Ejecutivo, o sea, cuál era la capacidad autónoma del Legislativo sin que existiera legislación delegada en el Poder Ejecutivo. Encontramos que la provincia donde el Poder Legislativo tenía mayores capacidades legislativas era Entre Ríos, a lo cual se sumaba que el Senado de Entre Ríos era el senado más poderoso desde el punto de vista de las condiciones institucionales de la Argentina. Tenía mayores competencias, un senado formado por dieciséis miembros, uno por cada departamento, por lo tanto, casi un comité ampliado; no es lo mismo tomar decisiones entre dieciséis que entre cuarenta. Un senado mayoritario, en tanto y en cuanto se elige uno por departamento, con una cámara baja semimayoritaria, ya que tiene garantía de mayoría para la primera minoría. Y que además de ser un senado que tenía más competencias que la cámara baja –incorporando, por ejemplo, la necesidad de votación en ambas cámaras, también del presupuesto, que generalmente está a cargo de la cámara baja– funcionaba y funciona como Consejo de Estado. Tiene una serie de prerrogativas muy amplias en la designación de distintos funcionarios del Poder Ejecutivo provincial. Hay otras provincias donde el Senado tiene capacidades divididas, pero que al ser muy pequeño, como el de San Luis, integrado por nueve personas designadas mayoritariamente, tiene una capacidad de veto sobre la Cámara de Diputados altísima. Y así podemos seguir. Nuevamente, el problema del financiamiento de estas instituciones no puede encararse con seriedad sin tomar en cuenta su real funcionamiento.

VII

POLÍTICA Y SOCIEDAD FRENTE AL NUEVO ESCENARIO MUNDIAL

ALCIRA ARGUMEDO

24 de mayo de 2001

Intentaré plantear una mirada en grandes trazos, tomando algunos puntos básicos de la exposición de Chacho Álvarez y formular mis críticas. Quiero adelantar que muchas de estas críticas fueron en su momento discusiones políticas con Chacho Álvarez, dado que participé como socia fundadora del Frente Grande junto con el grupo de Solanas, y quedamos duramente enfrentados. Pero las críticas solamente tienen sentido en el marco de un debate y no en hacer leña del árbol caído, ni en resentimientos, ni en nada que se le parezca porque, reitero, fueron críticas realizadas en momentos en los cuales la situación política del Frepaso y de Chacho Álvarez eran relucientes. Lo aclaro para que no se vayan a hacer malas interpretaciones, ya que si bien tuvimos fuertes discrepancias en lo político, en términos personales le tengo un gran afecto, y esto es preciso remarcarlo. Tomaré entonces aquellos puntos de su intervención que, a mi modo de ver, van dando las claves de algo así como la crónica de un fracaso anunciado. Considero que lo que fracasa es una concepción de la política, y esto se manifestaría en el desarrollo de los elementos que va planteando el propio Chacho, en esa especie de revisión y evaluación de los acontecimientos que le tocó protagonizar. Y también en los interrogantes impuestos por la suerte de aquellas perspectivas, planteadas en un momento dado como un polo político capaz de promover ciertas transformaciones en la Argentina –el “otro país es posible”–, que de alguna manera terminan desintegrando un consenso y frustrando las expectativas que se habían generado.

El primer tema hace referencia a un punto inicial marcado por Chacho, que se vincula a la necesidad o no de contar con un proyecto estratégico frente a la dinámica de lo coyuntural o de la crisis. Establecer una diferen-

cia entre lo estratégico y lo coyuntural es malo, porque en política es imposible generar respuestas ante las coyunturas si no se tiene un planteo estratégico; y un proyecto estratégico significa contar con los grandes lineamientos que señalan cuáles son los objetivos, hacia dónde se quiere llegar. Este definir hacia dónde, que conlleva un proyecto estratégico —lo cual nunca significa algo rígido y cerrado sobre sí mismo— indica que se debe tomar determinada ruta y no otra: si se quiere llegar a Jujuy no debe tomarse la ruta 3, que desemboca en Bahía Blanca. Otro tema es que, seguramente, en la ruta a Jujuy se van a encontrar piquetes que la corten, se deberán buscar atajos o caminos secundarios, pero se sabe la dirección que es preciso mantener. Así, una de las grandes falencias estructurales de la concepción política de Chacho fue la negativa a debatir en profundidad un proyecto estratégico para la Argentina, en el contexto de los nuevos escenarios mundiales, como base para la construcción del Frente Grande y de los sucesivos acuerdos políticos que realizara. El otro punto clave de un proyecto estratégico es determinar claramente para qué equipo se juega, en tanto desde la dictadura militar hasta ahora se ha consolidado un nuevo bloque de poder económico-financiero articulado con la política. Éste es un tema muy significativo que Chacho plantea al final de su segunda exposición, señalando el maridaje entre el poder económico y el poder político. Precisamente, la formulación de un diagnóstico riguroso sobre el carácter de este maridaje y las formas de enfrentarlo o neutralizarlo, es el otro gran punto de partida que debía reflejarse en el diseño de un proyecto estratégico. Ambos puntos se relacionan con la diferencia que establece Chacho entre analistas políticos y políticos. Algo similar a esa histórica distinción de Weber entre el sabio y el político, entre el analista y el político; que es una de las grandes falacias utilizadas por la concepción dominante de la política, porque supondría que el político es el que sabe trenzar y el sabio es el que le dice el verso que debe pronunciar. Pero si el político no tiene claras las estrategias —y esto no requiere de un conocimiento multidisciplinario por parte del político— es imposible saber cuáles son los técnicos que debe elegir para que lo apoyen en la implementación de sus decisiones.

En esta perspectiva, es preciso hacer una primera caracterización acerca del modelo económico y social que se implanta desde la dictadura y de los rasgos que adquiere a partir de los años noventa. El modelo alcanza su real significación al vincularlo con el contexto internacional, la etapa histórica que estamos atravesando y las modalidades que en nuestros países adquiere la denominada globalización. En principio, es posible caracterizarlo como un conjunto de mecanismos articulados entre sí que, desde la dictadura militar hasta estos días, han promovido un descomunal traslado de recursos públicos y sociales en favor de grandes grupos económico-financieros locales y externos, transitando un supuesto único camino hacia

la modernización durante veinticinco años. Un único camino que redundó en la desnacionalización del patrimonio público; el incremento espectacular de la desocupación; la precarización laboral y la pobreza, junto a las disímiles y dramáticas consecuencias que conocemos; todo ello conjugado con el incremento inmanejable de la deuda externa. A cualquier persona que en su economía familiar le suceda algo así –que tenga una deuda de 60.000 dólares, venda su casa y todo su patrimonio para pagarla, pero al final del camino está en la calle y con una deuda de 150.000 dólares– seguramente pensaría que le fue muy mal. No se entiende entonces cómo hay economistas y políticos que pretenden convencernos de que éste es el único camino y que estamos fenómeno. Porque para evaluar una situación de este tipo no se requieren doctorados ni en Oxford ni en Cambridge ni en Harvard; se necesita meramente sentido común. Y aquí está la clave: cómo pudo operarse este descomunal traslado de recursos públicos y sociales en beneficio del nuevo poder económico financiero de los grupos locales y externos, que se consolida a partir de la dictadura militar y perjudica tan duramente a la mayoría de la población argentina, durante todo el período de reinstauración de la democracia. El no haber querido tomar partido por esas mayorías sociales, que suponía la decisión de enfrentar o intentar neutralizar la dinámica impuesta por ese poder económico financiero –dinámica conocida bajo el nombre de “el modelo”– es el comienzo de la crónica del fracaso anunciado.

Al respecto, no es cierto que sea imposible frenar este poder económico financiero. Cuento mi experiencia personal: a partir de un solo diputado, Pino Solanas, en 1996 se pudo evitar la privatización de Yacyretá, que no era sino un ejemplo más de las formas en que se llevaron adelante las privatizaciones. En Yacyretá estaban comprometidos y ya tenían todo acordado –faltaba solamente la aprobación por parte de los parlamentos argentino y paraguay– personas como George Bush padre, que acababa de ser presidente de los Estados Unidos; Jorgito Bush, actual presidente de los Estados Unidos; Henry Kissinger, ex secretario de Estado de ese noble país; Pérez Companc y algún otro grupo local; el presidente Menem y el presidente Wasmosy de Paraguay. No eran precisamente niños de pecho. Tampoco se requieren demasiados conocimientos de economía para estimar que se trataba de un verdadero desfalco, como la mayoría de las privatizaciones: los acuerdos establecían que, por 800 millones de dólares, se les otorgaba la concesión de la explotación de Yacyretá durante treinta años. Un pequeño detalle era que, como se trataba de un ente binacional, para privatizar la represa, la Argentina debía pagarle a Paraguay una multa de 4.000 millones de dólares: en consecuencia, el país se quedaba sin ese patrimonio y con una deuda de 3.200 millones de dólares. El otro detalle adicional era que Yacyretá ya estaba dando por entonces 600 millones de dólares de ganancia neta anual y, por supuesto, dejaban de entrar como

ingresos al Estado que, a su vez, debía pagar la nueva deuda. Por su parte, Kissinger, los Bush y los Pérez Compagnon recuperaban la inversión en poco más de un año, y seguramente les harían alguna atención a los respectivos presidentes de Argentina y Paraguay. Reitero que no se trataba de niños de pecho y, sin embargo, con voluntad política, con un consistente apoyo técnico y un sistema de alianzas en función de esa estrategia, se los pudo frenar. Pero el apoyo técnico se busca de acuerdo con la política trazada: en este tema de energía, en petróleo se llamó como asesor a Silenzi de Stagni y no a Estenssoro, que había sido interventor de YPF y artífice de su vaciamiento; en energía atómica se convocó a los físicos de la CNEA; se consultaron ingenieros hidráulicos y además a otros que trabajaban en energías renovables, como la eólica, la solar y similares. Eso no es voluntarismo, sino voluntad política y definiciones estratégicas.

Un tercer aspecto hace referencia al tema de cómo se conforma la Alianza. Considero que la modalidad de construcción de la confluencia entre la UCR y el Frepaso es una consecuencia lógica del sistemático despliegue de esa drástica reorientación inicial de la política del Frente Grande a partir de 1994. Si se hace una breve historia de la creación del Frente Grande, es posible afirmar que se trataba de una fuerza que estaba creciendo bastante aceleradamente en la Argentina, desde una perspectiva crítica al modelo y a la política de los grupos económico financieros. En 1991, cuando Graciela Fernández Meijide se presenta a las elecciones de diputados, con el apoyo de Chacho y el Fredejuso, saca el 2,7% de los votos en Capital. Ese año le habían hecho el atentado a Solanas y, con la idea de continuar con las críticas, aprovechando la coyuntura electoral, se crea el Frente del Sur —yo lo integré y era un verdadero mamarracho político— que obtiene el 7,8% de los votos en la Capital Federal, superando a los socialistas. Allí planteamos la necesidad de construir una fuerza nacional y se crea el Frente Grande, donde Chacho queda en Capital y Solanas va a la provincia, que era un verdadero páramo. En las elecciones de diputados de 1993 se crece significativamente; y el salto cualitativo se da en abril de 1994: en tres años se había pasado de un 2,7% a más de un 30% en Capital y se alcanza una proporción importante en la provincia de Buenos Aires. No recuerdo la cifra en la provincia, pero sí que en ese momento Solanas le gana a Alfonsín y quedamos como segunda fuerza. Este crecimiento llevó a un gran debate en el Frente Grande: si se sostenía la crítica al modelo o se jerarquizaba el tema de la gobernabilidad. La interpretación que dio Chacho a la gobernabilidad, se basaba en considerar imposible oponerse al poder de los grupos económico financieros y, en nombre de una supuesta continuidad jurídica, no podían criticarse las privatizaciones; no podían plantearse medidas que los cuestionaran, ni hablar de la Convertibilidad. Estas definiciones irán reorientando decisivamente la política del Frente Grande. Nuestro grupo quedó en absoluta minoría hasta que nos

fuimos –la determinación era mantener la coherencia con las ideas y los principios fundacionales–, y poco después debimos afrontar una bochornosa derrota en las elecciones presidenciales de 1995.

En esos mismos meses se había creado el Frepaso, con una orientación tal que en esas elecciones de 1995 las tres fuerzas mayoritarias –el PJ, la UCR y el Frepaso– se presentan apoyando el modelo como el único camino. Tiempo después, eso va a nutrir la creciente pérdida de credibilidad de los partidos políticos en la medida en que, cada vez en forma más contundente, las consecuencias de la política económica se hacen sentir en el grueso de la población. Chacho plantea que había una gran demanda para la constitución de la Alianza, cosa que es cierta; pero las demandas a la Alianza tenían dos aspectos: el primero era, evidentemente, el desplazamiento del menemismo con toda la corrupción que acarrea. Pero el segundo, y no menos significativo, era la reversión de las consecuencias sociales que la política económica estaba generando. Este último aspecto no se toma en consideración, porque estaban convencidos de que era imposible cambiar el modelo o poner freno a la avidez delictuosa de los grupos económicos. Se pasa por alto que si bien existe una corrupción evidente entre los payasos que deben combatirse –digamos los miembros del Senado– la clave de la corrupción está en los dueños del circo; es decir, entre los grupos económico financieros. Esto se vincula a otro tema que señala Chacho: una cierta queja acerca de que el campo intelectual está hegemonizado por el pensamiento único y no existen economistas confiables para el *establishment* que sean críticos y no ortodoxos. Algo que parece obvio; sin duda existen en la Argentina economistas de muy buen nivel y reconocimiento internacional. Pensemos en Eric Calcagno que, por supuesto, no va a ser confiable para el *establishment*; pero tiene la capacidad técnica y la decisión política de frenar la lógica del modelo o de este sistema de saqueo, de crecimiento de la pobreza, de degradación en todo el país, de una política que está afectando negativamente a más del 85 % de los argentinos. No hay que buscar técnicos confiables para el *establishment*, sino definir una estrategia confiable para las mayorías sociales, que deberá seleccionar, en función de esos objetivos, a los técnicos que ayuden a implementarla.

El tema de dar una pelea por la reinstitucionalización de la Argentina me parece importante. Porque en el transcurso de las dos últimas décadas se fue desarticulando la potestad soberana del Estado, la existencia de un instrumento institucional que permita tomar decisiones, con un cierto margen de autonomía, por parte de los partidos políticos que han sido elegidos para conducir los destinos de un país. En las dos últimas décadas no solamente se desarticula el Estado de Bienestar que existía; no solamente se desarticula el Estado empresario; se desarticula el Estado como tal. Cualquier Estado, para tener una cierta potestad soberana –capacidad pa-

ra implementar sus decisiones— se sostiene sobre tres pilares básicos. El primero es el pilar económico, que significa detentar el poder para recaudar sus recursos (ingresos por impuestos, aduana y similares), el control de la moneda, la orientación de la política económica y la fijación del gasto público, donde se evidencia en términos numéricos un proyecto de sociedad. Como todos sabemos, esto no lo controla el Estado argentino sino el FMI, el Banco Mundial y el poder real de los grupos económico financieros. El segundo pilar es un sistema judicial honrado, eficiente, capaz de garantizar el cumplimiento de las normas acordadas por la voluntad soberana del pueblo: sabemos lo que sucedió y lo que sigue sucediendo, salvo honrosas excepciones, en el Poder Judicial. El tercer pilar lo constituyen fuerzas armadas y de seguridad honestas, transparentes, democráticas, eficientes y sometidas a la voluntad soberana del pueblo: los comentarios sobran.

Chacho intentó promover una reinstitucionalización, que era un buen objetivo; el problema es con quién se hacía, para qué se hacía y cómo se hacía. Al respecto, es posible tomar el ejemplo de la Ley de Flexibilización Laboral, que fue el comienzo de la crisis. Es cierto que Chacho renuncia ante la corrupción en el Senado, como consecuencia de las coimas que se pagan a ciertos senadores para que aprueben esa ley; y eso es de una inmoralidad profunda. De todas maneras, bajo otras formas, en lo que hace a la credibilidad de una fuerza política, también fue de una inmoralidad profunda el hecho de que los diputados del Frepaso pertenecientes a la CTA—como fueron Jorge Giles de la CETERA y Marcela Bordenave de Abdala, nombre por demás querido en el campo del sindicalismo y de determinadas historias y fuerzas populares de la Argentina— no se presentaron en el recinto para no votar en contra de la Ley de Flexibilización, a instancias de una decisión del Frepaso y a pesar de que tenían un mandato explícito de una asamblea. Esos diputados no son corruptos; pero una fuerza política que impone este tipo de actitudes tan simbólicas y contundentes, lleva al debilitamiento de la confianza y, aún antes de que se produjera la crisis en el Senado, alimentaron las críticas que se hicieron en la Plaza de Mayo mentando al Chacho. Esa fue una decisión que no debía esperarse de una fuerza política llamada Alianza para el Trabajo, la Educación y la Justicia cuando, después de más de diez años de aplicación de leyes de flexibilización laboral, sabemos las consecuencias que tienen para los trabajadores.

El tema siguiente es la llegada de Cavallo al gobierno. Cavallo es una especie de Atila, el rey de los hunos pero sin hache: el rey de los años uno. En 1981 Cavallo, con su aparente ductilidad para el cambio, aparece siendo estatista cuando la suba de las tasas de interés por parte de la Reserva Federal de los Estados Unidos—vinculada al lanzamiento del proyecto neoliberal conservador de Reagan— provoca el estallido de la crisis del endeudamiento y él se convierte en el principal responsable de la estatización de la deuda privada. Como todos saben, impone al Estado una deuda cercana al

30% del PBI, que por entonces era de 70.000 millones de dólares, cuando las tasas de interés crecen desde el 4% al 16% anual. Eso hubiera significado la quiebra del Estado más eficiente; si al Estado japonés, alemán o sueco se los carga con una deuda de proporciones equivalentes, los llevan necesariamente a la quiebra. En 1991, luego de la hiperinflación y ante las dificultades que presenta el pago de la deuda externa, vuelve Cavallo nuevamente cambiado: ahora es privatista. Entonces privatiza el patrimonio público en las condiciones por todos conocidas, y una vez más favorece a los grupos económico financieros –en eso nunca cambia– ahora gracias a las privatizaciones, la apertura total de la economía (salvo en ciertos rubros para proteger a esos mismos grupos económicos) y la Convertibilidad fijada con una paridad del dólar muy baja, cuyas consecuencias estamos sufriendo. Hay una cierta ingenuidad en pensar que el Cavallo del 2001 ha cambiado, como nos plantea Chacho: un Cavallo que puede decir ciertas herejías que otros economistas no puede decir. Por ejemplo, puede decir que los que determinan el riesgo país son unos chiquilines y, sobre todo, que va a promover políticas activas en el país y fijar aranceles. Debe recordarse que en este país se promovieron y se promueven políticas activas y se imponen aranceles: el Plan Canje automotriz fue una política activa en la cual el Estado invirtió 1.000 millones de dólares para favorecer la compra de automóviles que, además, están protegidos con altos aranceles. Al mismo tiempo, también se viene protegiendo con aranceles, dentro de esta apertura total de la economía, al sector del acero. La diferencia es que con los automóviles y el acero están vinculados Macri y Techint respectivamente, conocidos beneficiarios del modelo desde la estatización de la deuda privada en adelante. Lo que parece ser una herejía es que se promuevan políticas activas o se impongan aranceles para proteger los pequeños y medianos productores del país. Esto es casi infantil y marca la necesidad de contar con un diagnóstico más riguroso acerca del comportamiento del señor Cavallo y los intereses que representa. De paso, a través del megacanje nos termina de hundir en los próximos años, garantizando un pago leonino de la deuda a los grupos financieros especulativos e incrementándola en varios miles de millones más.

El último punto que quisiera abordar, y que preocupa a Chacho, es la desilusión y la acelerada desintegración del consenso alcanzado por la Alianza en las elecciones de 1999. Toda la lógica se va articulando, las decisiones que comienza a tomar la Alianza mantienen la orientación económica del menemismo y, por lo tanto –a diferencia de los años 1994 o 1995, cuando se podía pagar el precio de los precursores porque había elementos de la Convertibilidad susceptibles de confundir, como la disponibilidad de créditos y otros aspectos aparentemente positivos para importantes fracciones de la población, antes de la catástrofe total–, se imponen medidas que una vez más afectan negativamente a las bases sociales que votaron a

la Alianza. Cuando se decide el impuestazo del 10 % y la baja de los salarios en un 12 %, Chacho dio como fundamento que se necesitaban 600 millones de dólares para equilibrar el déficit fiscal y, dado que había una desocupación tan alta, la opción era: o se bajaban los salarios o se despedía gente del Estado. Sin embargo, en esos mismos días era posible leer en los periódicos que sólo el señor Bulgheroni, del grupo Bidas, debía a ese mismo Estado 1.200 millones de dólares. Por lo tanto, la opción real era: o le cobramos a Bulgheroni o volvemos a golpear a determinados sectores de asalariados. Una vez que se toma la decisión —política y no económica— de golpear nuevamente a esos sectores, recién entonces se plantea cómo se los golpea: se despide gente o se bajan los salarios. Ésta es una clave fundamental, porque sistemáticamente las decisiones políticas que revierten en lo económico beneficiaron a esos grandes grupos en detrimento de las mayorías sociales. Debe remarcarse que ni en la privatización de Yacretá ni en la toma de decisiones acerca de cobrarle a Bulgheroni o bajar los salarios, existe ninguna ley económica de ninguna teoría económica que indique que ésas sean las decisiones necesarias, científicas o modernas: son decisiones políticas, y de ninguna manera neutras.

De este modo, la orientación de las políticas que va implementando la Alianza golpean a la ya golpeada clase media, que son sus bases principales de sustentación. No puede haber entonces ningún misterio acerca de cuáles son las razones que llevan a la desarticulación del consenso. Fenómeno que reproduce —en este caso con mayor celeridad— los procesos que se vienen dando en América latina desde hace quince años. Se trata de un ciclo por el cual —en la medida en que se ha dado una cooptación de las fuerzas políticas e intelectuales alrededor del tema del único camino— se presencia el surgimiento de consensos y liderazgos que generan una gran expectativa. Estos consensos y liderazgos representan demandas de transformación, reivindicaciones sociales que aspiran, como mínimo, a frenar la catástrofe social y económica que se ha ido profundizando en nuestros países. Y como no existe una voluntad y una claridad políticas para frenar y revertir las políticas económicas del modelo y sus secuelas —apelándose entre otras razones a la globalización— recorren una meseta que dura dos, tres, cuatro o cinco años, y luego se presencia una acelerada desintegración de esos consensos, en una dinámica que da lugar a conductas electorales muy erráticas. Son los casos de Sarney y Collor de Melo en Brasil; de Carlos Andrés Pérez y los partidos tradicionales en Venezuela; de Alfonsín y Menem en la Argentina; de Bucaram y Mahuad en Ecuador; de Alan García y Fujimori en el Perú, y hasta del PRI en México. Lo que sucedió con la Alianza es sólo un ejemplo más. Se trata de una lógica por la cual las fuerzas políticas que surgen representando un determinado sistema de alianzas sociales, en el ejercicio del gobierno cambian de hecho esas alianzas, aunque sus discursos no lo mencionen o hagan referencia a una abs-

tracta “necesidad”. Nadie duda de que se están produciendo transformaciones muy profundas en el mundo, que requieren de nuevas respuestas; lo que no se puede cambiar es la definición acerca de los valores de base y acerca de quiénes deben ser los protagonistas y los beneficiarios principales de esas respuestas. Ninguna modernización es neutra; siempre es socialmente conflictiva; y si bien las alternativas se diseñan en el contexto de una determinada hegemonía a nivel internacional, no debemos confundirnos acerca del proceso histórico que estamos atravesando.

Éstas serían algunas de las claves que signan la crónica del fracaso anunciado. No se requiere ser pitonisa en tanto, a través de un diagnóstico relativamente ajustado, era posible prever que la dinámica del funcionamiento económico en América latina y en la Argentina tendría como resultante el aumento de la pobreza, la desocupación, la degradación de los sistemas de educación y salud, como consecuencias intrínsecas y necesarias de la lógica de este modelo. Antes o después debía quebrarse la credibilidad y la legitimidad de los partidos políticos que impusieron tales orientaciones: la tan mentada “crisis de representatividad”. No es posible al mismo tiempo perdonar el pago de impuestos o favorecer bajo múltiples formas a estos grupos económico financieros y pretender llevar adelante un incremento de la calidad de la salud, de los planes de vivienda, de la educación en todos sus niveles, de las condiciones de bienestar de la población. Ahora se está discutiendo el pago de aranceles en la Universidad; pero no se afronta seriamente el problema de los grandes evasores y el perfil impositivo en la Argentina, que es altamente regresivo. Se afirma que existen grandes evasores en el país y yo leí en el periódico que Bulgheroni es un gran evasor, eso no es un secreto; sin embargo, nadie toma medidas contra ese grupo. En la Argentina se paga un porcentaje muy bajo de impuestos a las ganancias empresarias; lo que indicaría la magnitud de beneficios obtenidos solamente por Bulgheroni —sin mencionar a los otros— para que su pago de impuestos sea de 1.200 millones de pesos/dólares. Por supuesto que nadie duda de la corrupción en la clase política y dirigente en general; pero se ha quebrado la voluntad política de poner freno y revertir los beneficios descomunales recibidos por esos grupos económicos. Reitero mi experiencia personal acerca de que es posible frenarlos, lo cual no significa plantear la revolución trotskista ni mucho menos; pero Yacyrétá sigue siendo un patrimonio público y estamos hablando, entre otros, del actual presidente de los Estados Unidos. El mismo Chacho alaba la conducta de la diputada Carrió, y podemos preguntarnos: si con dos diputados —uno de ellos conservador de Mendoza— es posible mojarle la orejita al Citicorp, al Citibank o a Escassany; si nosotros con un solo diputado pudimos en su momento sentar en sus sillitas a los dos Bush, a Kissinger o a Pérez Companc, lo que se podría hacer en este país con treinta o cuarenta diputados que tengan objetivos claros y voluntad política, es mucho. No

se trata por lo tanto de una crisis de la política como tal, sino de graves fallencias de base en la definición de los proyectos y en la construcción y funcionamiento de las fuerzas político sociales capaces de decir basta a este modelo que, como es evidente, está llevando a nuestro país hacia una catástrofe.

Trataré ahora de esbozar un marco global, para interpretar la problemática de la Argentina dentro del contexto de las transformaciones en la escena mundial.

Lo que observamos a nivel internacional, la magnitud y profundidad de los cambios que se están produciendo, dan cuenta de que se ha cerrado un ciclo histórico. Entramos en una nueva edad de la historia donde se clausura el ciclo de la Edad Contemporánea, iniciada al conjugarse la Revolución Francesa con los impactos estructurales derivados de la Revolución Industrial. En general, cuando se producen estos grandes cambios, acelerados y profundos —como también fue el caso de la Edad Moderna, hacia fines del siglo XV y comienzos del XVI— es posible observar la vertebración entre distintos procesos económicos, políticos, sociales, culturales y militares, que favorecen el surgimiento de un nuevo instrumental tecnológico. Instrumental tecnológico que es hijo de esas circunstancias, pero al mismo tiempo establece un corte, un punto de inflexión respecto de los potenciales tecnológicos anteriores, que acelera esos procesos, desarticula las inercias preexistentes y se plantean inéditos escenarios, señalando el comienzo de una nueva edad histórica.

Los retos y potencialidades de la Revolución Científico Tecnológica obligan a reformular los modelos de sociedad, en términos equivalentes a lo ocurrido con la Revolución Industrial y la Revolución Francesa. Ello se vincula a las características del recurso del conocimiento y con sus principales fuentes de producción, procesamiento, reproducción y distribución. Debe señalarse que, mientras los recursos estratégicos de la Revolución Industrial tendían hacia la concentración, el conocimiento solamente adquiere su potencial si está distribuido en el conjunto de la sociedad; si es patrimonio exclusivo de una elite no sirve. Por otra parte, también sus fuentes son esencialmente democratizantes. En primer lugar, un sistema educativo preprimario, primario, secundario y terciario de alto nivel de calidad para el conjunto de la población, deja de ser solamente un derecho social para transformarse en un factor indispensable de infraestructura económica. La segunda fuente es una recalificación de amplio alcance de la mano de obra, para que tenga acceso directo o indirecto a la operación inteligente de las tecnologías de avanzada, a través de nuevas formas de organización de los procesos de trabajo. En este aspecto, se tiende a la conformación de equipos; de grupos de trabajo; a la gestación de un pensamiento colectivo mediante el intercambio de distintos saberes; a la cooperación; que deben sustentarse en los valores de una ética solidaria, porque el individualismo

competitivo o egoísta simplemente es disfuncional. En una etapa de transición no es necesario, por ejemplo, que todos sepan inglés y computación; porque si es un equipo de diez y dos de ellos saben inglés y computación, articulando diferentes tipos de conocimientos todos tienen acceso, como es el caso de los zapatistas con las redes Internet. Esto permitiría reinsertar en poco tiempo al conjunto de los trabajadores actualmente excluidos y descalificados, diseñando nuevos tipos de empresas sociales o mixtas, donde se recuperan los saberes y potenciales de esos excluidos, combinándolos con un fuerte apoyo técnico de las universidades. La tercera fuente son las universidades y los sistemas científico técnicos, en tanto allí se genera el recurso estratégico del conocimiento en su más alto nivel de calidad y en toda la gama de saberes. Por eso se requieren universidades de excelencia y de masas, que no son términos excluyentes; los plantean como excluyentes las visiones economicistas, fiscalistas y presupuestarias de la universidad: con suficientes recursos humanos y materiales es posible sustentar universidades de excelencia y de masas. Disponer de estas fuentes de producción y reproducción del recurso del conocimiento, constituye una condición inexorable para definir los nuevos sistemas productivos y de servicios capaces de incorporar a nuestros países en las coordenadas tecnológicas de esta nueva edad de la historia; pero es imposible lograrlo en el marco de las políticas neoliberales. En tanto no es posible democratizar la educación, la recalificación de los trabajadores, el ingreso a las universidades y a los sistemas científico técnicos, si no se democratizan los otros espacios de la vida social: la salud, la distribución del ingreso, la vivienda y el hábitat, el bienestar general. En síntesis, una democratización integral de las sociedades como condición técnico económica indispensable para trazar las alternativas productivas, de servicios y similares que nos permitan dar respuesta a los desafíos de la Revolución Científico Tecnológica.

En las actuales condiciones, la Argentina marcha a consolidarse como productora de velas de sebo o látigos para diligencias. Más del 60 % de nuestra mano de obra está descalificada para operar eficientemente con las tecnologías de avanzada, y las políticas de flexibilización laboral —con sus secuelas de desocupación, subocupación y precarización— impiden toda posibilidad de recalificación. Estos modelos no sólo son injustos sino, además, profundamente irracionales; están a contramano de la historia y se vuelven inviables en plazos bastante cortos, debido a que ese decisivo instrumento de poder que fueran las nuevas tecnologías han producido un efecto *boomerang* contra quienes las gestaron. La inviabilidad de las estrategias y de la globalización neoliberales se debe a dos razones intrínsecas fundamentales y a una tercera relacionada con los potenciales y requerimientos técnico económicos de la Revolución Científico Tecnológica. En lo referido a las razones intrínsecas, la polarización de la riqueza significa una traba insuperable para el capitalismo, como consecuencia del dramá-

tico achicamiento de los mercados. Las crisis que presenciamos aparecen como crisis financieras, pero en realidad son crisis de sobreproducción ante la grave disminución de la demanda. La recesión japonesa, que lleva varios años, se debe a la carencia de mercados; porque esa potencia tiene todo lo necesario —reconversión tecnológica, competitividad, mano de obra de alta calificación, potenciales técnicos, recursos financieros propios— pero se le han restringido duramente los mercados: no tiene a quién vender sus productos competitivos y de alta calidad. También la caída de los bonos en los Estados Unidos —en especial los de las empresas de alta tecnología— se debe a una recesión por carencia de mercados. Lo mismo sucede con las disputas en el Mercosur: se discuten, por ejemplo, las cuotas de pollo que la Argentina vende a Brasil y viceversa, produciendo serios conflictos. Pero si los 80 millones de brasileros que están comiendo actualmente raíces y ratas tuvieran acceso al consumo de pollo y si los 15 millones de argentinos que en muchos casos están sacando parte de su alimento de la basura pudieran comer pollo, sería necesario multiplicar varias veces la producción y el intercambio de pollos; algo que se reproduce en los zapatos y miles de otros productos más. Según datos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el 20 % de la población más rica a nivel mundial, concentra el 86 % de la riqueza y, como el flujo de riquezas va de pobres a ricos —los pobres cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos— y de sur a norte, la dinámica profundiza la crisis de los mercados y está carcomiendo al propio capitalismo que impulsa esa dinámica. El consumo de los 1.000 millones de personas altamente favorecidas del mundo, es demasiado restringido para la producción generada por el salto tecnológico en la producción y los servicios de los tres polos principales del capitalismo mundial.

El segundo aspecto intrínseco, mucho más crítico, por el cual se vuelven inviables los proyectos capitalistas es que —a diferencia de la pobreza tradicional— la forma en que se ha ido resolviendo la disminución del tiempo humano de trabajo requerido por las tecnologías de avanzada, va gestando una inmensa masa de población que no tiene ninguna posibilidad real de volver a insertarse laboralmente en estos modelos: no es pobre, es excluida, es pobreza sin salida. Población sobrante absoluta en la perspectiva de los sectores dominantes, equivalente a lo que fueron los abuelitos europeos debido a la reconversión salvaje de la Revolución Industrial en Europa desde la segunda mitad del siglo XIX. Dado que en esa época la disminución en el tiempo de trabajo requerido por las nuevas tecnologías, como el telar mecánico, las máquinas de hilar o las nuevas fuentes de energía, se realizó también en forma salvaje —por entonces de acuerdo con las ideas liberales; ahora son neoliberales, pero el espíritu es el mismo— Europa gesta una población sobrante absoluta que puede calcularse en unos 500 millones de personas a lo largo de un siglo. Si se toma el período que

media aproximadamente entre 1840 y 1945 emigraron en forma directa desde el viejo continente cien millones de personas; en la Primera Guerra murieron 25 millones; en la Segunda Guerra, 50 millones; y unos 20 millones más en las guerras inter europeas o en los procesos de expansión colonial: cerca de 200 millones de seres humanos en términos netos. Como los migrantes y los soldados son jóvenes, se consideran población económicamente activa y, además, están en edad de tener hijos. Por lo tanto, si no hubieran muerto o no hubieran sido expulsados como emigrantes y permanecían en Europa, por lo menos hay que duplicar o triplicar esa cifra en dos o tres generaciones. Lo cual muestra que, antes de alcanzar los Estados de Bienestar, con pleno empleo y diversos beneficios políticos y sociales, Europa se saca de encima unos 500 millones de personas como población excedente absoluta. Esa población fue ocupando territorios en los que previamente se habían producido grandes genocidios: el genocidio de los pueblos indígenas conocido como la conquista del oeste en Estado Unidos; los tres grandes genocidios de la Argentina entre 1865 y 1880: la represión de los movimientos federales en el noroeste, la guerra del Paraguay y la conquista del desierto en el sur que, como se sabe, estaba poblado y quedó desierto debido a las masacres del Gral. Roca. En Australia y en Nueva Zelanda no quedó nadie. Además, si la Revolución Industrial tuvo una maduración de cien años, la actual revolución tecnológica ha madurado en menos de veinte años y la población sobrante absoluta puede calcularse entre unos 3.500 a 4.000 millones de personas en el mundo.

Disímiles manifestaciones a nivel internacional indicarían que, antes que en la globalización, estamos en un proceso de creciente feudalización de las sociedades. Baste ver el muro literalmente feudal que Estados Unidos construye en el río Grande para frenar a los morochos que presionan desde el sur; ver esa Europa blanca feudalizada nuevamente bajo el acoso de los musulmanes, los turcos y los eslavos, a quienes ahora se suman los negros del sur del Sahara que ellos esclavizaran durante varios siglos. Asimismo, es posible observar la feudalización de las grandes ciudades en sentido ricos-pobres: Buenos Aires es hoy uno de los tantos ejemplos. Los desequilibrios demográficos entre una población que decrece —la europea y la norteamericana blanca— frente a otras cuyo recurso esencial para no desaparecer como pueblos es hacer el amor y tener muchos niños, indicarían que en no más de quince o veinte años, por altas que sean las murallas, las van a atravesar. Es una situación semejante a la del Imperio Romano, cuya caída se debe a tres razones principales: por una parte, la infiltración hormiga de los bárbaros dentro de las fronteras del Imperio: basta ir a Nueva York, París o Berlín, para ver que los muchachos ya están allí. Por otra, el desequilibrio derivado de la mayor densidad demográfica de los bárbaros. Finalmente, la degradación moral de las clases dirigentes romanas, que se venía anunciando desde bastante tiempo antes con Calígula o

Nerón, y más tarde con Cómodo o los Severos: cualquier similitud con la situación actual no es pura coincidencia. De esta manera, los modelos de sociedad impulsados por las estrategias neoliberales dejan de ser vivibles aún para los privilegiados. Muchas veces he dado el ejemplo de Brasil: se puede ser un gran ricachón brasileiro y tener en Copacabana u otras playas, uno de esos departamentos con canillas de oro y todo el despliegue de hedonismos. Pero hace unos años, ese ricachón no pudo bajar debido a un *arratrão*; la invasión de las playas por parte de chicos —que en otro modelo de sociedad estarían estudiando, trabajando, haciendo deportes— convertidos en población sobrante absoluta y condenados a tratar de sobrevivir a través del delito o morir de inanición. Si entonces no pudo bajar, en pocos años más suben a buscarlo: porque no se puede ejercer tanta impunidad durante tanto tiempo sobre tanta gente.

Por último, la tercera razón que torna históricamente inviables y profundamente irracionales a estos proyectos neoliberales, se vincula al carácter del nuevo recurso estratégico del conocimiento y sus fuentes de producción, reproducción y distribución. Si tomamos el modelo de la Argentina —que degrada los sistemas educativos públicos, impide la recalificación de la mano de obra, acosa a las universidades y a los sistemas científico técnicos—, muestra una irracionalidad equivalente a la propuesta de dinamitar las represas hidroeléctricas; dado que aniquila los recursos estratégicos, los requerimientos técnico económicos imprescindibles para afrontar la edad de la historia que se abre. En este sentido, se da la gran paradoja de que los valores de una ética solidaria, aquellos que surgieron con la Revolución del Tercer Mundo, los de los años setenta —la equidad, la justicia, la igualdad, las relaciones horizontales, la cooperación, el respeto a las identidades culturales— son actualmente requisitos para desplegar los potenciales de la Revolución Científico Tecnológica. Desde esta óptica, la crisis de representatividad de los partidos políticos vinculados a estos modelos neoliberales como el único camino, está indicando que la mayoría de la población del país, por más golpeada y atomizada que haya estado durante los últimos veinticinco años, tiene una lucidez y una intuición acerca de los caminos de la historia infinitamente más avanzadas que el grueso de la clase política y dirigente en general. Es por eso que intenté esbozar el marco más abarcador y los procesos que subyacen a la crisis de representatividad política, lo cual de ninguna manera supone el fin de la democracia o de la política en general, sino de esa determinada forma y dinámica política, predominante desde la reinstauración institucional en la Argentina. A modo de ejemplo, también es posible señalar, sin caer en adulaciones ni nada parecido —y en esto estuvo el error fundamental de Chacho— que no es casual que aquellos sutiles insultos políticos, el ser *gurka* o testimonial, hoy son los que generan mayor popularidad en nuestro país. El caso de Elisa Carrió se explica porque es una *gurka* muy inteligente; supo pegar muy

bien a los dueños del circo –Citicorp, Citibank, John Reed, Escassany, IBM– tanto como a los payasos. Como contracara, la caída de la popularidad de la mayoría de los representantes que alguna vez la tuvieron se da, precisamente, debido a que no han mostrado la voluntad política de plantear un proyecto estratégico alternativo, de crear fuerzas político sociales capaces de reorientar el destino de la Argentina, encaminado hacia una catástrofe.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Yo le había planteado si no había una cierta incapacidad después de llegar al Gobierno o al poder y no estar preparado. Porque él acá, si se quiere de una manera ingenua, estaba sorprendido de no tener el Ministro de Economía adecuado para enfrentar al poder económico. La otra cuestión planteada fue a nivel de la falta de institucionalidad; o sea, me parece que a los espacios políticos que se construyeron les faltó esa institucionalidad que se requiere para un debate democrático. Y la otra cuestión, él había dicho que no creía en las plataformas programáticas.

Respuesta: Considero que los dos últimos aspectos –la construcción política y el proyecto estratégico– constituyen la falla estructural de Chacho. Se supone que una plataforma programática no es un instrumento formal, es el proyecto estratégico de una fuerza política; que después haya ciertas formalidades para el registro electoral es otra cosa. Por eso al comienzo señalaba que es imprescindible saber hacia dónde se va, contar con un muy consistente diagnóstico y con el diseño de las alternativas que se proponen e incluso sus modalidades de implementación. Chacho tuvo unos cinco años para la formación de los cuadros políticos y técnicos que deberían llevar adelante las propuestas. En esto no quiero ser rencorosa, pero voy a dar cuenta de elementos que tal vez favorezcan la evaluación crítica de Chacho. Recuerdo que cuando recién se arma el Frente Grande, en el bar Casablanca, que está frente al Parlamento, estábamos Aníbal Ibarra, Aída Quintar y yo tomando un café. Llega Chacho, y cuando le planteo que hay que formar un grupo para trabajar sobre nuestro proyecto programático, porque era imprescindible dar un debate muy profundo, me contestó algo así como: “No, Alcira; vos, Claudio Lozano, son todos *gurkas*; van a hacer el proyecto para la toma del poder y aquí hay que hacer otra cosa, buscar a otra gente”. De todas maneras, se formó una mesa programática de la cual participé, donde nuestra posición era que el programa del Frente Grande debía tener como base el programa de la CTA, que desde hacía unos tres años se venía consensuando entre ese sector sindical y un conjunto de movimientos y organizaciones sociales. Trabajamos en la redacción

del proyecto, pero luego del primer debate fuerte —alrededor del posibilismo o de los *gurkas*— nunca más fueron a las reuniones y durante seis semanas las fuerzas que apoyaban a Chacho nos dejaron plantados y se terminó la discusión. Es más, fue Marta Maffei, representante de la CTA y vocera de esas fuerzas, quien nos planteó que el programa del Frente Grande no podía ser el de la CTA porque íbamos a llegar al Gobierno y no al poder.

No obstante, existe en la Argentina un gran potencial de recursos humanos y de conocimientos; compañeros muy valiosos con los cuales trabajamos en una propuesta programática con la consigna “Otro país es posible”. Como todos sabemos, mucha gente se dio vuelta y entonces uno tiene amigos comunes con gente que está del otro lado: por ellos supimos que en una reunión de Gabinete, Cavallo dijo “esto me preocupa, porque es serio”. Y en una entrevista radial que me hizo Hadad durante una hora —el de Hadad y Longobardi— terminó diciendo: “Usted sabe que yo no coincido con esa posición; pero debo felicitarlos porque el trabajo que han hecho es serio”. Simplemente habíamos ido recuperando, articulando y sintetizando la masa de conocimientos y propuestas que existen en las distintas áreas. Chacho descalificó esos trabajos, porque no creía en las plataformas programáticas; pero entonces se cae en la política del *happening*: es lo que le está pasando hoy, ya que al no tener una estrategia, una mirada de corto y mediano plazo, una idea acerca de las alternativas posibles, renuncia y hace un gran hecho político, pero al día siguiente no sabe cómo seguir. Él tiene una gran creatividad para concebir hechos políticos más o menos espectaculares; pero también una grave dificultad para insertar esas acciones en un proyecto estratégico. En realidad, lo que ha estado haciendo en los últimos tiempos fue una sucesión de *happenings*. Esto impide formar los cuadros con los cuales puede dar las batallas. En el país hay gente muy formada en los más diversos campos, con rigurosidad, buenas posiciones políticas y trayectorias honestas. Es preciso seleccionar y trabajar con esas personas para formular respuestas consistentes. Ahora, si la concepción es la del *happening*, si no importan las plataformas o los proyectos; si se llega y no se sabe qué hacer ni hacia dónde se va; si no se tiene claro a favor de quiénes se juega y con quiénes se deberá confrontar; entonces necesariamente va a encontrar que los únicos técnicos confiables para el *establishment* son los que juegan para la política del *establishment*. Chacho perdió cinco años; porque en cinco años se forma una fuerza política y se decantan los cuadros y militantes. Pero también había planteado la inconveniencia de la militancia —están las entrevistas con sus primeras declaraciones al respecto—, considerando que en etapas de gobierno la militancia se transformaba en un inconveniente y no en un potencial.

Sucede que no es posible construir una fuerza política si se descalifica a todos aquellos que pueden organizar y dinamizar a los sectores que no es-

tán participando en los cargos electivos. Si no, se concibe la política como algo restringido al desempeño de cargos políticos; y esto es tremendo porque lleva a una aberrante profesionalización de los cuadros. En la actualidad, un concejal o un diputado gana entre cuatro y cinco mil pesos/dólares; un investigador científico del más alto nivel o un profesor titular tiempo completo de la Universidad, rondan con suerte los dos mil. Pero en la gran mayoría de los casos, si estos profesionales políticos dejan el cargo, deberían volver a trabajar como maestros u otras actividades, ganando entre 500 y 1.000 pesos mensuales. En tales condiciones, el cargo político se transforma en un problema laboral; y lo laboral comienza a primar sobre las definiciones y los principios políticos. En síntesis, al no creer en los proyectos estratégicos; al no querer formar cuadros y promover la militancia, y al restringir la política a los profesionales políticos —una profesión que no requiere calificación, porque el profesional plomero requiere calificación y cualquier profesional requiere calificación, pero en el campo de la política actual la mayor calificación es el oportunismo y la capacidad para trenzar— se alimenta una situación en la cual muchos diputados son muy buenos trenzando, pero muy ignorantes. No se trata sin embargo de ser un elitista del conocimiento; sólo se necesita ser lo suficientemente inteligente para saber a quiénes vas a designar como tus asesores. Por supuesto que ni Solanas ni ninguno de nosotros sabía absolutamente nada de petróleo, de energía atómica o de represas hidroeléctricas; simplemente se convocaron asesores que sí sabían, que pensaban políticamente en términos semejantes y además técnicamente conocían esas áreas. Por el contrario, como en la profesión política, la prioridad es permanecer en el cargo, en vez de nombrar a gente con cierta calificación, se nombran a los propios segundos para que se vayan formando en la trenza y les garanticen esa permanencia. Ésta es una lógica que se da en personas que no son corruptas, que no pretenden robar desde los cargos; no obstante, es una grave distorsión del significado de la política y en esto Chacho cayó preso de lo que él mismo había gestado: la profesionalización de los cuadros políticos, con una modalidad en la cual no se puede diferenciar entre quienes se dedican a la política con actitud de servicio y aquellos que buscan una buena ocupación. Esta idea de la política lleva necesariamente a la distorsión de las propias fuerzas y al fracaso de los valores y las aspiraciones más nobles.

Pregunta: Un político radical me dijo que Chacho creó un quiebre dentro del Gobierno. Que en el Gobierno actual, una cosa es con Chacho Álvarez y otra cosa a partir de la renuncia de Chacho Álvarez.

Respuesta: Hay varios aspectos que podemos tomar. El primero hace referencia a lo de *gurkas* y testimoniales. Tales denominaciones hacían referencia a que se iba a plantear una radicalización utópica e irrealizable de

las propuestas políticas; y al ser tan radicalizadas, utópicas y poco creíbles, quedaban como un testimonio pero no servían políticamente para nada. Sin embargo, nosotros en el Frente Grande aportamos a un crecimiento significativo de una fuerza política que pensábamos más similar al PT de Brasil, con la inclusión de sectores sociales y grandes referentes morales, culturales, etc. Por eso, a quien primero se convoca es a Monseñor de Navares y también a Adolfo Pérez Esquivel. Porque considerábamos indispensable contar con referentes a los cuales el poder dominante sabe que no va a poder comprar, asustar o descalificar. Esos debían ser nuestros grandotes con los cuales no se podían meter; no necesariamente para que ocuparan cargos políticos, sino para garantizar la orientación o el proyecto acordado y las reglas de juego de la construcción y las decisiones políticas. Eso fue lo primero que se desintegró. Con respecto a la relación del Frepaso y el actual Gobierno, el tema es que el Frepaso daba el toque de centro izquierda al radicalismo. En realidad, se daba una gran ironía, porque tanto el Frente Grande como el Frepaso habían producido una derrota y una regresión inéditas en el radicalismo: a partir de 1994, el radicalismo era la tercera fuerza. La ironía estaba en que, gracias a una decisión con mucho de ingenuidad —reiterada en la Alianza pero previamente con Bordón— se piensa que esa fuerza política, que mayoritariamente actuó en el Pacto de Olivos, podía conformar una opción de cambio. Por supuesto que en el radicalismo hay mucha gente valiosa, aunque también una importante proporción de otros que tienen compromisos poco claros. Por otra parte, con referencia a las elecciones internas, ya en el caso de Bordón yo le había dicho a Carlos Auyero —nosotros nos habíamos ido del Frente Grande— que en las elecciones internas les iban a poner todo el aparato del PJ para reventar la candidatura de Chacho. Porque hay que saber cómo trabaja el *establishment*.

Alrededor de este tema de cómo trabaja el *establishment*, en mayo de 1994 fuimos a ver a Bernardo Grinspun con motivo del proyecto programático que habíamos elaborado. Lo respetábamos mucho; un yrigoyenista honesto, con un profundo sentimiento nacional y social, además de mucha experiencia y sabiduría políticas. El objetivo era preguntarle cómo ejercen su poder, cómo presionan los grandotes locales y de afuera, ya que él los conocía y los había enfrentado, además de pedirle que evaluara si el proyecto era viable o utópico. Nos dijo que el proyecto era absolutamente viable; pero la cuestión era el tipo de poder político con el cual se contaba para implementarlo. Desde su perspectiva, los grupos económico-financieros habían acumulado mucho poder, pero como eran tan conscientes de la ilegitimidad de lo que estaban haciendo, si se tomaba alguna medida y venían a presionar, solamente era necesario conseguir algo difícil pero no imposible: dos jueces que no fueran corruptos que les hicieran una inspección interna y al minuto estaban dispuestos a negociar. Remarco que era mayo

de 1994 y aún estábamos en una cierta luna de miel en el Frente Grande. Según Grinspun, para ejercer ese poder y esas presiones formulan un análisis muy inteligente de las fuerzas políticas que se les oponen; y como toda fuerza política tiene un núcleo duro —el sector más decidido a llevar adelante determinadas políticas y enfrentarlos—, se dan una estrategia de aislamiento y descalificación de ese núcleo, con el fin de lograr que la fuerza los expulse. Entonces comienza el amansamiento de los otros. Nos planteó que eso fue lo que le hicieron a él y a su sector el Grupo María, integrado por Bunge y Born, Soldati, Macri, Pérez Compagnon y compañía. También nos dijo que eso era lo que nos iba a pasar a Solanas y a nosotros, que él caracterizaba como el núcleo duro del Frente Grande; que nos iban a expulsar. Y, además, que el candidato del *establishment* para ese espacio no era Chacho sino Bordón, porque Álvarez no les daba suficiente confianza. Nos contó que conocía a muchos integrantes de los organismos internacionales, porque había trabajado unos diez años en Washington en el PNUD y enfrentó a los del FMI planteándoles que ellos habían prestado en condiciones leoninas e irresponsables a verdaderos delincuentes, y después pretendían que el único responsable de la deuda era el nuevo gobierno democrático; que por lo menos debían aceptar que eran corresponsables. A pesar de ese planteo le otorgaron el crédito solicitado, aunque comenzaron las operaciones para desplazarlo. Su tesis era que si en la Argentina se construye una fuerza político social con un núcleo duro que resista ante esas operaciones, lo que se puede hacer es impresionante: por ejemplo, recuperar YPF y gran parte del patrimonio privatizado, así como replantear las condiciones y los montos de la deuda externa.

Con esa óptica, remarcó que la clave es la construcción política. Cuando en agosto de 1994 tuvimos que irnos del Frente Grande y cuando en noviembre apareció Bordón, las tesis de Grinspun mostraron su consistencia. Con la Alianza, el Frepaso vuelve a cometer el mismo error de ingenuidad, porque es un error estructural de Chacho, que se liga con su definición acerca de que no es posible enfrentar al *establishment*. Ésta es una crítica acerca de una forma de pensar la política que ha entrado en crisis; y como Chacho en términos personales es honesto —en la construcción política no tanto, porque algunas trampitas nos hizo—, se quiebra; pero se quiebra ante lo que él mismo creó. Éste es el drama de Chacho. Por eso se da otra gran paradoja cuando asume el compañero López Murphy —lo llamo compañero porque creo que nadie en este país hubiera tenido la capacidad de rearticular aceleradamente una fuerza opositora— y el Frepaso hace el acto heroico de retirarse del Gobierno; pero la condición para volver era que ingresara Cavallo: una cosa de locos. Por supuesto que entra Cavallo con todo su apoyo histórico, y a Chacho le ofrecen como función algo así como llevar las cartas al correo. Eso es patético y remite a la misma falla estructural, a una especie de neurosis de destino que lo lleva a repetir el mis-

mo error, derivado de su concepción de la política. En tal sentido, considero que la Alianza no cambió: Chacho era vicepresidente cuando a mí me bajaron el 22 % del sueldo en el Conicet, como un ejemplo de la política que él sustentó hacia sectores de la clase media empobrecida, a la cual pertenezco. Allí ya hubo un cambio de alianzas sociales, y lo que siguió fue meramente la continuidad de ese cambio inicial, la explicitación más transparente del desplazamiento en el carácter de las alianzas sociales: la Alianza no es con los sectores mayoritarios sino con el *establishment* a través de sus cuadros más inteligentes.

Pregunta: ¿Podemos hablar ahora de reforma política?

Respuesta: El tema es que para promover un cambio en serio se necesita una construcción política en serio, con cuadros políticos en serio. Lo cual no quita que se puedan dar ciertos pasos; pero, estructuralmente, el grueso de quienes actualmente ocupan esos cargos están incapacitados, por la lógica de la profesionalización de la política, para promover tales reformas. En el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires se han reducido los sueldos de 8.800 a 7.800 pesos: está bien, pero sucede que el 80% de la población gana menos de 1.500 pesos y el 50% de los asalariados menos de 500 pesos. Entonces esa cifra es sideral, sigue siendo sideral y —conjugado con la crisis de representatividad— está produciendo una peligrosísima descalificación de la política, que puede ser utilizada por la derecha más aberrante. Si en las universidades se toma el promedio de sueldos —desde auxiliares docentes en la categoría más baja hasta profesores titulares de tiempo completo— la cifra ronda los 80 pesos. Lo cual significa que la educación universitaria, uno de los nuevos pozos de petróleo, funciona con un promedio salarial de 80 pesos/dólares. Este cálculo salió en los periódicos y recuerdo que hace un tiempo, cuando se lo conté a un grupo de profesores extranjeros, no lo pudieron creer; y no eran de la Sorbona o de Oxford, sino de Uganda y otros países africanos. En tales condiciones, el otorgar prioridad a la permanencia laboral condiciona y desgasta la voluntad de transformación política. No estoy haciendo referencia a los Alasino y todos esos caracterizados por su grosería total, sino a una lógica de construcción de la participación política. A ello se suma el problema de pretender revertir la corrupción de los políticos, pero no la gran corrupción económica empresaria que hay en el país, donde existen verdaderos delincuentes. Se ha demostrado en Estados Unidos con referencia a John Reed, presidente del Citicorp y a cargo en su momento del crecimiento de la deuda externa argentina. Podría ser acusado como delincuente, aunque él haya preferido afirmar que es un estúpido para salvarse de ir preso. Una cosa rarísima: porque parece que en Estados Unidos, cuando te pescan con las manos en la masa ante un lavado de dinero de esa magnitud en tu ban-

co, te dan a optar: o no lo viste y sos estúpido, o sos cómplice. John Reed pudo optar, declaró que era estúpido y lo dejaron libre.

Pero en el Frepaso estaban obnubilados por voltearlo a Menem, juzgar a los Alasinos, y revertir la corrupción política. Uno también les quería pegar, aunque incluyendo además a Pérez Companc, al Citibank, Telecom, Repsol y la corrupción económica pesada de los últimos veinticinco años: ésa es la diferencia. Y para esto último no se ve hoy una voluntad política ni una construcción política capaz de llevarlo adelante. Porque cuando se hablaba de la construcción de una fuerza política se dio –dentro de la distorsión global– una especial distorsión con respecto a la incorporación de las potencialidades y a la participación de las nuevas organizaciones de amplios sectores sociales. Por ejemplo, a un referente de un asentamiento urbano que puede ser reconocido por unas 2.500 o 3.000 familias, no se lo invita a participar en el centro de las decisiones políticas, sino que se le ofrece un cargo de cuarto concejal de La Matanza. Pero como cuarto concejal de La Matanza queda silenciado, porque por razones de gobernabilidad y similares, la orientación de la fuerza política anula su discurso y cuando se implementan determinadas políticas siguiendo los intereses del *establishment*, se perjudica nuevamente a esos sectores sociales. Como el referente social ha quedado comprometido con esas políticas, pierde credibilidad y, por esta dinámica, la participación de lo social en lo político ha sido arrasadora. Algo distinto sucede si ese referente social participa en el lugar donde se toman las decisiones políticas. De esto hablamos con un referente de un asentamiento urbano de Quilmes, que me planteaba que ellos habían encontrado un techo en el Frepaso: pertenecían a un asentamiento de 2.500 familias y había otras 400 que se estaban organizando para tomar nuevas tierras, pero el Frepaso a través de Flamarique les planteó que no podían hacerlo por eso de la gobernabilidad. Cuando le pregunté a quién representaba Flamarique, me contestó que a la dirección del Frepaso; entonces le reiteré que a quién en serio representaba Flamarique. Porque él era referente de unas 3.000 familias, que por cinco miembros son 15.000 personas; y como Flamarique seguramente no tenía por detrás 15.000 personas organizadas había que preguntarse por qué no estaba él en el lugar donde se toman las decisiones políticas y allí se evalúan las distintas posiciones acerca de la conveniencia o no de tomar las tierras en determinado momento. Lo que pasa es que en esa concepción de la construcción política estaba implícito que Flamarique era un cuadro bien formado, mientras el que vive en un asentamiento es un ignorante. Lo cual reproduce un histórico racismo que viene de suponer que los morochos son “faltos de razón”, como los españoles calificaban a los indígenas. Es posible que ese referente no tenga conocimientos técnicos o intelectuales, pero es un militante que sabe muy bien dónde está parado y a quién responde; por lo tanto, hay que apoyarlo a través de un diálogo, de un intercambio de ideas

—y no bajarle línea desde las alturas del conocimiento— para articularlo en un proyecto; porque es un cuadrado político aunque no sea doctor.

Pregunta: Sobre liderazgos, referentes y operadores.

Respuesta: Si se percibe, por ejemplo, la modalidad de construcción del zapatismo, allí se ven liderazgos, inteligencia y, sobre todo, grandeza. En el momento de máxima presencia de Marcos a nivel mundial; cuando estaba en todos los medios de comunicación y hablaba por teléfono a la Plaza de Mayo; cuando se les permite que vayan al Parlamento mexicano y el presidente Fox esperaba sacarse la foto con Marcos —y eventualmente quitarle el pasamontañas— se encontró con unos diez o quince indígenas diciendo: “Nosotros somos los comandantes, Marcos es el subcomandante”. Hay que tener mucha grandeza e inteligencia para hacer eso, y creo que no es precisamente la característica de nuestros líderes mediáticos. El problema es que la gran mayoría de los “referentes” y sus “operadores” no saben y no quieren trabajar entre iguales, a diferencia de Marcos, que trabaja entre iguales y con una lógica similar a la del *primus inter pares*, el primero entre los pares. Cuando se trata del primero entre los pares, la decisión es colectiva y luego, en cada momento o coyuntura, se define quién conviene que sobresalga entre esos pares. Por el contrario, cuando la dinámica de construcción es alrededor del “referente” la decisión en última instancia es individual y eso necesariamente crea un entorno, donde todos tratan de decirle la última palabra al “referente” para que tome determinada decisión. Por eso es peligrosísimo: todo liderazgo individual, carismático o no, lleva necesariamente a la conformación del grupo de los obsecuentes, que son los que permanecen porque bancan todo mientras se va expulsando a los mejores cuadros, a los que no bajan así nomás la cabeza, a los que defienden sus ideas o a los que no necesitan un cargo político como empleo. Habría que aprender de la infinita sabiduría de esa gente “faltos de razón” como son los indígenas zapatistas. El Frente Grande surgió en octubre de 1993, tres meses antes de aparecer el zapatismo en enero de 1994. El Frente Grande tuvo una gran presencia nacional en abril de 1994, tres meses después del surgimiento del zapatismo. Se puede evaluar entonces qué pasó con el zapatismo y qué pasó con el Frente Grande. Si no se sopesan esos errores, si no se tiene la grandeza de saber trabajar entre iguales, creo que la crisis de la política se va a seguir profundizando. Lo cual no quita que Chacho pueda utilizar el corazón, pero también hay que tener responsabilidad política; él generó grandes expectativas y no estamos jugando a la mancha venenosa. Es una buena persona y por eso se retira por un tiempo o da un paso al costado de la política, seguramente muy desgarrado. Porque todos tenemos una responsabilidad histórica en los comportamientos, en las formas de construcción y en las modalidades de superación de los

conflictos. La política siempre va a tener conflictos, porque no es una ciencia exacta: cada día, cada coyuntura –aunque se tengan los grandes lineamientos estratégicos trazados– siempre plantean por lo menos dos o más alternativas y, por lo tanto, siempre va a haber conflicto. La política supone constante conflicto y debate. El problema no es anular el conflicto sino establecer reglas claras acerca de las formas de resolución del conflicto. Chacho tenía una forma predominante de resolución de los conflictos que era la imposición de su punto de vista, y al que no le gusta, se va. Pero uno a veces se equivoca. Cuando la forma de resolución de los conflictos es una discusión colectiva, se puede meter el dedo en el ojo o tirar del pelo; pero las decisiones surgen de un debate franco, exigente, amplio, participativo, y las posibilidades de error son menores. Esas actitudes de “referente” se reiteraban en Chacho y lo enfrentaron con las dificultades de una constante creación y ruptura de las fuerzas que integraba.

Pregunta: Sobre la Convertibilidad.

Respuesta: Ante la pregunta acerca de si la Convertibilidad es un problema de la gente sencilla, diría que no necesariamente; porque en ese caso ya la hubieran eliminado. Convertibilidad significa que no es posible emitir más billetes que el monto en dólares que se tiene como reservas. Otra cosa es el tipo de cambio, la relación entre el valor del peso y el valor del dólar; y la pregunta sería: ¿a quién favorece este tipo de cambio con un dólar tan subvaluado? En primer lugar, a los acreedores de la deuda, porque un dólar barato permite garantizar una mayor recaudación en dólares. Por otra parte, a las empresas privatizadas que tienen mercados cautivos y las tarifas en dólares más altas de América, y casi diría del mundo –en peajes, teléfonos, etc.– obteniendo beneficios gigantescos. También, por las mismas razones, a los sectores financieros: si uno compra una licuadora a crédito en Nueva York paga un 8 o un 9% anual en dólares, mientras en Argentina ese interés es de aproximadamente un 50%. Además, debe considerarse que los grupos económico tienen una deuda privada que ronda los 60.000 millones de dólares y una devaluación los golpearía seriamente. Por lo tanto, estos sectores se niegan a cambiar la paridad. Y no son precisamente gente sencilla. Para la gente sencilla se puede plantear una política de precios relativos –por ejemplo, mantener los salarios a valor dólar y el pago de servicios a valor pesos– de modo tal que no sean nuevamente las mayorías sociales las que paguen el costo de la salida de este tipo de cambio. El problema es determinar quién paga los costos de la devaluación, e históricamente se los han hecho pagar al grueso de la población. Si se establece un impuesto a las ganancias extraordinarias de determinadas empresas y grupos económico financieros; si se cobran los impuestos a los grandes evasores, y si se establece una política de precios relativos; la de-

valuación no tiene por qué afectar negativamente a la gente sencilla. Éste es una vez más un problema de decisión política y no meramente económico. No es por casualidad que la Unión Industrial Argentina ha comenzado a enfrentarse con esos sectores, dado que en el país no se puede producir ante la explosiva combinación de un dólar subvaluado en más de un 100 %, tarifas elevadísimas en los servicios privatizados y créditos financieros con tasas que son de las más altas del mundo. Como consecuencia, un par de zapatos o algo similar, con sólo cruzar la frontera cuesta menos de la mitad en dólares que producirlo en el país: ello no se debe a una utilización de tecnologías de avanzada o a una supuesta competitividad, sino simplemente a un tipo de cambio distorsionado. Por eso la producción en la Argentina es inviable, salvo para los sectores muy protegidos como algunas empresas de Macri o Techint que antes mencioné. Que el tipo de cambio afecte o no a la gente sencilla, depende de una decisión política semejante a la que se tomó entre bajar los salarios del sector público o cobrarle a Bulgheroni los impuestos que debe.

Por lo demás, no es cierto que este tipo de discurso alternativo no esté presente, lo que sucede es que no tiene una fuerza política por detrás que lo pueda potenciar. Discurso alternativo hay y de muy buena calidad: entre otros, Alejandro Olmos realizó una increíble tarea durante años, denunciando la ilegitimidad de la deuda externa y, poco antes de su muerte, esa tarea culminó en un dictamen del juez Ballesteros que confirmaba sus denuncias; lo cual habla de una gran calidad y capacidad técnica. Lo que escriben Eric Calcagno y su hijo acerca de la deuda externa y otros problemas de la macroeconomía, como la salida de la Convertibilidad, es de un nivel reconocido internacionalmente. Lo dramático es que las actuales fuerzas políticas mayoritarias liquidaron el espacio que tenía la posibilidad de convocar e impulsar ese discurso. Si desde 1994 se hubiera seguido promoviendo una propuesta y un discurso crítico junto a la construcción de una fuerza político social más parecida al PT que a un partido electoralista, las condiciones en las cuales se llegaba a 1999 hubieran sido muy diferentes. En tal sentido, las fuerzas políticas que sustentaron el discurso del famoso único camino tienen una gran responsabilidad, vinculada a la carencia de voluntad política e intelectual que permitieran llamar a las cosas por su nombre: porque ese único camino y la globalización que nos vendieron conformaron un proyecto de saqueo delictuoso de este país. Los ejemplos sobran. A la señora Amalia Fortabat en la construcción de Yacyretá, además de pagarle el cemento cual si fuera polvo de oro, se le otorgó un premio, un subsidio a las exportaciones, por "exportar" cemento desde Olavarría en la provincia de Buenos Aires hasta Ituzaingó en la provincia de Corrientes: está certificado y eso se llama saqueo, delito. El Frepaso siempre insistió en que había que garantizar la continuidad jurídica porque si no, no seríamos confiables. Pero si son delincuentes, lo que se legitima

es el delito, y en esto hay una gran responsabilidad, especialmente de los políticos que provenían de aquello que se llamaba campo popular.

Al respecto, quisiera resaltar que el discurso hegemónico es de una endeblez profunda. Reconozco que soy un poco audaz porque hace unos años me invitaron a una mesa redonda en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de La Plata sobre temas de economía argentina, que estaba integrada por Sturzenegger y yo. Por supuesto, estaba asustada al tener que discutir de economía con este economista del *establishment* y sus doctorados; pero juro que nunca me choqué con alguien tan bruto en las cosas que decía: por ejemplo, que los países que a fines del siglo XIX y principios del XX no habían adoptado modelos liberales, quedaron gravemente retrasados, como lo demostraba el caso de África. Ante eso le pregunté si nunca había escuchado hablar de una cosa que se llamaba colonialismo; que las potencias capitalistas llegaban con sus ejércitos, ocupaban esas regiones, las expoliaban sin ninguna retribución; y que eso había durado hasta fechas tan cercanas como 1960. Llegó un momento en que no quise seguir porque me daba vergüenza ajena; el público empezó a reírse y me produjo un gran pudor: apenas lo sacabas del versito trastabillaba en una ignorancia para mí inesperada. Como contracara, los diputados Carrió y Gutiérrez están demostrando un fenómeno que da cuenta hasta dónde ha sido corrupto este modelo y por qué es inviable. Con respecto a la inviabilidad, puede ser posible sostener un modelo socioeconómico que tenga un 30 % de población marginada, si el otro 70 % está integrado y actúa como contrapeso; es muy injusto pero viable, como fuera el caso de Brasil durante larguísimo tiempo. Pero un modelo para el 10 % o el 15 % que perjudica gravemente al 85 % restante, como es el que hoy rige en la Argentina, no se puede sostener a mediano y largo plazo. La política económica no solamente arrasó con los sectores trabajadores y una gran parte de las clases media, sino también con la clase media alta.

El ejemplo de Mendoza muestra la destrucción de las grandes burguesías provinciales y explica por qué un partido conservador como el mendocino sale a la pelea contra este modelo: el diputado Gutiérrez es una persona honesta, representante de una amplia franja de clase media y media alta de provincia, afectada duramente por el modelo. Lo respeto mucho y señalo el hecho de que sea un "ganso" conservador, para dar cuenta de la complejidad que presenta la situación política. Por encima de estos aspectos poco auspiciosos —dado que son pocos los diputados con voluntad política en serio—, creo que en la Argentina existe una gran potencialidad, ya que durante mucho tiempo se han ido armando agrupamientos y organizaciones entre los golpeados, aunque de manera atomizada: los jubilados; los maestros; los productores regionales; las mujeres de campo con sus tractores; los asentamientos urbanos y los piqueteros; las clases medias y medias altas provinciales acosadas; las redes de trueque; los organismos de dere-

chos humanos, y muchísimas experiencias más. En algún momento todo eso tendría que confluír en un proyecto alternativo común, capaz de articular sus diferencias y construir una fuerza político social suficientemente significativa como para reorientar el destino del país. La gran pregunta es cómo se construye esa fuerza política y social frente a la inteligencia y a la capacidad del *establishment* para ir generando sus recambios, que es lo que ha podido lograr hasta ahora: no olvidemos que el Frente Grande surge como una fuerza crítica y termina convertida en el recambio del sistema, ante un menemismo que ya estaba agotado y no les servía más.

Pregunta: Sobre el futuro de América latina.

Respuesta: Ante todo, se requiere hacer una convocatoria para un debate riguroso acerca de las alternativas que tiene la Argentina en el contexto de América latina y del escenario internacional. Evaluar los potenciales e interrogantes planteados por la Revolución Científico Tecnológica; las complejas tendencias mundiales y el papel real de Estados Unidos; si estamos en un mundo unipolar o policentrista y cuáles son las relaciones que se están instaurando entre los nuevos polos como China, la Unión Europea, Rusia, el mundo islámico. En síntesis, un diagnóstico consistente que permita evaluar las posibilidades de la Argentina y de América latina en esta nueva edad de la historia. Porque si bien ningún país latinoamericano tiene los recursos humanos y materiales para entrar en ciertas áreas de desarrollo de las tecnologías de avanzada, el conjunto de las universidades y los sistemas científico técnicos del continente sí la tienen y es posible ingresar en la dinámica de producción de determinados nichos de avanzada a través de una integración horizontal. El segundo gran tema es la forma de construcción de una fuerza político social, estableciendo muy claramente cómo, dónde y quiénes toman las decisiones. A partir de ese encuadre global, se formulan los lineamientos de un proyecto estratégico que contemple la viabilidad de un nuevo modelo de sociedad y Estado y de las formas de construcción y participación políticas, en las cuales los representantes o delegados deben estar sometidos a un muy estricto control por parte de los representados. Y en este sentido, en política debe acabarse con el catolicismo laico; porque siendo católico, uno puede cometer un buen desmán, se confiesa y queda cero kilómetro. Aplicado a la política, ese ritual se llama autocrítica: los políticos o dirigentes hacen cualquier desmadre, a continuación se autocritican y, como supuestamente quedaron en cero kilómetro, pretenden volver a ponerse primeros en la fila. Por eso, en política hay que ser protestante: todo te queda en el currículum, no se perdona nada; y en la construcción de esa fuerza política hay que presentar el currículum para que todos lo conozcan.

Para terminar, sí creo que hay que ser un poco católicos en términos de

la orientación de la historia. La Iglesia tuvo, tiene y tendrá sus problemas; lo que no se le puede negar es la envidiable capacidad que en el curso de 2.000 años le permitió hacer un análisis de las tendencias terrenales, para adaptarse al curso de la historia. Así lograría sobrevivir al Imperio Romano, a las invasiones bárbaras, al feudalismo, al capitalismo y al socialismo. Si el Papa dice que hay que plantear el jubileo de la deuda externa y buscar un camino distinto, yo creería que la historia está orientándose por ese camino. Además, todo indica que América latina está comenzando a moverse, y este continente siempre ha actuado en forma sincrónica, desde la Independencia hasta nuestros días. Las manifestaciones políticas y sociales entre los mexicanos, los brasileros, los ecuatorianos, los bolivianos, entre otros, anuncian que se abre una nueva etapa, un escenario político novedoso en el cual nosotros estamos un poco atrasados. Lo cual no significa que determinados acontecimientos –o la participación de algunos compañeros como López Murphy– que son azares de la historia o factores inesperados, no aceleren la conformación de ese espacio que permita unificar a las organizaciones atomizadas y generar una opción política contundente. Pero se requiere un debate en profundidad para no volver a cometer esos errores estructurales de concepción y construcción política, que fueron armando la crónica de un fracaso anunciado.

VIII

PERSPECTIVAS FUTURAS DEL SISTEMA PARTIDARIO ARGENTINO

TORCUATO DI TELLA
31 de mayo de 2001

Estuve viendo la desgrabación de las exposiciones de Chacho Álvarez en este seminario. Él básicamente lo que se plantea es qué capacidad tiene, tuvo o podría haber tenido la Alianza para hacer un programa de reformas sociales progresistas, que impliquen más desarrollo económico, más distribución igualitaria, más derechos humanos, más seguridad, más libertades públicas. Y eso parece que no se consiguió, ¿pero por qué no se consiguió? Sin duda que para poder cambiar en alguna medida la sociedad se necesita acumular poder político. Ahora, ¿sobre qué bases puede uno acumular poder político? Una, el voto. Hay votos, un partido o una alianza saca la mayoría y en función de eso gobierna. Es una forma de ejercer poder, pero no basta. El voto es una condición necesaria pero no es suficiente. Para gobernar se necesita algo más, tiene que haber una organización partidaria fuerte, que pueda movilizar a las masas, con participación, de manera que haya una presión de la opinión organizada y ya no sólo expresada en el voto. Pero tampoco es suficiente. Porque para gobernar esta sociedad salvaje, mala, como todas las existentes, se necesita hacerlo con los grupos corporativos. A esta mala palabra hay que entenderla. Porque ¿qué son los grupos corporativos? Son los empresarios, grandes, medianos, rurales, industriales, nacionales o extranjeros, financistas o no; y también las organizaciones populares que son básicamente los sindicatos y otros organismos cercanos a los sindicatos, como pueden ser organizaciones de habitantes de localidades, más bien tipo villas miseria u otros grupos de tipo organización popular de base, que son también considerados grupos corporativos, o sea, que expresan intereses colectivos de gente que tiene una organización especial y una capacidad de financiarse. Éste es el revés de la

trama de la democracia. La democracia no es lo que pretende ser. La democracia no es un hombre o una mujer un voto. La democracia es más bien una corporación un voto. El sistema democrático donde existe realmente, donde funciona mejor, en realidad es en un sistema corporativo. El sistema corporativo a los sectores de la burguesía que son una minoría, les da una equiparación de voto a los sectores populares. Ésta es la teoría corporativa, que el fascismo en teoría habría aplicado, aunque de hecho era una dictadura simplemente.

Según los teóricos corporativistas, en el sistema de los partidos políticos no hay una verdadera representación orgánica, la gente no conoce de qué está hablando, los partidos políticos son grupos competitivos demagógicos, mejor que eso es la organización por grupos de interés. En estos grupos de interés cada uno tiene su organización: sindical, empresaria, profesional, los médicos, cada uno de ellos tiene una representación en un parlamento que representa esos intereses, proporcionalmente no al número de sus miembros sino a su peso, representación cualitativa como se dice a veces. Teoría corporativa que no sólo fue expresada por el pensamiento fascista sino que viene de mucho antes, del pensamiento católico tradicional e incluso es una variante del pensamiento liberal y hasta progresista. El sociólogo Émile Durkheim tiene una muy conocida introducción al libro *La división del trabajo* que propone un sistema de representación corporativa al que considera más realista, más representativo de las fuerzas sociales reales. Escrito en 1902, no tiene nada que ver con el fascismo.

Yo no estoy proponiendo eso, pero lo que estoy diciendo es que las democracias donde funcionan, funcionan porque de hecho son corporativas. La burguesía tiene la mitad del parlamento y los sectores populares la otra mitad: derecha e izquierda. Lo que pasa es que la burguesía convenció a una mitad de la población a votar por ellos. ¿Por qué? Porque tienen una serie de ventajas, empezando por recursos económicos. El hecho es que lo consiguen. Y si la cosa no se desmadra es porque hay un equilibrio entre los sectores capitalistas y los sectores populares. Es interesante lo que John Stuart Mill, pensador liberal progresista del siglo XIX, decía acerca del voto. En esa época en Inglaterra no había voto universal, el voto estaba reducido a la clase media y a un sector popular un poco más acomodado. Mill consideraba que era mejor que todo el mundo vote, así todos se van a sentir partícipes, pero si todo el mundo tiene igual voto siempre van a ganar los pobres contra los ricos, porque hay muchos más pobres que ricos. Eso es malo porque los sectores propietarios no van a jugar el juego, viendo que pierden, van a patear el tablero. Nosotros interpretaríamos, golpe de Estado. Además, aunque no lo hicieran, Para Mill un excesivo dominio de los sectores populares sobre las clases que están responsabilizadas de la acumulación de capital, no es bueno para el desarrollo económico. Lo que él decía es que hay que dar un voto pero distinto. El individuo que tiene

cierta posición educativa o profesional u ocupacional como empresario debe tener más votos, entonces se va a equilibrar la cosa.

Esto nunca se aplicó realmente. En Inglaterra de hecho los pobres no tenían voto. Muy lentamente fue incorporándose la clase popular. Lo que pasa es que la predicción de Stuart Mill de que en libertad de expresión los sectores populares siempre sacarían mayoría estaba equivocada. Primero, porque hay mucha clase media en los desarrollos económicos más o menos dinámicos de los países avanzados y de los no tan avanzados. Los obreros respecto de los burgueses y la clase media no son tantos más, y además la burguesía se las arregla, sin necesidad de apelar al sistema corporativo, para, primero convencer a la gran masa de la clase media, que son el famoso almohadón aristotélico, y además a una buena cantidad de la clase obrera, a que voten por ellos. Entonces, la derecha, aunque está basada en un 5 o 10 % de la población que es la que realmente maneja la economía y además al partido conservador, se las arregla en un sistema democrático para conseguir el voto del 40, 50 % de la población. ¿Y del otro lado qué es lo que hay? En los países más o menos urbanos hay una clase obrera organizada, con obreros más o menos calificados, más un cierto sector de la clase media progresista y además grupos intelectuales. Pero ahí hay sólo una minoría: la clase media. Porque si no, la derecha de dónde saca los votos. Se forma entonces, contra la derecha moderna, una izquierda de tipo laborista o socialdemócrata. Incluso en Estados Unidos su equivalente es el Partido Demócrata, que no es precisamente socialista, pero se parece a los partidos socialistas moderados. Pero a Estados Unidos dejémoslo, después vamos a volver en todo caso.

Éste es el sistema realmente existente en la democracia. Los partidos son, o bien un partido conservador o una alianza, que consigue votos pero que tiene la plata y además apoyos estratégicos en las fuerzas armadas y en la Iglesia. Porque no vayan a creer que en esos países las fuerzas armadas no tienen nada que ver. Lejos de eso, son una importantísima garantía del sistema capitalista. Y si empieza a haber líos se meten, como en Francia en la época de De Gaulle, por más tradición democrática que tengan. Lo que pasa es que en general no se meten, pero siempre están ahí atrás. Y lo mismo la Iglesia, aunque es más diversificada. Esto es una interpretación no diría crítica, tampoco quiero decir cínica de lo que es la democracia realmente existente. Uno puede decir "esto es una porquería", pero, ¿qué es mejor? No hay nada mejor, entonces veamos cómo se puede mejorar el sistema.

¿Cómo volvemos al Chacho? Veamos. Cuando se formó la Alianza ella no tenía el apoyo de la burguesía. El gran empresariado nacional y extranjero no estaba con la Alianza, algunos sí, pero la mayoría estaba con Cavallo o eran menemistas. Habían apoyado el peronismo menemista, tapándose la nariz porque habían sido claramente antiperonistas. Después vamos a ver cómo se explica este fenómeno menemista de tener bastante

apoyo en el gran empresariado y también en el sector sindical, lo cual es bastante poco común. En el mundo en general se tiene apoyo o de un lado o del otro lado, de los dos no se puede, salvo que sea un país muy subdesarrollado, o que está en un período posrevolucionario. Por ejemplo, en México el PRI durante su época de oro allá por los años treinta, cuarenta, la época de Cárdenas y después. La burguesía mexicana fue creada por la revolución que además liquidó la clase alta tradicional, entonces el PRI consiguió el apoyo no sólo de los políticos y militares revolucionarios (que no eran militares de profesión) sino de la burguesía que se estaba formando. A eso se sumaba la clase media, los profesionales, los obreros y los campesinos. Todos estaban adentro del PRI. ¿Y quién no estaba? Bueno, para empezar, sectores de la derecha, católicos y otros reaccionarios que habían perdido mucho con la revolución, pero que no tenían mucha fuerza electoral. Y en la izquierda había grupos chicos y una clase obrera más bien débil porque el país era muy poco desarrollado. La integración en el mismo partido de grupos de la burguesía y de la clase obrera en general es muy difícil. Es más, no hay ningún caso de un país desarrollado en cuanto a grado de urbanización, educación, comunicación, donde eso se dé. Y si se ha dado en algún caso, es muy ocasional, como en el menemismo.

Esto que estoy diciendo sobre la estructura de los partidos muchos colegas no lo aceptan. Dicen: "Eso era antes, había lucha de clases, había ideologías, ahora ya no, ahora todo es lo mismo, los partidos son todos grupos de profesionales de la política que uno contrata a Agulla, otro a Pancho Dotto, y así convencen a la gente que son mejores, tienen más pinta, se ríen mejor, pero en el fondo es todo lo mismo. Algunos dicen que no hay clases sociales, lo que es bastante extraño, parece un chiste. O que hay clases sociales pero no se expresan políticamente. Todos los partidos serían policlasistas, todo es una mezcla.

Yo creo que eso no es cierto. Lo que pasa es que el clasismo puro nunca existió, en que todos los burgueses votan por un partido y todos los obreros votan por el otro. Primero, porque si eso fuera así los obreros siempre ganarían, lo que nunca ocurrió. Además, Karl Marx tampoco pensó que eso iba a ocurrir, en su época. Por eso es que describió cosas como la fuerza del conservadurismo o la fuerza del bonapartismo. Es cierto que en algunos momentos hay más contraste de clases que en otros, eso sí. Pero una nítida distinción de clases nunca se ha dado, y mucho menos en la Revolución Rusa o en la China o la Cubana.

Volviendo al conservadurismo moderno, hay que decir que no es cavernícola, pero tiene un sector cavernícola. El partido conservador necesita un sector cavernícola, porque como hay bastante gente que es cavernícola es mejor que estén en un partido conservador básicamente moderado, y no todos juntos en otro lado tirando bombas. Y en el partido popular democrático tiene que haber un grupo que no sea tan democrático, que crea en

la revolución. Eso es lo que ocurre generalmente. Ahora los que ya se pasan forman otro partido afuera. El partido conservador es un partido policlasista si quieren, porque tiene el 80 % de la clase alta, una mayoría de la clase media quizás un 60 o 65 % y un minoría, 10 % o algo así, de la clase obrera, que son lo que los ingleses llaman *working class Tories*, que son obreros que creen que hay un líder de derecha que es un buen tipo, que sabe, mientras que los otros son corruptos, abusivos, o porque quiere ascender socialmente o por motivos religiosos. Los partidos conservadores son, estadísticamente hablando, policlasistas, pero los que mandan son los de arriba. Lo cual no quiere decir que todos son de arriba; están los de clase media que son los profesionales de la política: Margaret Thatcher no era una persona de clase alta. Y el partido popular también es policlasista porque tiene obreros, tiene campesinos (pocos) y tiene bastante gente de clase media educada, intelectual. Y cuando se mide la clase social por la educación, lo que es un error bastante habitual, entonces sí hay mucha gente de "nivel alto" en un partido de izquierda, porque se está equiparando al gerente de Coca Cola con un profesor de la FLACSO.

La política es una contraposición de grupos de poder, pero no sólo burgueses sino también populares organizados, que existe con bastante peso en las democracias realmente existentes. Éstas no son lo que pretenden ser, pero tampoco son una apariencia, una farsa, ni todo es del dominio de la burguesía. Se acerca bastante a ser del dominio de la burguesía, pero no totalmente. Y sobre ese "no totalmente" hay que jugar, en una cancha embarrada, y además empinada. No hay otra. Si a uno no le gusta eso, hay que hacer una revolución social, lo que no es fácil, y además a menudo después estamos peor que antes. Pero en la mayor parte de los casos no se puede hacer la revolución. Esto no quiere decir que terminaron las ideologías. Yo creo que lo que ha caído no es el socialismo, que nunca existió en la Unión Soviética ni mucho menos en China, sino que se trataba de regímenes terroristas, como Massera pintado de colorado, eso era el llamado comunismo. Entonces, si eso cayó a mí qué me importa. Cayó una ideología criminal, con gente que no eran criminales pero creían quizá de buena fe en una cosa que era horrorosa. No acabó la ideología, acabó la borrachera ideológica.

Entonces, para volver a lo que decía al comienzo: con el voto no se gobierna. Con una organización partidaria de masas más el voto, tampoco es suficiente. Se necesita, además, un grupo corporativo, o los empresarios o los sindicatos. Punto. Si uno no tiene ninguno de los dos no puede gobernar bien, porque va a estar pataleando en el aire y lo van a golpear desde la derecha y desde la izquierda. Y digo la izquierda en forma un poco provocativa porque la izquierda real está formada por los grupos sindicales, no por los estudiantes, aunque éstos pueden pertenecer también a ella si han tomado buenos cursos de sociología (histórica).

Vamos acercándonos a la Argentina. ¿Pero, qué modelos hay? La Alianza no tuvo el apoyo de la gente de la gran burguesía, que ha odiado y temido al peronismo y ha despreciado al radicalismo. Al peronismo la clase alta le ha tenido miedo y odio, aunque después hayan hecho las paces (relativamente hablando). Y el peronismo le ha tenido odio y ha amenazado a la clase alta. Eso antes se llamaba lucha de clases. Yo lo sigo llamando lucha de clases. Por supuesto que no es la lucha de clases clásica, si es que alguna vez existió, y tampoco es la fantasía de los ideólogos supuestamente de izquierda, que de hecho ignoran el marxismo.

¿Qué hacer entonces? Es medio difícil. Yo creo que vino bien la victoria de la Alianza y la estrategia de aliarse desde una izquierda en formación, que es lo que dice Chacho en su presentación, para vencer al menemismo. Estuvo bien, fue útil. Él dice, la alternativa para una izquierda moderada, reformista, como podría ser la gente que convergió en el Frepaso, la alternativa habría sido quedarse afuera esperando, mirando.

Sin embargo yo no estoy tan convencido de que había que hacer cualquier cosa para ganarle al menemismo, como si éste fuera la calamidad máxima, tipo fascismo, que justifica que se haga cualquier cosa para derrocarlo. No lo creo. Porque bien puede haber un proyecto de reforma social de tipo socialdemócrata (que es la única versión realista del socialismo) que necesite tiempo para ser preparada. Por ejemplo, en Brasil hacia el año 1980, hace veinte años, había unos cuantos muchachos trabajadores de grandes empresas metalúrgicas que se decidieron a renovar el sindicalismo dentro de su esfera de acción, y enseguida consiguieron el apoyo de grupos de izquierda marxista y católica. Se largaron con un partido, el Partido de los Trabajadores (PT), y sacaron el 2 % de los votos. ¿Estaban perdiendo el tiempo? No, porque siguieron trabajando, y después de unos cuantos años sacaron el 15 %. Y después se juntaron con otros populistas de izquierda y formaron un polo alternativo a la derecha. Ahora está de nuevo Lula con su partido, que como ocurre en general está evolucionando en sentido reformista y tiene muchas posibilidades de ganar la elección. Y si no, por lo menos es un gran partido. Sumó el 30 o 40 % de los votos, y no estaban financiados por la fundación Ford ni por gente de dinero local, aunque ahora parece que consiguieron a esa señora de bastantes recursos, Marta Suplicy. El PT es un partido de izquierda generado desde abajo, que no emergió simplemente de una elucubración intelectual, aunque también tenía intelectuales. En un partido de tipo socialdemócrata como de hecho ya es el PT es lógico que haya un grupo más radicalizado y que no cree mucho en la democracia burguesa.

En la Argentina lo más cercano al PT en términos de apoyo social es el sindicalismo realmente existente, por más caudillista y corrupto que sea. Es lo más cercano. No digo que es lo mismo.

Lo que quiero decir es que el peronismo no es el fascismo, ni mucho

menos que es la derecha. Yo hace tiempo que llamo la atención sobre lo raro que es que en la Argentina no haya un partido de derecha claro, autoasumido como tal, y con capacidad de ganar elecciones. Pero algunos amigos me dicen, por ejemplo, cuando ganó Menem en 1989, “¿cómo que no hay un partido de derecha, hay tres partidos de derecha. La Ucedé; Angeloz, que es la derecha del radicalismo, y Menem, que es la derecha del peronismo, son tres partidos de derecha. Y la derecha si no tiene partido no importa, gobiernan a través de los militares o de colonizar a los partidos populares. Es cierto que hacen eso, pero no es una forma muy buena ni siquiera de defender sus propios intereses. Hay quien dice que la oligarquía argentina es particularmente cerril, reaccionaria, mentalmente cerrada. Yo creo –aunque sea poco *politically correct* decirlo– que eso no es cierto. Porque ¿con quién la comparan? ¿Con la oligarquía chilena? ¿Ustedes piensan que la oligarquía chilena es muy piola? ¿O que la oligarquía brasileña son tipos que se desviven por el bien de la humanidad? ¿O que la burguesía italiana son unos verdaderos caballeros? De ninguna manera. El hecho de que acá no hayan podido formar un partido político no es porque no hayan tratado, es por diferentes razones que ahora sería largo tratar. El hecho, de todos modos, es que no hay un partido de derecha que tenga identidad, que sea apoyado y amado por las clases altas, como el partido conservador inglés. El peronismo no lo es, claramente no lo es. El radicalismo tampoco. Cavallo, sí, Cavallo claramente es eso, y lo mismo lo que queda de la Ucedé, el Partido Demócrata de Mendoza, todos sumados tienen apenas un 10 % de los votos. Entonces esto me lleva a la temática del partido de la derecha sobre el que después voy a volver, porque yo creo que es importante. Es cierto que yo debería estar hablando de la temática de Chacho Álvarez, que es la del partido de la izquierda. Pero las dos cosas tienen que ver, porque en vez del partido de la izquierda y el partido de la derecha, tenemos el partido de centro que es el radicalismo y el partido populista, que es una cosa rara, pero que se parece mucho más al partido de la izquierda que al partido de la derecha. No se vayan a creer que en España el Partido Socialista, o el Nuevo Laborismo de Tony Blair, son cosas tan fantásticas, lejos de eso, y en algunos de ellos hay bastante corrupción. Entonces juzguémonos a nosotros mismos en función de lo que existe en el mundo y no de lo que puede existir en la imaginación.

Ahora bien, la Alianza obviamente se está orientando para la derecha, aliada con el partido de la derecha, que no tiene votos, pero que tiene pesos, que es el partido de Cavallo o de sus equivalentes. Es una alianza implícita, recién está empezando. No sé si es una alianza muy sólida. Más bien yo creo que no, tan es así que Cavallo ha estado jugando también con los peronistas. Para adelantar algunas de las cosas que voy a decir al final, la izquierda o se basa en el peronismo o no puede ir a ningún lado. Para que no digan que todos los ejemplos que doy son de países centrales impe-

rialistas, vamos a ir a Chile. La diferencia entre los países centrales y los países periféricos es grande pero no es tan abismal como para que lo que allí ocurre no nos sirva de punto de comparación. De todos modos, es bueno tener un caso como Chile, país bastante parecido a la Argentina, donde hay una derecha y una izquierda, pero no es una cosa reciente, es una cosa de hace 150 años. Hay una derecha, que en este momento son dos partidos con nombre de fantasía, que sumados con otros partiditos, casi ganan la elección última y siempre andan en el 40 %, pero ya desde antes de Allende, cuando tenían el Partido Conservador y el Liberal, aliados casi siempre. Entonces en Chile hay una derecha clara, los habitantes de los *country clubs* votan todos por la derecha y la aman, la quieren, la alimentan, militan en ella. Y por el otro lado hay una izquierda, o mejor dicho un centro izquierda, que es el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Socialista. El Partido Comunista, que antes era muy fuerte, ahora por seguir una línea muy radicalizada quedó afuera. Tiene el 3 % de los votos.

Una cosa interesante es que esto de que se acabaron las ideologías no es cierto, y tampoco se acabaron los extremismos. Oscilan. En general en los países más prósperos hay menos extremismo, aunque ahora lo que hay es extremismo de derecha. Pero en los países de alto desarrollo en general todo el mundo es de mentalidad centrista, pero no hay un partido de centro importante. Lo que hay es un partido (o coalición) de centro derecha y un partido (o coalición) de centro izquierda. A nivel de las ideologías esos partidos son bien distintos, pero en cuanto a los proyectos que pueden llevar realmente a cabo, no hay muchas diferencias. Es que todos somos colonias del gran capital internacional. La primera colonia del gran capital internacional es Estados Unidos. Nosotros no somos colonia de Estados Unidos, somos colonia del gran capital internacional.

En Chile la que gobierna es la alianza de los demócrata cristianos y los socialistas, que eran los grandes adversarios, enemigos en realidad, durante un largo período de la democracia previa a Pinochet. La Democracia Cristiana dio su apoyo al golpe, y era la oposición principal contra el socialismo. Ya antes, en 1964, con Frei (padre) había recibido el apoyo de los conservadores, convertida en baluarte contra la izquierda marxista. Y ahora están colaborando, parecía imposible y sin embargo están colaborando.

En Italia, el Partido Demócrata Cristiano mayoritario por décadas, con un sector de derecha y otro más popular, progresista, junta entre el 35 y el 40 % de los votos. Era la gran gallina que defendía a todos los que le tenían terror al comunismo. Y la Democracia Cristiana desde la posguerra hasta hace diez años era la gran defensa del statu quo, un partido claramente conservador en sus elementos principales de apoyo, que tenía un sector de centro izquierda. El gran enemigo era el comunismo, un partido de raíz autoritaria que apoyó el stalinismo, que creía en la dictadura, supuestamente del proletariado, aunque no fuera capaz de ejercerla. Dentro

de la Democracia Cristiana por supuesto había tipos de mentalidad fascista, la gran mayoría de la gente de esa mentalidad no estaba en el partido neofascista (Movimento Sociale Italiano), sino que estaban en la democracia cristiana, medio reciclados. Los grandes enemigos eran los demócrata cristianos y los comunistas. Esto duró años, y con potencialidades de golpe de Estado si ganaba el comunismo. Ahora lo que ha ocurrido es que el Partido Comunista dejó de ser esa cosa amenazante para el régimen capitalista que era. Se transformó en un partido no sólo genuinamente democrático sino además tolerante con el capitalismo reformista. Entonces la democracia cristiana ya no era necesaria como baluarte contra eso. Se dividió quizá por el impacto específico coyuntural de las *mani pulite*, en diez partidos de origen demócrata cristiano. Y el comunista se dividió en tres. Y lo que gobernó últimamente ha sido el "Oliveo", la alianza de lo que queda de la democracia cristiana con lo que queda del comunismo. Se han odiado, despreciado, temido durante años, y ahora están juntos, como en Chile. Pero en Italia la oposición entre ellos era mucho mayor, mucho más fuerte que en Chile, porque en Chile había una derecha que era la verdadera enemiga del socialismo.

Entonces, ¿cuál es la conclusión para la Argentina, quiénes son los equivalentes de los demócrata cristianos? Son los radicales, porque son un partido de centro moderado, nadie les tiene miedo, eran la protección contra el peligro peronista. Cuando lo veo a Alfonsín él me dice: "Pero cómo, nosotros no somos demócrata cristianos, somos un partido socialdemócrata, hasta estamos afiliados a la Internacional. Estarán, pero se parecen al antiguo Partido Demócrata Cristiano de Italia. La ideología no es lo importante, si ustedes quieren arrancar un rabanito no lo tienen que arrancar por las hojas, sino por abajo. Y lo que veo parecido al Partido Comunista italiano es el peronismo. Yo cuando digo esto en Italia muchos se ponen furiosos, porque el Partido Comunista italiano es un partido limpio, honesto, con gente muy dedicada y trabajadora, admirable en muchos sentidos. Mucho más limpio que el peronismo. Pero ha sido históricamente el partido de los sindicatos, y con una tradición autoritaria popular. Es el partido de la gente pobre, el partido que odia y es odiado por el *establishment*, se parece mucho al peronismo. En Italia me dicen: "Cómo vas a comparar una cosa tan pura y tan noble como el comunismo italiano con ese grupo de "fachos" que son los peronistas, corruptos". Yo no digo que sean lo mismo, digo que se parecen. Además todas esas otras cosas superestructurales no son tan importantes.

El equivalente de lo que ha ocurrido en Italia y en Chile sería en la Argentina una alianza entre lo que quede del radicalismo y lo que quede del peronismo. Muchos de mis interlocutores en Italia me dicen "¿pero no se da cuenta de que la Democracia Cristiana es esa cosa medio inorgánica, no muy ideológica, corrupta y con líderes personalizados, como el peronis-

mo?". Me doy cuenta, pero no tienen razón, porque el apoyo social de la democracia cristiana en Italia, y del peronismo en la Argentina, son totalmente distintos, casi diría opuestos. La democracia cristiana ha sido en Italia el baluarte del sistema capitalista, mientras el peronismo ha sido el dolor de cabeza del capitalismo. No porque el peronismo esté en contra del capitalismo, sino porque moviliza a una fuerza social que es antagónica del capitalismo. Yo creo que Perón nunca hubiera querido hacer lo que hizo, él quería realmente formar un partido fascista, lo que él entendía que era un partido fascista, que en su imaginación era una gran fuerza de integración policlasista, como el PRI mexicano, contra los desubicados de la izquierda y de la derecha. Y no hizo eso, le salió mal. Generó las experiencias más intensas de lucha de clases que ha habido en la Argentina. No serán luchas de clase marxista leninistas, pero le anduvieron cerca.

Se me argumenta, contra esto, que el Partido Justicialista se inspira en la doctrina social de la Iglesia, y se afilió a la internacional demócrata cristiana. ¡Pero qué importa! Si además esta internacional demócrata cristiana es una bolsa de gatos, porque en su versión europea incluye a Berlusconi, a Aznar, a los demócrata cristianos alemanes que son claramente de derecha. Eso no tiene nada que ver con el peronismo. Si el peronismo tuviera la estructura, no solamente la superestructura ideológica, de la democracia cristiana hubiera sido una cosa distinta, hubiera sido un partido más, y creo que la Argentina estaría mejor que lo que está. Porque acá lo que hemos tenido es una guerra civil que ha destruido al país y de la cual estamos saliendo lentamente. La guerra civil es una cosa buena si uno quiere hacer la revolución, pero si uno no quiere o no puede hacerla es mejor no generar una guerra civil. Por supuesto que lucha de clases siempre va a haber, pero no guerra civil, que es lo que ha habido. Y la guerra civil en la Argentina no es entre militares y civiles, porque todos los golpes en la Argentina han tenido apoyo civil, sobre todo de la clase alta. Y tampoco entre peronistas y radicales, que han sido por cierto enemigos, pero el verdadero conflicto es la lucha de clases entre los sectores económicamente poderosos y los sectores populares. Ése es el conflicto principal. Por un lado los sectores populares, representados, si quieren malamente, por el peronismo. Y por el otro, los sectores altos, incapaces de tener un partido propio, entonces, usando a los radicales como colchón contra el peronismo y además metiendo cuñas en el propio peronismo, que se las deja meter.

Estaba hablando de Chile. En Chile la coalición llamada Concertación, o sea la alianza entre la democracia cristiana en su versión centro izquierda y el Partido Socialista en su versión más moderada, dejando al comunismo afuera, se parece a la Alianza. Mejor dicho, si agarro el rabanito por las hojas sí, se parece, pero si lo agarro por abajo no se parece. Es cierto que el Partido Demócrata Cristiano de allí se parece a la Unión Cívica Radical, tiene ideologías parecidas. El Partido Socialista de allá, aparte de que

tiene una larga tradición casi de un siglo, que es algo muy importante, es un partido de los sectores populares. No hay nada a la izquierda de ellos, salvo el comunismo con el 3 % de los votos. Entonces los sectores sindicales, el corporativismo sindical, los organismos populares de posibles piqueteros, de posibles villeros, lo apoyan, y no hay ningún peronismo afuera de ellos, ellos son los peronistas. En la Argentina, en la Alianza ¿quién está? Está la UCR, equivalente a la democracia cristiana de Chile o de Italia, pero el Frepaso no es el equivalente de los partidos populares de esos dos países. El Frepaso es un grupo chico que ideológicamente puede estar en posiciones parecidas al Partido Socialista de Chile, o al ex comunismo italiano. Pero no es lo mismo, porque está el rabanito ahí abajo. El rabanito de abajo en la Argentina es el peronismo, que no existe ni en Chile ni en Italia, donde los equivalentes ideológicos del Frepaso tienen un apoyo popular genuino y no hay casi nada a su izquierda. Acá sí hay porque está todo el Peronismo, que aunque tiene sectores de derecha, o sea el menemismo, está principalmente basado en el sector popular.

Lo que se deduce de todo esto es que la única solución, si queremos una reforma social democrática, la única salida es una alianza entre lo que quede del radicalismo, lo que quede del Frepaso y lo que quede del Peronismo popular antimemenista. Si no se hace eso no se puede hacer reforma social progresista. Por supuesto que es imposible armar una alianza entre radicales y peronistas, cómo va a ser una alianza así, es inadmisible, inconcebible, si se han odiado, se han matado, se han golpeado. ¡Y qué importa! ¡No importa en lo más mínimo! La gente cambia. Los ejemplos que he dado son esos justamente. Aunque algunos dicen que lo que pasa es que los argentinos somos distintos, somos más chiflados que los demás. No es cierto.

Ahora, qué pasa con nuestro amigo, colega y correligionario Fernando Henrique Cardoso. Tiene un origen muy de izquierda, muy marxista. Después fue evolucionando, entró en el partido de centro PMDB, Partido del Movimiento Democrático Brasileño, y después dirigió una escisión formando el Partido de la Social Democracia Brasileña, que no es un partido socialdemócrata, sino una escisión de un partido de centro, que no tiene bases obreras genuinas. Cuando llegó al gobierno la primera vez tenía el 10 % de los votos. Si era de izquierda, ¿por qué no se alió con Lula, o con el populismo de izquierda, el Trabalhismo de Leonel Brizola? Porque habrá pensado que éstos eran muy radicalizados, “albaneses”, como les decían, y que no tenían condiciones para gobernar. En esa época el Partido de los Trabajadores no tenía suficiente fuerza y además realmente estaba excesivamente izquierdizado. Y el otro partido popular, el Partido Democrático Trabalhista (PDT) de Brizola era demasiado populista a la violeta. No son mis palabras, era lo que ellos pensaban. Fernando Henrique y la mayor parte de mis amigos y gente como uno allá están en ese grupo. Yo

también tengo amigos en el PT, ojo. Pero tengo que admitir que tengo más en el partido gobernante. Yo simpatizo más con el PT: a pesar de lo que digo yo tengo el corazoncito un poco a la izquierda. No sé si será contradictorio o no con lo que dije. Yo creo que la izquierda o se purga de las locuras ideológicas en las que ha incurrido o si no se mete en el cajón y la entierran. Y lo digo con bronca porque lo digo desde la izquierda. Entonces Fernando Henrique podría haber dicho: "Juntémonos, yo voy a dar la moderación, otros van a dar la fuerza sindical, otros van a dar el populismo para entrar en las favelas, nos metemos con la Iglesia progresista para entrar en el campo y armamos un gran grupo pro cambio". Hubiera sido lindo, a mí me hubiera gustado. Si hubiera seguido el modelo italiano o el chileno hubiera hecho eso. Lo que pasa es que Brasil no es ni Chile ni Italia, es un país mucho menos desarrollado, a pesar de que tiene muchos focos industriales como San Pablo, y su nivel de vida en promedio es más bajo que el de la Argentina e incluso que el de Chile.

Pero Fernando Henrique no formó esa gran alianza de centro izquierda popular. Por el contrario, se alió con la derecha. Hay dos partidos de derecha, se alió primero con uno (el Partido del Frente Liberal, PFL) y después consiguió el apoyo del otro (Partido Progresista Brasileño, PPB). La derecha en pleno apoya a Fernando Henrique ya en sus dos presidencias, cada vez más. Quizás él piense que el socialismo es muy lindo, pero ahora lo que se necesita es consolidar el capitalismo; la izquierda radicalizada no entiende lo que hay que hacer, entonces vamos a hacer el desarrollo capitalista un poco a lo bruto. Y eso es lo que está haciendo, gobernando bastante sólidamente. Y el país funciona. Por supuesto que hay desigualdades, que tampoco serían tan fáciles de cambiar aunque gobernara el PT. Entonces yo no le tiro tierra a Fernando Henrique. No es el modelo que a mí me parece adecuado. Sobre todo si uno tiene una ideología del centro para la izquierda. Alguna gente me dice: "Si vos decís que es mejor para el país, porque el PT no está en condiciones de gobernar, que gobierne la derecha y que haga una cosa dinámica que va a desarrollar el país, ¿por qué no la apoyás?" Por ejemplo en Corea fue la derecha la que desarrolló el país. En Taiwan lo mismo. ¿Será entonces que si uno no se involucra se queda afuera del proceso histórico? No es así, porque hay muchas sendas históricas, algunas vienen detrás de las otras, pero hay muchas vías cruzadas. Uno no se queda afuera si prepara las cosas para el futuro. Me parece comprensible que alguna gente opte por esa versión más realista dentro del contexto de poder existente, como hace Fernando Henrique. A mí no me gusta. Uno no tiene por qué estar siempre con los que ganan, ni abordar el tren de la locomotora histórica. Bien puede haber otros trenes en otras vías. No es cuestión de creer que o estamos con los que ganan o si no, no servimos para nada. No es válida esa alternativa. La otra alternativa que a veces se da es la del purista que dice *esto no, esto no*, y termina encastilla-

do en su gueto ideológico. No desprecio a la gente que hace eso porque es un rol necesario el que tienen. Pero el rol principal de cambio no pasa por ahí. Pasa por involucrarse con las fuerzas sociales existentes, pero no necesariamente las que ganan.

Uno de los enfoques de Chacho era éste: necesitábamos una variante realista porque si no, nos quedábamos afuera, y los sectores populares no aguantan esperarnos por veinte años. Pero no se trata de esperar a nadie. Los que tienen que armar la cosa alternativa son los sectores populares mismos, los que están más despiertos, con los intelectuales que están dispuestos a reconocer la legitimidad de las limitaciones de la mentalidad popular. ¿Qué había que hacer entonces en la Argentina? No lo sé. Lo veremos un poco después en la discusión.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: ¿Podría explicar por qué ubica usted al peronismo en la izquierda?

Respuesta: Yo dije que el peronismo era lo más parecido al rol de la izquierda en la Argentina. El peronismo fue un movimiento de gran confrontación contra las clases altas argentinas, las clases poseedoras. No lo habrá hecho de la forma en que la izquierda más pura hubiera querido. En ese sentido tiene un rol muy parecido al del socialismo europeo, que fue muy confrontacionista en un principio. Llega un momento en que esos partidos arriban al poder, si llegan al poder es porque han pasado por un proceso de moderación para conseguir el apoyo de sectores de clase media no radicalizados. Y cuando están en el gobierno, en general lo que se da es que sufren una moderación muy fuerte. No siempre. Por ejemplo, no ocurrió con Allende. Pero en general es lo que pasa, entre otras razones porque se hace “clin” caja de la experiencia de los que no se moderan, como lo que pasó con Allende o con la República española. El socialismo español cuando pudo obtener el poder hizo una rápida moderación. Felipe González, que era el gran abanderado de no entrar en la OTAN hizo todo al revés; es un pequeño Menem, con la diferencia de que el partido socialdemócrata tiene un ala más de derecha pero no es tan de derecha, es una cosa más policlasista. Yo no digo que el peronismo es un partido socialdemócrata, digo que cumple un rol parecido, tiene tendencia a ir hacia eso, por lo menos uno de sus componentes. Con respecto a lo que yo decía de que acá para hacer una alianza progresista se necesita una alianza entre los sectores radicales, el Frepaso y un sector del peronismo, lo que estoy diciendo es que se necesita integrar a pedazos de esos partidos con más o menos sus liderazgos. Cualquier persona de izquierda que tiene algún tipo

de formación moderadamente marxista tiene que darse cuenta que acá la izquierda tiene que apoyarse en la clase obrera. Y la clase obrera, si en su mayoría es peronista, tiene que apoyarse en tipos que han sido peronistas. En algunos países eso ha ocurrido, porque en Brasil el varguismo es una variación del peronismo pero sin tanta raíces en el sector obrero. Entonces el PT no va a hacer una alianza con el varguismo, se va a hacer un grupo nuevo. Pero después, cuando es candidato presidencial se alía con lo que queda del varguismo, que es Brizola. No es que los votantes de Brizola lo abandonen a Brizola y se hagan petistas. A la larga creo que va a ocurrir. Hay que aliarse con algunos de esos sectores, pagando un cierto precio. Los tipos que vienen, tampoco son tipos de transparencia perfecta. Yo lo que digo es que no es que hay que hacer una alianza entre un partido peronista dirigido por Ruckauf o quien sea y un radicalismo dirigido por Alfonsín. No, habrá que ver un poco las estrategias. Eso no lo veo. Lo que veo es un peronismo dividido. Muchos dicen que no se van a dividir porque si se dividen pierden. Sí, por supuesto. Lo que pasa es que a veces Dios divide a los que quiere perder. Ha pasado. La democracia cristiana en Italia se dividió. Antes, en Colombia, el Partido Liberal, que era mayoritario en 1946 se divide en dos, entonces ganaron los conservadores y ahí empezó el lío. Los radicales en la Argentina se dividieron en la época de los antipersonalistas y después en la época de Frondizi y Balbín.

Lo que pasa es que una de las resistencias más lógicas que uno puede tener desde la izquierda a una integración con el peronismo, es que el sector más arraigadamente popular del peronismo son los sindicatos, y se necesita eso para gobernar desde la izquierda. Y eso es un grupo medio mafioso. Pero no todos lo son. Está cambiando. Aunque algunos lo sean, son distintos. No es lo mismo Moyano que Lorenzo Miguel. A lo mejor Moyano no es internamente en su estructura de poder tanto mejor que Lorenzo Miguel. No lo digo yo, hay gente que lo dice. Pero no importa, ahora está en contra. A veces hay que usar la cuña del mismo palo que es la mejor. Eso implica meterse en el pantano de la política. No se quieren meter en el pantano de la política, no se metan en política. Yo me dedico a la sociología, no me dedico a la política. Yo creo hacer no el análisis crítico, sino el análisis que sirva para los políticos. Para la formación de gente. A mí la ideología me interesa. Trato de mandarme la parte de ser un sociólogo más o menos objetivo. Pero la hilacha la muestro como tipo de izquierda moderada. Yo me defino a mí mismo como un marxista de extrema derecha.

Comentario: Eso es stalinismo. Cuando decís marxismo de extrema derecha, nos desubica.

Respuesta: Pero derecha no quiere decir la muerte. Ahora, Stalin representa una distorsión del marxismo. Stalin y el marxismo no tienen nada

que ver. El problema de Stalin no es que sea un poco de derecha, sino que tiene mucho de terrorista. El terrorismo no es una cosa socialista, aun cuando el propio Marx estaba de acuerdo, a veces un poquito de terrorismo está bien, pero un par de años. Y lo dijo Marx. En sociología no podemos ser creyentes de capilla. Para mí el hecho de que Stalin apoyaba la formación de una burocracia no es una cosa mala. ¿Cómo va a gobernar un país sin una burocracia? No hay otra forma de gobernar. Que todos los obreros manejen entidades autónomas es una utopía perjudicial porque no hace funcionar el sistema. Ahora, que haya organizado una burocracia donde una gente vale más que otra y no haya participación, o que la hay aparente, eso no me parece tan malo. Eso sí, es una posición de derecha. Pero lo malo que Stalin no es que haya hecho eso. Es que el tipo mataba gente. Eso es lo malo. Y eso es malo en la derecha y en la izquierda. Yo creo que en política, derecha e izquierda no son las únicas dimensiones. Nosotros podemos decir izquierda y pensamos que tiene que ser democrática, revolucionaria, pero eso no hay. La izquierda es una dimensión. Trotsky sí es de izquierda.

Comentario: Cuando me referí a Stalin no me referí en cuanto al terrorismo, sino respecto de que la concepción de derecha es una concepción conservadora que no permite una dialéctica y un avance del pensamiento. Para mí la derecha es conservadora y como tal es mucho más dogmática, cierra la capacidad de que algo se pueda ir transformando. Pero me parece que hoy éste no es el tema, lo podemos seguir en otro momento. Yo quería seguir con la pregunta que hizo ella acerca del peronismo como izquierda. Usted hace un análisis sociológico y acá hay un divorcio, una dicotomía de lo que son las bases y lo que es la estructura. Cuando hablamos del peronismo, partido que creó Perón, una cosa es de qué se nutrió, que es la base, y otra cosa es el recorrido de la estructura. Por eso hoy cuando uno habla de peronismo, pregunta qué peronismo. Como tampoco estoy de acuerdo con lo que usted sostiene que es la izquierda. No se puede hablar de izquierda sino de izquierdas, porque hay una multiplicidad dentro del espectro de lo que se llama izquierda. Si usted habla de peronismo, ¿de qué peronismo? A partir de la estructura y no del concepto sociológico. La base ya sabemos. Pero a su vez cuando usted habla de apoyarse en el obrero, es el 16 % de la población. El mismo sistema capitalista se ha encargado de disminuir lo que era la base social obrera. Con lo cual nos encontramos con que ese apoyo que para las experiencias socialistas antes era muy importante, ahora está totalmente disminuido. Y hay una fragmentación del espectro social que no responde al análisis que usted hace. Ahora tenemos un sindicalismo en la Argentina que está sustentado en una disminución de la base obrera y al menos con tres expresiones bien diferenciadas. Una oficialista, que ayer era peronista, hoy es aliancista. Otra,

el moyanismo que apoya a un sector del peronismo. Y otra que es la CTA, que expresaría a sectores más progresistas. Por eso me parece que **habría** que hacer un análisis mucho más profundo y más definido respecto de **esa** necesidad de apoyo.

Respuesta: Yo creo que ese 16 % no es así. Lo que será el 16% serán los grupos sindicalizados o los obreros que trabajan en empresas grandes, pero en la pirámide social están los de arriba, los del medio y los de abajo. Los de abajo los podés llamar obreros, trabajadores manuales, trabajadores por cuenta propia o de changas, desocupados, marginales; esos son el 55 o 60%. Después encima está la clase media. O usted cree que los que no son el 16% de los obreros son clase media. Están peor que esos obreros. No identifico el movimiento obrero sindical con el peronismo. Digo que el movimiento obrero es un componente importante, primero del peronismo y después de lo que puede ser una formación de izquierda en el país. La izquierda necesita tener una gran mayoría del movimiento sindical consigo. El movimiento sindical está reducido pero influye en una cantidad de otra gente. Lo que la izquierda necesita es tener el apoyo de ese movimiento sindicalizado porque si no no tiene esa corporación. Y además tiene que tener el apoyo de los sectores más carenciados de la población. Felipe González, por ejemplo, llega al gobierno con el 50% de los votos. Toma su decisión más moderada reformista, pierde el 10% de los votos. Se van a la izquierda. Pero no gana sobre la derecha. Menem también ganó la elección con el 50% de los votos. Hace su giro, mucho más que Felipe González, pierde el 10% de los votos. Entonces la derecha empieza a apoyarlo. Gana la reelección con el 50%. El 10% se le va a la izquierda, al Frepaso, pero la derecha lo vota. Yo no estoy diciendo que el peronismo es la socialdemocracia. Además lo que usted dice de la estructura y las bases peronistas, las bases peronistas son fácilmente integrables dentro de un movimiento de izquierda realista. Es potencialmente eso, pero hasta ahora no se ha hecho. Tampoco hay que idealizar a esas bases y afirmar que tienen una estructura completamente distinta. En cualquier partido importante del mundo están las bases, hay unos votantes que están afuera. Están las bases activistas y está el liderazgo, y en el liderazgo se va distorsionando la voluntad popular. Eso es inevitable. Porque es muy difícil expresar toda la voluntad popular. En la socialdemocracia eso se da. La gente de la base está protestando porque los líderes no la representan adecuadamente. Porque los líderes están conscientes de que para gobernar una sociedad sin hacer una revolución hay que adaptarse al adversario en parte y en la actualidad con el asunto de la globalización mucho más. Entonces la distorsión entre el sentimiento de las bases y el sentimiento de las estructuras intermedias y altas siempre se da. En el peronismo se da en forma más dramática, quizás. Con más corrupción se da. Pero no todo está podrido

en el peronismo. Hay muchos sectores intermedios del sindicalismo que no están podridos, para nada. No todo es la cúpula. Además lo que usted dice de que la CGT oficial ahora es aliancista, no es aliancista. Está negociando con el gobierno, pero los tipos son peronistas. ¿Por quién votan? Usted dirá que son peronistas traidores. La mayor parte del peronismo son traidores, los líderes de la Alianza lo son, los del Frepaso también. No sé quién no lo es. Es una posición muy esquemática.

Pregunta: Sobre la izquierda en Brasil, Chile y la Argentina.

Respuesta: Lo que ocurre con Fernando Henrique Cardoso y los grupos de intelectuales de orientación socialdemócrata que están con él, es que muchos empezaron por la izquierda bastante radicalizada y después se fueron desilusionando, viendo las lacras y los crímenes realizados sobre la base de esa izquierda en que la ellos creían. Cuando se avivan, se quedan en pelotas. Esa gente son grupos intelectuales, que tienen ideas progresistas pero que están un poco desorientados respecto a lo que hay que hacer. A pesar de su origen hace tiempo que han abandonado esa orientación de izquierda, son grupos centristas. Ellos dicen, con la izquierda realmente existente en el país, PT, Brizola y el varguismo de izquierda, no se puede gobernar, porque son gente que no tiene capacidad para conseguir apoyo popular y además si llegan al gobierno quedarían en una situación confrontacionista tipo Salvador Allende, que es mala para el país.

Lula, si sube al poder, que es bastante probable, no va a hacer todo lo que la gente espera de él, de ninguna manera. Y va a haber gente que va a considerar que es traidor. Pero él va a estar basado en los sectores populares organizados y en los sectores pobres y no en la derecha. La derecha va a decir, bueno, es un caballero, ahora mejoró, podemos negociar con él. Pero la derecha va a ser la derecha y esto va a ser la izquierda realista del país. Pero la diferencia entre un Fernando Henrique y un Lula, es que Lula hace una política con la clase obrera organizada de su país y empieza con el 2 % de los votos y después consigue más. En Chile también los socialistas están fuertemente arraigados en sectores populares sindicalizados y no sindicalizados. Y bueno, han decidido colaborar con un grupo de centro. Pero de centro, no de derecha; la derecha muy fuerte está del otro lado. Hay que optar. Esa posición de Fernando Henrique y otros, a pesar de que no es una variante socialista, ni socialdemócrata realmente, puede ser que para el país, en algún momento esté bien que eso implique un desarrollo capitalista que pudiera ser mejor que si lo hubieran hecho la gente totalmente de la derecha. Yo no estoy tan convencido de eso. Hay momentos en que el socialismo no está en la agenda, no está en el orden del día. Entonces la gente que tiene más vocación de acción política se mete en una mezcla con gente de derecha. Ésa no es una posición adecuada. Aunque

puede ser una salida en términos de poder; el tipo gobierna, el país se desarrolla, mal pero se desarrolla. La Alianza no gobierna. En parte por no estar suficientemente apoyada en la derecha. Ahora se está apoyando en la derecha. En la medida en que se apoye más en la derecha puede salir adelante. Acá es muy absurdo pensar que el desarrollo social, el crecimiento capitalista solo puede ser hecho por la izquierda. Es casi contradictorio. Además yo recomendaría a la gente que cree eso leer el *Manifiesto Comunista*, que no dice eso, reléanlo. El *Manifiesto Comunista* leído por fragmentos, por ahí es un manifiesto capitalista. En cierto momento, el desarrollo es de los capitalistas. Por ejemplo, el gran desarrollo de Japón, ¿quién lo hizo?, ¿la izquierda? No, lo hizo la derecha. La derecha no es el horror del mundo. Ni la izquierda es una cosa tan fantástica. No lo es. El socialismo está lleno de tantos crímenes como el cristianismo. Hay gente que en nombre del socialismo ha cometido los peores crímenes. Y mucha gente socialista que no tiene esa criminalidad sin embargo es un poquito blanda al respecto. En los países nuestros hay que seguir más el modelo del socialismo chileno que el de ese partidito llamado socialdemócrata de Fernando Henrique. Y con respecto a la Alianza, acá, empezó con la idea de que era un centro, porque los peronistas son "fachos"; no son "fachos". Que los hay, los hay, pero básicamente no lo son. Es un movimiento popular reformista.

Pregunta: ¿Cómo juzga la quiebra de la identidad de la Alianza a través de la incorporación de Cavallo? Porque indudablemente el programa de la derecha cavallista no es un programa político, es un programa trasnochado de competitividad y de convertibilidad. La ideología de base de Cavallo no es política, es economicista. ¿Cuál es la política de derecha al quebrar la identidad de la Alianza?

Respuesta: Yo no estoy promoviendo la incorporación del cavallismo a la Alianza. Digo que ésa puede ser una salida de gobernabilidad. Yo creo que Cavallo va a tener éxito. Que va a tener la capacidad de desarrollar el país. Porque tiene el apoyo de la gente de dinero nacional e internacional. Entonces él cumple con uno de los requisitos necesarios para gobernar, tiene el apoyo de las corporaciones capitalistas. No podemos decir que el capitalismo es una cosa tan cavernícola, conservadora, que está en contra del cambio. En general los desarrollos económicos exitosos los han hecho los conservadores, no los han hecho los socialistas.

Pregunta: ¿Cuál es su parámetro de desarrollo?

Respuesta: Yo no estoy diciendo que esas sociedades generadas por la derecha son sociedades fantásticas, pero son sociedades en las que la gente

está mucho mejor que lo que estaba hace treinta o cuarenta años. Mi definición de desarrollo es mayor producto per cápita, eso es desarrollo; mayor riqueza total del país per cápita. ¿Quiere eso decir que a mí me parece que lo fantástico es que haya desarrollo? No. Desarrollo y otras cosas. Pero el desarrollo es importante. Los coreanos ya no vienen más acá, o vienen algunos; y no hablemos de los japoneses. Japón se desarrolló con una derecha bien derecha. No podemos tener la idea de que la derecha es incapaz de desarrollar un país. Primero porque ésa no es una posición marxista, ni de derecha ni de izquierda. A mí me parece que el pensamiento de Marx es muy válido en muchas cosas, muy utópico y contradictorio en otras. Yo creo que el desarrollo económico es una cosa que es útil porque sobre esa base se pueden hacer otras cosas. Se generen más fuerzas productivas, se desarrollan más fuerzas sociales y que después puede darse la lucha por la distribución. No quiero ofender a nadie, lean el *Manifiesto Comunista*. Pero léanlo con cuidado.

Pregunta: ¿Cómo ve usted en la Argentina actual las perspectivas políticas, las posibilidades que tiene la formulación de nuevos partidos populares de llegar a tener acceso al poder en la República Argentina?

Respuesta: Los partidos populares tienen primero que unificar las fuerzas, que están hoy en partidos políticos distintos. Después tienen que hacer un proceso lento de organización y capacitación, y después dar la batalla. Dicen que en la Argentina siempre van a gobernar los burgueses. Y no. Por supuesto que la burguesía va a ser la clase económicamente dominante. Yo no veo posibilidades de destronar a la burguesía como clase dominante dentro de nuestra perspectiva histórica actual. Y mucho menos por la democracia. La democracia no sirve para liquidar el capitalismo. Para liquidar el capitalismo hay que agarrar las ametralladoras; es la única forma. Lo que pasa es que a veces tampoco sirven las ametralladoras. A veces, después que las ametralladoras han liquidado el capitalismo, cosa que ha ocurrido, lo que se genera después no es algo tan fantástico. Entonces lo que me parece es que en la Argentina es perfectamente posible armar una fuerza política que tenga apoyo popular organizado sindicalmente, no el ciento por ciento del apoyo popular, pero digamos el ochenta por ciento del apoyo popular. Con eso y con la organización de grupos tecnológicos, puede ganar. Ahora esa gobernación no va a ser el socialismo. El socialismo es una utopía que no existe.

Pregunta: Sobre los límites de la derecha para gobernar.

Respuesta: La derecha es perfectamente capaz de desarrollar un país, en el sentido de crear más riqueza, más educación, incluso un poco más de

igualdad, como en Corea, porque Corea es un país mucho más igualitario que la Argentina.

Pregunta: ¿Es imprescindible el apoyo de la derecha para gobernar?

Respuesta: Yo no digo que para gobernar se necesita el apoyo de la derecha. Hay dos formas de gobernar. Uno con la derecha, que implica no votos, sino grupos corporativos capitalistas. Y otro es con la izquierda, que implica apoyo de los grupos corporativos, por así llamarlos, obrero sindicales. Como no estamos en una revolución, hay que entenderse con los otros y hay que coexistir. Usted dice: ¿por qué en la Argentina no ha pasado? Bueno, yo creo que no ha pasado porque en la Argentina hemos tenido una guerra civil que empezó el 17 de octubre de 1945 y terminó el día que Menem firmó el pacto con Bunge y Born. Sí, en alguna medida capitularon las fuerzas populares. Pero, de todos modos, lo que ocurrió es que el peronismo fue un fenómeno de generación, de fenómeno popular muy amenazante para el orden establecido, pero no suficientemente revolucionario para hacer la revolución; nos quedamos en el medio.

Pregunta: ¿Por qué este proceso de alianza con la derecha no llevó a un desarrollo? Habrá llevado en alguna parte al desarrollo económico, pero si uno piensa en términos sociales, el nivel de indignidad al que está sometida nuestra población, no sólo los sectores populares, la clase media también, el nivel de deterioro, difícilmente lo pueda tomar como modelo.

Respuesta: Quiero aclarar un poquito. Como acá se me preguntó qué era lo que yo pensaba que era el desarrollo económico, yo digo que el desarrollo económico es el incremento de la riqueza promedio. Pero eso no quiere decir que lo que quiero es nada más que desarrollo económico. Quiero otras cosas. Quiero el socialismo, por ejemplo; como el socialismo es una utopía, me quedo con la socialdemocracia, en su versión latinoamericana. Pero Cardoso no es eso. Cardoso se queda en realidad no en el medio como la Alianza, porque él se alió totalmente con la derecha; entonces el gobierno de Cardoso es un gobierno totalmente de derecha. Pero eso no quiere decir que sea totalmente malo o que no haga nada bueno. Hay que incorporar el análisis que Marx hacía; ¿qué es lo que decía? ¿hay que hacer la revolución? No, Marx no decía eso. Primero, tiene que desarrollarse el capitalismo, ¿con quién? Con los capitalistas. Y los capitalistas van a generar fuerzas tales que va a venir la revolución social. Y no vino la revolución social, pero sí vino la socialdemocracia justamente; pero luego de un gran desarrollo económico, antes no, antes no se puede. Entonces ahí se dan diversas estrategias. Es muy interesante el análisis que hacía Lenin mismo sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia. Lenin también pensa-

ba que no podía haber una revolución socialista antes de que hubiera un gran desarrollo económico capitalista. Eso es lo que él pensaba. Después lo que hizo fue completamente distinto. Porque él realmente liquidó al capitalismo privado.

Pregunta: ¿Por qué menciona con tanto énfasis lo de Bunge y Born?

Respuesta: Yo uso la ironía. Los que no se dan cuenta es porque están trasnochados. La Argentina tuvo fuertes conflictos de clases con elementos muy violentos potencialmente. Por un lado, la clase popular representada mal, pero representada, por el peronismo, y el desarrollo capitalista no se puede dar si hay una fuerza interna muy amenazante. Se puede decir, qué me importa, que venga la revolución social. Puede ser, en algunos lados ha ocurrido. En la Argentina podría haber ocurrido. Yo creo que en la Argentina de los años setenta, en la época de Cámpora y los Montoneros, la posibilidad de una revolución social era bastante grande. Lo que pasa es que mucha de la gente que simpatizaba con esas posiciones antes, como ahora, se quemaron los dedos con eso, ahora dicen, no, fue una locura. No fue una locura. Y si fue una locura, las locuras son las que transforman el mundo, no las razonabilidades. Para Lenin, querer hacer una revolución en Rusia era una locura total, estaba totalmente en contra de la teoría que él mismo apoyaba.

Comentario: Lo que parece contradictorio es que dice que Lenin llevó a Rusia a una revolución social, cuando en otro momento de su charla, dijo que eso no había sido un socialismo.

Respuesta: Lo que digo es que hay revoluciones sociales que no tienen nada que ver con los valores reales del socialismo. Pero es una revolución que puede liquidar a toda una clase dominante como lo hizo. ¿Y lo que hizo fue el socialismo? No, fue el colectivismo burocrático. La burocracia es una clase social, que es la que domina. La revolución que hizo Lenin no tenía nada que ver con las ideas que él tenía en su cabeza. Las ideas son la parte verde del rabanito. La parte de abajo es la que hizo la revolución, que era el equivalente a la revolución capitalista, pero de un capitalismo de Estado. Por supuesto con el apoyo de los *sans culotte*. También la revolución francesa, ¿es una revolución socialista? No, es una revolución de la burguesía. Eso no quiere decir que los burgueses fueron al frente. Los que fueron al frente fueron los *sans culotte*, pero los burgueses estaban detrás y los manejaban. Pienso que en la Argentina o tenemos una salida de tipo socialista, entre comillas, revolucionaria, o si no tenemos que resignarnos a un desarrollo capitalista. La evolución socialista sólo se puede dar por las armas. No hay ningún caso que a través de la democracia se llegue al socialismo y

la expropiación de las clases propietarias. Sí se puede lentamente ir evolucionando. Estamos jodidos. Pero también cuando hay una revolución estamos más jodidos todavía. Entonces, mejor dejar las utopías de lado. Sino guiarse por los valores del "Manifiesto Comunista", aunque yo creo que es muy realista en algunas cosas y totalmente irrealista en otras. Marx pensaba en la eliminación de la división del trabajo, la eliminación de las clases; es una utopía total. Uno se puede manejar tanto con esa idea como los cristianos con el Sermón de la Montaña. Si uno lee el Evangelio y se lo toma en serio, lo llevan preso. Pero no sólo lo llevan preso, empieza a matar a los demás. Es un desastre, no se puede. Tampoco se puede manejar las cosas con los valores utópicos del marxismo. A pesar de eso, creo que hay elementos de análisis sociológico reales en Marx. Ojo, hay errores garrafales, como es pensar que puede haber una sociedad sin clases.

Respecto a Bunge y Born, hay que tomar en cuenta esa lucha violenta que es uno de los motivos por los cuales el capitalismo ha tenido dificultades para establecerse en la Argentina y desarrollarse. Porque el capitalista no invierte y no trabaja por el bien de la humanidad. Lo hace para ganar plata y para ganar plata con cierta seguridad. Si el tipo no tiene seguridad se va a Suiza. No sé cómo tantos se quedaron acá. Será porque no es tan fácil ir a Suiza. Pero muchos sí se fueron; otros actuaron en forma especulativa. Si queremos una salida distinta, es mejor eliminar esa cosa tan amenazante. Acá, la famosa hiperinflación es culpa de los peronistas. La hiperinflación no se debió a que los radicales no manejen bien la economía. La hiperinflación la inventaron los peronistas. La inventó Perón. En la época de Rodrigo, del rodrigazo, después siguió, con los militares había más del 100 o 200%, de inflación por año. Con Alfonsín se controló un poco, pero no se controló bien y se hicieron cosas que no andaban demasiado bien. Porque justamente Alfonsín se quedó en el centro. Ni estaba aliado con la derecha, aunque la derecha lo votó a él por temor al peronismo. Y tampoco estaba aliado con el peronismo. Entonces quedó en el medio, golpeado de ambos lados. Ahora me parece que cuando se sabía que iba a ganar el peronismo con un loco como Menem, todo el mundo se asustó. Todo tipo que tenía algo que perder dijo, bueno, vendamos cualquier cosa y compramos dólares. Yo soy uno de los que se asustaron. No por la compra de dólares. Me asustó mi amigo Portantiero, que escribía en *El Ciudadano*, un periodiquito que hacía una cosa de terror. Van a intervenir la Universidad, monopolizar los medios de comunicación. Dije sí, la verdad que es una joda. Por única vez en mi vida voté por los radicales. En realidad yo voto por algún partidito socialista que no tiene ninguna posibilidad. Pero ahí dije, no, hay que pararlo al "Turco". Porque se nos vienen abajo todas las construcciones que a mí me interesaban desde el punto de vista intelectual, universidad, por ejemplo. Entonces, la hiperinflación fue el resultado del terror que tenía la clase alta y media ante la victoria de un peronismo que

era justamente el peronismo más radicalizado, más loco. No es que era de izquierda ideológica, sino loco; los razonables eran Cafiero. Si Menem seguía con las cosas que decía, que hay que dar el salarizado, las Malvinas tienen que ser conseguidas con sangre. Si seguía con eso, a los pocos años había un golpe de Estado; se daba una situación como la de Allende, con ideologías distintas. Evidentemente, Menem hizo la paz con esa gente. Entonces, la gente dijo Menem no es tan malo. La derecha absolvió a Menem. Ésa es una alianza de posguerra. Porque la guerra civil embromó a mucha gente, incluso a mucha de la gente de izquierda que no tuvo la capacidad de hacer la revolución y que entonces se la dieron con todo. Y muchos de ellos como se quemaron con leche, ahora cuando ven un tarro de dulce de leche lloran. Son todos mis amigos del Club Socialista que piensan que el peronismo es una cosa horrorosa. Pero ellos hace veinte o treinta años pensaban que el peronismo era la revolución, porque claro, como está basado en la clase obrera tiene que ser revolucionario. Obviamente no eran buenos sociólogos.

Finalizando, espero que se den cuenta de que uno de mis motivos para hablar así es que me divierte hacerlo. Una de las lacras de la Argentina es la solemnidad.

IX

EN TORNO AL ROL DEL ESTADO

ATILIO BORÓN

7/6/01

Voy a hacer una presentación en torno a algunos temas que fueron planteados en las dos primeras exposiciones de Chacho Álvarez y a partir de ahí, intentar una reflexión sobre la Argentina de hoy. ¿Qué es lo que surge de esta lectura? Surge que estamos en una especie de callejón sin salida, porque la política ha quedado subordinada al imperio de los mercados, y esto es una tendencia que podemos tranquilamente afirmar, ya viene desde fines del gobierno de Alfonsín. El golpe de mercado fue el punto terminal de un proceso en donde todavía la política tenía cierta capacidad de modificar, de reaccionar y de transformar la vida económica y disciplinar a los mercados. La impresión que tengo es que a partir del golpe aquél, si no me equivoco fue en febrero de 1989, la política argentina queda exhausta y entra en un proceso turbulento que tiene lugar en los dos años siguientes. Se logra un cierto reacomodamiento a partir de 1991, fecha en que Cavallo –segundo Cavallo, hay tres, como ustedes saben, el primero el de la dictadura, el segundo el de Menem, el tercero el de la Alianza– estabiliza la situación a un costo tremendo para el país, pero produce una cierta estabilización, fundamentalmente, derrotando la inflación. A partir de ahí, la lógica de los mercados se torna prácticamente inexorable. Todo esto fue acompañado por un proceso ideológico muy intenso. No se trató tan sólo de una imposición de las fuerzas del mercado sobre débiles adversarios políticos, derrotados prácticamente de antemano, entregados, sino que fue también una victoria ideológica muy importante. Una victoria ideológica en donde una gran parte de la sociedad argentina, yo diría la casi totalidad de la clase política, salvo algunas expresiones muy minoritarias en lo poco que hay de izquierda del espectro político argentino, salvo

eso, todo el resto de esta dirigencia política asumió el axioma que no precisaba ninguna demostración, de que gobernar era gobernar de acuerdo con los mercados, era satisfacer las inquietudes de los mercados; que gobernar era sinónimo de apaciguar a los mercados. Y esto se hizo carne. Venía siendo objeto de una machacona propaganda en los años ochenta; ustedes recordarán, en ese sentido, el papel que cumplieron Neustadt y Grondona, en forjar esa conciencia nacional, esa conciencia pública. Un papel importantísimo, porque en aquella época, a mediados de los años ochenta, "Tiempo Nuevo" era prácticamente una referencia obligada de grandísimos sectores de la ciudadanía. Y esa prédica siguió con otra serie de personajes. El "éxito económico" del cavallismo a principios de 1990, contribuye dotar a esta idea falaz y mentirosa de un aura de seriedad, de cientificidad, que la acompaña hasta nuestros días.

Esto estuvo acompañado por otro fenómeno al cual me voy a referir, que es el irresistible ascenso de los economistas como los verdaderos árbitros de la salud del cuerpo colectivo, cumpliendo una función semejante a la que en el pasado cumplían otras profesiones, y que en el momento actual pasaron ellos a ocupar. Evidentemente, fue una forma de reforzar esta victoria ideológica que el neoliberalismo estaba obteniendo en la Argentina. Primero, con esa verdadera paliza que se le propina a la vida democrática con el golpe de mercado de febrero de 1989. Luego, con la súbita conversión del Partido Justicialista —un partido que siempre había propiciado una intervención muy activa del Estado en la economía, la regulación de los mercados, la justicia social en la distribución— en uno de los grandes adalides del neoliberalismo. Finalmente, concluido el período de Menem, vemos el sorprendente continuismo que presidió y que preside la política de la Alianza, y no hay que ser muy pesimista para afirmar que vamos a muy mal puerto, y probablemente mucho antes de lo esperado. Hay un elemento de continuidad muy grande en esta derrota de la democracia a manos de los mercados y que tiene varios andariveles por los cuales transita. Uno, el hecho de que una población económicamente asfixiada, como fue la Argentina a fines de la década del ochenta, que tiene que soportar el duro flagelo de la hiperinflación. Y luego, una población que se ve asfixiada por el flagelo de la hiperdesocupación, que comienza a cobrar bríos en un contexto en donde aparentemente la economía estaba funcionando bien. No nos olvidemos que es durante la época más esplendorosa del cavallismo, los años 1992, 1993, 1994, cuando la tasa de desempleo sube y cuando los problemas de la pobreza se agigantan extraordinariamente en la Argentina, llegando a niveles sin precedentes para un período largo. En la hiperinflación hubo una caída muy fuerte de los ingresos nominales de los trabajadores; entonces, las cifras de la pobreza llegaron a casi un 50%, pero luego se estabilizó en torno al 15%. Después, con la estabilidad económica, a partir del plan de convertibilidad, la ten-

dencia fue hacia un creciente aumento del sector de los pobres en la sociedad argentina. Teniendo sobre el papel claramente que los preceptos fundamentales del Consenso de Washington estaban equivocados, cosa que cualquiera que hubiese estudiado la realidad con un mínimo de desapasionamiento sabía perfectamente bien, no era ninguna sorpresa. ¿Por qué? Porque la aplicación de estas políticas del Consenso de Washington había dado estos resultados en dondequiera que fueron aplicadas, tanto en Europa, como en Estados Unidos, en Canadá o en algunos países asiáticos, por supuesto en el África negra, que fue un banco de pruebas muy importante para la aplicación de estas políticas, y en América latina. En la Argentina no podía dar otro resultado. Hubiera sido sorprendente, como que el Sol salga a medianoche, que estas políticas hubieran producido lo que en ninguna otra parte del mundo produjeron. Si en Estados Unidos hay un consenso sólido entre economistas tan diversos, incluido el mismo Samuelson, que en su columna que escribe en grandes diarios, y que a veces se reproducen en la Argentina, sostiene que la década de Reagan-Bush fue una década donde hubo una fuerte expansión de la economía, pero donde el ingreso se concentró en el 1 % más rico de la población. Era absolutamente ilusorio pensar que en este país, la mecánica de este proceso de acumulación neoliberal iba a producir un resultado más acorde con las expectativas y las prácticas de la democracia.

De todo esto, lo interesante para hacer un análisis desde el ángulo de la ciencia política, es cómo, a pesar de estas evidencias, se insistió por este rumbo. Y ahí creo que viene este segundo momento, que yo, de alguna forma, les había anticipado antes, y es el creciente papel que los economistas han venido desempeñando en la vida pública argentina. ¿Por qué digo esto? Porque si uno analiza un poco históricamente, los economistas han pasado a cumplir en la actualidad un papel equivalente al que los teólogos medievales desempeñaban en el mundo antiguo, cuando aconsejaban a los reyes o al Papa acerca de qué hacer ante ciertas calamidades, hambrunas, pestes, sequías, inundaciones que asolaban a esas comunas. Los teólogos eran los que interpretaban los signos de los tiempos. En la Roma republicana estaban los augures, esos que miraban el vuelo de los pájaros e interpretaban el destino que aguardaba a los legionarios romanos. Los generales no salían sin antes tener esos augures que leían según para dónde volaban los pájaros, si éstos eran signos propicios o más bien lúgubres, en cuyo caso el ejército no se movía. Los economistas pasaron a ocupar esa función, en un contexto social y político en donde los mercados sobrevuelan a las democracias. Los economistas son fundamentalmente voceros de los mercados. Es una profesión muy especial, a diferencia de muchas otras, porque tienen una vinculación muy estrecha y muy sólida con los sectores que mandan el juego de los mercados, no con cualquier sector. Difícilmente un economista de los que forman opinión en este país, los de FIEL, o Broda, o

De Pablo, los así llamados gurúes de la *city*, tiene algo que ver con la gente normal de carne y hueso. Muy difícilmente. Por sus condiciones de vida, su nivel de ingresos, por aquellos con quienes hablan todos los días. Además, por su deformación profesional: creen que los números pueden representar adecuadamente una realidad. Esto es algo equivocado. Los números pueden decir algo sobre algunos aspectos de la realidad, pero la realidad es mucho más compleja.

Entonces se crea un consenso que es totalmente falso. En primer lugar porque no es un consenso que obedezca a un análisis científico objetivo de la situación económica. Para que no crean que tengo un problema particular con los economistas, el problema es general con la profesión, cómo la profesión está organizada hoy, cómo hay una hegemonía ideológica en el seno de la profesión de los economistas y cómo esa hegemonía ideológica ha prácticamente barrido a los márgenes a aquellos que tienen todavía una mínima criticidad frente a los mecanismos del mercado. Es una profesión muy complicada que ha adquirido una forma de organización que la lleva a representar un papel muy importante en el mundo moderno. Esto es lo que dice, por ejemplo, Joseph Stiglitz, que era hasta hace poco vicepresidente del Banco Mundial, que sacó un artículo a fines del año pasado que se llama "Qué es lo que aprendí de la crisis económica mundial", en donde él se queja del bajo nivel de los economistas del Fondo y del Banco Mundial. Una queja muy amarga ya que dice: "En general, lo que mi experiencia me indica es que la mayoría de los líderes económicos de los países a los cuales enviamos misiones, tienen en muchos casos una mejor formación y están mejor educados que, sobre todo, el personal del Fondo Monetario Internacional, que frecuentemente son estudiantes de tercera categoría que estudiaron en universidades de primera; créanme, yo enseñé en Oxford, en Stanford, en Yale, etc., y el Fondo Monetario Internacional nunca tuvo éxito en reclutar a ninguno de sus mejores estudiantes.

¿Por qué digo esto? Digo esto porque en el fondo queda la idea de que las políticas aplicadas durante los años noventa: desregulación, liberalización, desmantelamiento del Estado, apertura comercial, achicamiento del Estado, desregulación financiera, eran políticas que venían sancionadas por un saber económico a prueba de toda crítica. Si uno mira a los gurúes de acá, ninguno de ellos —y conozco a casi todos ellos de primera mano, algunos fueron compañeros de estudios míos— jamás sería invitado a dar una conferencia en ninguna universidad seria de ningún país del mundo. Probablemente la excepción podría ser Juan Carlos de Pablo, pero el resto tiene una reputación por los suelos, no solamente acá en la Argentina, lo mismo pasa en México, lo mismo pasa en Chile. La profesión del economista, de alguna manera, arranca con Adam Smith, que era un filósofo moral. Sin embargo, en la economía moderna, lo que es hoy la llamada economía neoclásica se desentiende por completo de la problemática mo-

ral, la problemática filosófica, la problemática de los valores, y se concentra en análisis abstractos con total independencia de cuestiones referentes a la calidad de la vida que se desprende de las recomendaciones de política económica. Algo que hubiera espantado a un personaje como Adam Smith.

Entonces, ahí tenemos que hay un consenso que se establece en Washington, que ese consenso baja a América latina como si fuese la verdad revelada; el camino a la prosperidad es la liberalización, la desregulación, la privatización. Fórmula ideológica que desmiente totalmente lo que fue la historia de los países del primer mundo, que si se desarrollaron fue con proteccionismo, con subsidios, con mercados regulados y todo lo demás. Ustedes piensen, por ejemplo, en Inglaterra hasta casi entrado el siglo XIX; a quien fuera sorprendido exportando una maquinaria, cualquiera que fuera, la primera vez tenía como castigo la mutilación de la mano derecha, la segunda vez, era ahorcado. El proteccionismo inglés fue muy serio. Recién se acaba cuando Inglaterra establece su supremacía industrial y se transforma en el taller del mundo. Pero durante un siglo antes de todo esto, Inglaterra protegió ferozmente su ventaja industrial. Y lo mismo pasó con los Estados Unidos. Y lo mismo pasa hoy. Por eso lo más indignante de toda esta clase política, a la cual me voy a referir después, es que todo esto se sabe que es una enorme patraña. Cuando Estados Unidos, a través del Departamento del Tesoro o de los funcionarios del Banco Mundial, que maneja Estados Unidos, o a través de Teresa Ter Minassian, vienen y nos dicen que hay que acabar con los subsidios, cualquiera que lee los diarios sabe que Estados Unidos es uno de los países que más subsidia en el mundo, y subsidia a todos por igual, productores eficientes e ineficientes. Por ejemplo, uno de los grandes subsidios de los Estados Unidos es el subsidio por el combustible. Cómo se explican ustedes que un país como Estados Unidos, esté cobrando 25 centavos de dólar el litro de nafta. Pero ¿por qué está subsidiado? Porque la economía norteamericana tiene un *lobby* muy poderoso que está formado por la industria petrolera, que hoy en día gobierna abiertamente a través de uno de sus mandamases; no, no es un mandamás, es un mensajero, un cadete, George Bush, que es un cadete y no va a llegar a más que eso, pero está ahí en la Casa Blanca, representa a la Oil Industry. La otra parte del triángulo es la industria automovilística, y la tercera es la industria de la aviación. Todas industrias que están vinculadas con el consumo barato y subsidiado del petróleo, que es la fuente de negocios de ellos. Entonces, cuando vienen acá y nos dicen, tienen que bajar los subsidios porque son ineficientes, yo digo, si ustedes son los maestros, queremos copiarlos, queremos imitarlos, queremos hacer una economía desarrollada como la que ustedes tienen. Y ustedes han hecho protección y han hecho subsidios. Lo mismo en Europa. En Europa sigue habiendo regulaciones muy fuertes para el sector financiero. Las cifras

demuestran que si algo pasó con el gasto público en la década del ochenta o del noventa en el mundo desarrollado, fue que el gasto público se incrementó casi al doble, en relación con el PBI. Esto, según la revista *The Economist*, que hizo en el año 1997 un informe muy interesante, cuya conclusión, que puso como título en la tapa, fue nada menos que ésta: *Big Government is still in Charge*, o sea, el gran gobierno todavía está a cargo de la situación. Entonces, cuando venía acá Teresa Ter Minassian —ahora no sé quien va a venir en lugar de ella— a decir recorten el gasto público, cuando viene López Murphy a decir recortemos salvajemente 600, 700 millones del gasto público porque eso es ineficiente, están realmente comprando un argumento que no tiene ningún asidero en la historia económica contemporánea, es un puro argumento ideológico. Argumento ideológico a favor de las grandes empresas transnacionales. Todo esto alimentado, creo, porque es muy compleja la operación, en un clima de opinión que se instala a partir de periodistas que están más o menos bien recompensados para decir lo que dicen. La mayoría de ellos no lo dice gratis, lo dicen porque tienen un pago detrás. No podemos ser tan ingenuos. Sobre todo los grandes medios de comunicación de masas en la Argentina están todos muy vinculados al poder político. Y, como más de una vez pude comprobar, lo que es noticia sólo será noticia en la tapa de los periódicos o en las primeras palabras de un noticiero si eso no afecta la estrategia del grupo empresarial al cual pertenece el medio en cuestión. El que decide lo que se publica en los grandes medios es básicamente el directorio y no el secretario de redacción, el secretario de redacción está pintado. Y el directorio lo hace según la estrategia económica de estos grupos, muy diversificados, para los cuales, dar cierto tipo de noticias u ocultar otras puede hacer la diferencia entre la quiebra o el *boom* económico. No tenemos una prensa independiente de verdad. El grupo Clarín es una gigantesca multimedia. Acá hay una diversidad de grupos económicos que también tienen medios. Uno no puede enterarse muy bien de lo que ocurre.

Decíamos que hay un consenso. Pero, ¿cómo se refuerza este consenso? Se refuerza porque resulta que todos estos países, no solamente la Argentina, Chile, Paraguay, Ecuador, Brasil, Perú, están en esa situación. Los gobernantes y los aspirantes a alternar el ejercicio del poder político, reemplazando a los gobernantes de turno, están cada vez más predispuestos a escuchar a un economista que les diga lo que tienen que hacer; el problema es económico. Hay una clarísima inversión. La economía, que es una ciencia auxiliar, en el sentido de que tiene que trabajar en función de fines definidos democráticamente por la comunidad, se transforma en una especie de disciplina autónoma que fija ella los fines. Y esto adquiere en la vida democrática peligrosas connotaciones. Por ejemplo, en la ciencia política hoy y en la economía se ha adoptado como una especie de artículo de fe la idea absurda de que el Banco Central tiene que ser autónomo, que el

Banco Central no tiene que tener ningún grado de responsabilidad pública y que no tiene que dar cuenta ante nadie. Bueno, eso es una aberración, porque el Banco Central tiene el control del dinero y el control del dinero es un tema muy importante para dejarlo en manos de un directorio de diez o doce tipos que se reúnen y consultan con sus amigos banqueros o grandes empresarios y deciden si un país entra en recesión o entra en expansión, a partir del manejo de la tasa de interés o los encajes bancarios. Hoy en día, por suerte, esta idea se está empezando a discutir a partir de la mala experiencia que ha habido con los bancos centrales autónomos, incluso en Estados Unidos, y sobre todo, con el Banco Central Europeo, que ha provocado múltiples críticas de parte de partidos políticos y organizaciones sociales en Europa, acerca de esta supuesta autonomía del banco central, que no es tal; es autonomía con relación a la ciudadanía, pero no con relación a los mercados. Y cuando uno dice los mercados, no está hablando de una entidad abstracta; cuando uno dice, por ejemplo, mercado financiero internacional está hablando de no más de cien operadores que trabajan en siete plazas en todo el mundo. No es que se está hablando de un millón de actores y de agentes económicos, la viejita jubilada de Arkansas, el viejito que está en Andalucía y que tiene una cuentita. Ésos no son actores del proceso económico global, por favor. La prueba está en que cuando acá se planteó el megacanje ante estos mercados anónimos e impersonales, aparecieron los diecisiete nombres de aquellos que están involucrados con la deuda externa argentina. De manera que esta independencia del Banco Central es independencia con relación a un proceso democrático de base, pero no lo es con relación a los grupos que dominan el mercado. Ahora, ¿por qué decía esto? Porque resulta, entonces, que esos economistas que se transforman en consejeros del Príncipe, establecen una agenda prioritaria que desplaza todas las otras consideraciones, en aras del equilibrio fiscal, del equilibrio de las cuentas públicas, del pago de la deuda, o cualquier otro objetivo. Pero fíjense que lo interesante es esto: esa gente, a los efectos de poder dar una pátina de credibilidad a lo que plantean, remite a terceras partes, básicamente Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, etc., para que acrediten y validen la estrategia económica que se está siguiendo en nuestro país. Y ahí ustedes se encuentran con un fenómeno muy interesante y es que resulta que estos ministros, viceministros o asesores económicos de países como la Argentina, fueron compañeros de estudios de estos otros que están hoy trabajando en el FMI, el BM o el BID y que comparten una misma visión, una visión en general bastante pobre de la ciencia económica. ¿Por qué? Porque la enseñanza de la ciencia económica está en crisis en los Estados Unidos y en Europa. Esto no soy yo el que lo descubre. Lo están diciendo algunos economistas como Samuelson por ejemplo, que está escandalizado porque en su Departamento hace pocos años eliminaron la historia de las doctrinas eco-

nómicas. La teoría económica es en el fondo una especie de reciclado de los cuatro, cinco, seis *papers* básicamente econométricos producidos por sus profesores en los últimos cinco años. Combinen esto con otro hecho que se está dando en Estados Unidos, que es la baja de la edad media de los estudiantes doctorales, que de ser de casi treinta años la edad promedio en la década del setenta, ahora oscila entre veintitrés y veinticuatro. Con lo cual, estamos en presencia poco menos que de adolescentes que no tienen conocimiento de la historia de la doctrina económica, que no tienen ninguna experiencia de vida real como para decir que estuvieron manejando algo que tiene que ver con la economía real. Que encima creen que los *papers* tal o cual son la teoría económica. Y ésa es la gente que después dice: yo sé cómo este país sale adelante. Ésa es la gente que Stiglitz, con mucha razón, dice que son economistas de tercera, la mayoría de los cuales no terminaron sus doctorados y que se enganchan en esas organizaciones. Pero son ellos los que vienen y dicen, sí, Roque está bien o Cavallo está bien o Machinea está bien. En un momento dado, estos personajes dicen: bueno, te presto desde el Fondo, pero vamos a lograr que otros más presten. En realidad, esos otros más son los bancos de inversión o grandes grupos financieros que también tienen cubierto su *staff* por gente que perteneció al mismo grupo, estudió en las mismas facultades —Chicago se lleva las palmas en eso— y que están trabajando en operaciones eminentemente especulativas. Y esos tipos vienen y dan dinero a un país como la Argentina, si es que ven la posibilidad de un negocio a corto plazo. Cuando digo a corto plazo, les doy un dato: más del 90 % de las operaciones que se realizan en el mercado financiero internacional, un mercado que diariamente mueve un billón de dólares, es decir, un millón de millón de dólares, el 90 % son operaciones a siete días de plazo. Los economistas que monitorean y hacen eso son simples especuladores. No son economistas. Se han apropiado del nombre de economistas, pero son verdaderos tahúres en este casino global del sistema financiero. Pero ésos son los tipos que junto con los del Banco Mundial y el Fondo le dan el aval de credibilidad a un programa de política económica. ¿Cómo se remacha todo esto? Fíjense ustedes cómo se va anudando el círculo: la gran prensa y los gurúes de la *city*, que están interesados en toda esta historia, que son mandaderos de los grupos económicos. Los diagnósticos de Broda, para poner un ejemplo desopilante, no hacen otra cosa que plantear lo que los grandes grupos económicos que actúan en el mercado bursátil de Buenos Aires quieren que diga para crear opinión. Por eso le pagan. No es el producto de un análisis desapasionado, objetivo. No. Es un empleado.

Les decía, entonces, tenemos los ministros, tenemos los bancos, tenemos la banca de inversión y tenemos también algo muy importante que son las calificadoras de riesgo, que son los tipos que califican el grado de riesgo de inversión en distintos países, que también pertenecen al mismo

grupo, se conocen todos ellos. Entonces, ¿cuál es el negocio de estos tipos que es crucial? Los calificadores de riesgo tienen una misión que es fundamentalísima: la de producir una evaluación de la confianza en invertir en determinado país. Les puedo decir que estuve viendo una de esas tablas que manejan y es una de esas chantadas que pocas veces he visto en mi vida algo igual. Bajo una apariencia de objetividad, todo cuantificado, pero un sinsentido, una verdadera sopa de letras. No hay una sola idea detrás de todo eso. Es una colección caprichosa de indicadores mal medidos, mal cuantificados, que no tienen relación entre sí, a través de lo cual le dan un puntaje a un país. Ahora, ¿qué pasa? Al darle ese puntaje, en más o en menos, significa que los otros tiburones que están en la banca privada de inversión hacen mucho dinero. No podemos ser ingenuos. Salvo que yo sea muy mal pensado: si un señor en un país como éste socializa la deuda externa privada y libera a algunos aventureros de una deuda de 30.000 millones de dólares, ¿ustedes creen que eso se hace gratis? No se hace gratis.

Se genera todo este círculo vicioso de este falso consenso. Cuando uno lee la desgrabación de las exposiciones de Chacho en este Seminario, uno nota la profundidad que tuvo el impacto de este consenso económico falaz en la Argentina, y que se puso de manifiesto claramente desde el primer día en que la Alianza tomó el poder, y se descubre la presencia de cinco economistas en el gabinete. Una cifra absolutamente fuera de proporción. Aparte de Machinea estaban López Murphy en Defensa, Rodríguez Giavarini en Cancillería, Llach en Educación y Santibañez en la SIDE. Esto nos dice que la única preocupación era garantizar la tranquilidad de los mercados, tirando por la borda cualquier otra cosa. Y cuando uno empieza a ver qué fue la política que siguieron estos ministros en sus respectivos ramos, fue un desastre. En Educación fue un mamarracho total. Ustedes habrán leído que la UNESCO levanta su sede de la Argentina. Era muy importante la presencia de la UNESCO para la Argentina para mover programas de desarrollo educativo, formación de maestros, transferencia de tecnología. ¿Saben por qué se va la UNESCO? Yo no lo podía creer, pero en CLACSO somos parte del sistema, somos organismo de consulta de la UNESCO, y la vez pasada que estuve en París me mostraron la carta que mandó el Ministro de Educación Juan José Llach, diciendo que el Gobierno Argentino, debido a las restricciones presupuestarias, vería con buenos ojos que la UNESCO levantara su oficina de acá, a pesar de que la contribución del Gobierno era modesta y de que el grueso de la contribución provenía del sistema de Naciones Unidas. Por modesta que fuera la contribución argentina en tiempos de ajuste como éste, era conveniente poner fin a esta cooperación. Mientras decía esto, el ministro estaba cobrando 11.000 dólares por mes por hacer nada. Ustedes recuerdan, lo levanta *Página 12* y el tipo tiene que renunciar. Esto revela lo que pueden hacer estos monos con navaja, que supuestamente son personajes serios, que manejan una disciplina como la

economía, que es una disciplina muy seria. Yo soy un estudioso y un admirador de los grandes economistas. Ahora estoy proponiendo una relectura de Adam Smith y no salgo de mi asombro, porque la falsificación que ha sufrido el pobre hombre a manos de los que dicen defenderlo, es mayor todavía que la que sufrió Marx a manos de algunos marxistas de por acá. Por ejemplo, Adam Smith dice que los ricos cada vez que se reúnen, aunque sea para divertirse, para tomar un trago, de lo que inevitablemente van a hablar es de la forma de aumentar la capacidad de esquilmar al público y rebajar el sueldo de los trabajadores. Por eso son necesarias buenas leyes, no para impedir que esto ocurra, porque nadie puede impedir que se reúnan y hablen de esto, pero por lo menos para que los efectos de su conspiración no sean tan perniciosos para el país. Éste no es el Adam Smith que nos vendieron acá. La mano invisible famosa. Saben cuántas veces habla él de la mano invisible en casi mil páginas? Una sola vez, al pasar.

Creo que la Alianza entró en un callejón sin salida al caer en este crudo economicismo. Al no darse cuenta de que acá se podían y se pueden hacer otras cosas. No es fatal que la Argentina tenga que estar pasando por una situación como la que pasa. Acá habría que ver bien por qué fue que la Alianza capituló tan rápidamente, llegando a un punto donde realmente se duda mucho acerca del futuro inmediato de la Argentina.

Ustedes dirán, bueno, pero todo esto es muy fácil de decir, hacer una crítica así. Pero, ¿qué se puede hacer? Yo creo que hay algunas rutas por las cuales es posible avanzar. Primera cuestión, que es de fundamental importancia, no hay democracia que funcione si no se reconstruye el Estado. El gravísimo error de la Alianza fue haber comprado el argumento neoliberal durante los años del menemismo, que de alguna manera decía que era posible sostener el orden democrático en un Estado desmantelado, desahuesado, desarmado. Evidentemente, al cabo de poco tiempo, llegamos a la conclusión de que con este Estado no podemos avanzar más. La Argentina es un país que prácticamente no tiene Estado en este momento. Fíjense una cosa muy interesante: la Argentina había logrado dominar la aftosa. Un mérito que es importante poner en el haber del menemismo. La persistencia de una política, también menemista, de desmantelamiento del Estado hizo que en menos de un año ese logro histórico fuese arrojado por la borda. ¿Sólo en la Argentina pasan estas cosas? No. La "vaca loca" en Inglaterra fue el resultado de la política thatcherista de desmantelamiento del Estado. Porque en la medida en que no hay organismos de control, el capitalista, impulsado por las necesidades que derivan de la competencia, tiene que reducir costos de mil maneras, no todas ellas maneras morales, éticas, congruentes con la sustentabilidad de la vida social y la estabilidad ecológica del planeta. Entonces, una política de destrucción del Estado, como la que se llevó a cabo acá, tiene como resultado un colapso como el que hemos visto en ese flanco, el de la fiebre aftosa, pero también en muchos

otros frentes. En el frente sanitario, una situación calamitosa; en el frente educativo, problemas gravísimos. Ustedes piensen que el presupuesto de la universidad pública está congelado desde los años 1992-1993. Si ustedes miden la inversión universitaria en la Argentina con relación al número de estudiantes, estamos invirtiendo la cuarta parte per cápita de lo que invertíamos treinta y cinco años atrás. Éste es el primer país en el que a los científicos se los manda a lavar platos. Y tanto es así que hace poco salió en la página de uno de estos grandes buscadores –Yahoo, creo– una adivinanza: ¿cuál es el nombre del ministro de Economía que mandó a los científicos a lavar platos? Daban tres nombres, uno de un país africano, otro de un país asiático y Cavallo de la Argentina. Esto revela que acá hay una escala de valores completamente trunca. ¿Cómo podemos seguir con el ajuste del Estado cuando tenemos casi la tercera parte de la población que no tiene acceso a agua potable? ¿Quién le va a llevar agua potable a los pobres? ¿O es que acaso en la democracia argentina, la condición de ciudadanía excluye el derecho a beber agua potable? Esa gente tiene que pagar el agua y la paga bastante cara. Lo mismo pasa en Brasil, en México, pasa en estas democracias dependientes, imperfectas, democracias de mercado, no sé cómo llamarlas, pero que no son genuinas democracias, son un simulacro de democracia. La Argentina no es una democracia, tenemos elecciones, pero no elegimos. El que salió tercero, ahora es Presidente de la República [en referencia a D. Cavallo, Ministro]. Acá no hubo un simple cambio de ministro, cambió la forma del régimen político. Yo soy politólogo, antes que economista. Acá cambió la forma de régimen político. Estábamos en un régimen presidencialista, que era el que la Argentina tuvo hasta diciembre de 1999, a un régimen semiparlamentario al estilo europeo, que es el que se inaugura con el advenimiento de Cavallo III al poder. ¿Qué quiere decir esto? Que nos parecemos a algunos casos europeos, donde los reyes y los presidentes son figuras que representan la unidad de la nación, pero que no tienen nada que ver en la gestión de la cosa política. Y la prueba está que el Presidente no ha abierto la boca a lo largo de estos últimos dos meses. Ese viaje a Quebec fue bochornoso, cuando los periodistas le preguntan sobre el plan económico, les dice voy a hablar primero con Cavallo y después los recibo y les cuento. Con gran candor. Antes el ministro era un secretario del presidente a cargo de un área específica. Acá se cambió totalmente. Estamos en presencia de una modificación sustancial que explica, se los anticipo, el gran nivel de abstencionismo político que vamos a tener en las próximas elecciones. Porque la gente, con muy buen tino, va a decir para qué diablos voy a votar. Acá hay un cambio que va más allá de un simple reemplazo. Hay una forma de régimen político que ha sido alterada. Esto va en desmedro de las posibilidades de la democracia.

Reconstrucción del Estado significa colocar al Estado en el plano que

debe estar, que comienza por la base económica. Pregunta: ¿cuán grande era el Estado argentino? Yo estuve mirando algunas cifras comparativas. Realmente el Estado argentino, en comparación con los países desarrollados, es un enano macrocefálico, con un cuerpo pequeño, con una gran cabezota, pero absolutamente pequeño en comparación con los gigantes europeos. En los países que están bien en Europa, Alemania, Francia, Holanda, Dinamarca, Suecia, los países escandinavos en general, el gasto público representa el 50 % del PBI. Lo importante es que estas cifras no cesaron de aumentar en los ochenta y los noventa, época en que se lentificó el proceso de crecimiento económico, se agotó la expansión de posguerra, comienza un período de vulnerabilidad y, aun en ese contexto, los Estados europeos siguieron creciendo. ¿Por qué crecieron? ¿Porque tienen políticos populistas, irresponsables, ultraizquierdistas que no les importa el país? Cuando uno mira la colección de gobernantes que tuvo Europa, tuvo gobernantes bastante de derecha, Thatcher, Major, Kohl, los sátrapas italianos de los que se puede decir cualquier cosa, menos que eran irresponsables ante los mercados. Crecieron por una sola razón: porque pese a todos los disparates que esta gente hizo, el contrato social que reconstituye las sociedades europeas a fin de la Segunda Guerra Mundial, tiene contenidos sociales y de avanzada que son innegociables. Entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué aumenta el gasto público en Inglaterra, sobre todo después de la fase más virulenta de Thatcher? Porque tienen más viejos que requieren más atención médica. Como allá un ciudadano no es como acá un objeto de deshecho, los viejos requieren más atención médica. Como ni se les ocurre pensar en la privatización de la medicina, porque éste sería como el incidente del panadero que terminó de prender fuego a la Bastilla, el 14 de julio de 1789, allá sigue aumentando el gasto público para cubrir este ítem de seguridad social.

En segundo lugar, aumenta porque ha habido un proceso muy fuerte en la incorporación de la mujer a la vida social, a la vida pública, que exige un financiamiento adecuado. Por ejemplo, gran parte del aumento de la matrícula en las universidades argentinas tiene que ver con la incorporación de la mujer. Entonces cuando López Murphy propone, ¿qué hacemos? ¿Echamos al 60 % de la población universitaria de la UBA que hoy son mujeres? ¿Qué argumento es ése? Todo lo contrario. Hay que tratar de que vengan más y que haya más sectores sociales que se incorporan a la sociedad. Eso es lo que se hace en Europa. En Alemania, la matrícula universitaria hasta fines de los ochenta, crecía más rápido que en la Argentina. Alemania, un país maduro con una sociedad ya constituida, con una recuperación de la posguerra que hacía innecesario cualquier gesto demagógico para mantener a los estudiantes en la universidad, sin embargo, la matrícula crecía más rápidamente en esos años que lo que crecía en la Argentina.

El gasto público quiere decir en esos países un enriquecimiento de la calidad de la ciudadanía. Y acá en la Argentina no tenemos ciudadanía, tenemos súbditos. Ésta es una democracia sin ciudadanos. Y lo que distingue a la democracia no es el hecho rutinario de que vamos cada dos años a votar. Lo que diferencia a la democracia de un régimen no democrático, es la condición que caracteriza a la población. La población es habitante, es súbdito o es ciudadano. Nosotros tenemos muy pocos ciudadanos. Los ciudadanos son una minoría en este país. Por eso el gasto público se pudo reducir en la Argentina. Porque incluso cuando uno considera las cifras de las provincias, el gasto público aún es muy bajo. En el gasto público Cavallo puso, a partir de 1992, los gastos de Seguridad Social, o sea, los ahorros de los trabajadores captados por el Estado. Esto lo pone como gasto público. Esto no es gasto público. El ahorro que se cobra a partir de los aportes previsionales de los trabajadores más los aportes empresariales, no es gasto público. Es dinero de los contribuyentes. Y también se incluye la deuda externa, que en gran parte es de origen privado. Si nosotros deducimos esas dos cifras llegamos a que el gasto público, incluyendo el gasto de provincias y municipios, equivale aproximadamente al 20 % del PB, contra un porcentaje cercano al 50 % de los países que de verdad están en el primer mundo. Y los países de Africa están en el 15 %. Claramente la Argentina y los países de América latina se han ido moviendo en la dirección africana y alejándose del camino que lleva al primer mundo.

¿Cómo se remedia esta situación? Con fuentes genuinas de financiamiento. ¿Hay fuentes genuinas de financiamiento en la Argentina? Por supuesto que hay, sobran. Piensen ustedes en la última crisis que tuvimos, cuando viene López Murphy, que provoca esta ira, el odio de la plebe, la estupidez de la Alianza política y del gobierno, porque había que pagar 2.000 millones de dólares. Viene Cavallo, hace un pase mágico y aparecen 2.000 millones de dólares con un impuesto mínimo a las operaciones bancarias. Entonces, todo un país sostenido en vilo, todo un gobierno maniatado porque no le encontraban la quinta pata al gato y, de repente, resulta que con una cosa elemental se tapa ese agujero de 2.000 millones, que en su delirio López Murphy pensaba dispararlo contra el presupuesto educativo. Ahora, ustedes dirán: ésa no es la solución. Claro que no, la solución es otra. Si ustedes miran las cifras de la distribución del ingreso nacional en este país, resulta que el 10 % más rico percibe un poco más del 37 % de todo el ingreso nacional. La cifra es engañosa porque abarca el 10 %, pero este 10 % incluye desde Amalita, Santibáñez, hasta muchos de nosotros que estamos acá. La clase media que está por encima de cierto nivel. Si ustedes cortan más fino, y hacen como en Estados Unidos que los datos vienen por percentiles, cosa que acá me huele a gato encerrado que digan que no se puede hacer. Si en vez de deciles es en percentiles, lo que vemos es que los tipos que se apropian de ese 37 % son, en realidad en

gran parte el 2 %. Ese 2 % no paga impuestos. Simplemente, si nosotros lográramos aplicarle a ese sector que se embolsa un poco más de 100.000 millones de dólares, un impuesto muy moderado, del orden del 10 %, tenemos los 10.000 millones de dólares que básicamente eran el tema de la deuda hasta hace poco más de un año. La pregunta es, ¿por qué no se cobra? Yo creo que no se cobra porque no hay voluntad política de cobrar. Ustedes tienen situaciones en donde en impuestos a los bienes personales, recaudamos cifras irrisorias y donde no se cobran impuestos a las transacciones financieras. Acá hubo un escándalo. Se vendió YPF a Repsol por una cifra un poquito más de 14.000 millones de dólares, y eso no generó un centavo para el fisco. Esto lo digo en el exterior y no lo pueden creer. Es robo a mano armada. Eso se hizo durante los años del menemismo y me temo que se va a seguir haciendo ahora. Es robo. Si ustedes compran un auto, pagan impuesto, y esto no generó nada. Y esto lo sabe todo el mundo. No puede ser que los cinco genios económicos que había en el gabinete inaugural de De la Rúa no supieran esto. No se hace porque no hay voluntad política. La política es cada vez más cara, entonces los políticos tienen que congraciarse con los que tienen la plata. Y cuando se congracia con los que tienen plata, de alguna manera venden su alma al diablo. Sus intereses son intocables. No hay ninguna otra razón. Están alquilados y algunos están vendidos.

Si yo mañana soy presidente, como no tengo ningún compromiso, enseguida decreto el reajuste de las tarifas telefónicas y si se quieren ir, que se vayan, yo los acompaño a Ezeiza, pero ¡no se van a ninguna parte! Si apretamos fuerte a Telefónica y a Telecom en 500 millones de dólares, los pagan en dos días, ¿adónde van a ir a vender teléfonos? Más de la mitad de la población mundial nunca efectuó ni recibió una llamada telefónica. Donde hacen llamadas telefónicas hay mercados rigurosamente protegidos, donde una empresa nueva no entra. ¿Adónde van a ir? Hay más teléfonos en la ciudad de Tokio, que por supuesto ahí no pueden entrar, que en todo el continente africano. ¿Adónde van a ir a poner teléfonos? Esos tipos son cautivos nuestros, son rehenes nuestros. Pero por esas paradojas de la política argentina, somos nosotros rehenes de ellos. Y lo mismo podemos hacer con muchas de las compañías privatizadas. No les vamos a decir: señores, ustedes no ganen más. Que ganen. Pero ¿por qué razón una privatizada que en España o en Francia paga 35 % de impuestos en la Argentina evade y no se preocupa ni siquiera por ocultar la evasión? Enseguida vendrá el coro de los economistas, a los que llamo, siguiendo a Aristóteles, crematísticos. Aristóteles diferenciaba la crematística de la economía. La economía era una cosa noble, encaminada al bien común y la crematística era la cosa del *mercachifle*. Entonces los crematísticos van a decir que hay demasiada presión tributaria en la Argentina. Para el pueblo claro, 21 % de IVA, ¡imagínense! El IVA más alto del mundo. Pero cuando uno

mira las cifras del impuesto a las ganancias y las rentas empresariales sobre el producto bruto es 14 %, y en la Argentina es del 2,5 %. Estamos casi seis veces por debajo de lo que es la presión tributaria en los países del primer mundo. Bueno, hay que financiar la vida política, y el financiamiento se hace por la vía privada; el resultado es que los grupos dirigentes quedan aprisionados y dependientes de los mercados. Y así nos va.

Respecto a Carlos Chacho Álvarez, yo creo que se perdió una oportunidad muy grande. Producto de esta compra de estas ideas económicas que hizo la Alianza, en donde los apologistas del Consenso de Washington tuvieron muy rápidamente una voz privilegiada en el seno de la Alianza y él no ayudó a promover el debate. Chacho tenía, en el apogeo de su carrera política, un grado de legitimidad que le hubiera permitido plantear un debate serio sobre el rumbo económico de la Argentina y el rumbo económico que quería seguir la Alianza. Y lejos de eso, lo que hizo fue aislarlo a Arnaldo Bocco y algunos tipos que tenían posiciones que no eran tampoco extremas, pero, por lo menos diferentes, y hacerse asesorar por Broda; una locura total, pero hay pruebas, hay testigos y se sabe. Y además, caer en la cosa de pensar que Cavallo lo había hecho y Cavallo nos va a sacar. Ha estado operando a favor del retorno de Cavallo al gobierno a los pocos meses de haberse lanzado el experimento con Machinea, que tampoco iba por muy buen camino. Yo creo que Machinea estaba completamente equivocado, le faltó iniciativa, le faltó visión, tuvo una visión muy estrecha. Yo creo que el Chacho no se dio cuenta, como creo que tampoco se dio cuenta Bordón en su momento, de que es posible perfectamente construir poder al margen de los mercados en la Argentina. Él no confió en eso. De alguna manera se dejó seducir por el canto de sirena de los mercados, ignorando o desoyendo la opinión de aquellos que decíamos –no en mi caso, directamente, porque nunca lo asesoré– desde los medios, que los mercados tienen una tendencia irrefrenable a apoderarse de aquel gobierno que trata de apoyarse en ellos. Y que el gobierno de Menem había sido prueba de ello, y el gobierno de la Alianza tenía que dar señales, no de que iba a combatir a los mercados, pero sí de que, por lo menos, les iba a plantear una estrategia defensiva, cuya única garantía de éxito era apoyarse en una gran dosis de legitimidad popular, para lo cual el gobierno tenía que rápidamente empezar a hacer cosas concretas a favor de la gran mayoría de la gente que está muy mal, a favor de los pobres. Y lamentablemente no lo hizo.

El otro gran fracaso, deplorable, fue el de Graciela Fernández Meijide en el Ministerio de Desarrollo Social y que fue un escándalo. Donde la inoperancia y la politiquería barata de séptimo nivel llegaron tan lejos que, a seis meses de ocupar el Ministerio, todavía no había un tríptico así donde dijera Ministerio de Desarrollo Social; seguían con la foto de Menem y el viejo *staff* de la época menemista. Incapaces siguiera de sacar un tríptico.

A mí me parece que ahí se combinaron una serie de circunstancias y me

parece que la estrategia del Chacho fue equivocada al no plantear él, con la enorme legitimidad que tenía –porque de alguna manera representaba emblemáticamente el espíritu del Molino para grandes sectores de la sociedad y tenía la autoridad–, que acá hay que discutir el rumbo de la economía, este rumbo nos lleva a la catástrofe, no podemos seguir con esto y no podemos admitir un gabinete donde tenemos cinco economistas. Entonces, el que parecía trotskista era Machinea, el resto era de recontraderecha. Creo que se aguantó eso porque no había sido capaz de construir una fuerza política. El chachismo fue más que nada un movimiento de opinión, y un movimiento de opinión puede prevalecer mientras tenga opiniones. Cuando no tiene opiniones que lo distinguan de las opiniones predominantes, el movimiento se desinfla. Un poco lo que pasó con el Chacho fue eso. Y después, me parece que no contó con el grado soberano de estupidez, lo digo con todo respeto, del Presidente, que, cuando se plantea la crisis del Senado, Chacho imaginó que el otro tenía un mínimo de racionalidad y no iba a responder de la manera que respondió. Para su sorpresa, respondió con una provocación burda, designando a Flamarique. Admitamos que el Chacho cometió un error, pero el error de respuesta fue potenciado a la quinta potencia. Uno le podría reprochar al Chacho, ¿pero vos no te diste cuenta de que así era el personaje y que puede salirte con cualquier cosa? Terminó de una manera lamentable y ahora no sé qué pasará. El problema en la Argentina es muy grave ya que no tenemos figuras de recambio, no existen. Estamos a cuatro meses de las elecciones y no se sabe quiénes son los candidatos. No hay candidatos de la Alianza para la Capital Federal. No hay candidatos en la provincia de Buenos Aires. Hasta hace poco yo pensaba que en el 2003 volvía Menem. Pero ahora, con el giro que tomó la investigación de la causa de la venta de armas, me parece que va a ser muy difícil que aparezca Menem como una alternativa de recambio, Yo lo decía humorísticamente, ustedes saben mi opinión acerca de Menem, pero lo que pasa es que yo veo que hay un proceso de disolución nacional tan marcado que francamente no sé como llegamos a octubre del 2003. Y ojalá que me equivoque, porque yo soy socialista, pero no soy de los que creen que cuanto peor, mejor. Porque cuando hay crisis sociales, invariablemente se sale por derecha. No creo yo que al derrumbe venga el florecimiento del ejército rojo ni nada por el estilo. Al derrumbe, tenemos que empezar a pensar en los Pati, en los Rico, en los Seineldín, esa clase de personas. Mi preocupación es que esto se está derrumbando ya. El radicalismo es un partido centenario que no puede presentar una lista de candidatos en la Capital Federal. El PJ no está mejor. A De la Sota, la provincia, con suerte, se le incendia una semana después de las elecciones; es un experimento ya fracasado rotundamente, están con sueldos impagos, no saben a quién venderle el Banco y entonces se quedó prácticamente colgado del pincel. A Ruckauf lo ayuda la impericia del gobierno nacional, y cómo

está en Buenos Aires, un poco disimula, pero está con problemas muy serios. En este panorama, el que está menos comprometido es Reutemann que, por lo menos, tiene algo que no tiene ninguno de estos otros personajes, que es un contacto directo con la gente, que explica la enorme popularidad que tiene en la provincia. Pero a nivel de candidaturas nacionales, yo no sé quién puede plantearse como sucesor de De la Rúa. Por eso la quemazón del Chacho me parece lamentable. Ahora aparece la figura de Lilita Carrió, pero falta mucho. Ni me animo a predecir nada de acá a las elecciones. El problema grave que tenemos es que no tenemos nada por la izquierda. Porque la experiencia internacional marca que para que una democracia capitalista funcione se necesita una presencia muy sólida de partidos de izquierda, de sindicatos de izquierda, que sean capaces de contrarrestar la voracidad inagotable del capital, y acá no lo tenemos. Es todo un tema para un seminario: ¿por qué el fracaso de la izquierda argentina? Tampoco tenemos alternativa a la Chávez. En Venezuela hay varios fenómenos interesantes. La experiencia chavista supone un ejército mínimamente íntegro con una orientación llamémosle nacional, para volver a los viejos tiempos de los años sesenta y setenta, y mínimamente a salvo de denuncias de corruptela y violación de los derechos humanos como el ejército argentino. El ejército está fuera de la conversación. Esto es lo bueno. Pero para aquellos que se ilusionan con la aparición de un coronel mesiánico, acá no tenemos ni siquiera la estructura de un personaje como Chávez. Acá Chávez tiene muy mala prensa, pero ha hecho algunas cosas interesantes, entre otras, impedir que se ponga en marcha el plan Colombia. Estados Unidos requiere, para que se ponga ese plan en marcha, que Venezuela sea una especie de portaaviones terrestre para todas las operaciones. Y Chávez dijo que no. Eso explica la animosidad muy fuerte que hay contra Chávez en Washington. Pero Chávez con buen tino, como es militar sabe que en cuanto los *marines* o los aviadores norteamericanos ponen un pie en Venezuela, se generaliza una situación de guerra, donde Venezuela es la primera víctima después de Colombia. Esto también lo sabe Cardoso, por eso hizo una alianza muy fuerte con Chávez para poner fin al plan Colombia. Pero acá no tenemos bases para ese chavismo. Otra de las cosas que hizo Chávez fue incorporar a casi un millón de chicos que estaban fuera del régimen escolar, con un régimen de doble escolaridad con almuerzo incluido. Y después ganó siete elecciones al hilo, todas con veedores internacionales que estaban buscando a ver de qué manera podían vetar las elecciones y no encontraron nada. Además, se está produciendo en la sociedad venezolana una ruptura como la que se dio en la Argentina en 1945, con aquel maldito *slogan* que fue culpa de la clase media ilustrada: libros sí, alpargatas, no. Eso se está dando hoy en Venezuela, el corte de color y clase es brutal. Mis amigos blancos venezolanos son todos antichavistas. Un amigo mío, sociólogo venezolano, se fue a Estados Unidos por-

que no aguanta el fascismo. Es el mismo fenómeno del cabecita negra. El único que la vio clara en aquel momento fue Germani, que dijo esto no es fascismo. Y en Venezuela hoy todos los morochos son chavistas. Esa ruptura habrá que ver cómo la procesan. Pero acá, nosotros no tenemos salida. Así que bueno..., que Dios nos asista.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Sobre el pensamiento único y el futuro de la izquierda.

Respuesta: Con las ideas económicas predominantes de hoy, que son las ideas del neoliberalismo, están muriendo a causa de enfermedades curables 100.000 personas por día, según datos de la OMS. Es decir que 36 millones de personas por año desaparecen por esto que se llama *the new economy*. Esto es mucho más letal que la Segunda Guerra Mundial, que liquidó en seis años a 60 millones de personas. El Consenso de Washington liquida en seis años a 216 millones de personas. Es evidente que esto no es solución. ¿Qué se puede hacer? Pensar que hay formas históricas alternativas. Pero acá estamos planteando la temporalidad, ¿cuál es el plazo? Si dirigimos nuestra mirada hacia el futuro, no me cabe ninguna duda de que el capitalismo está condenado, una forma de organización absolutamente irracional. Tan irracional es que ya uno de los más lúcidos capitalistas del planeta, como Soros, anda diciendo que la inestabilidad del sistema financiero internacional, producida por la desregulación financiera, constituye una amenaza más grave para la continuidad del capitalismo que la Revolución Rusa. Lo dice Soros en un libro muy interesante que se llama *La crisis del capitalismo global*, que está publicado en castellano hace un par de añitos. Pero acá hay un problema que en parte está en las exposiciones del Chacho, que es el corto plazo. La política no se puede hacer a largo plazo. Uno de los errores de la izquierda argentina es su incapacidad para plantear una propuesta política de cortísimo plazo. Si no entendemos eso, entonces tenemos el espectáculo de abnegados militantes de izquierda que van a visitar una villa miseria, se encuentran con una señora que el marido la abandonó o que no tiene trabajo, y que lava la ropa por ahí, se traslada al Barrio Norte o Belgrano para trabajar de doméstica y tiene cinco o seis hijos en un barrio asediado por la droga y la delincuencia que lo utiliza como refugio. Van los compañeros y le dicen, calma, la revolución le va a resolver todos estos temas. Yo lo he visto, no me lo contó nadie. En el imaginario popular, la idea de la revolución está indisolublemente asociada con la violencia, con la muerte, por una especie de instinto muy primordial, sabiendo que las primeras víctimas suelen ser los pobres, aunque después a la larga ganen la batalla. El problema de esta izquierda mesiánica,

que el Chacho lo dice ahí con cierta razón, es que plantea una propuesta muy de largo plazo. Pero en la coyuntura, mañana hay que pagarle a los maestros. Esto se vio muy claro con el rechazo de toda la izquierda argentina, para mi vergüenza, de todas las deliberaciones del Foro Social Mundial de Costa Rica, que fue boicoteada por todas las organizaciones de izquierda. No quisieron participar porque consideraban que involucrarse en el Foro Social significaba asumir posturas que representaban, de una manera u otra, un compromiso con una eventual gestión. Y como ellos están preocupados exclusivamente por el logro de la nueva sociedad, que está al margen de estas minucias, simplemente boicotearon la reunión. De ahí las críticas feroces que algunas organizaciones de izquierda, acá, hacen por ejemplo al Frente Gaúcho en Río Grande do Sul, Porto Alegre, acusándolo de no hacer una política de transformaciones revolucionarias, olvidándose de toda la biblioteca marxista que dice que las transformaciones revolucionarias requieren para su producción de un marco internacional que está por completo ausente en este momento en esta parte del mundo. Y es por eso que yo, hablando en esa conferencia sobre la Argentina, descarté hablar sobre lo que podría ser una alternativa socialista para la Argentina, porque me parece que en este momento la política no tiene esa laxitud que nos permita salir a plantear un programa de izquierda radical en la Argentina. Me parece que es muy difícil hacerlo fuera, por lo menos, de un marco latinoamericano de contención, que no tenemos en este momento. Lo que me parece lo más razonable es tratar de ver si se puede armar una propuesta política que nos saque del Consenso de Washington, del neoliberalismo, que vaya abriendo camino para pensar un poco más adelante en una alternativa más de fondo. Además porque hay un elemento muy importante que no siempre se considera y es que, nos guste o no nos guste, América latina es parte de la reserva estratégica mundial de Estados Unidos. Esto no es África ni es Asia. En la concepción geoestratégica norteamericana, América latina es una parte fundamental, es la masa continental en la cual la hegemonía norteamericana tiene que ser absoluta e incontestable. Nosotros no podemos ignorar ese dato. En otras palabras, la izquierda en América latina tiene muchas más restricciones que las que puede tener en África o en Asia. Allá hay potencialmente un clima mucho más favorable. González Casanova escribió un libro junto con Gregorio Selser, hace como diez años, registrando ciento y pico de intervenciones militares de los Estados Unidos en el siglo XX, de diversas formas y maneras. Esto no quiere decir que uno tiene que bajar los brazos, sino que uno tiene que ser muy cuidadoso a la hora de elaborar estrategias realistas, si no queremos estrategias suicidas, o que sean meros actos demostrativos o expresiones testimoniales carentes de toda eficacia. Acá tenemos un obstáculo muy grave, muy serio, para políticas de cambio, de transformación radical en América latina. En la Argentina esto se agrava por un divorcio muy fuerte

que hay entre las organizaciones de izquierda y el campo popular, que tiene que ver con el significado histórico del peronismo en la Argentina, los errores de la izquierda, la identidad de los sectores populares que se constituyen en torno al peronismo. Esto hace que la izquierda tenga enormes dificultades para construir una base social que le permita dirimir de una manera realista algunas de las estériles polémicas en las cuales se encuentra involucrada, y son estériles polémicas porque son retóricas, a ver quién es más de izquierda que el otro. Ahí tenemos, por ejemplo, la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, donde hay una competencia por ver quién es más de izquierda que el otro, porque como no hay un referente de masas, no hay una dinámica de masas por afuera que condene a aquel que dice tonterías, cualquiera puede decir cualquier cosa. Yo se los he dicho a varios de ellos: ustedes lo que tienen que hacer es producir una política de izquierda para la preservación de los espacios públicos, no te quiero escuchar hablando de la revolución mundial. Como ciudadano de Buenos Aires, ahora y aquí, y dada esta correlación de fuerzas nacional, ciudadana y latinoamericana, resolveme el problema de los espacios públicos, evitá la privatización de los espacios públicos, que las veredas se transformen en prolongaciones de los boliches y los negocios. Hay un montón de temas que una izquierda sensata y realista tendría que utilizar para hacer política en serio en la ciudad, y no meterse a divagar sobre el sistema financiero internacional. Podés hacerlo, pero después bajá con una propuesta concreta y salí a combatir cuando el gobierno de la Alianza en Buenos Aires, con propósitos recaudatorios, en lugar de ordenar el tránsito y prevenir accidentes, lo único que hace es sacar fotos para cobrar a los infractores. En vez de educar, se quiere aprovechar la incultura de los porteños cobrándole una multa para enriquecer las arcas. Eso es lo que tiene que hacer un partido de izquierda comprometido en serio con la gestión. Cuando uno dice comprometerse con la gestión, en los ámbitos de la izquierda, eso suena muy gerencial, como una capitulación al capitalismo. La idea es que la izquierda no debe comprometerse con la gestión; la revolución es un acto mágico, se produce de la noche a la mañana. No hay dirigentes comprometidos con el asunto y los temas de gestión son secundarios. Y así nos ha ido. Pregúntense, ¿por qué hay una izquierda muy fuerte en México? Si bien con muchos problemas, pero la hay. Está gobernando una de las ciudades más grandes del planeta, está el zapatismo, hay otros movimientos por ahí. Hay una izquierda fuerte en Uruguay, en El Salvador, en Ecuador, en Brasil, en Chile no tan fuerte, es fuerte pero no es muy de izquierda, se ha corrido muy al centro, es muy fuerte electoralmente, pero muy desdibujada ideológicamente, pero admito que es fuerte. En la Argentina no la tenemos ni dibujada ni desdibujada. Simplemente no cuenta en la coyuntura. Sin embargo, una de las paradojas es que acá hay una izquierda social y cultural muy fuerte, pero no tiene traducción política. Se expresó duran-

te unos años en el Frepaso, ahora el Frepaso hizo todo lo posible para desilusionarla, no dejó de cometer ninguno de los errores que se podían cometer para divorciarse de ese espectro progresista social muy fuerte. No tiene canal de expresión. En estos otros países que mencionamos recién, la izquierda tiene capacidad de contener un poco esa izquierda social. Acá no, entonces no cuenta. Y al no contar, evidentemente no cuenta ni electoral ni culturalmente.

Pregunta: ¿Se puede modificar el comportamiento tradicional de la izquierda argentina?

Respuesta: La posibilidad de modificación tiene que ver con las enseñanzas que de la historia saquen los protagonistas. Éste no es un tema de convencimiento intelectual. Tiene que ver con la capacidad que tenga la dirigencia de izquierda de plantearse que estos problemas de gestión son muy importantes y no son cuestiones secundarias. Un escenario de pesadilla es para mí un derrumbe muy fuerte y muy rápido de la Alianza ahora, y que ocurra lo que ocurrió en Alemania al terminar la Primera Guerra Mundial, que se derrumba el imperio y termina con Hitler electo democráticamente como canciller. Acá hay un peligro no tan grande, pero un escenario patético sería que, en medio de profundas conmociones sociales, surgiese un escenario de esa naturaleza. La izquierda no está preparada para eso. La solución es el socialismo, de acuerdo, en el largo plazo. Pero mientras tanto, ¿cómo avanzamos? ¿Cómo lo construís? Tenés que tener una política sobre qué hacer con la industria privatizada. Respuesta clásica de izquierda hoy: vuelven al control estatal. Yo me preguntaría, ¿por qué a Telecom, Telefónica, volvemos a hacerlas del Estado? ¿Por qué no pensar en armar un esquema de propiedad pública no estatal? ¿Por qué tiene que ser el Estado? ¿Por qué no pensar en la posibilidad de una forma mixta, innovadora? Los trabajadores de la empresa, los usuarios, representantes de organizaciones sociales de distinto tipo, representantes del gobierno municipal, provincial, nacional, ONG. ¿Por qué no pensar en una forma distinta? Porque la respuesta no es: o esto, privatización salvaje y a lo bestia, o el viejo estatismo que hizo posible la prédica de los Neustadt, Grondona y todos aquellos. Porque, recordemos, aquellas empresas eran una basura también, con algunas excepciones; con dirigencias estatales corruptas hasta la médula, con sindicalistas corruptos hasta la médula que se hicieron millonarios. No nos podemos olvidar de eso. Pensemos en este muchacho Pedraza. Me acuerdo de Monseñor Laguna hablando de este santo varón, sacrificado por sus compañeros trabajadores; terminó siendo un delinciente que se compró una línea férrea él. Volver a eso puede ser algo que a algunos sectores de la izquierda le entusiasme, pero la gran mayoría del pueblo argentino no quiere eso. Tenemos que hacernos cargo de eso

que pasó. No fue así en otras empresas. Fijense lo que está sucediendo con la gente de Aerolíneas Argentinas. Porque hubo otra experiencia. Hablando con algunos encuestólogos, el nivel de aprobación popular a la huelga de Aerolíneas Argentinas es impresionante. Pero no hubo la corruptela, no hubo todo eso que pasó en muchas empresas del Estado. A quién no le vino alguna vez un tipo diciendo: dame dos lucas y te pongo el teléfono. Todavía hay ciertas resistencias culturales ideológicas, porque como no hay una dinámica de masas que obligue a estas organizaciones de izquierda a que den una respuesta, acá cualquiera te corre por izquierda. Lo estamos viendo en el escenario electoral. Duhalde corriendo por izquierda a Alfonsín, Alfonsín corriendo por izquierda a otro. Total, como hay una absoluta indiferencia ciudadana, cualquiera puede correr por izquierda a cualquiera. No hay una responsabilidad pública.

Pregunta: ¿Qué capacidad tenemos los argentinos como sociedad para asimilar procesos traumáticos y responder y elaborar una respuesta creativa innovadora?

Respuesta: Ésta es una sociedad que no demostró tener mucha capacidad de respuesta para eso, todavía. Esto no quiere decir que no la tenga. En general hay una resistencia muy grande a pretender dar respuesta, a asimilar la experiencia. La impresión que uno tiene es de un país que le pasan cosas, las expulsa y no logra asimilar muchas lecciones. Somos duros de entenderlas, nos cuesta asimilar la experiencia. Creo que hay varias expresiones en lo que es el lenguaje popular argentino, que van en la dirección de la incapacidad de asimilar ciertas experiencias y plantearse con cierta modestia los límites de lo que uno puede hacer. Si eso se llegara a neutralizar, la izquierda podría aprender un poco más, y tal vez tener posibilidad de una llegada. Por otra parte, me parece que la izquierda argentina está todavía pagando a un precio carísimo los errores de la coyuntura de 1945. Esa alianza de todas las fuerzas de izquierda con la derecha conservadora argentina, con la Embajada de Estados Unidos —Braden o Perón— esos son errores que cuestan mucho erradicar. Ahí Menem hizo mucho para disolver ese legado, demostrando que desde el peronismo se pueden hacer políticas absolutamente antipopulares, pero todavía no hay una izquierda con renovación dirigencial y de discurso que capte el entusiasmo de la gente.

Pregunta: Sobre la izquierda y el Frepaso.

Atilio Borón: Sobre el Frepaso y la izquierda lo que traté de decir y no quedó claro es que hay una izquierda social que fue contenida por el Frepaso, siendo que nunca se planteó como una propuesta de izquierda. Y

tengo que reconocer que Álvarez fue muy honesto porque lo dijo varias veces: nosotros no venimos de la tradición ideológica de la izquierda. Pero acá, entra un elemento: pese a que el Chacho dijera eso, la gente seguía insistiendo que era de izquierda. Era como aquello que pasaba en la década del setenta, cuando Perón expulsaba a los montoneros de la plaza y muchos de los montoneros decían: viste qué magnífica maniobra la del Viejo, nos expulsa, pero en el fondo hay una guiñada de ojo y está con nosotros. Un dato de la cultura nacional que es la resistencia para reconocer los datos de la evidencia. Te dicen, mirá, no soy de izquierda, vengo de otro lado y la gente seguía diciendo: soy de izquierda, por eso estoy con el Chacho. Pero eso no es problema del Chacho. Es un problema que hace a la psicopatología social de los argentinos. O el empecinamiento en negar ciertos datos de la realidad, que también se vio durante la dictadura militar. Ahora, después de muchas investigaciones, la gente reconoce haber visto cosas, pero no quiso dar crédito a lo que veía.

Pregunta: Sobre la capacidad de la izquierda para gobernar y sobre la honestidad y la política.

Respuesta: Creo que acá hay un tema que me parece que viene de una buena herencia que tenían los socialistas argentinos, esquematizado en ese *slogan* de los años treinta: uñas cortas y manos limpias. Y que era un planteo de honestidad administrativa frente a la corruptela de la década infame. Eso es bueno. Lo que pasa, es que a partir de ahí se generalizó la idea de que los socialistas son inútiles a la hora de gobernar, a partir de una presunción popular, que no está del todo equivocada, de que el arte del gobierno requiere, muchas veces, meterse en trapisondas y en cosas *non sanctas* que los socialistas no van a saber hacer. Hay una especie de realismo extremo en el campo popular: todos los políticos son ladrones, el que no lo es, no puede gobernar. Lamentablemente, la experiencia les ha dado la razón. Fíjense que con la Alianza hay denuncias de todo tipo, la última, con mi Facultad, la de Ciencias Sociales; lo de Franja Morada y la apropiación de los planes de capacitación. Una maniobra increíble ya que está comprometido el Secretario de Extensión. Entonces, a nivel popular, la idea es que necesariamente los gobiernos son corruptos. Y tienen una idea muy fuertemente arraigada en la tradición conservadora, y que de ahí se desparrama por toda la sociedad, de que en general los gobiernos por definición son corruptos, que la bondad de lo social está fuera de los gobiernos. Ésta es una idea muy interesante para el neoliberalismo, porque toda la prédica contra el Estado a favor del dominio irrestricto de los mercados, encuentra en esta vieja ideología un campo de acción muy propicio. La idea es que los socialistas desconocen las malas artes de la política, que para gobernar tendrán que transar, porque si no, las cosas no se mueven. Entonces dejá-

los de lado, son buenos para denunciar, para controlar. Me han dicho, acá gobiernan los peronistas, porque los radicales tampoco son buenos para eso. Y me parece que los acontecimientos de los últimos meses le están dando a ese *dictum* popular un grado de credibilidad bastante grande.

Pregunta: Sobre la capacidad de Chacho de dialogar con su base social.

Respuesta: Chacho es un tipo que tuvo esa capacidad. Digo tuvo, porque no sé si la tiene ahora. Tuvo esa capacidad de sintonizar muy rápido. Cuando la política se transforma en un espectáculo mediático, él como muy pocos, dominó ese arte de la presentación mediática. Observándolo en muchos reportajes, la forma de razonamiento del Chacho es el estilo clásico más mediático de la televisión, que es tirar y disparar ideas cuyo desarrollo no te puede llevar más de un minuto o un minuto y medio. Después pasás a otro tema. Y no concatenás, no hilás; pero sos un disparador. Imágenes muy brillantes, además con mucha calle en ese momento. Es algo que uno tiene innato, porque esas cosas no se aprenden; se ve claramente acá, en el texto. Por eso me pareció muy interesante. Cuando se produce el fenómeno de la Alianza, yo decía, acá va a haber una prueba: a ver si el radicalismo logra stupidizarlo al Chacho y hacerle perder la voluntad de poder, cosa que efectivamente ocurrió, o si el Chacho y el Frepaso le van a inyectar al radicalismo esa voluntad de poder medio nietschiana, de la cual el radicalismo siempre estuvo en falta y que es imprescindible a la hora de gobernar. Se dio el resultado que no debía darse, pero él tenía esa capacidad adecuada a las condiciones de la época, en donde el medio de comunicación con la gente a nivel masivo es la televisión, y la televisión no te banca un razonamiento de más de dos minutos. No podés hacerlo. Ahora, la vieja izquierda, ¿cómo se comunicaba? A través de la prensa escrita. La prensa socialista y comunista acá fue importantísima, pero para los tipos que sabían leer. Y todavía hoy, la izquierda tiene la cultura del libro impreso, que es la cultura por excelencia, porque te permite reflexionar. En cambio, lo otro es una catarata, pero es el modelo de comunicación que se impone y el que te reclaman los medios.

X

MESA REDONDA DE ECONOMÍA

ALCANCES ESTRUCTURALES Y LÍMITES POLÍTICOS DEL MODELO ECONÓMICO

MARIO DAMILL

RUBÉN LO VUOLO

FEDERICO STURZENEGGER

ABEL VIGLIONE

16 de junio de 2001

FEDERICO STURZENEGGER

El tema es “alcances estructurales y límites políticos del modelo económico”. Lo de alcances estructurales no sé bien lo que quiere decir, pero lo de límites políticos, les puedo asegurar que sé bien lo que quiere decir. Algunos de ustedes sabrán que yo entré en la función pública en la gestión de Ricardo López Murphy, y ahí aprendí la ley de Murphy, que no es la ley de que sale todo al revés de lo que uno pensaba, sino la ley que dice que cuanto más concentrado es el privilegio que uno ataca, más difícil es eliminarlo. Eso es lo que yo llamo la ley de Murphy y es lo que aprendí en la gestión con Ricardo. Lo que se intentó hacer en esas dos semanas fue justamente atacar una serie de privilegios que había en la Argentina de una manera muy focalizada y muy directa, y ustedes saben bien cuál fue el resultado. Con lo cual creo que el tema de límites políticos a lo que es la política económica, es un factor absolutamente crucial, es un factor que define exactamente o de manera integral cómo uno diseña las políticas económicas. La política económica se va haciendo dentro de una realidad política que hay que tener en cuenta.

Yo voy a tomar un ejemplo, antes de dar una visión más general del tema, que es una política que nosotros estamos implementando ahora, y donde el aspecto político es definidor de la política en sí. Me refiero a lo que ustedes han oído sobre los planes de competitividad, que son básicamente una serie de iniciativas que el Gobierno está llevando adelante. La idea es eliminar una serie de impuestos; en particular, hay tres impuestos que estamos pensando eliminar: el impuesto a la ganancia mínima presunta, el im-

puesto a los intereses al endeudamiento y los aportes patronales que paga la empresa. La idea es que la Argentina tiene un problema de crecimiento. El diagnóstico es que la Argentina no crece porque no hay inversión. Entonces, hay que eliminar una serie de impuestos que han limitado o perjudicado el proceso de inversión. El impuesto a la ganancia mínima presunta es un impuesto que hay que pagarlo independientemente si uno tiene ganancias o no. Está gravando toda la vida inicial de un proyecto de inversión, antes de que empiece a generar un flujo de caja positivo o una ganancia positiva; por consiguiente, es muy oneroso para el proyecto que se encare. Ahora bien, si ustedes hicieran un curso de economía básica, lo primero que aprenden es que, en general, hay que tratar el tema de impuestos lo más homogéneo posible, porque si uno le baja el impuesto mucho a un sector y deja el impuesto alto en otro sector, genera todo tipo de distorsiones. Gente que se mueve de un sector a otro ya que uno estimula un tipo de producción y no otro. Básicamente, uno hace que los beneficios sociales de cada actividad sean diferentes. O sea, está todo mal, si uno permite que los impuestos sean muy diferenciales. Sin embargo, nosotros hemos encarado esta política justamente de esa manera. Si queremos sacar esos impuestos, una alternativa sería eliminarlos de cuajo. Eso no lo podemos hacer porque tenemos una restricción fiscal, una cierta cantidad de gastos, una cierta cantidad de recursos, hay que financiar el presupuesto, entonces eso no se puede hacer. Hay que hacerlo de a poco. Machinea intentó el año pasado reducir el impuesto a los intereses de manera gradual. Ya se viene realizando esa rebaja de una manera homogénea para todos los sectores, como diría la teoría económica que hay que hacerlo; entonces uno no está ayudando artificialmente a una actividad con relación a otra.

¿Por qué es que nosotros hemos definido una política que en principio parece no condecir con lo que diría la teoría económica básica, que es justamente la cuestión de los límites de la política? En ese diagnóstico que nosotros tenemos del crecimiento, nos hemos dado cuenta de que no hay inversión porque los impuestos son altos, hay problemas de competitividad que son justamente los que uno trata de atender bajando los impuestos, pero también hay un montón de regulaciones e impuestos que no son del gobierno federal, sino que son de los gobiernos provinciales e incluso de las municipalidades. Yo voy a dar un ejemplo concreto que es por ejemplo la empresa Wall Mart. La empresa Wall Mart tiene proyectos de inversión en la Argentina por 500 millones de dólares y no puede invertir en la provincia de Buenos Aires un centavo —básicamente, la mitad de su proyecto de inversión es en la provincia de Buenos Aires— porque en dos proyectos de hipermercados, la municipalidad no le da permiso, y el resto de la inversión no la puede llevar a cabo porque la provincia de Buenos Aires dictó una ley que impide la radicación de los supermercados, tal cual ustedes conocen.

Entonces, muchos de los problemas por los cuales la gente decide no invertir en la Argentina se dan justamente porque existen estas restricciones que no son a nivel federal de gobierno. Entonces lo que uno tiene que encontrar es un mecanismo por el cual uno pueda destrabar el costo impositivo de las regulaciones que existen en esos niveles. Lo que uno hace es tomar un sector, por ejemplo el automotor, uno elimina esos tres impuestos, pero solamente lo voy a llevar a cabo si los gobernadores donde están radicadas las empresas aceptan bajar, por ejemplo, ingresos brutos, eliminar las regulaciones. Si ellos aceptan, entonces vamos a los sindicatos y les pedimos que acepten un convenio laboral mucho más flexible que el que existe ahora. Y después, vamos a los empresarios y les pedimos que básicamente blanqueen el personal que tienen en negro y que transfieran a los precios la rebaja del impuesto. Si uno lo hace de manera homogénea, no puede hacer nada en esas actividades, pero si lo hace de manera sectorial, sí puede concretar esa transformación. El hecho de poder generar cambios en dimensiones en las cuales el gobierno nacional habitualmente no tiene poder es, justamente, lo que está en la filosofía de por qué uno encara esa política económica con esas características. Que es como yo decía al principio, opuesta a lo que la teoría económica dura, simple o sin tomar en cuenta este factor, hubiera definido. Los límites de la política no sólo hay que entenderlos como una restricción a las cosas que se pueden hacer, sino también como parte integral del problema económico. La política económica tiene que tomar en cuenta las restricciones para avanzar y generar cambios.

Quisiera comentarles ahora cómo se está encarando la política económica desde el Ministerio de Economía. El diagnóstico que se hizo al comienzo de la segunda gestión de Cavallo fue justamente que había que atacar cuatro aspectos fundamentales: primero, la presión política, el marco de presión política en el cual se podría hacer política económica; segundo, el problema del crecimiento, porque Argentina tiene un problema muy fuerte de crecimiento económico; tercero, el problema fiscal porque habíamos llegado a una situación de desequilibrio fiscal, yo les diría fuera de control, y en cuarto lugar, una situación de financiamiento, relacionado con la situación fiscal.

Al tema de la política se lo consideró absolutamente central. Lo primero que se hizo fue recomponer la Alianza. Ustedes saben que cuando anunciamos las medidas con Ricardo (López Murphy) hubo renuncias masivas en el gabinete y, virtualmente, el Frepaso había abandonado por lo menos la parte ejecutiva del Gobierno. Entonces, se trató de recrear un marco de trabajo con el Frepaso. Eso, en realidad, se hace incluso previo a que asuma Domingo (Cavallo) como ministro. Se busca el acercamiento con sectores del peronismo, cosa que en ese contexto se facilitaba mucho por el hecho de que Cavallo había sido ministro de la gestión peronista. Se armó

una coalición de gobierno donde no sólo se incorpora Acción por la República, estoy hablando ahora específicamente del parlamento, a apoyar la gestión de gobierno, sino también sectores relativamente amplios del peronismo, y en particular, el resultado fue la ley de competitividad que se logra sancionar muy rápidamente, que otorga los poderes legislativos al Ejecutivo, y que de por sí muestra un consenso político bastante importante, por lo menos para sacar adelante algunas medidas. Nosotros pensamos que ese consenso sigue existiendo. A partir de ese momento hubo otras iniciativas que han tenido que pasar por el Congreso y también han tenido un tratamiento relativamente favorable. Cuando fuimos a explicar el canje, hubo una participación activa de gobernadores, tanto del peronismo como del oficialismo, con lo cual la cohesión política del Gobierno es un factor bastante clave en el marco en el que hay que hacer política económica. Y así lo entendemos.

Una vez resuelto el tema político, teniendo un marco manejable en esa área, quedan los otros temas por resolver, que son el tema del crecimiento, el tema de la política fiscal y el tema del financiamiento. Me voy a referir a cada uno de ellos, pero en sentido inverso, dado que crecimiento, política fiscal y financiamiento tienen un cierto orden decreciente de dificultad de resolución. Comenzaré entonces por el financiamiento, que fue el más fácil de resolver.

El problema del financiamiento había que resolverlo cuanto antes porque cuando salió el blindaje forzó a la Argentina y a los mercados de capitales internacionales en cantidades bastante significativas, no mucho para lo que era la dimensionalidad del endeudamiento que busca la Argentina, pero sí cantidades importantes estaban muy concentradas en abril y mayo de 2001. Por otra parte, en el largo plazo, tratamos de correlacionar los pagos de la deuda con escenarios de mayor solvencia fiscal que tendremos en el futuro, atento a las características de nuestro sistema de seguridad social. La Argentina tiene una característica particular, y es que está en un proceso de transformación de su seguridad social. Ha hecho una cosa que muy pocas sociedades han hecho y es que la generación joven, el argentino trabajador de hoy, está pagando por dos seguridades sociales. En cualquier país del mundo, de joven, se hace un aporte a la seguridad social que le paga a la gente que está cobrando una jubilación; después, cuando se es viejo, se cobra de los que son jóvenes en ese momento. Ése es un sistema de reparto tradicional. La Argentina hace el cambio a un sistema de capitalización, pero queda el sistema de reparto de la gente que estaba cobrando jubilaciones. Hoy, no solo aportamos para financiar las jubilaciones actuales, sino que también tenemos que aportar para pagar nuestro propio retiro. O sea, que a futuro, nosotros vamos a estar en una situación de mucha más solvencia fiscal que la que tenemos ahora que estamos haciendo estos dos pagos. Tiene sentido en este contexto para la Argentina llevar

en parte las amortizaciones de la deuda hacia más adelante cuando uno encuentra un contexto de mayor solvencia fiscal. Pero también es cierto que dada la urgencia de abril y mayo, había un fuerte riesgo de renovación de la deuda, o, por lo menos, percibido por el mercado así. Entonces, eso definió la urgencia con la cual hubo que hacerlo. Y sobre el canje, básicamente es una operación muy sencilla donde uno emite deuda nueva, y con el dinero obtenido recompra en el mercado deuda vieja. Creo que no se ha explicado muy bien este tema, a pesar de que se habló mucho del costo del canje. En algunos medios yo creo que estuvo bien explicado, en otros creo que no. El costo del financiamiento del canje fue, les diría, casi nulo. Ustedes dirán por qué, porque habrán leído en el diario que nosotros hemos emitido deuda al 15,29 %, que es una tasa alta para cualquier país. Y eso se compara con la tasa que estábamos pagando sobre la deuda que habíamos emitido anteriormente, que son en particular los intereses estipulados en esa deuda y que eran tasas muchísimo más bajas. La gente decía, cambiaron una deuda por la que pagaban una tasa baja por una deuda que se paga una tasa alta. Este análisis es erróneo en el sentido de que si bien era una deuda que pagaba una tasa de interés baja, era una deuda que como el mercado estaba pidiendo una tasa muy alta para los bonos argentinos porque les tenía mucha desconfianza, el precio de esos bonos era baratísimo. Entonces, cuando uno va y recompra la deuda tiene una ganancia de capital porque está comprando esa deuda muy barata. Si uno computara cuál es el retorno que yo obtengo por retirar esa deuda, es probablemente mucho más alto que lo que era el cupón de la deuda emitida originalmente. Si uno computa ese retorno, es cercano al 15 %. Emitimos al 15,29 % y recomparamos con un retorno para el gobierno del 15 %, entonces el costo para el Estado de lo que se llama el canje fue en términos de costos financieros prácticamente nulo. Por eso creo que los mercados han reaccionado muy bien y que a su vez se ha descomprimido muchísimo la situación de riesgo en el corto plazo. Nosotros pensamos que ha sido un gran éxito.

La parte fiscal es otro aspecto que hay que tener bajo control, porque si uno no tiene la situación fiscal bajo control, justamente ahí se generan las dudas sobre la posibilidad de la Argentina de pagar su deuda y aumentan los costos de financiamiento. Hay que controlar el gasto de una manera dramática, tanto más dramática cuanto más dudas se generan y cuanto más dinero tiende a irse. Ahí, lo que nosotros hemos hecho es tomar medidas por el lado de los ingresos, porque el gran desequilibrio que existía era porque se había dejado de cobrar, o no se estaban cobrando bien, ciertos impuestos. Se han juntado algunos impuestos que nos permitan compensar los que no se estaban cobrando. Aparece entonces, el impuesto a las transacciones financieras. A su vez, se anunció una reducción de gastos por 860 millones de dólares, de los cuales, ya se implementaron dos tercios de esa reducción. Es una reducción que trata de áreas lo menos sensibles en lo posible y,

en general, orientado a los que son gastos burocráticos, etc. En síntesis, dentro de las medidas que se han hecho por el lado de la recaudación y lo que se ha hecho por el lado del gasto, la situación fiscal para lo que es el resto del año creo que permitirá cumplir las metas de la ley de responsabilidad fiscal, que es nuestro objetivo, y a su vez, podremos cumplir las metas de años subsiguientes. Yo creo que el mercado nos va a estar mirando mucho porque a veces la Argentina no ha cumplido, pero en tanto y en cuanto vean que la Argentina está cumpliendo se descomprimirá esa presión.

En términos de crecimiento, la idea es impulsarlo justamente mediante los planes de competitividad, que es una manera de abrir oportunidades de negocios en la Argentina, y que se complementan con medidas generales de desregulación que uno las puede encarar por los poderes delegados que permite la ley de competitividad.

Ésta ha sido una somera descripción de las medidas en curso. No hay nada de magia. Es simplemente ser muy responsable en lo fiscal; cumplir con la Ley de Responsabilidad Fiscal. Nosotros tuvimos muy claro desde el comienzo que el desequilibrio del primer trimestre había que compensarlo, que la Argentina tenía que mantenerse dentro del límite de la ley de responsabilidad fiscal y que el desafío del crecimiento consistía en recrear un espíritu y un ánimo de inversión en la Argentina. Creo que ésta es una tarea en que uno tiene ciertos resortes que puede mover y otros que no puede mover. Nosotros pensamos que lo que podemos mover son justamente aquellas cosas que hacen al proceso de inversión, ajustar la estructura tributaria para hacerla más amigable a la inversión. Pensamos que la inversión es trabajo, es empleo y contribuye al bienestar general. A futuro, lo que hay que esperar es una profundización de los planes de competitividad, siempre y cuando fiscalmente se puedan lograr, o ajustes adicionales en la estructura tributaria para hacerla más amigable a la inversión. En particular, los planes de competitividad y todas las posibles medidas tributarias que estén por venir van a tener un sello muy distintivo, que es favorecer al que está en blanco y cargarlo al que está en negro. Porque la Argentina tiene la característica de que en el pasado algunos de los ajustes fiscales se han hecho sobre la gente que estaba en el sistema, que ya estaba blanqueada, que pagaba sus impuestos. Lo llamamos cazar en el zoológico. Acá lo que hay que hacer es que la carga impositiva sea más equitativa en toda la sociedad. El impuesto a las transacciones financieras tiene esa característica. No la pagan solamente los que están registrados en el sistema, sino que reparte la carga de una manera mucho más equitativa. Por ejemplo, los planes de competitividad tienen la característica de que los aportes patronales no se eliminan, sino que se los consideran a cuenta de otro impuesto que es el IVA, siendo el IVA y ganancias impuestos que pensamos se van a expandir, se van a generalizar, eliminando exenciones y van a constituir la base del financiamiento. Entonces, se beneficia de esa

reducción el que no está negreando el IVA, porque el que no está pagando el IVA no lo puede poner a cuenta. En el caso del impuesto a las transacciones financieras, cuando subimos la alícuota, lo hicimos a cuenta de IVA y ganancias, y por lo tanto no es una carga para el que está pagando sus impuestos. Yo creo que mucho del foco va a estar orientado a mejorar la administración tributaria, a mejorar los controles. Por lo menos dicen los brasileños que el impuesto a las transacciones financieras ha sido fundamental para luchar contra la evasión, así que tenemos bastante esperanza con ese impuesto en particular. Me parece que sería bueno que la Argentina pudiera avanzar en la lucha contra la evasión, y estas medidas van en ese sentido. Y lo otro es obviamente los gastos de la política. Yo creo que también hay una demanda de la sociedad de reducción de los gastos de la política. Simplemente –para que ustedes tengan una idea de lo que representan estos montos, porque a veces la gente fantasea y uno escucha cifras que son absurdas– si miramos los gastos del Poder Legislativo Nacional en el presupuesto del año 2000, tenía un presupuesto de 475 millones de dólares, que se redujeron en el año 2001 a 417 millones de dólares. Tuvo un recorte. Algunos tendrán idea de que eso todavía es mucho, otros pensarán que está bien. Personalmente, pero sin ningún tipo de fundamento, pienso que puede que sea posible hacer algún tipo de ajuste adicional. Simplemente lo quiero poner acá sobre la mesa, porque en el año 2001 hay un ajuste importante en los gastos del Poder Legislativo Nacional y ha habido un ajuste en los gastos de las legislaturas provinciales. Como conjunto, eso es un gasto de aproximadamente 800 millones de dólares. Suman 500 millones de dólares lo que gastan los concejos municipales en todo el país. Quiero explicitar estas cifras, porque uno a veces escucha que los gastos de la política son 4.000 millones de dólares. Depende cómo uno defina los gastos de la política. Si uno piensa que en el Anses o en otras áreas hay mucho gasto, o en las universidades hay mucho gasto que no está asignado a su función específica, los gastos de la política podrían ser mayores. Pero en lo que es el gasto de la política formal, éstos son los números, y creo que sería muy sano que así como hay que hacer una reforma del Estado dándole más eficiencia y ahorrando costos, creo que el Poder Legislativo podría hacer alguna contribución en ese sentido.

MARIO DAMILL

Yo me voy a referir sobre todo a la cuestión de los alcances estructurales más que a los límites políticos, porque en esto último no creo que pueda decir muchas cosas interesantes. Lo que voy a hacer es tratar de transmitir lo más sencillo que pueda, dos o tres ideas que están en ese documento de mi autoría aparecido en el Boletín Techint, y que está en la página del

seminario www.retina.ar/flacso/cambiopolitico. Creo que es importante el tema para discutir lo que está pasando en la Argentina con la economía, y en todo caso después discutimos. El documento analiza los diez años, el período 1991-2000, mirando una cuestión en particular que yo creo que es central para entender la dinámica sobre todo macroeconómica de la Argentina, que son las relaciones económicas de la Argentina con el resto del mundo, mirando los números que aparecen en esa cuenta que se llama balance de pagos. El balance de pagos, como ustedes saben, procura reflejar las transacciones entre los que viven en este espacio económico y los no residentes. Todos los temas que tienen que ver con deuda, competitividad, de alguna manera están reflejados ahí. Yo voy a resumir algunos rasgos. En general la gente los conoce, pero pongámoslos juntos.

Primero, si uno mira lo que se llama la cuenta corriente de la balanza de pagos, un registro que refleja los ingresos y los egresos de divisas por lo que se llaman transacciones corrientes, esto es, exportaciones, importaciones, pago de intereses de la deuda, de utilidades y dividendos. La cuenta corriente tiene a su vez dos cuentas: la cuenta de comercio y la cuenta de renta de la inversión, donde están los intereses de la deuda, las utilidades y los dividendos. Se comportan muy distinto. ¿Qué pasa con la cuenta de comercio de la Argentina? Está muy vinculada al ciclo económico. Cuando la economía se contrae, como viene pasando desde hace tres años, la cuenta de comercio mejora. Por una cosa sencilla, las importaciones están muy vinculadas al nivel de actividad con el ciclo. Pero cuando la economía se expande, la cuenta de comercio se deteriora, se torna deficitaria y el déficit de la cuenta de comercio aumenta rápido. Y eso es muy importante porque ¿qué quiere decir que yo tenga déficit de comercio cuando la economía se expande? Quiere decir que necesito más recursos externos. El problema de esta economía para expandirse, para sostener una expansión económica, es que cuando se expande rápidamente aumenta la necesidad de financiamiento externo. Si uno mira lo que pasa con el balance de comercio en los años noventa y lo compara con los años ochenta, nítidamente en los ochenta hubo superávit comercial todo el tiempo. O sea, siempre tuvimos superávit. En los noventa solamente tiene excedentes en sus transacciones comerciales con el resto del mundo, en el medio de diferentes recesiones. Hubo tres momentos en los noventa con superávit comercial, en el año 1990 con la recesión de la hiperinflación, en un breve período después de la recesión del tequila y ahora tenemos superávit comercial en el medio de una recesión muy fuerte. Con niveles de actividad más o menos normales, la Argentina tiene déficit de comercio, y cuando la economía se expande, esos déficit son cada vez más grandes. Ésa es una de las cuentas de la cuenta corriente, comercio.

La otra cuenta es la de la renta de la inversión. Esta cuenta, al revés de la anterior, tiene una baja asociación con el ciclo ya que crece todo el

tiempo. Y crece porque todo el tiempo estuvimos acumulando deuda y porque hubo una fuerte desnacionalización de la propiedad, de los activos productivos. Entonces aumenta mucho el pago de intereses de la deuda y aumentan los pagos de utilidades y dividendos.

Si uno mira la cuenta corriente en su conjunto, ¿qué es lo que pasa en el tiempo? Tiene cierta asociación con el ciclo por el comercio, y con el tiempo, una tendencia que la empuja al deterioro por la cuenta rentas de la inversión. Con la única excepción del año 1990, la Argentina tuvo déficit de cuenta corriente. Tener déficit de cuenta corriente quiere decir que se acumula deuda. Hay que financiarlo de alguna manera y se acumula deuda. La Argentina necesita recursos externos, y en particular, esto es así cuando se expande. ¿Por qué estamos en recesión? Porque cuando nos expandimos necesitamos más financiamiento. Como tenemos mucha deuda y parece que está difícil conseguir más financiamiento con este grado de endeudamiento, entonces la economía tiene mucha dificultad para despegar. Esto se vincula de una manera muy evidente con la apreciación cambiaria. Lo primero que dijo Cavallo cuando asumió fue sobre la devaluación del peso. Los planes de competitividad creo que son una modesta respuesta a la magnitud del problema, en un sentido que hace falta, porque si la Argentina no apunta a resolver este problema centralmente, va a tener mucha dificultad para crecer. Ese problema de sobrevaluación es central para entender por qué esta economía no crece. No es una cosa rara, es muy común ver economías que sufren problemas de sobrevaluación en general y que dejan de crecer, se frenan y acaban teniendo que resolver el problema de sobrevaluación. Hay mil ejemplos en la historia económica del mundo de esto. En ese sentido, es muy claro lo que pasa. Poner el acento, por lo menos en el discurso de la nueva conducción económica, en el tema de la competitividad, me parece correcto, y además, si ustedes leen el documento que está en la página, van a ver que lo que planteamos es que no sólo el problema de competitividad es central, sino que el problema fiscal que la Argentina tiene no se puede resolver independientemente del problema de competitividad. Si yo no resuelvo los dos problemas juntos no los resuelvo. ¿Cuál es el argumento en el cual se apoya esta idea? Bajo la convertibilidad, la cantidad de dinero que circula en la economía y la capacidad de expandir el crédito interno dependen de las reservas, de la acumulación de reservas del Banco Central, porque todo el sistema monetario está soportado en las reservas de divisas con la convertibilidad. El dinero y el crédito, que son motores de la expansión, no pueden crecer si no se acumulan reservas. ¿Cómo se acumulan reservas? Ése es el resultado del balance de pagos, por eso es tan importante. El resultado del balance de pagos es igual a la variación de las reservas. Cuando hay superávit del balance de pagos, acumulo reservas, puedo crecer. Si tengo déficit del balance de pagos, no acumulo reservas, no crezco.

En ese trabajo, la balanza de pagos está desagregada por sectores: gobierno, sector privado, y tenemos la balanza de pagos consolidada del período 1992-2000. En dicho período, la Argentina acumuló reservas por más o menos veinte mil millones de dólares y, con altibajos, el producto creció, no espectacularmente, pero creció. Ese crecimiento, en buena medida está sustentado en este acomodamiento de reservas. Pero dado que todo el tiempo tuvimos déficit de cuenta corriente, ¿de dónde viene la acumulación de reservas? De entrada de capitales, endeudamiento e inversiones directas. A estos conceptos se los puede mirar por sector, y mirar el balance de pagos del gobierno y del sector privado. Se encuentra lo siguiente: el sector privado fue deficitario. Si uno mira todo el período, la utilización de divisas por parte del sector privado supera a la generación de divisas por parte del sector privado por todo concepto. A este sector le corresponde prácticamente todo el comercio, que es deficitario. El sector privado fue un demandante neto de divisas. ¿Qué pasó con el sector público? Obtuvo superávit en su cuenta en divisas, mayor que los veinte mil millones de dólares que se acumularon, porque el superávit del sector público tiene que ser igual a la acumulación de reservas más el déficit del sector privado. El sector público generó divisas que financiaron la acumulación de reservas y el déficit en divisas del sector privado. ¿Cómo? Colocando la deuda pública. Tuvimos déficit en cuenta corriente todo el tiempo, y ese déficit se financió en buena medida con deuda pública. Un argumento en contra de lo que yo estoy diciendo sostendría que el sector público desplazó al sector privado de los mercados de crédito. Colocó tanta deuda que el sector privado no podía entrar en ninguna parte, por eso se ve ese resultado. Yo creo que no es así, porque justamente el sector público estuvo más activo colocando deuda en los mercados internacionales, cuando el sector privado tenía menos acceso, cuando los mercados estaban cerrados para el sector privado. El sector público fue un oferente neto, un generador neto de divisas colocando deuda; el sector privado fue demandante en esto.

Si cumplimos con la ley de solvencia fiscal en tres años o cuatro, tendremos equilibrio fiscal. Eso quiere decir que el sector público no va a colocar más deuda. Si tiene equilibrio fiscal, no necesita colocar más deuda. ¿Cómo van a ser las transacciones en divisas del sector público? No va a tener que colocar deuda, pero va a tener que pagar los intereses de la deuda externa que tiene de períodos anteriores en dólares. ¿Cómo hace? Nos saca a nosotros dinero con los impuestos, pesos, va con los pesos al Banco Central, le compra divisas al Banco Central, con esas divisas paga los intereses al exterior. Entonces el sector público se convierte en un demandante neto de divisas. Se va a chupar las reservas para pagar intereses de la deuda. Va a pasar a desempeñar un rol opuesto al de los años noventa. De ser un proveedor de divisas va a pasar a ser un demandante, con lo cual las reservas van a caer, a menos que el sector privado también cambie su papel y pase

de ser un demandante de divisas a ser un generador de divisas. Entonces ahí mi pregunta es, ¿cuándo va a ser posible que el sector privado de ser un demandante de divisas pase a ser un generador de divisas? ¿Cómo se puede conseguir eso? Por el lado del comercio podría darse, nunca se puede decir que no. A lo mejor se descubren más yacimientos petrolíferos y la Argentina exporta a lo loco. Pero eso es como sacarse la lotería. En el curso normal de los acontecimientos, uno no cree que esto pueda cambiar muy rápido porque está con una sobrevaluación. Es una economía que tiene precios relativos desfavorables. La situación tiende a empeorar. Como decía Sturzenegger, es un país donde hay pocos proyectos rentables, no sólo por las regulaciones y los impuestos, sino por el tipo de cambio y por el nivel de las tasas de interés que tiene que ver con el riesgo país. El riesgo país, que no es un invento, es algo importante, está altísimo. Por el lado del comercio, yo no veo mucha posibilidad de resolver el problema, a menos que haya un intenso activismo. Tiene que haber dos millones de planes de competitividad. Como el tipo de cambio no se puede tocar, lo que hay que hacer es una actividad pro competitiva intensísimamente difícil porque no hay recursos. Ahora, si no se hace eso, ¿cuáles son las otras dos vías para que el sector privado pueda convertirse en un generador de divisas? Inversiones directas extranjeras o más colocación de deuda. Estas dos alternativas son problemáticas porque ambas generan más compromisos de pagos hacia el futuro. Y además yo no esperaría grandes cosas de esas dos vías porque las inversiones directas en la Argentina han sido muy importantes en los años noventa, entonces conque siguieran teniendo el nivel de importancia que han tenido en los últimos años, yo me quedaría contento. Me parece difícil que haya más inversiones directas que las que estuvimos captando, porque las privatizaciones salieron caras, porque se vendieron muchas cosas, entonces me parece difícil que sean más dinámicas de lo que fueron. Y la deuda tiene dos problemas, ¿colocar deuda para qué en el sector privado? ¿Para invertir en qué? Y en segundo lugar, si uno viera cómo viene creciendo la deuda privada en los noventa, viene creciendo a tasas bastante altas, partiendo de niveles muy bajos. De manera que es difícil pensar que el sector privado pueda seguir endeudándose, al ritmo que haría falta, para convertir al sector privado en un proveedor neto de divisas. De manera que la cosa mucho no cierra. A largo plazo la única manera de que esto cierre, que el sendero de la deuda se torne sostenible, es que hubiera una mejora también sostenida del resultado del comercio. Si se ve que el desempeño comercial del país mejora puede ser que se siga manteniendo el acceso al crédito, que los acreedores piensen que el sendero de la deuda es sostenible. En los noventa, la deuda externa —a pesar de las privatizaciones y de otros ingresos de capital que no son deudas, repatriación de fondos argentinos que estaban en el exterior, etc.— creció a un ritmo de más del 10% al año, con un producto que crecía en términos reales entre 3 y

4 % al año, y a precios corrientes —que es como hay que mirarlo para hacer el cociente deuda producto— menos de 2 % al año, con una deuda que asciende al 10 %. La relación de endeudamiento de la Argentina aumentó espectacularmente. La relación deuda producto aumentó de una manera infernal y la relación deuda exportaciones es muy alta, es más del doble del promedio de América latina. Si uno mira cualquier relación de endeudamiento de la Argentina, el producto, las exportaciones, es muy alta, altísima. En las calificadoras de riesgo, la Argentina figura más o menos al nivel de Nigeria. Es un país percibido como muy frágil financieramente. Estamos en una trampa a la que nos condujo en parte la política económica, en parte la evolución del contexto externo. No se pueden equilibrar las cuentas fiscales si no mejora mucho la competitividad. Como no creo que el sector privado se convierta en un generador neto de divisas, el ajuste fiscal va a hacer que las reservas no crezcan, va a tener un efecto contractivo monetario y financiero sobre la economía. Si alcanzamos y mantenemos el equilibrio fiscal va a ser a costa de una depresión de diez años. Lo cual nos lleva rápidamente al tema político, porque yo creo que no es viable políticamente. No sé qué pasa porque ahí mi capacidad de pensar se desdibuja, pero creo que no es viable políticamente, y algunas de las cosas que uno ve que están pasando parecen sugerir que el clima político social en este contexto tiende progresivamente a empeorar. Si las elecciones de octubre dejan un gobierno más débil de lo que ya es, puede terminar en una crisis. Ése es mi temor.

RUBÉN LO VUOLO

Cuando me invitaron a participar en este panel estaba bastante confuso con respecto a cuál iba a ser el tenor de la discusión que se iba a presentar aquí. Escuchando las presentaciones anteriores veo que hay ciertas puntas que pueden ilustrar el tema de la relación entre economía y política, y que voy a tratar de retomar para darle continuidad a la mesa. En principio, confieso que estoy muy espantado cuando lo escucho a Federico (Sturzenegger), al menos desde un punto de vista exclusivamente intelectual. Tomemos dos o tres afirmaciones con las cuales estoy profundamente en desacuerdo. Primero, desde mi punto de vista, no existen los “economistas”. Existe una disciplina que se ha ido formando a lo largo de la historia gracias al aporte de una cantidad de pensadores de mayor o menor mérito, y a partir de la cual se han formado instituciones que otorgan títulos que habilitan para poder trabajar y opinar sobre ciertos temas económicos. Lo que existen son paradigmas, en gran medida confrontados. No existe “la” economía sino paradigmas enfrentados en economía. Tampoco, entonces, existe “la” política económica que se deriva de una sola vi-

sión económica. Pero, además, no podría existir porque la política económica debe necesariamente tomar en cuenta el sistema social donde pretende ejercer su poder normativo. Lo que existe en el mundo son sociedades, independientemente de la gente que las piensa, y construye sistemas de interpretación sobre ellas. Y estas sociedades son sistemas complejos, por lo que me atrevo a decir que toda política económica y todo paradigma económico que reclama validez universal, ya es epistemológicamente refutable. Lo más útil para el análisis de las sociedades, son aquellos pensamientos que asumen la complejidad del problema y que no pretenden interpretarlo desde una disciplina, y mucho menos desde un paradigma. Si algo nos enseñaron los alemanes históricos es que vivimos en sociedades complejas donde existen subsistemas que funcionan en gran medida en forma autónoma y con principios de organización diferenciados. Estos principios no sólo son diferentes sino que son contradictorios. Entonces, hablar de la “relación” entre política y economía puede ser hasta ridículo. No es que exista una relación, existe un sistema de relaciones que establece la convivencia entre un sistema político que ha sido construido a lo largo de la historia con determinadas instituciones; un sistema económico que también ha sido construido a lo largo de la historia con determinadas instituciones; y un sistema sociocultural con sus particulares instituciones. Esta complejidad es la que creo que hay que entender. No la singularidad de los libros elementales de economía que analizan todo como si fuera un sistema que se explica en sí mismo, que se reproduce por una lógica propia, sino lo que pasa en esa sociedad compleja que contiene la actividad económica. El problema fundamental, se podría decir la “cuestión social” más relevante, es cómo se hace para que esta complejidad –donde coexisten el sistema político, el económico y el sociocultural– no tienda a disgregarse sino a mantenerse unida, o mejor, integrada. El tema común de las distintas disciplinas que estudian la complejidad social es comprender cuáles son los elementos que definen esa cohesión social. Por lo tanto, no puedo acordar con ciertas simplezas. Por ejemplo, cuando escucho que “está claro que los problemas de la sociedad argentina son el costo de la política y la evasión fiscal”, me quedo con los ojos abiertos. Me parece que más importante que eso, lo que le espanta a la sociedad argentina son los temas que amenazan su integración: los problemas del desempleo, la pobreza, la falta de un patrón cultural unificador, la falta de visión de futuro, la pérdida de representatividad política. Lo que espanta es la falta de políticas de todo tipo (incluyendo la económica) que atiendan estos problemas esenciales para la integración social. Simplificando, se podría decir que durante la vigencia de lo que se llamó el Estado de Bienestar, existía una clara pretensión de que el sistema político administrativo tuviera una preeminencia con relación al sistema económico y al sistema sociocultural. Y ahora pareciera que hay una pretensión de que el sistema económico tenga

una posición jerárquica con respecto a los otros sistemas. ¿Qué significa esto? Que las categorías, los estímulos y los principios de organización del sistema económico empiezan a prevalecer y definen el funcionamiento de los otros sistemas. Ahora, ¿quién restringe a quién? ¿quién condiciona a quién? No lo sé. ¿Cómo se prueba eso? ¿Es el poder económico el que condiciona al político o es el político el que incorpora la lógica del poder económico para confundirse con él? Lo que se sabe es que en cada uno de estos subsistemas existen condiciones objetivas de funcionamiento. Por ejemplo, Mario Damill hizo una descripción de cuáles son las condiciones objetivas de funcionamiento de la economía argentina en los últimos años; pero, agrego, bajo el régimen institucional que se decidió imponer. No son restricciones que provienen de la economía como dato divino; son restricciones impuestas por el sistema institucional que se adoptó para la economía argentina y para los otros subsistemas de sociedad. Y agregaría, volviendo a los viejos textos ya no tan aplaudidos de los economistas estructuralistas, que el problema de la restricción externa es un problema tan antiguo, que no se entiende cómo ese nuevo sistema institucional no buscó de aliviarla sino que aumentó su preeminencia.

A las restricciones estructurales, objetivas e institucionales, se agregan otras cuestiones. Una, que me parece que también es una restricción objetiva y es estrictamente económica; otras que tienen que ver con la cuestión sociocultural y política. Por ejemplo, creo que no está suficientemente debatido el papel que se le ha otorgado a las finanzas en el nuevo orden económico, político y social. Un dato central de la "nueva" sociedad argentina es no sólo la pretensión de que la economía tenga un grado jerárquico superior al resto de los subsistemas sociales, sino también que las finanzas tengan un nivel jerárquico superior en la dinámica económica. ¿Qué entiendo por las finanzas? El concepto central de las finanzas es la liquidez. ¿Qué se entiende por liquidez? El sector financiero tiene la característica de que los valores que transa son profundamente líquidos, o sea, que se pueden transformar rápidamente en moneda; y la moneda es el valor que más rápido se puede transformar en otro valor, el que más rápido "circula". Gran parte de la transformación de la economía argentina se puede comprender como un proceso de transformación de su riqueza real en valores líquidos. En esto, el proceso de endeudamiento, tanto del sector público como privado, ha sido clave. Así, mediante la emisión de deuda pública, gran parte del patrimonio público se pone al servicio de las transacciones en los mercados financieros. ¿Cómo funciona este proceso? Si al patrimonio de una fábrica o de un país no lo "represento" en títulos capaces de ser transados en mercados independientes de la propia actividad productiva que allí se desarrolla, sólo puede venderse como "unidad productiva". Cuando se emiten títulos de valor que representan la fábrica o el país (acciones, obligaciones negociables, bonos

públicos), esos títulos que representan el valor de la fábrica o del país se transan de manera independiente en los llamados “mercados financieros”. ¿Qué son los mercados financieros? Son un invento institucional para negociar los títulos representativos de la riqueza. ¿Cuál es la lógica del funcionamiento de los mercados financieros? Entre otras cosas, su funcionamiento depende de la cantidad de títulos que haya para negociar, de la relación que tenga el valor que se establece en el mercado para esos títulos y la riqueza que supuestamente representan esos títulos. Esos factores pueden ser independientes del propio funcionamiento de la empresa o del país, porque dependen principalmente de la opinión de la llamada “comunidad financiera”. Las dos patas fundamentales de la transformación de la riqueza productiva del país en valores líquidos sometidos al criterio de la comunidad financiera, son la deuda pública y la privatización de las empresas públicas que, de este modo, pasaron a cotizar en las bolsas de valores. También, claro, la deuda privada. Además, hay otra pata que falta: la flexibilidad laboral. ¿Por qué? Porque la flexibilidad laboral puede entenderse como el proceso que transforma el llamado “capital variable” (trabajo) en capital líquido, en tanto la empresa puede transformar su valor rápidamente, mediante la entrada y salida de fuerza de trabajo. Las acciones, las obligaciones negociables, la deuda pública, aumentan la liquidez del capital fijo. La flexibilidad laboral aumenta la liquidez del capital variable. Eso se ve claramente con los fondos de jubilación y pensión. De este modo, se transforma el “fondo de salarios” en títulos que manejan las AFJP; así, se pone el capital trabajo a disposición de los mercados financieros para que lo transen y establezcan diariamente su precio. De este modo, la vieja solidaridad intergeneracional que sostenía los sistemas de jubilación, ahora se ha transformado en una solidaridad entre los trabajadores que tienen la suerte de “incorporarse” al sistema, y los mercados financieros. Así, la preocupación de los trabajadores pasa por los valores financieros y no tanto por el capital productivo. Fíjense cómo es la cosa. Con la plata de los salarios se capitaliza un fondo financiero. Con ese fondo financiero, el Estado, que antes cobraba ese dinero como impuesto y por el cual no pagaba ningún tipo de interés, ahora le pide prestado a ese fondo financiero para financiar sus actividades. Pero después resulta que el Estado, como agente económico, tiene problemas fiscales y decide bajar los salarios para poder seguir funcionando. Con lo cual ingresa en una mecánica de contradicciones absolutamente incomprensible: para garantizar la deuda, que compone la inversión del fondo de jubilaciones, hay que despedir gente y bajarle los salarios. ¿No es una situación difícil de entender?

Cuando Federico (Sturzenegger) dice que el problema fiscal del sistema de jubilaciones y pensiones está resuelto, y que lo que pasa ahora es simplemente el costo de mantener dos sistemas, yo me pregunto, ¿con qué cri-

terio hace la evaluación? ¿Quién va a mantener el 50 % de la población que hoy no aporta y ni hablar del 50 % que aporta y no sabemos si va a reunir las condiciones para jubilarse? ¿Cómo va a estar resuelto el problema fiscal si cada vez hay que ajustar más fiscalmente, en gran medida por el agujero generado por la transferencia de recaudación al sistema privado? Las contradicciones del sistema se multiplican. Por ejemplo, se supone que se quiere generar "fondos de ahorro", pero en lugar de fomentarle el ahorro a la gente, se le baja el salario y se la despide, con lo que no tienen ni para el consumo básico. ¿Cómo van a ahorrar si no tienen ni para comer? Otra contradicción, que a mí me resulta bastante confusa ¿cómo se le puede exigir a la gente que pague por muchos años una prima de seguro, como si fuera el de su coche, y al mismo tiempo se le está aplicando flexibilidad laboral y no se le está garantizando qué es lo que va a cobrar el mes que viene? El "seguro" requiere seguridad. ¿Cómo construir un sistema de protección social basado en seguros, donde la gente por treinta o treinta y cinco años tiene que pagar regularmente un monto equivalente todos los meses, y al mismo tiempo fomentar el ajuste permanente del empleo y los salarios? Por éstos y otros ejemplos, la construcción institucional de esta "nueva sociedad" de la Argentina es absolutamente contradictoria y no puede analizarse con categorías aisladas y un pensamiento encerrado en aspectos parciales.

Hay una visión muy parcial, por decirlo de una manera simpática, por parte de los que pueden denominarse "economistas del saber convencional". El problema es un poco más complejo. A mi modo de ver, los ejemplos anteriores sirven para ilustrar que la relación entre economía y política no es única, y mucho menos está definida. Se establece conforme a los sistemas institucionales que se construyen. Podría decirse que fue la política la que construyó el sistema previsional, la que alimentó la desregulación laboral y de este modo quedó atrapada en una lógica económica que le quita márgenes de maniobra.

También me parece que hay un preocupante desconocimiento de la realidad cuando se habla de los problemas de corto y largo plazo. Es difícil encontrar, salvo en las economías del Este, ex países comunistas, una economía y una sociedad que se haya transformado de un modo más violento, acelerado y profundo como la Argentina en los últimos años. ¿De qué corto plazo me están hablando? Las transformaciones más profundas en este país se han hecho en nombre de la urgencia, del corto plazo, y nos están cambiando la vida por treinta años. Otra vez el ejemplo de la previsión social: no existe una reforma previsional en términos comparativos que haya tenido más modificaciones que el sistema previsional argentino en los últimos cinco años. El sistema de reparto por lo menos duró varias décadas. Las normas de este nuevo sistema las cambian todos los días. El grado de improvisación de estos economistas y políticos serios es espantoso y

de serias consecuencias para la economía y la sociedad. Así también, se ve la seriedad de ciertos economistas que se pasaron toda la vida preparándose para ser ministros, y cuando llegan duran una semana..., y eso que ya eran ministros del mismo gobierno. Y dicen que tuvo que renunciar por falta de apoyo político..., pero yo digo, durante todo el tiempo que estudió para ser ministro, ¿no se preocupó por saber cuál era el problema político? ¿Cuál era su visión sobre la sociedad? Hay alguna gente que no debería animarse ni tener coraje para hacer ciertas cosas, porque eso sí que no es serio. Tendría que ser un poco más prudente.

Yo estoy de acuerdo con que “no hay almuerzo gratis”. Pero lo que Federico (Sturzenegger) me tendría que explicar es por qué en este país hay algunos que no comen y otros que tienen copetines todos los días. ¿Y quién paga el copetín de ellos? Me parece que a esta altura del partido ignorar que la Argentina sufre el proceso de distribución de ingresos más regresivo de América latina en los últimos diez años es una ingenuidad o un desconocimiento preocupante de cuestiones básicas de economía. Si van a hablar de demanda y entienden que el principal factor que define la demanda tiene que ver con la distribución del ingreso, yo me quedo un poquito anonadado. Además, si hay un tema donde se observan las relaciones establecidas entre el ámbito económico y el ámbito político, es justamente en la distribución del ingreso y la riqueza.

Otra cuestión es el reiterado tema de la competitividad. Claro que la Argentina tiene un problema de competitividad. Pero la estrategia para resolver este problema ha sido irracional, nada eficiente y profundamente desigual. La competitividad de una unidad productiva —empecemos por ahí— se compone en general de dos factores: la productividad y el precio. El modelo económico argentino que nos impusieron los economistas serios y responsables es un espanto en los dos aspectos. La contradicción en esto se ve cuando por un lado, se proclama que las políticas tienen que ser homogéneas, y después se fomenta una economía con fuertes diferenciaciones sectoriales y grandes divisiones sociales. Si hasta las rebajas de los impuestos patronales la han hecho selectivamente. Hablan de la ganancia mínima presunta..., pero ¿hay una mayor discriminación que la renta financiera en este país no pague ganancias? ¿Y los economistas convencionales hablan de que están homogeneizando? ¿Por qué no se puede hacer lo que en otros países de América latina, incluso, se hace? En este país, paga ganancias un trabajador, que se la descuentan todos los meses de su sueldo, pero no lo hace un rentista financiero. ¿Dónde está la homogeneidad? ¿Es éste un problema de límites de la economía a la política, o un síntoma de la forma en que se hace política?

Pero las contradicciones no son sólo objetivas, sino también subjetivas. Y esto tiene mucho que ver con la economía, porque la economía no sólo estudia relaciones entre variables objetivas, sino también relaciones de

comportamientos. Los tipos de comportamiento, los estímulos, las pautas culturales impuestas para organizar la sociedad y la economía, son contradictorios en sí mismos. Piénsese simplemente en los procesos de división y de fragmentación social que se verifican en este país, que para algunos hasta está bien, porque van a generar una economía más eficiente. ¿Pero cómo puede el país ser competitivo en este contexto?

El concepto de competitividad, tal como está planteado, es absolutamente inocuo. Lo que interesa es el concepto de productividad. Mucho más cuando se tiene una economía con tantos problemas para manejar los precios. Yo pregunto: ¿qué se está haciendo en esta economía para ser productivo? Bajarle el salario a la gente y aumentar las horas trabajadas por persona no significa ser productivo, sino financiar el funcionamiento de la empresa con el fondo del salario. Por el contrario, lo más probable es que se afecte la capacidad productiva de las personas. ¿Se está trabajando en materia de progreso técnico? ¿Se está trabajando en materia de sinergia productiva? Todas las fuentes que han financiado el proceso de crecimiento económico de la Argentina son fuentes agotables, y ninguna de esas fuentes se han renovado en todo este proceso. Mario (Damill) marcaba claramente el tema de la deuda, también habló del tema de las privatizaciones. La otra gran fuente de financiamiento del proceso de acumulación de la economía argentina fue la reducción del fondo de salarios. Estas tres fuentes de financiamiento se fueron deteriorando, sin generar ninguna condición para renovarlas. El tema de los activos del Estado es bastante obvio. El tema del fondo de salarios también: los argentinos no podemos transformarnos de repente en mano de obra más eficiente con estas políticas de sobreexplotación, despido y paralelo abandono del sistema educativo. Paralelamente, tenemos una cantidad de gente con capacidad productiva fuera del mercado de trabajo. Es decir, todo lo que sería recomendable para recuperar la pérdida del mal llamado "capital humano", no se ha hecho. Entonces, hay una relación estrecha entre los cambios que se produjeron en el sistema económico; los cambios que se produjeron en el sistema político y la clase política, y los cambios que se produjeron en el sistema sociocultural en este país. Hay una correspondencia que ha ido generando cada vez más contradicciones. Cuando la vida social se transforma simplemente en negocios, hay contradicciones en quién hace el negocio.

Este tipo de orden social se puede estabilizar y probablemente se está estabilizando en el país. Cuando se escucha el tipo de preocupaciones que tienen los que están administrando la economía argentina, siento que están convencidos de que esto está estabilizado, de que los problemas son de coyuntura y que, en todo caso, habrá que administrarlos. Claramente, se apuesta a que la Argentina se puede estabilizar de este modo.

Este tipo de argumentación es la que está detrás de la simplificación de

los problemas económicos, y de la visión acerca de las relaciones meramente funcionales entre economía y política. Sin embargo, yo sostengo que crecer en estas condiciones sociales y económicas, no puede ni siquiera llegar a ser deseable, al menos evaluado con criterios más amplios que el del actual paradigma económico que impera en el país.

Por lo tanto, resolver estos dilemas no puede implicar sólo la reforma de algunas instituciones políticas. Implica cambios profundos en la forma que está funcionando el sistema económico, en la forma que está funcionando el sistema político administrativo y en la forma en que está funcionando el sistema sociocultural. Porque no nos olvidemos que atrás de todo esto hay gente. Hay gente que funciona en la economía, en el sistema sociopolítico y en el sistema sociocultural.

En definitiva, ¿cuál es la pregunta? ¿Cómo la Argentina recobra competitividad? ¿Cómo la Argentina recobra el equilibrio fiscal? Sí, pero formulada de otro modo. ¿De qué modo la competitividad va a favorecer el bienestar de la gente? ¿De qué forma el equilibrio fiscal va a favorecer el bienestar de la gente? Las contradicciones señaladas del actual orden social me hacen sospechar que éste no está dando respuesta adecuada a las preguntas relevantes.

ABEL VIGLIONE

Tuve la oportunidad de conocer cómo eran las reglas del juego: leer la transcripción de las dos primeras exposiciones que tuvieron ustedes en este seminario, y que dio Carlos Álvarez. Por supuesto que mi campo no es la política, pero ello no me excluye de emitir mi opinión, especialmente en algunos puntos de vista económicos de esas dos disertaciones. Hay dos bloques que para mí merecen comentarios, uno desde el punto de vista económico, y otro sólo como ciudadano. Formo parte de los dos "tanques del pensamiento del *establishment*" citados por Carlos Álvarez en sus disertaciones. Soy egresado de la primera promoción del CEMA y formo parte del grupo de trabajo de FIEL, aunque en este último estoy dedicado a la parte del sector industrial. No estoy tan metido en cuestiones macroeconómicas, estoy más en cuestiones de microeconomía.

Pese a todo, en las dos disertaciones que leí hay puntos que estoy totalmente de acuerdo con lo que ha dicho Carlos Álvarez, pero creo que el mínimo aporte que yo puedo realizar es sobre los puntos en los cuales estoy en desacuerdo.

¿Qué es lo que podría agregar/diferenciar a lo expuesto en aquellas exposiciones?

1. El Modelo

El “modelo”, una palabra que también utilizó Rubén (Lo Vuolo). Se habla de modelo. Cuando hablo en términos económicos, nunca hablo de modelos. Para mí, existen distintas líneas de pensamiento, con distintos tipos de políticas económicas a implementar, y distintos instrumentos que se pueden utilizar para implementar esas políticas económicas. La prescripción de una u otra política económica depende de un momento de la historia. Parte de las políticas propuestas por Keynes en la década del treinta era totalmente acertada. Creo que tiempo después algunas de esas políticas no fueron acertadas para algunos países que estaban en expansión, o con problemas de balance de pagos.

Sí tengo en claro que todos los que impulsan medidas de política económica, no es mi caso, tienen una restricción, cual es, los individuos que forman una sociedad. Los individuos, en el fondo, son maximizadores de ingresos. Los ingresos pueden ser de origen pecuniarios como pueden ser, por el otro lado, de origen humanitario; por ejemplo, la gente que integra ONG por razones humanitarias. Todos tenemos distintas funciones de utilidad. Maximizamos algo que no tiene por qué ser igual. La restricción que yo veo en los que toman medidas de política económica, es que la maximización de la utilidad de cada uno de nosotros no significa la maximización de la utilidad de la sociedad. Por ello existen los gobiernos, que son una cuña, dado que legislan impuestos y gastos, lo que genera un proceso de distribución hacia distintos sectores. Lo mejor que tienen todos los gobiernos como herramienta es la ley de presupuesto, en la cual queda bien claro a quién le cobro y a quién le transfiero. Por supuesto que no estoy dentro de lo que se llama el Consenso de Washington; es más, en octubre del año pasado escribí una nota llamada “El disenso de Washington” porque me di cuenta, que lo que me dicen en la costa este de Estados Unidos, no es lo mismo que lo que me dicen en el interior de ese país, principalmente en ciudades chicas.

2. Heterodoxia

Se utilizó mucho este término, en las primeras dos exposiciones de Álvarez, en contraposición a ortodoxia. Se puede tomar cualquier tipo de medida económica, desde protección a subsidios, si se tienen las finanzas ordenadas. Como dijo mi ex presidente si “la casa está en orden” se pueden hacer las cosas. Muchos países realizan políticas activas heterodoxas y políticas de subsidios, incluso los países declarados más capitalistas, como el caso de Estados Unidos o Chile.

En algunos casos, esas políticas tienen sustento económico, quieren subsanar imperfecciones del mercado. En el caso argentino, los mercados

de capitales son imperfectos, dado su reducido tamaño y su no competitividad. En ello, concuerdo con Rubén (Lo Vuolo), creo que tiene razón; cuando hay mercados de capitales imperfectos, hay que financiar la transición de alguien, hay que otorgar un subsidio. En otros casos, directamente lo hacen porque se les da la gana otorgar los subsidios, y existen infinitos ejemplos de esto. El arancelamiento a la miel que hace Estados Unidos, el problema del acero, similar al caso del trigo en Chile, una cantidad de subsidios, incluso de países considerados capitalistas.

3. Heterodoxia después de ortodoxia

La discusión era en ese momento cuál iba primero. ¿Qué significa que la casa esté en orden? Puede significar que la casa esté en orden hoy, o de hoy para adelante también. La cuestión es si la ortodoxia precede o no a la heterodoxia. Para mí el orden depende de los países. Los países con extensa tradición institucional y económica son financiados por sus ciudadanos, que no desconfían. Cuando no desconfía de sus instituciones, la ciudadanía los financia. Si no, vean el caso de Italia. Los italianos creen en sus instituciones, y le compran los bonos en liras al gobierno. El mantenimiento de las instituciones, ya sean políticas o económicas, a lo largo del tiempo ha permitido que los ciudadanos las financien.

Hay otros países que se identifican con el título de la película “Mi pasado me condena”, ya sea porque tienen problemas institucionales y/o expropiatorios. La Argentina forma parte de ese grupo, por lo cual creo que van a tener que pasar décadas para que la imagen cambie. No somos un país confiable, ni para adentro (nuestros ciudadanos), ni para afuera (los inversores). ¿Por qué digo inversores, que es una palabra que a nadie le gusta? Porque el país tiene más gastos que ingresos. Y si tengo más gasto que ingreso, la verdad es que necesito que alguien me financie. Para que me financien, debo mostrar una buena situación presente y futura, mostrar las cuentas en orden. De hecho, yo financio a mi hermana con sus tres hijos en la transición de su separación, porque mi hermana se ha ordenado. Ahora, el día que yo vea que mi hermana decide viajar a Estados Unidos, todo financiado por mí, le digo: poné la casa en orden, ajustate, porque yo no te voy a financiar tus viajes de turismo a Estados Unidos.

4. “Mi pasado me condena” en el sector privado

Ahora, el estigma de “mi pasado me condena” no es sólo para el sector público. Es también para el sector privado, y en eso estoy de acuerdo con Carlos Álvarez, cuando él dice que la evasión impositiva es uno de los principales males y debe ser castigado. A ningún individuo le gusta pagar impuestos. Los pagamos porque sabemos que tenemos la probabilidad de

ser fiscalizados, si no no los pagamos. En algún momento hay que poner algún claro ejemplo para que la sociedad pague. Yo el que más recuerdo es el de Sofía Loren, detenida en la Alcaldía de Roma. En la Argentina eso se puede hacer, existen las leyes. Está la ley penal tributaria.

Ahora, ¿es posible pagar todos los impuestos a estas tasas impositivas, si muchos de estos impuestos tienen igual base? Tengo mis dudas. Lo que sí sé es que cuanto mayores son las tasas, mayor es la renta a ser coparticipada. Voy a ser muy explícito. El plan Austral de 1985 tuvo dos bases: un ahorro obligatorio (que hoy lo están devolviendo) y una gran retención a las exportaciones (31 % al trigo y 40 % a la soja). En 1986, cada 100 toneladas de soja que se exportaban, 40 toneladas iban al Estado y 60 me quedaba yo como productor. ¿Qué creen ustedes que pasó en 1986? La Argentina no exportó soja. El mayor exportador de soja fue Paraguay. Con 40 % de tasas impositivas, 21 % de IVA o lo que sea, hay para coparticipar y pagarle a la gendarmería para pasar camiones. Cuidado que es muy difícil funcionar en un país con tasas impositivas tan altas. Pero igual, estoy de acuerdo con Álvarez en cuanto a cobrar impuestos.

Creo que hay otro dato: los argentinos no somos sajones, somos latinos y armamos el presupuesto en forma inversa. Los sajones dicen: esto, es la porción del ingreso que ahorro; esto es lo que pago de impuestos; esto, es lo que pago de servicios, y con lo que me queda, vivo. Nosotros hacemos al revés. Decimos: esto es lo que necesito para vivir; esto es lo que pago de servicios que me cortan, si me sobra, pago los servicios que no me cortan, y si me queda algo, pago impuestos. Y eso va a ser muy difícil de cambiar.

5. Los dos pilares

¿Qué es lo que yo creo que es bueno? Los dos pilares de la sociedad que citó Álvarez, que son la estabilidad institucional y monetaria. Ellos están más presentes en las nuevas generaciones. Quizá nosotros tenemos más reminiscencia de problemas institucionales y problemas económicos, porque tenemos grabado a fuego el problema de la hiperinflación. ¿Por qué digo eso? En la universidad, cuando enseñé a los chicos de dieciocho años les tengo que enseñar hoy qué es inflación. Cuando le pregunté a mi hijo mayor, que fue a votar por primera vez: ¿vas a votar por el justicialismo? Me preguntó, ¿por qué? Y, porque te sacó el servicio militar obligatorio. Su respuesta fue: ¿el servicio militar era obligatorio? ¿Cuál era la razón? Cuidado, que las nuevas generaciones piensan de una manera muy diferente.

6. Las tareas pendientes

Estoy, por supuesto, de acuerdo con lo que dice Álvarez y Rubén (Lo Vuolo) que hay que abordar en forma urgente los problemas de la desocupación, la pobreza y la exclusión. Ahí, no hay ni la menor duda. Por supuesto que estamos condicionados por una situación de gasto, pero eso no es razón para decir hoy no trato ninguno de estos problemas.

También es cierto que hay que plantear un nuevo rol del Estado regulador. De hecho, los servicios privatizados y concesionados tienen un marco regulatorio que va cambiando en el tiempo. Sólo basta ver la historia reciente de Gran Bretaña en el cambio de éstos.

En educación, no estoy tan de acuerdo con lo expresado por Carlos Álvarez. Me preocupan las filtraciones del gasto social. ¿No estaremos transfiriendo de pobres a ricos? Cuando veo que un trabajador de la industria electrónica en Río Grande, Tierra de Fuego, paga el IVA sobre la compra de carne que realiza, o un niño que lustra zapatos en Jujuy, paga el IVA sobre la gaseosa que consume, y ese producido del IVA tiene en parte destino a las universidades, donde la población es de mayores ingresos que los que pagaron el IVA, creo que estamos cometiendo una injusticia y transfiriendo fondos de los pobres a los ricos. La educación, principalmente la superior, necesitará de algún cambio.

7. ¿La globalización condiciona la política?

¿Qué es lo que no puedo entender de lo que dijo Álvarez? Es la parte referida a la globalización. Me parece que los políticos se están comiendo el problema de cómo condiciona la globalización a la política. Primero, ¿qué es la globalización? Una fuerte caída del costo del transporte y del costo de las comunicaciones. Una destrucción en el límite. Vamos a encontrar dos productos en la góndola del supermercado, que uno viene de Saladillo y el otro de Pekín. No es que los chinos fueran estúpidos hace diez, quince años, sino que no estaban interconectados. ¿Por qué digo esto de las comunicaciones? Porque el caso del desastre nuclear de Chernobil en la ex URSS lo descubrimos setenta y dos horas después a través del mercado a término de trigo. Como no había comunicaciones, nadie podía enviar un e-mail, y hubo algún vivillo que hizo ganancias en el mercado a término de trigo, porque sabía lo que había ocurrido. La información tiene valor. El que dispone de la información está tomando decisiones.

Yo siempre digo que para mí el mejor caso de globalización es el taxista. Cada vez que subo le pregunto cómo anda el trabajo y normalmente me dicen: cuando me levanto pienso que estoy 60 pesos abajo, empiezo a andar y cuando llego a los 50 pesos, cubro el valor del alquiler del auto. Los 10 pesos siguientes corresponden al combustible, y de ahí me llevo un

poco más. Ésos son los individuos que están en la globalización. Son individuos que cuando se levantan, saben que tienen que lograr los fondos o intentar algo.

¿Por qué digo que la globalización se la pierden los políticos o no la pueden observar? Realizando un trabajo en una fábrica de cerámicas, que en el fondo es diseño, observé la racionalización que había realizado en los últimos quince años, por supuesto incluido personal, y un cambio de tecnología hacia capital intensivo, ahorradora de trabajo. El área de diseño, que yo conocía con seis personas, se había reducido a una sola. Les pregunté ¿cómo hacen ahora? Tengo personal contratado en Milán. Mando el diseño por mail, el diseñador corrige y lo devuelve, y discutimos. Mi pregunta fue ¿dónde le pagás los honorarios? En Nueva York.

El problema que yo estoy viendo es que se van a acabar los fondos para distribuir de un lado a otro, o para financiar política. En el límite, ¿sobre qué factor de producción se van a cobrar los impuestos? Sobre los factores fijos de producción, la tierra, sobre propiedades y sobre la gente que no quiere emigrar. ¿Cómo le van a cobrar impuestos a una sociedad que transfiere en forma constante bienes a través de las comunicaciones?

Me quedó una sola duda: ¿por qué los políticos no se dan cuenta de que con la globalización se pierden recursos para cumplir las funciones de redistribución y para el financiamiento de la política? Pregunta que dejo pendiente, no tengo respuesta y creo que alguno de ustedes puede tenerla.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Usted cree que la política económica se hace dentro de una realidad política. A mi criterio es al revés. Es la realidad económica la que subordina la realidad política.

Sturzenegger: Yo creo que en una visión de largo plazo todo es endógeno. Los resultados económicos definen elementos políticos claramente. La hiperinflación aceleró la renuncia de Alfonsín. Cuando uno tiene una definición de crisis donde tiene que tomar decisiones, así como la economía influye la política, la política de ese momento se convierte, tal cual está dada en una estructura, en un condicionante de la economía. Y a eso me refería. Como en el último mes y medio no hemos podido ver más allá del día siguiente, ha prevalecido la causalidad de la restricción de la política a la economía.

Pregunta: Sobre los aportes jubilatorios y las AFJP.

Sturzenegger: Respecto a los aportes de capitalización, lo que se conoce como las AFJP, la gente deja de aportar al sistema de reparto y aporta a un

sistema de capitalización, que básicamente está acumulando activos. De hecho, lo que pensamos, es que esto viene creciendo a una tasa muy alta, y va a seguir creciendo. Podría financiar todo el déficit del sector público y, eventualmente, tener toda la deuda del sector público, en veinte o treinta años. Estamos creando una masa de ahorro local muy significativa. Poner esos activos en el debe, como una deuda, no entiendo bien cómo surge esa idea, y no es así. Con respecto a las cajas provinciales y la reducción de los aportes; primero, que se consolidaron los regímenes provinciales para ordenarlos y mejorar la administración. Y la reducción de los aportes, en parte sí es responsable por el hecho de que el Estado está en una situación que es más deficitaria. Si subiéramos los aportes patronales, obviamente la situación fiscal estaría más holgada, y parte de eso es lo que explica, si usted quiere, el déficit que ya tenía en los últimos años. El salto importante en el gasto del sector público en el año 1996 es en gran medida explicado por la absorción de las cajas provinciales por parte del Estado Nacional. Su recomendación sería subir los aportes patronales para evitar mayor endeudamiento. Es bastante inusual encontrar alguien que empuje el ajuste presupuestario y el aumento de impuestos, porque usted básicamente ha criticado la baja de aportes y la baja de impuestos que estamos impulsando con el plan de competitividad. La responsabilidad fiscal obviamente nos preocupa, y no vamos a pensar en bajas de impuestos si comprometemos la solvencia fiscal. También pensamos que hay una situación de competitividad que hay que atender. Es una línea relativamente delgada por la que uno avanza.

Pregunta: La pregunta es sobre dos conceptos, uno es el de privilegio; me resulta muy interesante cómo los economistas han logrado –yo creo que es un triunfo muy importante del neoconservadurismo– transformar los derechos en privilegios. Por ejemplo, la educación y la salud hoy son privilegios, entonces hay que reducir el costo de la educación, de la salud; la política es un costo también; eso es fabuloso. El neoconservadurismo dice vamos a bajar los aportes patronales, vamos a flexibilizar, vamos a transformar los derechos en privilegios y pauperizar los ingresos de la mayoría de la población para que luego con el crecimiento que va a llegar, lleguemos al paraíso.

Sturzenegger: El costo de la política no es un invento de los economistas. Me parece que es una lectura social bastante clara, que excede en mucho la opinión de los técnicos. Con respecto a los privilegios, ésa sí me parece una pregunta muy interesante. Yo creo que los economistas, digo los economistas porque te referís a ellos, tienen una expresión que me parece que es la clave a tu pregunta *there's no free lunch*, es decir, no hay almuerzo gratis, no hay nada en la sociedad que sea gratis. Cada vez que vos le das algo a alguien, tené la seguridad absoluta que a alguien se lo estás co-

brando. No podés dar algo que sale de la nada. A veces, eso se pierde de perspectiva. Podemos ayudar a la gente de Aerolíneas y pensar que eso es importante, pero sabés que cuando estás ayudando a la gente de Aerolíneas se lo vas a estar cobrando a otra persona. Entonces, como hay una visión clara sobre que cada cosa tiene su costo, uno evalúa si el caso de la persona que recibe eso realmente se justifica *vis à vis* el derecho de otra persona a la cual vos le estás sacando algo para darle eso. Todos sabemos que, en general, los que van a la universidad pública en la Argentina no son los segmentos más pobres, y no se ve que ese gasto que se hace en educación lo está pagando el conjunto de la sociedad.

Pregunta: Sobre el déficit fiscal y el ajuste de las cuentas públicas.

Mario Damill: En mi trabajo mencionado, enfatice el punto del déficit muy elevado. Se colocaba deuda más allá de lo que se necesitaba para financiar los pagos de intereses de la deuda externa, por lo que contribuyó a la acumulación de reservas. Si uno lo mira así, parece que la deuda pública cumpliera un rol positivo. Habría que seguir colocando deuda pública. *Página 12*, publicó un artículo donde se sostenía que yo estaba argumentando que hay que tener déficit fiscal. Yo no digo que hay que tener déficit fiscal y que la deuda pública es una bendición. Porque tiene un efecto negativo para el crecimiento por el lado del riesgo país. Si uno mira solamente eso, desde la perspectiva fiscalista, pierde lo otro. Creo que mi argumento es válido en cuanto que si vos ajustás plenamente las cuentas fiscales, el sector público va a ser un chupador de reservas. Y vos, en realidad, estás partiendo de una situación de un déficit fiscal alto, no tenés margen para bajar los impuestos; por ejemplo, tenés un margen muy reducido. Partís de un déficit fiscal elevado. Entonces, bajarlo puede suponer, a lo mejor, mantenerlo. Sucesivos ministros asumen diciendo que van a bajar el gasto público. Carlos Rodríguez insiste con que hay que bajar el gasto público. Yo no sé cuál fue el verdadero rol —más allá del cargo de secretario de Programación Económica— de Carlos Rodríguez en los últimos años del gobierno menemista, pero el gasto público aumentó considerablemente en ese período.

Comentario Abel Viglione: Era el número dos de Roque Fernández, asume en 1996 y se va en 1998. Se va por razones obvias, no puede hacer nada. Tuve una gran discusión con Carlos Rodríguez, que fue cuando empezó a hablar de que había que bajar el gasto público. Tomen los diarios de 1996 y comprobarán que a los quince días que llegó al Gobierno dijo es muy difícil bajar el gasto público. Estamos dentro del Gobierno, es difícil; estamos afuera, es fácil. Lo conozco a Carlos Rodríguez, soy amigo de él. Pero las críticas esas hay que mostrarlas.

Mario Damill: El efecto que podés tener es muy lento porque tenés que pasar por un período de ajuste. A la larga puede funcionar, pero el argumento es que en la práctica no va a funcionar, porque el efecto que vas a tener en el corto plazo va a ser recesivo, y como vas a tener un efecto recesivo pasa esto que pasa, la recaudación no repunta porque la economía no despega, entonces la situación fiscal mejora poco. La política de ajuste fiscal tiende a ser autodestructiva. Me parece que es lo que pasó durante el año y medio de gestión de la Alianza. Se puso todo el acento en la cuestión fiscal. Yo me acuerdo que un integrante del equipo de Machinea, en una charla antes de asumir, sostenía que había tres problemas importantes: el problema fiscal, el problema de competitividad y el problema de distribución, y que la conducción económica pretendía encararlos. Estuvo dos horas hablando del tema fiscal, y cuando se había acabado el tiempo, le preguntamos por los otros temas. Estaba trabajando en el tema fiscal, ignorando todo lo demás. Como si solucionando la cuestión fiscal todo se acomoda. Yo no creo eso. Yo creo que uno tiene que atacar conjuntamente el tema fiscal y el tema competitividad. No es que el tema fiscal te resuelve todo el panorama. Ésa es una posición que no sé por qué se llama ortodoxia, yo la llamaría fiscalismo. ¿Qué es un heterodoxo? Parece una enfermedad, el tipo que piensa raro. ¿Por qué no reivindicamos la ortodoxia para nosotros que pensamos distinto?

Rubén lo Vuolo: Primero voy a hacer dos o tres observaciones complementando el debate. Cuando uno habla de la cuestión fiscal, no solamente habla de la relación de valores absolutos sino que habla de estructuras también. En todo caso, la pregunta relevante en países como la Argentina es por qué el Estado generó una estructura fiscal tan espantosa: regresiva, procíclica, ineficiente. El problema de plantear la eliminación del déficit fiscal es que el sector privado no muestra capacidad de demanda para cumplir las funciones que el Estado estaba cumpliendo en algún momento. Además, como lo explicó Mario Damill, la economía creció en los noventa gracias a la deuda. Yo no coincido en que el objetivo de la vida sea maximizar ingresos. En la vida, en los países, hay varios objetivos que son igual de importantes. Un error de la teoría económica convencional es pretender maximizar algunos de ellos, a costa de la eliminación de otros. Los países más sensatos y las sociedades más maduras abandonan la pretensión de maximizar aisladamente ciertos objetivos y tratan de armonizar varios. Esto se ve en la Constitución Nacional. Cuando se crea la Nación políticamente organizada, se dice que es imprescindible constituir un sistema social de pagos recíprocos. ¿Cómo se constituye ese sistema social de pagos recíprocos? Hay que constituir una deuda original y un crédito original. La deuda original es el monopolio de la moneda que se le otorga al Estado. El crédito original es el poder de recaudar tributos. Para que la Nación

exista tiene que funcionar el sistema social de pagos recíprocos, pero no de cualquier modo, sino bajo ciertos parámetros propios de los valores sociales que define la Constitución: igualdad, justicia. Pero esto, además, implica que hay una necesidad imperiosa de los ciudadanos de poseer los elementos para participar en el sistema social de pagos recíprocos, si no, no son ciudadanos. Por el contrario, lo que hemos hecho en la Argentina es ir destruyendo paulatinamente los elementos imprescindibles para que funcione el sistema social de pagos recíprocos conforme a los principios constitucionales, destruyendo la moneda, destruyendo la capacidad tributaria. Hemos intentado reemplazar esos elementos (digamos, moneda y tributos) con el tema de la deuda, de una manera absolutamente irresponsable. Si yo leo el trabajo de Mario (Damill), lo interesante que él está diciendo es que, detrás del discurso del ajuste fiscal, en realidad el modelo en la década del noventa funcionó gracias al déficit fiscal que fue el que impulsó la economía. Y que en definitiva durante los noventa, pese a todas las ventajas que se otorgaron a ciertas corporaciones, no fueron capaces de reemplazar al Estado y al déficit fiscal como motor de la economía. Y hoy lo están demostrando. Este punto me parece importante.

Voy ahora al tema de la deuda. No hay muchas maneras de resolverlo. Es como en tu casa. La única forma es tener ingresos suficientes (derivados mayormente del empleo) para pagar los costos corrientes de tu vida y con lo que te sobra, devolver el préstamo. Evidentemente, nada de esto se hizo en el país. Por dos razones fundamentales. Primero, la plata de la deuda no se utilizó para generar mayores condiciones productivas y de allí mayores ingresos. Esto está claro cuando se observa el movimiento de la deuda y el movimiento de la fuga de capitales: es más o menos un dibujo parecido. Y no es menor que todas las estimaciones en el país de los volúmenes de la deuda sean bastante similares a algunas estimaciones de la plata que tienen los argentinos depositada afuera. La única forma de pagar esa deuda de manera legítima, sería que el dinero de esa deuda se pudiera utilizar para generar un sistema productivo que genere ingresos. Y esto es muy difícil por lo que ha pasado antes, no por lo que pasa ahora. ¿Alguien en su sensato juicio puede pensar que la economía argentina en estas condiciones puede crecer para generar esa cantidad de recursos, sobre todo cuando ha llegado a un nivel tan profundo de ajuste de los gastos corrientes de gran parte de la población? La deuda es un tema central de la sociedad argentina que, desde mi humilde punto de vista, no tiene solución objetiva al interior de la lógica que está impuesta. Lo que se necesita es una relación un poco más razonable en la forma en que se distribuye la carga de esa deuda y también la posibilidad de aliviar objetivamente la carga, no palearla para adelante sino aliviarla.

Otro tema es la forma de pagarla. Por ejemplo, ¿Por qué voy a pagar impuestos en este país si se van a usar para pagar la deuda que no me be-

nefició? ¿Por qué voy a pagar si no me van a dar servicios? Los jóvenes, ¿por qué van a pagar impuestos para pagar la deuda? Los jóvenes que se van también están diciendo que no piensan hacerse cargo de esa deuda. Y aquí aparece otra vez el problema de la política.

De todas las recomendaciones ortodoxas o heterodoxas de los organismos internacionales a la Argentina, la única que no se hizo fue la reforma tributaria. Todo lo otro lo hicieron. Entonces, hay que tener mucho cuidado con el discurso de la crisis fiscal, porque ese discurso permitió ajustar a la sociedad argentina en los términos que se pretendía. Es un discurso ambivalente, porque si el tema fiscal hubiese sido tan importante, no hacían esa reforma previsional, no le sacaban 20.000 millones de dólares en cinco, seis años al Estado argentino, no hubiesen reducido ciertos impuestos, no se hubiesen absorbido las cajas provinciales con todos sus déficit y con todos sus privilegios. El discurso fiscal se utiliza en un doble sentido: sirve para ajustar la educación y la salud, y no sirve cuando se capitalizan las AFJP o se absorben créditos bancarios incobrables de los grandes grupos. La revolución democrática norteamericana se alimentó, en gran medida, por el malestar de la gente, ya harta de pagar impuestos para sostener a una determinada clase. Esto hay que tenerlo en cuenta cuando se escuchan a estos señores que encima ahora dicen que quieren garantizar la deuda con los impuestos, cuando no son capaces de cobrar impuestos, cuando no son capaces de fiscalizar absolutamente nada. No es que seamos latinos o sajones. Otra vez, el problema es del sistema social en su conjunto. Por ejemplo, no es menor que los modelos escandinavos sean los más equitativos. Uno paga con más tranquilidad impuestos cuando recibe un servicio, cuando recibe de la sociedad cosas que individualmente no puede hacer. Cuando se monta todo el discurso en “arreglate por vos mismo”...! entonces ¿por qué voy a pagar, qué me da la sociedad a cambio? ¿Cuáles son los estímulos?

Abel Viglione: Estoy de acuerdo en un punto. Sostuve, sostengo y sostendré que cuando a Azucena, la recepcionista de Fiel, le retengan el impuesto a las ganancias, en este país se da una revolución de la comunidad.

Rubén lo Vuolo: ¿Cómo? ¿No pagan ustedes?

Abel Viglione: Me refiero a la recepcionista. Lo que digo es que sobre 580 pesos no hay retenciones de ganancias. Cuando el mínimo no imponible lo lleven tan bajo, acá hay una revolución fiscal y la sociedad le va a decir al Gobierno: hasta acá te pago impuestos y no te pago más. Y el ajuste se va a hacer en forma instantánea. Coincidimos en que va a haber una revolución. Segundo punto, no coincidimos en que el plazo fijo que tiene Azucena tenga que pagar impuestos. Ahí te equivocaste en una cosa,

rentas financieras no pagan ganancias, rentas financieras sólo de personas físicas no pagan ganancias, rentas financieras de sociedades pagan ganancias. Y la persona física que se lleva la guita afuera en blanco tiene que pagar ganancias acá cuando la tiene depositada afuera. ¿Sabés cuál es el error que tenés? Las obligaciones negociables no pagan impuesto a las ganancias, son autopréstamos de las empresas. Entonces, una empresa, si emite acciones, tiene que pagar ganancias, si emite una deuda no paga ganancias. Y ahí está el error. Tiene que estar gravada con ganancias la deuda de las empresas y allí tenés el punto principal para la discusión. No tanto la renta de personas físicas. ¿Por qué no tanto? Porque la renta de personas físicas está exenta en cualquier país. Hay países que están gravadas, sí. Partí de esta idea: las familias ahorran, consumen y ahorran; las empresas producen e invierten. Hay alguien que tiene que canalizar el ahorro y la inversión en el medio. No gravás en ganancias de otro lado, pero no vas a gravar ganancias del cabeza de familia. Ése es el punto, todo lo contrario, yo quiero que la empresa invierta. En todo caso sacale la ganancia a la empresa, pero por favor cobrale las ganancias a todos los tipos o las familias que se han enriquecido en todo este tiempo, en gran medida gracias a la bicicleta financiera. Entonces, los bonos del Gobierno que están exento de impuesto a las ganancias, los tenés que gravar también.

Rubén Lo Vuolo: El impuesto mal llamado ganancias es el impuesto a los ingresos de las personas. Lo que yo digo que es una cosa absurda e inequitativa que los ingresos que provienen del trabajo estén gravados y los ingresos que provienen de la renta financiera no estén gravados, y se llama impuesto a los ingresos. Eso no pasa en ningún lado. Eso ha sido intencional para bancarse la financiación de la economía que se produjo en la década del noventa.

Abel Viglione: En algún lado te agarran, si no te agarran con ganancias, la ganancia yo la pongo en un activo físico y me capturan con bienes personales. Los bonos externos hoy están dentro de la base de bienes personales, los cuadros están dentro de la base de bienes personales, los autos.

Rubén lo Vuolo: Coincidís conmigo que la Argentina tiene la recaudación del impuesto a las ganancias entre las personas más baja del mundo. Esa falta de recaudación, que es un papelón en el mundo, se debe fundamentalmente a la exención –también en la evasión– que existe de una cantidad de rentas financieras, de capitales que encabezan las personas.

Mario Damill: ¿Puedo decir algo sobre la deuda? Yo creo que hay una buena razón para tratar de pagar la deuda. Es que necesitamos colocar más deuda, porque tenemos déficit de cuenta corriente. ¿Qué quiere decir

no pagar la deuda? Quiere decir un despelote peor todavía. Yo no quiero decir que se pueda pagar. Creo que no la podemos pagar y tampoco podemos dejar de pagarla.

Rubén lo Vuolo: Yo agrego un dato más para tratar de dar una pista. Las transferencias de ingresos que se produjeron entre argentinos en la década del noventa, superan casi tres veces las transferencias que se hicieron al exterior por causa de la deuda. Es un problema interno.

Pregunta: ¿Cómo se explica que la cuenta de servicios reales –turismo, viajes, etc.– sea el doble del déficit de la cuenta mercancías?

Mario Damill: Es el doble porque cuando hay recesión, la cuenta que ajusta es la de mercancías. Si vos hacés la cuenta consolidada, es más grande el déficit de servicios reales, porque esa cuenta es deficitaria todo el tiempo y tiene menos vinculación con el ciclo. Pero la cuenta de comercio ¿por qué no crea un déficit muy grande? Porque tuviste una recesión impresionante y generaste superávit. Ése es el mecanismo de ajuste de la balanza de pagos, y eso es lo que te impide crecer. Si vos hubieras crecido toda la década al 8%, con esos precios relativos hubieses tenido un déficit de comercio espectacular. No lo tenés porque no creciste. Donde vos podés aspirar a ganar competitividad es en servicios como turismo, por ejemplo.

Comentario: Yo leí el artículo, me pareció brillante. Pero creo que este elemento sirve para empeorar, porque la cuenta de servicios reales es una cuenta importante en este momento como aporte al déficit y no veo solución.

Abel Viglione: Es el desarrollo de todo el sistema de seguros argentino que pasa por la cuenta. La Argentina no tiene sistema de seguros. Es lo mismo que Chile al principio de la década del ochenta. Es lo mismo que el transporte. Todo lo que es transporte pasa por esa cuenta. Argentina no tiene ni desarrollo de transporte ni desarrollo de reaseguros. Revisá la cuenta de Chile de principios del ochenta, cómo fue evolucionando a medida que fue mejorando su comercio exterior. Es esa cuenta de servicios fue creciendo el ingreso por algunos de ellos porque alguien dijo: aquí hay un negocio, reaseguremos, pongamos los barcos de acá o aviones. Los agentes, cuando ven un negocio, entran a invertir. En la Argentina, no existe como negocio; si existiera ya lo hubieran visto. Donde hay renta siempre hay halcones que la capturan.

Mario Damill: Hay algo interesante en un rubro nuevo de la cuenta de servicios reales. Son los pagos por la gestión de las empresas privatizadas.

En las empresas privatizadas, además de que hay algunos consorcios que tienen la propiedad, alguien tiene la operación y por eso se paga. Los servicios del operador es un servicio real que está en la cuenta de servicios reales y es un montón de plata. Tiene que ver con el proceso de venta de activos.

Pregunta: Mucho de economía no entiendo, pero trato de pensar todo esto que se está diciendo desde alguna categoría política. Y uno percibe que todo esto viene vaciado, con una supuesta neutralidad y como que no tiene una supuesta ideología. Entonces uno analiza que en los últimos años siempre se obedecieron políticas emanadas del FMI o del BM, reconocidas por esos mismos ámbitos como fracasadas. Sin embargo, se sigue insistiendo con esto. En *Le Monde Diplomatique* se publicó un artículo de Erik Calcagno donde habla de modelos. Se sostiene allí que en la Argentina operaron tres modelos: uno agrícola, desde 1890 a 1945; un modelo industrial, de 1945 a 1975, y un modelo financiero, que va de 1976 hasta la fecha. En el primer modelo, el ingreso bruto per cápita creció el 112 %, en el segundo modelo fue del 86 % y en el modelo financiero fue nada más que del 6,8 %. Se sigue insistiendo con más política económica que tiene una continuidad, y acá se engancha con la deuda externa. ¿Por qué hay que pagar la deuda? ¿No se puede cuestionar la legitimidad de esa deuda que está condicionando el crecimiento de la vida de las personas? Porque esa deuda nace a partir de 1976, donde opera la ilegitimidad de un gobierno que induce a un endeudamiento, que la sociedad no eligió y que sigue como continuidad a partir de 1983, con el advenimiento de la democracia, y sigue actualmente, porque uno ve los operadores de la economía y siguen siendo los mismos. Los que gestionan el pago de la deuda, los que van y se sientan, son los que transan cualquier interés, son los mismos operadores.

Rubén lo Vuolo: El problema de la legitimidad o la ilegitimidad de la deuda es un tema político y jurídico. El problema que yo veo es que sigue vigente un modelo económico que necesita alimentarse de deuda. Para poder plantear una estrategia diferente con la deuda es necesario plantearse otro modelo, o mejor, otro régimen económico. Y eso es un problema interno. De eso no tiene la culpa el FMI. Éste es un modo de organización económica y social que ha sido legitimado democráticamente. Ha sido legitimado en más de una elección. Uno de los problemas que enfrenta hoy la clase política es que han abrazado casi todos el mismo modo de organización social, y es lógico que al llegar al gobierno no sean capaces de generar un proyecto alternativo. Es muy difícil decir que la deuda es ilegítima cuando en la sociedad se ha legitimado el modelo económico y social que se alimenta de la deuda.

Comentario: En la década del noventa, la fuga de capitales fue mucho mayor que lo que se pagó por intereses de la deuda. Se trata del patrón de acumulación y no de un problema de legitimidad o ilegitimidad.

Rubén lo Vuolo: Es conocido que las transferencias por fuga de capitales han sido mayores que el pago de intereses. Por eso, ¿a vos te parece que el FMI estaría en desacuerdo en generar un proceso de redistribución de ingresos mediante impuestos que favorezca a los pobres? Yo creo que no. El problema donde está involucrado el FMI es que han promovido un modelo de “financiarización” de la economía, pero ninguna capacidad institucional para controlar las finanzas internacionales. El problema es que el FMI se ha mostrado incapaz de controlar las finanzas internacionales. Pero si la pregunta al FMI es ¿están de acuerdo con reformar el impuesto a las ganancias en el sentido que se me ocurre a mí? Van a decir que sí. Los que no están de acuerdo son los del CEMA, cuando estaban en el gobierno. No era el Fondo el que estaba en desacuerdo, son ellos los que estaban en desacuerdo. Hay problemas internos, que a veces se pretende presentar como externos. Por ejemplo, la persona que fue presidente de la Nación por diez años, al que la clase política y la sociedad le permitió reformar la Constitución para volver a ser presidente, ahora está preso; lo mismo que muchos de sus funcionarios emblemáticos. Y la sociedad parece aprobarlo porque sospecha que hay causa para ello. Pero, entonces, ¿qué es lo que quiere la sociedad argentina? ¿Cómo puede avalar tan fuertemente cosas que después repudia? Es complicado enfrentar problemas como la deuda, cuando se aprueba un orden social que hace de la división social su dinámica, o cuando la clase política deja de representar los intereses generales y todo el mundo sospecha que tiene negocios con los intereses particulares. Entonces, ¿cómo van a negociar la deuda? ¿En qué condiciones van a negociar la deuda? ¿Con qué fuerza vas a ir a negociar la deuda? El problema para enfrentar la deuda es interno.

Mario Damill: Esto, además se agrava porque la sociedad argentina cambió mucho en estos años. Por ejemplo, los bancos son prácticamente todos extranjeros. Eso no quiere decir solamente la propiedad, quiere decir que los gerentes son importados y muchas de sus decisiones no se toman acá, sino teniendo en cuenta otros contextos. Para que Cavallo pueda negociar tiene que viajar permanentemente. ¿Cuál es hoy la conformación de la supuesta burguesía nacional? ¿Existe? ¿Cuáles son sus intereses?

XI

MESA REDONDA DE OPINIÓN PÚBLICA

LA OPINIÓN PÚBLICA ENTRE LA ÉTICA Y LA ECONOMÍA

GERARDO ADROGUÉ
ROSENDO FRAGA
LUIS ALBERTO QUEVEDO
ENRIQUE ZULETA PUCEIRO
21 de junio de 2001

GERARDO ADROGUÉ

Como decía Horacio (Fazio) en la presentación, los ejes que quisiera presentar hoy estaban planteados en aquella encuesta de opinión, cuyo objetivo era ver por qué la gente creía que la Argentina no crecía, no salía de la recesión económica. Se planteaba una pregunta referida a si la economía cubría las expectativas de la gente. Efectivamente, en la medida que hubiera recuperación económica, en la medida que el país comenzara a crecer, eso se iba a traducir en una mayor aprobación de la gestión de gobierno y eso se iba a reflejar en votos. No eran pocos quienes por entonces también pensaban que no se trataba de que hubiese cambios en la economía real, sino de mantener cierta burbuja de opinión; es decir, indistintamente de que la economía crezca, era esperable que esta burbuja de opinión y el crecimiento de las expectativas duraran por lo menos hasta las elecciones de octubre. Tal vez, hasta ese nivel llegaba el nivel de determinismo entre expectativas sobre la economía y votos. Todo mi argumento va destinado a decir que la economía es importante, no hay que descuidarla, pero no es única, no es todo lo que importa. El problema de la corrupción y la percepción que la sociedad tiene sobre la lucha contra la corrupción es importante, probablemente no tan importante como la economía, pero es importante. Veamos por qué.

Primer aspecto: la aprobación de la gestión de gobierno. Hoy en día, el 75 % de los argentinos, tres de cada cuatro, desapruueba la gestión de De la Rúa. Esto es algo que desde mediados del año pasado se viene insinuando. Es cierto que en algún momento puede haber bajado de manera más o me-

nos significativa, especialmente tras el anuncio del blindaje, pero luego se mantuvo en niveles altísimos, más del 70 % y hoy llega al 75 %. ¿Cuáles son los motivos por los cuales la sociedad desapueba la gestión presidencial de De la Rúa? Por un lado es la economía. Efectivamente, la creencia de que no se estaba dando en el clavo con las medidas para terminar con la recesión. Esto, con la llegada de Cavallo al Ministerio, por lo menos trae dudas; de todas maneras, sigue siendo con respecto a la evaluación, un factor de desaprobación. La economía no anda, la economía es uno de los factores por los cuales se desapueba la gestión.

Un segundo aspecto tiene que ver con factores propios del liderazgo de De la Rúa, en los cuales no quisiera ahora extenderme, pero que básicamente tienen que ver con su estilo de liderazgo. Y un tercer factor, que tiene que ver con la lucha contra la corrupción; mejor dicho, no haber cumplido con la lucha contra la corrupción. Según las distintas encuestas, entre el 60-70% afirma que no se está en el rumbo económico apropiado; en un porcentaje igual de alto afirma que el gobierno de De la Rúa no cumplió con su promesa de lucha contra la corrupción, que sin duda fue uno de los dos argumentos que fundamentó el voto en las elecciones de 1999. No se trata de decir el porcentaje de gente que cree esto, sino también de ver la relación entre las variables. ¿Cuáles efectivamente tienen peso a la hora de desaprobación o no la gestión? Y ésta es la conclusión: si quieren ponerlos en términos de magnitud, la economía es importante, pero la corrupción también es un factor estadísticamente significativo, en una relación tres a uno.

Pensemos también en los factores por los cuales la gente cree que no se crece, que la Argentina no logra salir de la recesión. Podemos pensar en tres grandes conjuntos de argumentos. El primero de ellos, factores externos; la idea de que la Argentina es víctima de un proceso de globalización, indistintamente de que esto sea cierto o no, después los economistas podrán argumentar. Pero éste es uno de los tres argumentos dominantes, y ahora vamos a ver en qué proporción. La Argentina es víctima de un proceso de globalización en el cual sólo puede tener un rol pasivo. Parte de la decepción frente al Mercosur tiene que ver con esto; la idea de que vamos a crecer cuando nos dejen. Hay otra gran dimensión respecto a las razones por las cuales la Argentina no crece vinculada a la lógica de la actividad política en la Argentina y en donde aparecen dos grandes indicadores, dos grandes razones. La política es esencialmente corrupta; quienes ejercen la política están más preocupados por llegar a cargos y obtener beneficios estrictamente personales. En segundo lugar, los políticos no están capacitados. El problema es que los mejores se fueron de la actividad política y hoy se dedican a otras cosas. Existe un tercer argumento vinculado a la gestión del actual gobierno, vinculado a la falta de ideas, falta de liderazgo, atenuada ahora con la llegada de Cavallo al Ministerio. Pero ¿cuál de

estos argumentos es el que más peso tiene? Fíjense ustedes, para el 46 % de los argentinos, el país no crece por la corrupción en la política. Una serie de razones, dirigentes sin ideas, sin operancia, falta de voluntad. Los factores internacionales, los que más peso tienen están vinculados a la corrupción. La Argentina no logra salir de su recesión por un problema estrictamente de corrupción en sus clases dirigentes. Es verdad que los factores externos existen, pero tiene un peso francamente menor.

¿Qué quiero decir con esto? En primer lugar, es claro que la economía no es todo, es importante; pero también, en las principales tendencias de la opinión pública, la corrupción tienen un peso significativo. ¿Qué tan significativo es? Piensen ustedes que de llegarse a presentarse Carrió como candidata en las elecciones de octubre, sería un fenómeno electoral interesante de seguir. ¿Cuáles son las razones que fundan el voto a Carrió, por lo menos en la Capital Federal? Bueno, no es que la Argentina no sale de la recesión, sino que existe ante todo, el problema de la asignatura pendiente de la lucha contra la corrupción.

En cuanto a la discusión que planteaba al principio Horacio (Fazio) respecto a la relación entre política y economía a la hora de votar, ¿cómo vota la gente? Vota con el bolsillo, vota pensando en aspectos de la corrupción. Si uno recorre la literatura académica, va a encontrarse con tradiciones bastante estrictas, con pretensión de hegemonía intelectual muy fuerte. Quienes primero adscriben a la idea de que la gente vota en función de sus características sociodemográficas, sostienen que los pobres votarán al peronismo, la clase media al radicalismo y las clases altas a la UCD. Luego, otros llegaron con otras teorías. Afirmaron que en realidad no eran tanto los factores sociodemográficos, sino factores más de construcción de las identidades políticas; se habló de la cercanía de los partidos. La gente vota en función de las tradiciones; porque es radical, porque es peronista. Después vinieron otros y dijeron, en realidad, no es tan así, la gente vota en función de los *issues* de campaña. Como en realidad las identidades políticas están en crisis, son débiles, no logran impactar el voto, la gente está votando en función de los *issues*, de qué se debate en una campaña electoral, por ejemplo la economía, la corrupción. Otros dijeron, no se trata de ninguna de estas cosas, sino de la imagen de los candidatos. Lo que prima es la pura imagen. No se estaría, según esta lógica de argumentación, votando a Carrió por su posición frente a determinados temas de campaña, sino por su imagen. A la hora de evaluar las razones por las cuales le gente decide el voto, la realidad se asemeja más a un cóctel. Todas estas razones tienen un peso a la hora de componer las decisiones de voto de la gente.

Es cierto que las identidades partidarias no han desaparecido, como lo demuestran algunas realidades en el interior de la provincia, y que algunos de los que están en esta mesa conocen más que yo. Tampoco han desaparecido los *issues* y las imágenes. En este sentido, el problema de la corrup-

ción en la opinión pública, y particularmente en las elecciones de octubre de renovación legislativa que se viene, está llamado a cumplir un rol importante. No va a ser un tema menor.

Quisiera darles otro ejemplo del impacto que tiene la corrupción hoy en la sociedad y en la opinión pública, porque no sólo está vinculada a estos impactos políticos o a la evaluación de la gestión de gobierno, sino que tiene efectos económicos reales, incluso más allá de la vinculación que los argentinos hacen entre la corrupción y la imposibilidad de salir de la recesión. Es que, efectivamente, la corrupción produce un daño económico concreto sobre la imagen corporativa de grandes empresas y de sectores de la economía, que se mide en una disminución de la facturación. Algunas empresas importantes vinculadas en años recientes a escándalos de corrupción, han sufrido daños relevantes en su imagen corporativa, que se traduce en una merma en su rentabilidad. Esto es importante porque la corrupción tiene un impacto en la conducta de la gente, no sólo en la conducta del voto, sino también en ciertas conductas microeconómicas, decisión de compra, por ejemplo. Este comportamiento también influye en otros sectores, tal es el caso de los bancos, sin necesidad de hacer mención a un banco en particular.

Ustedes saben que la sociedad argentina expresa desconfianza por sus instituciones en una inmensa mayoría, salvo en el caso de los medios, la Iglesia y las Pyme. El resto de las instituciones, todas tienen altísimos niveles de desconfianza que oscilan en el 60 % de los entrevistados. Cuando ustedes preguntan las razones de la desconfianza, la corrupción aparece inevitable como uno de los factores que generan desconfianza. De distinta manera; no siempre con la misma tónica ni con el mismo sentido. Así por ejemplo, la desconfianza a los bancos está más asociada con la idea de que los bancos proveen la ingeniería de la corrupción. Si me disculpan la expresión tomada de un grupo motivacional casi de manera textual, no es que los bancos sean los que armen la joda, sino los que permiten que la plata del lavado pase por sus canales. No se les adjudica directamente la responsabilidad del hecho, sino que proveen la ingeniería. En otros casos, se le atribuye la corrupción directamente, como a los partidos políticos. El problema de la corrupción tiñe la percepción de la gente de una manera mucho más amplia de lo que se cree. Incluso con respecto a los medios —a pesar de que la mayoría de la gente confía en ellos—, ya que aquí la desconfianza está asociada a la idea de que en los medios es posible comprar opiniones.

Para concluir, quisiera referirme a la relación entre corrupción y “cualunquismo” mediático. Me parece que es un tema que vale la pena mencionar. Estoy seguro que Enrique Zuleta, que está en la mesa y conoce más del medio, podrá abonar o cuestionar la tesis, porque replantea esta aparente relación causal y determinista entre la opinión de los medios y la opinión pública. Es decir, díganme lo que apareció en la tapa de *Clarín* y les diré lo

que piensa la gente. Yo creo que será fácil comprobar que los medios han generado, en particular en la relación entre política y corrupción, una suerte de “cualunquismo” mediático muy llamativo, y que recorre algunas de las figuras más respetables y conocidas en los medios Ibarra, Bonelli, Haddad, Lanata, con distinto tono y con distintos argumentos, abonan este “cualunquismo”, en el sentido de que son todos unos corruptos, nadie entiende por qué no se ponen de acuerdo, la gente no quiere a los políticos, para qué sirve la política. Ese tipo de cuestionamiento a la política desde el saber del hombre común, de ahí viene lo de “cualunquismo”. Sin embargo, aunque les parezca mentira, la mayoría de la opinión pública está lejos de este “cualunquismo”, por más que pueda parecer que de esta manera se obtiene mayor *rating*. Si bien es cierto que el 89 % de los argentinos desconfían de los partidos políticos, y creen que efectivamente hoy está dominado por personas ineficaces o corruptas, esto no implica un cuestionamiento al rol o al lugar de los partidos en la democracia. La misma gente que en un 89 % desconfía de los partidos, afirma en un 70 % que sin partidos políticos no puede haber democracia; el 75 % afirma que votando a los candidatos que ofrecen los partidos políticos, no a los candidatos de las ONG, es una forma de lograr que las cosas cambien. El 70 % opina también que sin Congreso no puede haber democracia. En la opinión pública, evidentemente, hay un cuestionamiento vinculado a la corrupción, pero no es un cuestionamiento, por lo menos hasta el día de hoy, que avance sobre el rol y la funcionalidad de los partidos. Para decirlo en términos más mediáticos, no es que se demanda menos política, como muchos de estos periodistas a veces han tratado de decir, se demanda mejor política.

ROSENDO FRAGA

Quería plantear básicamente una reflexión. La política es ciencia como estudio y es arte como acción. A medida que van transcurriendo los años, me voy inclinando a pensar cada vez más que la política es arte y no ciencia, debido a que la acción política tiene mucho más que ver con el arte que con la ciencia. Vayamos entonces a revisar en nuestra historia contemporánea esta opción como si se hubiera dado prioridad, de acuerdo con las circunstancias, a los valores económicos o valores éticos como elección básica. En 1983 Alfonsín gana, tiene a su favor los valores económicos y los valores éticos. Frente a la opción del peronismo, en esa coyuntura, es la seguridad económica y una mejor calidad ética. En 1985, con el plan Austral y teniendo a su favor que el peronismo todavía estaba desorganizado, era la estabilidad económica y una mejor calidad ética. En 1987, Alfonsín no encuentra la eficacia económica, la inflación es del 10 % y ha perdido el valor ético por la crisis de Semana Santa y la ley de Obediencia Debida

que han roto la credibilidad presidencial. Aparece un peronismo renovado y pierde esa elección; ya no tiene el valor de la eficacia económica ni el ético. En el año 1989, es bastante más complejo de analizar. El modelo, que hasta aquí cerraba matemáticamente, se rompe. Entre Angeloz y Menem, vemos que el primero representa los valores económicos y éticos. ¿Quién daba más garantía económica, Angeloz o Menem? Claramente Angeloz. ¿Quién daba una mejor perspectiva ética? También Angeloz. Esto indica que no es tan fácil encajar todo el proceso político dentro de un modelo analítico perfecto. En 1991, el valor de la eficacia económica lo tenía el peronismo, pero no contaba con el valor de la mejora ética, aunque tampoco en ese momento, la oposición lo representaba claramente; además de que no era un tema que estuviera en discusión. Menem, que no proyectaba una imagen ética, gana sentado en la eficacia económica, sin que la oposición haya construido un valor ético de confrontación. Dos años después, en 1993, el valor de la eficacia económica lo seguía teniendo el justicialismo, mientras la oposición se encontraba quebrada por el pacto de Olivos, lo que impedía al radicalismo construirse como una alternativa ética ya que acababa de pactar con el justicialismo. En 1991-1993 cuenta sólo la eficacia económica y gana el menemismo, mientras la oposición no es capaz de articular una opción ética. Viene luego la constituyente de 1994, una elección que pasa desapercibida, pero que es muy interesante en algunas cuestiones. Nítidamente gana el peronismo, pues tiene la eficacia económica. Por su parte el radicalismo, como ya dijimos, con el pacto de Olivos está quebrado como para ser una opción ética en esa coyuntura. Pero surgen dos figuras, primero en la Capital, la elección de constituyentes la gana Chacho Álvarez, quien había sacado el 12 % de los votos en 1993. Mientras en la provincia de Buenos Aires, donde gana Duhalde, Alfonsín como candidato a constituyente sale tercero con el 13 %, después del Pino Solanas que logra el 14 %.

Chacho, primero en la Capital, y Solanas, segundo en la provincia de Buenos Aires, son dos chispazos que nos permiten ver que empieza a esbozarse una construcción sentada en los valores de la ética *versus* los de la eficacia económica. El radicalismo, quebrado, golpeado por el pacto de Olivos, no está en aptitud política de articular en lo ético una opción. En 1995, es muy clara la alternativa. La fórmula Bordón-Álvarez representa los valores de la ética, por su parte Menem-Ruckauf significan los de la eficacia económica. Gana abiertamente la opción de la eficacia económica. A pesar de que Bordón tenía mejor imagen que Menem, éste le saca veinte puntos de ventaja. Es quizá la elección donde más claramente se nos plantea la opción. Cuando analizamos el año 1997, es interesante ver cómo todo no es tan matemático. El peronismo gana por veinte puntos en 1995, año en el que el PBI cae 3,5 %, y pierde por diez en 1997, cuando el PBI aumenta el 7 %, el desempleo baja del 18,6 % al 14 % y la economía crece

el 7%. Esto lleva a pensar que no es tan matemática la relación entre elecciones y economía. Lo que sí es claro es que no es fácil encajar todo en un modelo donde si la economía crece, gano, si la economía cae, pierdo. En la elección central de 1997 en la provincia de Buenos Aires, Fernández Meijide representaba los valores de la ética e Hilda Duhalde, con sus manzanas, los valores de la eficacia, y en este caso, más que en lo económico, en lo social. Vamos a 1999. La elección entre eficacia y ética no se jugó en la opción Duhalde-De la Rúa. En realidad, estuvo presente en la interna abierta De la Rúa-Fernández Meijide. Allí es donde realmente se jugó la opción eficacia-ética. Ciertamente, en esa interna abierta, Fernández Meijide representaba los valores éticos y De la Rúa los de la eficacia económica, los que finalmente ganaron. Nadie esperaba que De la Rúa, si llegaba a la presidencia, hiciera una gran campaña anticorrupción, lo que sí se esperaba de Fernández Meijide. Pero, la expectativa sí era que él mantuviera la economía bajo control. ¿Qué pasa en 1999? De la Rúa está en la mejor posición, parece el Alfonsín de 1983. Frente a Duhalde, es la eficacia económica y el valor ético. Vuelve a repetirse lo que fue Alfonsín-Luder. Comparado con Duhalde —que había dicho de no pagar la deuda— para los mercados es la tranquilidad; el que no va a hacer locuras, es el previsible. Aunque en relación con Fernández Meijide no era la ética, comparado con Duhalde sí lo era. De la Rúa gana representando los dos valores, exactamente con el mismo esquema con que había vencido Alfonsín.

Mirando el proceso electoral 1983-1999, no es del todo fácil insertar la realidad política dentro de modelos analíticos racionales y matemáticos. El PBI cae 3,5% en 1995 y el peronismo gana, mientras que en 1999, cayendo en igual porcentaje, pierde. Esto tiene que servir para percibir las limitaciones de los modelos analíticos volcados a la realidad política práctica. ¿Qué va a pasar en la elección que viene? Ante todo es una elección legislativa, no presidencial; es un punto a tener en cuenta. Nunca el panorama estuvo tan confuso, hemos revisado de 1983 a 1999 y aunque no hay un modelo analítico que nos permita encajar todo, hemos encontrado una cierta lógica relativa.

Creo que para el que mira la política argentina desde afuera, es absolutamente incomprensible, ya que el principal opositor a la política económica del gobierno es Raúl Alfonsín, presidente del partido que está gobernando. El ministro ejecutor de la política económica es Cavallo, quien va a ir a elecciones aliado con el primer partido de la oposición en los principales distritos. Este cuadro político rompe cualquier previsibilidad analítica. ¿Quién tiene la eficacia, quién tiene el valor ético? Si Cavallo va aliado con los justicialistas en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Mendoza, da la impresión de que tiene mucho más que ver con la eficacia. No todo es tan sencillo, es un cuadro muy complicado. Analizando la historia, no encuentro una complejidad política de las características como las que hoy tene-

mos en la Argentina y que son casi caricaturescas. Si miramos el 2003 y proyectamos una conjetura, completamente arbitraria, pero sobre la base de los datos de la opinión pública, tenemos a Elisa Carrió, por un lado, contra una fórmula de las otras dos fuerzas, por el otro. Una opción es más socialdemócrata, más progresista, más sentada en la ética. Otra es éticamente más prolija que lo que históricamente ha sido el peronismo, pero más sentada en la eficacia. Puede o no ser así. De cualquier manera, el 2001 es una encrucijada sumamente compleja de articular. La Alianza que está en el gobierno es la versión local de la socialdemocracia, pero con Cavallo como ministro de Economía. El peronismo, formalmente, está en la internacional demócratacristiana, que es la derecha en el ámbito internacional. Sin embargo, Ruckauf tiene una postura populista. Es un cuadro muy complejo de articular. Me da la impresión de que va a ser difícil encontrar un eje tan claro como los que pudimos haber hallado antes. ¿Va a ser una elección nacional o local? Tiendo a pensar que va a ser más local que nacional, aunque el ingrediente nacional también va a estar presente. Hay que tener en cuenta, primero, que el valor económico que se llamaba estabilidad hasta el año 1997, hoy se llama desempleo. La percepción de la sociedad respecto del valor económico, que entre fines de los ochenta y mediados de los noventa fue fundamental, hoy se ha transformado en una percepción social. El primer dato que le interesa a la gente de la economía es qué va a pasar con el empleo. El valor económico está adoptando una percepción social en la gente, lo que juega más a favor del peronismo, porque tiene una mayor capacidad para moverse en esta dirección.

Quizás analizar el tema de Chacho Álvarez no sea menor para la política que viene, debido a que nos puede ayudar a ver en qué medida Elisa Carrió sea algo nuevo, o sea sólo una revisión del fenómeno político mediático de la frustración de la clase media argentina, que en los noventa representaron Chacho Álvarez y Fernández Meijide. Evaluar qué es lo que pasó con ellos en la década pasada no es un tema puramente académico, es un asunto político práctico inmediato, porque claramente, expresiones como Elisa Carrió y Farinello nos pueden parecer muy diferentes, tanto como en el pasado lo fueron Chacho Álvarez y Fernández Meijide. Sobre todo para los sectores progresistas, no es un tema académico, es un tema de política práctica. Podría preguntarse en qué medida fenómenos como los de Farinello o Elisa Carrió no van a reeditar en esta década manifestaciones de figuras políticas mediáticas que se proyectan, pero que después no tienen capacidad de transformarse en poder. Esto, desde el punto de vista del arco progresista de la política, resulta fundamental y no puramente académico, ya que es un tema de interés práctico inmediato.

ENRIQUE ZULETA PUCEIRO

Las intervenciones precedentes plantean una agenda de temas y problemas muy amplios. Por mi parte, propondré algunas ideas adicionales que seguramente no podré desarrollar en detalle, aun cuando dispongo de información empírica que, estimo, avalan la propuesta.

En primer lugar, creo que la política argentina –y en particular, la evolución de tendencias electorales entre 1983 y la actualidad– es bastante menos compleja que lo que suele pensarse. Si se actualizan las curvas de la evolución electoral –tomando en consideración, por ejemplo, el comportamiento de voto a diputados nacionales– las variaciones no son tan importantes y se explican, en todo caso, por las sumas y restas que se producen en la coalición electoral que agrupa el voto no peronista.

La cuenta es simple. Entre 1983 y 1999, el Justicialismo y sus aliados alcanzaron en las elecciones de diputados nacionales un promedio de alrededor del 40 % de los votos nacionales. Obtuvieron, en efecto, 38,4 en 1983; 34,6 en 1985; 41,5 en 1987; 44,7 en 1989; 40,0 en 1991; 42,5 en 1993; 37,9 en 1994 –elecciones de convencionales constituyentes–; 43,0 en 1995; 36,3 en 1997, y 32,9 en 1999. La UCR y sus aliados lograron a su vez un promedio nacional del 34 %. La curva refleja en efecto un 47,6 en 1983; 43,6 en 1985; 37,2 en 1987; 28,4 en 1991; 30,2 en 1993; 19,7 en 1994; 21,7 que deben sumarse al 21,1 del entonces naciente Frepaso en 1995; 45,6 en 1997, y 40,5 en 1999.

Los puntos de inflexión en esta serie son los marcados por las elecciones presidenciales. En 1983, Raúl Alfonsín arrastra hacia arriba el promedio de la UCR, y lo mismo ocurrirá en 1997 con la primera gran elección nacional de la Alianza, y en 1999 con el triunfo de Fernando De la Rúa. El justicialismo eleva sus promedios en 1989 y 1995 con las dos victorias presidenciales de Carlos Menem. Creo que con todos los matices que quepa introducir en el análisis, ésta es la aritmética básica de la evolución electoral, y cualquier análisis realista debe asumir este dato como una premisa mayor para cualquier razonamiento. La Argentina es un país cuyo sistema de partidos no refleja con fidelidad los alineamientos de su cultura política real. Tenemos una cultura política plural, diversa, dinámica y cambiante, muy parecida a la europea, pero padecemos una dinámica electoral con fuertes tendencias hacia la polarización, lo cual cristaliza en cada elección con alineamientos que se articulan en función de dos ejes principales –la UCR y el PJ– sustentados por apoyos sociales relativamente estables. La presión desde abajo –desde la sociedad civil– es fuerte, pero el balance en términos electorales sigue siendo el que indican las cifras.

Desde esta perspectiva, la conclusión es clara: el peronismo –o más bien lo que queda de él– es una fuerza predominante, con una regularidad en sus apoyos electorales que se proyecta a través del tiempo y los avatares de su

historia de desgranamientos recientes. Aun así, se ve superado cada vez que la oposición se une. La clave está entonces en la capacidad o incapacidad de las fuerzas políticas no peronistas para articular ofertas conjuntas.

Con esto no quiero, por supuesto, trivializar el análisis. Detrás de cada proceso de articulación —como, por ejemplo, la Alianza entre 1997 y la actualidad— late el proceso político real, con toda su complejidad y riqueza. En la Argentina contemporánea, puede decirse que todavía se está muy lejos de una cristalización de la mayor parte de sus patrones de comportamiento electoral. La participación, la representación, los perfiles e identidades políticas son fenómenos en evolución constante. Diecisiete años de democracia ininterrumpida son en verdad demasiado pocos para establecer conclusiones definitivas.

Aun así, la crisis actual de la política requiere mayores profundizaciones en torno a uno de los ejes básicos del conflicto, padecido esta vez por la Alianza, pero que afectará a cualquier fuerza política con convocatoria y posibilidades de alternativa. Me refiero a la tensión no resuelta entre una idea de la política pensada y sentida como compromiso programático con principios, y una idea de la política vista como adaptación a condiciones adversas. Hasta cierto punto, este conflicto reproduce la dicotomía entre ética de las convicciones y ética de las responsabilidades. En la Argentina, esta tensión ya se expresó en diversas oportunidades. Para referirnos a la última etapa de transición, cabe recordar el conflicto generado en 1983 alrededor del juicio a las juntas militares y el posterior debate en torno a las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Más recientemente, la crisis se ha planteado entre, por un lado, la lógica de la legitimidad —expresada en los principios del Estado de Derecho— y la lógica de la emergencia económica, planteada por las políticas de emergencia económica.

Con todo, las cosas no son tan simples. Es evidente que la eficacia económica supone también una ética de las convicciones y la crítica a la ausencia de contenidos éticos de muchas políticas económicas, se hace a su vez desde una ética de la responsabilidad, consciente del inmenso costo de una economía desprovista de una vocación institucional y de una preocupación por los principios. Quienes pretenden situar las cosas de un modo antinómico, ignoran el costo social inmenso que se deriva de la imposibilidad de que las reformas económicas se consoliden, sin un esfuerzo paralelo de institucionalización, presidido por una ética del desarrollo.

Buena parte de la crisis de la Alianza se plantea a partir de la necesidad de algunos de sus actores fundamentales —el caso de Álvarez, sobre todo— de sustanciar, como una cuestión de previo y especial pronunciamiento, el debate acerca de los contenidos éticos de una política progresista. La propuesta abierta de un cambio ético y político de fondo tropieza inevitablemente con las responsabilidades que plantea toda *realpolitik*. No es un problema exclusivo del progresismo en la Argentina, y baste pa-

ra ello recordar los dilemas no resueltos del PSOE español en los ochenta y del Olivo italiano en los noventa. Lo cierto es que la Argentina es pródiga en líderes de protesta, y bastante menos prolífica a la hora de liderazgos capaces de adaptarse a los tonos grises de la política entendida como gestión concreta de gobierno, con todas sus limitaciones y ambigüedades. Asumir las responsabilidades de la gestión de la cosa pública implica abandonar el confort intelectual de la política, entendida como definición ética en el terreno de los principios. Y quienes han transitado este camino saben muy bien que es un sendero de muy difícil retorno. Una vez que el líder de la protesta acepta las condiciones del ejercicio del poder, quema sus naves y corta los puentes que podrían devolverlo luego a la posición originaria.

Pero para explicar el fondo de estas cuestiones hay que tener en cuenta el cambio cualitativo experimentado por la política argentina en los últimos tiempos, tanto en el nivel de la cultura política como, en general, en los diversos aspectos que hacen a lo que podríamos llamar el modo de producción de la política.

La cultura política argentina reproduce con tintes especialmente notables algunos procesos casi universales de cambio en los valores y las actitudes básicas hacia la política. Ante todo, destaca el proceso de desalineamiento político. En poco menos de veinte años, la Argentina ha visto diluirse sus alineamientos partidarios tradicionales, dando paso a una cultura política basada en el rasgo central de la independencia respecto de cualquier compromiso electoral de tipo permanente. De hecho, dos tercios de los argentinos no dudan en calificarse a sí mismos como políticamente independientes. Es decir, que aun quienes siguen votando el partido que siempre votaron, y posiblemente votarán en el futuro, lo hacen ahora desde una posición independiente. Se es independiente, incluso, con afinidad hacia algún partido o candidato, aun cuando cerca de un 40 % se declara independiente respecto de cualquier opción partidaria, porcentaje que debe ser sumado a algo más del 10 % que declara un desinterés absoluto por todo lo que tenga que ver con la política.

El grado de sinceridad que pueda revestir esta declaración de lealtad política puede ser cuestionable, pero lo cierto es que es un dato concreto y consistente que proporciona una base útil para el diagnóstico. Lo importante es que la política se define y se asume desde un punto de vista más externo que interno. Desde esta perspectiva, se opina, se prefiere, se vota y se decide todos los días. Y prefiere, y decide y opta desde esta posición de independencia.

Bajo estas condiciones, resulta lógico que el voto de preferencia prime así sobre el voto de pertenencia, sin que ello agote la variedad de formas que adopta la relación entre el ciudadano y la política. El voto es sólo una dimensión ocasional, para una cultura política caracterizada por un alto

nivel de exposición a los medios, un cierto escepticismo frente a las propuestas que se plantean desde los partidos y, sin embargo, una especial sensibilidad frente a los problemas cotidianos de la representación y la participación política.

La crisis argentina agrega condicionantes especiales que hacen de este talante independiente un soporte actitudinal a una escalada de cuestionamientos a la política, que tenderá a incrementarse en los próximos años. El argentino medio es hoy un ciudadano indignado con sentimientos negativos hacia la mayor parte de las condiciones socioculturales y socioeconómicas que la política le propone a ese ciudadano. Esta actitud reproduce, por una parte, tendencias casi universales, aunque, por otra, alcanza tonalidades específicas, con muy pocos precedentes en la política comparada. Una primera sensación, socialmente extendida, es la de que el sistema democrático, tal cual funciona hoy en concreto en la Argentina, está muy lejos de garantizar el cumplimiento de algunas de sus promesas básicas.

Insisto, sin embargo, en que se trata de una versión agravada de un fenómeno universal, no privativo de la Argentina. Por eso, debemos relativizar toda explicación endógena que pretenda establecer relaciones de causa efecto producidas en la política argentina por la inflación, por la inestabilidad, por la corrupción. Se trata de un fenómeno universal, con tendencias que tienen mucho que ver con la crisis del modo tradicional de producción de la política. Creo que la crisis de la política de partidos está íntimamente ligada a la decadencia del Estado Benefactor. No debemos olvidar que la "forma" partido, tal como la conocemos, data de fines del siglo XIX y sobre todo las primeras décadas del siglo XX, época de ascenso del Estado protector. Hacer política es, en ese contexto, igualar, proteger, expresar, representar. Sobre todo, distribuir. En la medida que deja de existir algo para distribuir, se plantea una fuerte crisis de identidad. Los cambios son, por ello, inevitables. Cambiarán los partidos, sus propuestas, sus plataformas y sus formas de relación con una sociedad civil cada vez más alerta y consciente de su protagonismo. Ya no hay nada ni volverá a haber nada que repartir. Ni aquí ni en Suecia ni en Inglaterra ni en ningún lugar. Y si hay bienes públicos que distribuir, no serán los partidos las instancias socialmente legitimadas para hacerlo.

Se trata de un cambio de época y los partidos están asumiendo el desafío de adaptación a circunstancias nuevas y desconocidas. La reacción de quienes demandan nuevas formas de participación y representación es, en realidad, reflejo de demandas más profundas. Se reclama, por ejemplo, una mayor personalización de las responsabilidades de la política y se postula por ello una mejor calidad de la representación. Eliminar las "listas sábana", garantizar que elijo a "mi diputado", "mi político". En realidad, se está demandando de ese actor, hasta ahora central en el escenario de la política —el dirigente partidario—, una adaptación a sacrificios; algo que ya

hemos hecho todos, adaptándonos a esta situación de cambios, ajustes, recortes, etc.

Insisto en estos factores de época porque me parece que son los que nos protegen de lo que llama Armando de Miguel, el sociólogo español, la histeresis de la coyuntura, es decir, la presión, por momentos insoportable, que ejerce la coyuntura. El día a día nos enloquece. La sociedad procura con histeria reaccionar ante lo desconocido, y se aferra por ello a las tablas salvacionales que aparecen en el naufragio. Se trata de fenómenos de época que debemos estudiar con atención.

Propongo por ello volver a una sana crítica, a una toma de distancia de la coyuntura. Lo que sucumbe ante nuestros ojos no es la política en sí misma, sino algunos paradigmas sostenidos tozudamente y contra toda evidencia por quienes gobiernan. Un ejemplo es la idea racionalista de la política, tan practicada por los cientistas políticos de la *rational choice* o por algunos economistas. Independientemente del nivel de adhesión que las modas intelectuales suelen condicionar, siempre fue una visión disparatada del modo en que efectivamente funcionan las sociedades. Hoy en la Argentina podemos apreciar con toda crudeza los efectos sociales de políticas inspiradas en esa visión del hombre, sus necesidades, sus expectativas y sus acciones individuales y colectivas. La idea del individuo como un "preferidor racional", del votante como comprador en una especie de supermercado, no funciona en la Argentina ni en ningún lado. El votante no es un comprador que recorre el supermercado observando las opciones que le ofrecen las góndolas de productos. Creo que la analogía que mejor lo expresa es la del inversor. Toma decisiones inspirado por sus conocimientos, sentimientos, juicios y prejuicios; busca información útil, comparte con los demás sus incertidumbres y opta por alternativas que no siempre le convienen de un modo absoluto. Busca, más bien, preservar sus posiciones actuales, a la espera de oportunidades mejores.

El votante no vota con el bolsillo, vota con sus expectativas. Es decir, con sus imágenes del futuro. El éxito o fracaso de la prospectiva política depende de la capacidad de quienes logran comprender cabalmente el contexto en que está planteada una elección. Los contextos no son intemporales, van cambiando, la clave está en entender en qué tipo de contexto se va a dar la decisión de voto. Si es un contexto donde estamos hablando de premios y castigos, o es más bien un contexto donde estamos hablando de un voto estratégico, donde el inversor, el votante, está queriendo expresarse respecto al tipo de mercado en que quisiera operar. Hay épocas de voto táctico, hay épocas de voto estratégico y hay épocas de voto de principio, donde no hay mucho que perder y entonces se expresa este voto de principio, en el que no importan tanto los costos como la propia satisfacción íntima del votante con lo que cree de la política y de las opciones que se le plantean.

Por otra parte, hay electorados y electorados; no es lo mismo el electo-

rado de la ciudad de Buenos Aires, que es un electorado más bien faccioso, sectario, con una fuerte tendencia a las declaraciones de principio, que reincide una y otra vez en el doble discurso, a diferencia de otros electorados más atados a tradiciones políticas y liderazgos paternalistas. Un electorado hipermediatizado, más dependiente de estímulos de los medios de comunicación, reaccionará de modo muy diferente del de otros electorados más atados a tradiciones partidarias, donde siguen muy presentes lealtades personales básicas. En las provincias, la división social del trabajo y la estratificación social tradicional, tornan más difícil la emergencia de disonancias innovadoras del tipo de las que suele premiar con tanto entusiasmo el electorado de las grandes ciudades.

Por supuesto, la suma algebraica nacional, con sus más y sus menos, produce ciertas regularidades que relativizan este tipo de crítica. Pero lo importante es afirmar esta idea que propongo, que es la del votante como un inversor ante contextos de alta incertidumbre. Su voto tiene más de estratégico que de táctico. Y el tipo de inteligencia que se aplica a esa decisión tiene mucho más que ver con la inteligencia emocional que con la inteligencia especulativa de quien va a comprar en función de una medida automática, como puede ser la del precio. Creo que es más precisa la imagen de la inteligencia emocional de un inversor tratando de preferir ciertos contextos respecto a otros, y sobre todo, la dicotomía, más entre ética de las convicciones y ética de las responsabilidades, que entre ética y eficacia económica. Desde esta perspectiva, la lectura de las series evolutivas del voto nacional ofrece tantas reglas como excepciones, lo cual obliga a refinar el análisis, protegiéndonos contra las tentaciones de la simplificación.

Otro factor muy importante que tiene que ver con la opinión pública, es que en las sociedades contemporáneas, y en la Argentina de un modo muy notable por la velocidad que tienen estos cambios, ha surgido un nuevo espacio público autónomo respecto a la política, ciertamente politizado, aunque casi ajeno a la política de partidos. Este espacio está ocupado por los medios de comunicación, por los formadores de opinión, los analistas de coyuntura económica, los encuestadores, el periodismo, las columnas y editoriales de la prensa gráfica, los presentadores de la televisión y, en general, todos aquellos cuya opinión cuenta de una u otra manera. Es en este espacio donde se definen las agendas, se producen los procesos de mediación social y se establecen los premios y castigos desde el punto de vista de la legitimación social.

Los partidos políticos no tienen ninguna chance de operar en ese espacio. Por lo general, los políticos convencionales tienen muy poco que decir y su acceso se produce casi exclusivamente en circunstancias electorales o a través del esfuerzo arduo de las campañas de prensa y publicidad. La política depende mucho de esta crisis del espacio público y de su marginación relativa en términos de visibilidad y legitimación efectiva. Los medios tien-

den a monopolizar este espacio. ¿Este proceso es bueno o es malo? Esto, por de pronto, es. Se trata de un proceso social efectivo. No se trata de que los medios operen como intrusos, expropiando a la ciudadanía de sus legítimos actores y representantes. Más bien ocupan un terreno vacío tras la retirada de la política. Lo que ocurre es que ha cambiado el modo de producción de la política, el modo de producción de la información. El modo de ser en el mundo del ciudadano y de definir la ciudadanía, que ya no es ni la ciudadanía política ni la ciudadanía social, es otra ciudadanía nueva que estamos tratando de definir y cuyas claves constitutivas estamos tratando todavía de desentrañar.

Si esto es así, el problema central de la democracia es el de la defensa frente al doble peligro del cinismo y el moralismo político, dos extremos desgraciadamente muy frecuentes como estrategias defensivas de la política tradicional.

El cinismo está presente en el “roban pero hacen cosas”, el “confío plenamente en la justicia” o argumentaciones diversas tendientes a relativizar la indignación colectiva ante el vaciamiento de significación de la competencia política. El moralismo es, sin embargo, un riesgo menos conocido y, por ello, mayor. Un buen ejemplo, es el debate de aquel viernes fatídico para la Alianza en que Carlos “Chacho” Álvarez renunció a la vicepresidencia. De la Rúa dice entonces algo así como “represento o garantizo la integridad moral de la Nación”. Álvarez desarrolla a su vez un discurso del mismo estilo, apelando a la ética de las convicciones y a su imposibilidad de seguir soportando la violencia moral de permanecer en el gobierno. Ese discurso moralista es la reacción de los partidos frente al cinismo político, procurando de alguna manera sacudir la conciencia colectiva, zamarrear a la ciudadanía, advirtiendo de muy buena fe acerca de la proximidad y el peligro de los abismos del cinismo político.

Pues bien, creo que ese moralismo político es un riesgo muy serio para la calidad de la democracia. Basta advertir las consecuencias sociales y hasta el costo inmenso para los herederos de esa pretensión de redención moral. Debemos recordar que la gran tradición del pensamiento occidental, desde los griegos y los moralistas cristianos hasta el pensamiento moderno, los teóricos de la democracia y el humanismo kantiano, el bien común o el interés general es el conjunto de condiciones que hace posible que los agentes morales —es decir, todos los ciudadanos— puedan actuar éticamente. La misión de los políticos no es decirnos lo que está bien y lo que está mal, puesto que tienen el mismo derecho que tenemos nosotros a decirnos entre nosotros lo que está bien y lo que está mal: los políticos son gente igual que nosotros, sin ninguna preeminencia moral ni ventaja en sus conocimientos y formación moral, como para decirnos dónde está la frontera entre el bien y el mal. Diría que más bien al contrario: su formación y su entrenamiento específico, el tipo de tareas que se ven forzados a desa-

rollar, las artes que tienen que dominar, más bien conspiran contra esa superioridad moral. Si además de tener que votar y comprender las evoluciones ideológicas de los dirigentes políticos, tenemos que creer en sus ideas acerca de lo que está bien y lo que está mal, acatar sus ejemplos de vida y acatar sus dictámenes morales, habremos caído en una dictadura inadmisibles. Creo que hoy en la Argentina, con una democracia consolidada, podemos y debemos medir a los políticos por su eficacia en el cumplimiento del mandato que les hemos dado. Es decir, por su capacidad para construir, defender y garantizar las condiciones que nos permitan actuar como agentes morales.

El deber de los políticos es garantizar el bien común, el interés general o, si prefieren, la calidad de la vida democrática. En naufragio, lo primero que naufraga es la ética, la solidaridad, la igualdad y la libertad. La misión del político es crear las condiciones para evitar el naufragio social. Esto es, preservar las condiciones para que los agentes éticos podamos perfeccionar nuestras propias opciones de vida, tomar las decisiones éticas que combinen la realización de nuestro propio bien individual con el bien común. Ése es su deber primario. Aquel para el cual los hemos votado. Creo peligroso para todos –y letal para ellos mismos– pretender rehuir ese deber primario y convencernos de que la pretendida preservación de su integridad ética personal es más importante que el mandato que les hemos conferido.

Me parece que en la política argentina, este exceso de moralismo, que es una reacción defensiva, casi instintiva, frente al cinismo político, termina primero que todo con quienes esgrimen esta defensa. ¿Dónde está hoy el progresismo? ¿Dónde está hoy Álvarez? ¿Dónde están Storani, Fernández Meijide, Terragno? ¿Dónde están todas y cada una de las figuras políticas que se alumbraron en la renovación política de fines de los años noventa? Dudo que sus renunciamientos hayan mejorado la calidad de nuestra vida democrática. Los perjuicios para el conjunto son indudables, pero quiero subrayar el inmenso costo que ellos mismos han sufrido. Han quedado en un andarivel secundario, circulan a otra velocidad, desgraciadamente mucho más lenta, que la del resto de la sociedad. Es posible, que con muchas posibilidades potenciales, porque todos ellos tienen ciertamente a salvo su integridad moral, su coherencia personal y la posibilidad de brindar algún día su aporte a la política. Pero convengamos que en el andarivel competitivo de las posibilidades de la política, falta un buen tiempo para su recuperación. El ejemplo de Alfonsín nos muestra cuánto tiempo se puede estar en ese andarivel.

De todas maneras, hoy, la política argentina se devora a sí misma. Se defiende de un modo torpe, desmañado, sin saber muy bien quién es el enemigo y sin tener en cuenta el conjunto de las cosas que están pasando. El resultado previsible es una gran frustración colectiva.

LUIS ALBERTO QUEVEDO

Voy a hacer una intervención tratando de no repetir algunos de los elementos que se han planteado, y voy a estar un poco más cerca del espíritu de lo que plantearon Rosendo (Fraga) y Gerardo (Adrogué). Enrique (Zuleta Puceiro): yo creo que, a pesar de la crítica que vos le hacés a la política, al sistema político y a los políticos, detrás de esto hay una versión tal vez un poco más pesimista en cuanto a la clase política y los políticos, pero más optimista respecto a las posibilidades de todo esto. Partiendo del clima actual de la opinión pública y de los desafíos que se están planteando en la política argentina, percibo acerca de lo que pasa hoy en la opinión pública y en la política, y de las demandas de la política, algo cercano a lo que decía Rosendo. Entiendo que estamos viviendo una etapa muy particular y muy confusa del escenario democrático argentino post 1983, tal vez uno de los más complejos para analizar, con relación a cómo está estructurado el campo de la política y, sobre todo, a cómo se posiciona hoy la opinión pública frente a esto, lo que significa hablar de cómo se posiciona la ciudadanía.

Recién Gerardo hacía un listado de las motivaciones del voto, lo que puede ser visto, desde otro punto de vista, como un listado de lo que han sido los estructurantes del campo de la política, el tema de las identidades políticas; nadie duda de que estamos en crisis frente a ese modelo rígido. Si bien la Argentina comparte muchos de los diagnósticos que vamos a hacer esta noche con fenómenos más globales, no en todos los países esto es así. Si miramos la situación de nuestros dos vecinos chicos, Uruguay y Chile, el sistema de identidades políticas tiene otro peso que el que tiene en la Argentina. Me parece que también tenemos una especificidad en ese punto: la crisis de lo que han sido los valores políticos estructurantes del siglo XX en la Argentina. Estoy de acuerdo con Enrique, y quiero subrayar esto porque me parece que es muy importante, en el tema de la crisis del Estado de Bienestar y cómo nuestros grandes partidos políticos del siglo XX han estado atados a lo que ha sido el modelo de gestión estatal de ese tipo de Estado. No vamos a discutirlo hoy pero creo que es bueno dejarlo planteado. Creo que también hay una crisis de lo que es otro estructurante de la política, el clientelismo político. Aunque tengamos menos Estado de Bienestar, el mapa político argentino tiene especificidades regionales y muy puntuales, donde el clientelismo político sigue funcionando muchísimo, pese a que está en crisis, en lo cual todos estamos de acuerdo y lo subrayamos. Creo que estamos frente a ciudadanos muy desconfiados, que tienen una enorme capacidad de retirarse de los escenarios que constituyen, de cambiar de posiciones y de enfrentar aquello mismo que construyeron. Esto es así, en muchos escenarios de la política nacional y local también. Y que estamos también asistiendo a una crisis de algunas ecuaciones lineales.

Esto que hizo Rosendo me parece muy significativo. Si uno juega con la idea de la eficacia y la ética, en un momento se le desarticula el esquema. Y efectivamente, yo creo que estamos en un punto difícil, y me parece que es porque De la Rúa, a la cabeza del escenario de 1999, sumó mucho respecto de lo que era el posmenemismo, incluso diría yo el posperonismo, no porque Menem resumiera todo el peronismo, sino porque el peronismo había estado muy encolumnado detrás de él. De la Rúa tuvo detrás de sí las ideas de eficacia, de ética, de que había una posibilidad de hacerse cargo de la cuestión social, de la que no se había hecho cargo en los últimos años Menem, y que, además, era posible crecer. Creo que hubo un voto de mucha confianza en lo que fue el fenómeno de la Alianza en 1999 y, sin embargo, esto se quebró muy rápidamente. Quiero señalar nada más tres hechos que han modificado y han desestructurado el panorama de la opinión pública y del escenario político de la Argentina y que, me parece, son ingredientes que habría que analizar puntualmente, ya que muestran por qué hoy vivimos esta fragmentación política en la Argentina, esta dificultad para encontrar ejes claros en la política.

El primero, sin ningún lugar a dudas, es el que abre la crisis: la renuncia de Álvarez. Yo no estuve presente en las exposiciones de él, pero leí la desgrabación y me sorprende bastante lo que dijo: que le cuesta saber si es un político que se ha retirado del escenario, si es un analista político o si es un sociólogo. Está un poco entre profesor universitario, ex vicepresidente, conductor de un bloque; está en una posición difícil. Sin embargo, creo que todavía no hemos analizado mucho (y éste sería un tema para debatir) qué ha dejado como residuo en la cultura política argentina la renuncia del vicepresidente de la Nación. No es un vicepresidente cualquiera, no es Gómez, sino que es un personaje que fue articulador del escenario político argentino en los últimos diez años, desde que rompe con el bloque menemista de diputados y empieza a construir otro escenario de la política. Álvarez, a pesar de haber perdido las elecciones junto a Bordón, a pesar de que no fue el que disputó desde el Frepaso en la Alianza la candidatura con De la Rúa, fue sin duda la figura de los noventa, una de las figuras centrales en el panorama político de los noventa. Su retiro no es el retiro de un personaje cualquiera de la política, no es lo mismo que si mañana Bauzá decide retirarse de la política, sino que es otra cosa.

La segunda cuestión que precipitó todo esto es la disolución de la coalición aliancista que había encarnado toda la alternativa en la Argentina, la cual efectivamente se unió para ganarle al peronismo, a Menem. Todos estamos de acuerdo en que fue una coalición electoral, pero resumió buena parte de las expectativas de la política argentina a futuro. El quiebre de esta alianza empieza con lo de Álvarez pero tiene otros episodios, como la crisis propia del Frepaso, la disolución de la figura de Fernández Meijide, que en 1997 tuvo su punto de clímax y que dos años después se disolvió.

Dicho quiebre se alcanza en el 2000, y la Alianza no es hoy un referente de la escena política argentina. Desaparece Fernández Meijide, por muerte natural o muerte política; desaparece también Álvarez, por renuncia o por retiro, y en este caso, todavía estamos esperando que nos explique bien por qué se fue. Y se comienza a formar otra coalición, que todavía no sabemos bien de qué se trata, alrededor de Carrió, que se presenta con la idea de la “república de iguales”, algo que también remite al “cualquierismo” al que vos hiciste referencia, Gerardo, respecto de los medios y de la opinión pública, este movimiento del “hombre común”. Lo que arma Elisa Carrió tiene algo de esto. Creo que la parábola se cierra en el momento en que ingresa Cavallo al gobierno de De la Rúa; ahí se terminó todo 1999. En un año y medio, se desarticuló lo que fue el mapa político, el territorio que se construyó en 1999. Y esto trae las consecuencias políticas que estamos viviendo hoy, donde el Presidente de la Nación no sólo ha dejado de ser el máximo referente político de su propio gobierno (y entiendo que esto hoy está muy claro), sino que nombró a un ministro de Economía que a su vez es primer ministro. Además, el nombramiento de Cavallo cambió todo el escenario de las coaliciones, del futuro de la política, y provocó que él dejara de ser un referente de su propio partido y de su propia coalición política. Hoy se va a disputar en la provincia de Buenos Aires la interna de la UCR, y seguramente los candidatos de los dos bloques que se presentan (que van a resumir el 99% de los votos) son anti De la Rúa; es más, se reafirman en eso. De la Rúa no tiene candidato en el distrito Capital y tampoco en muchos de los distritos de las provincias. La desarticulación de ese mapa político de 1999, me parece, es la que trae estas dificultades de pensar en cómo se va a recomponer este mapa electoral. Y es en ese punto donde yo me coloco más en el escepticismo.

El tercer ingrediente que mencionaba, y que contribuye a la fragmentación política, es la crisis particular que vive el peronismo a partir de la prisión de Menem. Todos sabemos que el tema del posmenemismo para el peronismo no se agotaba con la asunción de De la Rúa. Ahí comenzaba otra lucha interna para dirimir cuál era la posición de Menem y la de los otros, que se comenzó a perfilar rápidamente: los tres gobernadores, Ruckauf, De la Sota y Reutemann, iban a tener que derrotar políticamente a Menem en el terreno donde se derrota, en el PJ; y además, tendrían que tener una propuesta. La prisión de Menem enrarece todo este panorama; ahora Menem está hablando de Menem 2003, lo que a uno le puede producir cierta gracia, pero es cierto que enrarece la política interna del Partido Justicialista. Ahí todavía hay algo que no se ha terminado de dirimir y que enturbia más este panorama.

Mi impresión actual es que vivimos una crisis de lo que es el sistema de expectativas en nuestra cultura política y en la opinión pública. Yo creo que no es sólo que estamos ante otro escenario, sino que estamos ante una

situación en la que cuesta pensar cómo se va a reordenar ese escenario, respecto de cómo lo van a poder procesar y cómo van a hacer proyecciones a futuro los ciudadanos. A mí (te confieso, Enrique) no me gusta mucho la idea de “ciudadano inversor”, o “votante inversor”, pero no importa, tomo tu metáfora y digo: el “votante inversor” está ante una góndola muy desorganizada, no sabe qué productos hay, no sabe cuáles son las ofertas, sabe muy poco de los productos.

Es muy interesante la forma en que lo planteó Gerardo: él dice que hay un 89 % de personas que contestan que desconfían de los partidos políticos, pero sin embargo es muy claro que no desconfían de las instituciones de la democracia, del rol que tienen que desempeñar los partidos. Yo creo que hay una demanda, una necesidad de credibilidad política insatisfecha. Se necesita recomponer ese mapa, pero es muy difícil vislumbrar hoy cómo se va a recomponer la credibilidad, cómo se va a refundar, cuando hay una ciudadanía que en realidad no está demandando golpes de Estado ni está demandando un Chávez. No cierro ninguna puerta respecto al futuro de la política, porque creo que todos los que nos metemos a analizar política sabemos que no hay que cerrar nunca nada. Pero me parece que hoy hay una ciudadanía desorientada, muy golpeada en su sistema de expectativas y a la que le cuesta recomponer la credibilidad, ante una crisis de los partidos políticos, una crisis de lo que han sido las últimas coaliciones electorales y también una crisis (y yo coloco ahí el tema de Elisa Carrió) de las novedades en política. También creo que Elisa Carrió está encarnando lo que fue buena parte del discurso que tuvo el Frepaso, y que tuvieron sobre todo Álvarez y Fernández Meijide en los noventa; estamos de acuerdo en que eso es así. Sin embargo, fíjense ustedes que es bastante poco verosímil que Elisa Carrió pueda construir algo sin dar cuenta de ese pasado, sin procesarlo. Uno supone que lo que hace el “votante inversor” es sacar ahora a Álvarez y Graciela Fernández Meijide, que ya no están, y ver a Carrió y depositar las mismas expectativas. Yo creo que en la credibilidad pública, en la opinión pública, en los ciudadanos de principios del siglo XXI, hay también una experiencia política que pesa mucho, y que vuelve todavía más lábil este sistema de votos y de decisiones muy puntuales, y de negociaciones muy coyunturales, y la posibilidad de ver cómo recomponemos para este electorado lo que fueron las promesas incumplidas de la Alianza. No creo que sea tan fácil recomponer este escenario.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta de Horacio Fazio: No es mi costumbre, pero en este caso me voy a permitir una excepción. Quisiera hacer una pregunta que pueda servir de comentario a alguno de los expositores, ya que el tema lo hemos tra-

tado en más de una oportunidad acá, y tiene mucho que ver con las exposiciones que hemos atendido. ¿Sería muy riesgoso pensar que en las próximas elecciones la suma de los votos impugnados y en blanco más las abstenciones, en todos los casos por encima del promedio histórico, puedan llegar a constituir en un distrito como la Capital Federal la primera minoría?

Respuesta de Rosendo Fraga: Vamos por partes. El número de no concurrentes a votar en el padrón es un número que está inflado. En la última elección que tuvimos en la Capital, la elección de jefe de Gobierno, en mayo del año pasado, votó algo así como el 75 %. Eso quiere decir que uno de cada cuatro argentinos no fue a votar. No es así. Hay un problema de desactualización de padrones. Aparecen como no votantes, gente que no vota porque falleció. Segundo, hay quienes no votan porque no están, porque han viajado, con lo cual mi cálculo aproximado es que la gente que realmente no va a votar porque no cree en el sistema, porque no le interesa, no pasa del 10 %. Hay que tomar en cuenta esto, porque si no se infla demasiado este tema. De cualquier manera, tengo que admitir que lo mío es una hipótesis, el no concurrente activo es la mitad, porque si no se infla mucho el número. Voto en blanco. Yo creo que el voto en blanco podrá crecer un punto, un punto y medio, pero no más. Si fue tres, 3,5 % será 5 %, pero no vamos a tener un voto en blanco masivo. Yo te diría que el voto en blanco podrá ser 5 %, el no concurrente activo podrá ser 10 % y entonces podemos tener un 15 % de gente que dice no voy a votar o voto en blanco, porque realmente no me interesa. Yo no creo que pase de eso efectivamente. El tema de primera minoría depende de cómo se compongan los votos, porque la Alianza va por un lado, Acción por la República va por otro lado y el peronismo por otro lado. Es posible que nadie llegue al 30 % de los votos. Si nadie llega al 30 % de los votos, alguien me puede hacer la cuenta, 25 % de abstención, 5 % de voto en blanco, 2 % de impugnados, 32 %; la primera fuerza fueron los cuestionadores del sistema. Es un poco arbitrario porque el número de abstenciones es un número que no es real, es un número sobre un padrón que todos sabemos que está desactualizado. Ahora el golpe mediático, si el primero sacó 31 % porque Carrió se salió fuera de la Alianza, lo pueden dar.

Respuesta de Gerardo Adrogué: Recuerdo ahora algunos trabajos de Artemio López encaminados a decir que efectivamente el voto en blanco y el abstencionismo ha crecido, lo cual es cierto en términos absolutos; creció, pero muy poco. En realidad, lo que estoy diciendo, Rosendo, es que estoy de acuerdo contigo; es más, cuando uno hace la pregunta sobre intención de voto en las encuestas, se encuentra obstinadamente con el 10 % de gente que dice que no va a votar. Me parece que hay otro argumento paralelo entre quienes están siempre esperando el incremento del voto en

blanco. En realidad hubo un solo incremento dramático en la provincia de Santa Fe, en las elecciones que ganó Obeid, que llegó casi al 12 % el voto en blanco. En todos los demás en todos estos años, nunca creció dramáticamente. La idea que está detrás de eso es que los partidos políticos están en crisis, la crisis de representación, los ciudadanos no van a encontrar en los políticos que se presentan canales adecuados, entonces van a reaccionar de alguna manera. Como el voto es obligatorio, lo que van a hacer es votar en blanco o impugnar. En la práctica esto no es así.

Comentario: Sobre la supuesta independencia del ciudadano argentino.

Respuesta de Enrique Zuleta Puceiro: En esa crítica hay una mezcla de cosas. Cuando hablé de la independencia de los ciudadanos, yo dije respecto de cualquier compromiso partidario permanente. El 75 %, el 80 %, se perciben a sí mismos y pretenden actuar con independencia de cualquier compromiso partidario permanente. Nosotros podemos decir qué lástima que aquel tiempo terminó, pero lo cierto es que se ha creado un espacio público, político, no partidario, donde se generan las agendas, se substancian los debates. Ese espacio estaba monopolizado por los partidos políticos. Los partidos no han desaparecido. Están y estarán siempre si se adaptan. Lo que han perdido y para siempre, es el monopolio de esa formulación de las agendas, de esa generación de las alternativas, porque la política cobra sentido a partir de múltiples formas, está compartida, hay muchas fuentes, no sólo los partidos políticos. Y eso no es un hecho que nos guste o no nos guste, ni que yo me sienta contento ni no contento, es un hecho que ocurre, porque hoy hay generación de sentido en la sociedad contemporánea desde múltiples fuentes. En este sentido, los partidos políticos cumplieron con su empresa histórica, que fue crear la democracia. Porque cuando empezaron los partidos políticos tal cual los conocemos, siempre hubo partidos, pero partido en el sentido actual fue a principios del siglo XX, antes eran facciones, grupos, tiene que ver con un proceso paralelo al del Estado de Bienestar o del Estado providencia o el Estado social y de distribución, en el sentido no de bienes sociales. Los bienes sociales siempre se distribuirán y el poder estará precisamente en distribuir para aquí o para allá. Yo dije distribución en el sentido clientelar de la política, es decir, aquí hay bolsas de comida, aquí hay chapas, esa distribución, la distribución del Estado social, no la distribución de los bienes públicos, que siempre están siendo acosados y manoteados por los poderes y ahí está la guerra del poder. A mí me parece que el partido político era un conjunto de individuos que se juntaban, que compartían ciertos principios, cierta base de acción política, que escribían para expresar esos principios. Se juntaban, nos juntábamos, íbamos al juez, nos inscribíamos, nos daban la ficha, salíamos afiliados. Los individuos se incorporaban al partido en

una especie de acto bautismal. Se incorporaban en esa fe y en esos principios. En cada elección, plataforma, que era la traducción de esos principios a la coyuntura. Hoy, los que tienen principios, base de acción política y plataforma son los ciudadanos. Los que no siempre tienen principios ni base de acción política ni plataforma son los dirigentes políticos. Eso no hace que la política sea peor, de ninguna manera; la política es distinta. Eso es lo que hace que los partidos se deban adaptar, si quieren persistir. Porque las tradiciones políticas son importantísimas. Aunque la gente no tenga un sentido de lealtad, de compromiso partidario, sin embargo, reconoce las tradiciones políticas y castiga ferozmente el cinismo político y el oportunismo político. Es muy lindo cuando el político aparece diciendo lo que nos gusta, pero el esquema de premios y castigos frente a eso, la vigilancia, las luces de alerta que se le prenden al ciudadano frente a ese político oportunista, son tremendas. Si uno mira la trayectoria de los ochenta hasta ahora de los políticos vivos para esa jugarreta, fíjense cómo han quedado ferozmente castigados; no hay ninguno que haya podido sobrevivir. Porque están escrutados. Creo que éste es un cambio. Hay otras formas, otros espacios de generación del sentido de la política. El problema es cómo hacen los partidos para recuperar su función, que es la de articular la demanda, la de intermediar, la de generar alternativas en este escenario. Ese grupo de diputados que uno ve en la televisión discutiendo cómo va a ser la traza de una autopista, eso nunca más. Porque van a decir que hay gente que sabe cómo se traza una autopista, o si el Aeroparque debe o no continuar en sentido sur o hacia el norte. Ese político que pretende, vamos a decir así, monopolizar la discusión pública, terminó porque cumplió la política de partidos con su misión, que era generar la democracia. La democracia está instalada, está compartida, y allí ha cumplido esa función histórica. Como la función es lo que hace al órgano, cambia la función, va a cambiar el órgano, nos guste o no nos guste. A algunos les gustará todavía aquella política apasionada por la cual valía la pena morir. Pero esa política terminó porque tenemos la democracia, que es superior a aquella fase heroica en la cual los partidos tenían que construir la democracia contra el autoritarismo, contra la dictadura, contra el dogmatismo. Esta sociedad está mucho más vigilante, mucho más alerta, y les pide a los partidos políticos otro tipo de cosas, distintas, ni mejores ni peores, distintas. Hace falta entonces entender ese proceso. Ahora acá no hay ningún pesimismo ni ningún conformismo ni ningún posibilismo. Todo lo contrario. Pesimismo y posibilismo es caer en la idea de que todo pasado fue mejor. El pasado está terminado. Lo único que nosotros podemos manejar es el futuro. Con futuro podemos construir. Si nos organizamos, podemos cambiar el futuro. El pasado no lo vamos a cambiar, lo vamos a reinterpretar, pero no tenemos nada que hacer con el pasado, está fuera totalmente de nuestra acción. El futuro es todo nuestro.

Comentario: A partir de lo que acaba de decir Zuleta, yo considero que la democracia no es un ente abstracto como un elemento que viene y su planta a un partido político. Si es ésta la democracia, me parece que es un mal producto. La función de un partido político debe seguir vigente en tanto y en cuanto desde la definición de arte o ciencia, el partido político es aquel que se inserta en una conflictiva de intereses. De acuerdo con su plataforma, si es que la tiene. También acá tendríamos que tratar la cuestión de si vale la pena tener plataforma. Chacho, de alguna manera, relativizó la cuestión de si convenía tener una plataforma o no. Después uno ve cuál es el resultado. Esto que decía respecto de si Carrió va a ser una nueva representación de un fenómeno ya conocido como fue el surgimiento de Chacho o de Graciela como fenómeno exclusivamente mediático. Si esa representación tiene que ver en línea directa con lo que es el sistema institucional del país. Un sistema fuertemente presidencialista, fuertemente impregnado por los populismos, donde pareciera ser que en el imaginario social hay que votar un nombre o una persona de acuerdo con sus características o liderazgo, y que va a cambiar abruptamente la realidad. Se desconoce, como acá también dijo el señor, al llegar al poder que hay un sistema o un modelo que parece ser que no tiene posibilidades de cambiarse. Se quiere llegar al poder para algo que no se puede cambiar. Parece que entramos en un terreno de contradicciones que tiene que ver con cómo los liderazgos personales sustituyen a los liderazgos institucionales, cómo no se tiene idea concreta de cuáles son los conflictos e intereses que se están jugando para las mayorías sociales y cuál sería el vehículo pertinente, si corresponde, más allá de la ideología, tener una plataforma y un partido político que no se mueva del cumplimiento de esa plataforma.

Respuesta de Rosendo Fraga: El problema universal que hoy tenemos es la crisis del Estado como centro del poder. Tema que afecta a Clinton, Blair, Aznar. Entre la política y el Estado hay una íntima relación. Se hace política para llegar al Estado y, una vez en él, cambiar las cosas. Lo que creo que está afectando la política es que el instrumento con el cual se cambiaban las cosas universalmente se ha debilitado. Clinton o Bush tienen mucho menos poder que Roosevelt. En el momento en que él estaba en el poder, en la Argentina gobernaba el general Justo. Ambos tenían ideologías diferentes, uno era demócrata y el otro conservador, pero el Estado tenía poder. Justo creó el Banco Central, las juntas reguladoras y construyó el poder. El debilitamiento del Estado tiene mucho que ver con lo que le está pasando a la política, porque su razón es llegar al poder y desde allí cambiar las cosas en función del bien común. Otro problema es la mediatización de la política. En todas las elecciones tenemos candidatos que dicen cosas diferentes a las que expresan la Alianza y el peronismo o el radicalismo y el peronismo. La Izquierda Unida, el PO y otros candida-

tos tienen propuestas diferentes a la del consenso político. Sin embargo, a esos candidatos que tienen discursos no convencionales, el tema de la mediatización de la política les ha complicado mucho la vida, porque en otra época, cuando la política no se mediatizaba, todos iban a la plaza con su banquito y se ponían a decir el discurso. Es decir, competían con menos desventaja. Hoy, la mediatización de la política lleva a otro problema: los recursos económicos. La crisis del Estado como centro de poder, como centro de decisión, inevitablemente debilita el papel de la política, y el rol de los medios, el gran teatro de operaciones de la política, es en donde se termina jugando a favor de la polarización de la política y no de la diversificación de la política. Esto establece un tremendo problema que es el de los recursos para la política, que deben ser infinitamente más altos que en los años treinta o cincuenta, donde cada uno iba con su banquito a la plaza. Había diferencias, pero eran mucho más fáciles de acortar. Esto tiene que ver un poco con lo que decía Enrique, que es la desideologización, otro fenómeno que tiene un fuerte impacto en la política. Es un fenómeno universal; la ideología ha sido el motor de la política a lo largo del siglo XX. Era la izquierda o la derecha la que motivaba la acción política, y era además su razón de ser. Hoy, ese motor para la acción política está en crisis. El Estado como instrumento de poder para cambiar las cosas se ha reducido, los medios se han transformado en el teatro de operaciones de la política y la ideología ha dejado de ser su motor. Todo esto nos lleva a realizar necesariamente un replanteo muy profundo, y coincido con Enrique en que es un problema universal. Otro factor que está afectando mucho la política es el divorcio entre el intelectual y la política, lo que lo debilita mucho ante la gente. Históricamente, el intelectual y el político eran el mismo. A ninguno le preparaban las ideas, le escribían los discursos. Los Churchill, los Roosevelt eran intelectuales y políticos a la vez. Hoy, se ha producido un divorcio entre ellos. El político se ha transformado en una suerte de comunicador. Otros escriben, otros elaboran y preparan lo que ellos dicen, y esto en alguna medida se percibe. No solamente hay políticos que publican libros con su firma que escribieron otros, sino que hay algunos que publican libros que nunca escribieron ni leyeron. Hoy vemos un político e inmediatamente pensamos ¿quién es el ideólogo? Hemos separado la generación de la idea. Éstos son nuevos fenómenos que afectan a la política universalmente, son choques y desafíos muy fuertes sobre ella y sobre todo para los partidos como organización. Yo coincido con Enrique en este punto; la crisis de la política es un fenómeno universal. En los años setenta, el 75 % de los estudiantes universitarios norteamericanos se sentían involucrados en la política, hoy sólo el 15 %.

Comentario: ¿Ustedes realmente creen que esto es una democracia, fuera del hecho de poder ir un día y meter un votito? En todos los demás ac-

tos, yo no veo que al ciudadano se lo escuche. Son solamente grandes corporaciones financieras, económicas, políticas, profesionales, pero yo realmente no veo una democracia. Tendríamos que tratar de empujar para modificar esto. Para alguna gente es espantoso, no ve ya, no digamos el futuro, no ve el momento. Yo no sé si podemos conformarnos con esto realmente. Coincido con este divorcio que usted menciona del intelectual y el político. La clase política, ni siquiera diría pobre, en general, es mísera, fuera del algunas figuras aisladas que tratan, como trató equivocadamente Chacho, no se para qué se metió en eso, porque realmente tendría que haber sabido antes que no iba a poder hacer nada.

Respuesta de Enrique Zuleta Puceiro: Quiero aclarar un aspecto, yo no considero que la clase política sea mísera. Pienso que de todos los sectores sociales de la Argentina es el más dinámico, donde hay mayor movimiento y renovación. Porque si miramos los empresarios, los curas, la vida universitaria, los sindicatos, adonde miremos, vamos a ver parálisis. En la política no ocurre eso, hay renovación, hay dinámica, hay cambio. Está evolucionando muy aceleradamente en lugares donde no son tan visibles. Por ejemplo, en el ámbito local, en todo el país, se están produciendo cambios fabulosos. Encontramos que hay intendentes exitosos o intendentes presos o prófugos, pero no hay intendentes mediocres que sobrevivan apoyados por coaliciones partidarias. Los vecinos controlan muchísimo la política. El nivel de participación, el nivel de conocimiento y el nivel de involucramiento va en aumento. Mejora la política provincial. Aun en casos como el de Salta, la gente se resiste a imputarle al gobernador responsabilidades y arremete contra la situación general, contra el modelo. No hay hoy gobernadores seriamente cuestionados por sus sociedades, incluso los sátrapas de ciertas provincias que están ahí desde hace cincuenta años, siguen porque la gente los vota, los acompaña; si uno mira las gestiones de ellos no son catastróficas. Los que estamos en la política, no soy un dirigente político, pero soy un profesional que trabaja en el campo de la política, podemos dar montones de ejemplos de la renovación, el dinamismo y las posibilidades de cambio que hay en la política. No las veo en el empresario, no las veo en los sindicatos, no las veo en las iglesias. Ni siquiera en la universidad, donde la cosa está absolutamente en retroceso. El intelectual, tal vez sea una creación moderna. El intelectual está ligado a la Revolución Francesa, a las luces; ese papel del intelectual liderando, definiendo horizontes de posibilidades, escenarios de desarrollo de la sociedad. Tal vez con la crisis de la racionalidad moderna veamos una crisis del intelectual. Hoy hay periodistas o comunicadores sociales que cumplen aquella función del intelectual: instalar los temas. La ideología cae, en cuanto a concepción general sistemática de cómo debe ser el mundo, pero no cae en cuanto a sentimiento. En la ideología hay un aspecto emocional que está

presente. La gente sigue muriendo por la ideología, no en la Argentina, pero en muchísimos lugares del mundo, el aspecto emocional de la ideología está presente. Lo que se ha perdido, tal vez, es ese cuadro abarcativo donde alguien receta universalmente. Eso parecería estar en crisis, porque el mundo es complejo, porque es diverso, porque hay muchas fuentes de racionalidad. El Estado desde Weber, el Estado hegeliano que civiliza, educa, cura, limpia; ese Estado, agente racionalizador; hoy la sociedad dice tenemos que racionalizar el Estado. El Estado es lo irracional que tenemos que racionalizar. Uso el lenguaje común, por supuesto. Porque la racionalidad habita en muchas zonas de la sociedad. Y legítimamente desde esas zonas se hacen argumentos, demandas, requerimientos y presiones sobre lo público, que están absolutamente justificadas, que son políticas, aunque no tengan las características que tenían antes. Lo que tengo que encontrarle es hacer de la necesidad una virtud, buscarle lo que es la clave de la política, el bien común, el conjunto de condiciones materiales y espirituales que nos permiten a los ciudadanos desarrollarnos y realizarnos en la vida social. Los políticos tienen que hacer el bien común, y el tipo que me dice no puedo tolerar por mis convicciones esta situación, bueno, ese señor no está cumpliendo con su deber de político. Su misión es trabajar para que haya condiciones para que todos podamos ser agentes morales que tomamos decisiones. La misión de él es el bien común, que es prosaica, que es gris, que no tiene la heroicidad que tuvo en otras épocas de construcción democrática.

Comentario de Luis Alberto Quevedo: Voy a hacer una observación muy breve con relación a lo que decía Rosendo. Yo creo que efectivamente hay una relación entre intelectual y político (y no los coloco como dos cosas distintas) diferente de lo que fue el político de fines del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, al político de fin del siglo XX. Sumado a lo que ustedes dos expusieron, creo que esto tiene mucho que ver con la crisis del Estado como unidad política y la crisis de la modernidad, donde se funda la legitimidad política, la acción política, sobre qué instituciones opera, etc. El político Roosevelt era un político universalista, era un estadista, de ahí viene esta identidad. Además, estaba basado en la defensa de ideologías, en principios, en sistemas de valores. Es un mediador de intereses, y además hay una transmutación; estoy de acuerdo con lo que vos decías, Rosendo, más que un intelectual o un buen comunicador. Pero también creo, sumando a lo que ustedes decían, que tampoco hay que tener nostalgia de este modelo de político porque, además, es resultado de estas macrotransformaciones que no son argentinas, a las que no le encontramos el nombre, si es “fin de la modernidad”, “posmodernidad”, “ultramodernidad”, “sobremodernidad”, “modernidad tardía”. No hay manera de decir que algo de la modernidad ha muerto, algo de la modernidad tiene que ver

con esta crisis. Una nota a pie de página, y ustedes no me dejan mentir. Vos, Enrique, tenés mucha experiencia en esto. Yo he tenido la oportunidad de trabajar muchas veces con políticos en equipos de campaña, y sé que el político, en realidad, el que nosotros conocemos, es un tipo que se deja influir poco. Hay mucha gente que le da datos, que le escribe discursos, pero las decisiones las toman los políticos; lo que ellos creen que tienen que hacer es lo que hacen. Son tipos muy difícilmente influenciables. Y esto es válido desde un candidato a presidente o un presidente como el que tenemos, hasta un intendente. Es muy difícil la relación del intelectual con el político, aun en la época en que la política se ha tecnificado muchísimo y los equipos son cada vez más grandes, y las tecnologías que están en juego son cada vez más importantes.

Comentario de Rosendo Fraga: Se percibe la política como demasiado artificial. Consigna: las elecciones se ganan sobre el centro, si usted está a la izquierda, córrase hacia el centro, si usted está a la derecha, córrase hacia el centro, porque el electorado indeciso está en el centro. Si soy Bush, mejor que tenga un diputado gay, como tenía el elenco de gobierno, porque tengo que correrme. Para llegar al poder, córrase hacia el centro. Y esto a un político se lo tenés que decir. Pero hay mucho de esto en la política.

Comentario de Luis Alberto Quevedo: Si esto es así, Rosendo, el motivo por el cual Patricio Etcheagaray o Beccar Varela no tienen éxito, no es porque no tengan más centímetros en los diarios o más minutos de televisión.

Comentario de Rosendo Fraga: No necesariamente, no es todo. No es monocausal ni es uno solo de los factores. No es que Patricio Etcheagaray no saque más votos porque no tiene prensa. Algo de eso puede haber.

Comentario de Enrique Zuleta Puceiro: Pero ¿sabés por qué no tiene prensa? Porque dice cosas obvias. Si les pregunto a cualquiera de ustedes qué diría Patricio Etcheagaray o Beccar Varela, resultaría que son previsibles, son ideologías, son moldes armados. ¿Por qué Carrió sí? Carrió no comenzó con apoyo de prensa. Carrió ha hecho un aporte, como Chacho Álvarez o Fernández Meijide en su momento. Un aporte de innovación, de repentización, de pensamiento fresco, que eso es lo que premia la gente. Los políticos de los extremos dicen cosas obvias y previsibles. Repiten lugares comunes y en cada país hay expresiones parecidas. Su discurso carece de interés. No aporta nada nuevo aunque el énfasis y los estilos puedan impresionar por el volumen en que se habla. Los medios, por más que quieran convertir a Beccar Varela o a Etcheagaray en salvadores de la Patria, no lo van a lograr. Los medios, por una parte, imponen, pero por otra parte, tienen que responder a demandas del público que premian o

castigan con su interés lo que los medios le proponen, a veces con éxito y muchas más veces sin éxito.

Comentario de posgraduanda norteamericana: Quisiera referirme al divorcio entre el intelectual y el político. El intelectual argentino todavía tiene el vínculo con los medios, que no existe en Estados Unidos. Y mucha gente acá, pese a la crisis, todavía lee los diarios. En mi país, los medios no son críticos, hay un consenso. Y cualquier persona que es crítica es marginada. En el mundo académico hay personas muy inteligentes, hay mucha plata y pueden hacer investigaciones, pero se quedan dentro de su círculo, no hay vínculo con la sociedad ni con los medios. No sé si será por las características de nuestra cultura o si será porque no somos dependientes, porque estamos bien económicamente, o porque la gente no sabe de otras culturas ni les interesa, o si será por las corporaciones que controlan los medios. Lo cierto es que la sociedad norteamericana no está informada. Muy poca gente ve programas políticos en los medios, a diferencia de lo que se aprecia aquí.

Comentario de Enrique Zuleta Puceiro: El programa político en la televisión de Estados Unidos es el del domingo a la mañana. La idea de un programa como el de Grondona, por ejemplo, con gente discutiendo en una mesa una o dos horas, es un imposible en Estados Unidos.

Comentario: No estaba de acuerdo con Zuleta cuando él dice que arribando a la democracia el rol de los partidos políticos cambia. Yo me asusté un poquito cuando Zuleta dijo que el rol de los partidos estaba desapareciendo. Porque yo creo que lo que tienen los partidos para subsistir es la organización, porque los líderes mediáticos no han dado realmente respuesta. Han sido chispazos que han generado expectativas como estrellas fugaces. Yo estoy convencida de que los partidos tienen que cambiar. La democracia debe perfeccionarse. El rol de los partidos políticos dentro de la democracia es importantísimo.

Respuesta de Enrique Zuleta Puceiro: El político mediático —el que interesa a los medios y logra por ello instalarse en ese espacio desde cierto punto de vista, privilegiado por su visibilidad y llegada al electorado— es un político que sabe escuchar. De la Rúa, por ejemplo, es un político mediático. Hoy, a ustedes les puede parecer esta definición exagerada, pero De la Rúa está donde está gracias a su capacidad mediática. De la Rúa ha ganado debates sin hablar, con mohínes, haciendo gestos, es así. Y Chacho, si no tuviera la nariz que tiene y las características físicas, el manejo de los gestos, de los silencios. O Fernández Meijide y, por supuesto, Lilita Carrió. El líder mediático es el líder que sabe escuchar, por eso los comuni-

cadores no son grandes habladores, son grandes escuchadores que, con un gran manejo del *timing*, pueden reflejar lo que escuchan en sus palabras y, sobre todo para la televisión, el lenguaje gestual. Y ahí está la clave. El político que funciona será el que sepa escuchar, no el que sepa hablar.

Comentario: Ahí está la importancia de la organización del partido. Eso es lo que quería señalar. Coincido con usted, Zuleta, en que no podemos negar lo nuevo, tenemos que enfrentarlo o cambiarlo. Pero lo valioso del partido político es esa construcción que hace que no sean chisporroteos simplemente. Si Lilita Carrió, que es verdad que tiene toda esa capacidad de escuchar, esa capacidad gestual, o Chacho, hubieran conseguido una construcción detrás de él, en este momento estaríamos en otra realidad, no en la que estamos. Yo sigo sosteniendo que la construcción que significa el partido político es fundamental, aun con todo lo que hay que hacer para adentro del partido. Estoy de acuerdo con lo que se dijo del rol del intelectual y el rol del político. Yo quiero políticos de calidad. Sabemos cómo se maneja el clientelismo y cómo se llega. Los partidos políticos tienen que cambiar muchísimo, pero su rol es fundamental.

Comentario de Luis Alberto Quevedo: Quisiera establecer una distinción entre lo que fue la irrupción en la escena de Chacho Álvarez o de Fernández Meijide en el Frepaso, y la de Lilita Carrió. Tengo la impresión de que Lilita Carrió está operando en la política más como un lugar vacío, opera más como un lugar donde se han puesto las expectativas frustradas, que como una estructura de futuro. Es un lugar donde uno puede decir que están por hacerse cosas, pero no que están hechas cosas. Me da esa impresión porque es distinto a lo que fue la construcción de Álvarez durante muchos años. Por eso Carrió es capaz de arrastrar estos números que vos mencionabas, Gerardo, que son números que expresan más bien una continuidad con lo que fue el discurso de la Alianza durante 1998-1999 y una necesidad de la gente de poner en algún lugar esas expectativas frustradas. Coincido con el diagnóstico que hacía Gerardo de las ONG, y me estaba acordando de algo que escuché; que Farinello es una ONG devenido a político. Dicho groseramente, pero es un poco así. Le preguntaban en un programa de radio cómo iba a ser su lista en la provincia de Buenos Aires, porque él va de senador y también está la lista de diputados. Ahora parece que las encuestas lo favorecen un poco más, pero en ese momento él no iba a ser senador, pero iba a crear un movimiento e iba a poner muchos diputados. Entonces, le preguntan por esto y él empieza a decir que por supuesto trataron de acercarse a él gente con intereses espurios para lograr cargos en la política; que por supuesto que él sabía que tenían muy pocos valores políticos y que, además de todo esto, él había decidido que a la lista de diputados la iba a armar él. O sea, que es el grado cero de

la política institucionalizada, esto que vos estás tratando de decir. Después, le va a pasar la política por encima, porque en un momento determinado, o se construye algo que tenga un sostén por fuera de una coyuntura electoral, o es nada; o es eso, es una coyuntura electoral.

Comentario de Enrique Zuleta Puceiro: Lo que diferencia a Lilita es que rompe el arco ideológico, porque Lilita a esta hora acaba de salir de la comunión diaria en San Nicolás, y al mediodía comulga en Las Esclavas. Ella vive en la Plaza Vicente López, tiene los códigos del conservadurismo argentino, no necesita cultivar ese electorado, allí está su voto y lo da por descontado. Además, allí está su Habermas y todo lo demás, o sea, que abarca 180 grados. Es la diferencia con Fernández Meijide y Álvarez, que tenían medio país. Tenían el otro medio país absoluta e irremediabilmente en contra. Lo de Lilita es una cosa diferente, que tiene que ver con el vacío que ha dejado en la política la crisis de las ideologías. Sin embargo, las posibilidades de Lilita dependen de su capacidad para conservar ese enfoque ecuménico. Un vuelco de la balanza ideológica que pretende hacia alguno de los platillos puede poner en riesgo su potencial actual.

Comentario de Rosendo Fraga: Mirá desde el año 1983. Por la derecha tuviste la Ucedé, el Modín y Acción por la República; por la izquierda el PI, Izquierda Unida, después vino el Frepaso como centro izquierda. Dieciocho años después, la estructura radical justicialista sigue en pie, hegemoneando la política argentina. Todos los intentos por derecha y por izquierda, en los hechos, han terminado desarticulados. Nos guste o no nos guste, no se puede gobernar la Argentina si no es desde las dos estructuras políticas principales. Desde el año 1945 para acá, nunca se pudo triunfar en una elección presidencial fuera de los dos partidos políticos.

Comentario de Enrique Zuleta Puceiro: Así es como se llega. Respecto a gobernar, si Menem no hace una alianza con la derecha, no gobierna. Y si De la Rúa no llama a Cavallo, no gobierna. Desde los partidos no se gobierna. Desde los partidos se llega. A partir de ahí es otra cosa, porque es imposible sostenerse exclusivamente desde un partido político en el gobierno. Menem convoca a Cavallo, un economista técnico con antecedentes en el gobierno militar y llevado por los empresarios a la política. Pero eso lo hace porque le es imprescindible establecer una alianza con los sectores frente a los que él mismo se cree más débil.

Comentario de Rosendo Fraga: ¿Cómo consigue Cavallo la delegación de facultades del Congreso al Ejecutivo? No lo consigue por ninguna alianza, ni social ni económica. Lo consigue simplemente por una negociación política, una articulación política.

Comentario de Enrique Zuleta Puceiro: Pero lo importante es De la Rúa, que no puede gobernar sin hacer una coalición más amplia que su partido. Si él llama exclusivamente a los radicales su gobierno será efímero. De hecho ese enfoque inicial no duró ni siguiera la etapa de Machinea. La política, los partidos son una condición imprescindible para llegar y una condición importante para permanecer, pero en manera alguna es una condición suficiente. Para llegar, el soporte partidario es fundamental, sin partido no se llega, como lo demostró la experiencia Bordón-Alvarez, con todas las circunstancias a su favor, aunque con un factor de debilidad esencial: la ausencia de partidos o coaliciones capaces de asegurar esa ventaja inicial frente a la fuerza superior del justicialismo. La presencia del eje radical en la versión de la Alianza 1997-1999 explica la victoria. Sin embargo, para gobernar hay que hacer inmediatamente otra cosa, porque no se gobierna con los partidos, se gobierna con recursos e instrumentos que los partidos, desgraciadamente, están con dificultades para dar. El primer deber de un gobierno electo —dijo alguna vez Lindon Johnson en su discurso de investidura— es pactar con la sociedad las condiciones en que se ejercerá el derecho a gobernar recibido en las urnas. Una coalición electoralmente exitosa no tiene por qué ser automáticamente una coalición gubernativa. Es importante que las sociedades entiendan esta evidencia histórica. De otro modo, los gobiernos acumulan una sobrecarga de demandas que muchas veces conspira contra su capacidad para gobernar. A un gobierno no se lo vota por lo que promete. Se lo vota porque inspira confianza hacia el futuro. Las promesas no son la parte más importante en el proceso de construcción de la confianza. Es mucho más importante el carácter, la independencia de criterio, el realismo, el compromiso, la flexibilidad para revisar errores y asumir las realidades del gobierno. Muchas veces, estas virtudes son precisamente las que permiten revisar promesas equivocadas y hacer lo que se debe hacer. La sociedad está siempre predispuesta a entender y acompañar al gobernante que asume con sinceridad las lecciones de la realidad y sabe trasladar estos dilemas a la sociedad, de modo de poder ser comprendido a la hora de asumir efectivamente las responsabilidades del poder. De hecho, el voto no da derechos, impone responsabilidades.

Comentario: Me parece que esto ya se está agotando. Porque si Cavallo no encamina esta situación y el país se torna en algo ingobernable, no sé que queda detrás de todo eso. Toda esa especulación de si ampliamos el abanico, si atraemos a la parte financiera, si atraemos a los mercados, si el riesgo país se acaba, se acaba todo. Hay que volver a la ideología, la ideología es fundamental. Es fundamental saber qué país queremos hacer.

Comentario: Yo creo que la realidad nos va a dar sorpresas a muchos y se vienen grandes cambios de abajo arriba.

XII
MESA REDONDA DE POLÍTICA
¿VIEJA Y NUEVA POLÍTICA?

JUAN CARLOS DEL BELLO
PEDRO DEL PIERO
JESÚS RODRÍGUEZ
28 de junio de 2001

PEDRO DEL PIERO

Enganchándome con caracterizaciones que se hicieron en clases anteriores, quiero aclarar primero, que no soy científico y segundo, que intento ser político desde la posibilidad de renovar la política. Desde donde yo quiero trabajar esta tarde es, fundamentalmente, desde mi propia ubicación y vocación personal. Me autodefino como un hombre de acción, hoy acá reflexionando, agradeciéndole a Flaco y a Horacio (Fazio) la posibilidad de participar de este debate y además, ¿por qué no?, debatir un poco con Chacho —a quien no veo desde que se retiró de la actividad partidaria— ya que se supone que él después va a leer esto. Mi autodefinición es que sigo teniendo la misma vocación de servicio y compromiso de vida que tuve cuando empecé a militar a los dieciséis años. Me sigue doliendo y lastimando muchísimo la pobreza, la desintegración, la desestructuración productiva. En realidad, muchas más cosas de las que me dolían en aquella época, porque creo haber ido entendiendo algunas cuestiones. Sobre lo que nos está pasando, la emergencia en las doctrinas y en las ideologías, fundamentalmente en las últimas dos décadas, me interrogué muchas veces y busqué un piso, es decir, un desde dónde, o un *estándar* mínimo para mi acción como político. Y ese *estándar* mínimo lo he encontrado y lo sostengo y lo mantengo en el intento de llevar a la práctica determinados valores.

Por lo que pude ver, algo de esto, en algunas de las exposiciones anteriores, ha estado dando vuelta: el tema de la solidaridad, el tema de la equidad, la justicia y la honestidad. Yo creo que, además, el tema de la ho-

nestidad hoy es muchísimo más que un simple valor ético individual ya que se ha convertido en un componente operativo de la política. De todos modos, quiero ir rápidamente a un breve comentario referido a las exposiciones de Chacho, y después agregar mis propias reflexiones.

Quiero dejar planteado que concibo la política como la construcción de poder, y al poder como la capacidad efectiva de modificar conductas, en dirección hacia el bien común o, como mínimo, a la menor cuota de conflicto social posible en la convivencia. Para mí, en definitiva, la política tiene que plasmarse o poder visualizarse en resultados concretos.

Sobre Chacho, voy a hacer "una de cal y una de arena". Respecto a cómo actuó, me parece que funcionó no sólo con poca paciencia, sino reiterando una metodología de cortarse solo. Esto pasó siempre con Chacho. En la construcción, Chacho avanzó solo. La opción era seguirlo o no. Creo que esto lo llevó a un costo muy grande que es su desconexión con la sociedad. Esto, mal. Incluso los dos largos monólogos expuestos aquí me parece que reflejan en distintos momentos mucho de esto que estoy planteando.

¿Qué veo bien? Él no transó y hoy está procesando lo ideológico y doctrinario. En eso sí, los dos monólogos son una cantera muy rica de reflexiones abiertas e interrogantes. A mí me parece que además, aunque suenen como tales, muchísimas de las afirmaciones que Álvarez hace en sus monólogos son interrogantes. Casi diría, afirmaciones con final abierto, o con posibilidades de ser revisadas, completadas y, en todo caso, rectificadas.

Yo, de todos modos, dejo para pensar que en una etapa donde el sistema de mediación política está en crisis, me parece que le faltó algo a la reflexión de Álvarez y es, justamente, profundizar más en la crisis de ese sistema de mediación. Por eso insisto en que algunas de las afirmaciones habría a lo mejor que retomarlas y profundizarlas. Sobre todo porque con su ida, especialmente de la vicepresidencia de la Nación, él cierra un ciclo de tres años de construcción política con figuras y operadores, predominantemente. No quiero descalificar la importancia de las estructuras partidarias que intervinieron en el armado, desarrollo y desempeño de la Alianza. Pero creo no equivocarme, por lo menos así quiero dejarlo planteado, afirmando que existió fundamentalmente una construcción de poder sobre la base de figuras y operadores.

Yo tomé al azar algunas de las afirmaciones que hace Álvarez, y quisiera volver sobre algunas de ellas. Insisto, no quisiera que se tomen como sacadas de contexto, pero sí, en todo caso, como afirmaciones en sí mismas, e intentar, cuando Álvarez esté en el cierre de este seminario frente a ustedes, profundizarlas.

Él dice que acá lo que se juega es si esta sociedad es viable o no es viable. Y por supuesto que lo hace en un contexto donde contrapone política y economía, casi como una tensión hoy imposible de resolver. Y lo dice.

Porque el primer lugar que tiene que resolver la política para relacionarse de otra manera con el poder económico, es resolver la crisis de representación. Coincido, y después, en todo caso en las reflexiones que quiero dejar planteadas, volvería sobre eso.

También nos dice que no es solamente ganar elecciones, sino qué proyecto de mediano plazo instalás en el país. Acá pareciera coincidir con algunas de las reflexiones de Alcira Argumedo, que le reclama no haber tenido programa.

Hay afirmaciones insólitas. A mí me gustaría que Chacho las explique más. La sociedad no acompaña los procesos que le puede plantear un partido a largo plazo. Y yo tiro la reflexión. Si no es a través de los partidos, ¿cómo canalizamos la oferta para ocupar y operar lo institucional? Y si no tenemos posibilidad de hacerlo a largo plazo, entonces, ¿por qué o cómo intentaremos plantear un proyecto de mediano plazo, que es lo que afirmó en la frase anterior que rescaté? Sigo.

Sin lugar a dudas hay un rescate de la ética de la convicción. Esto fue todo un tema en el momento de la renuncia. Fue un tema además muy agitado y muy debatido, porque parecía que había que optar entre una tensión de *real politik* o de utopías imposibles de llevar a cabo. Por lo tanto, lo que había que hacer era irse. Pero esa ética de las convicciones nos deja planteadas tres cosas muy fuertes que yo sí creo que tienen que ver un poco con el título del seminario: perspectivas y expectativas de cambio político en la Argentina. Porque él dice que hay que saber a fondo quiénes fueron los que se llevaron la plata en la década del noventa. Dice que hay que plantear a fondo ciertos cambios en la práctica y en la manera de hacer política, y dice que es bueno que haya una sociedad civil más densa. Reclamo también planteado en el medio de la crisis de los sobornos del Senado. Había una percepción muy contundente de que en el Senado había pasado algo. Así lo daban las encuestas. Sin embargo, la lejanía entre la convicción de la sociedad sobre este tema y la falta de eficacia para poder operar en una resolución política en términos más beneficiosos para la amistad entre la política y la gente, que es un poco el nudo del tema de la legitimidad, no fue suficiente. Esa densidad de una sociedad civil queda como una suerte de reclamo y queda como una suerte de asignatura pendiente.

Veo también que hay, por momentos, algo de resignación. Cuando Chacho nos convoca a achicar los márgenes del no cambio es casi como decir que esto va a ser siempre un no cambio y, en todo caso, achiquemos los márgenes como hipótesis máxima o como utopía. Y lo junté con otra frase, referida a que hay una apabullante hegemonía del capital sobre cualquier otro factor. En la segunda de las exposiciones, creo que hay una de las puntas fuertes de análisis para la crisis que hoy tiene el propio gobierno de la Alianza, que tenemos entre manos la obligación de avanzar en su posible resolución. Reclama, entonces, un presidente que en el imaginario

popular instale que el tema de los desocupados, de los pobres, de los desfavorecidos, tienen el mismo nivel de importancia que para los mercados, la marcha del riesgo país.

Tengo dos o tres frases más, pero quiero acotarme el tiempo y pasar a mis reflexiones. Expuse esto simplemente como ideas que, revisando y repasando los monólogos, se pueden tomar y tirar de ese piolín. Porque, en todo caso, ahí sí quiero rescatar a un Álvarez, que yo no sé si será un científico o un político, que tiene una cabeza descomunal, y es un valor que la Argentina no puede desperdiciar. Será en algún lugar de la política en el futuro donde deberemos hacer un esfuerzo muy importante para volver a tenerlo.

Quiero plantear un par de reflexiones, mencionar cuáles creo que son los desafíos de la política y dejar planteado, en todo caso, una propuesta o una salida. Creo que lo que estamos viviendo es mucho más que una simple globalización como está descripta. Es, definitivamente, un cambio de era civilizatoria a partir de los ochenta. Y lo quiero remarcar, refiriéndome a la excelente exposición que hace Alcira Argumedo sobre esto, porque ella transita desde el impacto de las nuevas tecnologías hasta el replanteo de las relaciones de trabajo. Hace un paralelo que me da la impresión que es un poco forzado, quizás con algo de añoranza, porque nos habla que entre 1815 y 1848 hubo un retroceso hacia la monarquía absoluta que asimilaba, entre comillas, en todo caso reciclaba o absorbía, lo que había sido el impacto de la Revolución Francesa, y era como una especie de reacomodamiento. Me da la impresión de que ella lo quiere asimilar a la etapa que vivimos del pensamiento único en Occidente en estas últimas dos décadas. Yo no creo que sea así, porque aquello era una parte de una era civilizatoria que siguió, que fue la de la Revolución Industrial. Creo que lo de hoy es un corte, un quiebre, donde, como dije al principio, creo que transitamos una obligada recomposición ideológica, doctrinaria, por lo menos como marco de contención, como pautas referenciales. Y yo creo que hemos entrado en emergencia en muchos frentes. Incluso creo que lo que ha entrado en emergencia, sobre todo para cierto pensamiento progresista, es la visión dialéctica de la historia. Pero esto es para otra charla.

Lo que sí podemos describir es el altísimo nivel de impacto. Definitivamente, el impacto es generalizado en todos los niveles dirigenciales. Esto no es un tema que solamente atañe a la política. Creo que el peor impacto o el más duro, el más profundo, es en la organización de la sociedad. Es en la crisis de lo institucional, es en el replanteo de lo productivo, es, en el fondo, un barajar y dar de nuevo en términos de poder. Y acá es donde a mí me parece que para la política, para los políticos y para la nueva o la vieja política, si es que se las puede denominar en blanco y negro, aparece lo que yo les comentaba recién, como lo que creo que son los desafíos. Desafíos muy grandes. Yo marcaría tres. Uno, es la construcción de legítimi-

dad. El segundo es la escala en la cual nosotros debemos o podemos y necesitamos operar en la toma de decisiones, sobre todo en lo que se refiere a los planos nacionales, si es que los planos nacionales todavía tienen una fuerte incidencia o una incidencia en las decisiones macro. Y el tercer desafío está en lo local y lo global. La tensión de lo local y lo global. Yo creo que el tema de la construcción de legitimidad es el tema clave, porque es por donde se puede destrabar efectivamente el ejercicio y la recuperación de la política. Y ahí no hay ninguna duda de que debemos construir la legitimidad de una sola forma: desde el crecimiento, pero incluyendo la calidad de vida de la gente. Creo que cualquiera que pone la voluntad de hacer política al servicio del bien común lo debe y lo tiene que hacer así, no hay otra forma.

De todos modos, hemos tenido argumento, y también se han exployado en otras clases aquí respecto del crecimiento del país, del crecimiento de la macroeconomía, del restablecimiento de una ubicación internacional. Y todos recordamos con todo patetismo la década del noventa, que habiendo cumplido puntillosamente con todas las recomendaciones del Consenso de Washington, llegamos a un punto donde el consenso no se cumplió, que era justamente la parte que le tocaba a la gente, la del derrame. Es por eso que, definitivamente, la búsqueda de legitimidad no puede estar despegada de la calidad de vida de la gente. Y creo que, además, la gente ya se ha dado cuenta de esto. Por lo tanto, cualquiera que intente políticamente construir legitimidad o buscar calor y apoyo popular, va a tener que tener inevitablemente en cuenta esto.

Yo creo, además, que como siempre ha ocurrido, existe una legalidad del sistema político, e insistir en el tema de lo partidario. Me parece que así como debemos ser muy estrictos en revisar lo que han significado determinados desvíos de las prácticas políticas argentinas desde la partidocracia tradicional, es necesario reivindicar como herramienta de canalización de la oferta electoral, de preparación y de intermediación entre la sociedad, la ciudadanía y el poder, a los partidos políticos. Pero hay un día a día. Porque la legalidad es la de las elecciones, la de los períodos, la de la renovación, la del sistema republicano. Hay un día a día que es la construcción de la opinión pública. Definitivamente, es un terreno que si no lo incorporamos en términos de construcción de legitimidad, casi con seguridad lo que vamos a conseguir es una suerte de cuesta a remontar o de viento en contra, para lo que no va a ser suficiente con la legalidad que nos dé el sistema político.

Respecto a la escala de las comunidades, quiero hacer hincapié en esto porque, nuevamente inspirado en el análisis que hizo Alcira Argumedo, me parece que hay mucha trampa cuando se analizan determinados ejemplos y situaciones. Y la trampa, ¿dónde está? La trampa para mí está en que definitivamente hoy, en este mundo global, es necesario pensar en qué

escala se está operando. No hay posibilidades de comparar la Argentina con Japón. No hay ninguna posibilidad de comparar la Argentina con China, y si debemos pensar que el Mercosur, y en todo caso las Américas, son espacios en los cuales, como una parte de esa comunidad, podremos encontrar algún lugar o camino. Por eso señalo que la tensión de lo local y lo global nos deja instalado fuertemente el tema de la gestión, que es otra de las puntas por donde se construye la legitimidad. Y acá discrepo fuertemente con Chacho, porque el tema de la gestión no es un juego de técnicos y de políticos. Definitivamente, es un juego de comprender las decisiones en su profundidad, con todo el respeto que el saber, la ciencia, la tecnología, tienen en cada una de las decisiones que hay que tomar. Pero con toda responsabilidad por parte del político.

En todo caso, completo después con más detalle, pero yo creo que hay que salir a ganar la calle. Hay que salir a ganar la calle con la práctica de los valores y en un debate. Es tan malo el político al cual le han comprado la voluntad, como el político que dice: yo, con los empresarios no hablo. Hay que hablar, con los concentrados hay que hablar, y hay que plantearles con toda dureza algunas consignas. Dos, por lo menos. Una fuerte integración social. Segundo, un sistema económico sustentable. No hay posibilidades de supervivencia de nadie si estas dos consignas no se persiguen. Por eso, yo creo que hay claves también para enfrentar este debate, y que para mí son la vocación de construir mayorías, por lo tanto no fraccionar y sí sumar, y sobre todo, el diálogo permanente, no aislarse. En todo caso, hay que decirle a Eduardo Escassany, que como dirigente ha estado muy por debajo de las expectativas, ya que es el único banquero que queda en la Argentina, y por lo tanto no puede tomar una posición facciosa como la que tomó. Pero hay que decirlo, hay que impulsar el debate y no cerrarnos, y, en esto insisto, ganar la calle.

JESÚS RODRÍGUEZ

Yo también quiero agradecer la oportunidad de participar en este seminario de Flacso. A diferencia del senador Del Piero, no voy a desarrollar críticas u observaciones a otras exposiciones, sino que intentaré dar espacio a un intercambio de puntos de vista.

Me parece que lo que estamos discutiendo cuando se habla de "vieja y nueva política" es: ¿qué está pasando en las relaciones entre democracia, mercado y sociedad, a partir de los cambios que tuvieron lugar en el mundo y en la Argentina?

Estas relaciones se han ido modificando a partir de los cambios producidos por el fenómeno de la globalización. Me parece que uno de los errores más grandes en los que uno podría incurrir es no poder desarrollar

una lectura crítica para entender qué es lo que está sucediendo. Volveré sobre este punto, pero antes me gustaría aclarar que no voy a discutir, en esta oportunidad, si este fenómeno de la globalización es nuevo o no, si es en verdad una etapa de un proceso que estamos viviendo y que ha tenido marchas y retrocesos; y tampoco voy a hacer lo que habitualmente se hace al referirse a estos temas, esto es, mirar el grado de integración de las economías en un esquema más global y comparar si a fines del siglo XX ese grado de internacionalización de las economías era mayor o menor hasta 1930.

Voy a referirme, entonces, a dos importantes dimensiones del proceso de globalización que hoy está viviendo el mundo, y que tienen una implicancia absolutamente central sobre la Argentina. Sobre todos los países en realidad, pero hoy me voy a centrar en particular sobre la Argentina.

Una de estas dimensiones es la que afecta al Estado nación. El fenómeno de la globalización pone en cuestionamiento el rol de los Estados nacionales, modificando su capacidad y autonomía para fijar políticas y tomar decisiones. Esta característica de la globalización tiene implicancias. Hay un fenómeno de supranacionalidad, imprescindible para generar actores políticos capaces de tener chance de entrar en la pulseada y en la disputa del poder. Pero al mismo tiempo, hay un fenómeno de subnacionalidad derivado de la necesidad de resolver cuestiones de la vida cotidiana. Daniel Bell es claro al referirse a este punto. Este economista plantea que el Estado es demasiado chico para ocuparse de los grandes problemas que tiene que afrontar, y por eso surge la supranacionalidad; pero al mismo tiempo es demasiado grande como para tomar decisiones y resolver cuestiones de la vida cotidiana, y por eso la subnacionalidad o la descentralización en las decisiones. Para la Argentina esta discusión es absolutamente central.

La segunda dimensión novedosa y decisiva de este fenómeno, en cuanto a las modificaciones que produce, es la globalización financiera. El mundo desarrolla su actividad económica de determinadas maneras, pero aquello que evoluciona a una tasa vertiginosa son las transacciones financieras. Una comparación que me parece interesante para ilustrar lo que les estoy diciendo es la siguiente: mientras que en los últimos veinte o veinticinco años el producto bruto mundial creció al 3 o 4 % anual, el comercio mundial evolucionó a una tasa anual del 6 o 7 %. Si nos detenemos en las transacciones financieras mundiales, vemos que en promedio crecen a una tasa del 25 % por año.

Esta dimensión de la globalización financiera, que viene de la mano de la innovación en las telecomunicaciones y en la informática, es un dato de la realidad que afecta a todos los países, pero especialmente a países como el nuestro. Uno de los datos distintivos de esta globalización es la instantaneidad de las decisiones del mercado, en abierta oposición con los tiempos de las decisiones de la democracia. En los sistemas democráticos, las deci-

siones no se toman instantáneamente sino que, por el contrario, son producto de un consenso, de la división de los poderes, el control, el equilibrio, etc. Este fenómeno de instantaneidad, entonces, genera una situación de tensión de manera sustancial y al mismo tiempo novedosa.

¿Adónde quiero ir con esto? Es que la capacidad que tengamos para encontrar solución a los problemas, dependerá de la capacidad que tengamos, desde la política, de encontrar un diagnóstico efectivo sobre el estado de la situación en el mundo, indagando a la vez cómo esa situación en el mundo genera condiciones que limitan los espacios de decisión de los Estados nación. ¿A qué problemas me estoy refiriendo? Creo que desde una perspectiva progresista, uno podría plantear que nuestra sociedad tiene al menos tres problemas. El primero, la calidad de sus instituciones políticas. El segundo, la competitividad económica y el tercero, la cohesión de nuestra sociedad. Estos tres problemas objetivos que debe plantearse, desde mi punto de vista, una fuerza política democrática y progresista, tiene como telón de fondo las implicancias a las que hacía referencia, producto de este fenómeno de la globalización.

Quisiera también hacer un comentario con relación a la situación de la Argentina del último año y medio. La elección de octubre de 1999 que generó una nueva administración en diciembre de ese año, tuvo dos novedades políticas. La primera, fue que por primera vez en la Argentina se constituyó un gobierno de coalición en la administración nacional. La segunda, que por primera vez en la Argentina el PJ se retira del poder de manera pacífica o, dicho de otra manera, no como resultado de un golpe militar. Esas dos situaciones novedosas implican o involucran a los actores políticos que tienen la necesidad de procesar responsablemente esta nueva realidad. Desde el justicialismo, un partido que tiene poca valoración de la institucionalidad de la política, expresada en términos del partido, se refleja cuando ni el día después de haber salido del gobierno, pudo reunirse el Consejo Nacional del Partido, porque si bien ésta es una entidad que preside el ex presidente, el resto de la institucionalidad política no le reconoce legitimidad, y esto crea un problema en el funcionamiento institucional. Al mismo tiempo, este funcionamiento institucional del PJ tiene un nuevo problema: ser oposición con un gobierno de coalición, en un país en el que no hay tradición política de gobiernos de coalición. Además, como si esto fuera poco, un país con debilidad de los partidos políticos en su funcionamiento institucional y además, en los dos partidos que forman la coalición también hay un inconveniente: tanto De la Rúa como Álvarez son dos personas con poco apego institucional al funcionamiento de un partido político.

Creo que una de las causas más relevantes que explican las dificultades políticas de la administración de la Alianza para llevar adelante sus propuestas, se encuentra en la debilidad institucional de los partidos, la no

comprensión de que estamos frente a un gobierno de coalición, que lleva, por lo tanto, a que las decisiones y las prácticas políticas no estén fundadas en este dato de la realidad.

Frente a esta situación, frente a un mundo con cambios de estas características, sumado al cambio de naturaleza política en la Argentina, como el que señalé, en este nuevo armado de las relaciones entre democracia y mercado, hay un nuevo actor decisivo y central. El actor al cual me refiero son los medios de comunicación social, y la situación a la cual quiero hacer referencia es al grado de insatisfacción, frustración, desengaño, desencanto, o el nombre que le queramos poner, a la visión que tiene buena parte de la sociedad argentina sobre las instituciones políticas o de los gobernantes. Esta insatisfacción está presente en aquellos sectores que acompañaron la aparición del nuevo gobierno, pero también está presente en aquellos que votaron por la continuidad del gobierno anterior, los votantes del PJ.

Hoy, un ciudadano promedio votante de la Alianza tiene una sensación de distancia, de desinvolucramiento, con relación a las acciones del gobierno, y un votante del PJ vive una situación similar cuando ve que el titular del Partido Justicialista, que estuvo diez años en el gobierno, está siendo objeto de investigación judicial, juntamente con buena parte de su equipo de gobierno. A esa situación de distancia, se suma una coartada que no termina de resolver el problema: la emergencia de aquellos que recorren el camino fácil de pensar que es posible imaginar un funcionamiento del sistema democrático sin partidos políticos eficaces. En la Argentina hay quienes piensan que es posible que la democracia funcione, siendo los partidos políticos solamente instituciones útiles o aptas al momento de tener una elección. Me parece que si no reconocemos la debilidad de los partidos y su fragilidad actual, pero al mismo tiempo, su ser insustituible, estaríamos equivocando el diagnóstico, y consecuentemente, el camino. En consecuencia, buena parte del debate debiera estar dado en cómo hacemos para tener partidos políticos que sean eficaces mediadores entre la demanda de la sociedad y el Estado.

Y me refiero a esto, porque es común en estos tiempos que uno lea o escuche a dirigentes políticos que para sintonizar o conectar con la sabiduría convencional del momento, se enganchan en opiniones políticas que tienen mucho que ver con las encuestas, pero que realmente tienen poco que ver con el corazón del problema. Un ejemplo de lo que quiero decir es la discusión de los sistemas electorales. Muchas veces escuchamos: "Terminemos con las listas sábana, porque la lista sábana lo que hace es esconder tras uno que figura primero a personas impresentables que no representan a nadie, y lo que tenemos que tener entonces es un mecanismo directo inmediato, de conexión a partir de circunscripciones uninominales que permitan que uno tenga el representante que efectivamente lo repre-

senta". Decir eso solamente esconde que este cambio liquida las minorías, que esto genera un aumento del gasto, en términos del número de legisladores, porque si no las circunscripciones no representan nada, y que, en tercer lugar, esto termina contribuyendo, en la cultura política argentina, a desnaturalizar aún más el funcionamiento del sistema y a generar candidatos que sean prisioneros o rehenes de los intereses particulares. No decir estas consecuencias es ocultar buena parte de la verdad. Lo cierto es que hay algunos dirigentes políticos que, con tal de quedar bien, hacen propias cuestiones de esta naturaleza.

En consecuencia, me parece que buena parte de los problemas que tenemos están relacionados con la insuficiencia de ámbitos o espacios de debate político en el sentido más amplio y más preciso de la palabra. En la Argentina falta debate político de calidad. No aparecen en los medios de comunicación social, ni en los partidos, ni en la sociedad civil, y me parece que es uno de los objetivos prioritarios que tenemos. Y al mismo tiempo, ser capaces de establecer una agenda que sea consistente con los objetivos, como planteaba al comienzo de mi intervención, de una fuerza política progresista y democrática, teniendo en cuenta que ciertamente hay una tensión entre la democracia y el mercado, que hay una tensión entre quienes establecen la agenda y quienes ponen las reglas de juego, y la verdad es que en la Argentina vienen ganando los del mercado por varios goles desde hace mucho tiempo.

JUAN CARLOS DEL BELLO

Creo que la invitación que hizo Horacio (Fazio) apuntaba a tratar de mostrar el pensamiento, en cierta medida, de tres fuerzas políticas. En este sentido, más que en mi condición de ex secretario de Estado del anterior gobierno nacional, creo que aquí va a ser más relevante referirme, en su momento, a mi experiencia como candidato a vicegobernador por el PJ en la provincia de Río Negro. Yo leí las dos exposiciones de Chacho, pero me parecía mucho más atractivo desde el punto de vista de lo que estaba planteado en el seminario como vieja y nueva política, encararlo desde ahí, y en todo caso hacer algunas referencias al planteo de Chacho. Creo que lo que tenemos es una crisis de la política. Cuando decimos la necesidad de la nueva política, significa reconocer que hoy existe una generalizada incredulidad de la ciudadanía hacia la política. Si uno hace cualquier tipo de encuesta sobre este tema, uno podría llegar fácilmente a la afirmación de que el 80 % de la población no cree en la política. Esa pérdida de credibilidad significa que no se cree en el poder de transformación de la acción política como medio para resolver sus problemas económicos, sociales, para crecer como Nación. Y creo que la crisis de la política es mucho más que

la crisis de un gobierno, el fracaso de un gobierno o de una dirigencia, es mucho más. Yo no quiero tener una visión apocalíptica, pero creo que estamos en una situación extremadamente difícil, con un final abierto. Porque en la medida que la política no ocupe el espacio que debe ocupar, ese espacio lo ocupan otros; serán los medios, serán los comunicadores sociales. Y si tuviéramos un Chávez, quizá sería protagonista hoy ante la crisis de gobernabilidad.

Esta crisis de la política me parece que tiene elementos de contexto. Comparto las cosas que se han dicho, en particular lo que dijo Jesús Rodríguez con relación a la globalización. Hay limitaciones que tienen todas las democracias modernas y que son de dos tipos: la globalización y el menor poder del Estado. Obviamente, las limitaciones son mayores para el caso de las sociedades menos autónomas. El problema que tenemos los argentinos es que no queremos reconocer que el mundo cambió, y que estamos en otro escenario. No vamos a retroceder las agujas del reloj para volver a los años sesenta o setenta, y por lo tanto, el camino de la nostalgia no nos conduce a nada. Tampoco la opción es rezar en el altar de la globalización, como en gran medida se ha planteado en los años noventa. Si bien hay componentes, además de esas limitaciones que son comunes a otros países, a Chile, Brasil, México, etc., hay cuestiones más bien idiosincrásicas o endógenas del caso argentino. Aquí apunto como elemento central de la crisis de la política, la crisis de la representatividad, por la ruptura del contrato electoral. El contrato electoral significa las aspiraciones y los sueños de la gente en el ejercicio de su voto; su ruptura, el incumplimiento por parte de quien asume esos compromisos o promesas (no voy a hablar de plataformas o programas). Si uno se pone a rastrear la historia, ¿quiénes fueron los que cumplieron con esos contratos electorales? No hay muchos. Uno podría decir que parcialmente Menem cumplió en el primer período el contrato electoral, y en alguna medida eso fue ratificado electoralmente. Pero es dudoso decirlo así, porque llegó con el compromiso de la revolución productiva y el salarizado, y eso no se produjo. Alfonsín, con la democracia se come y se educa, también hubo incumplimiento. O lo actual, que ha generado esta crisis, este equilibrio inestable en la coalición oficialista, que terminó hace seis meses atrás con la renuncia de Chacho. Los que cumplen con los contratos electorales parece ser un grupo muy reducido. En el caso argentino, tenemos la herencia de lo que fue el Proceso. A mí me parece que todavía no tenemos –por lo menos los que hacemos política– el suficiente grado de conciencia de lo que significó el Proceso como cambio estructural. Hoy, ante un nuevo incumplimiento del contrato electoral, la sociedad civil, la ciudadanía, diría: si durante más de diez años mataban y expropiaban chicos, que ahora roben, ¿cuál es el problema? Es todo lo mismo. A mí me parece que hay un cambio cultural durante el Proceso, que no es suficientemente apreciado. Y esto significa tam-

bién reconocer que los progresistas perdimos, reconociendo lo que fue una derrota en todos los planos. Que incluye la creciente desaparición de la burguesía nacional, de un empresariado nacional. Entonces se ingresa a la globalización en una situación completamente distinta a la forma en que ingresaron otros países.

El segundo problema que veo es el de la crisis de representatividad, a quiénes representamos los partidos políticos. Chacho habla de la figura del bipartidismo, y dice que los dos partidos mayoritarios no responden a una matriz ideológica, sino que responden a una matriz del movimiento nacional y popular, que algunos desde la izquierda podrían denominar populismo y que, por lo tanto, no tienen un rasgo ideológico fuerte. En el caso del peronismo, nuestro sujeto en los años cuarenta fueron los trabajadores y perdimos esa identidad de representación. Dejamos de representar lo que representábamos históricamente. Acá me parece que hay un problema muy grave de crisis de representatividad, a quién representamos. La representatividad ¿tiene que ver con el modelo? ¿O con el proyecto de país? ¿Qué proyecto de país? En el marco de una de las limitaciones, la globalización, hay que ser competitivos ¿en qué? Produciendo granos. Bueno, Nueva Zelanda así lo quiso hacer y así le fue, pésimo.

Hay un problema bastante grave cuando nos referimos al proyecto. Y cuando digo cuál es el proyecto voy a hacer una reflexión de tipo político transversal. Es posible construir un proyecto de país que tenga comunes denominadores en las fuerzas políticas democráticas, es decir, que estreche los marcos de diferencia, como ocurre en las sociedades europeas, donde hay un andarivel común en el que transitan el socialcristianismo y la socialdemocracia. Si bien en todo caso hay diferencias, comparten un camino. Yo creo que en la Argentina no hemos llegado a definir cuál es el camino que debemos compartir. Observo una incapacidad para construir un nuevo orden social más justo. Al no existir un proyecto de país se crea una crisis de representatividad. Los que llegan al poder, lo alquilan, esto es, lo ejercen otros. Yo soy peronista, fui subsecretario de Cavallo y compartimos con Horacio (Fazio) algunos tiempos ahí, y los peronistas nos sentábamos de un lado, dentro del equipo económico. Del otro lado, estaban Dadone y otros a los que odiábamos. La sensación era que nosotros habíamos alquilado el gobierno. Tomamos el poder y lo pusimos en alquiler. A mí me parece que en el fondo, a la coalición oficialista le pasa lo mismo. Como decía el empresario Herrera hace poco: en la práctica, tenemos el partido único del modelo.

Ahora voy a hacer una referencia al *establishment*, que tiene que ver con el tercer punto vinculado a la corrupción. El liberalismo argentino, la generación del ochenta, Roca, Mitre, Avellaneda, la oligarquía, se comprometía políticamente; comprometía su patrimonio, sus familias, hacían el fraude patriótico, pero había un compromiso. Ahora el *establishment*

opera desde el anonimato, es decir, no está expresado políticamente, sino que se expresa en los partidos mayoritarios. No tiene una expresión propia como sí la tuvo el liberalismo, no hay un Mitre. En el pensamiento de FIEL con relación a la corrupción de la política, no se habla de los corruptores. No está en el pensamiento de FIEL y de aquellos que reniegan de la política. Pareciera que los políticos son todos corruptos y no hay quien corrompa. No hay corruptores. ¿Cómo es este juego donde no hay corruptores?

La corrupción existe y no es un patrimonio de un partido político, no reconoce fronteras, pero no es cierto este pensamiento generalizado y cínicco de que todos los políticos son corruptos. Yo formé parte del gobierno anterior y no integro la lista de los sospechosos o imputados, y no creo que los compañeros aquí presentes se sientan parte de aquellos que eventualmente sean sospechados o imputados del actual gobierno. A mí me parece que hay un quiebre cultural de tipo estético. En tal sentido, voy a hacer una autocrítica como peronista: Menem produjo un cambio de la estética, y lo simbólico es muy importante.

Lo último que quisiera comentar a ustedes es el tema del funcionamiento de los partidos. Hablaría de la renuncia de los liderazgos y, por lo tanto, del lugar que ocupan los medios. Tan es así que la renuncia de los partidos al debate de las ideas conlleva a que se postulen candidatos que en los sondeos de opinión tienen una buena imagen en el público –cantantes, actores, famosos en general– independientemente de si tienen capacidad efectiva de hacer cosas. A mí me parece que, en general, los partidos van detrás del cambio de humor de la gente. Como “surfistas”, “surfean” las olas de la opinión pública. Los sondeos y la imagen, como factor fundamental para la elección de los candidatos. Es parte de la crisis de los partidos políticos. Creo en los partidos políticos y que la crisis de la política sólo se puede resolver desde los partidos políticos, no desde los independientes.

Voy a referirme al tema del financiamiento de la política. Antes, se decía que uno hacía política porque tenía una voluntad transformadora, una voluntad de cambio. Tiene que ver con el poder, y el poder es para el bien común y lo podemos adjetivar. Pero el funcionamiento democrático en nuestro país es crecientemente clientelar y demanda creciente financiamiento. Paradójicamente, las nuevas formas de la democracia que muchos hemos “comprado”, en lugar de ayudar al debate de las ideas y las propuestas, han contribuido a un mayor clientelismo. El sistema clientelar está asociado fuertemente con la pobreza. He sido candidato a vicegobernador y me consta que la política se financia desde el Estado. ¡Que nadie orine agua bendita, porque nadie sabe de dónde la toma! Esto no es patrimonio de un solo partido. Son todos los partidos. Desde nuestro partido hasta los partidos de la coalición de gobierno. No hay alguien que pueda decir yo no tuve nada que ver en cómo se financiaron las campañas electo-

rales y la política. Si no se resuelve el problema del financiamiento de la política, no hay límites a la corrupción.

Yo celebro que la UCR tenga internas cerradas. Nuestro partido, que siempre tuvo que dar pruebas de partido democrático, incorporó las internas abiertas. Es terrorífico. En mi provincia votan en una interna abierta 50.000 personas, para participar en esa interna se necesitan 500.000 pesos/dólares. ¿De dónde salen? Salen del Estado, provincial, local o nacional, depende. La lucha por el poder está fuertemente vinculada al financiamiento. Y el financiamiento es espurio. Si no reconocemos que existe eso, es muy difícil cambiar. Porque una vez que uno justifica cómo viene el financiamiento para la política, después unas "monedas" quedan en el bolsillo de los actores. Esto es así de sencillo. ¿Por qué se necesita financiamiento? Antes, en el pasado, que aquí reivindicó, lo partidario implicaba desarrollar una organización de cuadros. La organización de cuadros era para debatir propuestas, ideas, pensamientos, qué iban a hacer. Ahora sustituimos el debate de los cuadros por quién lleva más gente a votar, en medios de transporte, a razón de 20 pesos el voto, y bueno, traeremos a votar a los que están jugando al fútbol el día domingo. ¿Y qué les tenemos que dar? Camisetas, pantalones, botines, plata en efectivo. Más aún, yo les diría, siendo quizá muy duro: creo que en la medida que haya creciente marginalidad y pobreza, el voto constituye un modo de obtención de salario en el mercado electoral. Entonces, la posibilidad de competencia está circunscrita a aquellos que tienen poder económico. Los que tienen poder económico son de dos tipos, o aquellos que son ricos o aquellos que son ladrones. No hay otra. Si no se modifica el tema del financiamiento de la política, creo que esto no tiene salida. Desde mi perspectiva partidaria yo no quiero más internas abiertas. Las quiero cerradas, cerradísimas, más que cerradas. No va más. Ésta es mi sensación sobre el financiamiento. En el fondo, a propósito de la "asociación ilícita", alguien se podría interrogar si al final los partidos no terminan siendo asociaciones ilícitas: obtener dinero por cualquier medio para tomar el poder. Y la sociedad, ¿cómo lo ve? Como una oligarquía obsesionada solamente por la conservación del poder, porque es más de lo mismo y no resuelve el problema del contrato electoral.

La crisis de la política tiene otra parte que es la crisis de las instituciones. Y esto sí me parece dramático, porque la realidad de las instituciones responsables de la conducción del Estado, desde mi punto de vista, es patética; y en esto, creo que abarca a los tres poderes. No es una crítica a los colegas que integran uno de los poderes, como el Poder Legislativo. Pero creo que podríamos compartir, en el caso del Poder Legislativo, que de una mirada externa es evidente la falta general de la calidad de su representatividad, de la eficacia de su funcionamiento, la incredulidad acerca de la honestidad, la metodología del uso de los recursos. Y si lo tomamos en el caso del Poder Ejecutivo, hay problemas de todo tenor. Al haber una

crisis de representatividad, acá sí me preocupa y voy a hacer alusión al tema de Chacho, que me parece, si se quiere, patético y preocupante. Chacho dice que cuando se llega al gobierno ahí se toma conciencia de las verdaderas relaciones de fuerza que operan, mientras que cuando se está en la oposición las relaciones de fuerza no importan. Entonces el discurso es un discurso autónomo de las relaciones de fuerza. Él no tiene que dar cuenta de las presiones, no es un problema de oportunismo. No tiene que dar cuenta de los grupos de poder, no tiene que dar respuesta a las restricciones. Ahora, el problema es cuando uno llega, y ahí operan las relaciones de fuerza concretas. Este reconocimiento es también acerca de los límites que dije antes sobre la globalización y del poder del Estado. No se puede hacer una campaña electoral sin restricciones, porque después hay un incumplimiento flagrante de ese contrato electoral. En este sentido, sí me parece que la falta de discusión de ideas, de propuestas, hace que en la acción del gobierno haya un problema fenomenal de capacidad de gestión. Y me consta porque estuve muchos años ejerciendo funciones ejecutivas. No solamente el Estado es mucho más pequeño y es distinto que en el pasado, sino que existe una incapacidad de gestión formidable. Y acá sí me parece que es un problema de crisis de las instituciones.

No puedo dejar de lado el Poder Judicial, aun cuando ahora aparece en el escenario como inmaculado, yo creo que está más cerca del proxenetismo que de la castidad, ésta es mi sensación. La imagen social que da el Poder Judicial es que lo peor que le puede ocurrir a una persona es defender sus derechos en el territorio judicial. El tema del Poder Judicial no escapa a la crisis de las instituciones.

¿Es posible construir algo transversal? ¿Es posible resolver la crisis de la política y la crisis de la institucionalidad? Me parece que sí. Confieso que formo parte de un grupo del peronismo que está tratando de construir un nuevo pensamiento. El problema es que la democracia que tenemos en estos diecinueve años en el fondo se ha construido sobre liderazgos viejos. Porque los que construyeron la coalición gobernante y los que se sentaron a la mesa, que respeto mucho, Storani, Terragno, Chacho, etc., en el fondo también llevaron a un presidente que era de la vieja dirigencia. Menem también es un presidente de la vieja dirigencia. Lo es Ruckauf. Tenemos un problema muy grave, pero a mí me parece que no hay nueva política que resuelva esta crisis, si no hay un cambio en la dirigencia y en los liderazgos.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Comentario: Me llamó mucho la atención lo dicho por Jesús Rodríguez sobre las listas sábana, porque si bien comparto sus críticas al sistema,

creo que hay más para decir. También me llamó mucho la atención lo planteado con respecto a las internas cerradas. En realidad, creo que la legitimidad se devuelve con internas abiertas, pero con mejores maneras de fiscalización de donde sale la plata y cómo se financian las campañas. Las internas cerradas hicieron mucho para alejar la política de la gente por mucho tiempo, y en parte por eso tenemos dirigentes de la vieja guardia que llegaron a través de ese sistema. Con respecto a los sistemas nominales, si bien no me gustan, tampoco me gustan las listas sábana de cincuenta miembros como las que hay en la provincia de Buenos Aires. Creo que hay otras posibilidades. La gente estaría por lo menos algo esperanzada si viera que se instalase un debate serio sobre ese sistema.

Jesús Rodríguez: Interesante, el punto. Pero no debiera entenderse de lo que dije que no es necesaria una reforma política. Lo que decía es que el cuestionamiento a algunos de los planteos que se hacen, esconde, en realidad, una defensa irrestricta a la forma que están las cosas. La reforma es imprescindible. Y al mismo tiempo ésta debe darse hacia el interior de los mismos partidos políticos. Te voy a dar un ejemplo del propio radicalismo y lo que yo planteo en él. ¿Cómo es posible que este partido al que yo pertenezco, que ha incentivado mecanismos de la democracia semidirecta para que tengan raigambre constitucional, no tenga en su propia estructura organizacional mecanismos de consulta con sus propios afiliados? ¿Cómo es posible que un partido que defiende el sistema electoral de representación proporcional, tenga incorporado en su representación el sistema de mayorías y minorías?

Me gustaría hacer un comentario con relación al financiamiento de la política. Si tenemos en cuenta que se remunera con uno, dos o tres pesos por voto a los partidos políticos, y el 90 % del gasto de financiamiento de la política es el gasto en publicidad televisiva, no es más que un subsidio directo del Tesoro a los canales de televisión, que tiene como único argumento que hay una elección. A mí me parece que buena parte de la reducción del costo de la política, que tiene que ver con esta necesidad de cambio de legitimación de la política, debe incluir la reducción del gasto. Y la manera más eficaz es prohibir la publicidad de los partidos en los medios audiovisuales. Ésta fue una ley votada en Italia por la mayoría del Olivo contra Berlusconi, y probablemente ocurra también en el Reino Unido. En todo caso, si hay publicidad, que sea el resultado de un sorteo en el cual el organismo del Estado distribuye entre los partidos, pero que no hay publicidad paga por los candidatos o los partidos.

Volviendo al tema de las listas sábana, cuando se habla de este tema, se habla de la crítica a los grandes distritos, Capital, Córdoba, Buenos Aires, Santa Fe, y en algunas otras. En el resto del país no existe tal cosa, porque cuando eligen, eligen uno o dos. Entonces es posible pensar en sistemas

mixtos, una parte por circunscripción, o por región o por grupo de circunscripciones no uninominales, en todo caso plurinominales. Por ejemplo, la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires tiene sesenta miembros. Uno podría decir que treinta son elegidos por distrito único, y los otros treinta, en cinco zonas plurinominales de seis, o seis de cinco, o cuatro de siete. El número se puede debatir, pero el tema es que tiene que haber plurinomialidad, no puede haber uninomialidad.

Juan Carlos del Bello: En cuanto al tema de internas abiertas puedo hablar desde la experiencia, no es una aproximación desde la ciencia política. Yo creo que en una sociedad con creciente marginalidad, el mayor porcentaje de no afiliados corresponde a los sectores de ingresos más bajos que no se movilizan por un razonamiento político verdaderamente electivo, sino por razones económicas. El problema del financiamiento de la política está todo muy lindo cuando se habla de las elecciones generales, pero sabemos que antes de llegar a elecciones generales, los partidos tienen que dirimir internamente cuáles son los candidatos, y eso implica que haya una elección interna. La elección interna alguien tiene que financiarla, que no es el partido necesariamente, sino los distintos sectores que constituyen un partido. En mi provincia, el sistema de elecciones internas desde el punto de vista partidario, para nosotros fue de terror. Yo me incorporé activamente, mi participación partidaria activa fue más en los setenta, después estuve exiliado. Cuando volví a mi provincia, pensé que en una interna abierta los sectores independientes eran los sectores medios, aquellos que tienen una cultura política. Me mataron. Venían con colectivos como en la Década Infame. Venía el puntero con los documentos de identidad, para controlar el voto. En la elección interna, con los afiliados ganó un sector y con la abierta ganó el otro. Para la abierta, lo que tenemos que llevar no es alguien que tenga ideas, lo que tenemos que llevar a votar es alguien que desde el punto de vista mediático satisface, canta, baila. Qué es lo que piensa, qué es lo que va a hacer, no importa. Entonces, si una persona humilde se afilia a un partido, queda metido en opción electoral. Lo mejor es estar afuera y jugar en todas. Surge el microemprendimiento de la política, los punteros que venden su alma al sistema político y que están para un partido y para el otro. Tienen una organización, manejan el barrio, es un sistema completamente autoritario. Yo creo que estamos “de la nuca”. No hay debate político. El asunto es quién tiene la plata para llevar a la gente a votar. Quizá, vos lo mirés básicamente desde Buenos Aires, donde el peso de lo mediático es importante, pero en el resto del país no es así. En el resto del país, nosotros tenemos formas más bien feudales, eso es la realidad. Entonces la interna abierta no es el mejor proceso de decisión, es para ver si te hacés unos mangos ahí. Es espectacular. Yo abandoné por cansancio, ya estaba harto. Venían familias enteras el día de la

votación y te decían: somos once; pedían treinta pesos por persona. Si no —decían— vamos al otro. Esto no tiene que ver con propuestas, con candidatos. No tiene que ver con nada. Es una oportunidad más para resolver problemas económicos. No obstante ello, también quiero decir que sería distinto si fueran elecciones internas abiertas simultáneas. Pero si son simultáneas, ¿por qué no vamos a la general directamente? Porque si son simultáneas, participan todos, salvo en un esquema de voto no obligatorio. Alguien puede decir que voto no obligatorio con elecciones simultáneas abiertas es lo mismo que la general. Cuando no hay elecciones simultáneas abiertas, el otro partido interviene. Interviene para ayudar a que gane el peor, porque entonces tiene más chance. Esto ocurre localidad por localidad. Hubo localidades donde el radicalismo actuó para un sector y en otras para otro. Si el candidato de una localidad era bueno y entonces podía ser un contrincante, ayudaban a que gane otro. Todo esto eleva terriblemente los gastos de campaña. Porque en grandes extensiones territoriales, los gastos de movilidad son fenomenales, ahí no es tanto el gasto de publicidad. Ésta es mi reflexión sobre las internas abiertas. Reconozco que la Unión Cívica Radical tiene un mejor sistema: internas cerradas. Aparte digo esto, quizás es muy duro lo que digo. El que quiera opinar sobre política que se meta en los partidos. Y si no, que después participe en la general. Puedo ser muy duro, pero creo que esto se resuelve a través de la política y la política se expresa a través de los partidos, hay que militar en los partidos. Puede ser chocante, pero que luche adentro, que luche por las ideas, por el perfeccionamiento.

Pedro del Piero: Coincido con la defensa de los partidos. Pero en el tema de los sistemas, me parece que estamos orillando por lo periférico. Me parece que el tema está en el núcleo o en el nudo de cómo se estructuran los partidos, los políticos que están en los partidos efectivamente y qué relación se dan con la sociedad. Me parece que en definitiva habría en todo caso que hacer un esfuerzo más sólido, más contundente, más a fondo; de ir a uno de los valores que es el tema de la honestidad, en clave de construcción colectiva. No es simplemente un problema de corrupción estructural. Que lo es, desde ya, no estoy diciendo que no. Hay clientelismo. Le doy la razón a Juan Carlos (del Bello), creo que eso existe. Creo, además, que hay situaciones más dramáticas y más graves que Río Negro, en donde la población está capturada por cosas muchísimo más sofisticadas que un clientelismo en la interna o en la general. Está capturada por el empleo público, por planes Trabajar y por falta de agua.

En el fondo, y acá sí me parece que, más allá de las realidades de la metrópoli o del interior, creo que de última el rol del político es un rol que tiene un vínculo con la sociedad, que es el que hoy está en crisis y que se

traslada al funcionamiento de su estructura orgánica que es el partido. No es el partido en el aire el que está con dificultades, como una abstracción. Y en ese sentido, me parece que la idea es que a través de los partidos políticos no sólo se atienden los procesos electorales, sino, por ejemplo, como la autocrítica que hacía Jesús, que me pareció muy valiosa. Lograr que la UCR incorporara determinado tipo de funcionamiento institucional de participación, el tema de rescatar al afiliado y su entretanto, es decir, entre elección y elección, y qué puede hacer, es todo un tema.

Todo tiene un principio y un final en la conducta de los políticos que hoy estamos en los partidos políticos. Creo que nos tenemos que hacer cargo de esto. Porque somos los mismos que estamos en espacios de decisiones en el Congreso, en el Ejecutivo u otros que estuvieron antes. Lo concreto es, ¿dónde está la punta de la madeja? Por eso digo, yo trataría de abordar la cuestión desde esta periferia del sistema electoral, de la crisis de funcionamiento, de la cuestión de los medios de opinión.

Yo creo que son mentiras que los medios de opinión han desplazado a los partidos; los hemos dejado que nos desplacen. Tomemos conciencia. Algunas posiciones suelen ser antitéticas a lo mediático por principio, cuando en realidad hoy, nos guste o no nos guste, los medios sustituyeron a las tribunas: cuando éramos chicos íbamos a escuchar a Balbín, a Sueldo, a Alende, a los que venían al barrio. Hoy, eso ha sido sustituido por los medios y es un dato a manejar. Yo agregaría esto. No es que quiera polemizar sobre lo que se está planteando, que estoy de acuerdo, sino que agregaría que hay una cuestión de asumir responsabilidad de conducta por parte de los que hoy estamos en los partidos. Por eso he sido y quiero seguir siendo tan duro con quien sigo insistiendo que es mi jefe, que es Chacho Álvarez. Porque realmente no se puede seguir construyendo, y Jesús lo dijo elegantemente de otra forma, no se puede construir con figuras y operadores. Porque después pasa esto. Porque tenemos que comprar técnicos porque resulta que no hay, o los mecanismos de consulta son los de la última encuesta. Si hay una estructura no tiene importancia, y en definitiva el gabinete no sirve. Todos sabemos que nuestro gabinete no toma decisiones de gabinete, las decisiones se toman en otra parte y esto no puede ser. Para agregar un ejemplo más a los ya dados.

Pregunta: El tema de la opinión pública me interesa, porque usted se refirió en un momento a la construcción de la opinión pública. Recién acaba de hablar de la capilaridad de las encuestas, cómo se interpreta lo que la gente piensa. ¿Qué es exactamente para usted la construcción de la opinión pública? Porque es una cosa muy delicada que puede en algún momento cambiar una decisión de gobierno. Estoy hablando de opinión pública y no de opinólogos como estamos acostumbrados a escuchar. ¿Cómo opera esto en lo local y lo global?

Pedro del Piero: Cuando plantée la cuestión de la construcción de la legitimidad, haciendo un juego de la legalidad y el día a día, con respecto a la opinión pública, creo que no endiosé ni demonizé. Me parece que el mundo de lo social está siendo permanentemente indagado, trabajado, no sólo desde la política, desde todas las actividades de la sociedad, y hay modos de vincularse. Por eso, también, la cultura partidaria debería ser un modo de vinculación para tomar la sensibilidad de la opinión pública. En ese sentido, yo creo que lo que debemos es librarnos de la ingenuidad de pensar que la opinión pública son sólo los medios, porque los medios son una parte, que tienen también un impacto de lo que decíamos antes de profundo cambio. Y también hay una lectura sobre lo que publican los medios, que también es posible de ser analizado. Me estaba refiriendo a mucho más que eso, a comprender lo que va pasando en la sociedad. Porque además, el sistema republicano tiene como gran virtud la periodicidad del ejercicio de gobierno. Pero también tiene la falta de flexibilidad: por ejemplo, no tenemos revocatoria de mandato. Sería muy bueno ponerse a discutir si no fuese un tema interesante para conversar.

Había otro tema, el de lo local y lo global. Mi sensación es que la legitimidad hoy es posible fundamentalmente trabajarla desde el poder político local, que obviamente tiene que dar una fuerte batalla sobre las restricciones de lo macro. Hay un dato de la realidad que es contundente. Agregó, además, que coincidió totalmente con lo que planteaba Jesús (Rodríguez) respecto a la crisis de lo nacional, y además voy a poner un ejemplo brutal. Le voy a comparar al ejemplo que él ponía de la globalización financiera, los Estados que suscribieron al tratado de Roma, que deja establecida una Corte Internacional para el juzgamiento de delitos de lesa humanidad, y que han sido siete Estados en el mundo. Esto no se globaliza. Los derechos humanos no sufren la globalización que sufre el mundo financiero. La posibilidad de reconstruir fuertemente la legitimidad, yo creo, está al lado de la gente desde lo local, en una batalla de sostener identidad de lo propio. Incluso cuando uno empieza a bucear por dónde se puede destrabar el tema de la competitividad o de las ventajas de una determinada comunidad, como para poder zafar en su situación puntual de las reglas macroeconómicas que condicionan tanto, entendemos que es por lo local. Cada vez más. Lo vemos afuera y lo vemos adentro. Por eso, el tema de la gestión es importante. Porque en definitiva, la posibilidad de tener la adhesión del ciudadano, efectivamente la tendremos cuando hayamos logrado concretamente incidir en su calidad de vida o, por lo menos, poner en marcha un proceso que se sienta integrado, que se incida en su calidad de vida, que se sienta integrado a un proceso. Y hoy la educación, la salud, la seguridad, están siendo cada vez más responsabilidad de la gestión local.

Pregunta: ¿Cuáles son las variables esenciales que hay que movilizar para que el cambio se instale? Y terminémosla con que si los pobres, si la gente... Porque la gente somos todos. Nosotros. Los intelectuales argentinos dan pena, por no decir otra cosa. ¿Cuál es la estrategia del cambio? ¿Dónde está la punta? Chacho se equivocó, y fuerte. Prometemos, prometemos y prometemos, y después ¿qué hacemos? ¿No cumplimos nada? Hoy Lanata no dice lo mismo que tres o cuatro años atrás. ¿Dónde está el grupo de los tres o cuatro chicos que decían cosas? No está más. Desaparecieron. Cumplen un rol político porque obviamente detrás está eso financiándolo. Aquí falta la estrategia que se da para el cambio, pero para un verdadero cambio en todo sentido. Es cierto todo lo que hemos escuchado, pero, de pronto decimos, muy bien, ¿cuál es la estrategia?

Jesús Rodríguez: Yo no estoy tan seguro de que estemos todos de acuerdo en el diagnóstico. Ni todos los partidos políticos ni todos los argentinos están de acuerdo con el diagnóstico. Hay diversidad de puntos de vista y opiniones. Me parece que tenemos una alta propensión a subestimar la magnitud de la crisis, a pesar de que los problemas tienen que ver con circunstancias de tipo coyuntural. Creo que una opinión prevaleciente en la Argentina a fines de los noventa, era que los problemas económicos y sociales de la Argentina eran derivados de la reciente devaluación de Brasil, se pensaba que era una cuestión pasajera, que inmediatamente después la Argentina iba a recuperar su sendero de crecimiento. Y esto era algo generalizado. Hoy es posible pensar que hay un diagnóstico prevaleciente acerca de que buena parte de los problemas tienen que ver con la situación de las finanzas públicas. Éste puede ser un problema pero, en todo caso, no es el principal.

De ninguna manera yo estoy dispuesto a coincidir en la idea de que tenemos diagnósticos parecidos. Creo que hay diferentes diagnósticos, que hay diferentes puntos de vista, que en los partidos políticos hay una extraordinaria incapacidad para tener un debate político serio acerca de lo que está sucediendo. En el caso de los partidos vinculados al gobierno, porque todo debate puede ser visto como una situación que contribuye a dificultar la acción del gobierno en términos de la credibilidad que los actores tengan. Entonces, hay una suerte de silenciamiento o aletargamiento del debate hacia el interior de los partidos del gobierno. En el partido de la oposición, hay otro tipo de discusiones que están teniendo lugar, pero tampoco, por esa debilidad institucional a la que hacía referencia antes, existe un debate serio y sustancial. No existe un sujeto político llamado "el peronismo".

En consecuencia, los problemas de la Argentina son más complicados de lo que estamos dispuestos a creer o asumir. Y creo que esos problemas tienen una magnitud sustancial, de ninguna manera superficial. Los pro-

blemas de la Argentina deben verse en el marco de América latina, y si todos nosotros creemos que la democracia recuperada en los ochenta ya está firme y escriturada, yo no estoy tan seguro. La situación en Perú, Ecuador, Venezuela, Colombia, Argentina y Paraguay es complicada; en Brasil están los Sin Tierra, y en Chile todavía están viendo si pueden remover al comandante en jefe de las Fuerzas Armadas o no. La democracia tal cual uno piensa que debe ser no está vigente aún en esta parte del mundo. La democracia en términos del modo de organización social concebido, no sólo como sistema político, sino también como posibilidad de realización para los ciudadanos que viven en una determinada zona, tampoco. Entonces, estamos en una situación compleja. El problema se ubica, como decía Juan Carlos (del Bello), en aquellos que puedan creer que es posible dar marcha atrás el reloj de la historia, o aquellos que puedan tener una visión acrílica o resignada, de que ya no hay nada para hacer. Ninguna de las dos cosas es cierta. La reflexión es entonces tan imperiosa como la acción. La falta, la debilidad o la fragilidad de los partidos políticos como actores de la sociedad argentina no los transforma en actores. Una asociación empresaria, una ONG u otro tipo de instituciones tienen una importancia política incluso más sustancial que la que tienen los partidos políticos.

Juan Carlos del Bello: Aunque parezca mentira, yo creo que cada vez más nos podemos aproximar a compartir el diagnóstico. Y digo esto porque me parece que en la coalición gobernante se han dado cuenta de que no se podía hacer exactamente lo que se propuso hacer, y que había límites. No se puede rezar al mercado ni a la globalización, ni negar lo que ha sucedido en el mundo. En este sentido, me parece que ha sido una trampa mortal. Sí me parece que es posible construir lo que podemos llamar el proyecto de país, qué país queremos hacer en este mundo. Y es un problema de elección. Podemos equivocarnos o no, pero a mí me parece que eso es clave. Y es clave porque significa que los partidos políticos van a recuperar esto que han perdido de la crisis de representación y, por lo tanto, en el diálogo con los factores de poder, van a tener una posición distinta. Hoy, al no tener postura, el Gobierno es un barco sin rumbo y, por lo tanto, son los factores de poder los que determinan. En segundo lugar, se puede avanzar en el debate de las ideas. Y en este sentido, también voy a hacer una crítica a la academia. Yo creo que la academia ha estigmatizado los noventa como neoliberalismo. Término que ha simplificado lo que ocurre en el mundo y ha sido un grave error de la intelectualidad progresista argentina. Es la incapacidad de entender los fenómenos de una manera mucho más rigurosa. Y esto ayudó, si se quiere, por el lado negativo, a fórmulas de un supuesto progresismo que después, a la hora de los hechos, no puede cuajar. Yo fui secretario de Políticas Universitarias, y fui el autor de la Ley de Educación Superior. La actual secretaria de Ciencia y Tecnología, oportu-

namente presentó un proyecto en el Congreso para la gratuidad de la enseñanza universitaria. El Ministro de Educación de este Gobierno, que es jefe de ella, tiene un proyecto de impuesto al estudiante. ¿En qué quedamos? ¿Podemos discutir de una manera madura esto? La universidad de Franco en España era gratuita. La universidad de Felipe González de la socialdemocracia está arancelada. No es que quiero impulsar el arancel en esta discusión, simplemente no podemos debatir ni siquiera en los recintos académicos. En mi Universidad de Quilmes, cuando discutimos esto, viene el movimiento estudiantil con un cartel donde dice: el arancel no se discute. Estamos hablando de los sectores intelectuales. Si no tenemos posibilidad de debate de ideas en educación, en salud, en reformas institucionales, es imposible avanzar. Hay una negación. En ese sentido, es todo muy patético. Quizá lo que yo tengo es una visión pesimista, aunque un pesimista es un optimista con información. No sé si escéptico. He trabajado mucho en el tema educativo y es una cosa que me preocupa. Nuestro actual Presidente estuvo en la carpa blanca. La carpa blanca pidió el incentivo docente y hoy el incentivo se paga con los fondos que antes estaban destinados a las escuelas rancho. Saquémonos la careta y digamos las cosas cómo son. Hemos desfinanciado la construcción de escuelas, la distribución de libros, pero implementamos el incentivo docente. Si se podían haber hecho las dos cosas, bárbaro, que se hagan. Pero no vistamos a un santo desvistiendo al otro. Creo que en esto hay mucha hipocresía. Creo que tenemos una cosa por reconstruir que es la capacidad del Estado. Los medios de comunicación están normados en los países desarrollados. No es esta discrecionalidad con que se manejan aquí ya que al otro día siguen teniendo el micrófono. En otros países dan subsidios a la pequeña empresa y no tienen problema en decirlo abiertamente. Y está normado. Lo que pasa es que también es necesario un cambio cultural. En determinadas sociedades como la francesa, la sociedad no se mete en la vida privada. A nadie le importa un comino si Mitterand tenía una amante y si tenía hijos fuera del matrimonio. En nuestra sociedad, el que es político y es hombre público perdió su intimidad y su vida privada. Eso es un cambio también cultural. En definitiva, los medios son lo que son por el *rating* que tiene "Gran Hermano" y "El Bar", donde el que hace el *casting* selecciona para ver si no pueden producir una oración. El tema es que los que van a estar ahí son aquellos que no pueden construir una oración con sujeto y predicado, es decir, que tengan un lenguaje tosco y vulgar. Hay un espacio para normar, hay muchas cosas que se pueden hacer. Los canales de televisión estatal no deberían ser del Gobierno, ni de éste ni del anterior. Tiene que haber un canal estatal que sea administrado de una forma diferente. No por el poder de turno.

Hablamos del financiamiento de la política. ¿Por qué no tenemos como Estados Unidos y Francia, el sistema del tribunal electoral, donde hay un

hombre probo, en general un hombre de derecho que no tiene que ver con los partidos, que administra, y hay una junta donde están representados todos los partidos y los fondos van ahí? Cuando hay aportes privados, se especifican y se transparentan. En la Argentina, en el Ministerio del Interior una parte va para votos y otra parte para el amigo. Cuando gobernábamos nosotros era para nosotros, ahora es para otro. No digamos que ahora es distinto que en el pasado. La mecánica es la misma. Lo que cambió es el actor que está en posesión de la caja. Yo creo que el Estado debe financiar los partidos políticos. No quiero uno, sino tres pesos por voto; más financiamiento, con un Tribunal Electoral, pero con transparencia en el uso de los fondos. Se pueden hacer cosas que vayan perfeccionando el sistema y que podamos recuperarlo. Ahora, me parece que va a ser imposible recuperarlo si no resolvemos el problema de la crisis de representatividad. Y esto tiene que ver con el contrato electoral. Y para que no se viole el contrato electoral, no alcanza con ser razonable cuando se está en el ejercicio del poder, hay que ser razonable antes. Si está roto el contrato, hay incredulidad en los políticos. Yo podría haber sido candidato a diputado nacional para las próximas elecciones, y no quiero ni aparecer. Yo creo que nos van a colgar a todos. Esto es lo que va a ocurrir si no lo resolvemos. Ahora, ¿cómo se resuelve? Yo creo que fortaleciendo los partidos políticos. No acompañando este discurso facilista, mediático, en donde todo es corrupto. Más o menos lo mismo que en el proceso: Y por algo será, algo tendrá que ver. Creo que es patético ver a los medios y a los comunicadores sociales diciendo que todos son corruptos. Yo formé parte del gobierno anterior y no puedo negar que ha habido hechos de corrupción, como en este gobierno también. La estética del anterior Presidente, la estética de los hijos del actual Presidente, sus notas, las calificaciones en la Facultad de Derecho, está todo podrido. No es que éste es bueno y el otro es malo. Ese espacio creo que hay que recuperarlo para los partidos políticos. Yo creo en la política y creo en los partidos. Por eso es que yo me ciero en cuanto a las internas abiertas. El independiente, y bueno, que vote cuando le toca. Es lo mismo que en la acción social. Si no te gusta la política, bueno, andá a una ONG y hacé acción social y si no hacé política. Ese espacio es de los partidos. No hay otro espacio. Después están las academias. Como decía Rico, la duda es la jactancia de los intelectuales. Los intelectuales tienen dudas, entonces hacen abstracciones. En realidad, lo que yo transmito son cuestiones que tienen que ver con muchas vivencias personales. Yo sé lo que son los microemprendimientos barriales, sé lo que es un puntero. Con la miseria y la marginalidad no hay ciudadanía. El voto, al final en esos casos, es la obtención de un ingreso. No hay discusión de ideas. Hoy estamos separados, pero hemos trabajado juntos con Pedro muchos años, con Jesús Rodríguez. Hay un espacio para hacer algo transversal con un nuevo proyecto.

Pedro del Piero: El tema es político, el tema es de autoridad y el tema es, sigo pensando, más de personas que de instituciones. Incluso yo discrepo de cierta generalización de tu discurso, porque me parece que evita entrar en un terreno muy concreto que es el del compromiso con nombre y apellido. Y creo que ése es el que hay que jugar a fondo. Vuelvo a insistir, porque fui el primero que lo planteó en la mesa, en la férrea defensa de los partidos como estructura de representación, de mediación entre la ciudadanía y los espacios institucionales. Yo doy un ejemplo muy sencillo. Si acá hay un aula del secundario en vez de haber un posgrado y entra un profesor que no sabe, no tiene autoridad, no hay orden, y entra otro profesor que tiene autoridad, sabe, y automáticamente, ¿quién impone autoridad? Quiero transmitir algo que es de fondo, estamos fallando las personas, y esta insistencia a cierta generalización o insistir que solamente es una cuestión de espacio que necesitan los partidos, entonces, yo hago la pregunta, explicame Juan Carlos (del Bello) ¿cómo conseguimos que los partidos políticos tengan lugar, decime por dónde?

Juan Carlos del Bello: Comparto con vos que es un problema de las personas, pero es también de las cuestiones más estructurales. Las cuestiones estructurales tenemos nosotros la posibilidad de modificarlas. Es también un problema de partidos. Si los partidos nos pusiéramos de acuerdo sobre el financiamiento de la política esto ayudaría.

Pedro del Piero: ¿Querés que te cuente que hace exactamente nueve sesiones que en el Senado se está tratando de sacar cuatro proyectos? Recién anoche aprobamos el segundo. Esto ni es para empezar. De todos modos, por lo menos que salga.

XIII

¿CAMBIO POLÍTICO DESDE LA POLÍTICA?

LUIS MORENO OCAMPO

12 de julio de 2001

Lo primero que quería plantear es que hay un problema de diseño. La idea del Estado como unidad política presupone una serie de requisitos. Primero, los organismos del Estado tenían el monopolio de establecer las reglas. Las personas sometidas al Estado eran más o menos homogéneas, tenían un poder más o menos similar. Y la última ficción era que los Estados nacionales se encontraban entre sí en igualdad de condiciones; obviamente en Naciones Unidas se veía que esto no era tan así. Estos tres supuestos reposan en ciertos datos que demuestran que es difícilmente viable esta idea.

Primera cuestión: la idea de que los Estados establecen de manera monopólica las reglas de un país. Por ejemplo, una de las reglas más importantes para la Argentina son las reglas que definen los precios de los productos agrícolas; el Mercosur es el principal productor agrícola del mundo y sin embargo los precios de los productos agrícolas del Mercosur no están definidos por Brasil o la Argentina sino que están definidos básicamente por el sistema de subsidios europeo y norteamericano. Una de las reglas más importantes no la definen los países nuestros sino otros países. Como el comercio es mundial, lo que esos países definen afectan nuestra producción de manera substancial. Si no hubieran subsidios europeos nuestra situación económica sería muy diferente. Otro ejemplo es que no solamente otros países definen nuestras políticas sino que hay compañías que definen nuestras políticas. Si éstas suben o bajan el pulgar, pagamos cientos de millones de dólares más o menos. Ni siquiera son otros países, una pequeña consultora como Standard & Poors define nuestra vida cotidiana. No todos los estados nacionales tienen la misma precariedad que el argentino,

me parece. En primer lugar, hay una diferencia muy fuerte entre los países centrales y el resto de los países. Justamente uno de los problemas que hay es que el FMI está en Washington y los *policy makers*, la gente que hace política en el mundo de hoy, básicamente es gente que o nació y vivió, o por lo menos estudió en los países centrales. Ellos —no creo que ni siquiera lo hagan por mala fe— no pueden ni imaginar, un alemán o un norteamericano que nació en Boston, que un juez por ahí no es un juez, un policía es un ladrón y que el Estado en realidad no tiene capacidad de decidir nada. De hecho, si ustedes piensan que el Banco Mundial hoy —yo estoy usando datos del BM— demuestra cómo en toda la ex Unión Soviética los empresarios reconocen que compran decisiones judiciales, leyes, decretos y compran cargos de ministros con porcentajes del 20, 25 %. Si éstos son los datos que recoge el BM con sus encuestas, ¿qué hace el BM trabajando a través de esos Estados?. Me parece que hay un problema con los Estados nacionales de los países débiles ya que no tienen la capacidad que antes pensábamos que podían tener de hacer sus políticas. Las políticas ya no son nacionales, son globales.

Segunda cuestión: los ciudadanos de los Estados nacionales ya no son grupos homogéneos de individuos. Por ejemplo, piensen que Ford Motors Argentina depende de Ford Motors de San Pablo, que a su vez depende de Ford Motors de Estados Unidos. Entonces, ¿cuando habla Ford Motors Argentina en la Argentina y pide una ley, lo hace porque le conviene a Ford Motors Argentina, a Ford Motors de San Pablo o de Estados Unidos?; es muy complejo saberlo y ni siquiera lo sabemos, porque no nos cuentan cuál es el interés real. No solamente tenemos el problema que los que establecen las reglas son muchos y variados, sino que los que reciben las reglas también son muchos y variados. Es más, hay personas que tienen intereses en nuestro país que no viven en nuestro país. Wall Street básicamente es eso. Son gente que no vive en la Argentina, y que por eso son muy volátiles, pueden entrar y salir. Pero, sin embargo, tienen sus intereses acá puestos. Hay temas que son básicos para ellos; que no se pague la deuda obviamente, que para ellos es una cuestión por la que están dispuestos a tener una pelea brutal ya que están en juego sus intereses, los cuales van a ser defendidos de otros modos. Justamente, en sociología política se dice que uno de los roles del Estado es proteger los derechos de propiedad. El derecho de propiedad de los prestamistas de la Argentina no está protegido por el gobierno argentino; al revés, está protegido por ciertos países que son la base de esos bancos y los organismos multilaterales. Justamente, esos organismos como los bancos no tienen un espacio legitimado en el sistema jurídico formal. El diseño que tenemos para solucionar lo institucional no recibe a las empresas, entonces usan influencias, poder, corrupción para conseguir sus objetivos. No tengo datos de América latina, tengo datos de la ex Unión Soviética que muestran clarísimo el tema de lo que

se llama captura del Estado. Es otro de los objetivos de las reglas de Europa, cómo el modelo que tenemos en la cabeza de diseño internacional no condice con la realidad. Eso es lo que tenemos que entender. A los abogados les cuesta mucho porque es como renunciar a su propia identidad.

La otra cuestión que me parece que habría que ver es la captura del Estado por los partidos políticos. La lógica de los partidos políticos es tener el poder, y el respeto por la legalidad por los partidos políticos no es un interés tan fuerte como el interés de tener el poder. Cuando uno habla con los políticos sin cámaras, ellos califican de ingenuas a las personas que creen que la política se puede hacer sin plata. Hoy estaban hablando de reducir el costo de la política, entonces bajan los sueldos. El costo de la política no son los sueldos, ni los fondos públicos para las campañas, que es una pequeñísima parte del gasto en las campañas. La captura del gobierno empieza desde antes, desde la campaña electoral. El caso del Senado es un buen ejemplo de cómo se compran leyes. El Ejecutivo quería triunfar en un punto, entonces compra leyes. De la Rúa conoce el Senado porque fue senador muchos años y hay senadores que venden leyes. El resultado de eso es que en Perú se armó un escándalo donde se vio por televisión que Montesinos, que era el secretario de Inteligencia, compraba por 15.000 dólares la voluntad de un diputado. En la Argentina pagamos 10 millones por unos cuantos senadores, y el resultado no fue que renunciaron los senadores, sino que renunció el que denunció el hecho. Y justamente los partidos políticos aislaron a Cafiero, por ejemplo, aislaron a tipos que se animaron a denunciar, mientras que había sido Flamarique el que se mandó una jugada muy pesada. Cafiero dijo que él tenía la certeza, no las pruebas, y el que le saltó a la yugular fue Leopoldo Moreau, ni siquiera sospechado de recibir sobornos. Es como Alfonsín, nadie dice que sea deshonesto él, pero defiendo todas las triquiñuelas de la clase política. Es un problema de acción colectiva, no es un problema individual. No es que todos los políticos son corruptos, pero como todos actúan en grupo, basta que dos o tres hagan un negocio y los demás se callen para que todo funcione así. A mí me parece que ésta es la dificultad para el cambio que hay. Un amigo mío me contaba que hay tres reglas básicas. La primera es, yo hago mis negocios, vos hacés tus negocios. La segunda regla es, yo no me meto en tus negocios, vos no te metés en mis negocios. La tercera regla es, si yo te ofrezco un negocio a vos y vos me decís que no, estás afuera. Bordón se ufana de que cuando él fue senador rechazó un sobresueldo que había para los senadores peronistas que pagaba la SIDE. Entonces yo le digo, “pero por qué no lo denunciaste”. “Y, no, yo no lo puedo denunciar”. Su honestidad llegaba a rechazar el soborno, pero él no podía romper los lazos con el partido, porque si los rompía quedaba inoperante. Creo que ésta es justamente una muestra de la enorme dificultad de cambio. Se estima que algunos de los denunciados van a volver a ser senadores electos ahora. Ésta para mí es la segunda

gran dificultad que tenemos. Nuestra clase dirigente no nos representa, representa otros intereses que no son los de los ciudadanos.

Veamos el caso de Cavallo cuando reasume como ministro de Economía. Cavallo era el representante de los bancos en la Argentina. Si ustedes recuerdan, los reunió en el primer día de su gestión y los banqueros se levantaron y se fueron. Les dijo: yo no voy a pagar tasas del 12 %. Pensó que como es conocido en Wall Street y es un niño mimado, podía jugar ese partido, y chocó contra una pared; estaba solo, tan solo como Chacho Álvarez. El tipo se recicló y terminó haciendo el megacanje. Pero esto no habla de un problema de Cavallo, esto es otro de nuestros problemas, que es nuestra falta de capital social. No teníamos una clase dirigente que dijera sí, pagar el 15 % es una locura, ¡basta! Esto lleva al centro del problema, que tiene dos partes. Una, está referida al tema de la captura del Estado, sobre lo cual estuve trabajando con gente del Banco Mundial recientemente. Si bien yo no tengo números sobre eso, tengo la sensación. Yo preguntaba entonces, ¿por qué medimos el Estado de cada país? ¿por qué no medimos los empresarios de cada país? A ver si encontramos la diferencia. Porque justamente tal vez la diferencia entre Chile, la Argentina y Brasil no pasa por el Estado, pero sí hay diferencias en el empresariado. Yo creo que uno de los problemas argentinos es que no tenemos más clase empresarial. Los empresarios argentinos son tipos que se pusieron a ganar plata básicamente en función de prebendas que le sacaron al Estado argentino. Hay un informe del Banco Mundial de 1997 sobre las crisis financieras; la mayor crisis financiera en términos del costo del PBI, es la de la Argentina de 1980-1981 que se llevó el 60 % de nuestro producto, si fuera hoy serían 180.000 millones de dólares. Eramos ricos, ahora somos ricos: tenemos cataratas, montañas, pero capital social modelo africano. Estoy trabajando con un amigo mío que es un periodista de la BBC que vive en Kenya. El caso más grande de corrupción que hubo en Kenya era el de una compañía que exportó, después lo importó, después lo exportó; el negocio era recibir los subsidios por exportaciones por los que recibió 500 millones de dólares. No hay ninguna conexión racial ni comercial ni territorial entre Kenya y la Argentina, pero el resultado del tema público es idéntico, es el mismo caso. Son dos grupos diferentes que hicieron el mismo negocio en los dos países. Una especie de fenómeno darwiniano, que en el mismo contexto se produce la misma especie. La Argentina y Kenya tienen un sistema público con un resultado idéntico. Por un lado una clase dirigente empresarial que no tiene ninguna capacidad de articularse; más bien vendió todo y se fue, se quedó en Suiza, se quedó en Caimán, se dedica a hacer negocios sobre la base del Estado. Y, por otro lado, el resto de la sociedad, una sociedad muy desarticulada, con mucho conflicto para organizarse.

Escucho comentarios de apoyo o de crítica sobre los tres puntos que expuse.

Comentario: Considero correcto el análisis. Coincido con el análisis. Yo soy del Partido Socialista Popular, es decir, de un partido que está muy lejos de toda esa práctica política. Me da mucha pena, porque por ahí hay reservas morales en partidos chicos. Coincido en su análisis sobre los partidos políticos, pero realmente me dolería mucho pensar que nos vamos a quedar ahí. Yo espero que la política cambie.

Respuesta: El problema que tenemos es que los partidos políticos con poder están capturados. Los que no tienen poder no importan, no los capturaron todavía.

Comentario: Yo creo que tu análisis de tres ejes hace al punto de vista coyuntural, pero dejás de lado lo estructural, que da lugar a estos efectos. Creo que es el sistema capitalista, en su reconversión de productivo a financiero —donde evidentemente lo único que interesa es la posibilidad de hacer dinero con más dinero— un punto fundamental a tomar en cuenta. La corrupción es inherente al sistema. Por más que uno quisiera combatirla, no va a transformar los males o el cruzamiento de intereses que son incambiables entre sí. Por más buena intención que vos tengas de sentar en una misma mesa al señor Mulford con un piquetero, yo creo que están bien diferenciados los intereses de uno y de otro. Para mí la corrupción es del sistema, porque Mulford está acusado de quedarse con las comisiones del megacanje. Otro ejemplo es el de IBM: está comprobada la responsabilidad de la central de Estados Unidos, sin embargo, hicieron ir al juez argentino allá con un cuestionario que no podía preguntar determinadas cosas. La otra cuestión tiene que ver con que en estos días, Microsoft tiró atrás un fallo donde su actitud monopólica iba a generar un monopolio depredador y un juez había mandado a dividirla en dos empresas, pero después la Corte mandó para atrás. Vemos que el sistema está tan fortalecido en los mismos lugares donde uno supone que hay seguridad jurídica. Ante el desdibujamiento del Estado nacional, la soberanía no tiene nada que ver con sus límites geográficos ni con sus símbolos, sino con su propia incapacidad de enfrentar esos intereses, que van coartando el sistema político, y por eso van degradando la política. Yo no creo que todos los partidos políticos, aun los chicos que no han llegado al poder, sean captados. Yo conozco algunos diputados que se fueron de la Alianza y no levantaron la mano para votar la ley de flexibilización laboral.

Respuesta: Lilita Carrió todavía no renunció al Partido Radical. Está aislada totalmente. Si vos sos miembro de un partido te podés pelear y formar tu grupo. Yo no creo que la corrupción sea un problema solamente del sistema capitalista. Es más bien un tema del hombre, que defiende sus propios intereses. Pero vos tenés razón en que hay toda una lógica del ca-

pitalismo. Pero al mismo tiempo, hay una preocupación: me parece que en los países centrales hay más capital social y hay más preocupación sobre este tema. Yo trabajo en el tema corrupción hace unos doce años y el avance es tremendo en los últimos cinco años. Hasta el año 1996 la palabra "corrupción" no se utilizaba en el Banco Mundial. El BM no representa a los ciudadanos del mundo, representa a los países del mundo, a los gobiernos. Así que hasta 1996 el tema corrupción no estaba incluido en la carta del BM. A partir del Informe de 1997, hay dos capítulos sobre la corrupción, y en 1998 se incorporan reglas nuevas. Hace dos años se cambiaron las reglas en Suiza. ¿Saben cómo se descubrió la plata de Montesiños? Hay nuevas leyes en Suiza, y la fiscal suiza lee el diario y libra un oficio a los bancos, y los bancos le cuentan, y se juntan 100 millones de dólares. Se congelan y pide que les manden pruebas de que esa plata es ilegal. La fiscal se mandó sola a Perú y decía por televisión: "yo le mandé hace dos meses la nota al fiscal peruano y no recibí respuesta".

Yo estuve en la audiencia del Comité de Investigaciones del Senado estadounidense. Hay dos cosas, instituciones que funcionan y empresarios con mucho poder que le meten arena al sistema. Están concibiendo el tema del soborno. El primer informe del Senado constata el enorme negocio que es para los bancos las cuentas corresponsales, las que abren otros bancos. El movimiento de dinero por día en las cuentas corresponsales, en diecinueve bancos nada más, son tres trillones de dólares por día de movimiento. La plata que mueven es brutal, y por eso la dificultad para pararlos es muy grande. Pero, al mismo tiempo, son burocracias las que manejan los grandes bancos, no son un tipo. Las burocracias tienen ciertas dificultades, los tipos saben que caen, entonces la lógica es muy complicada. Al mismo tiempo, hay reglas y hay preocupación por el impacto de la corrupción. Hay un problema que es que a las grandes compañías les cuesta muchísimo pagar sobornos. Me contaba un amigo mío, que trabaja en China como gerente de una compañía americana, que tenía que llevar cuatro sistemas de libros. Uno, para el gobierno nacional chino con ciertas cosas que tenía que poner ahí para que los tipos no molesten. Otro, para el gobierno cantonés. Otro, para la compañía norteamericana que exige una serie de reflexiones, y un cuarto, para saber cuál es la situación real porque si no se perdía. Ésa es una dificultad enorme para las compañías grandes. Pagar sobornos para estas compañías es un tema de una gran complejidad, entonces no tienen mucho interés. Lo que quieren es un modelo homogéneo donde puedan hacer negocios sin necesidad de andar comprando voluntades. Hay muchas cosas cruzadas. Yo no creo que el capitalismo imponga de por sí corrupción; creo que impone poderes importantes que se desatan y ofrecen dificultades para refrenarlos, y los frena mejor la justicia suiza que la justicia argentina.

Pregunta: ¿Por qué la corrupción ahora es un problema si el Estado siempre funcionó de manera corrupta?

Respuesta: Sobornos hay en todos los lugares del mundo, pero la diferencia entre el soborno en Suiza y en la Argentina es que en Suiza le pagás a los ministros y no a los empleados; y no les pagás el 10 %, les pagás el 1 o 2 %. La diferencia es quién lo recibe y qué porcentaje recibe. En términos morales o jurídicos, 2 o 50 % es lo mismo; en términos económicos, no. La corrupción que se acostumbra en el mundo capitalista desarrollado consiste en contribuciones elegantes a personajes altos, no pagar un soborno para que te dejen pasar por la aduana; eso es una porquería, eso no lo quieren hacer.

Pregunta: ¿Hay una doble moral en los países centrales?

Respuesta: Evidentemente, el que paga recibe ganancias. El que recibe un soborno, traiciona a su organización. Las compañías cuando pagan sobornos a los funcionarios públicos están esquilmandonos a nosotros y recibiendo ganancias ellos. Siemens de Alemania no reaccionó cuando se enteraron que Siemens estaba sobornando al gobierno de Menem. Alemania no dijo nada. Cuando el gobierno éste quiere cortar el contrato con Siemens, ahí sí.

Comentario: Yo creo que has dejado afuera algo fundamental cuando te referís a la evolución del capitalismo, ha dejado de ser productivo para ser exclusivamente financiero y de servicios, que es el trabajo. No le interesa a estos grandes prohombres que puede haber en las multinacionales si hay gente que trabaja, no trabaja, si come o no come. Sólo es productivo el que está adentro del sistema, el que no está dentro del sistema no existe.

Respuesta: Yo no estoy diciendo que el cuadro que yo describí me parezca favorable. Si queremos hacer una tarea de cambio, empecemos por entender qué es lo que nos está pasando. Pasa esto, veamos qué es lo que podemos hacer. Si yo digo que todo el capitalismo es el problema, entonces tengo que ver el socialismo. Yo soy abogado, y ahora, lo que yo sí creo que puedo hacer, y estoy trabajando en eso, es recuperar fondos de corrupción de nuestros dirigentes políticos. Y eso va a ser un disuasivo interesante en el futuro. Porque no lo voy a hacer con nuestro compatriota el juez Urso, lo voy a hacer con la jueza suiza o con el juez de Nueva York.

Orígenes y desarrollo de Poder Ciudadano: Quiero explicarles lo que nosotros estamos haciendo desde Poder Ciudadano. Poder Ciudadano nació en el año 1989. Yo fui fiscal en el juicio a las juntas militares y tam-

bién en el de Malvinas. Lo que yo entendí con los juicios es que los políticos nos aplaudían porque los militares constituían la red que había que desplazar, pero nos cuestionaban cuando nos metíamos con la corrupción. Y ahí surgió la idea de armar Poder Ciudadano, para medir la corrupción. Una cosa muy pluralista, con gente de todos los grupos y trabajando en temas tan básicos que nadie esté en desacuerdo. Justicia independiente, no corrupción, libertad de prensa, son temas tan elementales que nadie puede estar en desacuerdo.

Yo había percibido que los grupos de derechos humanos tenían mucho conflicto con la autoridad, eran grupos basados en víctimas. Ahora, se trataba de constituir una alianza de gente que se planteara que en democracia todos somos ciudadanos y dueños del poder. En la época de Menem era facilísimo. Era como un rol simbólico muy fácil y muy claro. Porque el discurso de Menem no es un discurso democrático institucional. Fue muy fácil para Poder Ciudadano ocupar un lugar simbólico; era un rol que teníamos que hacer.

Teníamos adhesión empresaria cero. Cierta vez, un empresario me explicó: Mirá, yo estoy de acuerdo con lo que vos hacés con el tema de la corrupción, pero no me pidas a mí que colabore. Porque detrás del tema de corrupción están Menem y Duhalde; si yo me meto en el tema corrupción pongo mi empresa en riesgo político". Nunca conseguimos una empresa que nos ayudara porque tenían pánico de quedar pegados a Poder Ciudadano.

Para llegar a Chacho Álvarez: cuando se armó el tema de los sobornos del Senado fui a verlo a Chacho. Me pregunta ¿dónde está la sociedad civil?; "acá estamos". "Sí, pero son dos", me dice. "¿Dónde están los 50.000 tipos en la plaza?" "La verdad que no tenemos 50.000 tipos". Yo ahí presentía que Chacho era el responsable del problema. Yo tenía una visión como si fuéramos Estados Unidos; que el Estado es responsable del problema, no yo. El problema del Senado es una cosa que a mí me parecía muy mala, pero Chacho estaba ocupándose del tema, entonces no hacía falta que yo me metiera. Y ahí veo la dificultad: que el Estado nacional tiene una escasísima capacidad de operación, aunque esté el vicepresidente metido en la historia. Y cuando Chacho me dijo a mí dónde están los 50.000 tipos tenía razón. A los quince días se fue.

Empezamos a pensar en serio que teníamos que cambiar nuestra lógica y empezar a plantearnos otra tarea, además del tema de la información masiva, que es una cosa que Poder Ciudadano hace y hacía; transformamos el discurso técnico en discurso popular, traduciendo al discurso popular cosas básicas, no cosas sofisticadas, cosas básicas. Y eso fue durante muchos años nuestra actividad, difundir ideas para que mucha gente participe, formando una trama que la sociedad necesitaba. Ésta era nuestra visión del fenómeno; vos influenciabas sobre el Estado y el Estado después

cambiaba. A partir de lo de Chacho dijimos: no es cierto, el Estado por ahí no va a actuar.

Chacho denuncia esta situación y ningún partido político lo apoya. Todo el mundo quiere parar la cuestión. Entonces nos replanteamos el tema; tenemos que hacer otra cosa diferente. Chacho me decía: "Pero al final vos me mandás cuatro viejitas al Senado y con eso creés que vas a arreglar algo". Creo que es cierto, que si los movimientos sociales no tienen la capacidad de generar una acción colectiva, el impacto es muy reducido. El Chacho, como Poder Ciudadano, se hizo popular hablando en televisión. Yo sentía que mi rol era fuera de la política; a mí siempre me ofrecieron cargos. Él construyó poder con discurso sobre cosas básicas pero que él no podía hacer. A mí me parece que el aporte de Chacho a la política argentina fue oxigenar. El hecho de que la fórmula Bordón-Chacho haya sacado el 35 % de los votos me parece una muestra de oxigenamiento de la política muy importante. Me parece que Chacho fue una de las fórmulas que encontró la sociedad argentina para oxigenarse y revitalizarse. Lo que hizo fue muy importante en términos de construir. Yo le decía: Me parece que vos tenés que ser un partido de oposición, no un partido de gestión, no vas a tener capacidad de gestión. Tu rol de control puede ser más importante". Yo lo veía así. Supongo que cuando yo le decía que se quedara en la oposición, había un montón que le decían vos sos un estúpido, ocupá poder.

Seguidamente voy a explicar lo que hacemos en Poder Ciudadano como estrategia. La idea es que tenemos que hacer una acción colectiva masiva. Nosotros nos planteamos tres tipos de metas. En el corto plazo, lo que nos planteamos como meta es cumplir el rol de tercera parte que observa. Y ese rol, hemos visto que tiene un efecto de cambio impresionante. En un país con tanta plata negra, vamos a controlar los egresos. Hicimos una movida muy fácil. Una alianza con Ivope, que es una compañía que mide publicidad. Y después logramos hacer un acuerdo con los partidos políticos, que no les cuento como fue porque es complicadísimo. De la Rúa estuvo horrible, pero logramos hacer un compromiso. Y a tener informes sobre los gastos de campaña de los candidatos. Eso nos salió bastante bien. Básicamente para saber cómo juega la política. Chacho Álvarez un par de veces amenazó con que iba a ponerse a monitorear los fondos de campaña. Duhalde, que se quería pegar al gobierno de la Alianza en el tema de la honestidad, le jugó la idea de que el tema del control de la corrupción tiene que ser un tema de todos los partidos; hagamos un acuerdo para el control de la corrupción. Duhalde tiene un problema de imagen insoluble. Una vez les mostramos a unos periodistas un video que mostraba a Duhalde entrando a un banco. ¿Qué ven acá? Es Duhalde que quiere robar un banco. Mostramos un segundo video de De la Rúa con un revólver en cada mano y el cajero del banco que hacía así. ¿Y este video

qué significa? Es muy claro, es De la Rúa que quiere depositar sus armas en un banco. Duhalde tiene un problema con su imagen y por eso quería adosarse a De la Rúa y éste estaba buscando como diferenciarse. Entonces, me llama a casa Chacho y me dice: “Estamos acá con Fernando, queremos hablar con vos; si vos estarías de acuerdo en que monitoreen los gastos de la campaña”. Le digo que sí, pero que si Duhalde nos lo pide también lo hacemos con Duhalde. El domingo, Duhalde saca una solicitud con este tema y yo dije, no, este Duhalde es un corrupto. Al día siguiente, Cavallo, que no tiene un mango para gastar, dice: “Yo quiero que me monitoreen a mi también”. Porque a él le convenía, si no tenía un peso para gastar. Todos decían que estaba bien, pero cuando había que firmar el convenio nadie firmaba. Entonces hablamos con Grondona: “Y si a vos te parece, en cada bloque firma un candidato diferente”. Armamos el programa. Duhalde dice que sí, Cavallo el primero. A Duhalde le decíamos que De la Rúa iba, entonces él decía: “Yo también voy”. Y De la Rúa era el que sí, que no. Llegó el jueves y De la Rúa que no, que era una vergüenza. Entonces nosotros los apretamos, Duhalde firma. Una lucha feroz; se nos empezaron a caer los tipos. Si De la Rúa no iba, entonces Duhalde no iba. Quedamos en que lo iban a terminar firmando, pero no iban al programa. Cavallo ya había firmado a la mañana porque le convenía siempre. Yo llamaba a Duhalde, y los asesores de De la Rúa lo llamaban a Duhalde para decirle que De la Rúa no firmaba, que Duhalde tampoco firmara, que yo los estaba corriendo. Cuando voy a verlo a Duhalde, me dice: “No sé qué voy a firmar. Cuando Duhalde firmó, De la Rúa estaba perdido porque no podía no firmar. Firmó a las nueve y media de la noche. Así firmaron. Cuando fuimos a buscar el primer informe al comité de campaña, estaba Flamarique con cara de mal humor. Una de las comprobaciones que hemos hecho es que los dos partidos que más gastaron y no lo pueden justificar, son los dos que ganaron. De la Rúa e Ibarra son los dos que gastaron más. La información la tenemos, pero no por eso la gente los dejó de votar. El tema es cómo generamos que la información se convierta en acción. La primera etapa que estamos haciendo es esto del monitoreo, que por mirarles el juego, el juego cambia.

Tenemos una tarea en el corto plazo que es ésta, con pequeñas fuerzas pero concentradas, estamos monitoreando gastos y ahí vemos que se produce un efecto importante, porque los tipos se sienten mirados y eso les cambia el juego.

Estamos pensando para después de las elecciones del Senado armar un esquema que se llama “Adopte un Senador”. Lo controlás. Lo primero es mirar lo que hace el sector público y armar alianzas. Cuando cambió el gobierno dijimos, vamos a trabajar con las ciudades, que es más chico, más fácil. Entonces le mandamos una carta al intendente de Buenos Aires proponiéndole hacer transparente los grandes contratos de compras. Manda-

mos cuarenta cartas, tuvimos dos respuestas: Lanús y Morón. En Morón es un intendente joven, que es el tipo que lo echó a Rousselot y es un personaje bárbaro. Dijo: "Yo soy del Frepaso, tengo que aprender a gestionar, porque yo te voy a explicar la diferencia entre un intendente peronista, uno radical y uno del Frepaso. El peronista recibe 100 cajones de manzanas de regalo, se roba 50 y los otros 50 los reparte en la villa. El radical recibe 100 cajones de manzanas, se roba 30 y los otros 70 se le pudren en el depósito. El del Frepaso recibe 100 cajones de manzanas, manda un cajón a bromatología para que investigue cómo están las manzanas y pide un dictamen a legales. En el camino, se le pudrieron los 100 cajones".

Ahí tenemos un modelo que nosotros aprendimos; en los grandes contratos, la trampa está en el diseño del pliego. Nosotros estamos trabajando sobre la audiencia pública para discutir el pliego de condiciones. La verdad que fue súperinteresante ver cómo en la simple mirada pública cambia el juego. Les cuento un par de ejemplos. En Morón estaba siempre Cliba. Los concejales peronistas, a muerte con Cliba. Cuando tuvimos acceso al pliego de condiciones, vimos que piden cinco años de antigüedad. Con cinco años sólo puede ganar Cliba, que es la única que los tiene. Si piden cuatro años, hay siete compañías. Y fue el sobrino de Moyano que, a pedido del gremio de los choferes, propuso, y se incorporó, una cláusula por la que la nueva compañía tenía que ofrecerle trabajo a los choferes de la compañía anterior. Ganó una compañía que competía con Cliba. Quince millones de dólares el precio. Entonces los tipos lo llamaban al intendente Sabatela por teléfono para presionarlo. Lo llamó Moyano y Sabatela le dijo: Mire, Moyano, acá llamó su sobrino pidiendo por los choferes y nos pareció correcto defender el puesto de trabajo de los choferes, pero ahora si Moyano defiende a Cliba yo no puedo darle la concesión a Cliba porque son quince millones más. Moyano ya no llamó más. La información a tiempo salva la situación, porque le dijo: el pedido del gremio lo vamos a respetar, pero no me pidan por Cliba. El tipo tuvo también presiones del gobierno nacional; se las bancó y salió adelante. Monitorear a la gente en los actos de gestión, que sientan el aliento en la nuca, te cambia el juego.

Yendo a otro punto, si quiero que el Estado funcione tengo que ver cómo me acerco, y justamente darle éxito a los políticos que se lo toman en serio. Y después seguir monitoreando, porque también quisimos llevar el modelo al sector empresario para que lo aprendan y lo usen en sus esquemas. Hicimos una reunión con dirigentes de empresas para mostrarles lo que había pasado en Morón. Entonces los empresarios dijeron: un momentito el precio que dimos en Morón es un precio oferta, no es que lo vamos a repetir siempre. Entonces, si vos lo dejás libre a este tipo que jugó bien en esta licitación, la siguiente la juega mal. El problema del Estado es que para transformarlo hay que estarle encima. Hay que ver cómo te acer-

cás a la gestión monitoreando. Y ése es el primer impacto que vemos en el corto plazo.

En el mediano plazo, lo que estamos trabajando es en general **redes**. Los abogados, los periodistas, los jueces y los fiscales trabajamos como que el problema son los individuos; si hay un corrupto lo echamos, como que con eso resolvemos el problema. Yo tengo cinco tapas de *Página 12*, sobre que echaron a Nazur de PAMI, echaron a Matilde Menéndez, después llega el primer Alderete, Carlos, después llega Víctor, cinco veces lo mismo. Cambia el tipo, lo procesan, lo investigan, lo sacan, y en el PAMI no cambia nada. Porque la gente no se puede concentrar en la institución. Entonces los del Banco Mundial hablan de cambio de instituciones. Lo que nosotros decimos es que el problema no es la institución. Se gastaron millones de dólares en la reforma judicial y no cambió nada. Porque el problema no es el aparato judicial, el problema es que está capturado por los partidos políticos que lo cruzan. Entonces, no es que vos podés cambiar la institución con la gente adentro, tenés que enfocar cómo funcionan las redes que la cruzan. Lo que nosotros planteamos es que no es un problema ni de la manzana ni de los barriles, es un problema de las redes que cruzan los barriles, y eso es lo que tenemos que transformar. Tenemos no solamente que desmontar las malas manzanas, tenemos que desmontar las malas redes, pero además después tenemos que montar una red positiva. En Italia los *mani puliti* le cortaron la cabeza a toda la clase política, dismantelaron una red, pero como eran jueces y fiscales no tenían la capacidad de plantearse como una red que ocupara el poder. Que Menem quede preso no va a cambiar la corrupción en la Argentina. No cambia nada. El problema hoy es cómo cambiamos redes que articulen y que ocupen el espacio. Cuando los echaron a los militares, esa red desapareció y se montó una red nueva, política. Y por eso cambió el juego, por eso no hay más militares en el poder. Los militares desaparecieron de la escena política. En el año 1990, después que se rindió Seineldín, yo estaba en el despacho del jefe del Estado Mayor Bonet. Yo era fiscal de la causa de Seineldín y se tenían que reunir conmigo para ver cómo planteábamos el caso. De pronto interrumpen la reunión; viene un coronel que era el edecán de Bonet y dice: "Perdón, pero dijeron por radio que habían nombrado nuevo ministro de Defensa, a Erman González"; "bueno, espero que nos dé plata", dijo Bonet. Yo decía, mirá vos qué progreso en la Argentina que los milicos se enteran de quién es el ministro de Defensa por la radio. Los militares no eran más la red del poder, eran unos funcionarios. Entonces, lo que yo veo como segunda tarea es generar redes. Articular redes es una tarea complicada porque a la gente le cuesta articularse. Lo que estamos viendo es cómo articulamos redes, no solamente argentinas sino internacionales.

Estamos trabajando a largo plazo para generar un cambio de cultura en chicos que tienen doce años. En el año 1997 hice un programa de tele-

visión Forum. Yo quería llevar ese impacto educativo al sistema formal para que sea más masivo. Traje un programa para enseñar a los chicos a manejar conflictos, y lo metimos en 150 escuelas carenciadas del Gran Buenos Aires. La verdad que el impacto en chicos de clase baja es demoleedor. Un chico me decía que el curso le había servido para que el papá no le pegue más. “¿Negociaste con tu papá?” “No, en el curso decían que las diferencias de poder no se pueden negociar”. Pero una parte del curso es la escucha activa: “Escuchando a mi papá descubrí cuándo me va a pegar y ahora me escapo antes”. ¿Qué área del Estado puede terminar con la violencia familiar? No hay policía que pare esto, salvo que el pibe aprenda un mecanismo que él mismo se inventó y lo resuelva. Entonces, ahora lo que nosotros queremos es usar la escuela para que la escuela enseñe. Ésta es la punta masiva que tenemos más clara, montados en la escuela. Esto es básicamente el plan que tenemos en Poder Ciudadano desde una ONG.

Pregunta: Cuando vos hablaste de redes, definiste a la ONG como una red que busca reemplazar otras redes, articular otras redes. Una red que articula y busca reemplazar otras redes. La ONG es un grupo de presión o un grupo de poder. Lo que yo veo es el riesgo que se corre. Vos formás un grupo de gente que no escapa a las generales de cualquier organización de gente que se forma en nuestro país. Puede estar salvaguardada de ciertas prácticas corruptas. El riesgo que corrés es una actitud paternalista, que te deja después en paralelo a los que están puestos por la Constitución. Yo creo que el desafío está en revitalizar las instituciones, esa energía es importante volcarla al sistema político y tratar de lograr las transformaciones desde el sistema. Con ciertos contactos se puede articular una ONG y conseguir fondos de distintas organizaciones mundiales a partir de objetivos muy cristalinos. Para juzgar un sistema político corrupto o un Estado corrupto el riesgo que se corre es tener dos instituciones paralelas. Yo como ONG puedo abrir juicio sobre Chacho, Duhalde, De la Rúa, sobre los políticos que tenemos en este país, con sus cosas buenas y sus cosas malas, pero no corro ningún riesgo porque soy una ONG. Es como que si yo formo parte de una organización, Conciencia o Nueva Argentina o Argentinos Limpios, yo quedo excluido de todo este sistema, cuando en realidad soy tan parte del sistema como todos los demás. Te situás en un lugar distinto, nada más. Es como cuando mirás la globalización; vos podés hablar desde la lógica de la globalización y formar parte desde el pensamiento globalizado, o plantarte y mirar las cosas desde tu óptica, como si fuera un partido de fútbol. Me parece que se pueden denunciar cosas, como han hecho denuncias diputados que investigan o como cualquier ciudadano puede hacerlo, más conociendo los resortes de la ley. Se puede denunciar, se puede hacer juicio político, y me parece muy importante que la ciudadanía

participe. Pero cuando vos formás un grupo de poder paralelo a lo que son las cosas, a mí me da sospecha también. Una cosa es que demos de comer a 50.000 escuelas, y que el Banco Mundial, la Unesco, lo que vos quieras. Pero en realidad a mí eso no me dice nada; puede ser que sean cosas bárbaras, pero no creo que sean los fiscales de la Nación, al contrario, creo que tiene que ser la ciudadanía la que se integre a los partidos políticos y desde los partidos políticos.

Respuesta: Una cosa en la que no estoy de acuerdo con vos es la idea de que lo que vos llamás política es un monopolio de los partidos políticos. La política no es solamente los partidos políticos. Poder Ciudadano, las ONG, son grupos de gente que tienen intereses comunes, les preocupan los pactos de Palermo, les preocupan los huérfanos, la corrupción, y se juntan por eso. Y lo que está pasando en todo el mundo es que, por ejemplo, Transparency International está desde 1993, hace ocho años, muy poquito, y hay grupos en setenta países, gente que se alía porque ven cosas. Las ONG tienen una forma alternativa de política, nosotros no somos opositores. Justamente, me parece que el partido político está atacado por un dirigente político que lo captura para sí. Es más fácil ayudar a la gente de un partido político desde afuera, porque desde adentro no podés reclamar. Por más que un dirigente radical piense que Nosiglia hace negocios sucios, no lo puede decir dentro del partido. Lo puede decir desde afuera del partido. No lo puede decir desde adentro porque es un traidor, lo excluye el grupo. La política requiere diversidad, hacen falta partidos políticos, hace falta gente que se moviliza, las empresas que generan trabajo, y necesitamos todo eso al mismo tiempo y es difícil armarlo. Yo no pretendo que la ONG sea una solución de nada, puede ser un aporte, tener un lugar, pero hacen falta otros factores. Que haya gente de la sociedad civil comprometida mejora el juego político. Y no creo que los partidos políticos tengan el monopolio de la política. En el modelo que te conté de Morón, no estamos fiscalizando, estamos mostrando información, estamos generando acción colectiva. Intentamos crear modelos positivos.

XIV
LA DESESPERANZA
COMO CREACIÓN POLÍTICA

JOSÉ PABLO FEINMANN
12 de agosto de 2001

El tema es ideal para el día de hoy; de algún modo la culpa debe ser mía porque cuando elegí este tema alguna astucia de la historia determinó que el día que lo iba a dar ocurriera esto (*anuncio de medidas económicas*)

El tema es la desesperanza como creación política. En realidad, hace mucho tiempo que tiendo a pensar o decir que el pensamiento tiene su punto de partida en Descartes (*Cogito, ergo sum: pienso, luego existo*). Es tal vez un vicio personal; pero después lo expondré con más detalle, adelantando que, en general, esto es muy cuestionado por todas las filosofías postestructuralistas, posmodernistas, que se han lanzado contra Descartes y el sujeto de la modernidad. Creo que Descartes es el filósofo que inaugura la desesperanza como creación filosófica y política. Se enfrenta ante un saber cosificado, sacralizado, un saber devenido en dogma de lo sagrado, saber medieval. ¿Por qué inaugura la modernidad?: porque ese sujeto cartesiano, que sin duda es soberbio, le dice “no” a toda la teología aristotélico tomista. Significa un acto de autoafirmación que implica una determinada soberbia; soberbia con la que surge el sujeto moderno para hacerse cargo de la realidad y no ya tener que remitirse a Dios para que esa realidad tenga algún sentido. A partir de Descartes el sentido de la realidad va a ser dado desde el sujeto.

El mundo medieval era un mundo de la espera y la esperanza; estos dos conceptos se acompañan. ¿Por qué era un mundo de la espera?: porque el hombre medieval era un hombre que confiaba en una determinada promesa, la promesa del tomismo, la promesa de la llegada en algún momento del Reino de los Cielos; esa promesa se iba a cumplir inexorablemente en la historia de modo que para el hombre medieval lo que había que hacer

era esperar. En la espera latía la esperanza: no hay más que esperar y en esa espera está mi esperanza, porque en la medida que yo espero el tiempo deviene y el cumplimiento de la promesa se cumple. Todo esto no podía sino llevar a un fenomenal quietismo histórico: cuando el hombre espera el cumplimiento de una promesa trascendente, la historia no ocurre, no sucede la historia; lo que sucede es esto que comúnmente se dice de la Edad Media, y creo que es bastante acertado, que es la noche de la historia: es la temporalidad de la espera.

Descartes, en ese sentido, es el primer gran desesperanzado: “Yo no espero más, no encuentro ningún motivo para seguir esperando, porque pongo en duda todo ese orden que me dice que en la espera está el sentido de mi vida, porque en la espera estoy esperando el cumplimiento de la promesa”. “No hay promesa”, dice Descartes. Entonces, inaugura el pensamiento de la modernidad, y el pensamiento de la modernidad es el pensamiento revolucionario. De aquí que a la posmodernidad también se le diga la época de la posrevolución, o del pensamiento posrevolucionario. Todo el pensamiento posmoderno implica y se estructura alrededor de una crítica muy drástica a la modernidad, esta modernidad que se inicia con la soberbia del sujeto cartesiano. “Dudo de todo”, dice el sujeto cartesiano, cosa que hoy nos trama a todos nosotros y que después vamos a ver cómo Descartes debería continuar vivo en los días que corren, al menos en el sentido crítico del sujeto que dice “dudo de todo”.

Hay un periodista –Luis Majul– que dice “no me creas, no creas a nadie”, pero hay una contradicción muy divertida en eso que dice Majul; dice “no le creas a nadie”, “no me creas a mí”, en consecuencia, si no te creo a vos cuando me decís que no le crea a nadie, estás mintiendo; o sea, debo creer. Finalmente, su postulación, por una inexactitud lógica, lleva a afirmar lo contrario de lo que pretende.

Esto viene a que en los días presentes hay que recuperar este sentido ontológico del sujeto cartesiano, este sentido crítico de la duda. ¿Qué hace Descartes?: dice “dudo de todo, y de lo único que no puedo dudar es de mi duda”. Al no poder dudar de mi duda, ¿mi duda dónde está?: está en mí que soy yo, soy un cógito, una conciencia, un pensamiento, pienso, luego existo, lo primero que existe es el pensamiento. Después Descartes afloja, lo que demuestra el momento seguramente muy álgido en el que se encontraba, porque para demostrar la realidad del mundo externo dice: si hay ahí un mundo externo es porque Dios no puede engañarme. El salto de la conciencia al mundo externo requiere de la veracidad divina, ahí hay un afloje muy grande. Yo tenía un compañero en la facultad, Raúl Pannunzio, un tipo brillante que decía: “Ahí Renato tira la esponja”. Pero estaba condicionado por su momento histórico, ya el salto que había dado era enorme.

Este sujeto cartesiano va a ser bombardeado a lo largo de la historia de la filosofía. Desde Nietzsche hasta Derrida, todos se encargarán de bom-

bardear el sujeto cartesiano. También Adorno, Horkheimer, diciéndole todo tipo de cosas que vamos a tratar de ver. Pero lo que quiero marcar para el tema que vine a comentarles es esta actitud de desesperanza y el enorme sentido creativo que tiene un filósofo que se escapa, se va a Holanda por miedo y escribe al lado de una estufa.

La racionalidad occidental se organiza como método, la razón es método y la razón es desesperanza frente al orden teológico medieval, frente al orden aristotélico tomista. La razón es la desesperanza en la promesa de una verdad revelada y de un Reino de los Cielos que ha sido presentada a la historia. O sea, que hay un primer gran momento y además definitivamente fundante del concepto de “desesperanza”. Por supuesto, ninguna desesperanza surge para continuar desesperanzada, sino que toda desesperanza instaura una nueva esperanza. Así, podríamos decir “Dios nunca muere”. En este sentido, observamos que, si Descartes dice “no creo en el Dios aristotélico tomista, el Dios de la Promesa, ese Dios salvacionista, creo en la racionalidad humana”, está haciendo un traslado del concepto de Dios, entendido el concepto de Dios como el *subjectum*, aquello que subyace. La realidad ya no descansa en Dios, al menos tan explícitamente, descansa ahora en el sujeto, o sea que podemos decir sin ser malvados con Descartes, de un modo bastante correcto, que el sujeto ha sido trasladado. Lo que subyace ahora, lo que da sentido a aquello a partir de lo que se puede pensar, explicar el mundo y actuar, es la razón humana, el sujeto cognoscente que se hace cargo de toda la realidad. Así es como hay un texto muy brillante de Heidegger –un filósofo que a la vez admiro y detesto– que trama y constituye el pensamiento estructuralista y postestructuralista, y hasta lacaniano. (Es uno de los dramas, de los grandes enigmas de nuestra época preguntarnos ¿cómo es posible que un filósofo que adhirió –pero no casualmente o por una distracción como se intenta decir a veces– con plena conciencia y efectividad militante al nazismo, sea el filósofo omnipresente en todas las filosofías a partir de 1970 en adelante, y antes también, si tenemos en cuenta que Heidegger es el que alimenta las filosofías existencialistas?).

Me interesa insistir en esto: el fundamento se traslada de Dios al sujeto. Ahora bien, este sujeto se sigue desarrollando y toma otras connotaciones en Kant y en Hegel, pero para no derivarnos tanto, vamos hacer la caracterización siguiente: el sujeto cartesiano implica un humanismo donde el hombre es el centro de la realidad, el hombre es el centro de la verdad, es del hombre como sujeto que surge la noción de fundamento de todo lo real; ya no es Dios el fundamento de todo lo real, el fundamento de todo lo real es la subjetividad, que es aquello a partir de lo cual se explica lo real. Entonces, aquí está el nacimiento de la modernidad filosófica y de la modernidad histórica. Hay un libro hermoso, no tan viejo, creo, en Alemania se publicó en 1985 y acá en 1989, de Jürgen Habermas que se llama *El discurso filosófico de la modernidad*, un libro hermoso y no espe-

cialmente difícil, donde Habermas trata y desarrolla este itinerario. Pero creo, y vuelvo a insistir, que es el momento fundante en que nace el humanismo; en el que nace, si ustedes me permiten, la historia. La historia nace en este preciso sentido: los hombres hacen la historia. La historia ya no es una delegación divina. La historia es obra de los hombres, es obra racional de los hombres, está hecha por los hombres. Y esto es la modernidad, por eso la modernidad es la era de las revoluciones; una revolución es lo que está hecho por los hombres. Incluso en un texto muy definitorio como es *Las palabras y las cosas*, Foucault va a decir que el concepto de hombre surge con la modernidad. En este sentido, el concepto de hombre como centralidad cognoscitiva y práctica está puesto por la modernidad. ¿Cuál es su más excepcional logro?: la Revolución Francesa.

La Revolución Francesa es una revolución que se hace desde la razón, es decir, es la razón la que descubre en la realidad las situaciones de atroz injusticia; pero hay otra cosa que descubre la razón, y que había descubierto Descartes, que descubre la razón revolucionaria del iluminismo de la Revolución Francesa, y es también atacar el derecho divino. Atacar el derecho divino significa que los reyes no gobiernan por derecho divino, no hay divinidad que autorice a los reyes a gobernar. Ese contrato entre los reyes y Dios queda quebrado por la razón iluminista que da origen a la Revolución Francesa. Quienes hacen la historia son los hombres, no la hacen los reyes por delegación divina. O sea, a los reyes se les puede cortar la cabeza, y se la cortan efectivamente.

Entonces esta historia es una historia prometeica, en el sentido que alude constantemente a ese curioso dios que le robó el fuego a los dioses para entregárselo a los hombres, un dios cómplice de los hombres. Entonces, cada vez que los hombres asumen para sí el derecho de transformar la historia, de cortarle la cabeza a los reyes, de negar el orden teológico medieval asumen el papel de Prometeo, un dios rebelde, condenado después por los dioses a que el hígado le creciera de día para que un águila se lo comiera de noche; los castigos de los dioses son compulsivo-repetitivos.

Aquí vemos cómo la cosa es sujeto-revolución-prometeísmo-modernidad-historia (entendida como historia que hacen los hombres). Todo esto está muy deteriorado, es decir, la posmodernidad y el postestructuralismo se han encargado de atacar estos supuestos, y así nos va, creo yo; si así va la historia en este momento es porque en gran medida todo esto ha sido desarticulado.

Entramos en la era de la revolución que es hija de la modernidad, es hija de la desobediencia prometeica, es hija de la racionalidad humana, es hija de la centralidad del sujeto como praxis transformadora de la historia. ¿Qué es lo que le añade a esto el marxismo?, porque luego de los iluministas que hacen la Revolución Francesa, viene un nuevo traslado del concepto de Dios; a ver si lo puedo explicitar.

El orden teológico medieval-Dios (Dios en sentido absoluto, lo absoluto) está arriba, fuera de la historia, el hombre no hace la historia. Con Descartes, lo absoluto es el Sujeto; con los iluministas, es la racionalidad humana, aquello que puede transformar la historia, la razón. Con Marx, el sujeto va a ser otra cosa; el sujeto redentor de la historia, aquello que puede transformar la historia, aquello que es la condición de posibilidad del cambio de la historia, va a ser el proletariado. Con lo cual, el proletariado en el marxismo toma un carácter redentor en el sentido que es el proletariado el que va hacer cumplir la promesa medieval. Esa promesa que había dicho Tomás de Aquino que iba a cumplirse por la veracidad divina, Marx la traslada al proletariado. Es el proletariado la potencia histórica que, revolucionando la sociedad, va hacer cumplir determinada promesa, que es la promesa del marxismo, es decir, una sociedad igualitaria sin clases, genérica. Interesa señalar aquí el carácter de religiosidad secularizada del marxismo que lo ha potenciado tan largamente. El marxismo en ese sentido, es una religión también, con todo el gran aparataje de la ciencia y con todo lo que implica *El Capital* de Marx como analítica del capitalismo y desenmascaramiento de la explotación capitalista. Como libros, tanto *El Capital* como el *Manifiesto comunista* ponen ante nuestra vista una relación fundamental que antes no había existido en la filosofía, que es la relación opresores-oprimidos, y eso no se le va a poder negar nunca a Marx. Pese a todos los errores proféticos en que haya incurrido, no se puede negar nunca que esa filosofía pone ante la mesa una relación opresores-oprimidos que no existía antes. Pero la promesa medieval, la tarea de cumplimentar la promesa, se traslada al proletariado: es el proletariado el que con su praxis revolucionaria va a cumplir la promesa que implica el marxismo, la de una sociedad sin clases, igualitaria.

El marxismo es una filosofía materialista porque, frente a las filosofías idealistas basadas en la razón, el marxismo, que surge para expresar a la clase obrera, trabaja con la materialidad, tal como la clase obrera trabaja con la materialidad. El marxismo va hacer anclaje en la materialidad y va a decir que viene a cambiar la historia a través de la praxis revolucionaria. Se inspira mucho en el jacobinismo de la Revolución Francesa, cosa en la que se inspiran también los revolucionarios argentinos como Mariano Moreno, un jacobino iluminista, que con la razón viene a transformar la historia y hace la Revolución de Mayo.

Esta materialidad que descubre el marxismo, la descubre porque esa clase a la que el marxismo viene a representar trabaja con la materialidad. El capitalismo trabaja con el dinero, que es una mercancía fetichizada, pero el proletariado trabaja con la materia. En consecuencia, la filosofía que lo va a expresar es la filosofía materialista, y esta filosofía viene a decir que va a cambiar la historia, porque esta historia que se estructura en tanto historia de la lucha entre opresores y oprimidos debe ser superada, de-

be ser transformada. Entonces Marx escribe la más célebre de sus tesis, la once de las tesis sobre Feurbach, que no tengo palabras para describirla ni para objetivarla; tiene la trascendencia histórica del *cogito* cartesiano, en el sentido de los grandes momentos del pensamiento de la humanidad: “Los filósofos hasta el día de hoy no han hecho sino interpretar la historia, lo que se trata es de transformarla”. Esta tesis es injusta, según vamos viendo, con los filósofos iluministas que habían interpretado la historia y la habían transformado también desde la razón. Pero lo que está haciendo Marx es sacar la praxis de la subjetividad, la praxis no puede surgir de la subjetividad, el fundamento no puede ser ya el sujeto sino que el fundamento es una acción, una praxis; es la praxis revolucionaria el fundamento. En consecuencia, el fundamento es la transformación de la sociedad, el fundamento es la revolución de la sociedad, y esto está brillantemente desarrollado en el *Manifiesto comunista*, texto brillante de 1848, que tiene la particularidad de ser un canto a la burguesía como clase revolucionaria. ¿Por qué?

Para ir atando cabos sobre el tema que nos ocupa —esperanza/desesperanza—, es evidente que Marx pone la esperanza en el proletariado, clase que va a redimir la historia. La filosofía marxista se estructura como una filosofía de la esperanza, y en este sentido como se ha dicho modernamente o posmodernamente, es una utopía, es un gran relato de la historia como diría Liotard en *La condición posmoderna*. Si uno lee el *Manifiesto Comunista* encuentra al primer capítulo *Burgueses y proletarios* como un “match” de boxeo, como un conflicto. El conflicto de la historia es ése, es la lucha entre la burguesía y el proletariado; de esa lucha, dice Marx, va haber un enterrador y un enterrado, un sepulturero y un sepultado. El proletariado, a través del desarrollo dialéctico de esa lucha, va a sepultar a la burguesía, y cuando el proletariado sepulte a la burguesía instaurará el reino de la libertad.

Lo que todos sabemos, lo curioso, lo patético, lo trágico, es que lejos de haber sepultado el proletariado a la burguesía, es la burguesía la que ha sepultado al proletariado, y más aún, para referirnos a nuestros días, parece que son los banqueros los que han sepultado a la burguesía y al proletariado a la vez. Incluso podríamos decir que los mafiosos han sepultado a los banqueros, a la burguesía y al proletariado, o sea, no hagamos profecías sobre la historia porque nos vamos a equivocar.

Marx era un pensador profético, y en general los filósofos tienden a ser proféticos de uno u otro modo. Hegel ha dicho “la historia termina conmigo y el Estado prusiano”; acá ha terminado la historia, lo cual era una forma de profecía negativa: no hay profecía porque la historia culmina conmigo. Pero Marx decía esto y muy apasionadamente. La dialéctica de la historia entre la burguesía y el proletariado lleva a que el proletariado sepulte a la burguesía, y ahí aparece el nudo de toda la tragedia. Porque

cuando Marx trata de esbozar la parte positiva, en el sentido de afirmativa, de cómo se va a estructurar este sepultamiento que el proletariado ejercerá sobre la burguesía, introduce el concepto de dictadura del proletariado. Lenin, luego, lo perfecciona, diciendo que la dictadura del proletariado debe ser ejercida por la vanguardia. La vanguardia conoce las leyes de la historia y por lo tanto debe bajar las leyes de la historia para que las masas las entiendan. ¿Qué ocurre?: la dictadura del proletariado se transforma en dictadura, pero no del proletariado, sino del partido revolucionario, de la vanguardia que conoce las leyes de la historia y que en consecuencia es la que va a conducir el proceso. O sea, lo que ha llevado al fracaso a los llamados socialismos reales ha sido esta triple concepción: dictadura, partido de vanguardia, ideología revolucionaria manejada por el partido de vanguardia, lo que devino en dictadura y dogmatismo verticalista del partido.

Marx, entonces, efectivamente hace una exaltación de la burguesía en el primer *Manifiesto comunista*; habla, y esto es fantástico, del poder expansivo de la burguesía. ¿Y por qué Marx aplaude la expansión planetaria de la burguesía?: porque Marx necesita que la burguesía se adueñe del planeta, para después generar su dialéctica interna, las contradicciones que van a hacer surgir el proletariado revolucionario. En consecuencia, Marx aplaude la colonización británica en la India, China y en todas las colonias. Nosotros lo discutíamos en los setenta con los compañeros marxistas, que Marx era mitrista. En mi novela *La astucia de la razón* que publiqué en 1990 y que acaba de salir reeditada, hay un diálogo ficcional delirante entre Marx y Felipe Varela. ¿Qué pasa?: Marx llega al campamento de Felipe Varela una hora antes de la batalla de Pozo de Vargas. Varela está preparándose para la batalla con el santiagueño Taboada que respondía a Mitre, entonces llega Marx y Varela le dice :

–Caramba don Marx, me lo hacía terminando el primer tomo de *Capital*.

–No, abandoné todo porque vine aquí para evitar la masacre.

–¿Qué masacre si Taboada va a ser derrotado inmediatamente por mis bravos montoneros?

–No, –dice Marx–, usted va a ser derrotado.

–¿Por qué?

–Porque usted tiene que ser derrotado, coronel Varela, por la lógica de la historia, porque usted, aunque gane la batalla y se instale en el fuerte de Buenos Aires, va a tener que hacer la misma política que Mitre... (Estos temas del discurso único los conocemos, ¿no?).

Entonces Varela se sorprende y le dice una frase muy linda, pero antes Marx le dice:

–No son ustedes, los gauchos precapitalistas, los que van a hacer la revolución, va a ser el proletariado industrial. Y para que el proletariado in-

dustrial surja en su país, ¡usted tiene que ser derrotado, tiene que ganar Mitre, que representa la modernidad capitalista, instaurar el injusto sistema capitalista y de ese injusto sistema capitalista surgirán los proletarios que van a liberar a su país!.

—¡Yo no puedo esperar tanto, tengo que pelear en una hora!, dice Varela.

—No, no pelee porque su causa está dialécticamente condenada por el sentido de la historia.

—A sus obreros le van a decir lo mismo, no peleen porque están derrotados de antemano.

Se despiden, se dan un abrazo y Marx vuelve a Londres. ¿Cómo termina la cosa? Marx se encuentra en Londres con Juan Bautista Alberdi —todo esto es un macanazo feroz, macanazo teórico en todo caso— a quien le pregunta:

—¿Y qué fue del gaucho ese de su país, Felipe Varela, ¿ganó o perdió la batalla de Pozo de Vargas?

—No, la perdió —dice Alberdi— y la perdió de un modo curioso; la iba ganando, pero en determinado momento el santiagueño Taboada tuvo una idea muy original y le hizo tocar a la banda de su ejército una samacueca y esto enfureció, vigorizó tanto a sus soldados que derrotaron a Varela.

Entonces Marx dice: “Ésa samacueca era la samacueca del progreso dialéctico”.

Marx es un gran humanista, de todos modos el discurso durísimo que le larga a Varela es éste. Esto revela que Marx quería mucho la burguesía y la necesitaba dialécticamente, que es lo que revela en Marx una metafísica de la historia.

Esto se lo van a decir —y este golpe Marx no lo puede detener— todos los posmodernos, y no tiene manera de desbloquearse de esto; es un golpe a la mandíbula. Una metafísica de la historia es una interpretación de la historia que tiene que cumplir determinados pasos; es extraer de la historia leyes gnósticas, extraer un gnosticismo. Ésa es la parte más floja de su pensamiento.

Hace de la historia un relato cuasi religioso con el proletariado como clase redentora, entonces, claro, condena a todos los pueblos marginales tercermundistas, a todos los colonizados, los condena a una desaparición lógica porque la burguesía debe planetarizarse. Incluso cita una frase de Goethe: “Qué importan los estragos si los frutos son placeres...”. David Viñas señala en un libro que el día de la derrota de Varela aparece el primer periódico anarquista —*El Artesano*— en la Argentina; observen el reemplazo dialéctico. Y aquí nace de nuevo la esperanza; el gauchaje federal es derrotado, pero ese día aparece el primer periódico anarquista. La lucha continúa, pero en la modalidad de lo moderno, la de la racionalidad del socialismo anarquista.

¿Quién es el primero en destrozarse esta filosofía de la historia?, porque

es una filosofía de la historia, y en este sentido es una utopía. Piensen que de alguna manera el marxismo invita a una cierta teoría de la espera con la concepción de las crisis del sistema capitalista. Esperemos; una espera desmovilizadora.

Entonces, hay una esperanza, hay una nueva promesa encarnada esta vez por el proletariado; hay un gran relato, una utopía. La utopía es aquello que necesariamente se va a realizar en la historia. Ustedes saben que en el lenguaje vulgar se le dice utopía a cualquier cosa, “algo que la gente quiere que ocurra”, pero no es así. Estrictamente, la utopía pertenece a esos pensamientos que introducen una teleología en la historia, la historia pasa a ser un estudio de los fines: la historia tiene una finalidad interna. Ésa es la utopía en sentido estricto. Después hay todo tipo de sentidos de la utopía. Hay un poema de Eduardo Galeano que dice: “camino dos pasos y ella se aleja dos pasos, camino tres pasos y ella se aleja tres pasos”....; ¿para qué sirve la utopía?: sirve para caminar. O sea, es algo que está allá, en el futuro, y se va a cumplir. Yo camino hacia ella porque sé que existe, es como que me chupa desde el horizonte, existe desde el horizonte.

¿Qué sentimos hoy?, ¿qué siente un argentino?: que no tiene horizonte. Nada más bueno entonces que decir este poema, que garantiza la existencia del horizonte... Sólo hay que caminar hasta él. Y ahí viene mi reacción más cruel, porque yo digo que es un manual de aerobismo. Estoy dispuesto a decírselo a Galeano, aunque lo quiero mucho y es un gran compañero. Pero yo detesto este poema porque tiene una especie de facilidad política engañosa, y como está hecho en un poemita corto, se lo decís a cualquiera y quedás bien; lo usan para rematar un discurso. Pero es profundamente falso, porque si hay algo que sabemos nosotros es que no hay ninguna utopía esperando en el horizonte. Ninguno de nosotros puede venir, a esta altura de la historia y de los tiempos, a decir que hay algo esperando en el horizonte y que sólo hay que caminar hacia ello. En la medida que se aleja, la utopía es caminar, moverse, con lo cual adhiere a las filosofías revolucionarias del movimiento. Pero lo que uno debe rechazar constantemente es que ésta es una utopía garantizada, es decir, yo camino hacia allá porque sé que existe la solución de todos los problemas en el horizonte, que es la utopía, y esto es lo que me hace caminar. El asunto sería caminar sin ese garantismo, ésta sería una actitud verdaderamente revolucionaria. Yo camino y no tengo nada garantizado, no hay un futuro lleno de plenitud que esté aguardando en el horizonte de mis pasos; yo no sé hacia dónde camino. ¿Y esto qué es?: esto es Nietzsche, por eso Nietzsche es un gran filósofo. ¿Y qué dice Nietzsche en *La gaya ciencia*, que es lo fundamental en su filosofía?: “Dios ha muerto”. Esa frase, que no tiene nada que ver con los ateísmos humanistas del siglo XIX, es sobre todo ontológica, metafísica, fundamental en la historia del pensamiento. “Dios ha muerto”, no hay

fundamentos, no hay certezas, no hay garantismos, no sabemos si el futuro está abierto. Lo que sabemos, es que todo eso no existe. Por eso el nihilismo nietzscheano. En última instancia, si me permiten una frase vulgar, hay que tener pelotas para bancarse esto, para ser nietzscheano. Porque todo lo demás, de algún modo era fácil, siempre traía la promesa medieval –Dios–, luego la promesa del *cogito* cartesiano –el sujeto–, después la promesa de los iluministas de La Revolución Francesa –la razón–, después la promesa de Marx –el proletariado redentor–, hay una clase elegida por la historia que no tiene más que perder sus cadenas y que es la que va a liberar a toda la humanidad, porque es la que padece la mayor injusticia. Se acabaron los garantismos, se acabaron las metafísicas de la historia, viene Nietzsche y dice “Dios ha muerto” en todas sus expresiones: ya sea como Dios, ya sea como sujeto trascendental, ya sea como razón iluminista, ya sea como clase social redentora privilegiada o también como la historia; porque lo que hace el marxismo es reemplazar a Dios por la historia. Por eso todas las filosofías de hoy son nietzscheanas, sean de izquierda o de derecha; Foucault es nietzscheano, Derrida es nietzscheano.

¿Qué es lo que muere?: mueren los absolutos; es la muerte de la esperanza. Nietzsche es un filósofo de la desesperanza; terminó loco, y el precio tal vez sea ése. Pero cuidado, nadie quiere decir que ése no sea el precio, nadie quiere decir que se puede vivir sin garantismos, sin utopías, sin metafísicas de la historia. Lo que introduce Nietzsche es muy pesado: Dios en todas sus formas, en cada una de sus formas, ha muerto, ha muerto el *subjectum*.

Ahora bien, el último absoluto que ha muerto, y éste sí ha sido muy doloroso para todos nosotros, es el absoluto que había surgido de la Revolución Francesa, de la modernidad, del marxismo, de la Revolución Rusa: la revolución. La idea de la revolución, como aquello que es propiamente la tarea de los hombres como decía Marx –tesis once, transformar la realidad– pareciera ser que se ha diluido después de todos los fracasos de los socialismos reales, los fracasos del humanismo, con esta concepción nietzscheana nihilista muy tomada por el pensamiento posmoderno y postestructuralista. Muere primero el concepto de hombre como el concepto central de la filosofía –esto muere primero con el estructuralismo althusseriano–, y después, con Foucault. ¿Contra quiénes reacciona el estructuralismo?: reacciona contra el filósofo más negado, menos citado de los últimos treinta años, que es Sartre, el típico filósofo de la modernidad a partir de la posguerra. Postulaba por supuesto, la praxis histórica, el humanismo. Si pensamos en esto deberíamos pensar la cosa así: ustedes observen que lo que instala Descartes es al hombre como centro del conocimiento y del cambio histórico. Esto continúa con Kant, que tiene una fórmula: “El intelecto dicta leyes a la naturaleza” porque la naturaleza tiene leyes que el sujeto cognoscente le proyecta; conocemos lo que podemos conocer. Lo decía

Vico: “Sólo podemos conocer lo que podemos transformar”; es el hombre el sujeto cognoscente y el sujeto transformador de la historia. El humanismo surge con la Revolución Francesa; el hombre es un invento de la modernidad y la modernidad se basa en la praxis revolucionaria y cognoscente del hombre. Foucault, en el capítulo final de *Las palabras y las cosas*, va a decir algo notable, que fundamenta todas las filosofías posmodernas, de las cuales creo que Foucault es el detonante: “El hombre ha muerto”; y se ríe, lo toma con sorna y dice que el hombre ha sido un invento moderno, el hombre existe desde 1789, desde los iluministas. Descartes lo incorpora a la modernidad, el hombre existe desde que la razón, la explicación última de toda la realidad, decide centrarse en el hombre. Si nosotros observamos que esa centralidad del saber en el hombre ha posibilitado las revoluciones, vamos a saber que con el cogito cartesiano, con el racionalismo iluminista, con la materialidad marxista, con la Revolución Francesa y con la idea de la modernidad y con el humanismo, lo que está muriendo es toda una etapa histórica que duró 200 años, de 1789 a 1989, que es lo que se llama la era de las revoluciones. Por eso al posmodernismo también le dicen pensamiento posrevolucionario. Con la caída del muro de Berlín cae la modernidad, bombardeada por el neoconservadurismo.

¿Qué es lo que están bombardeando?: bombardean contra el pensamiento revolucionario, contra el pensamiento de la modernidad, contra el pensamiento del sujeto, contra el humanismo; hay que destronar el humanismo. Entonces, ¿qué ponemos? ¿cuál va a ser el sujeto ahora? Nietzsche diría, no, no hay sujeto. Aparecerían una serie de cosas impresionantes: Nietzsche y Heidegger podrían inventar cualquier cosa: el sujeto es la poesía, el sujeto es lo dionisiaco, el sujeto es la pérdida del sujeto, la locura.

Y después ponen a Freud, ¿cómo se van a olvidar de Freud?: el sujeto es el inconsciente. Qué mayor ataque a la racionalidad que el inconsciente. Todo el pensamiento posmoderno, con Lacan a la cabeza, se basa en Freud. Insisto ¿qué es lo que están bombardeando?: están bombardeando la modernidad, el sujeto, el hombre, el humanismo, la capacidad de transformar la historia, la praxis histórica; están diciendo: el sujeto no se conoce a sí mismo, el sujeto no puede ser fundamento, el sujeto tiene un núcleo irracional, del cual Descartes no tenía ni la más mínima idea, que es el inconsciente. Descartes jamás trabajó con la idea del inconsciente; la idea del inconsciente viene a cuestionar ese sujeto transparente a sí mismo que había instaurado la modernidad. Viene a cuestionar el pensamiento revolucionario que se va a basar siempre en la praxis humana y en la negación de Dios, por supuesto.

Pero lo que hacen todas las filosofías posmodernas es decir que el pensamiento revolucionario instaura una nueva forma de divinidad, que conduce a la dominación, a una nueva forma de la dominación, el *Gulak*. Básicamente, hacen una teoría de los dos demonios planetaria, con *Gulak* y

Auschwitz, de la cual pareciera que el capitalismo de mercado no tiene nada que ver. El siglo XX ha cobijado los totalitarismos y estatismos basados en los absolutos, y que vienen de todo este proceso que describí. La modernidad sería la culpable y el sujeto cartesiano sería lo más demoníaco que ocurrió en la historia, por haber entronizado al hombre como sujeto de la historia. Lo que queda libre es la pluralidad, que no es un sujeto, son muchos; la fragmentación, que no es una historia, son muchas historias; la muerte de la idea de totalidad, las verdades zonalizadas.

El pensamiento posmoderno es un pensamiento antihistórico, un pensamiento de desestructuración de la historia. Si Marx quería conocer para transformar, la posmodernidad va a decir que el sujeto no puede conocer porque la realidad está infinitamente fragmentada. La idea de totalidad ha muerto, las verdades absolutas han muerto, sólo existen verdades parciales, fragmentaciones, pluralidades. Esta exaltación de la pluralidad lleva a la exaltación del mercado: el mercado es plural, da oportunidad para todos; no dicen que el mercado muchas veces termina siendo controlado por dos o tres. Esta exaltación del individuo, pero aislado, toda esta crítica a la masa, a las acciones en masa, a las acciones de la totalidad, a la posibilidad de comprender la historia como un todo, llevan a la exaltación final de lo fragmentado, entendido lo fragmentado como democracia, democracia liberal, democracia de mercado.

Estas filosofías, basándose en el fracaso de los socialismos reales —ya vimos por qué dialéctica propia llegaron a estos fracasos—, son como esos ejércitos que cuando triunfan, no dejan huir al derrotado, sino que lo persiguen hasta aniquilarlo; están decididos a aniquilar a todas las filosofías que coadyuvaban a las revoluciones. Este aniquilamiento se da a partir de la postulación de ideas económicas, filosóficas e históricas. La idea histórica sería que hubo un empate en el modo de lo negativo en el siglo XX que llevó a la destrucción de dos totalitarismos: el nacionalsocialismo y el comunismo; fracasaron los dos. El capitalismo de mercado no tiene nada que ver con eso porque ha sido siempre una teoría de la libertad, de la pluralidad y de la democracia, enemiga del Estado y de todo totalitarismo. En consecuencia, para ellos el que surge fortalecido de esta guerra de los totalitarismos del siglo XX es la economía de mercado y la democracia capitalista, que se expresa en esta teoría de mercado añadiéndole la revolución comunicacional.

Si las filosofías de Hegel, de Marx, de Descartes y las filosofías revolucionarias eran filosofías que se basaban en la idea de totalidad, y si yo quiero hacer una revolución tengo que tener una idea de totalidad, porque la revolución lo que cambia es la totalidad, lo que implica esta filosofía posmoderna es que lo mejor que podemos decir hoy es que las minorías sexuales sean reconocidas. Hagamos entonces películas sobre homosexuales y otras minorías —en todas las películas norteamericanas hay negros, re-

laciones interracial— a los fines de la exaltación de la particularidad. Ahora, si uno les dice: todo eso debe ser encarado resolviendo la totalidad del sistema, revolucionándolo, porque hay una totalidad que es injusta, sostendrían: ¿y ésa es la idea de revolución?... no, eso es totalitarismo.

Las reivindicaciones zonales y parciales agobian nuestro tiempo. Vemos que estamos al servicio de estas reivindicaciones: la ecología, los movimientos opuestos al tradicionalismo sexual, las minorías raciales, la defensa de los derechos humanos; pero lo que detrás de todo eso se está intentando es destruir la idea de totalidad, que es la idea de revolución. Por eso todo este pensamiento, que es un pensamiento posrevolucionario, se asume a sí mismo como posmoderno, en la medida que es lo que ha venido luego de la modernidad, que era la época de las revoluciones.

Hay otro concepto que es fundamental en esto, lo voy a introducir, es el concepto de deconstrucción que maneja Derrida. ¿Cuál ha sido la tarea deconstructiva?: la tarea deconstructiva ha sido la de deconstruir el sujeto cartesiano, a ese sujeto orgulloso, vanidoso, que creía ser fundamento de todo lo real. Deconstruir el humanismo, deconstruir el marxismo, deconstruir estas visiones totalizadoras de la historia. Lo que ocurre es que cuando a un deconstructivista se le pregunta qué queda después de la deconstrucción, en general no queda mucho. Esto, al menos a mí, lleva a rebelarse bastante contra este tipo de pensamiento, porque cuando Derrida hace la deconstrucción de un texto, por ejemplo un texto literario, lo deconstruye primero, una parte la une con aquello, con aquella otra, le rompe la linealidad.

Observen otra cosa fundamental de este pensamiento, y es que ya no hay una linealidad en la historia; en el marxismo, por ejemplo, había una linealidad en la historia, y éste fue uno de sus errores. El posmodernismo insiste mucho en que la linealidad histórica está rota, y yo creo que en estas cosas tienen razón. Creo también que se les ha dado muchos flancos débiles y por eso se les ha hecho muy fácil triunfar en este aspecto.

Derrida sostiene algo terrible: yo, analizando un texto, deconstruyo este texto, lo analizo porque más allá de este texto no hay nada. Cae en un formalismo exasperado, y a esto, en filosofía lo llamamos el giro lingüístico; han pasado al análisis del lenguaje, se han refugiado en el lenguaje. Y si viene alguien y dice que más allá del texto no hay nada, lo primero que uno le dice es que más allá de *Mi Lucha* está *Auschwitz*, les guste o no les guste a los deconstructivistas; a ese texto no hay manera de deconstruirlo porque dice algo tan claro que llevó a los campos de concentración. Cuando uno les dice estas cosas se ofenden y dicen no seas grosero.

Observen también que el poder político comunicacional se ha globalizado, entonces la posmodernidad ha servido para consolidar un nuevo poder, que lejos de ser fragmentario es totalizador y totalitario. Hay un nuevo sujeto peor que el sujeto cartesiano, que es el sujeto comunicacional

que nos gobierna. El sujeto, la subjetividad, la totalidad subjetiva, se ha encarnado en América On Line y en Time Warner, que se fusionaron en enero del 2000 en miles de millones de dólares; hicieron una fusión enorme por lo que creo que controlan un 80 % del poder comunicacional mundial. América On Line que maneja Internet y Time Warner que maneja las cadenas televisivas. La paradoja que uno señala, y que realmente la están sufriendo, es que se han ido al diablo todos los pensamientos posmodernos de la fragmentación, del ataque a la totalidad. La clase política que en última instancia es la burguesía del capitalismo tardío, en el sentido del capitalismo del tercer milenio o tecnocapitalismo, se ha concentrado y ha constituido un nuevo sujeto dominador, un sujeto de la dominación mucho más poderoso que el sujeto cartesiano. Después de todo, Descartes era simplemente un hombre que en Holanda escribía al lado de la estufa; después pasaron muchas cosas. Pero este sujeto de hoy, este sujeto cibernético, informático, ha concentrado el saber y la información.

Lo que nosotros le decimos a nuestros amigos derridianos y deconstructivistas es: pero qué gracioso lo que está ocurriendo, ustedes nos sugieren a nosotros que deconstruyamos al sujeto, que aniquilemos la subjetividad, y entre tanto el poder constituye todas las subjetividades del planeta. Nuestras subjetividades son constituidas en exterioridad por un poder informático y comunicacional que nos dice qué vemos, qué interpretamos, qué imágenes vemos, qué nos construye el imaginario. No sólo nos constituye nuestra subjetividad, sino que construye nuestro imaginario; casi es que no podemos imaginar más de aquello que lo que el poder comunicacional nos ofrece, ya que fuera de la oferta del poder comunicacional no tenemos otras imágenes, estamos avasallados por las imágenes que nos ofrecen.

Hemos llegado al fin de esta historia, la constitución de un sujeto poderoso, absolutista, totalizador, dictatorial, y ya no tengo más adjetivos para ponerle a este ominoso sujeto dominador de hoy. Este poder comunicacional, este tecnocapitalismo está basado en la destrucción del viejo capitalismo, porque en este capitalismo ya no hay burguesía y proletariado, el concepto de burguesía y proletariado pertenecía al capitalismo de la producción y éste es el capitalismo del dinero, el capitalismo de los banqueros. Algunos llaman Imperio a la actual organización mundial, porque no es ya un imperialismo, no hay un país central dominante; lo dominante es el dinero de la banca internacional, que puede estar en cualquier parte; el centro ya no es como decía el Che Guevara, que Estados Unidos es el enemigo de la humanidad. No hay enemigo de la humanidad porque la humanidad está teniendo un solo rostro y para que haya un enemigo tiene que haber dos rostros. Se está tendiendo a una masificación informática de tal dominación que se impone sobre la vieja sociedad capitalista, que era una sociedad del trabajo; el trabajo ha muerto. Ustedes observen que la burguesía y el proletariado del *Manifiesto comunista* entraban en colisión des-

de su lugar en el aparato productivo; la historia del conflicto fluía desde el lugar en que la burguesía y el proletariado ocupaban en el aparato productivo. Ya no hay aparato productivo que incluya al proletariado, aun en la modalidad del oprimido, ya que ese aparato no funciona como antes. Ahora funciona expulsando desde sí a los que ya no son proletarios explotados, sino desechos humanos que son escupidos por el sistema de la banca internacional, por el sistema imperial financiero que existe en este momento. Más que imperio a esto le llamaría corporación; y si ustedes quieren comenzar a pensar en la realidad que enfrentamos hoy en día tenemos que recurrir a los textos de la ciencia ficción, que ellos sí la han pegado más que Marx, lamentablemente. Yo hubiera preferido que el proletariado hubiese enterrado a la burguesía y esas cosas... pero la realidad muestra que estamos llegando a un poder mundial altamente concentrado. Un poder tecnológico como creador de imágenes, de conocimiento, de información y un poder financiero, que ya no es el viejo imperialismo porque no tiene un asentamiento territorial, nadie sabe dónde está la banca. Podemos decir que hay una especie de gendarme de este sistema que es Estados Unidos, porque detenta un poder bélico que va a aplastar cualquier conflicto que surja en cualquier lugar del planeta, pero el capital financiero es errático y sus centros financieros están en uno como en todos lados a la vez, lo expresa tanto Teresa "Exterminassian" (Te Minassian, negociadora del FMI para la Argentina), como dice Bonasso —cuando ella está aquí expresa la centralidad del poder financiero—, como lo expresan en cada lugar donde se reúnen. Ese poder de la banca que sólo busca reproducir el dinero está llevando al mundo a su destrucción. Porque no podemos darnos cuenta, como dice Marx, que la burguesía es tan voraz que va a destruir el mundo, y lo dijo también Fidel Castro hace poco: "La burguesía es tan necia que va a terminar aniquilando el mundo". Y lo va a aniquilar porque el motor de la historia es la voracidad de ganancia de los financieros, que no se va a detener ante nada, y dentro de poco se va a venir una ola tan grande, en cualquier momento los polos se derriten, la capa de ozono..., van a hacer pelota el planeta porque lo van a explotar hasta sus últimas consecuencias.

Esta es la desesperanza que yo quería transmitirles, ¿cómo sacar creatividad política de todo esto?; ¿qué quiere decir la desesperanza como creación política? Tal como dije antes, no hay fundamentos, hay que construir algo nuevo, desde cero. Chacho, quien tiene una gran calidad humana, se va a su casa a seguir pensándolo. No hay fundamentos, no hay sentido de la historia, no hay nada que nos tranquilice como antes nos tranquilizaba la filosofía de la historia. Se trataría de reconstruir un pensamiento no utópico, ¿es posible un pensamiento no utópico?, pensémoslo, yo creo que sí. Un humanismo sin certeza ni garantismos, pero sabiendo que el enemigo es más poderoso que nunca y que trabaja para colonizar y desarmar nues-

tras subjetividades. O sea, lo principal sería reconquistar nuestra subjetividad. Decir no; tal vez la desesperanza sea un gesto inicial de decir “no”, apagar el televisor y lo voy a pensar. ¿Qué hizo Descartes?: apagó el televisor de la teología medieval, apagó el televisor de Santo Tomás de Aquino que le decía todo el tiempo “la promesa... Dios va a venir”... ; “yo dudo”..., y apagó el televisor. Bueno, éste es otro momento en que hay un enorme saber teologal que fundamenta el orden establecido y que se expresa en el saber comunicacional; lo apagamos, a partir de la duda —de aquí esta recuperación que hago del sujeto cartesiano como sujeto revolucionario— y comenzamos a constituirnos como sujetos críticos. Ante todo, la característica fundamental del sujeto crítico es que duda y la duda es siempre revolucionaria.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: ¿Qué significado tienen en algunos autores modernos las críticas que todavía hacen a Descartes? Dicen que Descartes inauguró la dictadura de la razón; la otra viene de la biología, es de un ilustre neurobiólogo: dice que al decir Descartes “pienso luego existo”, desdobló cerebro por un lado y mente por otro, con lo cual el cerebro pasó a los anatomistas y la mente pasó a los teólogos y los filósofos. Y de acuerdo con lo que ha hecho la neurobiología hoy, de ninguna manera están separados; la mente es producto del cerebro, y se ha demostrado que el ser humano se construye un poco a sí mismo; se constituye una red sináptica que no es una cosa concreta, que se va haciendo sobre la base de las experiencias pasadas y a partir de allí se inscriben todas las experiencias del hombre, a partir de ese “pienso luego existo”.

Respuesta: Me parece que son críticas de determinados sectores y me parecen que son justas. Por supuesto que la cosa no termina con Descartes; él dio el puntapié inicial. Indudablemente el problema del cuerpo no está en Descartes. Creo, como vos decís, que no podemos caer de ninguna manera en la separación reflexión/corporalidad, porque es totalmente equivocado. Pero el cogito cartesiano es un inicio, a ese cogito cartesiano le falta el cuerpo, el inconsciente que Descartes no contempló. Así que yo lo contemplo como puntapié inicial y como gesto prometeico de ruptura con las tradiciones teológicas dogmáticas. Ubicar la centralidad en el sujeto, en el hombre. Yo creo que Descartes no incluyó para nada el inconsciente ni el cuerpo. Para él la red extensa es la realidad. Por otra parte, creo que la biología y la manipulación de la biogenética es otra enorme manipulación del poder. En cualquier momento van a fabricar sus propios hombres.

Comentario: Señalo un hecho distintivo. No inscribamos todo en lo genético porque la gran particularidad que tiene el ser humano es que lo único que tiene de genético es el soma, lo físico. Todo lo demás –la psicología cognitiva, la psicología afectiva y el desarrollo social– es absolutamente adquirido. Como dice quien tiene una cátedra de filosofía de la mente: el ser humano al crecer tiene que servirse del exterior, de la cultura, para poder llegar a constituir su propio sujeto. En filosofía, se sostiene algo muy reciente: la teoría evolucionista del conocimiento. Les explico lo que es: en la década del setenta se aliaron, por un lado, la neurología, por otro, la psicología cognitiva; a partir de allí se fueron incorporando otras materias como antropología y lingüística, y fueron creando una base científica, incorporando muchísimas visiones. Parece que tiene fuerza y que en biomédica aportan conocimiento.

Respuesta: La palabra “evolucionismo” está muy desprestigiada, al menos para mí. Evoca varias de las peores cosas de la filosofía, desde el darwinismo filosófico hasta la filosofía de la historia. Creo que las ciencias humanas son ciencias totalizadoras, es lo bueno que tienen. En eso toda la antropología estructural de Lévi-Strauss y el psicoanálisis las ha incorporado mucho. En realidad, no debería ser un solo saber que intente descifrar algo tan complejo como todo esto.

Pregunta: ¿El neoliberalismo es una filosofía? ¿Cómo algunos discursos son objetivados y por qué algunos campos pueden objetivar los discursos para conformar un discurso único como el que estamos escuchando del neoliberalismo?

Respuesta: El neoliberalismo, como neo viene del liberalismo, surge como teoría de la democracia capitalista. Lo que tiene el liberalismo es una concepción muy realista del hombre y que la basa en el egoísmo como motor de la historia; tal vez ha tenido más éxito que otras teorías del hombre. En Adam Smith, en *La riqueza de las naciones*, tiene un concepto que es el de la benevolencia del carnicero: “No esperemos nada de la benevolencia del carnicero, sino que esperemos todo de su egoísmo”; si él, desde su punto central egoísta, quiere como sujeto económico ganar dinero, nos va a dar la mejor mercadería posible para que nosotros le compremos a él y no al de al lado, con lo cual la sociedad de competencia lleva a la optimización de los productos. El liberalismo hace exaltar la sociedad de competencia donde los sujetos compiten unos contra otros, basándose no en la generosidad, sino en el egoísmo; la competencia se hace porque yo quiero ganar más que el otro. Y todo esto lleva a una armonía. Smith nos habla de “la mano invisible”, gracioso principio que le sirve a los monopolios. Porque la sociedad de libre competencia ha sido destruida por los mono-

polios y los oligopolios, que eliminando la competencia, se concentran. La mano invisible no ha existido nunca, pero Smith acudía a esta figura que es la que iba a armonizar el impulso de los competidores de la sociedad capitalista. Éste es el discurso del liberalismo; en la mercancía se objetiva la subjetividad de los competidores. Una sociedad de competidores es una sociedad plural; de aquí el liberalismo deriva en liberalismo democrático, liberalismo político. El liberalismo político y el liberalismo económico se acompañan porque el liberalismo económico postula una sociedad de muchos sujetos que compiten libremente entre sí. ¿Y qué teoría política coincide con eso?: la teoría de la democracia, la democracia basada en la libre competencia. La trampa que denunciarnos es que la libre concurrencia no existe y que a la democracia se la devora el poder económico que se concentra cada vez más.

Acotación del coordinador: Para rescatar a Adam Smith, quiero decir lo siguiente a modo de aclaración. Yo diría que Smith está, por decirlo de alguna forma, muy a la “izquierda” de lo que hoy conocemos como neoliberalismo. Y quiero aclarar algo más que ha dado pie a mucha confusión: el pasaje que menciona José, el de la mano invisible, es un pasaje que figura muy al pasar en *La riqueza de las naciones*, es una sola cita en todo el texto. Son mucho más los pasajes donde Smith hace referencia, por ejemplo, a la benevolencia en general, no a la del carnicero; a la frugalidad, a los intereses desmedidos de la burguesía en proceso de consolidación. Por otra parte, no se comprende bien a Adam Smith si no se tiene en cuenta su *Teoría de los sentimientos morales* ya que hay una continuidad entre la misma —obra anterior— y *La riqueza*. Diría más, no se entiende a Adam Smith sin David Hume y su *Tratado sobre la naturaleza humana*. En ese conjunto de obras que expresan el pensamiento de sus autores, este pasaje de la mano invisible es absolutamente irrelevante. No obstante ello, este pasaje es efectivamente el más citado y sobreestimado por los defensores a ultranza de un supuesto mercado libre que no se da en la realidad. Reducir el pensamiento de Smith a la cita en cuestión es bastardearlo. Precisamente, José hizo referencia a este abuso ideológico por parte de los defensores de los intereses monopólicos.

Respuesta: Sobre Smith me interesa decir algo: es el ideólogo de la burguesía industrial británica, y en ese sentido es el ideólogo de la producción. Hay muchos que dicen que Smith fracasó más que Marx. Es decir, que si Smith se despertara hoy, se horrorizaría realmente, porque vería las catástrofes del capital monopólico, que no las previó, y que los principios del libre mercado llevan a la concentración del mismo. Esto es lo que aniquila la teoría de la libertad.

Pregunta: ¿Hay posibilidad de reconstruir un pensamiento político a partir de la desesperanza? Me parece que con la incertidumbre, la falta de garantías y la duda, estarías concediendo al pensamiento posmodernista, que presentaste en un sentido crítico. No sé si tu conclusión es reconstructiva, porque creo que concede mucho a todo este problema de la posmodernidad. Bueno, la verdad es que no tenemos fundamentos, tenemos que ser tolerantes, tenemos que ser plurales, vos tenés tu verdad, yo tengo la mía, y no hay ninguna certeza desde la cuál reconstruir...

Respuesta: En principio, debo admitir algo: cuando nosotros éramos jovencitos y estudiábamos a Marx, ya veíamos estas cosas; veíamos esto en los setenta, veíamos que en el marxismo estaba esto. No nos animábamos a decirlo porque no era el momento de decirlo, ya que el marxismo estaba vigorizando las luchas sociales de esa época. Lo que pasa es que vienen los posmodernistas y meten el cuchillo donde más duele, y uno sabía que dolía, uno sabía que el *Manifiesto comunista* era un relato de la historia y que no tenía por qué haber una certeza dialéctica de que el proletariado iba a sepultar a etc., etc., etc. Por eso yo incorporo y acepto muchas de las críticas de la posmodernidad cuando analizo el marxismo, el hegelianismo, el cartesianismo, la modernidad. Creo que hay críticas que no se pueden eludir al costo de restaurar lo mismo, creo que la respuesta no es restaurar lo mismo. Ahora bien, en lo que no creo es en el relativismo posmoderno. Vos me señalás muy bien si no voy a andar diciendo si tu verdad vale tanto, la mía... No, la verdad es que la verdad del señor Escasany (principal banquero argentino) creo yo, no vale tanto como la verdad de los pobres tipos que andan haciendo los piquetes; la verdad la tienen los piqueteros, yo estoy con ellos porque pasan hambre, los oprimen. Yo estoy en contra de los banqueros en el sentido de que estoy en contra del dinero como herramienta de sojuzgamiento de los hombres. Hay verdades en las que creo; ahora lucho contra eso, pero no aceptaría ninguna teoría de la historia que me dijera que mi lucha va a triunfar porque necesariamente el sentido de la historia es que desaparezcan los banqueros para que los pueblos sean libres. Estaría en contra de esa filosofía de la historia, en contra de ese determinismo histórico, porque no nos ha llevado a ningún lado, ha alimentado esperanzas que fueron truncadas. Pero de ningún modo caería en algún relativismo político o cultural, o en el multiculturalismo del posmodernismo. Creo que hay verdades, creo que hay una verdad en el *Manifiesto comunista*, la realidad se divide entre opresores y oprimidos tal como lo dijo Marx en 1848. Eso no ha sido modificado, al contrario, cada vez es peor. Y el capitalismo no ha superado al socialismo porque no pudo superar los problemas que el socialismo vino a plantear. Lo hubiera superado si hubiera superado esos problemas. Vayamos a nuestro país: acá hay trece millones de pobres, acá el capitalismo no solucionó nada, el

hambre en el mundo es más pavoroso que nunca. Entonces, ¿dónde está la superación que el liberalismo ha hecho del marxismo? Todos los motivos por los cuales surgió el socialismo siguen en pie: la opresión sigue en pie, el hambre sigue en pie, la desigualdad, etc.; o sea, el socialismo ha fracasado en sus intentos históricos del siglo XX, ahora, los motivos siguen. Es el momento de elaborar nuevas respuestas.

Pregunta: ¿ A quién le cabría elaborar nuevas respuestas?

Respuesta: A todos, vos viste lo que es el mundo hoy.

Pregunta: Vos como intelectual te limitás a describir la realidad.

Respuesta: No, esto que yo acabo de describir es un proyecto de praxis. Entre los piqueteros y el banquero Escassany me voy con los piqueteros, ellos tienen la razón, ellos tienen la verdad porque es obvio. El capitalismo no solucionó el problema del hambre; entonces, es tan obvio que yo no puedo tragarme todos los cuentos del fin de la historia, de la muerte de las utopías, de las ideologías... Mirá, es tan obvio que la gente se muere de hambre, que no me lo trago. Por más que la televisión me bombardee las veinticuatro horas del día no me lo puedo tragar, porque en algún momento aparece una imagen que me muestra algo y yo digo ¿qué es eso?; cualquiera dice ¿qué es eso? O te preguntás por qué la policía se arma de tal modo ¿por qué llaman a la gendarmería? Una noticia que a mí me alucina es que apareció la bala de goma del siglo XXI que te calcina, o sea, no te van a tirar con balas de goma, te van a tirar con rayos que van a expulsar a 130° y que te tiran al diablo; a los diez minutos estás más o menos bien, pero la manifestación se terminó. Entonces, uno dice si todo esto está solucionado ¿por qué perfeccionan tanto los métodos de represión?

Pregunta: Me parece que es importante decir en el papel de intelectual –vos para mí sos un intelectual– que describo la realidad, lo que veo: que el sector financiero se ha comido al Estado, que hay un vacío, que hay una sociedad fragmentada, atomizada. Pero digamos, ¿cuál sería el camino, más allá de la desesperanza? La lucha desde tu lugar es describir esa realidad; si no hubiera certeza de triunfo no habría lucha. No puede haber lucha si vos no tenés la certeza del triunfo.

Respuesta: Por eso introduzco el concepto de desesperanza; tiende a bloquear la certeza del triunfo que es inmovilista y desmovilizador. Entonces, ahí entra el concepto de desesperanza, que no quiere decir desesperación. La desesperanza es decirse, usando tus palabras, eliminar la certeza del triunfo, las utopías garantizadas, el horizonte asegurado, ese concepto

de utopía que analicé en el texto de Galeano; y pese a ello, mantener una praxis. Sería una praxis sin certezas, ésta es la idea de desesperanza, que es tal vez la praxis más movilizadora: no hay nada que garantice nuestro triunfo, pero igual debemos luchar. Llegamos a un punto interesante en este diálogo con ustedes en torno a esta cuestión de la desesperanza, y que no dice mucho ya que no era más que el título de mi exposición. Ahora bien, si acordamos que la teoría de la desesperanza trata de fundamentar una praxis que no esté amparada en una certeza de triunfo, esto es, las condiciones de posibilidad de una militancia que no esté alimentada por la certeza del triunfo, bueno... esto es lo que yo venía a decirles a ustedes, junto a muchas otras cosas de las que hablé, pero básicamente eso.

Pregunta: Vos hablaste de que en la globalización se genera una concentración en el saber y la comunicación, y hablaste cómo esto va formando un imaginario instituyente de la sociedad. Esto va a significar un desplazamiento pleno de la palabra, o sea, del pensamiento; una cosa es el conocimiento, otra cosa es el pensamiento y la capacidad de reflexión. El saber y el conocimiento se pueden apropiar, pero otra cosa es la capacidad de reflexionar. Cuando una cosa es dada, por ejemplo cuando el programa "Gran Hermano" te es dado, y no hay capacidad de reflexionar o de pensar, opera uno de los mecanismos del sistema que puede estar generando esta cosa cultural. La otra cuestión tiene que ver en que este seminario giró sobre la base de la realidad política argentina, a partir de Chacho como uno de sus protagonistas recientes. Discutimos entonces, la función de la ideología, si el programa sirve o no sirve, etc. Ahora, ¿cómo se puede generar esto si no hay en la sociedad una capacidad de vislumbrar un proyecto o hacia dónde se quiere ir y qué nombre tiene? ¿cómo se conforma si no es ideología, si no es utopía? En este contexto ¿cómo juegan la dialéctica del amo y del esclavo, y la del deseo?

Respuesta: Vamos por partes. Recordemos que Lacan participa del seminario de Alexander Kojève, donde estaba Sartre también; conjunción fascinante que todavía la historia de la filosofía no estudió adecuadamente. ¿Qué es lo fundamental que aprende Lacan de Hegel vía Kojève?: que el deseo es deseo de otro deseo; es tanto lo que deseo el deseo del otro -Hegel- que no me importa morir con tal de conseguirlo, de conseguir el reconocimiento. Esto avala la dialéctica por la cual el amo se constituye en amo, sobre todo en Hegel. Hoy, el esclavo hegeliano ya no podría existir porque toda la dialéctica del amo y el esclavo consistía en que el esclavo se sometía a lo material porque tenía miedo de morir; prefiero no ser reconocido por la otra conciencia porque es tal mi miedo de morir, que no quiero luchar contra ella por el reconocimiento, con lo cual me ato a lo natural. Ahora, Hegel era un optimista en esto, y por eso Marx lo amaba tanto y

todos amamos tanto la dialéctica del amo y el esclavo. Hegel decía: ¿pero qué ocurre con el esclavo? Al atarse a la naturaleza, el esclavo comienza a trabajar la naturaleza, a trabajar para el amo. ¿Y el amo qué hace?: consume. El amo queda confinado a ser un ente ahistórico, mientras que el esclavo hace la historia a través del trabajo de la materia. Pero aquí tenemos un problema: los esclavos de hoy ya no trabajan la materia. Entonces esa dialéctica, que era la dialéctica histórica, hoy no se podría dar en el sentido hegeliano; no hay esclavos que trabajen la materia, incluso más, los amos no quieren ser reconocidos; estos amos de hoy no quieren ser reconocidos por los esclavos. Expulsan a los esclavos, hay una nueva dialéctica histórica, están excluidos los esclavos; o sea, el amo ni siquiera necesita el reconocimiento del esclavo. ¿Qué le queda, qué podría querer?: el reconocimiento de los otros amos. Pero cuando consigue el reconocimiento de ese otro amo, el amo deviene en esclavo, y el esclavo de hoy es un excluido. Así que digamos, que estos amos de hoy comen en soledad y la materia no está siendo trabajada por nadie.

Repregunta: En función de esta realidad, la sociedad puede generarse un punto de referencia desde lo político. ¿Cómo se articula algo que sea instituyente en el imaginario para que sea algo que yo apoyo, ayudo, lucho para salir adelante?

Respuesta: En principio tenemos esto: un sujeto se constituyó, es el sujeto de la dominación. Políticamente, hay un sujeto de la dominación que está constituido —no lo traduzcamos en términos lacanianos, etc.— que domina a través del poder técnico y comunicacional, y te construye tu subjetividad y tu imaginario. Para ser claro, yo creo que con el inconsciente, con el cuerpo, con todas las cosas que atentan contra la transparencia del sujeto racional —que no es tal, que está lleno de opacidades, y por una opacidad que Descartes no vio y que es el inconsciente—, con todo eso, igual tenemos que ser capaces de apagar el televisor en algún momento; tenemos que ser capaces de generar una conciencia crítica que nos diga: me estoy sometiendo a un poder suprahistórico, supranacional, todopoderoso, que está colonizando mi subjetividad y mi inconsciente sobre todo, porque lo que más nos colonizan es precisamente el inconsciente. Hay una fórmula de Lacan que es maravillosa: “el inconsciente es el discurso del otro”. No importa que no la apliquemos como Lacan y que recibamos reproches de nuestros amigos lacanianos, pero exactamente, el inconsciente es el discurso del otro, nuestro inconsciente es el discurso del poder comunicacional, de la Warner. En este sentido, es el discurso del Otro, con mayúsculas, nuestro inconsciente está constituido por el discurso del poder, y esto es bastante laciano; yo creo que en eso Lacan acordaría con nosotros. Nuestro inconsciente está constituido por el discurso del poder; acá con un

poco de Foucault. Ésta es para mí, una fórmula fascinante, de una verdadera profundidad gnoseológica. Que lleguemos así a esta certeza: nuestro inconsciente es el discurso del otro; pero ese otro, hoy, es el poder comunicacional. El inconsciente está estructurado como un lenguaje; de acuerdo, pero ese lenguaje hoy es el del poder comunicacional.

Comentario: Sobre ciertas connotaciones teológicas en el pensamiento de Marx y el nihilismo actual en la política

Respuesta: Marx en el siglo XIX introduce esa certeza que dice: ¡el futuro es nuestro camarada! Hoy está claro que esto no ayuda a la militancia; sobre todo porque los militantes la han pasado tan mal que nadie cree que el futuro está asegurado. Hoy la militancia no se hace con creyentes, se hace con creencias. Lo que pasa es que a mí, teóricamente, me pareció interesante introducir este concepto de certeza y esperanza en el marxismo y analizar sus limitaciones, señaladas por todas las filosofías posmodernas, en ese sentido con razón. De todas maneras, la insistencia mía apunta a que, a partir de la incertidumbre, no llegar al relativismo axiológico de las filosofías posmodernas. Porque la modernidad llevaba a la revolución y el posmodernismo lleva a la resignación. Sin duda alguna, es la filosofía de la resignación y de la aceptación del orden establecido.

Comentario: Ese ejercicio de la sospecha permanente, que debajo de lo que aparece hay otra cosa, es propio de Freud y Marx: inconsciente, sistema económico. Hay un ejercicio de la sospecha permanente sin ninguna certeza del que lo ejerce, o sea, estos maestros de la sospecha, como dice Ricœur, se quedan con las máscaras en la mano.

Respuesta: Sí, pero los maestros de la certeza que fabrican máscaras todo el tiempo...

Comentario: Un primer comentario tiene que ver con el modo en que opera hoy la clase dominante. Vos decías que ya no hay dos clases y un conflicto, sino una especie de no-clase que huye del reconocimiento. Al contrario, yo creo que lo más complicado, en realidad, es que el neoconservadurismo de los ochenta para acá ha logrado –y es uno de sus éxitos más grandes– ligar el discurso de la dominación con el deseo individual: todos somos accionistas de la empresa, todos somos parte de la opinión pública, todos somos consumidores; hay una idea de inclusión. En todo caso, siempre hay un otro: estos piqueteros por ejemplo, son el otro, pero un otro distinto; espejo donde a nadie le gusta mirarse. No es el mismo espejo de la burguesía y el proletariado. Digo esto porque si no pensamos que sólo es una especie de fantasma sin rostro que circula por el mundo, y yo creo que

no. Hay una demostración cotidiana en el deseo de todos nosotros de pertenecer a algún espacio dado. De hecho, se logra la inclusión de todos nosotros en ciertas comunidades de sentido, por decirlo de alguna manera, que nos hacen pertenecer a un montón de espacios donde nos sentimos contenidos.

Quería referirme también a esta cuestión del fin de la historia, idea ridícula que después de Fukuyama nadie pudo sostener seriamente, ni siquiera los más lúcidos ultraliberales y conservadores, mezcla tan propia de este tiempo. Pero se ha instalado la idea del fin del tiempo, así como Internet pareciera ser el fin del espacio; uno está en todos lados pero en ningún lado, nos movemos pero no nos movemos. Esta idea del fin del tiempo se nos aparece como un eterno presente muy fuerte, que creo, tiene que ver con el fin de la idea de promesa y el fin de la política como transformación a que aludías. En este sentido, observamos la capacidad que tiene el discurso economicista de mostrarse como única salida, que creo destruye la condición de lo político que es el conflicto. Creo que el desafío para restaurar una idea de promesa —en el mejor de los sentidos— y romper esta especie de eterno presente, es el conflicto como constructivo de todo proyecto político. Probablemente el fracaso de la centroizquierda argentina tenga que ver con esto, con la idea de pensar un proyecto político distinto desde el no conflicto; como que hubiese una sola posibilidad que es la economía, y solo podemos hacer ciertas cosas pequeñas en otros campos.

Respuesta: Claro, la idea de no conflicto es central en el pensamiento enmascarador de hoy. Ellos escamotean el conflicto, es lo que hace la socialdemocracia o la tercera vía; intentan, dentro de lo uno, hacer un uno más bueno, lo cual elimina la teoría del conflicto. Creo que tenemos que postular que no hay uno, que lo uno tiene que dividirse en dos cuanto antes. Ésa, es una tarea militante.

Comentario: En este punto, creo que no podemos identificar totalmente al neoliberalismo con el posmodernismo, que es una parte de la modernidad, no hay fin de la modernidad, seguimos hablando de las etapas de la modernidad incluyendo el posmodernismo. De última, el conflicto planteado por el marxismo es que íbamos a volver a la reconciliación final; después de la escisión, íbamos a volver a lo uno. En este sentido, no podemos identificar al posmodernismo con la ideología del neoliberalismo, o por lo menos habría que diferenciarla; Derrida, cuando habla de la promesa del fantasma de Marx como lo que siempre está por venir, está planteando una idea interesante, no es el posmodernismo berreta que escuchamos por ahí.

Respuesta: Es muy interesante lo que planteás sobre cómo en el marxismo, ese conflicto entre lo uno y lo otro, está —a través de la teología histó-

rica— resuelto en que al final se va a volver a lo uno. Y ahí está, se volvió a lo uno. Porque Stalin es lo uno, pero se volvió en el modo del totalitarismo y en el abandono de la idea de conflicto, en beneficio del Estado totalitario. Ahí se ofreció el gran flanco para la destrucción ideológica de algo fundamental que había postulado Marx. Yo creo que eliminando esa promesa de retorno a lo uno en Marx, nosotros tenemos que rescatar hoy la idea de conflicto en el marxismo y en el hegelianismo; la idea de la dialéctica histórica que está tan muerta hoy. Y por eso está ideológicamente muerta, en el sentido de que no es casual que esté muerta, porque quieren eliminar el conflicto y nosotros tenemos que decir no, los conflictos siguen, están ahí . Y eso que hace Derrida de los textos de Marx está muy bien, que ese espectro está ahí, hay conflicto. Lo que nosotros rescatamos hoy del *Manifiesto* es lo de opresores y oprimidos, que sigue vigente. Si después se equivocó en el restante 80 %, es otra cuestión.

Pregunta: Para poder trasladar esto a la realidad, ¿cómo podemos movilizar militante o políticamente? En tu libro *Filosofía y Nación* hacés una improvisación y a partir del conflicto vas estructurando un proyecto. Por eso yo me preguntaba si hay que volver a la idea de proyecto nación que está desdibujado por la globalización. ¿Cuál sería, de acuerdo con tu criterio, el concepto que habría que empezar a trabajar como propagación para que podamos reunificar dentro de la diversidad la posibilidad de un uno, es decir como esperanza, como marcha?

Respuesta: En dos palabras: volver a la nación sin el nacionalismo y volver al Estado sin el totalitarismo.

Comentario final: Hay algo que les quiero decir: les agradezco muchísimo porque el nivel de ustedes es muy bueno. Yo, pocas veces pude interactuar así con oyentes tan atentos y llegar a algunas cosas interesantes como hemos llegado. No es frecuente el tipo de diálogo hondo que tuvimos.

XV
POLÍTICA Y ECONOMÍA
EN UN PAÍS DECEPCIONADO

CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ

26 de julio de 2001

Aunque no estén presentes el resto de los expositores de este Seminario, quiero en principio valorar sus aportes, y agradecerles sus ideas y reflexiones. Representan diferentes puntos de vista muy interesantes, en un momento, como señalé en mi primera exposición, muy falto de debates. Se tendrían que encontrar ámbitos adecuados para trabajar más sistemáticamente, con más continuidad y articulando las coincidencias de las visiones alternativas a lo que hoy funciona como lo único o inexorable. Precisamente el conjunto de las exposiciones demuestra que todos tenemos algo que aportar y que ninguno por sí sólo puede sentirse poseedor de toda la verdad. Más allá de los errores que pueden haberse cometido, lo importante pasa a ser hoy cómo se continúa progresando en una opción política y programática que, con otros actores, sea capaz de tomar y aprovechar lo que se ha hecho. El error, creo con humildad, es sentir que alguien individualmente puede encarnar la reconstrucción de una expectativa que está vacante en la sociedad a partir de la experiencia frustrante de la Alianza.

Como nota general, después de leer el conjunto de las exposiciones, creo que podemos tener identificados de manera común los "males" de la época y del llamado modelo, pero no con la misma precisión, la también denominada alternativa. Es decir, coincidencias sobre los problemas y los desafíos, pero al mismo tiempo cierto desierto de propuestas fuertes, viables, concretas para salir de la encrucijada en que está nuestro país. Esto es lo que he observado en el conjunto de las exposiciones a lo largo de estos cuatro meses, incluido por supuesto las mías, a las que veo funcionar más como balance de un período y el ejercicio de la autocrítica, que como soluciones definitivas. No existe una correspondencia entre los diagnósticos

que tienden a estigmatizar una época, difícil e incierta, y la viabilidad de lo que se propone como opciones. Tampoco se trata de alcanzar visiones totalizadoras como alternativas, sino ciertos puntos, acciones, iniciativas y propuestas que, desarrolladas y construidas en el tiempo, puedan ir entrelazando otro camino.

Si tuviese que volver a definir desde mi perspectiva el sentido original de la Alianza, hablaría de una política que tendría que haber sido capaz de reequilibrar un nuevo sistema de poder, apto para armonizar las demandas del mercado con las demandas insatisfechas de la mayoría de la sociedad. Por eso, cuando me refiero al fracaso de la Alianza, hago referencia a una perspectiva que mediante sucesivos errores se fue situando casi excluyentemente en el lugar de los mercados, y a partir solamente de recuperar su "confianza", apostar al reencuentro del círculo virtuoso de la economía.

Esto así enunciado en términos genéricos parece simple, pero en verdad es parte del drama que atraviesa nuestro país desde la reconquista de la democracia en 1983. El equilibrio entre democracia y mercado, o para decirlo de otra manera, entre el programa de la comunidad de negocios y los reclamos populares, que siempre se termina distorsionando, licuando la legitimidad social y proyectando un sentido de defraudación respecto a las promesas y proposiciones con las que se arribó al gobierno. Indefectiblemente hasta ahora, todos los gobiernos democráticos con sus más y con sus menos, asumieron con el compromiso de garantizar el crecimiento, la producción, el empleo y una mejor distribución del ingreso, y hasta ahora, todos sin excepción, terminan optando por el ajuste como un fin en sí mismo. Un gobierno y un programa que obvien el mercado no es viable. Pero uno que sólo sea la reproducción de los intereses más concentrados del poder económico termina despilfarrando el consenso popular original.

Es verdad que cuando se accede al gobierno, se posee un margen importante de maniobra como consecuencia de la confianza y del apoyo de la sociedad, pero dura muy poco; por eso, ese apoyo de los primeros tiempos hay que reafirmarlo con decisiones muy claras. El impacto de la votación es muy breve y la agenda del día a día comienza a ser gobernada por otros actores. Algo de esto marcó, desde una visión para mí un tanto discutible de la democracia argentina, Torcuato Di Tella, cuando sostiene que la democracia en su funcionamiento es más corporativa que ciudadana, porque los que inciden en las decisiones del día a día son más los grupos de interés que el ciudadano, relegado a ser espectador o un mero televidente del acontecer político y económico. La voz ciudadana quedaría recluida a ciertas reivindicaciones canalizadas hoy más por los medios de comunicación que por los partidos políticos. Di Tella continúa pensando que para que un gobierno tenga soportes que garanticen su viabilidad, o hay que contar con los sindicatos o tener con el gobierno a ese 10 % de los que mandan, es decir, de los sectores vinculados al *establishment*. En parte es

así, pero yo pienso que hoy el problema es la asimetría de poder que existe entre los hacedores del mercado y la mayoría de la sociedad, lo que en otra época, a la que es imposible volver, llamábamos relaciones de fuerza o relaciones de poder entre fuerzas que planteaban demandas muchas veces antagónicas o tenían visiones encontradas sobre el modelo de país a construir.

Para cambiar esas relaciones de poder se apelaba en otros años a la organización popular, a la construcción de frentes de masas, a la movilización y a la expansión de una conciencia revolucionaria. Resulta muy evidente que hoy apelaciones a la organización de la base de la sociedad pueden sonar simpáticas como discurso para ciertas minorías ideológicas, pero no existen los partidos, los cuadros y los militantes dispuestos a una tarea de largo aliento, que crean que pueda existir una organización popular capaz de modificar las actuales relaciones de poder; ni aún existiendo esa organización hay garantías de poder hacerlo.

De lo que estoy convencido es de la necesidad de avanzar desde una perspectiva democrática a mayores grados de involucramiento de la comunidad, para acompañar o posibilitar la resolución de demandas populares. Quiero decir, que entre el aparatismo de masa de los años setenta y el vacío de representación política y social que existe en la actualidad, hay que dedicarle tiempo a desentrañar formas nuevas de protagonismo popular. Es decir, repolitizar la vida social evitando que la acción política se confunda sólo con la administración de la crisis o la selección y distribución de las candidaturas.

Por eso, yo desprendo de los análisis de Alcira (Argumedo), o de (Atilio) Borón, desde una perspectiva de izquierda, o de lo de Isidoro (Cheresky) o (Juan Carlos) Portantiero, desde una visión más socialdemócrata, que lo que permanece todavía en la incertidumbre es el lugar de la política como recuperación de su capacidad de transformación. Porque hablamos de los intereses del pueblo o de la gente, pero en verdad, la mayoría se siente cada vez más alejada y escéptica respecto de la política y de su vocación de servir al bien común o de ser portadora de un proyecto de sociedad y de Nación.

¿Cómo se resuelve entonces esta doble crisis de legitimidad de la política? Por un lado, los mercados la consideran un estorbo; mera distorsión y puro gasto, y por el otro, una gran parte de la sociedad observa la política con desprecio, como una profesión corporativa, encerrada en un mundo propio y utilizada por los políticos para su propio beneficio. La primera cuestión a resolver, creo que es ésta, porque como ya lo he dicho, descreo de otra economía con la misma política, descreo que se pueda regular eficazmente el capitalismo para que no se "salvajice" con el actual sistema de partidos. Y descreo aún más que se pueda mejorar la distribución del ingreso, cuando los concentradores de la riqueza financian a los partidos y

así condicionan sus decisiones. Por eso, en la agenda debe figurar como una de las prioridades la manera de articular una mayor autonomía de la política con un nuevo modelo de desarrollo, y por supuesto otro funcionamiento del Estado.

¿El problema es entonces económico o político? Las dos cuestiones deben ser modificadas integral y simultáneamente. A un tipo de sistema político le corresponde un tipo de sistema económico y viceversa. A un sistema de corrupción política le corresponde un modelo de saqueo económico, tal cual sucedió en la etapa menemista. Si no se entiende esto, es imposible entender cómo funcionó la Argentina en la década anterior. La corrupción fue el elemento disciplinador que utilizó el poder para llevar adelante una modernización a la medida de determinados intereses nacionales y extranjeros. Por otro lado, el discurso de la antipolítica o el corrimiento de la política a la zona de la exclusión, hace que la democracia quede prisionera de las figuras salvadoras, de los tecnócratas y de quienes acumulan o poseen mayores recursos de poder económico.

La llegada de Cavallo al gobierno es ejemplificadora. Desde el interior del propio poder, se hizo todo lo posible para desgastar a la Alianza y debilitar el ala política crítica al proyecto de continuidad menemista. Luego, esa debilidad y la crisis de la política necesitaban ser reemplazadas por la figura de un Ministro de Economía que compensara esa debilidad. Era claro que si fracasaba Machinea no había ningún economista de los partidos de la Alianza que sintetizara la credibilidad de los mercados, junto con la confianza y acuerdos profundos con los partidos de la Alianza. Por eso, propuse después del blindaje la división del Ministerio de Economía en dos, uno de Hacienda y Finanzas y el otro de la Producción, Infraestructura e Inversiones. Esto, como ya he señalado, significaba dos beneficios: el primero, que alguien se ocupara exclusivamente y pusiera toda su energía en los aspectos vinculados a la competitividad y la producción, y por otro lado, se dejaba de depender de la figura de un ministro "salvador". Pero por el contrario, aun sabiendo que cualquier sucesor de Machinea era desaconsejable, se optó por un proceso que cualquiera podría anticipar cómo terminaría. López Murphy, representante de FIEL y cercano al CEMA, como era radical, era digerible para el partido; pero no así su política. Y así le fue con su abortado paquete de recorte del gasto. Y frente a la crisis de autoridad presidencial, el deterioro político y el fracaso del último economista radical posible, ¿qué quedaba?

Algunos mal intencionados me han querido atribuir a mí la llegada de Cavallo al gobierno. Miren ustedes si yo iba a tener el poder, desde el llano, desde afuera del gobierno, de incidir en esa decisión. Lo que yo anticipé fue un proceso lineal, casi inexorable, que estaba anticipado y no lo veía quién no quería verlo. Hicimos al menos un último esfuerzo, quizás equivocado, por reconstruir un centro de decisión política en el gobierno,

para amortiguar lo que se veía como la llegada no sólo de un ministro de Economía sino de un casi primer ministro. Porque a pocos se le podía escapar que Cavallo iba a pretender ocupar el lugar vacante de la autoridad política, no sólo el de la economía.

Cuando se ayudó desde el propio entorno del presidente y con su complicidad, a minar las bases del poder político de la Alianza, era ostensible que el giro hacia Cavallo era un punto de llegada inevitable. Por eso, hoy, una gran parte de la sociedad ya no mira a De La Rúa con expectativa, mira cómo le va a ir a Cavallo, que pretende llevar adelante un plan con cierto sesgo heterodoxo, para alimentar sus sueños presidenciales hacia el año 2003. Se volvió imposible pensar que se podía plantear algo parecido a lo que interpretó el proyecto de la Alianza en su conformación. Con Cavallo como Ministro, es evidente que lo que está en juego hoy es la supervivencia del gobierno, a partir de recuperar niveles aceptables de confianza y sacar a la economía de la recesión que ya lleva casi tres años y medio. Mi convicción es que la Alianza como proyecto político distinto ya ha fracasado, y esto hay que decirlo con todas las letras; sobre todo deben entenderlo aquellos que todavía se autoengañan proclamando rectificaciones que la reencuentren con su espíritu original.

Cuando señalo que una gran parte de la crisis es política, por política estoy entendiendo también valores, identidades y sentidos, es decir, le estoy dando a la política una connotación cultural. No nos olvidemos que el actual sistema de partidos funcionó en las últimas décadas junto a un cierto Estado de Bienestar. En nuestro país existía casi pleno empleo, no había exclusión social y la presencia del sindicalismo mejoraba sustancialmente el salario de manera directa e indirecta; la primera, a través de las negociaciones colectivas, y la segunda, desarrollando servicios sociales muy eficientes. No casualmente fuimos la sociedad más cohesionada de América latina. El antecedente del peronismo y la expansión de los sectores medios habían dado como resultado una importante movilidad social ascendente en un país con altos niveles de integración. Al margen de los cambios de época, el sistema político funciona como si conviviese con las condiciones y posibilidades de esa época casi dorada de la Argentina. De aquí, el actual desajuste que percibe la mayoría del pueblo entre una Argentina cada vez más pobre y desigual y un sistema político que en su accionar parece no dar cuenta del impacto de los fracasos y de la tremenda regresión que se viene sufriendo en todos los planos.

La crisis de valores o la crisis cultural no compete exclusivamente a la clase política, sino al conjunto de la sociedad. Éste es un país en que poco o nada se respeta la ley. Tuvimos clases dirigentes que fueron, a su turno, rentistas, prebendarias o de prácticas especulativas y con fortunas y posiciones de poder, que se obtenían en forma dudosa o en lapsos de tiempos sumamente reducidos. Un país en donde el éxito del aventurerismo se os-

tenta y en el cual el sacrificio o el esfuerzo es casi asimilable a una cultura de perdedores. Un país que protegió los delitos económicos en sus distintas formas, más aún durante las dictaduras militares. Esta Argentina del vale todo, anómica y con un poder perforado por los intereses particulares, se terminó imponiendo a la Argentina del culto al trabajo y de la valoración al esfuerzo, que fueron en parte, los valores sobre los cuales se erigió una parte de nuestra modernidad.

La sociedad de hoy es también un reflejo de estos valores en crisis. Por eso, es una verdad a medias sostener que la clase política es necesariamente producto de su tiempo y de su sociedad. Es una verdad relativa, porque también existen valores en tensión que no están reflejados en la política cotidiana. Como por ejemplo, heroísmos anónimos, fuertes compromisos sociales que no son visibles, acciones de solidaridad y conductas apegadas a principios, y sin embargo, esto no se traduce en las prácticas políticas dominantes. Los políticos honestos reclaman visibilidad, quedar afuera de la crítica social; que la gente sepa distinguir y no generalice. Demanda justa pero a la vez incorrecta, porque al no dar batalla contra las prácticas y contra los principales responsables de la degradación, están auspiciando la generalización. Porque no se le puede pedir a la gente que se convierta en especialista en diferenciar conductas partidarias, menos aún en un país en donde la mayoría de las personas tienen que hacer malabarismos para poder sobrevivir.

La Alianza ha perdido una gran oportunidad, y ahora es necesario que surjan nuevos actores políticos y sociales que tomen la posta e intenten reconstruir un horizonte pensando ya en el mediano plazo. Creo que la coyuntura y el corto plazo van a estar protagonizados de hecho por el Partido Justicialista. No existe en la agenda de los partidos un debate acerca de si es posible o no reconquistar una mayor centralidad para la política, y cómo lograr mayores márgenes de acción y de legitimidad social. La falta de ese debate acerca de la calidad de la política hace que las alternativas se reduzcan a su achicamiento, o a los gastos que insume, es decir, que el tema es abordado en clave fiscal sin dimensionar el objetivo central, que es su capacidad de liderar un proyecto. Por eso, suenan tan vacías las convocatorias a la unidad nacional o a los gobiernos compartidos. Porque la suma de políticos de distintos partidos no remite a una idea de acrecentamiento del poder o de recuperación de la confianza. La ausencia de proyecto hace percibir los acuerdos y los actos interpartidarios como mera suma de intereses particulares, antes que la unidad necesaria para darle consistencia a las posibilidades de transitar otro camino. No existe unidad nacional sin misión, sin proyecto. Al contrario, aquí se elogia la "responsabilidad" del sistema político, cuando la mayoría se pone de acuerdo para bajarle los sueldos a los jubilados, o se acompañan los ajustes acordados con los organismos financieros internacionales.

Sólo sería justificable desde un poder distinto al actual una convocatoria a la unidad si está llamada para acumular fuerzas, para hacerles pagar los mayores costos de las crisis a los grandes beneficiarios de la década del noventa; es decir, a los bancos, al sector financiero, a los especuladores y a las empresas privatizadas que todavía usufructúan mercados monopólicos u oligopólicos. Les pongo un ejemplo: desde los primeros días de gobierno, insistí en negociar con las empresas una baja en el precio de los servicios públicos privatizados, para, por un lado, mejorar los precios relativos, y por el otro, para que los usuarios y consumidores comenzaran a sentirse protegidos y defendidos. Por el contrario, desde otro sector del gobierno se insistía en que esos sectores eran los únicos que podían liderar un proceso intensivo de inversiones. Como ustedes pueden ver, dos visiones casi antagónicas: una, la que planteaba hacer eficiente la regulación demandada socialmente, y la otra, la que se impuso, la de la continuidad, que esperaba que la confianza de los beneficiarios de los mayores niveles de rentabilidad ayudarían a restablecer el círculo virtuoso de la inversión y del crecimiento; cosa que hasta ahora no ocurrió.

Con respecto a otras intervenciones en este Seminario, tengo que decir que es cierto que el poder puede tender a generar conductas adaptativas, "statuquistas". Esto sucedió en nuestra propia fuerza política, que fue perdiendo no sólo la perspectiva crítica, sino que en muchos casos fue cayendo en los mismos vicios que cuestionábamos cuando éramos oposición. Es interesante también la interpelación acerca de si la decadencia del Frepaso no fue consecuencia de su escasa organización o del alto nivel de personalización de su política, estimulado a través de los medios de comunicación. Es bueno y necesario que se reabra un debate acerca de cómo se construye una fuerza distinta al bipartidismo tradicional.

Subyace en las críticas una idea de partido casi tradicional que hoy es imposible conformar desde el llano. Una organización cuasi cerrada de cuadros, que sin apresurarse en los tiempos logre ir consolidándose poco a poco. Un dilema entre el viejo modelo de los partidos burocráticos de masas, ahora sin masas, o convertirse en una mera agencia electoral con posibilidades de competir en el mercado político. El otro gran problema es hoy, frente a la crisis de las estructuras, el de la referenciación de la política ¿Puede existir hoy una fuerza política sin figuras con conocimiento y ascendiente en la sociedad?; planteado de otro modo: ¿Es posible una referenciación colectiva o la construcción de una identidad, a través de posiciones políticas, secundarizando la importancia de las referencias públicas?

De los dos temas planteados, el de la organización y el de las referencias, ambos requieren aproximarnos a un punto intermedio. En el primer caso, yo insisto en que la construcción de una fuerza nueva y distinta tiene que tener un sesgo de apertura fuerte, porque no se puede cerrar prematu-

ramente un partido nacional, en el cual la irrepresentatividad de sus dirigentes es la nota dominante en muchas de las provincias del interior del país y en donde se hace muy difícil competir con las máquinas electorales, las prácticas clientelísticas y partidos con mucha tradición e importante inserción social. El dilema de cómo se avanza en la conformación de representatividades capaces de constituir alternativas a lo tradicional, todavía es un problema no resuelto. Luego, es cierto que hubiésemos necesitado mayores grados de organización, pero no tal cual se la reclama de posiciones similares a las viejas tradiciones partidarias de izquierda, donde el partido o el aparatito se van convirtiendo en un fin en sí mismo.

Respecto al tema de los liderazgos, es relativamente cierto que un espacio nuevo puede quedar muy condicionado por las limitaciones o los errores de quienes lo conducen. Pero también soy sincero y quiero transmitirles mi escepticismo respecto a la capacidad y vocación de la mayoría de los dirigentes del autodenominado espacio progresista, para armar un colectivo que sea más importante que las aspiraciones o las ambiciones individuales. La personalización de la política es uno de los datos insoslayables de estos tiempos. Esto debería poder convivir con una organización abierta, no sectaria, sensible a las novedades y a la innovación, con capacidad de intervención en los temas estratégicos y sin antagonizar con trabajar para el mediano plazo, y al mismo tiempo ser competitivos en cada coyuntura electoral. El gran problema que yo percibo hoy es la ausencia de nuevos sujetos que puedan emerger de la actual crisis, tanto desde el punto de vista político como desde lo social. Es evidente que no se pueden esperar "salvadores" aun cuando sean democráticos, porque nadie individualmente va a poder acumular los recursos políticos suficientes para poder ser una opción en el cortísimo plazo. Tampoco existe un recambio importante en las dirigencias sindicales, ni actores sociales que, liderando situaciones de crisis, puedan despertar expectativas más allá de lo sectorial.

Por lo anterior, lo que veo para la centro izquierda es un proceso de construcción y de reconstrucción de mediano plazo, que no comienza de cero, que puede aprender de nuestros errores, y que se encuentra con un enorme vacío social y de representatividad, que mejora las condiciones de posibilidad respecto a otros momentos en donde el bipartidismo estaba muy fuerte y ocupaba casi todo el escenario político. Nadie puede pensar que el progresismo hoy pueda imponer su propia visión de salida a la crisis. Es probable que las propias fisuras en los sectores que deciden y la profundidad de la propia crisis abran opciones como, por ejemplo, la reprogramación del pago de la deuda. Pero dichas opciones siempre van a estar sesgadas hacia la resolución del tema fiscal, más que a ser parte de una estrategia integral de crecimiento y de empleo. Por un lado, tenemos que aspirar a que la Argentina pueda salir de esta agotadora recesión y,

por el otro, saber que tenemos que ir planteando una nueva opción a mediano plazo. Soy consciente de que esta opción no la podemos protagonizar quienes estuvimos en la primera línea de la experiencia aliancista.

A partir de esto, sólo me queda ayudar en lo que pueda y desear que no hayan sido en vano tantos años de esfuerzo, para que el país pueda contar con otras propuestas distintas a las tradicionales. Lo importante es que prime el sentido de proyecto, por sobre la guerra de posicionamientos o de candidaturas prematuras, y que no se retroceda a la fragmentación y dispersión de lo que supo estar unido por una política. Yo pude haber cometido muchos errores, pero nunca tuve una visión mesiánica ni autocentrada de la construcción, por eso hoy existen aún en la crisis, otras figuras en el Frepaso que gestionan espacios importantes. Esto no fue producto de la casualidad o del azar, sino de un camino que siempre lo pensé abierto y que requería de más dirigentes representativos, puesto que un proyecto que pretende ser perdurable en el tiempo, no puede depender de los aciertos de dos o tres figuras.

Construcción política y social, liderazgos múltiples, transversalidad de las ideas y propuestas, posiciones económicas alternativas pero sólidas, formación de equipos, pensamiento estratégico y una fuerte recusación a las lógicas corporativas que hoy dominan la política partidaria, creo que son algunos de los prerequisites para la formulación de un espacio y una política diferente.

Por último, algo que nosotros no pudimos lograr y transformar en cultura; que una fuerza nueva y distinta hiciese hincapié en gobernar la mayor cantidad de espacios locales, con una impronta diferenciadora que refuerce las señas de identidad y legitime las posiciones, que ya no provienen de la sola resistencia, sino de quienes también tienen responsabilidades de gobierno. Esto también permite darle a las coyunturas electorales un menor sentido de urgencia, y va consolidando una identidad. Es una tarea difícil, porque son pocos los que creen en el planeamiento estratégico y tienen vocación para trabajar por sobre las coyunturas. Pero es imprescindible contar con dirigentes que no sólo sepan ser buenos opositores sino también tengan un compromiso con la gestión.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Lilita Carrió no se fue del radicalismo, ella tiene su estructura partidaria más allá de que haya hecho una especie de renovación y cambio. Por otra parte, yo no sé si mis hipótesis de conflicto son a veces muy exageradas; estoy viendo una cosa que no me gusta: la profundización de la recesión por un lado, de la mano de Cavallo y con la complicidad del Gobierno, y además, la reducción de la política, que me suena a que los

trenes no van a andar bien si no se privatizan ¿No es un sistema de pinzas que nos van a dejar colgados del pincel?

Respuesta: Creo muy importante acompañar la investigación que está llevando adelante la diputada Carrió, porque puede demostrar cómo se corresponden sistema político y sistema económico, y cómo la corrupción de uno permite los peores delitos del otro. Tener una radiografía más exacta de cómo funcionó el poder en los últimos quince años no es un dato menor. Pero lo trascendente va a ser cómo se va conformando lo cualitativamente distinto, porque es lógico que la sociedad exija cambios, pero también con garantías de gobernabilidad y contando con los suficientes recursos institucionales de poder. Lo que veo en mi análisis, quizás un poco lineal, es que cualquiera sea el desemboque de esta crisis –su superación o profundización– el protagonismo de los próximos años volverá a recaer en el justicialismo. Éste, como partido del orden, irá acumulando una mayoría institucional, y si bien no lo veo generando una gran esperanza será percibido como el mal menor; el partido que, aun con sus grandes zonas oscuras y sin un proyecto claro, “sabe” gobernar. Quiero ser sincero y decirles que no vislumbro en el corto plazo, la posibilidad de otra opción que ocupe el lugar dejado vacante por la Alianza, con capacidad de disputar el gobierno en el 2003. Quizás, ante la crisis tan larga y profunda, se podría decir que es muy prematuro pronosticar escenarios, que imaginados superficialmente parecen de ciencia ficción. En parte sí, pero no creo en el fin de todo y que espontáneamente o por carácter divino pueda surgir en ese tiempo una posibilidad que reúna todas las condiciones necesarias para ser visualizada como apta para gobernar el país.

Es importante el crecimiento de la figura de la diputada Carrió, pero de aquí en más queda un larguísimo camino por recorrer, sobre todo si se plantea una metodología distinta de construcción; ello requiere paciencia, tiempo, eficacia, junto a exhibir una capacidad de innovación política que habilite pensar no sólo en otro partido a la izquierda del bipartidismo como reemplazo del Frepaso, sino que impacte en la masa de argentinos desilusionados y poco predispuestos a involucrarse fácilmente.

El dilema es que cuanto más conflictos y antagonismos se diagnostican, más poder hay que tener para enfrentarlos, y eso requiere, en democracia, de una perspectiva política estratégica que, como ya lo he señalado, tiene a mi entender dos desafíos: el primero, una fuerte convicción para producir un fenomenal cambio en las reglas e instituciones, y segundo, un modelo económico de crecimiento con inserción internacional de mediano y largo plazo. Y estos dos desafíos no implican una tarea para una sola persona, ni se resuelve conformando un partido más en el mercado de la competencia electoral. Hay que empezar a articular una red de coincidencias, una masa crítica que, por un lado, atraviese el sistema político y, por el otro,

sea capaz de incluir en términos de convocatoria y participación a quienes están por fuera de la política partidaria actual.

No hay hoy, a mi entender, una opción distinta solo haciendo recircular lo existente o reciclando los actores presentes. Algo así como otra Alianza. Si por fuera del justicialismo no se logra conjugar un sistema de prácticas diferenciadas muy nitidamente respecto a los códigos partidarios dominantes, todo lo que se conseguirá será armar un corralito más a la izquierda del bipartidismo, más o menos simpático para ciertos sectores progresistas, pero insuficiente para impactar en una parte significativa del pueblo.

El bipartidismo no va a desarmar sus aparatos, aunque una gran mayoría los deslegitime con su indiferencia o su bronca, y como esos aparatos demandan recursos que asocian a la política con el delito, es claro que poco se puede esperar de una toma de conciencia o sentido autocrítico de quienes apoyan su poder en el sistema que hay que modificar. Creo que lo primero para reconstruir una opción no coyuntural es ponerse de acuerdo en la necesidad de una ruptura a fondo con los actuales métodos de producción y acumulación de la política, se esté en el partido que sea; y luego, pensar cómo se va coordinando una acción en la que sea más beneficioso en términos de representación, ser parte de lo nuevo que continuar legalizando las actuales estructuras.

Si alguien cree que por tener un "romance" con la sociedad, reflejado circunstancialmente por las encuestas de opinión pública, va a tener capacidad de éxito en términos individuales, creo que está errando el camino. Cualquier crecimiento individual puede ser efímero si no logra poner en paralelo una masa crítica amplia, que pueda perforar el corazón del sistema político actual.

De la misma manera creo que ningún candidato "atractivo" puede ser alternativa si va colgado de estructuras fracasadas o de partidos que no demuestran ni voluntad ni capacidad para revisar sus prácticas. Para el pragmatismo sin límites y para representar la gobernabilidad sin escrúpulos, el país tiene al justicialismo, que en ese sentido no trata de aparentar nada; se presenta tal cual es. Tan es así que todos los presidenciables fueron grandes protagonistas de la década del noventa, y que el primer actor de esa etapa por ahora está preso. Esto, quizá, explica muchas cosas.

Comentario y pregunta: Yo me acuerdo que el día que renunciaste, dije que era un hecho muy importante y que a partir de tu renuncia iban a venir muchos cambios en la política. Que empezaba una nueva etapa. Sigo pensando lo mismo. Yo creo que fue un hecho fundamental. Este seminario fue excelente. Buena parte del seminario consistió en peguémonos al Chacho. Hay gente a la que vale más la pena pegarle que a vos, es fácil pegarle al árbol cuando está caído. Vos hacés un análisis, un diagnóstico,

una descripción, que yo coincido, creo que funciona así la política, que desde hace cuarenta y cinco años o más están funcionando muchas cosas de esa forma. Lo que yo veo es que vos hacés un análisis desapasionado y te situás, medís las posibilidades que tiene Lilita Carrió de construir una alternativa. Pero es como si vos te excluyeras. A vos, como actor político, te escuché diez años haciendo las denuncias en todos los noticieros, marchando en primera fila, supiste construir, eso te llevo a la vicepresidencia; errores o no, eso ya está superado, ya fue. De aquí en adelante, los tiempos políticos se acortan. Yo creo que estar especulando que si los medios, que si Lilita Carrió, que si le van a hacer trampa acá, toda esa ingeniería, veo que de golpe se viene el agua. Recordemos la semana pasada una reunión de los piqueteros, que son agentes sociales importantes, más allá de la manipulación que puede haber. Yo te pregunto, hay un problema sobre el que no te he escuchado hablar, sobre la deuda externa argentina y todo lo que gira alrededor ¿Qué escenario ves vos en la Argentina? Yo creo que de aquí a octubre hay muchísimo tiempo. Creo que se está prendiendo fuego el país ¿Cómo se sale de esto, adónde vamos y por qué vos te excluí?

Respuesta: En principio, me excluyo porque no quiero repetir las conductas de aquellos que tienen una cuota de responsabilidad en lo que pasó, y plantean que los problemas y las culpas los tienen los otros, "los de afuera". Yo asumo el grado de responsabilidad que me toca, no por la renuncia, sino por haber sido protagonista de una posibilidad que fracasó. Entonces, siento que tenés que ser más humilde y más prudente. A mí me da vergüenza ajena escuchar a prominentes dirigentes del radicalismo seguir hablando con verdades de a puño, como si a pesar del fracaso de su partido todavía puedan hablar desde la "verdad". Por eso hablé insistentemente de la necesidad del surgimiento de nuevos sujetos que puedan colectivamente liderar una etapa distinta.

Yo no sé si voy a volver a la política partidaria. Trataré de acompañar si hay un proyecto que valga la pena. Estar por estar, no me interesa; ni tampoco me interesa ser un improductivo profesional de la política, que confunde estar en una actividad noble, con una actividad para ganarse la vida holgadamente que, en general, y lo digo con dolor, es lo que hoy predomina. Pero, por supuesto, estoy dispuesto a ayudar, en un segundo plano, a quienes sientan que tienen un proyecto por lo menos cercano a lo que pienso. Como autocrítica, sostengo hoy que hay que partir de un núcleo de convicciones no negociable y, además, no ser sectarios. Pero si no existe una convicción firme acerca de lo que hay que hacer en el país, no vale la pena avanzar porque luego vienen las frustraciones, que es mucho peor.

Por otro lado, se puede participar en política desde muchos lugares; es paradójico que se vea a los partidos como poseedores del monopolio de la política, cuando atraviesan una crisis tan grande de legitimidad. Los parti-

dos tienen el monopolio de las candidaturas, pero no el de la política. Estamos como estamos, entre otras cosas, por la dificultad del surgimiento de otras voces y organizaciones más visibles para aportar y también ayudar a los cambios partidarios.

Respecto al problema de la renegociación de la deuda, creo que es central incorporarlo a la agenda. Esto quiere decir, cambiar las reglas de los noventa, y que la crisis la paguen también los especuladores, los que apostaron a la economía "casino" y quienes tuvieron ganancias superextraordinarias. Por otro lado, la moratoria de la deuda no la está planteando el "Frente de Liberación Nacional", sino analistas y académicos de Estados Unidos y economistas ultraconservadores, que aconsejan que ahora deben perder quienes fueron beneficiarios de grandes rentas especulativas. Era lógico que esto se planteara desde el inicio del gobierno, si hubiésemos venido a plantear un esquema diferente al modelo de la década menemista. Y lo nuevo debería haber sido jerarquizar lo productivo sobre lo financiero, defender los intereses de los sectores de bienes transables y poner énfasis en dar un salto en la competitividad y el crecimiento con empleo. Pero al colocar el tema fiscal como central y excluyente, se perdió tiempo y confianza, y al mismo tiempo se instaló el estilo de un presidente que no está a la altura de la crisis. Ahora es muy difícil, en plena debilidad, poder arrancar.

Comentario: En la Argentina siento que las soluciones han sido parciales y que hasta decantaban solas en los momentos de crisis. A la dictadura militar se respondió con democracia. A la crisis de la hiperinflación se respondió con estabilidad. Hoy, a una crisis de la política se responde recordando la política. Es interesante el tema de los valores para pensar esencialmente el sentido de las crisis en forma más amplia, y pensarlas como crisis de legitimidad, y hasta la oportunidad del momento o de la época de replantearse el pacto de asociación, porque me parece que eso está en el fondo de todo esto.

Respuesta: Lo que he querido explicar es aquella verdad que refiere a que la política es solo reflejo de la sociedad. Y es cierto que arrastramos una crisis cultural, que implica prácticas cuestionables en todos los niveles y diferentes comportamientos de la sociedad no ajustados a reglas, a un sistema de premios y castigos, y en un contexto donde el principio de igualdad ante la ley prácticamente no existe. Acordemos que acá existe un culto a la transgresión en el peor de los sentidos, y esto funcionó mientras éramos beneficiarios de cierto grado de bienestar. A casi nadie le molestaba el fastuoso modo de vida de los sindicalistas cuando había pleno empleo, pocos se conmovieron por cómo se hacían las cosas durante el menemismo porque había vuelto el crédito y había estabilidad. Al contrario,

Menem era el "vivo" que proyectaba sueños y fantasías de una gran parte de la sociedad. Casi nadie cuestionaba la asociación ilícita que dominaba las peores decisiones en el país. Tampoco llamaba la atención cómo algunos empresarios, adhiriendo al dogma liberal, vivían saqueando el Estado o dependían de él. O que los contadores más requeridos eran aquellos más hábiles para eludir o evadir el pago de impuestos. Ése es el país que ha estallado y el país que la Alianza tuvo la oportunidad de comenzar a cambiar y no quiso hacerlo.

Esto es lo que yo denomino crisis de valores, que sólo puede modificarse, en democracia, desde la política. Pero si ésta solo reproduce la crisis o lo peor de la sociedad, va a la zaga, no cumple un rol pedagógico y renuncia a liderar una etapa de transformación, en tanto no puede convivir la decadencia con recursos cada vez más escasos. Hay un sistema que se agotó, que intuyo es lo que diagnostica Carrió con la figura del fin del régimen. Pero un régimen no se cae, sino que se lo reemplaza por otro. Disiento con algunos políticos que, subestimando su propia función, esperan el cambio sólo desde otro programa económico, una especie de neodesarrollismo adecuado al nuevo siglo. Son los que creen que se puede reeditar un pacto social y que sólo se trata de alinear a algunos políticos, junto a la CGT y la UIA y ya se tendría un nuevo modelo. Una visión simplificadora de la crisis, del mismo tono que la de aquellos que creen que Cavallo pueda ser el rey Midas. Sigo creyendo que el lugar de la conducción lo ocupa la política. A muy pocos les puede asombrar el comportamiento de los sectores económicos que refleja el primer informe Carrió; lo que debe llamarnos la atención es cómo y por qué el sistema político permitió esas prácticas. Y es aquí donde de nuevo volvemos a que la responsabilidad de quienes se plantean liderar el gobierno y velar por el bien común es mayor a las de otros actores ¿O alguien puede creer que los delitos económicos van a desaparecer por una toma de conciencia de quienes los protagonizaron? Van a desaparecer si existe eficacia en el Estado, en las leyes, en el ejercicio de los controles y en las instituciones. Y en todos los casos, el tipo y la calidad de la dirigencia política que tenga el país es central.

Pregunta: Si sos consciente de la profundidad de lo que significa decir yo fracasé, doy un paso al costado. Porque mucha gente rescata algunas de tus actitudes políticas, pero la verdad es que la pelea en el Senado contra la corrupción, según entiende la gente común, es que Chacho es un buen dirigente, pero esa pelea la perdió. Eso genera un nivel de escepticismo que invita a que cualquiera empiece a construir otra alternativa. Si vos sos consciente cuando decís fracasamos y si no podés seguir aportando.

Respuesta: No soy fatalista respecto a que el Frepaso vaya necesariamente a morir. Para mí el fin no es un sello partidario, para mí lo impor-

tante es una política, la coherencia respecto a determinados principios y convicciones ¿Qué importancia tiene el Frepaso como partido o estructura? Lo necesario es que no se pierda todo lo bueno que se intentó hacer y que se sea capaz de una revisión crítica, porque si no se va a la dispersión, o a ser un apéndice menor del radicalismo, que es una forma de negar el para qué de su existencia política. Si no puede recuperar las razones más elementales de por qué se formó esta fuerza, reconociendo los errores y erradicando los vicios que se instalaron en su interior, ¿para quién es importante otro partido que sea más de lo mismo? Sólo para quienes puedan seguir enganchados a cualquier precio en el "sistema", es decir, proyectos individuales o grupales que no agregan nada, sino que, al contrario, contribuyen a afianzar la idea de que todo es igual.

Creo que muchas compañeras y compañeros del Frepaso son muy importantes para reconstruir un espacio más amplio con otros protagonistas, que permita retomar un camino. Creo visualizar que algunos dirigentes que llegan "alto" con poco esfuerzo, ya no tienen energías para comenzar de nuevo y prefieren ser socios de la decadencia, una suerte de profesionalismo de círculo que contradice definitivamente el sentido que tuvo el Frepaso. Por eso, más allá de que todavía exista la Alianza como estructura electoral, y que yo no haya incidido para abandonarla o quedarse en ella, no quiere decir que tenga futuro. El fracaso es palpable y creo que se va a expresar en las próximas elecciones. Al sello Alianza nadie va a querer utilizarlo después de octubre. Eso es lo que yo intuyo.

XVI

HACIA UN ACUERDO PROGRAMÁTICO DESDE UN ESPACIO TRANSVERSAL

CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
2 de agosto de 2001

En esta cuarta y última exposición con la que concluye el Seminario, mi intención es, más allá del desencanto y las urgencias de la coyuntura, marcar algunos de los vacíos que existen en el país según mi percepción, siendo el punto principal, la ausencia de un proyecto nacional. Es esta carencia, más que las variaciones cotidianas de la tasa de riesgo país, la que nos obliga a interrogarnos sobre la viabilidad o no de la Argentina, como una sociedad integrada con un razonable nivel de bienestar y, consecuentemente, con un futuro deseable y previsible.

Tener una estrategia, se confunde con las viejas concepciones estatistas de la economía o con un cuerpo rígido de propuestas centralizadas que no dan cuenta de las coyunturas, las crisis externas o de las nuevas condiciones de la mundialización de la economía. Todo lo contrario, carecer de una estrategia de crecimiento y equidad nos somete como un velero en un mar embravecido a los avatares de los vientos, a la ausencia de rumbo, es decir, a la falta de horizonte, que es lo que viene sufriendo el país desde la crisis del modelo de sustitución de importaciones.

Las diferencias entre ortodoxos y heterodoxos pasa entonces reiteradamente por una discusión en torno a instrumentos aislados, que no dan cuenta de la existencia de un plan de metas más coherentes y ambiciosas que definan la identidad económica de la argentina en esta nueva etapa. Corridos por la crisis permanente, parece ocioso o fuera de contexto y de tiempo atinar a dar cuenta de lo importante, más allá de lo urgente. Lo que no admite discusión, hoy, es que el denominado modelo de los noventa, atraviesa una crisis de legitimidad social irrecuperable. El desempleo, la exclusión, el aumento de la desigualdad y la crisis de la economía real,

obligan a la dirigencia, primero política y luego el resto de los sectores, a perfilar las bases sobre las cuales se puede reconstituir un modelo de país.

Muchas veces se apeló al concepto de políticas de Estado para sintetizar posiciones sobre algunos temas, más allá de lo partidario y de la coyuntura. La realidad muestra que en ninguna área estratégica tenemos políticas de Estado, excepción quizá del Mercosur, que también atraviesa una zona preocupante de turbulencias y desacuerdos.

Por otro lado, se ha aburrido hasta el hartazgo a la sociedad con convocatorias al diálogo, la concertación, a la confección de una agenda o, más presuntuosamente, llamando a la unidad nacional. Lo que vemos, por el contrario, es un gobierno deshilachado, reuniones intrascendentes para las fotos y discursos vacíos y demostrativos de la impotencia para encontrar los ámbitos de trabajo y acuerdos profundos que no giren sobre el estilo de "quién saca ventaja" en el corto plazo, o como recuperar oxígeno político.

Yo percibo que tanto en lo político institucional como en lo económico, la actual no es una crisis más, sino una profunda crisis de identidad que debilita el sentido de pertenencia, quiebra los lazos sociales e instala un vacío de presente, y sobre todo, de futuro, que pone en discusión la idea de Nación y la de comunidad.

Esta crisis está reclamando algo que es muy difícil de lograr: un fuerte realineamiento político sobre la base de un proyecto integral que reencauce las expectativas de la sociedad y permita fundar una nueva etapa. Frente a la fragmentación, la falta de liderazgo nacional en el conjunto de los partidos y las urgencias de la coyuntura, hay que comenzar a conformar espacios transversales de coincidencias. En primer lugar, programáticos, que puedan ser el sustento de una convocatoria amplia que apalanque un nuevo momento de la Argentina.

La Unidad Nacional no es el amontonamiento de lo existente, la suma de lo dado; la suma de lo actual es algebraica, y resta. Como señalé en una exposición anterior, hay que recrear una mística y una misión, y esto es imposible si no se construye un "sujeto político" capaz de romper con muchas de las cosas que la mayoría de la sociedad siente que no van más.

Es una tarea de rupturas y a la vez de construcción, en un momento que no se soportan más empujes, más medidas aisladas publicitadas como soluciones definitivas. Y al no existir ni en el oficialismo ni en la oposición un claro liderazgo democrático, es un trabajo que hay que emprender desde el interior de los partidos, no en clave de ingeniería política electoral, sino como un cuerpo de ideas y propuestas que ayude a renovar profundamente las estructuras y permita ir alumbrando lo nuevo y lo distinto. De aquí lo importante que es recrear ámbitos desde los cuales se puedan ir generando coincidencias en por lo menos cuatro ejes articuladores de un proyecto nacional.

El primero, sin duda, debe dar cuenta de la crisis del régimen político y, por lo tanto, abrirse hacia la sociedad sin oportunismos y sin demagogia, para plantear un conjunto de propuestas que vayan en dirección a reconciliar la política con la sociedad. Y aquí, sí se debe trazar una línea clara entre aquellos que están dispuestos a romper con prácticas y estilos que desmerecen la política, y quienes, por ceguera, incapacidad o conveniencia, aspiran a continuar flotando en este pantano en que de a poco se van hundiendo todos sin distinción alguna.

El segundo, muy entrelazado al anterior, es la elaboración de los comunes denominadores de un proyecto estratégico de crecimiento y equidad. Esto quiere decir, definir una economía de desarrollo para salir del esquema de los años noventa, y dar cuenta junto a los actores económicos, de una visión de mediano y largo plazo que no nos condene a padecer como única salida el ajuste perpetuo. Cuando el ajuste es la estrategia, y todo lo demás está subordinado, el resultado es la depresión en todos los sentidos, el vacío de futuro y el achicamiento como programa excluyente. Hoy estamos en ese lugar, el de la penuria, no sólo por la pésima situación presente o por la recesión que ya lleva casi tres años, sino, peor aun, por la falta de perspectiva de cambio.

La luz al final del túnel no va a aparecer a través de artilugios publicitarios o por alguna medida salvadora, sino que hay que comenzar a sentar las bases de su generación en forma gradual, mostrando en los hechos que desde un esfuerzo compartido y consustanciado en el interés nacional, se puede ir remontando las causas del escepticismo y la desazón.

Un proyecto estratégico en lo económico debe definir cómo se complementa una mejor inserción del país en los mercados internacionales, con el desarrollo y la expansión del mercado interno. Y cómo se articulan en una economía moderna un Estado eficaz con mercados competitivos. Al mismo tiempo, hay que redefinir dos cuestiones clave: el régimen impositivo, que debe ser más simple y progresivo, y la relación Nación-provincias, en un acuerdo estable que armonice la existencia de un proyecto nacional con un real federalismo.

Ayudar a definir el perfil productivo de la Argentina para que sea un país más competitivo no es retroceder a las políticas de planificación centralizada o generar distorsiones o favoritismos desde el aparato estatal. Planeamiento estratégico es lo que hace cualquier empresa mediana o grande hoy, que debe competir en mercados cada vez más agresivos y complejos. ¿Cómo un país no va a tener un horizonte de mediano y largo plazo, en un mundo donde la globalización, si bien reduce los márgenes de acción, está lejos de disolver las identidades y los Estados nacionales, y obliga más aún a definir cómo se aprovechan las oportunidades y se combaten las amenazas?

Lo que los mercados y las calificadoras de riesgo aconsejan como modelo, en realidad no lo es; lo que llaman reformas estructurales, todas ellas

están pensadas en clave fiscal: la educación, la salud, la seguridad social, etc. La única estrategia es la solvencia fiscal, cuando en realidad ésta debe ser un componente más de una política de crecimiento, empleo y equidad.

Aquí prevalece una mirada económica estrecha y unilateral, siendo el desafío plantear un desarrollo integrado e integrador desde el punto de vista social y regional. En los últimos años se han descuidado ostensiblemente los problemas de la economía real, creyendo que ordenando las variables macroeconómicas, lo demás viene por añadidura. Los hechos han demostrado la ruptura del tejido productivo, el reforzamiento de la concentración económica, las crisis de las economías regionales, la reprimarización de nuestras exportaciones y la pérdida permanente de competitividad. Por supuesto que este esquema conlleva al aumento de la tasa de desempleo y a profundizar los niveles de desigualdad. Esta política económica no es sustentable ni política ni socialmente en el largo plazo.

Por eso insisto en la necesidad de crear espacios políticos transversales y conformar una masa crítica apta para repensar un modelo de desarrollo, dejando de lado los dogmas o las visiones interesadas que hegemonizan el pensamiento económico desde la segunda mitad de los setenta hasta hoy.

Vuelvo al comienzo, donde señalaba que eran notorios los acuerdos para diagnosticar los problemas, o los efectos regresivos de las actuales políticas, pero en sentido contrario también es notoria en el país la falta de los requisitos o condiciones políticas programáticas e instrumentales para la existencia del "otro camino". Reconocer esto es lo que debe promover la búsqueda y el trabajo sistemático que le den sustentabilidad política, técnica y programática a una salida heterodoxa. Luego, por supuesto, mucho de lo diferente tiene que ver con la eficacia en la gestión, y es allí donde la calidad de la política desempeña un rol central. Aquí, el modelo de gestión es también lo que le permite a la sociedad percibir si realmente hay una vocación de cambio, o si los intereses sectoriales, partidarios y clientelísticos siguen predominando en las decisiones.

El tercer punto o eje es el referido a la equidad y a la cuestión social. A la equidad hay que resituirla como un factor de crecimiento, considerando que el mejoramiento del patrón redistributivo es vital para un desarrollo integral e integrado del país. Hasta ahora, la equidad es sólo un adorno discursivo, pero no aparece al momento de discutir la economía. Nos olvidamos que fue un componente substantivo de nuestra modernidad; al colocarlo al margen de la agenda estamos insistiendo en esquemas que son insostenibles en el mediano y largo plazo.

Cuando decimos que el Estado debe desempeñar un papel en la definición del perfil productivo, estamos hablando de generar condiciones para el desarrollo de sectores competitivos capaces de generar más y mejores empleos, al contrario de un patrón de especialización que promueve la baja salarial o incluso la desocupación como ejes de la competitividad. No

creo que alcance sólo con definir reglas generales, y a partir de allí, a suerte y verdad, el mercado define quién es competitivo o no. La tarea de planeamiento es necesaria para impulsar nuevos emprendimientos, diversificar la base productiva, alentar la incorporación de nuevas tecnologías y plantearse una más vigorosa inserción en los mercados internacionales. En la mayoría de los países exitosos, Estado y mercado, funcionarios y empresarios, trabajan complementariamente en las mejoras sistémicas de las condiciones para el desarrollo. Aquí, existe un manifiesto divorcio entre la tarea conductiva y la función de quienes tienen que generar la riqueza, por eso los llamados a la concertación siempre se producen por la urgencia o en las crisis, nunca para acordar líneas de trabajo de más largo alcance.

El compromiso con una mejor distribución del ingreso no debe tener el carácter de aleatorio, residual o estar a la espera de tiempos o etapas futuras que, por supuesto, nunca llegan. El modelo de crecimiento debe incluir en sus presupuestos una mejora sustantiva de la calidad de vida de nuestros compatriotas. En definitiva, sería volver a pensar la economía asociada al mayor bienestar social.

Otro tema clave es acordar no sólo la enunciación, sino el diseño federal de una política de inclusión social que pueda ser continuada en el tiempo, evaluada en sus resultados y controlada en su gestión. Mejorar la calidad del gasto es central, sobre todo cuando se trata de contar con recursos para las políticas sociales. La posibilidad de un programa que reúna los consensos más amplios, no sólo desde la política, sino también desde las organizaciones populares y no gubernamentales, es indispensable para que también el sector privado pueda colaborar en la política de combate a la pobreza y la exclusión.

El descompromiso del gobierno actual y del propio Presidente por la política social en el país, donde día a día crece la cantidad de pobres, habla a las claras de la necesidad de incorporar el tema social como uno de los ejes básicos de una nueva propuesta.

El cuarto eje articulador de un proyecto nacional debe incorporar en la agenda la problemática del conocimiento, integrando la educación, la capacitación, la investigación científica y tecnológica, y el acceso y difusión de las nuevas tecnologías.

No puede existir un proyecto nacional de desarrollo que no incluya una fuerte inversión en las áreas del conocimiento, donde nuestro país fue perdiendo terreno a pasos agigantados. En ese espacio hoy cunde el desánimo, la falta de proyectos y la penuria de recursos. Todos los discursos político-partidarios y de campaña que insisten en la importancia estratégica de la educación, son dejados de lado al primer día. Y por lo tanto, las áreas vinculadas al conocimiento se convierten en zonas de conflicto donde la situación de los docentes, investigadores y demás actores de la educación pasan al primer plano, no por su jerarquización, sino por sus deman-

das insatisfechas. La complejidad social desplaza los contenidos y los objetivos, y así, una de las más cruciales problemáticas de la época pasa a ser parte de la lucha social.

Un proyecto integral de Nación, a mi entender, debería en principio y como aproximación, contener estos cuatro ejes: la renovación político institucional, una estrategia de desarrollo productivo, la cuestión social y la problemática del conocimiento. Y este proyecto sólo va a existir si se trabaja sistemáticamente en los tiempos no electorales, con sentido patriótico, pensando en el vacío de esperanzas y cambiando el sentido de una situación cada vez más sofocante, que hoy se nos presenta sin salida.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Sobre la relación entre la política y el mercado.

Respuesta: El mercado es irremplazable para generar riquezas, pero luego, a partir de este concepto básico, quedan muchos interrogantes: ¿cuánto debe intervenir el Estado para compensar sus distorsiones? ¿Cómo hay que gestionar para regular eficazmente allí donde no hay competencia? ¿Cómo hay que desregular, que también es una fórmula para evitar monopolios e incentivar la baja de precios? ¿Cuánto debe incidir el Estado para facilitar el despliegue de los sectores productivos estratégicos, más allá de las normas de carácter general? ¿Cómo debe defenderse al país de las prácticas desleales de nuestros competidores externos, defendiendo nuestro mercado? Las respuestas a estos interrogantes llevan a un punto central: necesitamos contar con un Estado eficaz que hoy no tenemos, pues es el lugar a través del cual un país consensúa un proyecto estratégico y genera las condiciones de sustentabilidad política, económica, social e institucional.

El mercado por sí solo es incapaz de desarrollar un modelo de Nación, y esto debe convertirse en un acuerdo básico de los argentinos. El Estado no sólo debe garantizar mejores servicios básicos como educación, salud, seguridad y justicia, sino que tiene también un rol fundamental para articular el interés general y garantizar mayores niveles de justicia social.

Para equilibrar el mercado se necesita mejorar la calidad y la productividad del gasto, combatir la evasión y el contrabando, y tratar con mucho vigor a aquellos que, teniendo mayores recursos y poder, incumplen la ley. Tenemos un Estado fuerte con los débiles, por eso puede bajar salarios y jubilaciones, y débil con los poderosos, por eso no cobra los cánones adeudados por ciertos sectores amigos del poder, permite las estrategias de elusión y hace muchas veces la vista gorda sobre prácticas y conductas ilegales.

Hoy, lo que se ve es que el sistema político está colonizado por los intereses particulares que financian las campañas externas e internas y es inca-

paz de instalar nuevas reglas de juego equilibradas y perdurables en el tiempo. No llegamos al actual desequilibrio entre la política y el mercado por la perversidad de este último, sino por la falta de convicción y la existencia de intereses y centenares de pequeñas mafias que hablan de un país anómico.

De aquí que haya insistido tanto en relegitimar la política y dotarla de autoridad, tanto para conducir una estrategia de crecimiento, como también para regular con eficiencia y obligar a todos a cumplir con la ley. Nada se resuelve con una "unidad nacional" o una concertación que sea la suma de las mismas concepciones y prácticas que vienen dominando las decisiones desde hace mucho tiempo.

Pregunta: Sobre la situación política del peronismo y del radicalismo hacia fines de los ochenta y semejanzas con la actual coyuntura.

Respuesta: El fracaso demostrado hasta hoy por un gobierno hegemonizado por el radicalismo, al igual que a fines de los ochenta, deja el campo libre para el justicialismo, sin que éste haya procesado nada de lo que sucedió en la década anterior, ni renovado sus métodos ni sus propuestas. Ahora, depende de su inteligencia y capacidad para erigir un nuevo liderazgo. El estado actual es de mayor fragmentación, y el peronismo, más que un partido nacional, parece una confederación de gobernadores, a los que hay que agregarle el potencial de Duhalde en la provincia de Buenos Aires —que todavía se conserva casi intacto— y el poder de daño de Menem, que no creo haya desaparecido del escenario de la política argentina, y menos del peronismo. ¿Cómo ordena el peronismo el poder interno contando con cinco figuras con ambición de poder y liderazgo? A fines de los ochenta, la interna Menem-Cafiero pudo resolver sin traumas la candidatura a presidente, y por ende el liderazgo. Ahora, el justicialismo se enfrenta en términos de orgánica y de hombres —no de proyectos— a un nuevo desafío. Y resalto lo de orgánica y de hombres porque, al margen de los esfuerzos de Duhalde por querer ser el portador de una salida productivista o neodesarrollista por sobre la herencia menemista, en realidad, lo que la mayoría del pueblo vislumbra es que no existe, en serio, una propuesta integral alternativa.

Comentario: En función de un nuevo proyecto de país me parece que hay que cambiar un poco la mirada, porque hay una colonización mental por parte de la economía.

Respuesta: Es un tema claro, porque en el gobierno la política va detrás de las decisiones del ministro de Economía, sobre todo cuando no hay proyecto, o quien conduce no tiene ideas propias, como es el caso de De la Rúa. Su única convicción parece ser la solvencia fiscal, y acordemos que pa-

ra un presidente es un objetivo muy limitado, y que se demostró altamente insuficiente. Pongo el ejemplo de la relación con las empresas de servicios privatizados o con el sector financiero. Si el Presidente marca una línea de ir obligando a una baja de tarifas y que los ganadores de la década del noventa hagan el esfuerzo mayor, el Ministro de Economía debería ejecutar las directivas del Presidente. Pero aquí ha sucedido lo contrario: el Ministro de Economía marca la estrategia y el Presidente acompaña. Entonces, efectivamente, se invierten los roles y los economistas pasan a ser una suerte de primeros ministros que no sólo ejecutan, sino que antes deciden lo que hay que hacer, consiguiendo el aval del Presidente. Si a López Murphy le hubiera ido de otra manera con su ajuste, hubiera dominado su visión, pero como las medidas fueron rechazadas política y socialmente, el Presidente lo tuvo que despedir. Entonces, se impone la pregunta: ¿cuál es la concepción del Presidente? No sabemos; o lo sabremos según sea la salida que proponga su ministro de Economía y la evolución de la crisis. Por eso, la sociedad hoy ya no tiene ninguna expectativa respecto a la figura presidencial, a la que considera despectivamente. Me permito insistir en la necesidad de reconstruir un horizonte, en el cual lo importante no desmerezca lo urgente, y permita que los argentinos se sientan convocados a una tarea nacional.

Comentario: Acá metieron en la cabeza de la gente que el único desequilibrio es el desequilibrio fiscal y, por ejemplo, ante el desequilibrio del mercado laboral, también la consigna podría ser desocupación cero. Presentar el problema del desequilibrio como sólo fiscal y no querer admitir que hay otros desequilibrios, es escandaloso. Para el capitalismo actual sólo hay bienes mercantiles, no hay bienes públicos o bienes posicionales. Para mí, el discurso político en este momento es delirante, no ven lo que en la realidad está ocurriendo. Va a llegar un momento en que ese delirio se va a caer, porque no tiene consistencia. El Frepaso es parte de ese paisaje que tan agudamente vos retratás.

Respuesta: Respecto al tema de la solvencia fiscal, la Argentina es un país que va perdiendo la confianza externa y, lamentablemente, la interna, la de nuestros propios compatriotas. Es cierto que un tema es el del equilibrio presupuestario; lo reconoce un intendente, un gobernador o cualquiera que hoy administre, más allá del signo ideológico o partidario. Por ejemplo, los buenos gobiernos petistas en ciudades importantes del Brasil, se caracterizan por tres cuestiones centrales: equilibrio en las cuentas, primacía de las demandas populares, tanto en términos regionales como sociales, y además transparencia absoluta. Quiero decir que en cualquier situación, la solvencia fiscal es un punto importante. Pero que, paradójicamente, debería ser más flexible cuando se atraviesa una recesión, ya que se necesita estimular la demanda y tener políticas más expansivas. El proble-

ma es cómo se logra el equilibrio; si mediante el ajuste de los sectores más vulnerables –que produce más escepticismo y depresión– o, por ejemplo, planteando bajar los intereses de la deuda y mejorar por distintas vías los ingresos de la población.

Yo insistí mucho, después del fracaso de la suba de impuestos y el recorte salarial a los estatales, que la prioridad debía ser un plan de crecimiento y el compromiso con los sectores productivos más sensibles a la generación de empleo. Por eso puse énfasis, en su momento, en lo productivo y lo social; por ejemplo, canalizando fondos en programas para incentivar el consumo de los sectores menos protegidos. Pero la visión que predominó fue otra. Así todo, creo que es un mito que los márgenes estén tan acotados, que nada se puede hacer. Las cosas que se pueden hacer, yo creo que no las quieren hacer; primero porque domina una visión temerosa, y además, porque los intereses construidos durante años tienen mucha influencia. La receta conservadora y la apuesta a que, sin tocar casi nada, la economía puede recuperarse y volver a crecer, es lo que ha prevalecido en la mayoría de las decisiones.

Mi corto paso por el llamado poder me dice que existe un margen importante para transformar. Es cierto que existen condicionamientos y grandes restricciones, pero también que la política puede ensanchar la frontera de lo posible en un marco de racionalidad y no de puro voluntarismo. Respecto al Frepaso, deberán ser los propios compañeros quienes debatan las mejores opciones y cómo reconstruye su identidad.

Comentario: Viendo esta situación de crisis, me planteaba cuál era el límite de la época para cuestionarse a sí misma y el límite que yo encontraba era esto de lo unívoco, que no haya posibilidades de imaginarse otra cosa, ni siquiera en términos económicos. Por otro lado, yo también pensaba que en la medida que eso no suceda, va a ser muy difícil que surjan nuevos líderes o nuevos dirigentes, porque se reproducen esquemas. Pueden cambiar las edades, las caras, pero en realidad van a seguir los mismos. Por otro lado, otro de los errores en los que caímos, y que tal vez fue una estrategia, fue encasillar a la situación de crisis que vive la Argentina con el rótulo de menemismo. El menemismo, supuestamente, se terminó, pero la crisis sigue siendo la misma. Por ahí te dicen: el menemismo era tal cosa, nosotros somos tal otra. La gente dice que la Alianza es más menemismo. No es menemismo; Menem fue la cara de otra situación que hay debajo. Es como que todavía no nos atrevemos siquiera a poner en claro cuál es la situación.

Respuesta: Es una época difícil, pero sirve de poco estigmatizarla. En los setenta creímos que todo era posible, que teníamos la receta, y así nos fue. La diferencia era la existencia de ideales, que hoy no existen; o de una épica –que hoy es la de los cargos–, y la entrega, que ahora se canjea por

un trabajo. Una época que contradice los valores en los que nosotros nos formamos: proyecto común, solidaridades, compromisos efectivos con los más débiles y certezas acerca de la posibilidad de construir otro modelo de sociedad. El tema hoy es cómo, en una época sesgada por una cultura individualista, la fragmentación, el sálvese quien pueda y la ambición de poder sin proyecto, se pueden recuperar ciertos valores y hacer de la política una actividad noble y no un negocio. Porque si no se logra esto, la política queda reducida a una especie de ciencia de la administración o de gerenciamiento, en la cual los mismos intereses le “alquilan” el poder formal a los partidos por un lapso de tiempo, en un lento pero pronunciado proceso de deslegitimación social de la política.

Si uno hace política, debe sentir y estar persuadido de que está cambiando algo; de lo contrario, para flotar o hacer creer que porque se hacen discursos “progres” ya se justifica el estar, me parece que es otra forma de profesionalismo burocrático, tan cuestionable como la de aquellos liberales que viven criticando al Estado, pero les gusta vivir a sus expensas.

Es verdad que no se rompe —más allá del menemismo— ni con los dispositivos institucionales, ni en lo económico, y mucho menos en lo social. Esto es lo que yo defino como fracaso, y me hago cargo de lo que me corresponde. Pero ¿qué es hoy una alternativa? Seguro que no es un texto revelador. Algunos, me parecen, esperan eso: que aparezca una elaboración totalizante que nos dé la respuesta a casi todo, como la que creíamos tener en otras épocas. Yo creo que es una combinación entre una concepción, un conjunto de prácticas distintas y la capacidad de acumular el mayor y más activo consenso que se pueda de parte de la sociedad. Este proyecto se juega, como ya lo he señalado, en la elaboración de una estrategia, y también en la eficacia de la gestión.

Si yo sostengo, por ejemplo, en un texto o en un discurso la necesidad de una relación distinta entre el Estado y el mercado, es verdad que es una frase remanida que no le mueve nada a nadie. Pero traducida en términos de conducción y ejecución de políticas públicas, definen en gran parte el sentido de la alternatividad al proyecto menemista de destrucción, vaciamiento o saqueo del Estado. Por eso creo en una combinación de un proyecto estratégico y la solvencia, convicción y equipos para llevarlo adelante. El puro texto, sin sujetos, sin medir las relaciones de poder y sin la fuerza institucional suficiente, lleva inevitablemente al voluntarismo. El poder sin ideas es lo que estamos padeciendo, que es, como vos señalabas, más de lo mismo. El poder sin ideas ni convicciones y sin rumbo es la nopolítica y la no-representatividad, y de esto también hemos aprendido. Y creo, además, que otro concepto del poder también se juega en la capacidad de colocar en el escenario político nuevos sujetos, otros protagonistas, donde la renovación progresista no sea simplemente alianzas entre iguales, pero ahora reciclados bajo otro sello interpartidario.

Éste, en parte, va a ser el desafío que enfrente la diputada Carrió. ¿Cómo hacer para que el crecimiento de su figura sea el punto de partida para ir alumbrando algo nuevo, no sólo el coraje para desentrañar los mecanismos más perversos que dominaron los años noventa, sino también la capacidad para articular una estrategia distinta de representación y acumulación de consenso? Y esto está asociado a poder expresar a los sectores menos favorecidos con quienes se muestran desencantados con la experiencia aliancista y recusan abiertamente el funcionamiento actual del sistema político. Como ustedes ven, no es tarea sencilla.

Pregunta: Respecto a la deslegitimación del Estado, dijo que había que ser creativo y construir herramientas válidas de transformación. Lo que angustia, sobre todo a los que hacemos política y teniendo incluso una figura como Lilita Carrió que se anima, es tener que caer en las estructuras partidarias. ¿Desde dónde construimos? ¿Cómo pensamos algunas formas nuevas? A mí me parece importante la democracia participativa. Lo que nos angustia es desde dónde construimos una herramienta transformadora que legitime un Estado, y desde allí, tener cierta legitimidad para poder influir, por ejemplo, sobre los mercados.

Respuesta: Hay que evitar el dogma que dice que por fuera de las estructuras partidarias no se puede hacer nada. Este planteo lleva a reproducir la decadencia de las grandes estructuras en un partido menor, situado "a la izquierda de la pantalla". Nos pasó en el Frente y hoy hay situaciones irreversibles para avanzar en una política de las convicciones, que choca con el pragmatismo sin límites de las prácticas hoy dominantes. La mera suma de los progresistas no va a dar automáticamente otra alternativa. Primero, porque hay muchos que se dicen progresistas pero sus prácticas son las de los peores conservadores; y luego, porque sin proyecto previo y sin nuevas formas de convocatoria y construcción, necesariamente se repite lo fracasado, o a lo sumo, se conforma un nuevo partido que volverá a depender de la suerte de su referente. Creo que el debate está abierto; la salida de estos dilemas, no va a ser obra de ningún iluminado, sino de una reflexión colectiva que logre ir saldando acuerdos de fondo en el tiempo.

Vuelvo a insistir en lo importante que es ir creando una masa crítica de acuerdos programáticos que atraviese a los partidos, que puedan o no traducirse en una coalición política, pero que le otorguen un sentido trascendente a las convocatorias, hasta ahora vacías, a la unidad nacional. Una agenda de trabajo para los acuerdos de fondo entre sectores o dirigentes de distintos partidos, más allá del calendario electoral, permitiría ir avanzando sobre bases firmes y alejarnos del oportunismo, el sinsentido o la superficialidad interesada de quienes convocan a dialogar sobre la nada.